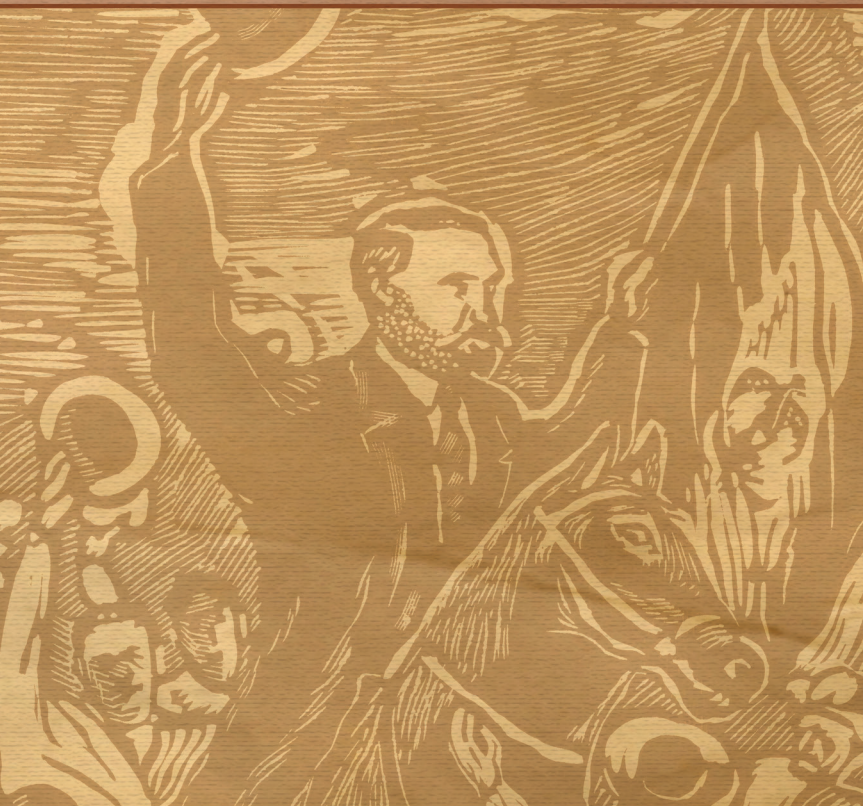


# de la Historia general Revolución Mexicana

José C. Valadés



1910: el Centenario de la Independencia

Los hombres en armas

I

**MAPorrúa**  
librero-editor • México

La  
SERIE Historia

**CE**  
CONSEJO EDITORIAL



LXVII LEGISLATURA  
CAMARA DE DIPUTADOS

de la **Historia general**  
**Revolución Mexicana**

I





CONSEJO EDITORIAL



LXII LEGISLATURA

CÁMARA DE DIPUTADOS

## PRESIDENCIA

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PAN

Dip. JUAN PABLO ADAME ALEMÁN, *Titular*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRI

Dip. JOSÉ ENRIQUE DOGER GUERRERO, *Titular*

Dip. ELIGIO CUTLÁHUAC GONZÁLEZ FARIAS, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRD

Dip. TOMÁS BRITO LARA, *Titular*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PVEM

Dip. RICARDO ASTUDILLO SUÁREZ, *Titular*

Dip. LAURA XIMENA MARTEL CANTÚ, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DE MOVIMIENTO CIUDADANO

Dip. JOSÉ FRANCISCO CORONATO RODRÍGUEZ, *Titular*

Dip. FRANCISCO ALFONSO DURAZO MONTAÑO, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PT

Dip. ALBERTO ANAYA GUTIÉRREZ, *Titular*

Dip. RICARDO CANTÚ GARZA, *Suplente*

GRUPO PARLAMENTARIO DE NUEVA ALIANZA

Dip. LUIS ANTONIO GONZÁLEZ ROLDÁN, *Titular*

Dip. JOSÉ ANGELINO CAAMAL MENA, *Suplente*

SECRETARIO GENERAL

Mtro. MAURICIO FARAH GEBARA

SECRETARIO DE SERVICIOS PARLAMENTARIOS

Lic. JUAN CARLOS DELGADILLO SALAS

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL ADELANTO DE LAS MUJERES Y LA EQUIDAD DE GÉNERO

CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE Y LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES PARLAMENTARIAS

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN, INFORMACIÓN Y ANÁLISIS

SECRETARIO TÉCNICO DEL CONSEJO EDITORIAL

EDGAR PIEDRAGIL GALVÁN

# de la **Historia general** **Revolución Mexicana**

1910: el Centenario de la Independencia

Los hombres en armas

I

José C. Valadés

Los editores agradecen las gentiles atenciones del diputado Francisco Arroyo Vieyra, quien durante su gestión como presidente de la Cámara de Diputados en el primer periodo legislativo de la LXII Legislatura apoyó esta nueva edición de la obra. Así también reconocemos la buena disposición de los diputados integrantes del Consejo Editorial, al haber hecho suyo este proyecto.

Debe mencionarse que las fuentes utilizadas fueron generosamente facilitadas por el doctor Diego Valadés; a él se debe la iniciativa de publicar la presente obra; por ello le expresamos nuestro sincero agradecimiento.

MAPORRÚA

Ediciones anteriores:

1963, 1965, 1967: Manuel Quesada Brandi  
1976: Editores Mexicanos Unidos  
1979: Editorial Valle de México  
1985: SEP-CONAFE / Ediciones Gernika  
1988, 2000: Editorial Valle de México

© 1963 - 1976 José C. Valadés

La presente edición:

© 2013: Miguel Ángel Porrúa, librero-editor  
H. Cámara de Diputados, LXII Legislatura

© 1976 - 2013: Diego Valadés

© Por características tipográficas y de diseño editorial  
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley

ISBN 978-607-401-763-2 OBRA COMPLETA  
ISBN 978-607-401-764-9 VOLUMEN I

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de GEMAPORRÚA, en términos de lo así previsto por la *Ley Federal del Derecho de Autor* y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

LIBRO IMPRESO SOBRE PAPEL DE FABRICACIÓN ECOLÓGICA CON BULK A 80 GRAMOS

[www.maporrúa.com.mx](http://www.maporrúa.com.mx)

Amargura 4, San Ángel. Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.





*La entrada de Francisco I. Madero en la Ciudad de México. 7 de junio de 1911.*  
Grabado de Isidoro Ocampo.

Taller de Gráfica Popular, México, 1947

No tiene precedentes en la historia de México la llegada de Madero a la capital de la República, a raíz de la firma de los Tratados de Ciudad Juárez. Sin exageraciones de ninguna especie, todos los habitantes se lanzaron a las calles para vitorear al jefe de la Revolución. Únicamente se quedaron en sus casas los enemigos del pueblo, quienes comenzaron a conspirar para hacer posible la caída del gobierno presidido, meses más tarde, por el Apóstol de la Democracia.

# de la **Historia general** **Revolución Mexicana**

1910: el Centenario de la Independencia

---

Los hombres en armas



# 1910: el Centenario de la Independencia



## Paz de un régimen

EL CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA

Para el común sentir de los mexicanos, en la primera década del siglo, el mes de septiembre era el tiempo de una primavera política nacional, dentro de la cual se recreaban innumerables y hermosas, aunque endeables esperanzas de un porvenir mexicano, Y esperanzas de todos los géneros; porque ¿quién, al recuerdo de una epopeya centenaria, no anhelaba conocer y disfrutar la forma primigenia de la Independencia de México, y con lo mismo penetrar al trato del desarrollo de los organismos públicos y humanos, particulares y administrativos, ilustrados y populares, ideales y pragmáticos que al través de 100 años habían dado ser y principios a la República?

Así, en medio de lo conmemorativo del septiembre de 1910 —que es el septiembre de este estudio—, emerge una pregunta que no corresponde al espacio sideral, sino que está incluida en uno de los primeros tiempos de la razón de gente. Tal pregunta, que no corre del decir de unos al decir de otros; pero que sí va de una mente a otra mente, puesto que el silencio es un hábito que se ha hecho durante el régimen político del general Porfirio Díaz; tal pregunta, se repite, reza así: ¿Es dichoso, en estos días del Centenario de la Independencia, el pueblo mexicano? Y se escribe pueblo y no individuo o sociedad, no tanto para la pluralización de las cosas, personas o pensamientos, cuanto para establecer la esencia de un carácter antropológico; pues, ¿qué otra materia, sino el conjunto de los

mundos naturales constituye el meollo de las naciones y hace inteligible la felicidad de los seres racionales? ¿Cómo, si no de esa manera, podrá comprenderse el análisis y perduración históricos? ¿Qué hacer, a fin de establecer las causas, sin la unidad de las familias que dan proporción, macicez, cordura, sangre y carne a la nación mexicana?

Los signos que surgen, conforme se desenvuelve la vida nacional, en torno al carácter antropológico, son de tanta magnitud, que sólo así será posible entender el fundamento de los acontecimientos que constituyen la gran Revolución Mexicana; gran Revolución, por su dilatación, sus luchas, sus hombres y sobre todo por la sencillez y humildad de su origen, que a medida que se desarrolla transforma a la masa rural que la produjo, en individualidades que, abandonando u olvidándose de su cuna, dan a México singulares clases selectas para todos los designios de la vida y del espíritu humano.

Tan sorprendente es el acontecimiento, que nos obliga a interrogar si con ello México alcanzó la felicidad o si poseía ésta en los años anteriores a la Revolución.

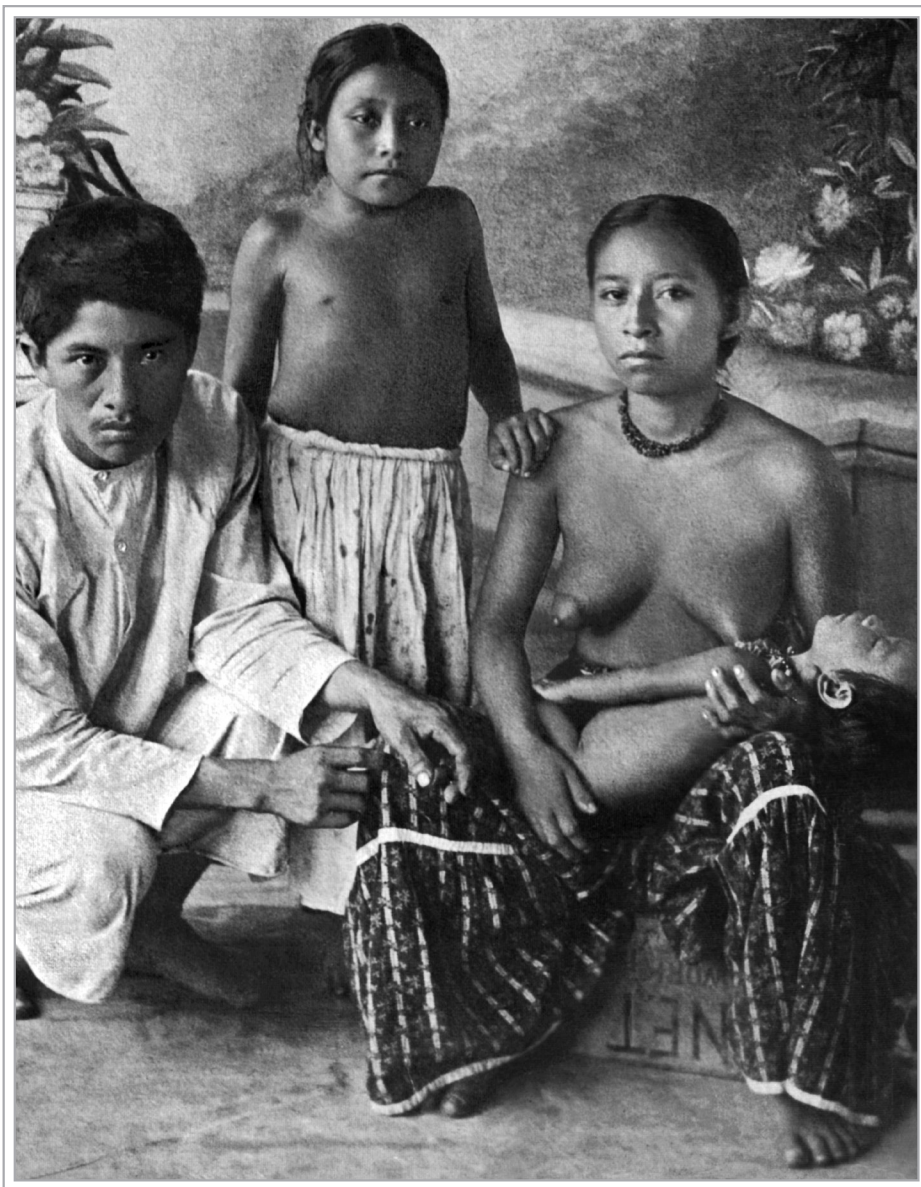
Fijemos como preliminar, que si al través de los días que encaramos, la dicha hubiese sido para el pueblo mexicano materia moldeable, quizás los sufrimientos populares merecerían otra clasificación y no las que se dan a los que provienen de la guerra. Tal vez, se argumenta, el régimen político, la doctrina moral, la institución jurídica, la idea religiosa, la función de las ideas, la organización de la sociedad, la distribución de la propiedad, el ejercicio autoritario, el sistema administrativo del país no eran un sublimado esencial. Posiblemente, si la bondad o la malicia de las acciones humanas, durante la época que examinamos, en vez de motivos recónditos hubiesen tenido las expresiones claras del entendimiento general, merecerían desde luego una calificación justa e iluminada, con lo cual nos bastaría para fijar la dicha de la gente común; también la dicha de la patria. Pero no fue así.



Y si se insiste en el tema de la dicha, es debido a que, ¿con cuál otro vocablo se puede compendiar lo que el mundo de las criaturas humanas y de la razón universal espera como correspondencia a sus acciones personales, a las relaciones de sus congéneres, al respeto de sus autoridades, al desarrollo de su laboriosidad y riqueza, al producto de su inventiva y buenas costumbres, y, en fin, a todo cuanto es denotante y practicante del sentido común y del apoyo mutuo? ¿Que otro principio si no ése, esbozado como precepto humano desde los últimos años del siglo XIX, podían perseguir el pueblo y el Estado mexicanos? ¿De qué otra manera, en medio de los males y los bienes que la naturaleza concede a los seres racionales y a las manifestaciones de éstos, si no con los hábitos del entendimiento y la voluntad serían capaces de existir y desenvolverse las comunidades?

Cuanto más escudriñemos, pues, hasta dónde llegaba el valimiento de la dicha humana durante los años que precedieron a la Revolución, mayor será la manera de comprender a aquella sociedad de 1910, que, gozando de lo conmemorativo, de lo altamente conmemorativo, parecía —sólo parecía— ser dichosa.

Es incuestionable, que durante aquel mes, florido en elegancias literarias y mundanas, todo era tranquilo y plácido dentro del mundo oficial de México; mundo que había obtenido la omnipotencia de muchos poderes, de innúmeras distinciones, de grandes artificios y de inequívocas cualidades administrativas y autoritarias. Sin embargo, para el otro mundo, el popular, el cuadro de la vida era tan escéptico —misoneísta, también— como el del hombre de las tierras áridas, que cuando siente la cercanía del solsticio de verano y cándida, sosegada; incrédulamente observa el movimiento de los vientos, la humectación atmosférica, el calor de los rayos solares y la meteorización de la tierra, con el conformismo de su porvenir —el porvenir de gente y de su patria, que todavía no tiene más significado que el de un rincón de tierra y cielo.



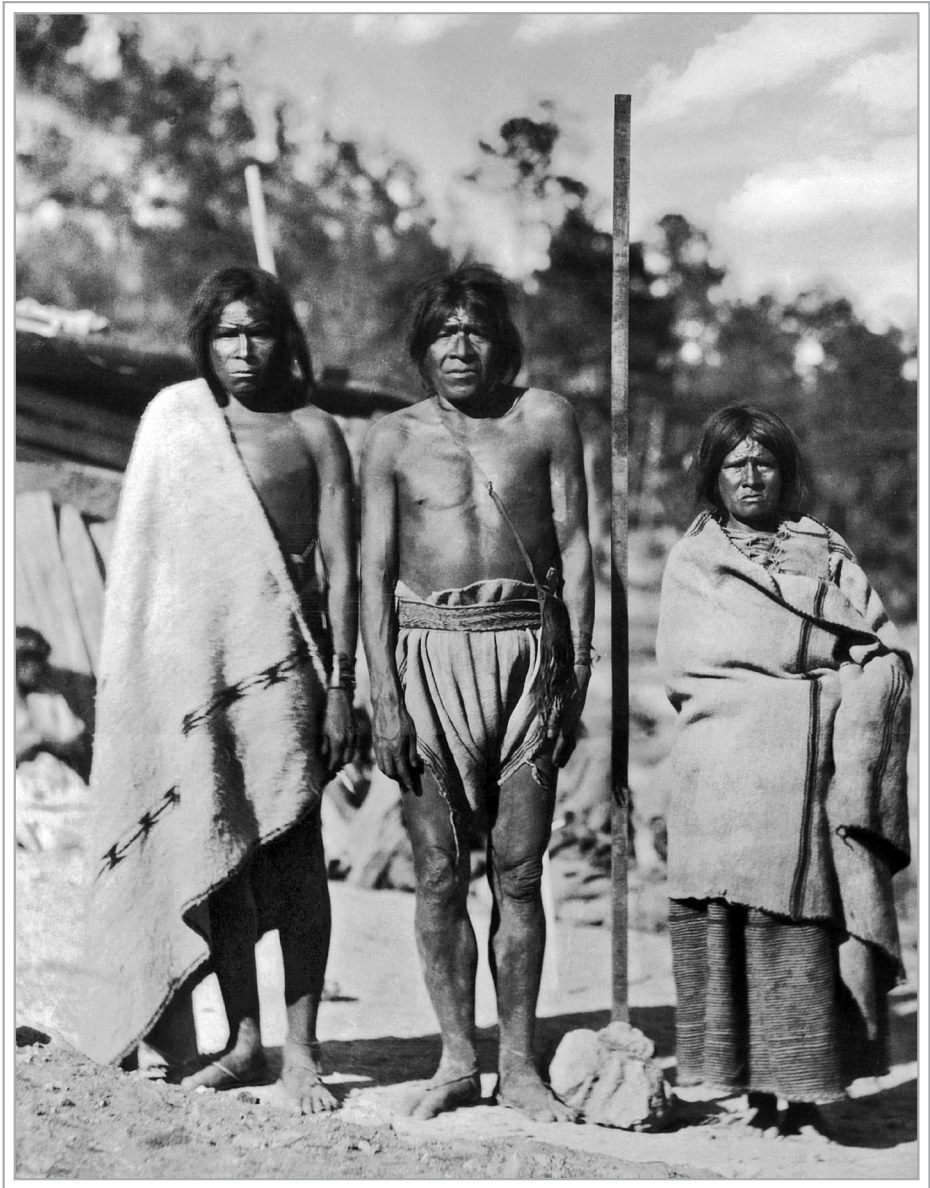
Familia chontal del municipio de Nacapoca, Tabasco, 1840

Talmente se sentía si es que se reparaba en la existencia de esos dos mundos —tan distante uno del otro— que en aquel septiembre de 1910, a pesar del gran aparato conmemorativo del Centenario, como si, bien por ser expulsa, bien por vivir huraña e incomprendida, la dicha estuviese en gestación. De otra manera, los amaneceres septembrinos habrían estado entintados del perennal azul. Mas no era, ciertamente, así. Los despertares del cielo humano de México poseían el amarillo temblante de la duda, asociado a la brillantez súbita de lo fugaz; a los movimientos locuaces que preliminan las gravideces y al rocío abundoso que se hace manto de niebla y fuente de tormentas.

Ninguna otra estampa, capaz de representar la tristeza como caracterización de la antidicha mexicana, que aquella en la cual se retrataba la rutina en las aldeas y haciendas, en las rancherías y villas. Allá y acá, la vida de los seres humanos superficialmente, no merecía mutaciones; no deseaba mutaciones; no tendría mutaciones. No las había conocido en uno y más centenares de años. Todos sus movimientos, exceptuados aquellos sobre los cuales se había hincado el hierro de la era industrial, no poseían semejanza entre unos y otros exceptuados deberían ser, asimismo, los movimientos correlativos a la autoridad; porque si en ocasiones, la persona de gobierno poseía los visos de una eternizante sociedad de mandones, esto no constituía obstáculo para que, ya pacíficamente, ya violentamente, la función del gobierno no diese oportunidad a los de atrás o de adelante, pala coger en sus malos el bastón autoritario.

Todo eso, que formaba en los capítulos del libro de la dicha ambicionada siempre por el género humano, se perdía, sin embargo, dentro del pulso de un régimen de vida y jerarquía como era el porfirista; régimen que parecía incambiable o peligrosamente cambiable, por más que a tal régimen no le correspondía la responsabilidad del panorama que ofrecía la gente de México. Y no podía ser el responsable, puesto que no se debía al general Porfirio Díaz ni a





Tarahumaras de Huachochi, Chihuahua, 1890

sus colaboradores, el labrado de la naturaleza física y humana de la República.

México era, tradicionalmente, un país rural; y vivía ruralmente; y pensaba ruralmente; y creía ruralmente. El régimen porfirista no hacía más que conservar esa condición nacional, creyendo que con lo mismo, si no daba a la nación la dicha, tampoco —de existir tal dicha— la oscurecía; y como todo, dejando a su parte los desplazamientos fortuitos, tenía los caracteres de la continuidad impertérrita e insondable, no por falta de diligencia oficial, sino porque parecía criminal desencaminar la tranquilidad rústica hacia la controversia, el general Díaz sólo ambicionaba la paz para su patria.

Sin embargo, tanto se predicaba la paz; tantos esfuerzos hacía el gobierno para mantenerla; tanta autoridad de paz se daba al progreso, que aquel estado de cosas se convirtió en una paz de régimen, y con lo mismo se la desglosó del pueblo, para hacerla un acontecimiento magno y exclusivo del Estado, de manera que lo pacífico daba la idea de que el país gemía bajo la férula de una ominosa dictadura.<sup>4</sup>

#### ORÍGENES DEL RÉGIMEN PORFIRISTA

En 1910, el concierto político y social de México no podía ser ya el correspondiente a una eufonía espiritual, ni a la representación armónica de fuertes y débiles, ni a la unidad de un carácter nacional, ni a las vibraciones de los ayes y contextos de la sociedad, ni a la sinergia de una política crítica. El concierto de México, hacia el año de la conmemoración nacional, pertenecía a las consecuencias de

<sup>4</sup>Las fuentes de referencia, ora manuscritas, ora impresas, serán halladas al final de cada tomo y en el orden correspondiente a capítulos y subcapítulos, de manera que, además de agrupar a las autoridades de la obra, puedan ser útiles al estudio, ya de materia específica, ya de asuntos cronológicos, ya de guías bibliográficas o históricas. Este método se ha seguido en la composición del trabajo a fin de permitir al lector las libertades del análisis y juicio, sin la sumisión a que obliga, muy a menudo, el andamiaje de los escolios.



General Porfirio Díaz Mori, 1867

un empirismo político hecho mecánica dentro del sistema de mando y gobierno de la República, y al cual se distinguía con el nombre de *régimen porfirista*.

Apellidábase *régimen porfirista*, no sólo por las características muy de suyo —y esto no obstante que era una estructura sobrepuesta a los preceptos de la Constitución de 1857, que estaba en vigor—, antes porque lo acaudillaba con prestancia y pulso, conocimiento y causa, patriotismo y rectitud el general Porfirio Díaz.

Este, si ciertamente no había hecho un régimen a su capricho o designio individual, puesto que tal régimen provenía de las ideas formativas del gobierno republicano organizado, presidido y dirigido por Benito Juárez, sí le había dado toda su voluntad, inteligencia e interés, con lo cual pudo convertirlo en un conjunto de reglas inseparables; también en un organismo de vasta y excesiva autoridad; tan vasta y excesiva, que a menudo lesionaba los modos más elementales de la libertad y ultrajaba los racionales y constitucionales derechos del individuo.

Así y todo, el general Díaz poseía innegables cualidades personales, que mucho le servían para dar realce a su autoridad particular, la cual, por supuesto, se reflejaba de manera directa y certera sobre el poderoso sentido de autoridad que había ganado el gobierno nacional. Y Díaz, ciertamente, llevaba una vida honesta; y por estar siempre atento a las funciones de su mando, parecía un vigilante impertérrito del orden público. Tanto, en realidad, era su celo por la paz y dignidad de la República que no hay momento de su carrera política y militar durante el cual se ponga en duda su patriotismo. Conducía el gobierno de la nación con grave severidad, y como siempre estaba temeroso de la iniciativa o del talento individuales que solían manifestarse, aunque tímidamente, al margen de la jurisdicción específica del Estado, el general Díaz no vacilaba en acudir a remedios de carácter muy personal, con lo cual, para el vulgo, daba las apariencias de ser gobernante inconsiderado; y entre lo que

opinaba la gente del común y los recelos del presidente existía tanta incompatibilidad, que si no en la superficie, sí en el fondo, se suscitaban cuestiones que a veces marchitaban o empequeñecían la vida de la nación.

Despreciaba el presidente Díaz todo lo novedoso. De aquí, la rutina de su gobierno, la continuidad de las instituciones y la perseverancia y obediencia de sus amigos. Y si es verdad que eso sirvió para dar cauce y dilatación a una paz doméstica que parecía perpetua, también es cierto que el país consideró la inamovilidad de los funcionarios y procedimientos del régimen porfirista como actos detentatorios, y por lo mismo, tanto el vulgo como la clase media ilustrada e independiente, no hallaron otro vocablo más adecuado para calificar el estado de cosas que existía en torno al general Díaz, que el de *dictadura*; aunque en ocasiones también emplearon el vocablo *tiranía*.

Sin embargo, todos los apelativos empleados en la época, tratando de juzgar la situación política, más que resultado de una función exacta y verdadera que sirviese para hacer juicio acerca del gobierno porfirista, venían de la apariencia que dan los gobernantes cuando en lugar de seguir el camino de las composiciones armónicas de la sociedad, optan por el ejercicio y poder de los caprichos personales.

De esta falta, irreconciliable siempre con los más sencillos derechos públicos y privados, se originó un descontento de orden político que empezó a abrasar a los mexicanos en los albores de nuestro siglo; descontento que, partiendo de la media ilustración en la Ciudad de México, fue abriéndose paso hacia las clases rurales, y como éstas tenían sus propios problemas sobre los cuales el general Díaz sólo había considerado el de una seguridad para individuos y comunidades, no fue difícil que allí, la oposición literaria y política al general Díaz, se convirtiera en espíritu subversivo y con ello se formase un ambiente de venganzas personales. De una venganza todavía mayor: la venganza del pueblo rústico contra la metrópoli placentera,





General Porfirio Díaz Mori, ca. 1905



cortesana y egoísta; porque para la mayoría de la República, muchos eran los privilegios de mando y riqueza que poseía la Ciudad de México; y como a la realidad cruda se asociaba lo imaginativo de un pueblo separado y apartadizo del Estado, lo que eran manifestaciones aisladas de inquietudes y temores, poco a poco fueron haciéndose una parcialidad sin jefatura, pero de todas maneras amenazante a la tranquilidad nacional. En esa parcialidad, dentro de la cual cabían todas las actividades antiporfiristas correspondientes a los primeros 10 años de nuestro siglo, no se hallarán genialidades literarias o políticas, filosóficas o sociales. Registrará, en cambio, impulsos heroicos, intuiciones populares, caracterizaciones de pensamientos humanos, realidades transigentes y concordantes, ensueños nebulosos, pero elocuentes.

Todo eso corresponderá a las representaciones de un espíritu público en formación, y por lo mismo, tales representaciones no tendrán las preluiones doctrinales con que suelen anunciarse los grandes acontecimientos políticos; y es que si de un lado, la vida verdaderamente mexicana se escondía entre los numerosos pliegues de las clases rulares y eran éstas los fermentos de un futuro nacional; de otro lado, en tales días, el individuo de la ilustración media se sentía espiritualmente oprimido, puesto que no era posible vencer en lides democráticas al gobierno personar en un país donde existía, de hecho, una sola ciudad. De aquí, la desesperanza de que la masa rústica de México pudiese tener acceso evolutivo a las altas fuentes del mando y gobierno de la República.

Tan triste y amargo se presentaba el panorama del talento y pensamiento no oficialistas, que en el nacimiento del siglo, los trabajos del antiporfirismo fueron de mucha timidez y pobreza. Dirigíanse no tanto a promover una obra doctrinal en favor de las libertades públicas, cuanto a censurar las partes accesorias del régimen porfirista. De esto da idea la hoja periódica *Regeneración*, fundada y dirigida (1901) por Jesús y Ricardo Flores Magón. Y en efecto, *Regene-*

*ración* estaba dedicada a alzar la voz popular contra un viciado sistema judicial, que mermaba los valores morales de la justicia y del pueblo.

El periódico de los Flores Magón, no constituía una amenaza al orden público; pero el gobierno supuso que *Regeneración* podía ser más adelante centro hacia el cual convergiera “la bohemia siempre capaz de vender su alma al diablo”, por el goce de cometer algún dislate hablado o escrito; y debido a todo eso, el juez Juan Pérez de León, grave y sañudo, encargado por su habilidad y experiencia de fichar, vigilar y perseguir en la capital de la República a todo aquel aficionado a la pluma belicosa o juguetona, firmó dictamen suspendiendo la publicación y decretando la prisión para los Flores Magón.

Y no estaba mal orientado el gobierno; porque si no en torno a los directores de *Regeneración*, presos ya en la cárcel de Belén, sí dentro de una escuela política que nacía sin preliminares de doctrina ni caudillos iluminados, pero con certeza de juicio popular, estaban otras publicaciones periódicas: *El Hijo del Ahuizote*, de Daniel Cabrera; *Excélsior*, editado por Santiago de la Hoz y *Vésper*, dirigido por Juana B. Gutiérrez de Mendoza.

Nada extraordinario contenían esas publicaciones a no ser la osadía de dilatar un ambiente hostil al porfirismo; ahora que tal tarea la llevaban al cabo con cierto comedimiento; y esto no tanto por temer al gobierno que conducía una política tolerante hacia las publicaciones periódicas independientes, mientras éstas no se excedían en críticas, sobre todo referentes a la vida privada de los funcionarios públicos, cuanto por saber que la opinión general en la capital, desdeñaba lo que estaba destinado a alterar la paz.

Y en efecto, el sentir metropolitano, guiado no solamente por las figuras ornamentales del régimen, antes también por los progresos en los valores mercantiles y de la propiedad urbana, era tan favorable al porfirismo, que los periodistas de la oposición, todos noveles



General Porfirio Díaz Mori, 1910

en las letras y política, más parecían dedicados a esparcimientos personales que a dirigir una empresa antiporfirista. Además, como el presidente se había preocupado en mantener dos y tres grupos de la política administrativa en constante pugna, de manera que el país experimentara en algunas ocasiones los aires de la libre discusión, la prensa periódica de la oposición, discretamente servía a un grupo u otro grupo de superficie, y por lo mismo no contrariaba los desig-nios de fondo que perseguía el general Díaz.

Sin embargo, no faltaban las excepciones. *Vésper*, insertando algunos aportes de *La conquista del pan*, libro del anarquista Pedro Kropotkin, advertía, aunque en lejanía, la posibilidad de que las ideas sociales europeas pudiesen hallar plaza en México. Más esto sólo era una advertencia, porque el país vivía ayuno de idearios, mientras que en los mundos europeo y norteamericano, la política abría curso a los programas de todas las liberalidades principios.

#### EL PARTIDO LIBERAL

San Luis Potosí, ciudad de 60 mil habitantes en 1900, si no es próspera en el orden económico, pues las tierras que la circundan son de pobreza gris, y el cielo que la cubre corresponde a los antojos de la naturaleza, sí es venturosa en diversos modos de la cultura.

Una tradicional lucha entre clérigos y librepensadores dio pie de formación a dos *élites* potosinas contendientes, de lo cual se originó una facultad intelectual que si a veces fue chabacana y lugareña, en ocasiones se presentó humanista; profundamente humanista.

La clerecía, y con ésta una porción de individuos de la mejor sociedad potosina, constituían una clase muy activa y culta dirigida con mucha distinción y eficacia por el obispo Ignacio Montes de Oca, raro talento, copioso en latinismo como en vida mundana; porque Montes de Oca; aparte de su dignidad episcopal y de sus muchos cascabeles sociales, era hombre de grande y desafiante calidad y lustre.

Frente a ese agrupamiento de valores confesionales que dio a San Luis Potosí mucha jerarquía, puesto que allí, dentro de tal casino, todo era a semejanza de un dorado imperio entregado a la idea de Dios y que el pueblo potosino seguía con verdadera devoción; frente a ese agrupamiento, estaba otro círculo. Este correspondía al linaje liberal; y aunque de sus caudillos ninguno sobresalía en pompa y fulgor, en letras o autoridad al obispo Montes de Oca, hubo entre sus miembros, adalides dispuestos a bregar por lo que, incuestionablemente, ha sido la idea más alta y luminosa para los mexicanos: la libertad.

La libertad no era en aquellos oponentes a los dominios y designios del erudito y mundano prelado, la facultad única de ser y hacer, o la de autodeterminación o auto responsabilidad. Otras y mayores parecían ser las aspiraciones que dentro del principio de libertad habían hallado los liberales potosinos: la que contiene una virtud generosa, porque distribuye bienes en principio de justicia; la que es doctrina política, puesto que proclama la separación del Estado y la Iglesia; la que representa una comunión social, pues establece que el respeto al derecho ajeno es la paz; la que es bandera de lucha, ya que manda la exclusión de todas las sociedades confesionales de la escuela y vida civiles y la que, por último, es doctrina de derecho al exigir el cumplimiento de los preceptos constitucionales de 1857.

En el seno de aquellos liberales potosinos que trataban de rehacer al Partido Liberal del siglo XIX, no faltaba la idea juarista; la de un juarismo que no sólo era pensamiento, sino también acción. Mas no acción contra la Iglesia, porque dentro de tales liberales existía un profundo sentimiento religioso. La acción estaba dirigida hacia lo que consideraban como un renacimiento del Partido Conservador: el porfiriismo. Tras de lo liberal, pues, se ocultaba el antiporfiriismo. Creíase —porque tal era la esencia de la vieja doctrina liberal— que la rutina oficial significaba enemistad hacia el progreso; y en aquella gente, unida a la libertad estaba el culto del progreso. Ninguno de tales liberales, en su mayoría jóvenes, podía aceptar

que el régimen porfirista tuviese manifestaciones de adelanto, mejoramiento y perfeccionamiento de la vida política de la República. Al general Díaz, lo caracterizaban en la escuela potosina (1904) como individuo ajeno a un porvenir abierto y franco de la nación mexicana. Llamaban al régimen porfirista, con señalado desdén, *régimen tiránico*, lo cual significaba que era contrario a democracia, a las libertades públicas y civiles y a las fuerzas de la civilización; ahora que para juzgar así al porfirismo había parcialidad, y por lo mismo fácilmente se incurría en los errores que a veces traen muchos infortunios a los pueblos.

Centro de aquellos fervorosos partidarios de la libertad —del “liberalismo puro que salvó a México de la intervención extranjera”, decían los documentos potosinos de la época— era un grupo juvenil acaudillado por Camilo Arriaga, Antonio Díaz Soto y Gama, Juan Sarabia, Librado Rivera y Humberto Macías Valadez.

Pocos eran los líderes de ese neoliberalismo; pero esos pocos poseían una gran resolución; tanta así que su finalidad era organizar y dirigir un movimiento político nacional, hecho partido en todas sus fases, al que empezaban por dar el apellido de Liberal. Liberal, reiteraban, porque el régimen porfirista había dado, “contrariando las Leyes de Reforma”, beligerancia política “a la Iglesia”. ¿No los obispos —escribieron los potosinos, en tono de combate y no de razón— “mandan en autoridad eclesiástica y determinan en autoridad civil”?

En esta última aseveración —se insiste— estaba la exageración de partido y también de localismo; pues si es cierto que Montes de Oca unía al gobierno de su episcopado el influjo de su personalidad sacerdotal y con lo mismo su palabra gozaba del respeto cetera de la autoridad civil, no se debe ignorar que los gobernadores de San Luis, Carlos y Pedro Díez Gutiérrez, con señalada maña política, y en medio de muchos artificios propios al ceremonial de esos días, dejaban que el obispo acariciara —sólo acariciara— gracias a sus aficiones mundanas, las puertas del edificio oficial. De esto —y bien

probado lo tenía la autoridad civil— mucho se envanecía Montes de Oca creyendo, con lo mismo, haber ganado laureles.

Así como los enredos, tolerancias y conciliaciones que realizaban los gobernadores de San Luis no eran ni podían ser públicos, mientras el prelado se alababa presuntuosamente de sus propios valimientos, los liberales potosinos aprovechaban la coyuntura, para dar alma y cuerpo a un movimiento político y laico de muchas proyecciones constitucionales; y ya en este camino, que era quebradizo, fundaron el club Ponciano Arriaga.

El nombre del partido tiene muchas evocaciones: la de una política intransigente, un radicalismo popular, un señalado antigobierno y una definición valiente de lo que se proyecta. No habla de democracia electoral; tampoco de soberanía del pueblo. Sus campeones lo consagran prematuramente como una “atalaya de las libertades”.

De esta manera ser socio correspondiente del club Ponciano Arriaga, lo mismo en San Luis que en cualquiera otro lugar de la República no era desafío al general Díaz, ni amenaza la paz nacional, ni controversia con el mundo oficial, ni disputa de empleados administrativos. Los liberales potosinos pretendían una empresa política mediante la invocación de una sola palabra, la palabra *Libertad*.

Es, pues, en la capital potosina donde nace la idea y forma de un agrupamiento político que tratando reivindicar el liberalismo mexicano, inicia, pasados los dos primeros años de nuestro siglo, una lucha moderada, pero de mucha determinación, contra el régimen porfirista. Mas como éste, dejando a su parte el aspecto de gobierno personal, voluntarioso y aconstitucional, no presentaba un blanco al cual apuntar y pegar certeramente; y como por otro lado, los liberales no poseían momentáneamente otra bandera que la del anticlericalismo ni otro principio que el de defender la Constitución del 1857, las actividades emprendidas en San Luis Potosí no adquirieron resonancia en la República.

Al final del 1904, el club Liberal potosino sólo tenía 18 grupos correspondientes en el país; y tales grupos representaban una afición



política más que una realidad política. Los adalides potosinos habían fundado una parcialidad propia a las ciudades y por lo tanto estaban apartados de la mentalidad rural de México que era la que exigía un aparato y una dirección políticos.

Pero si el Partido Liberal no lograba desenvolvimiento en medio de la clase rústica del país, en cambio atraía a los periodistas que en la Ciudad de México se significaban, aunque con moderación, como los campeones de la oposición política al gobierno del general Díaz.

De todas maneras, debido a aquellos agrupamientos liberales, a los cuales se asociaban en algunas poblaciones de Veracruz y Oaxaca, de Hidalgo y Puebla los francmasones, ya existía en México un cuadro de luchadores antiporfiristas; ahora que a tal conjunto político le faltaba un ideario. La felicidad nacional, advertía no sin propiedad el liberal Santiago de la Hoz, no podía obtenerse con las solas restricciones civiles al clero.

Quizás —insinuaba— se requería un intento de democratización del gobierno porfirista. Pero, ¿qué hacer para llegar a tal fórmula?

Considerada la falla por los jóvenes liberales, éstos resolvieron enmendarla, proponiendo a los clubes liberales que hicieran preparativos a fin de “cambiar el sistema de gobierno” que existía en el país. Los liberales, acercaban con demasiada prisa a la conspiración y a la violencia; pero como carecían de medios económicos, tales proyectos sólo correspondían a las epístolas particulares o a los discursos dentro de los clubes. La República caminaba ajena a los pensamientos radicales; seguía entregada a la paz, y continuaba confiada en la respetabilidad que daba a la nación el general Díaz.

#### IDEA DE LA AUTORIDAD PORFIRISTA

A los primeros albores del siglo xx, las amenazas calladas y por lo tanto ajenas a las verdades y realidades de la nación, que se presentaban para el régimen porfirista, tenían no pocos aspectos; algunos



de ellos complicados. En efecto, si para unos la idea de suceder al general Porfirio Díaz era grata y apetecible, para otros significaba lo peligroso de un cambio de cosas; empresa quizás un poco incoherente e intangible, pero de todas maneras apoyada en el principio de las libertades públicas.

La creencia de que llegado el presidente a la edad de 70 años, carecería de la gallardía y pulso convenientes y necesarios para el gobierno de la República, no dejó, en medio de acciones silenciosas y laberínticas, de convertirse en una sorda conspiración dentro del propio régimen; conspiración que no trascendía al mundo popular y que se desarrollaba a manera de graciosas composiciones políticas; también de muy groseros deseos personales.

A todo esto no vivía ajeno don Porfirio, quien llevaba lo septuagenario con señalada agilidad, mucho decoro, bastante y considerada energía y con la certeza de que tal edad, para un gobernante, era plenitud de prudencia y experiencia. Además, el general Díaz estaba seguro de que, habiendo engrandecido y consolidado la autoridad civil, ésta no podía ni debía ser interrumpida o desvirtuada con un cambio de hombres o propósitos políticos o administrativos, puesto que la obra bienhechora del régimen consistía en la función de un sistema conforme al cual era indispensable proseguir y dilatar lo comenzado.

Díaz, se repite, no creía en las innovaciones políticas ni en las inquietudes humanas; y si no era hombre que se amaba a sí mismo y que sólo consideraba sus dotes de gobernante, sí pertenecía a esa clase de individuos que tienen culto excesivo, veraz e incambiable a todo lo que en principio y práctica es precisión y pensamiento de orden. Y en razón misma a la prudentísima edad del estadista, estaba ese reverente e invariable homenaje que el propio don Porfirio tributaba a la observancia del lugar y sucesión de las cosas.

La edad, pues, del Jefe de Estado no podía ser motivo de controversia ni de preocupación popular. Tampoco iba a servir para la cuestión de qué sería de México después del general Díaz; porque



Los "científicos": Manuel González Cosío, José Yves Limantour, Olegario Molina, Justo Sierra, Justino Fernández, Ramón Corral, Porfirio Díaz, Enrique Creel y Leonardo Fernández. Fotografía de F. L. Clark, 1910

para éste, después de él, estaría la ley. Con esta lógica, divulgada incesantemente, el general Díaz hacía siembra de apaciguamiento, principalmente para sus más allegados colaboradores, entre quienes muy a menudo se barajaba, aunque entre bastidores, la interrogación de la sucesión, que tenía las características de ser la más importante para el país.

Esto no obstante, la malicia o la rivalidad, la pequeñez o el apetito de quienes se creían posibles sucesores del general Díaz, oscurecía a veces el horizonte de la nación.

Tan superior manera de dar gobierno y futuro a la República, no la comprendían los altos funcionarios oficiales. De aquí, que el ejercicio de los subalternos del régimen aparecieran como partes de un gobierno despótico, egoísta, imprevisor, negativo y tortuoso. Lejos, pues, de la idea fija, perseverante e invariable de don Porfirio, vivía la mayor parte del mundo oficial, por lo cual, en vez del juicio de la lógica que el general Díaz llevaba sobre sus hombros y que aplicaba con esmerada cautela y firmeza, ese mundo oficial seguía el camino de las adivinanzas; y si en alguna ocasión se sentía poseedor de los secretos del caudillo e interpretaba los inquirimientos y comentarios presidenciales no como proposiciones desembarazadas y fortuitas, sino a manera de apuntamientos testamentarios, lo único que lograba era dividirse en sus ambiciosos e ilusivos repartos. De esta suerte, el propio oficialismo, entregado a tocios los juegos y leyendas agradables, debilitaba el poder personal del general Díaz, y daba lugar a que, de conjetura en conjetura, llegasen a la masa nacional noticias de descomposición que en la realidad no existía, pero que motivaba la zozobra nacional.

Así, a la cortesana, pero enconada rivalidad del grupo de los políticos ilustrados que se movía entorno al ministro de Justicia e Instrucción Pública, Joaquín Baranda, y de la parcialidad llamada *Científica* que auspiciaba con mucha cabeza y efectividad el ministro de Hacienda, José Yves Limantour, y de la cual fue víctima el primero

cuando quiso ser osado en un régimen donde la audacia significaba desobediencia y alzamiento; así, a esa enconada rivalidad, se siguieron —también como consecuencia de las competiciones palaciegas— los fermentos catalizadores del régimen porfirista.

Tan peligroso era el uso de los atrevimientos dentro del gobierno, que cuando un núcleo político independiente penetró, con señalados arrestos, al escenario oficial y eligió como su caudillo al ministro de la Guerra, general Bernardo Reyes, pareció como si a tal hora hubiese llegado la peste y la descomposición del régimen porfirista. Y esto hizo temblar al país, no de goce democrático, sino de muchos temores, porque el general Reyes, quien con muy pocas pulgadas de estatura, se dejó arrastrar por el aplauso, el entusiasmo y la ilusión, suponiendo que el acontecimiento sería a manera de puente, llegado el caso de que don Porfirio se quisiera retirar; y esto, creyendo lo que el presidente, por su espíritu de gran responsabilidad, no había considerado ni dentro ni fuera de su alma de caudillo y Jefe de Estado.

El general Díaz dejó progresar el reyismo, pues quiso saber hasta dónde podía encaminarse un sentimiento democrático en el país; mas esta finta porfirista, no la entendió el general Reyes y permitió que sus partidarios le dieran todos los vuelos de la popularidad. Y, en efecto, pueblo y Reyes llegaron a tener compatibilidad, no obstante que el general no era de esos hombres capaces de extender su estimación en el concepto público, ya que estaba poseído de la vanidad y mucho exhibía su profesión militar y no ocultaba su almacén de reconcomios; pero su diligencia, fuera de lo vulgar, caracterizada en la organización de una reserva del Ejército Federal —reserva que se suponía equivalente a la seguridad de la República— le abrió las puertas del crédito nacional.

El suceso, sin embargo, no podía ser clasificado como eminentemente grato al pueblo; pero si por un lado tenía todas las exterioridades de corresponder al desenvolvimiento urbano, de otro lado, el

hecho de que un ministro del gabinete de don Porfirio se presentara osadamente como portavoz de una nueva idea, alentó tantas ambiciones, que quién más, quién menos, vio en Reyes al más probable sucesor del general Díaz. Y Reyes mismo debió considerarlo así; pues dejó esplender, sin advertir los recelos del general Díaz, y sin maliciar que su iniciativa militar servía de finta, el aparato militar que representaba la segunda reserva del Ejército; y como el hecho era novedoso y atrevido, el espíritu emprendedor del ministro, sirvió para dar valor, brillo, esperanzas al partido reyista. Con Reyes, más que la democracia, surgía la vocación creadora del pueblo mexicano que anteriormente estaba oculta entre los pliegues de la dejadez y la ignorancia, pero sobre todo en el apartamiento en que vivía el cuerpo rural de la República.

Ahora bien: si el presidente no comprendía ese fenómeno que se desarrollaba en el país, y las empresas de Reyes sólo las veía a través del temor de que el acontecimiento comprometiera el orden nacional e hiciese crecer un movimiento político dentro del porfirismo; si el presidente no comprendía tal fenómeno, percatado de lo que podría sobrevenir políticamente, excluyó del gabinete al general Reyes; ahora que esto, sólo sirvió para actualizar el problema de la sucesión presidencial, que el régimen porfirista había logrado desvanecer al través de los años y prosperidad oficial.

#### EL IMPERIO DEL CENTRO

Las manifestaciones revistas así como el movimiento liberal registrado en México durante la primera década del siglo, no podían ser considerados como el espíritu público. Este, en la realidad, estaba desterrado del país y no tanto por las formas del despotismo que los funcionarios inferiores daban al régimen porfirista, cuando por el gran peso que la masa rural descargaba sobre la República, de manera que aun cuando el gobierno hubiese deseado la libre función

de la democracia política o la efectividad del sufragio universal, el propio gobierno fracasa, porque era tan limitado el número de ciudadanos y tan pequeñas las posibilidades de que se produjera una evolución rural, que no existían las bases para llevar a cabo tales prácticas políticas.

La política no era en México hacia los días que recorreremos, afición ni profesionalidad. La política correspondía a la rama administrativa. Y ¿cómo podía ser de otro modo, si el pueblo, dividido en numerosas familias lingüísticas, por una parte; repartido en caprichosas comunidades y extenuado por las miserias de la geografía, por otra parte, no era correspondiente al desarrollo y disposiciones del Estado?

Sin embargo, dentro de la reducida clase mexicana que gustaba hacer ensayos de pequeña ilustración, había individuos que, sin manifestaciones espectaculares, se dedicaban a pensar acerca de los negocios públicos que se, presentaban a la vista. Esta clase se desenvolvía principalmente en las poblaciones de las zonas costaneras; también en las de tierra dentro, donde entre el ocio y la ingenuidad pueblerinos podían considerarse con más credulidad las cuestiones políticas.

No tenían, como es natural, tan aisladas como cortas manifestaciones de los sentimientos localistas y populares una característica de unidad. Carecían de las virtudes del entendimiento; pero ¿no un futuro, en el cual surgiesen los líderes, sería capaz de darle comunión y fuerza? ¿No lo que ahora estaba separado y diseminado y por lo mismo era endeble podría reunirse como medio para crear un cuerpo nacional, lo que sólo era nacional de apellido; porque el localismo constituía, no como partido, sino a manera de realidad mexicana, la parte más despreciada de México?

Con señalado disgusto se hablaba en el país no tanto del régimen porfirista, cuanto de los males que el centro ocasionaba a la República. En este vocablo *Centro*, la gente de las localidades reunía a to-

das las artes e industrias ya políticas ya económicas que daban vida y esplendor exclusivamente a la Ciudad de México, y que con lo mismo empequeñecían el pan y la luz de villas y pueblos, aldeas y rancherías de la República.

Si algún motivo de descontento notorio existía en el México de nuestro siglo era ese: el de una grandísima desemejanza en la manera de vivir del lugareño y del metropolitano. Y la impopularidad de la capital provenía, especialmente, de que ésta no se acrecentaba para dar calor a quienes desearan ir a habitarla, sino que crecía para tener más fuerza de dominación. La política que el régimen porfirista seguía en torno al desarrollo de la metrópoli era consecuencia de la política adoptada en lo que hacía a la absorción de un gobierno central, autoritario y único, de manera que la Ciudad de México llegó a ser el principal blanco que el régimen porfirista presentaba para sus enemigos.

Por todo esto, mientras que la oposición al gobierno del general Díaz fue urbana, el porfirismo no pudo sentir amenaza alguna a su estabilidad. Como en todos los pueblos rurales, mientras la masa rústica acepta la sojuzgación, la vida no se altera en ninguno de sus órdenes.

Sin estudiar, puesto que el porfirismo no era problema de voluntad sino de obligación; sin estudiar, ese estado de ánimo rural pasaba inadvertido para el general Díaz y los caudillos del régimen. Mientras que en los campos todo marchase pacíficamente, no había por qué entrar en preocupaciones o procuraciones.

Había una causa más por la cual la molestia y mortificación nacionales se achacaban al centro y no a don Porfirio. Esto se debía a que hablando mal del centro, la gente no personalizaba y con lo mismo no ofendía al general Díaz; pero sí señalaba la existencia de un problema; y de un problema de muchas consideraciones para el bien de la República.

Mas todos estos hechos, originados en la mentalidad rústica, no podían ser perdurables. Mientras que no existiese un partido

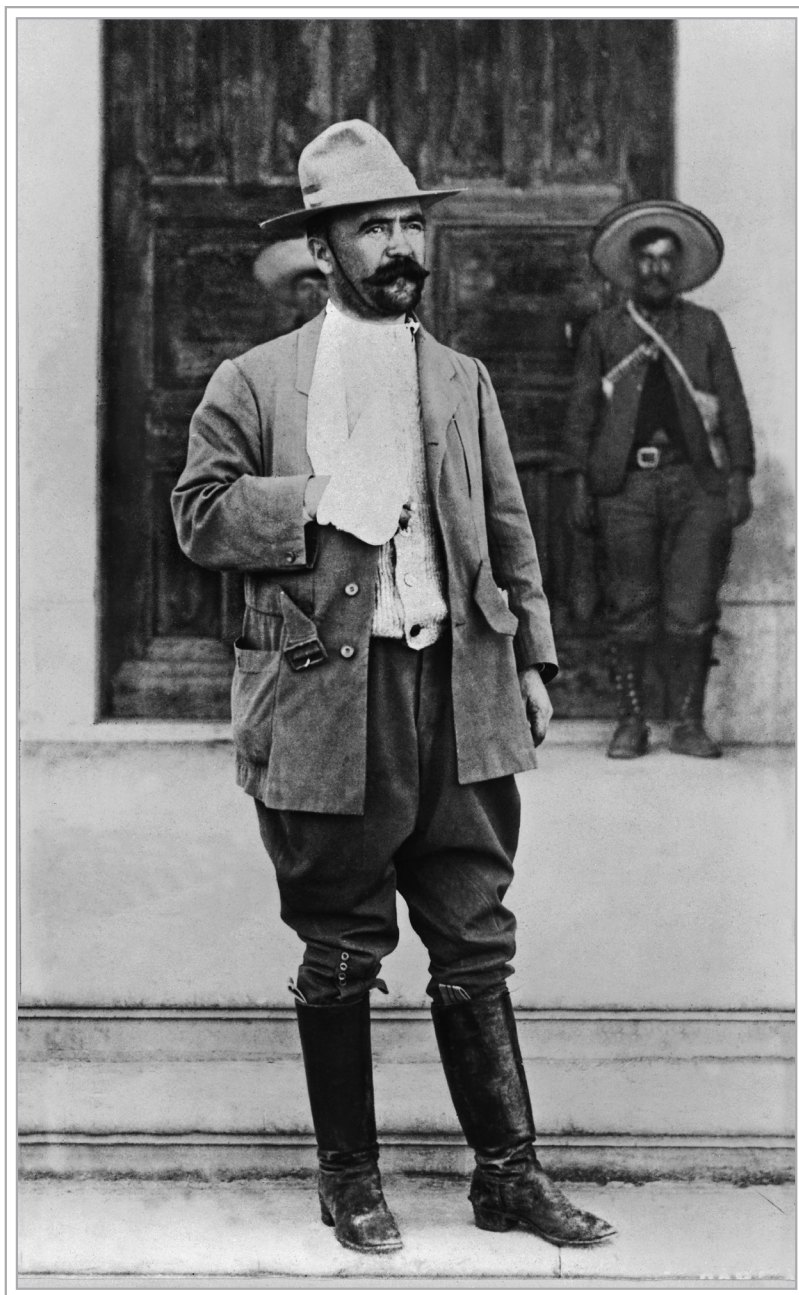


localista o un caudillo localista, el gobierno del general Díaz, entregado a los dorados ensueños de la Ciudad de México, estaba en condiciones de, continuar dentro del orden y la tranquilidad, gozando del crédito que proporciona a los regímenes políticos el poder autoritario.

Un cambio, pues, si no dentro de la naturaleza política del porfiriismo, sí en la forma de ser y pensar de la gran masa rural mexicana, podía sobrevenir a cualquier momento. Las condiciones del pueblo rústico no eran de aquellas capaces de invariabilidad; y esto no porque la hacienda, o el latifundio, o el analfabetismo, o el caciquismo, o la pobreza estuviesen exterminando a la población o tuviesen desasosegado al pueblo rústico. Esto, tampoco debido a que el labriego no fuese propietario de la tierra, o gimiese por los bajos salarios, o estuviese esclavizado. Esto todo, porque esa gran masa nacional no concurría a las funciones civiles o administrativas políticas o económicas de la nación mexicana. Además, carecía la vida rural de los instrumentos que el progreso había otorgado a las repúblicas, para que dentro de éstas emergiera la ambición humana. En medio de aquella rutina de la hacienda y del peón, del labriego y del barullero, del cura y del micro podía transcurrir un siglo más; quizás dos siglos sin que tal gente tuviese un incentivo, un solo incentivo capaz de ponerla sobre el camino de un progreso o del de otra dicha que no fuese precisamente la de un orden estricto o de una paz consecuente.

La declinación de los esfuerzos de los liberales potosinos, pudo probar, que las hondas cuestiones que encerraba el problema del apaciguamiento rural no serían dirimidas mientras no emanasen de la propia clase rural. Y tan cierto era esto, que a la primera manifestación de un caudillo del campo, el país entraría a la vía de las inquietudes; ahora que ese caudillo debería poseer méritos no del pasado, sino para lo futuro. Sin desinterés y audacia, sin responsabilidad práctica y culto al pueblo, no era posible concebir al hombre capaz





Francisco I. Madero en Casas Grandes, Chihuahua, 1911

de conmover a México frente a una figura de tantas dimensiones como el general Porfirio Díaz.

Así y todo ese caudillo iba a surgir; y surgió de actividades democráticas pueblerinas; pero como era de recio y resuelto carácter y a semejanza de la clase rural mexicana; y era osado, tan osado como el pueblo rústico quería ser, para vencer a las pinzas de acero que usaba el centro a fin de mantener la quietud y mansedumbre de la población del campo, pronto penetró en el alma popular, que a propósito quiso ignorar si se trataba de un hombre culto o inculto, rico o pobre, ilusivo o práctico, católico o protestante, honesto o deshonesto. La gran población mexicana deseosa de romper el hilo de las costumbres inveteradas que obligadamente establecían que hijo de peón, peón sería siempre, quería y buscaba un adalid. Y el adalid apareció en un pueblo de algodoneros, guayuleros y rancheros. Ese lugar fue San Pedro (Coahuila); el líder, Francisco Ignacio Madero.

Era éste de purísima cepa rural. Correspondía, ciertamente, a la clase superior rural de México. Poseía una clásica tradición rural; y de lo mismo le venían su mentalidad perseverante, pero osada; sus designios valientes, pero reflexivos.

Nieto de Evaristo Madero, audaz empresario de tierras y campos labrantíos e hijo de Francisco Madero Hernández, también hombre de campo, Francisco Ignacio nació el 30 de octubre de 1873 en la hacienda El Rosario (Coahuila); y vio transcurrir su infancia entre una zozobra y otra zozobra de sus familiares; pues el niño, dejando a su parte lo enfermizo, preocupaba a sus mayores por su soledad meditativa; tal vez melancólica, a la cual se entregaba muy a menudo.

No gustaba al pequeño estudiar al unísono de sus condiscípulos; porque parecía ser "como un hombre grande" dedicado a muchos negocios. Su maestra en primeras letras sentía la desesperanza ante aquel niño callado, siempre callado y hundido corporalmente tras del pupitre.

A la edad de 12 años, Francisco fue llevado al colegio de San Juan en Saltillo; y allí, bajo la tutela de los jesuitas se creyó llamado

al camino “de la salvación eterna”, ahora que tal vacación fue momentánea. Desapareció casi al mismo tiempo que sus padres le enviaban a un colegio de Baltimore (Estados Unidos), y cuando llegó a la edad de 14 años fue trasladado a Francia, donde, ya en posesión de la lengua extranjera, pasó a estudiar en la Escuela de Altos Estudios Comerciales; pues sus progenitores querían que hiciera carrera mercantil y bancaria, que le sería útil para acrecentar los bienes rurales de su familia.

Quizás sin quererlo, Francisco Ignacio se unió a las características de Francia; porque todo lo de ese país producía en él admiración y respeto: lo ordenado y cumplido de sus instituciones políticas; lo metódico en la enseñanza escolar; la liberalidad de su legislación mercantil; la sistemática formación de industrias y bancos; el inigualable adelanto de la República; el cosmopolitismo y la belleza física de París.

Aquí también, entregado a la lectura de los maestros del espiritismo, construyó su fe filosófica; hizo de su moral personal una revelación estricta e invariable; amó los más puros principios de la vida natural; estableció frías reglas para su alimentación; se instruyó acerca de las instituciones republicanas; hizo para sí propio un espíritu tolerante y prudente y sintió la necesidad de desatar las ambiciones del individuo, siempre que tales ambiciones condujeran a hacer el bien y felicidad de todos.

Cinco años vivió Francisco Ignacio Madero en Europa. Regresó a México para reintegrarse a la vida rural; y como quiso su independencia personal, pero sin menoscabar los lazos de familia que mucho amaba y respetaba, se estableció en San Pedro, y allí empezó a labrar su fortuna privada. Y esto lo hizo con tanta laboriosidad, orden y talento, que en el discurso de una década logró provechos de cuantía.

Estaba Madero entregado a los negocios rurales, cuando sintió en él lo mismo que sentía la mayoritaria población mexicana: la ne-

cesidad de dar valimiento al localismo político y económico frente al imperio del centro.

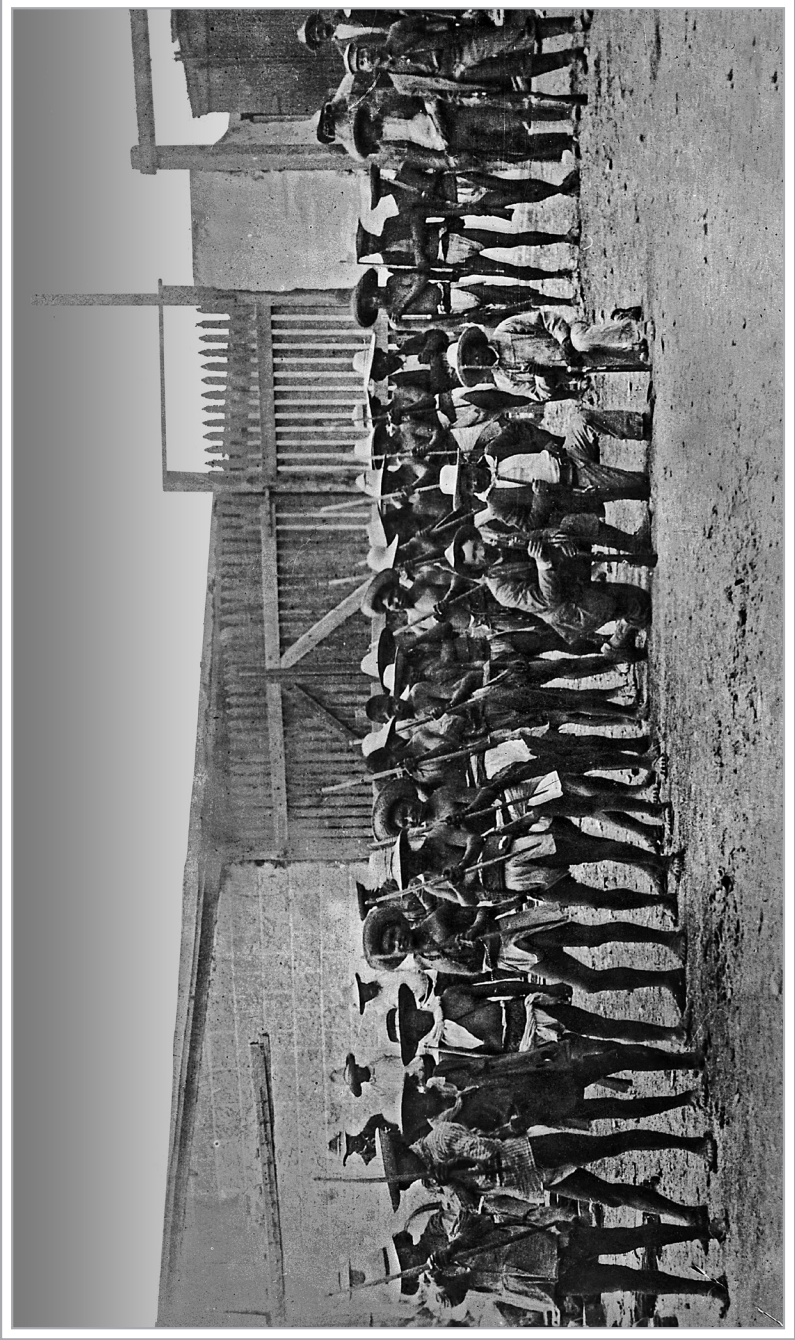
#### LA LUCHA DEL LOCALISMO

Sin desconocer, puesto que era individuo acostumbrado a la reflexión, que muchos y grandes serían los obstáculos y amenazas que hallaría en una lucha política contra el Centro, y provisto de un plan de vastas proporciones, Madero empezó por establecer el principio de la autodeterminación localista, con el cual atacaba uno de los principales males que padecía la República, y que el régimen porfirista creía poder redimir no con libertades políticas y electorales, sino con las funciones prácticas y vigorosas que en materia de orden llevaban a cabo las prefecturas o jefaturas políticas, o bien usando la fuerza, siempre amenazante y efectiva, de los cuerpos rurales convenientemente establecidos en todo el país.

Previamente enterado, pues, de los males que afligían al país, Madero, en aras de las libertades democráticas que había aprendido a amar durante los años que de su educación corrieron en Francia, a manera de representación de los intuitivos propósitos de la clase rural mexicana y agigantado por su rebosante talento, cogió en sus manos la bandera del localismo político e hizo de San Pedro el punto desde el cual comenzó (1904) una lucha democrática; pero principalmente, de democracia electoral, que pronto dilataría a toda la nación.

Al efecto, Madero no sólo fundó clubes políticos, editó un periódico independiente y participó como adalid de una nueva causa en las elecciones municipales sampedranas, sino que advirtió la necesidad de hacer presente al país un ideario político nacional.

Aunque el episodio electoral dirigido por Madero en San Pedro no fue venturoso, de todas maneras, el alma intrépida a par de gene-



Indios yaquis con arcos, flechas y armas de fuego



rosa, pertinaz y severa del líder político, pronto hubo de tener no sólo el arresto lugareño, antes también de la idea universal de la democracia. Paz, decía Madero, pero paz con libertad. Porfirismo, agregaba, mas un porfirismo con democracia electoral. Y estas afirmaciones hacían creer al comienzo de la empresa, que aquel novel político vivía en los ensueños, aunque por la administración y dirección que daba a su hacienda y por su carácter inquieto y audaz, bien se comprendía que dentro del adalid existía un hombre práctico y capaz de realizar lo que se proponía en mente.

Tan versado y diestro era Madero en la realización de las cosas útiles y necesarias, que en seguida de la gimnasia electoral efectuada en San Pedro, que le acarreó la simpatía del mundo rural que le circundaba y que dentro de su rusticidad alimentaba grandes y ambiciosos proyectos, y sirviéndose de la experiencia política ganada por los socios del club Benito Juárez, que así se llamaba el agrupamiento propio a la lucha sampedrana, el adalid empezó a acrecentar sus actividades democráticas al estado de Coahuila; y aunque en esa segunda parte (1905) tampoco le acompañó el triunfo, tal tarea le sirvió para considerar la fuerza que representa el líder en una batalla política y electoral. Así, dueño de una experiencia y un secreto que no todos los hombres tienen la oportunidad de atisbar y conocer, Madero, sin abandonar las costumbres y dejos pueblerinos que tanto mandaban en él, se dispuso a tareas mayores; pero sin olvidar, puesto que bien sabido lo tenía, que el meollo de un movimiento democrático, podía fiarse, más que en el ataque personal y directo al general Porfirio Díaz, en movilizar a las poblaciones y gente que correspondiendo a la vida rural sojuzgaba el centro. Por esto, el hallazgo que Madero hizo de ese mal principal, que tanto perjudicaba al pueblo y gobierno de la República, constituyó la primera parte de la obra política a la cual el propio Madero dedicaría sus días y entregaría su existencia.

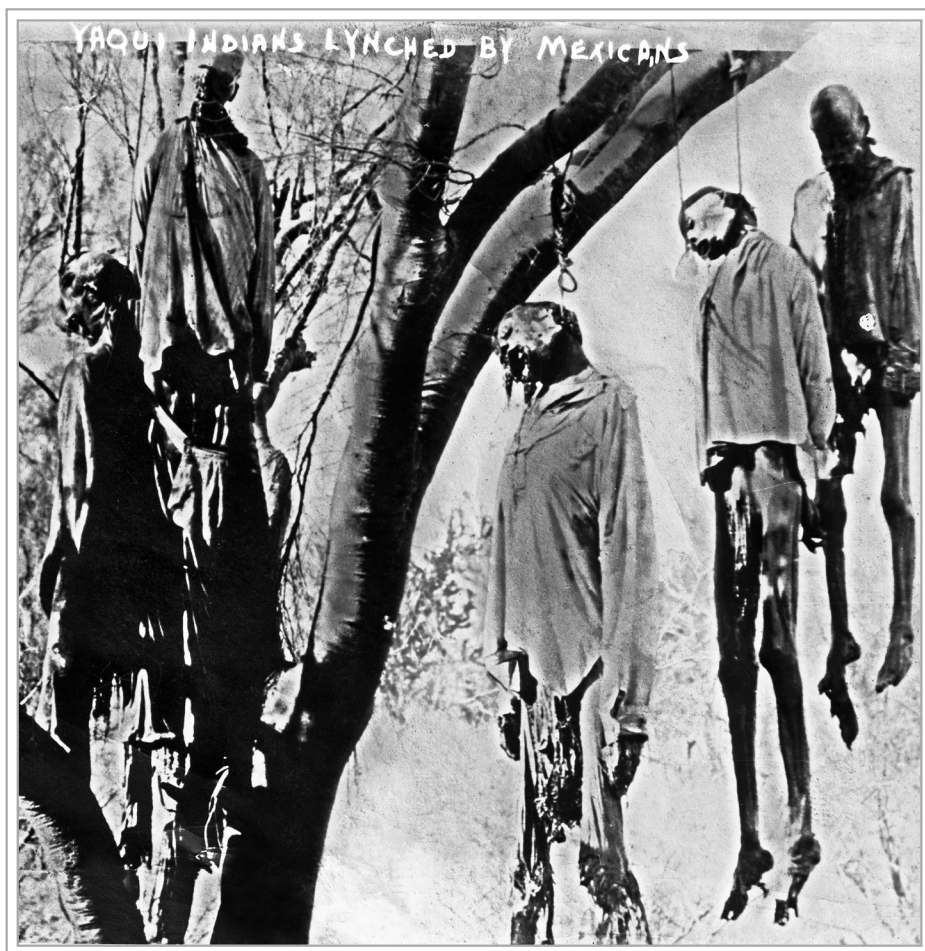
Esta inspiración que iluminó a Madero, no se produjo únicamente por las observaciones en torno a la vida sampedrana y de otras loca-

lidades coahuilenses. Prodújose de los dramas, a veces muy intensos, que ocurrían en el país, sobre todo cuando se trataba de las partes más atrasadas de la gente rústica; de la gente a la cual, ya por desdén, ya por no tener apellido adecuado, se la llamaba *india* o *indígena*, con lo cual se la separaba de otros filamentos nacionales que ocupaban el estadio superior en el concierto del país.

Pues bien: uno de esos dramas que conturbaban el alma de los mexicanos era el que se desarrollaba en el valle de Guaymas, del estado de Sonora. Aquí, a pesar de que el régimen porfirista proclamaba la paz indefectible como doctrina oficial de México, los temas del terror y la congoja, la autoridad y el recelo, la propiedad y la libertad eran capítulos centrales de una historia amarga e incompatible con los orígenes de la patria mexicana, puesto que la familia yaqui, dueña tradicionalmente de las riberas del río del mismo nombre, era objeto del despojo y la persecución. En efecto, el régimen porfirista no sólo había llevado, sino que mantenía la guerra en la región del Yaqui.

La lucha de los yaquis, a quienes el mundo oficial de la historia, del periodismo, de la milicia, de la política y de la geografía llamaban *indio*; y esto no sólo por desdén a la miseria e ignorancia de tal familia, antes también para separar a los yaquis de la comunidad mexicana y justificar con lo mismo los atropellos de que se les hacía objeto; la lucha de los yaquis, se repite, dejando a su parte el odio indígena al *yori*, el *blanco*, estaba inspirada en dos principios: uno humano; otro civil.

Pedían los yaquis el derecho y libertad de administrar sus pueblos, puesto que constituían entidades locales o municipales. Pedían asimismo, el reconocimiento de sus derechos de propiedad como garantía de sus vidas e intereses. Esto no obstante, el régimen porfirista, que había acrecentado el culto al orden, en vez de traer a la necesaria consideración de las cosas, los legales y justos designios de la familia nativa del río Yaqui, llevó sus soldados y con esto la



*Indios yaquis linchados por los mexicanos*

guerra al valle de Guaymas y la Sierra del Bacatete, con el propósito de exterminar a aquella familia trabajadora y honesta, acusándola de rebeldía a la causa de la civilización y paz de la República.

Numerosas páginas de heroísmo dio aquella guerra a los yaquis; y como ni las armas ni los tratos fuesen bastantes para el reconocimiento de los derechos locales y populares, puesto que toda la situación en la región del Yaqui emanaba de los atropellos y excesos



de las autoridades civiles y militares del centro, el régimen porfirista optó por secuestrar a los yaquis no beligerantes, ya mujeres, ya ancianos, ya niños, para enviarlos, como segregados y expulsos de la comunidad de origen, a la península de Yucatán, donde obligadamente deberían servir a las haciendas. Otros de los secuestrados, eran entregados a los *enganchadores*, para que éstos, a su vez, los destinaran al peonaje en puntos distantes de Sonora, pero principalmente en los campos tabaqueros del Valle Nacional.

Tan impropio como anticonstitucional procedimiento señalaba cuán grande abismo separaba al mando y gobierno de la nación mexicana de la vida del pueblo indígena de México, con lo cual, oficialmente, la masa rural más pobre, ya de habla española, ya correspondiente a las lenguas nativas, no pertenecía a la población nacional. Y tan corrompida estaba la idea acerca de la composición etnológica de México, que en las esferas más atrasadas del país eran llamados *mexicanos* los individuos que poseían algún bien material o tenían una manera completa de expresarse, o iban en afanes laborales o mercantiles de un pueblo a otro pueblo, o pertenecían, ora a una corporación religiosa, ora a un establecimiento oficial. Fuera de esa clasificación, tan arbitraria como forzada, el resto de la población de México llevaba el apellido de *india*.

Este hecho, que dividía moral y físicamente a los mexicanos, si de un lado deprimía hondamente a la patria, de otro lado anunciaba la cercanía de un cataclismo humano; de naturaleza política, también; porque ¿cómo era posible que un pueblo eminentemente indígena fuese víctima, dentro de su propio suelo, de una clase "racial superior"? ¿Dónde, de seguir ese sistema de discriminación, podía estar la unidad y manifestación de la nacionalidad mexicana? Y, ¿no sería esa desunidad lo que llevaría a los mexicanos hacia los nuevos designios conocidos más tarde como doctrinas de la Revolución?

En la realidad, esa supuesta “clase racial superior”, no dominaba precisamente como clase, al país. Lo que dominaba a la nación, no tanto por dictamen constitucional, cuanto por el desdén que merecía el gran cuadro de las miserias rurales, era la Ciudad de México, donde además de los poderes públicos, estaba un grupo selecto mexicano al cual se había incorporado otro grupo selecto y poderoso extranjero, que representaba fuertes intereses del exterior.

Tanto, en efecto, era lo atesorado en la metrópoli, que fuera de la ciudad todo parecía primitivo e incivilizado, y por lo mismo, contrario al credo porfirista acerca del orden y progreso; ahora que con la discriminación de la población rural o mal llamada *india*, se originaban tantas reyertas y querellas de aparentes motivos pueblerinos, pero que en el fondo denotaban la reacción que se operaba dentro de la rusticidad nacional en su anticipo de incorporación a la vida y oficios plenos e integrales de México, que todo hacía creer que aquella forma de gobernar era insustituible.

De esta suerte, si se observa el desarrollo de esa parte de la población mexicana, que hacia la primera década de maestro siglo vivía al margen de los acontecimientos, de la política, del dinero, de la administración, de las instituciones políticas nacionales, de los sistemas pedagógicos, de la inspiración emprendedora y del progreso que en otros órdenes alcanzaba el país bajo los auspicios del presidente Díaz; si se observa, se dice, el desenvolvimiento de aquellos días y de la población mexicana, se podrá advertir cómo, intuitivamente, el pueblo de México creía en la posibilidad de una nueva composición de nacionalidad precisa y justa, capaz de dar el conjunto de cualidades que constituyen a una nación.

#### LA NACIONALIDAD ECONÓMICA

Dentro de la que se llamaba *clase superior* de México, que era la clase que ejercía la dominación política del país, estaban los intereses eco-

nómicos extranjeros que constituían el inversionismo; y si éste no correspondía a los establecimientos coloniales de otros lugares del mundo, sí comprometía al país con lazos foráneos de tanta consideración, que éstos a veces asomaban tenebrosamente en el horizonte de un pueblo que, como el de México, carecía de reservas propias, debido a lo cual, los esfuerzos tanto del mundo oficial como del particular para fundar una economía nacional se desvanecían al más ligero de los soplos.

No obedecía tal hecho a un premeditado propósito sojuzgador de los capitales o naciones extranjeros. Obedecía a una idea, según la cual, escaso el país de recursos naturales físicos y ajenos sus habitantes a las prácticas fabriles y mercantiles, lo forastero, lejos de menoscabar los intereses nacionales, era un coadyuvante en la organización y crecimiento de una riqueza dentro de la República; riqueza que, al correr de, los años, estaría en aptitud de adquirir la nacionalidad mexicana en todos los aspectos del fondo y forma.

La idea general acerca del inversionismo, nacida fomentada durante el régimen porfirista, tuvo una explicación en esa época; pero los resultados efectivos distaron de proporcionar al país los beneficios que había considerado el gobierno. En efecto, el inversionismo, que sólo buscaba los provechos redituables así como la recobración de sus capitales, sin anidar los fines satánicos y sojuzgadores que se le han atribuido, fue la caracterización precisa del aventurero audaz a par de ilusivo. No hay pruebas de que los capitales de inversión a través de los días que recorreremos, hayan ingresado a la República en función de terceros. Los grandes y pequeños empresarios de Estados Unidos y Europa avecindados en México durante el último tercio de siglo anterior a la Revolución, lo hicieron creyendo encontrar en suelo mexicano el vellochino de oro de la fábula a que daban lugar las extravagancias y exageraciones que la ignorancia forastera divulgó por el mundo acerca de supuestas riquezas físicas de México. Tal fue el caso de las compa-

ñas mineras extranjeras; tal el del hallazgo de las inimaginadas fuentes del petróleo en Tamaulipas.

El norteamericano Edward Doheny, descubridor de los yacimientos petroleros en El Ebano, no fue un explotador vulgar ni un enviado del gobierno de Estados Unidos en misión conquistatoria. Fue, en cambio —y dejando a su parte la función contable del capital de inversión—, un soñador, quien creído de la abundancia y poder combustible del petróleo, imaginó ser capaz de convertir lo pobre en rico; lo pequeño en grande.

Esos días en que Doheny tuvo la intuición de hallar petróleo en Tamaulipas, corresponden a aquellos en los cuales, los pueblos de inventiva dieron hombres que se creían iluminados y capaces de transformar suelos y mentalidades, vientos y hábitos. Rara especie de osados buscadores de riquezas y de febriles empresarios surgió al final del siglo XIX; ahora que, ya adelantados los años, lo que fue lance extraordinario y romántico de los individuos, apareció, por obra de la literatura política, como vulgar hazaña de intrusos y malquerientes o bien como expansiones coloniales de los países dueños de riquezas físicas e industriales.

Los capitales y negociaciones extranjeros que inmigraron al país tuvieron las más diferentes peculiaridades. Las inversiones destinadas a la construcción y manejo de los ferrocarriles fueron muy específicas. Entraron a la República no tanto para organizar un servicio público útil y eficaz a la nación mexicana, cuanto a fin de dar mercado y ganancias a la industria siderúrgica de Estados Unidos; también para aprovecharse de una ley económica sobre el valor y desgaste de los metales, conforme a la cual México daba su oro a cambio del hierro norteamericano, es decir, cambiaba materia acrecentable por materia depreciable.

Si ciertamente las inversiones extranjeras en ferrocarriles proporcionaron a México el placer de competir —por lo que respecta a vías de comunicación— con las naciones más civilizadas del mundo,

en cambio produjeron, automáticamente, la desvalorización de la moneda nacional. Cada peso oro que el país daba a los ferrocarriles construidos en suelo mexicano —y lo daba, ya en subvenciones, ya en trabajo, ya en fletes y pasajes— se convertía en décimo de peso en virtud del consumo por el uso.

Tal fue el principio de la disminución de una riqueza metálica que la República tenía a manera de una reserva perenne. El precio de lo que no se posee —y México no poseía acero para la construcción y sostenimiento de los ferrocarriles— fue pagado siempre como un lujo ruinoso de los países que quieren adelantarse a las fuentes de la naturaleza.

No aconteció igual con el inversionismo dedicado a explotar industria de extracción: porque si es verdad que tal inversionismo no era parte de un capital, y en su transitoriedad todas las ganancias obtenidas por el trabajo mexicano estaban destinadas a ser sustraídas del país, verdad también que dicho inversionismo dejaba en México los cimientos de una industria que, como la minera, había languidecido a partir del segundo tercio del siglo XIX.

Del inversionismo extranjero, el procedente de Estados Unidos se dilataba sobre una considerable superficie de intereses. Probablemente, de los 2,400 millones de dólares que totalizaban las riquezas establecidas en México por propios y extraños, el 50 por ciento correspondía al inversionismo norteamericano, un 25 por ciento al capital británico y lo restante a los inversionistas franceses, españoles y alemanes.

La inversión norteamericana hecha originalmente en el país, esto es hacia el final del siglo XIX, fue de 650 millones de dólares. La costa noroccidental de México atrajo excepcionalmente a inversionistas, empresarios y aventureros de Estados Unidos. La minería y la agricultura constituyeron fuentes de inversión y lucro para los norteamericanos, mientras que los españoles, más mayordomeando en las haciendas que invirtiendo ahorros y capitales, tuvieron

predominio en los estados circundantes del Distrito Federal. La minería nacional que poseía un capital de 747 millones de pesos, 29 eran de empresas mexicanas.

No obstante la fuerte inversión de capitales del exterior, el número de extranjeros residentes en la República era pequeño. Hacia la primera década de la centuria, teniendo México 13 millones de habitantes, la población extranjera ascendía a 16 mil individuos, siendo la mayoría españoles; el menor número correspondía a los árabes y turcos.

Los extranjeros, ya como residentes personales, ya como inversionistas, estaban colocados dentro de México con muchos títulos de privilegio; ahora que los más de tales privilegios los debían a los intereses particulares también extranjeros. Favorecíanles, en efecto, los créditos, las concesiones, las garantías, las exenciones aduanales, los contratos oficiales, la técnica fabril, los consorcios internacionales, los litigios judiciales. Favorecíanles, asimismo, el influjo cerca de las altas y bajas autoridades mexicanas, de manera que con todo esto tenían ventajas sobre los intereses económicos de los nacionales.

Fueron las sociedades anónimas extranjeras que operaban en el país, no solamente centros de un inversionismo que trabajaba con utilidad y ganancia y dejaba, por lo mismo, provechos a México, sino también representación de un mercantilismo a veces tenebroso y de acciones inconfesables; pues sirviéndose de los triunfos de algunas compañías forasteras, abusaba de su condición extranacional para petardear, ora a los pequeños ahorros, ora a los modestos créditos pueblerinos, ora a la estimulante y tolerante política económica que seguía el régimen porfirista, con lo cual, aparte de lesionar a los intereses del país, incitaba con sus premeditadas maldades a crear un ambiente de xenofobia, principalmente en la mesa central, en donde los abusos de los forasteros tenían mudas proporciones y muy a menudo estaban exentos de castigo. No acontecía lo mismo en las

regiones costaneras, donde los extranjeros, por razones de una amplia y eficiente comunicación con el exterior, llevaban una política más liberal y sobre todo de más apego al país que les daba hospitalidad y ventajas.

Pero lo que más daño hacía a los sentimientos nacionales que se desarrollaban en el país conforme aparecían los síndromes del anti-porfirismo, eran los derechos que el gobierno central otorgaba a los extranjeros a fin de que éstos desarrollaran las empresas conexas a los servicios públicos; porque si bien es cierto que hubo progresos en algunas poblaciones, tales se iban cargando con deudas a consecuencia de los empréstitos municipales contratados en Europa y Estados Unidos, o bien mediante compromisos establecidos en concesiones de explotación principalmente para la entubación de aguas potables o servicios de comunicaciones.

Con esa política, pues, favorable al inversionismo, las rentas municipales de las poblaciones mexicanas pobres iban quedando hipotecadas en el extranjero. Así, mientras el juego de los grandes préstamos exteriores no fue en detrimento de la masa nacional representada por los lugareños, en quienes empezaba a incubarse el odio hacia el centro, las poblaciones costaneras y de tierra adentro admitieron vivir maquinalmente; mas en cuanto advirtieron los perjuicios directos que causaba el extranjerismo fomentado y apoyado por el régimen porfirista, una nueva situación empezó a gestarse en el país. Las alas de una ambición mexicana, bien en derechos mercantiles, bien dentro de las distribuciones rurales, bien cerca del remozamiento civil, bien respecto a las explotaciones mineras, fueron tantas y de tantos tamaños, que el antiextranjerismo, si no en acciones directas y violentas, sí en representaciones antiporfiristas empezó a crecer ostensiblemente; pues de todo lo que acontecía en el país no se culpaba al inmigrado, sino a la persona que por sí misma había querido la responsabilidad absoluta de los negocios públicos: al general Díaz.

Como los males que padecía el país no se presentaban aislados ni clasificados, todo lo nocivo a la salud nacional recaía sobre el presidente Díaz, puesto que no se conocía en México un programa para remediar las condiciones de vida de la masa rural, ni con el objeto de poner tasa a los excesos extranjeros, ni a fin de evitar los abusos que se cometían en la debilidad de los filamentos populares, ni con el propósito de aliviar las desemejanzas y desventajas que ofrecían los lugareños y los metropolitanos, ni para remediar las rivalidades entre la costa y el altiplano, ni al objeto de hacer mutable la perennidad oficinesca y covachuelista, ni con la tendencia de reglamentar las descompensaciones crediticias. La República, ya en su población, ya en sus negocios administrativos, ya en sus empresas industriales y mercantiles, ya en sus créditos había ido creciendo al través del régimen porfirista y con ello creando problemas a cada paso; y aunque tales progresos se debían al propio régimen, el gobierno se había desentendido de los negocios aparentemente accesorios que surgían paralelos al desarrollo nacional.

Sin comprender, pues, los nuevos conflictos que surgían en el país o temeroso de penetrar en ellos, toda la ciencia del gobierno radicaba en acrecentar el vigor y la perseverancia del orden. Por esto mismo, el régimen porfirista no advirtió que las dos potencias amenazantes para su estabilidad provenían del aumento del principio de autoridad, propasado de tiempo atrás, y de la desmedida protección a los intereses e ideas extranjeros. De esta suerte, si de una parte el odio a los prefectos y jefes políticos iba en aumento, de otra parte, el deseo de dar plata y reglamentos a los intereses económicos nacionales constituyó una nueva manera de ver de los mexicanos, y con lo mismo, se despertaron las ambiciones individuales. Y se dicen individuales, porque, históricamente, no hay actitudes y resoluciones colectivas, si se exceptúan las advertidas en Sonora dentro



de la familia yaqui, que con su propia organización social representaba una de las realidades de México; aunque es vedad que en tal organización no podía haber, ya por sus tornas primitivas, ya por su falta de ideario, todo el cuadro mexicano.

El sentido, pues, de la nacionalidad de México, no era oculto conforme se acercaba 1910. Así, los mexicanos sólo tenían, frente al poder que habían ganado en el país los extranjeros, tres profesiones a las cuales dedicar su esfuerzo y esperanza: el oficinismo, la política y la guerra. Mas, como para lo primero, los burócratas porfiristas eran sempiternos; y respecto a lo segundo, se requería el espaldarazo de don Porfirio, un único camino quedaba abierto a lo porvenir: el de la guerra —de la guerra civil, por supuesto.

Sin embargo, todavía hasta septiembre de 1910, la guerra civil parecía una amenaza desterrada de México, para siempre. De aquí, que las demostraciones antiporfiristas anteriores a la conmemoración del Centenario de la Independencia, no fueron, si se exceptúa a la literatura sublevatoria de Ricardo Flores Magón, un peligro para el orden absoluto procurado siempre, con patriotismo y pulso radical, por el general Porfirio Díaz. De esto, la confianza dentro de la cual se desenvolvía el régimen porfirista; confianza tan común a los gobiernos personales, que llegan a creer que el bienestar de quienes gobiernan representa el bienestar general del pueblo y de la nación.

Así, como los males precisos que padecía el país y sobre todo la población rural no fueron exteriorizados, hecho tan común en otras naciones, tampoco fue patente el pensamiento ajeno al mundo oficial; y esto, no tanto porque pudieran escasear las ideas y los exponentes de tales ideas, antes porque la vida de México era tan mecánica, y las clases populares víctimas de tan abyecta ignorancia, y los individuos medio ilustrados tan ajenos a propios principios, que, ¿cómo podía brillar el talento? ¿Quién, en medio de una sociedad vencida política, moral, institucional y económicamente, iba a pretender hincar una doctrina social o filosófica?

Por todo esto, lo único que resplandecía en letras y ciencia mexicanas era la poesía melancólica o la diatriba política. ¡Qué de arideces intelectuales, pues, hubo en México durante tales días!

Las ideas que encienden y juegan, que apasionan y enseñan, parecían estar bajo el influjo de una fórmula soporífera. Lo único que lucía para el país era el talento oficial siempre melifluo, si no es que sospechoso; porque un examen sobre la obra de los literatos, sociólogos y políticos de la época enseña las imitaciones y repeticiones numerosas; imitaciones y repeticiones que en la punta de las plumas nacionales no sólo estaban ayunas de ideas, sino también eran ajenas, por su señalada insignificancia, a la vida de México. Además, los escritores del porfirismo habían caído en la desgracia del sistema de aparecer como autores de trabajos escritos por terceras personal.

No eran desconocidas a los días que remiramos, las ideas sociales europeas, puesto que éstas habían sido acariciadas en México desde finales del siglo XIX. Sin embargo, tales ideas sólo pertenecieron al pan del pensamiento, entre los años de 1903 a 1909, gracias a Miguel Mendoza López Schwetfeger, Roque Estrada y Juana B. Gutiérrez de Mendoza, introductores de idearios socialistas. Pero, ¿no resultaban secundarios todos los proyectos referentes a una organización social frente al deseo universal de obtener las libertades públicas y civiles, y la supresión del gobierno personal y perenne de don Porfirio?

En efecto, no otra palabra, sino la palabra *libertad* podía sacudir los cimientos del mundo rural popular de México, que no obstante su ignorancia y misoneísmo, su hurañez y rudeza constituían un cuerpo civil y humano que sólo conocía, por sufrirlo, el imperio autoritario.

#### EL CULTO A LA LIBERTAD

El mundo semiilustrado de México que precedió a la Revolución, no produjo ideas luminosas y menos ideas dichas con voces adecuadas,

puesto que tal mundo vivía y se desarrollaba muy rudimentariamente. Esto no obstante, el santo y seña del hombre independiente resplandecía en la voz *Libertad*, con lo cual se estimulaba la creciente rivalidad entre las poblaciones de los cuatro puntos cardinales del país entregadas a la oscuridad y la capital de la República, que para el lugareño tenía el aspecto de lo insolente y corrupto.

En las poblaciones, ora de la mesa central, ora de la costa, había grupos medio ilustrados que hacían vivir sus ambiciones en torno a la libertad; de una libertad que proclamaba como principio la menos autoridad. De esos grupos sobresalían, los inspirados por el P. Agustín Rivera, quien no por ser desordenado y farragoso en sus trabajos literarios y políticos, desmerecía en sus sentimientos humanos, democráticos y mexicanos; por la historia política de Fernando Iglesias Calderón, integérrimo opositor del gobierno porfirista; por los artículos periodísticos de José Ferrel y Luis Cabrera; por Andrés Molina Enríquez, el filósofo mexicano de la clase rural; pero dentro de esa gente, al igual de lo que acontecía en los agrupamientos correspondientes a los liberales, el amor a la libertad no pasaba de ser una solemnidad.

Así, más que manifestaciones ideológicas escritas, lo que hacía aletear un nuevo pensamiento político eran las conversaciones, siempre en voz baja, a la hora de las serenatas en las plazas públicas o la discusión medida, en las sociedades masónicas y espi-rítas; pues aunque éstas no tenían dirección ni confabulación en los negocios públicos, sí mantenían el espíritu del debate sobre lo que llamaban “libre albedrío político y social”. Esto, a pesar de ser tan acomodaticio, no dejaba de corresponder al vehículo de numerosos deseos y ambiciones que poco a poco se acrecentaban en el país, pero principalmente entre las clases populares.

Existían, pues, estímulos para los grupos que brotaban de la sociedad mexicana que vivía apartada de la vida oficial; y con lo mismo se formaba lenta, pero ciertamente, una doctrina que acicateaba a los hombres por estar inspirada en el tema único de la libertad. Ésta

—tal era el horror que inspiraba la prolongación del régimen personal de don Porfirio— estaba exornada por los más venerados sentimientos humanos; también por las más ilusivas pasiones; y como para comprenderla y practicarla no se requería escuela, sino razón, quién más, quién menos, la había hecho fundamento de todas las relaciones entre los individuos.

Fue así como la libertad se formó, primero dentro de las asociaciones de los medios ilustrados; después, entre la masa rural a manera de una obligación de conciencia y un culto de corazón heroico; y como de los hombres que acudieron a los llamamientos preliminares de, la Revolución muchos no sabían leer ni escribir, el heroísmo —la virtud heroica de la libertad— se convirtió en la virtud suprema del individuo.

Servían, para acrecentar la tenacidad y apasionamiento del culto a la libertad, los jornaleros que iban y venían de Estados Unidos; los mineros, quienes siempre caminando de un mineral a otro mineral, se comunicaban los males que causaba la autoridad absoluta de los jefes políticos y los bienes que significaban para un pueblo las ambiciones libertarias; los agentes viajeros y barulleros, que eran las expresiones personales de la libertad mercantil y el enlace de las preocupaciones pueblerinas, y los maestros de escuela, quienes inspirados en pobres, pero generosas ideas cívicas e históricas de los libros texto, llevaban a sus alumnos y a los padres de sus alumnos, nunca perdidas esperanzas de vivir en el goce de las libertades públicas y electorales.

Para, la gente no ilustrada, pero interesada en que los progresos de la civilización que había dado al país el gobierno del general Díaz fuesen paralelos al desenvolvimiento de las condiciones populares, existían dos guías que servían semejanza de un faro de luz. Tales guías eran la democracia norteamericana y el liberalismo juarista.

Juárez significaba la evocación sistemática de la gente de pueblo que lo presentaba a manera de contradicción con régimen porfirista.

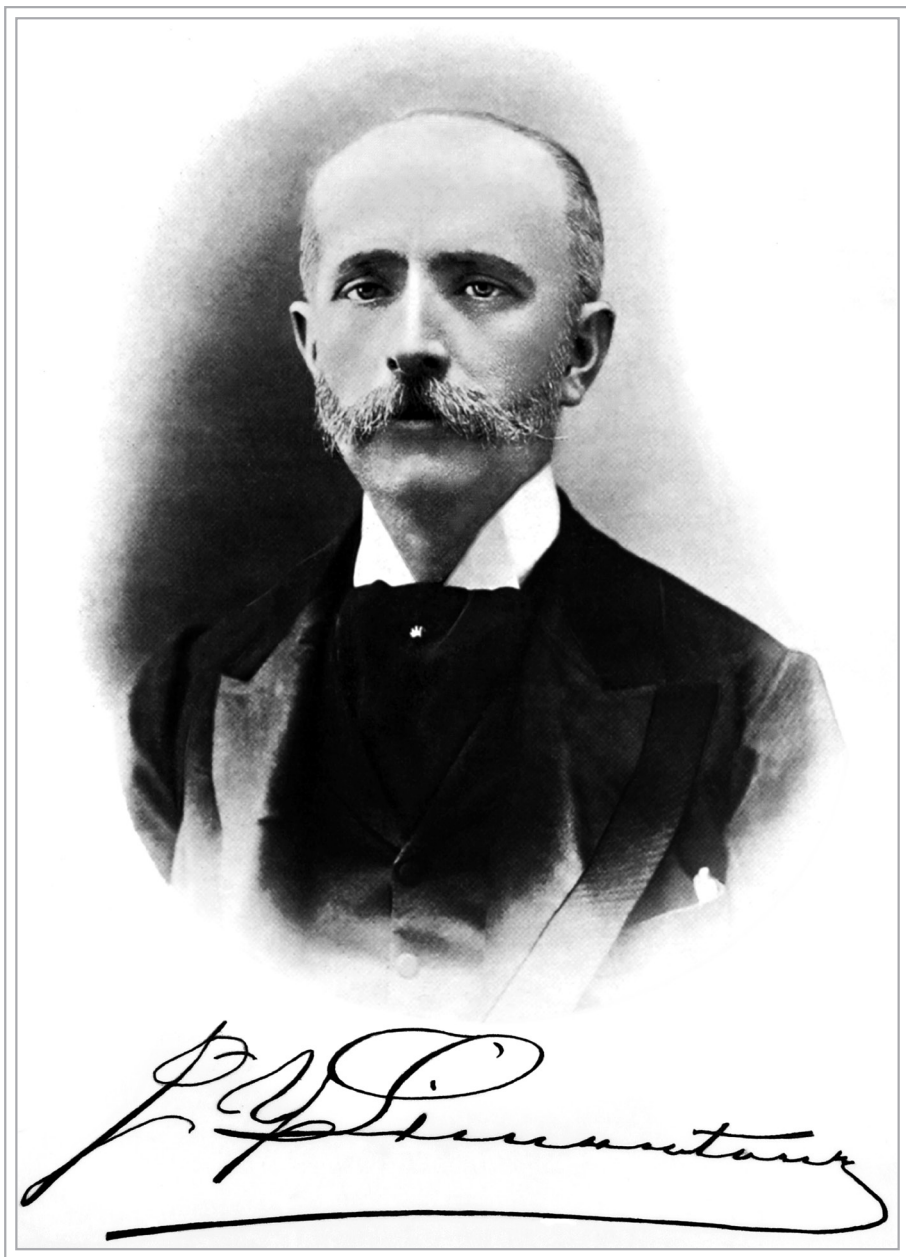
Para quienes empezaban a pensar, el juarismo era la antítesis del porfirismo; y como a tal idea se unían noticias que sobre la democracia norteamericana traían al país labriegos que libremente pasaban a trabajar a Estados Unidos, entenderá que sin necesidad de teóricos, el culto y práctica de libertad estaba en marcha —en lenta marcha— dentro de México.

*JOSÉ YVES LIMANTOUR*

Después de las violencias y firmezas autoritarias que, unió al desarrollo de las comunicaciones, capitales de inversión empréstitos y armas de guerra, dieron solidez al régimen porfirista, el pueblo de México, en vez de disfrutar del progreso del Estado nacional se entregó a las debilidades propias del vencido, porque en la realidad de los hechos, el gobierno del general Díaz abusó de la violencia para poder afianzar su poderío, con lo cual desmembró todos los intentos de vida cívica en el país.

No aprovechó Díaz esta condición a la cual se había llevado al país, para engrandecer únicamente el poderío político del porfirismo; pues si es cierto que la autoridad de don Porfirio se acrecentó, y tuvo visos de absolutismo; y si es cierto, asimismo, que el régimen tomó vuelos en fausto y aparato, también es verdad que el general Díaz utilizó aquellos días de paz octaviana, que se hizo más patente a la cercanía del siglo XIX, para dar mayor textura a la economía del país, puesto que la miseria nacional constituía el suceso más endeble frente a la gran estructura política de la República.

Tal debilidad, no residía en una señalada clasificación de filamentos sociales, porque como el país no poseía riqueza física propia, capaz de dar a los mexicanos una estabilidad económica, la miseria y la pobreza extendían sus mantos sobre la inmensa mayoría de la población nacional. De aquí, los titubeos oficiales entre determinar si el país podía ser considerado como agrícola o como posible



José Yves Limantour



nación industrial. De esta suerte, el gobierno no sabía hacia dónde dirigir sus ideas en materia económica.

Al efecto, le pareció al gobierno que la única política a seguir en este capítulo, consistía en proteger el inversionismo extranjero, de manera que conforme la población mexicana tuviera una idea práctica acerca de la técnica y del ahorro, el país por sí mismo absorbería, para crear un capital propio, las inversiones del exterior.

Para llegar a este propósito, el régimen no marcaba tiempo; pero sí indicaba que a fin de realizar ese programa había un guía. Tratábase de un hombre de extraordinarias cualidades, aunque poco conocía la naturaleza mexicana, porque hijo de extranjeros y educado en los negocios financieros europeos, no estaba compenetrado de los problemas de un pueblo rural como era México. Esta persona, en quien el general Díaz confiaba el futuro económico de México, era el ministro de Hacienda José Yves Limantour. Éste, individuo de invariable lealtad hacia don Porfirio, poseía talento, vasta cultura e imponderable laboriosidad; también amaba a México.

Por otra parte, como Limantour gozaba de un justo y siempre creciente prestigio, era muy común la creencia de que compartía con el general Díaz el trato y resolución de los altos negocios políticos de la nación. Eso, sin embargo, no era así, porque si de un lado don Porfirio no correspondía a los gobernantes que saben dividir su poder; de otro lado, el carácter desabrido y vanidoso de Limantour no se prestaba a las ductidades y sutilezas de la política mexicana; hecha conforme a un modelo exclusivo del general Díaz; y si en ocasiones se hizo a Limantour posible sucesor de don Porfirio, o se le interesó en asuntos electorales, o se le llamó jefe del *Partido Científico*, todo esto fue en servicio del régimen y obrando siempre en consonancia a los designios, no en todas las horas llanos ni dichosos, del presidente de la República.

Don Porfirio veía en Limantour a uno de sus más eficaces colaboradores, y aunque sin darle privilegios de mando o amistad, le dejaba

dirigir los negocios de la hacienda pública, los cuales caminaban siempre progresivamente bajo los dictámenes que daba Limantour con señalada rectitud y eficacia administrativas.

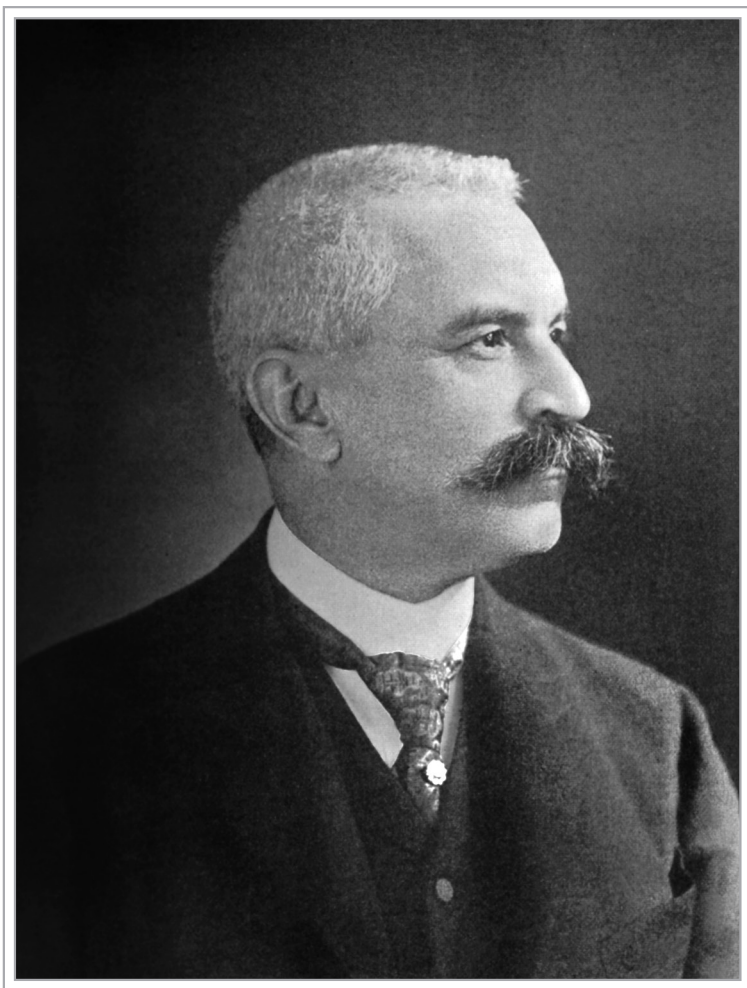
Gracias a sus inteligentes y honorables procedimientos, Limantour no sólo acrecentó su figura, sino que dio al régimen porfirista un valor superlativo, hecho realidad en innúmeras manifestaciones de crédito y aprovechamientos industriales, mineros y mercantiles.

RAMÓN CORRAL

No tuvo el régimen porfirista aptitudes para procrear las mentes del ingenio y de las ideas. Después de las violencias de sus primeros años de gobernante, el general Díaz preceptuó una vida tan rutinaria para el país, que lo sobresaliente pertenecía a las artes imitativas o simulativas, o bien a las logias literarias del elogio mutuo o de la cursilería. Lo que sí dio el porfirismo, y con creces, fueron hombres de mando; a veces de alto mando como lo personificó en Ramón Corral, quien no obstante ser ayuno de ideas, era correspondiente a la ortodoxia porfirista que construyó los cimientos políticos de la nación mexicana.

El mando de Corral como ministro de Gobernación y vicepresidente de la República, no pertenecía al de una facultad capaz de crear sistemas admirables. Tampoco concordaba con los regímenes políticos de la persuasión. Corral, aunque aficionado a las letras y artes bellas, parecía haber nacido con el temperamento endurecido de quienes acostumbran a mandar sin retroceder. Esto no obstante, era un verdadero colaborador en la continuidad y prolongación del régimen porfirista; porque don Porfirio podía estar seguro de que sus sistemas de orden serían invariables. Y esto mismo bastaba al general Díaz, para creer en una paz cierta y perenne.

Tan profundamente había penetrado Corral en el alma presidencial de don Porfirio, que sus órdenes a los gobernadores, los movimientos



Ramón Corral

apellidados *electorales*, la acción de los cuerpos rurales, la correspondencia electoral con los caudillos políticos locales y con los grupos de intriga y ventura, así como la vigilancia sobre los funcionarios públicos o las sociedades de descontentos y los expulsos políticos, eran conducidos mediante las reglas mecánicas establecidas por el general Díaz desde la primera década de su autoridad política nacional.

De todo esto se originó la impopularidad de la cual fue víctima Corral; pues eran tan precisas sus representaciones porfiristas, que el más corto examen de la razón determinaba que, de suceder Corral a don Porfirio en la presidencia, el régimen continuaría invariable en sus errores y cualidades; y como aquéllos y éstas eran muy profundos y no había el menor designio de enmendarlos, el país prefería admirar a don Porfirio que aceptar cualquiera idea cercana a un posible gobierno de Corral, quien en alas de una responsabilidad de alta disciplina, notoriamente ceñía sus juicios y funciones no tanto para servir a la República, cuanto a fin de pagar proporcionalmente su nombramiento de vicepresidente. Tal es el mal que siempre habrán de padecer los pueblos, cuando sus gobernantes hacen extremos los compromisos de su correspondencia a la voluptuosidad de la lealtad.

Así, ese carácter tenaz y enérgico, unido a un talento que encaminaba a todos los problemas, pero especialmente al de la vigilancia más estricta y eficiente del orden público, hacía de Corral el centro de las representaciones políticas, en cuya iniciativa sólo daba opinión y gobierno el general Díaz.

#### LOS CRÉDITOS INTERIORES

Persuadido por la bondad y aplicación de las teorías económicas europeas, y seguro de que el país no poseía los elementos naturales necesarios y eficientes para alcanzar una prosperidad industrial, Limantour procedió a llenar a México con una notable época crediticia. Al efecto, el sagaz ministro de Hacienda aprovechó admirablemente el goce de la paz nacional, para abrir en la República todas las válvulas convenientes al crédito.

Tan certera fue, al efecto, la medida llevada en las manos de Limantour, que todo concurrió a darle brillo aunque los resultados quedaron en cortedad, porque al beneficio que obtenía la clase su-

perior del país, se seguía, como es natural, el desconcierto y descorazonamiento de quienes, ajenos al mundo oficial y dedicados a negocios mercantiles menores, no alcanzaban los beneficios crediticios. Así y todo, la bonanza del crédito a las partes altas del comercio y de los propietarios sirvió a la paz nacional y sobre todo a dar un baño de dorado a la economía urbana.

No sólo exagerado, sino inconsistente, sería mencionar un mejoramiento dentro del pauperismo nacional durante los últimos años del régimen porfirista; como juicio peligroso, por falso, sería representar una prosperidad económica de México al través de las fortunas personales o del equilibrio que había ganado la hacienda pública federal.

Existía, eso sí, un curso favorable, como resultado de la política de crédito extranjero, al desarrollo mercantil y bancario. Funcionaban en la República 24 bancos, con un capital de 160 millones de pesos. Los depósitos bancarios particulares, “sumaban más de 100 millones y las franquicias de la emisión permitían realizar un volumen de operaciones superior a las necesidades del comercio”. De esta manera, y a pesar de que la crisis económica exterior de 1906 se hizo sensible en el país y produjo una baja en el precio del henequén, que era una de las más importantes materias primeras exportables, la balanza doméstica no se desmejoró; ahora que este acontecimiento, favorable al país, se debió más que a las medidas oficiales a la poca capacidad que de pueblo consumidor tenía México. Las importaciones, aparte de las sustancias químicas medicinales, del material rodante y del carbón de piedra, eran tan reducidas como consecuencia de la cortedad y pobreza de los consumidores mexicanos, que quedaban muy abajo del nivel de las exportaciones que el país hacía en metales preciosos, fibras vegetales, cobre y pieles.

Aunque en esos días que remiramos, el nivel económico de México estaba justamente clasificado como de pobre, ese nivel, por lo que respecta a los precios y salarios, fue inalterable.



Litografía de José Guadalupe Posada. La "Casa de Enganche" era la encargada de contratar migrantes

Contribuía a tal condición, la estabilidad que había ganado la exportación de las minas de oro, plata y cobre, y a los comienzos de trabajos para el aprovechamiento de los mantos carboníferos de Coahuila y de petróleo en Tamaulipas.

Así, el salario promedio de los trabajadores en la vía férrea era (1906) de 72 centavos y medio; en los talleres de ferrocarriles, de un peso 75 centavos al día. Las fábricas de textiles de Puebla, Orizaba y Distrito Federal mantenían un salario promedio menor de 46 centavos diarios; el de promedio mayor ascendía a un peso 52 centavos.

También en las minas, el salario fue estable durante la primera década del siglo. En el mineral de El Oro, el salario promedio era de 43 centavos y medio al día, y en las minas de Jalisco, de 39 centavos el mínimo hasta 93 centavos, el mayor.

En las zonas manufactureras, las minas, los ferrocarriles y la industria que llamaban de primera, se necesitaban, para su actividad productora completa, 117,992 obreros.

Los precios de los comestibles y vestidos, no tenían semejanza entre la ciudad y el campo; y como de la población total de la República, sólo el 27 por ciento vivía en lugares de más de 4 mil habitantes y el 71 por ciento en pueblos de menos de mil individuos, eran estos últimos los que sufrían las consecuencias de las escaseces del salario en comparación de los precios urbanos, incluyendo los precios de los productos agrícolas.

No eran, pues, específicamente, las desigualdades en la propiedad de las tierras, ni los excesos que se cometían con los peones de hacienda, ni los sistemas de tiendas de raya, ni los regímenes autoritarios que abusaban de las debilidades humanas, las causas que perturbaban a la población rural mexicana. Todo un conjunto de hechos que señalaba la exclusión de las ideas y gente rurales de una vida de progreso que sólo se manifestaba en la metrópoli, constituía la esencia de una situación que existía en continuada crisis. La población rural consideraba, intuitivamente, la necesidad de organizar un propio régimen o la transformación de sus medios y condiciones de vida en una comunidad más acorde a la civilización.

#### ADVERTENCIA DE NACIONALIDAD

Encargado por el general Díaz, para organizar y encauzar la economía del país, el ministro de Hacienda, José Yves Limantour, no obstante sus cualidades personales, no alcanzaba a conocer y considerar, como se ha dicho, los grandes problemas que surgían en todos los órdenes de la vida mexicana conforme se desarrollaban las partes económicas que el gobierno impulsaba.

Sin embargo, no escapaba al genio emprendedor y responsable de Limantour, que dentro del crédito y del presupuestalismo existía un principio en gestación; y como advirtiera que tal principio podría ser consecuencia del creciente poder del extranjero en México, con mucha entereza y conocimiento, se propuso aprovechar las



ventajas de la paz para realizar sus ideas acerca de una riqueza más sólida que la existente en el país.

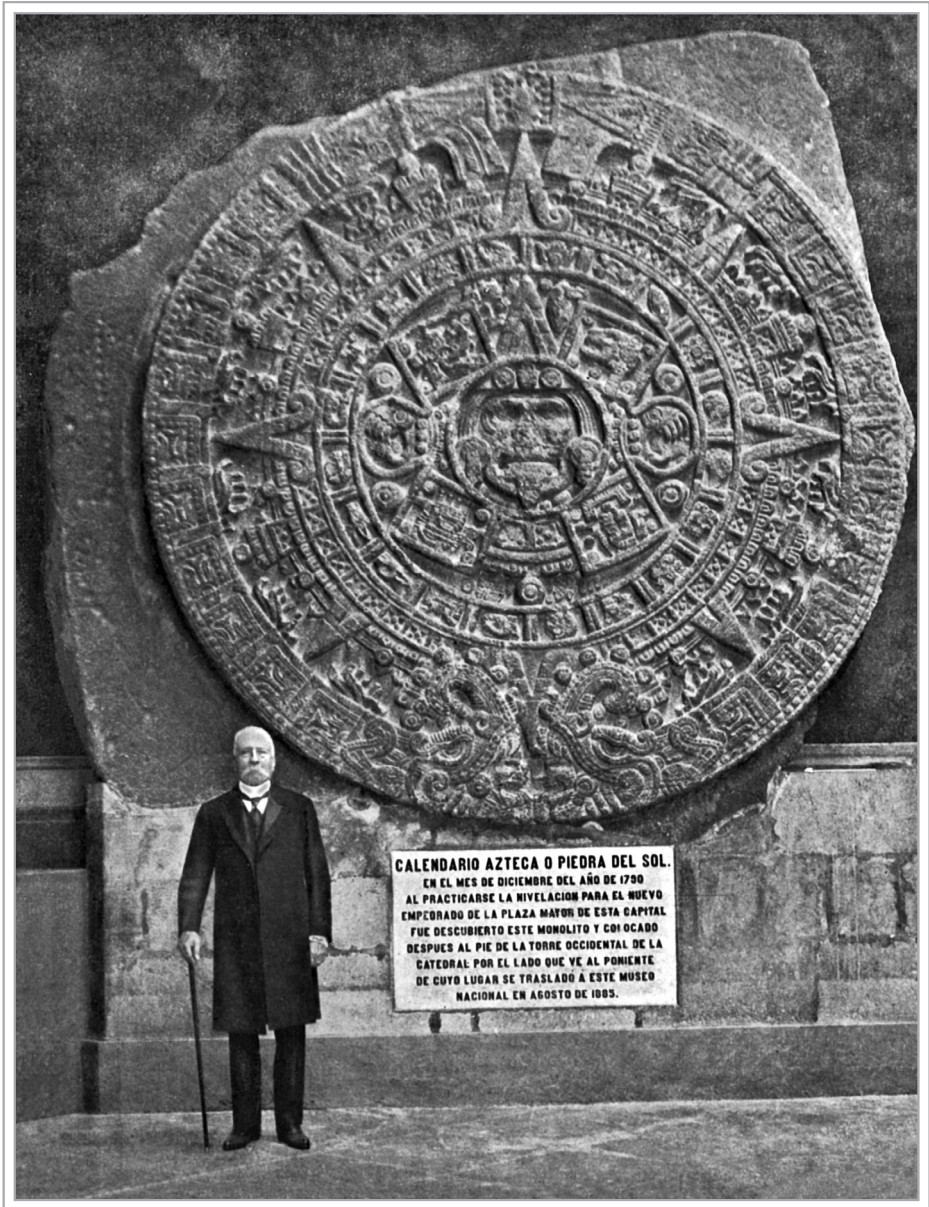
Así, de una reforma monetaria hecha a fin de fijar el valor del peso mexicano a par de limitar las ventajas que habían alcanzado las casas de moneda, siguió con las reglamentaciones a las instituciones bancarias, del crédito a la agricultura y al sistema del dinero exportable.

Este plan de Limantour, que si no era doctrina, sí constituía un anticipo de nacionalidad, fue dirigido a las partes más sensibles de la inversión; pues en seguida de realizar la conversión de las compañías de seguros que substraían fuertes sumas de ahorros mexicanos, procedió a iniciar la compra de los ferrocarriles Nacional y Central, ante la amenaza de que ambas empresas pasaran a formar parte de un *trust* norteamericano.

Con tales acontecimientos, si es verdad que Limantour no lleve a cabo una reforma de fondo en la economía del país, si estableció los fundamentos de una posible riqueza mexicana. Quizás por esto, el régimen porfirista llamó a la compra del Centro y Nacional, la *mexicanización* de los ferrocarriles.

Menos accidentes que los relacionados con la vida económica de la República tenían los negocios políticos. El andamiaje oficial no ofrecía muchos puntos débiles. Si no era perfecto, sus piezas daban idea de tanta precisión, y sobre todo de tan considerable nacionalidad, que su conjunto ofrecía las garantías y seguridades de la estabilidad.

No ignoraban los caudillos políticos del régimen que sus instrumentos de autoridad, así como eran temidos, también recibían censuras. Los gobernantes locales, por estar considerados como meras "hechas del Centro", vivían dentro de un ambiente, que si en el exterior tenía la apariencia de cordial, en el fondo era hostilidad. Considerables, en el efecto, ajenos a la sociedad, e individuos desligados de los negocios locales. Su misión, ciertamente, estaba constreñida a los servicios de vigilancia y policía. El orden local era esencial para el régimen



**CALENDARIO AZTECA O PIEDRA DEL SOL.**  
EN EL MES DE DICIEMBRE DEL AÑO DE 1790  
AL PRACTICARSE LA NIVELACION PARA EL NUEVO  
EMPEDRADO DE LA PLAZA MAYOR DE ESTA CAPITAL  
FUE DESCUBIERTO ESTE MONOLITO Y COLOCADO  
DESPUES AL PIE DE LA TORRE OCCIDENTAL DE LA  
CATEDRAL POR EL LADO QUE VE AL PONIENTE  
DE CUYO LUGAR SE TRASLADO A ESTE MUSEO  
NACIONAL EN AGOSTO DE 1893.

La Galería de los Monolitos fue inaugurada por Porfirio Díaz en el Museo Nacional

porfirista, porque suponía un estado de tolerancia entre el gobierno y el pueblo.

Los sistemas que se llamaban electorales, precedidos casi siempre por alguna asamblea o procesión de empleados del gobierno y extranjeros acomodados, y que concluían en computaciones secretas y misteriosas, pero invariables en favor del mundo oficial, formaban en una rutina de oficina, que daba frutos ventajosos a la aparente armonía del país.

Para la dirección pública de las reelecciones del general Díaz, siempre se procedía con el mismo orden; y aunque no se intentaba el engaño de la popularidad, sí se exageraba la colaboración de las clases pudientes, con lo cual la política quedaba asociada a la riqueza.

Tanta quietud había dentro de aquel sistema administrativo y político, que los oradores y literatos políticos ocupaban lugares secundarios en la dirección de las cosas; y esto a pesar de que escaseaban entre tal gente, el talento y la imaginación. Así, hombres de mucha capacidad como Rosendo Pineda, no obstante sus innúmeras pruebas de lealtad al régimen, fue siempre figura accesoría en los negocios políticos, porque don Porfirio creía que el carácter vehemente y audaz de Pineda, unido al ingenio de éste, podía descomponer el teatro donde las escenas mudas poseían más valimiento que las más excelsas del pensamiento.

Corral, como se ha dicho, llevaba las riendas del orden doméstico con marcado comedimiento, y sólo vivía temeroso de las amenazas que ocasionalmente surgiesen de hacerse cualquier concesión a quienes empezaban a hablar de una "evolución política" o que ponían en duda el poder continuativo del régimen en el caso de que falleciera don Porfirio, puesto que la sola noticia de los quebrantos en la salud del presidente, hacía estremecer el país.

La idea acerca de la evolución política, si ciertamente había nacido desde los primeros años del *Partido Científico*, ahora era el tema de una juventud porfirista que, alentada por los aparentes progresos

del reyismo, fundó un partido de leal oposición al régimen. Este partido que se suponía era la caracterización de la nacionalidad mexicana y el complemento necesario para la prolongación pacífica y fructífera del régimen porfirista, tomó el nombre de *Democrático*. Estaba acaudillado por la nueva inteligencia del porfirismo representada en Manuel Calero, Jesús Urueta, Diódoro Batalla y Benito Juárez Maza. Suponíanse éstos, los herederos de los políticos y administradores porfiristas que habían envejecido y por lo mismo eran considerados como la decrepitud política de una época.

Esto no obstante, los directores del Partido Democrático, aunque de despierto talento y dorada ilustración, no tendrían capacidad y resolución para oponerse, aunque con lealtad, a los científicos.

El ministro Corral, siempre en la creencia de que una de las disposiciones prácticas del gobernante consistía en no subestimar al contrario, vigilaba los pasos de los democráticos, como también mandaba que no se dejase de avistar las actividades de Nicolás Zúñiga y Miranda.

Éste, hombre inocente, propio de la composición del mundo porfirista, tenía adquirida la manía de presentarse a sí propio o bien como líder de una supuesta organización política, o como candidato de oposición a la Presidencia de la República. Era pues, tal individuo el hazmerreír de la sociedad mexicana, y a quien estimulaba el propio porfirismo para animar el teatro electoral y dar la idea de que en México existían las libertades electorales. A la comedia se prestaba con facilidad y con cierto donaire Zúñiga y Miranda, quien sólo sabía ofrecer, para mayor goce de la gente, hacer bajar los precios de la manta cruda, del maíz y del frijol en caso de ser el elegido.

Con tan insignificantes opositores no sería posible conmover ni desgajar un régimen político que con sus proezas de orden y con un caudillo ampuloso en la guerra y autoritario en la paz, llevaba tres décadas de historia, de política, de instituciones y de administración de México.

Sin embargo, el principio de un pacifismo vitalicio de que se servía el régimen porfirista para el apaciguamiento de México, no sería el todo en aquellos días oficiales. La autoridad, los individuos, las instituciones, las leyes, las ideas, así como crecían al compás de los tiempos, necesidades y esperanzas, así también, y sin poderse apartar de los preceptos naturales, sufrían los temeritos del uso, de lo cual parecía vivir inadvertido el régimen porfirista, olvidando que los sistemas empleados para dar corporeidad a las cosas no son los mismos que se requieren a fin de prolongarlas.

No consideró, pues, el régimen porfirista —y tal sería una de las causas de su caída— que al abuso que hacía de un patrón, correspondería la exigüidad de una defensa, que siempre debe ser el alerta de todos los albores y por lo mismo el acrecentamiento de los músculos que embarnecen en la espera.

## La sucesión

ACTIVIDADES DE FLORES MAGÓN

Antes de que las partes estamentales que obedecían a la sinergia del régimen porfirista se contrajeran defensivamente, las fuerzas contrarias al gobierno del general Porfirio Díaz empezaron a eliminarse silenciosamente, para dejar la responsabilidad y dirección de lo que parecía un inminente porvenir a los más aptos. Esta selección política se realizaba no bajo el mando o acción de determinada parcialidad, sino que tal acontecimiento se efectuaba como parte de la naturaleza política del antiporfirismo, de manera que entre un grupo que sustituía al siguiente grupo, iban apareciendo hombres sobresalientes; y si éstos no hacían gran número, puesto que la escasez de individualidades formaba en los males del país, sí debieron tener altas cualidades para poder ganar una confianza popular que poco a poco iba adquiriendo visibilidad al través de la República.

Esto último, que podía ser observado a la luz del día, era desdeñado por los hombres del porfirismo, puesto que mucho se había hincado en ellos el engreimiento. Además, como acontece siempre que en un gobierno se desenvuelve la idea de su omnipotencia, el régimen vigilaba, perseguía y encarcelaba a los oponentes más débiles y desatendía las actividades y artificios de quienes, por sus virtudes intrínsecas, podían ser los más fuertes, los más agresivos y quizás los únicos victoriosos.



Al efecto, para el gobierno del general Díaz, el peligro eruptivo estaba representado por la Junta organizadora del Partido Liberal, establecido en San Luis Missouri (Estados Unidos). Tal peligro, sin embargo, era sobrestimado, porque ¿qué significaba, dentro de la gran realidad autoritaria de don Porfirio, un grupo de jóvenes expulsos acaudillado por Ricardo Flores Magón, noveles en el arte de la insurrección, pobres de solemnidad, dedicados al iluminismo político y creyentes en el poder de sus letras?

Flores Magón, después de sufrir prisión y hambre, como consecuencia de la publicación de *Regeneración*, hecha en la Ciudad de México en compañía de su hermano Jesús, considerando inútil una lucha contra el gobierno del general Díaz dentro del país, se había asilado voluntariamente en Estados Unidos, reiniciando la edición de su periódico en San Antonio (Texas); pero como aquí, la suerte le siguió siendo adversa, llevó su laboriosidad política y literaria, siempre inagotable, a San Luis Missouri, donde, presidiendo la Junta Liberal reinició sus actividades periodísticas.

Establecidos así, en la ciudad norteamericana, y mientras que las agencias de policía privada les seguían vigilando y molestando por instrucciones de Ramón Corral, los jóvenes expulsos creyeron llegado el momento de dar cuerpo político a sus pensamientos y resoluciones, y al efecto, con la fundación de la Junta del Partido Liberal, fijaron los principios y planes para un futuro político victorioso; futuro que no veían lejano, pues eran neófitos en política y de manifiesta y temeraria vehemencia.

A este último objeto redactaron y firmaron un documento al cual llamaron *Programa*, que si carecía de ciencia política, en cambio poseía un espíritu popular. Trata tal documento, por igual, los más accesorios y criticables problemas administrativos del régimen porfirista y los más superficiales negocios de la nación. Pretende, en seguida, una definición acerca de la democracia, pero sin resultado. Detrae al clero, aunque le reconoce jerarquía y estabilidad.

# Regeneración.

PERIÓDICO JURÍDICO INDEPENDIENTE.

La libertad de imprenta es una de las más importantes que el hombre posee, y que, según el artículo 7.º de la Constitución, es la base de la libertad de la Constitución.)

Cuando la República promueva su progreso, será forzoso admitir la libertad de imprenta. (CAMBRITA.)

## DIRECTORES:

*Lic. Jesús Flores Magón.—Lic. Antonio H. Corcasitas.—Ricardo Flores Magón.*

Oficinas: Centro Mercantil, 3er. piso, núm. 20. (México, D. F.) Teléfono 264.

*Administrador: Ricardo Flores Magón.*

## CONDICIONES.

—**REPUBLICACIÓN.**— Solo los días 7, 10, 12 y último de cada mes y los períodos de suscripción son:  
Para la Capital, trimestre adelantado ..... \$ 1.50  
Para los Estados, M. M. .... 2.00  
Para el Extranjero, M. M. en oro ..... 2.00  
Número sueltos 13 cts. Número atrasados 25 cts.  
No responderá aceptada la suscripción, en caso de que no se devuelva el periódico y se girará por el importe de un trimestre.  
A los agentes se les abonará el 10 por ciento.  
No se devuelven originales.  
Para los anuncios en el periódico, véase el tarifa.

## LA DEMOCRACIA Y EL MOTÍN

En México el predicamento no puede predicar la democracia, porque en el acto se predica el motín; no puede enseñar la democracia, porque la letra de molde es: «¡viva y viva, viva el apéndice revolucionario!»; no puede enseñar a luchar por la libertad hasta conquistarla, porque antes conquistarla la revuelta nos todos lo: la revuelta del «viva» y el «viva» de los «aprovechados» de Plutarco.

“EL UNIVERSAL”

Si nuestros reformistas hubieran pensado como *El Universal* nos habrían dejado la Constitución de 1857 no; por el contrario, regirían los sistemas de encomiendas y el pueblo que sigue siendo esclavo de hecho, lo seguiría siendo de derecho.

Según *El Universal*, el pueblo, ese pueblo que ha derramado su sangre para libertarnos, no necesita libertades políticas, no necesita que se le enseñe a practicar la democracia, no necesita saber leer.

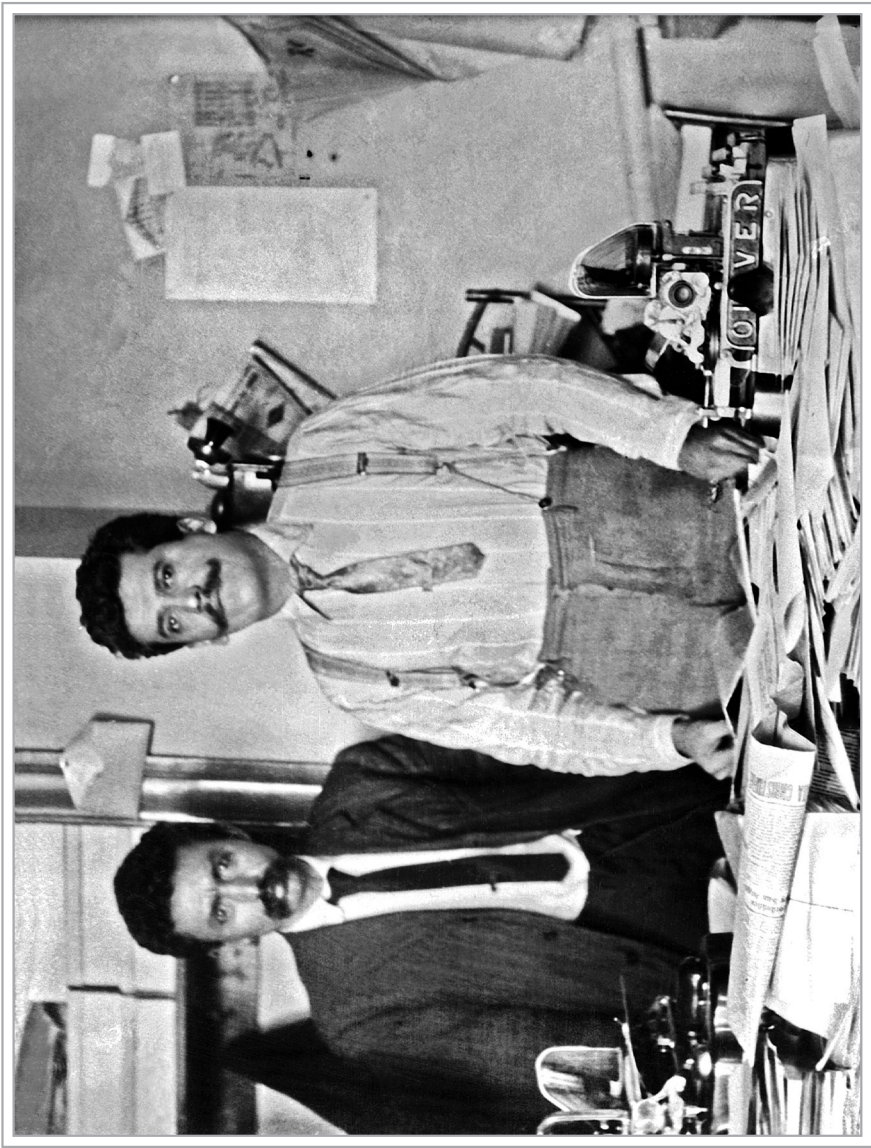
Esta doctrina, de un marcado sabor monárquico, es la doctrina de todos los tiranos. Esa doctrina fué la que destruyeron nuestros padres de 57 al predicar la democracia, redactándola con *letra de molde clara y viril*, sin preocuparse de femeniles temores de *excitar el apetito revolucionario*.

Predicar las doctrinas monárquicas en nuestro país, ahora que todos los pueblos, aun los más monárquicos, tratan de dar ilustración a las bajas capas sociales, es sencillamente un atentado contra las ideas del siglo, un atentado contra los ideales de nuestros reformistas, que quisieron hacer un pueblo digno y culto del que hoy se trata de rebajarlo y envilecerlo.

Si no se dan instrucciones de civismo a nuestro bajo pueblo, á cada rato lo veremos injuriado, impunemente, como el pejídico *The Two Republics* acaba de hacerlo con desenfado, llamándolo analfabeta, perezoso, supersticioso, vano y orgulloso de su honor.

Matar todo espíritu de democracia en nuestro pueblo es perderlo. Está probado históricamente, que en general, nuestros hombres de energía han salido de esa masa popular á la que ahora quiero *El Universal* dejar sumida en la más completa ignorancia. Recórrase la lista de nuestros generales, y véase de qué escala social ha salido la mayor parte de ellos; la lista de nuestros políticos, y se verá de qué clase han salido también.

Ahor bien, no sabemos de donde inferir qué predicando la democracia se produzca



Librado Rivera y Enrique Flores Magón

Donde el documento de la Junta (1 de junio, 1906) enraíza y crece, y da sombra y frescura a una nueva doctrina mexicana, es cuando se refiere, con una seguridad que parecía provenir de excepcional experiencia social y humana, a la necesidad de incorporar a las clases más pobres y atrasadas del país a la vida política y económica de la nación mexicana. Y en seguida de tal capítulo, y entre manifestaciones literarias, el programa pide la jornada de ocho horas, el salario mínimo, la reglamentación del servicio doméstico y del trabajo a domicilio, la higiene en las fábricas, la vivienda obrera, el descanso dominical, la prohibición del trabajo infantil, la indemnización por accidentes de trabajo, la pensión a la vejez, los salarios en moneda contante y sonante, la cancelación de las deudas a los jornaleros, la protección a los medieros, las obligaciones para los arrendatarios de habitaciones y la distribución justa y conveniente de la tierra.

Ninguna institución específica capaz de llevar a cabo tales proyectos señaló el programa. Quienes lo redactaron —Ricardo y Enrique Flores Magón, Antonio I. Villarreal, Juan Sarabia y Librado Rivera— eran cabezas de despejado entendimiento; pero sin experiencia ni cultura; y aunque en el programa entrevén algunos problemas nacionales, sin llegar al fondo de una naturaleza rural que trataba de desenvolverse, no escaseaba en tales líderes liberales, el influjo del socialismo.

El documento, por otra parte, no era subversivo, sino de oposición al régimen porfirista. Esto no obstante, las enconadas diatribas de Flores Magón que tan fuertemente golpeaban al general Díaz, parecían llevadas al objeto de hacer ambiente propio para un alzamiento popular en la República.

La impetuosa literatura de *Regeneración* no era desoída en el país. En los puntos fronterizos del norte de México, los atrevimientos de *Regeneración*, producían una verdadera inquietud. El periódico iba de una mano a otra mano. Leíanle los maestros de escuela, los mineros, los jornaleros, los comerciantes, los agentes viajeros.

Al calor de *Regeneración*, los liberales organizaban clubes; aunque los más con el carácter de meras tertulias políticas; otros, los menos, con propósitos levantiscos. Entre éstos estaba el fundado por los mineros de Cananea.

Aquí, a los emotivos artículos de Flores Magón se asociaba la prédica socialista de Lázaro Gutiérrez de Lara, *líder* de muchos valimientos entre los trabajadores de las minas de Arizona y Nuevo México; y de las excitaciones de Flores Magón y de Gutiérrez de Lara, se originó la idea de preparar y realizar un movimiento de huelga contra la Cananea Copper Company, que abusaba en las exigüidades del salario, las exigencias de largas jornadas de trabajo y la discriminación a los mexicanos.

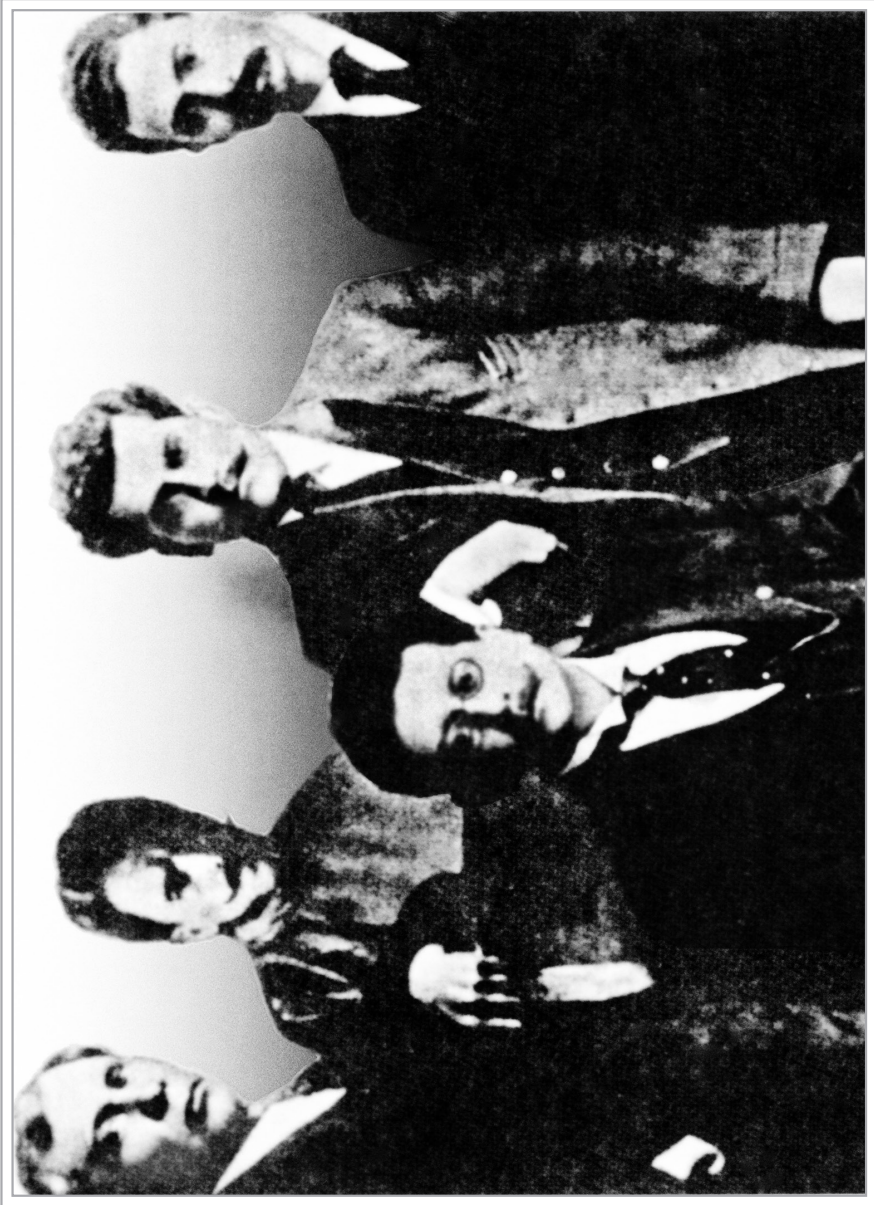
Resuelta la huelga, los trabajadores abandonaron sus ocupaciones el 6 de junio (1906); y el hecho fue tan tumultuoso que poco después ya tenía el carácter de sedición.

El ambiente no podía ser más propio para provocar la ira de los mineros. Cananea estaba dividida en dos zonas. Una, la destinada a las habitaciones de los extranjeros, en donde todo era comodidad y ventaja; otra, la que daba albergue a los trabajadores mexicanos, dentro de la cual la pobreza y la insalubridad estaban a la mano.

Todo esto, que repugnaba a los sentimientos de nacionalidad, fue motivo para que la huelga, apenas iniciada, se convirtiera en motín; y como ni la autoridad municipal ni la del estado, poseían fuerzas para sofocar la violencia de los huelguistas que amenazaron desde el primer momento con incendios y destrucción a los intereses extranjeros, las autoridades locales no dudaron en pedir el auxilio de fuerzas armadas norteamericanas, las que penetrando a territorio nacional con gran detrimento de la soberanía de México, auxiliaron en el restablecimiento del orden.

Deplorable huella de sangre y antinacionalidad dejó lo sucedido en Cananea; e iniciado un juicio contra los directores de la Unión Liberal Humanidad que habían acaudillado la huelga, los líderes Ma-





Algunos magonistas

nuel M. Diéguez y Esteban Calderón, alias *Vaca*, fueron enviados a la prisión de San Juan de Ulúa, mientras que el Congreso de la Unión, excluía a las autoridades civiles de Sonora de responsabilidad por el paso de gente armada de Estados Unidos a suelo mexicano.

#### LO INSURRECCIONAL EN FLORES MAGÓN

Para Ricardo Flores Magón, como acontece dentro del ser de los grandes y humanos idealizadores, lo acontecido en Cananea pareció como un faro de luz que guiaba hacia un camino no advertido en el Programa de la Junta organizadora del Partido Liberal. Así, e invocando una “lucha santa por la libertad y la justicia”, las violencias ocurridas en el mineral caprífero hicieron el milagro de convertir a Flores Magón a la mas apasionada idea insurreccional; pues desde esos días de junio (1906), y cuando todavía no corría impreso el Programa de la Junta, los liberales de San Luis y con éstos, los clubes de la misma filiación que existían en la República, fueron activos y denodados revolucionarios.

Ya en ese nuevo tren, los adalides de la Junta resolvieron establecer su base de operaciones en El Paso, ciudad texana desde la cual, con sólo cruzar el puente internacional, podían estar en territorio de México.

Esta posición, unida a la inexperiencia y al alma ilusiva de aquellos jóvenes que no tenían la menor idea acerca de lo insurreccional, les hizo creer que, de proponérselo, sería muy fácil y sencillo dar un golpe de audacia y apoderarse de la plaza fronteriza de Ciudad Juárez; y como Juan Sarabia tuvo noticias de que entre los oficiales de la guarnición militar de Juárez estaba uno que había sido su condiscípulo, le pareció normal invitarle a fin de que les ayudara a dar el proyectado golpe.

Sarabia habló, pues con su ex condiscípulo el teniente Ceferino Reyes; a quien puso al corriente de los trabajos que hacían los

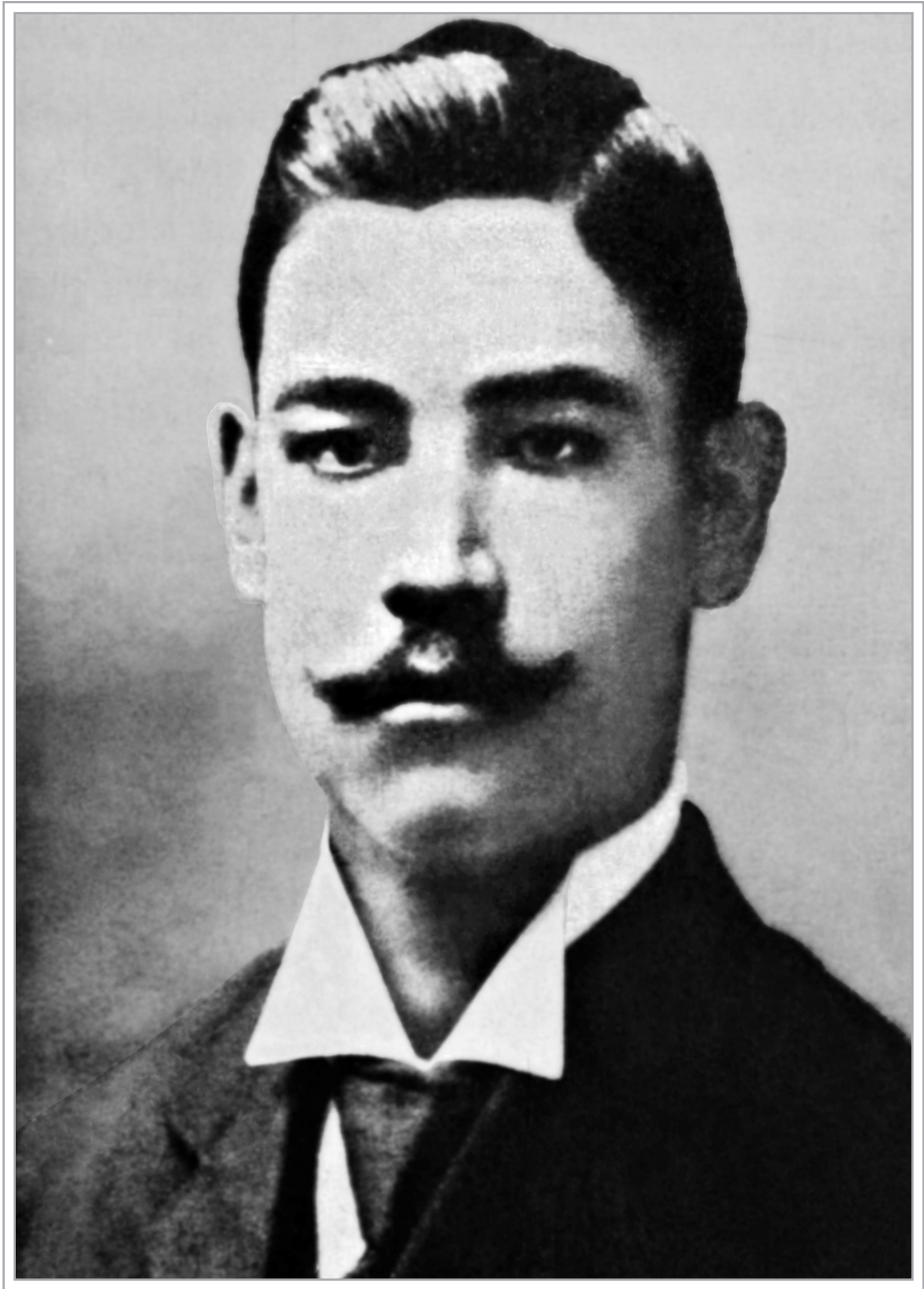


miembros de la Junta para dar un alzado en Ciudad Juárez. Reyes escuchó a Sarabia, pero en seguida comunicó a sus superiores lo que sabía, y sirviendo a éstos atrajo a los novatos revolucionarios a una celada, de manera que cuando los liberales, creyendo que iban a apoderarse de Ciudad Juárez, llegaron (4 de octubre, 1906) a la plaza, cayeron en la trampa, de la cual sólo se salvó una veintena que pudo regresar a territorio norteamericano, mientras que Sarabia, César E. Canale, Vicente de la Torre y 12 hombres armados más, fueron aprehendidos, llevados a Chihuahua, juzgados entre ardidés, temores, falsedades e instructivos del centro y poco después enviados a la sombría y torturante prisión de San Juan de Ulúa.

Aquel fracaso sedicioso estuvo lejos de amedrentar el ánimo de un hombre tan optimista, pertinaz y arrojado como Flores Magón, quien en seguida de huir y ocultarse temporalmente en California, reinició sus actividades, en esta vez con mayores bríos.

Flores Magón carecía de dinero, armas y municiones, también de lugartenientes establecidos en México. Carecía, en fin, de una organización capaz de llevar a cabo un levantamiento. Así y todo, como era dado a creer todo lo que imaginaba, se dirigió a los liberales mexicanos; les incitó a probar suerte con una sublevación. Sólo le respondieron algunos grupos de Veracruz y Tabasco, y como éstos también vivían en los ensueños, fracasaron en sus proyectos; pero ni así decayó el espíritu combatiente de Flores Magón, quien luego incitó a huelgas revolucionarias a los obreros de Puebla y Tlaxcala y a los trabajadores ferrocarrileros.

Mientras tanto, y ya con alguna realidad a la mano, reunió fondos para la preparación de actos subversivos; mas el gobierno de México que le seguía día y noche por medio de una red de agentes norteamericanos, pidió al gobierno de Estados Unidos detener a los revolucionarios. Las autoridades norteamericanas, acusando a los miembros de la Junta de violar las leyes de neutralidad, mandó aprehender a



Francisco Manrique, 1908

Flores Magón, Antonio I. Villarreal y Librado Rivera, quienes fueron llevados a una prisión de Arizona.

Anterior a esta prisión, y estando ocultos en Los Ángeles (California), los miembros de la Junta tuvieron noticias de lo ocurrido en Río Blanco, donde los obreros de las fábricas de hilados y tejidos, como respuesta a una imprudencia casual cometida por los administradores de las fábricas y las autoridades militares de la población, se declararon en huelga agresiva, y con muchos ímpetus se enfrentaron a los soldados, perdiendo vidas y alarmando al gobierno, que sin considerar lo sintomático de los sucesos, creyó prevenir nuevos actos de la misma naturaleza, mediante la reglamentación del trabajo y salario.

Entre tanto, agrandado, ya por imaginación, ya por partidismo, lo acontecido en Río Blanco, el país se interesó por la suerte de los obreros, condenó los abusos de la autoridad y dio carta de naturalización a los sistemas de violencia. De esta manera, a "lo que sólo daban, en un comienzo, la categoría de insurrección antiporfirista, ahora era Revolución". Y de Revolución hablaron en los clubes liberales. De Revolución se habló en el norte del país. "¿Oís?", escribió una de las plumas más selectas de los clubes liberales: "¿Oís? ¡Es el viento que surca las frondas de misteriosa selva! ... Es el aliento de la Revolución".

La Junta del Partido Liberal empezó así a procurar la revolución. Pero, ¿cómo hacerla? He aquí la pregunta a la cual no se daba respuesta, puesto que, si no se poseían recursos pecuniarios, ni facilidades para la adquisición de petrechos de guerra, ni una conspiración formal para dirigir la insurrección, ¿qué hacer para organizar una revolución en el país?

Tanto creía Flores Magón en un alzamiento popular, que con la seguridad de que a su sola voz todos los hombres acudirían a las armas para derrocar a don Porfirio, propuso que el levantamiento se iniciara el 25 de junio (1908), y así, pública y ardientemente, empezó

a dar aliento a los futuros combatientes, lo cual sólo servía para que el gobierno siguiera más de cerca las actividades de los liberales, sobre todo en el norte de México.

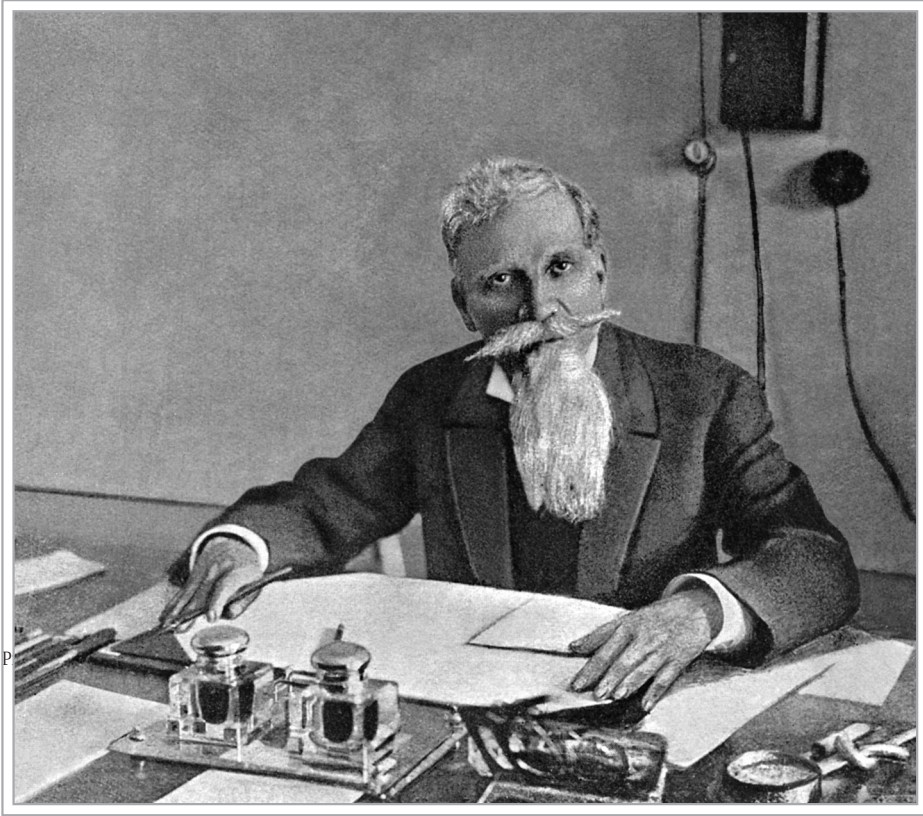
De antemano, sin duda alguna estaban condenados los sublevados a fracasar. Y fracasaron en las intentonas de Las Vacas, Viesca y Palomas; ahora que en estos episodios liberales y revolucionarios, no bastó el heroísmo de adalides como Práxedes G. Guerrero, Jesús M. Rangel, Enrique Flores Magón y Francisco Manrique, para que la insurrección prosperara. Los esfuerzos valientes de un centenar de improvisados soldados de la Revolución se hundieron en unos cuantos días; y el propio Flores Magón, juntamente con Villarreal y Rivera, perdió su libertad en California, pareciendo como si aquella ola de juventud y esperanza materializada en los caudillos del Partido Liberal, se hubiese dado un tumbó en el reposo de muy tranquilas aguas, no sin la pérdida de seres humanos, ora en el combate, ora en la prisión.

Así y todo, aquella pléyade que vivía y pensaba en torno a la Junta organizadora del Partido Liberal, continuaría entregada al amor que inspiraba la Revolución.

#### EL GENERAL BERNARDO REYES

Mientras los liberales experimentaban el golpe producido por un generoso corazón contra la pared del pecho porfirista, el reyismo que poseía a la vez sustancia y veneno antiporfirista, era calor latente, aunque tratando de ser oculto y misterioso.

Reyes, después de haber sido despedido del gabinete de don Porfirio, como consecuencia de las actividades políticas que llevaba a cabo tras de la cortina llamada *Segunda reserva del Ejército*, quedó como gobernador del estado de Nuevo León; y aunque sin rallar a la lealtad al presidente de la República, observaba desde Monterrey con su ambiciosa mirada, cómo se abría en el país el gran periodo de una gestación. Mas, ¿gestación de qué? ¿Quién lo sabía?



Bernardo Reyes en su oficina del Partido Revista, al retirar su candidatura

Como el general Reyes era muy laborioso y no trataba de dar auge y preponderancia únicamente al gobierno del estado, sino que pretendía ser un poder mágico para aprovechar la pequeña, pero firme riqueza que en minerales y gente poseía la región bajo su mando, su personalidad no se opacaba dentro del dilatado círculo de la presidencialidad, y esto a pesar de que no faltaban dislates de sus subordinados, con los cuales éstos empañaban la carrera del reyismo.

Los días iban acrecentando la figura de Reyes, más que por méritos políticos personales, por creérsele hombre de tanto pulso que no sólo tenía aptitudes para suceder a don Porfirio en el imperio del

orden, sino también cualidades para enfrentarse al presidente de la República en el caso de que éste, obcecadamente, insistiera en continuar con el mando y gobierno de la nación.

No anidaba, sin embargo, el general Reyes las cualidades que le atribuían los amigos, partidos y el vulgo. No escaseaban, ciertamente, en él, el pundonor militar, ni la rectitud administrativa, ni el porte de una educación política; pero le sojuzgaba la idea de quien, hecho parte del régimen porfirista, no admitía ninguna posibilidad de alterar el orden establecido por don Porfirio.

Mas si Reyes no comprendía la necesidad y la ambición de un cambio político, y era terco y confiado respecto a la inalterabilidad de los hombres y cosas del régimen porfirista, no pensaba lo mismo el general Díaz. A éste, le alarmaba no tanto el ruido sordo y constante del reyismo que parecía conformarse con ganar pacíficamente para su caudillo la vicepresidencia de la República, cuanto las simpatías populares entre la oficialidad del Ejército Federal significadas como revista. Esto, aunque siempre exagerado por voces interesadas, empezaba a ser problema visible al país, de manera que el general Díaz sintió una amenaza con calificación propia; amenaza que podía dilatarse y formar espíritu dentro de las filas del Ejército.

Dueño de este temor, que por otro lado le alimentaban los enemigos de Reyes, el general Díaz mandó que el secretario de Gobernación hiciera notorio un sistema de vigilancia sobre el gobernador de Nuevo León, de manera que éste estuviera advertido de la inoportunidad de cualquier actitud ofensiva al Presidente de la República; y ello, a pesar de que el general Díaz, dejando a su parte las manifestaciones populares en favor de los oficiales del Ejército que se suponía reyistas, no tenía prueba alguna denotante de que Reyes acariciaba propósitos rebeldes.

Sin embargo, como la vigilancia no cambiaba la vida rutinaria del gobernador ni los reyistas dejaban de hacer representaciones de simpatía y partidismo hacia Reyes, el celo del presidente fue mayor

y creyó conveniente aplicar su vieja táctica política; y, al efecto, sin consideración alguna, ordenó que el general Reyes entregara el gobierno de Nuevo León, lo cual hizo el general sin titubeos ni reproches, puesto que bien interiorizado estaba de los métodos autoritarios del régimen porfirista al cual servía.

Si Reyes aceptó callada y resignadamente la orden de don Porfirio, en cambio, para el mundo popular, la actitud del caído gobernador fue considerada como un acto de debilidad, y la gente que había creído en aquel caudillo empezó a desertar del reyismo.

Así y todo, el presidente al través de los razonamientos que ocurren a la mente de quienes se engríen demasiado a su autoridad y fama, seguía creyendo en la amenaza que para la tranquilidad pública representaban Reyes y el reyismo; porque considerando, lo que debió considerar, lo que el naciente espíritu público decía, ¿qué otro mexicano, si no el general Bernardo Reyes, quien estaba adornado de leyenda heroica, un tanto de artificio político y una tercia última de falsos talento y decisión, podía ser su rival, sobre todo rival a sus siempre ejecutivos designios?

Esta preocupación, que acudía incesantemente a la mente del general Díaz como proemio de un drama, hizo que el presidente, con el pulso que había hecho su fama de hombre de mando, se resolviera a dar el golpe final y definitivo a Reyes, y al efecto, ordenó que éste saliera de suelo nacional. "¡Dios perdone al general Díaz y salve al país!", fue la exclamación única del general Reyes al conocer la resolución de don Porfirio, y como si el destierro dictado por el presidente hubiese sido un delito nefando y no una medida propia al orden político, del cual el propio Reyes fue siempre instrumento fiel y a veces excesivo.

No se contentó el presidente con hacer de Reyes un expulso; no le fue bastante humillar a su antiguo colaborador. No sintió que era suficiente aquel castigo para reiterar su poder personal de manera que ni la espada ni la pluma tuviesen derecho de anticiparse a los



designios presidenciales; y, al efecto, mandó que la vigilancia sobre Reyes fuese llevada más allá del suelo mexicano. Mandó también que el licenciado José López Portillo y Rojas, representante principal del reyismo, fuese conducido a prisión mediante un indecoroso enredo judicial urdido por el gobierno.

Con tales sucesos, terminó el reyismo como columna política. Asimismo se puso en duda la continuidad del régimen porfirista, porque si es verdad que el general Reyes permaneciendo en el país no habría podido evitar el desarrollo y triunfo de la idea popular, más práctica que teórica, de unir todas las partes del mundo mexicano para hacer el todo del cuerpo nacional, cuando menos mantiene en el alma nacional la idea de que el porfirismo era indivisible y perenne.

#### LA EMPRESA POLÍTICA DE MADERO

¿Preocupan al centro —y centro, se repite, se le llama al núcleo directivo del régimen porfirista que reside en la capital de la República— las actividades políticas locales?

Pero, ¿qué es el localismo para el gobierno de don Porfirio, sino el suceso político fortuito, generalmente sin directores, y por lo mismo ajeno a cualquiera amenaza para los poderes federales? ¿Quién, por otra parte, puede temer a los caudillos lugareños, que cuando son llamados a la Ciudad de México por los funcionarios o políticos nacionales, se rinden ante la autoridad de los hombres que gobiernan al país?

Por todo esto, las palabras de Francisco I. Madero, excitando al pueblo de Coahuila, en ocasión a las elecciones locales, para oponerse a los designios del centro, no pasan, en esos días, de ser voces febricitantes del desierto angustiado por la desolación y la canícula.

Madero, no obstante los informes que el gobierno del centro tenía acerca de las actividades políticas que ejercitaba en San Pedro y

en Coahuila, no representaba amenaza ni obstáculo para el triunfo que don Porfirio ordenaba o concedía al Partido Científico, ya en las elecciones municipales sampedranas, ya en las elecciones para el gobierno de Coahuila.

Ahora bien: si el gobierno del centro no consideraba a Madero, éste sí creía en sí mismo. Creía en su voluntad, preparación, actividad y en su pueblo. Apenas derrotado en el suceso llamado electoral de San Pedro, proyecta y reúne un partido político coahuilense, y derrotado por segunda vez, lejos de desmayar asciende osada y vigorosamente por los peldaños que, pueden llevar al cielo político de México. Ha advertido, al efecto, que el localismo no triunfará mientras no exista el pensamiento y acción de un partido político nacional.

La idea, conducida, como él acostumbraba, a la meditación reflexiva, le estimula el ánimo; pero le obliga a preguntarse a sí mismo cómo realizarla, sobre todo, cómo comenzar a realizarla. Por otra parte, ¿qué autoridad política poseía para una empresa de esa magnitud? Llevaba, indubitadamente, el nombre de una distinguida y rica familia norteña, pero eso no bastaba para iniciarse en una carrera política nacional. No creía que con sólo esa cualidad el pueblo le siguiese; y sabía que una causa política en México requería ser popular, radicalmente populista.

Verdad que Madero estaba instruido en los principios necesarios para las funciones cívicas, como para el ejercicio del mando y gobierno de cualquiera empresa; mas esto lo sabía un escaso número de personas: sus parientes y amigos.

Mas como todos los hombres generosos y osados, Madero borró de su mente todas las interrogaciones capaces de ser obstáculos a sus designios, e imantado por la idea de hacer feliz a su patria, ora obteniendo las libertades públicas, ora cortando el hilo de la continuidad del régimen porfirista, consideró que lo más importante y certero era organizar el partido de la democracia mexicana; y ya con

esta resolución empezó a procurar colaboradores. Creía que era indispensable, como base para un futuro político de México, organizar una nueva pléyade de gobernantes. Mas, ¿dónde hallar el material humano a tal objeto? ¿Quién o quiénes corresponderían a ese propósito?

Escribe Madero cartas epistolares y gacetillas para periódicos independientes que son pocos y de cortas capacidades, tratando de llevar el tema de sus desvelos a la discusión pública. Ayuda económicamente a Flores Magón, aunque luego considera que éste avanza por el camino del error al avivar el fuego de la subversión. Madero, al efecto, no creía en lo revolucionario. ¿Por qué la guerra en un pueblo que se ha adelantado por las vías de la paz y la concordia? ¿Por qué no tener fe en la acción civil, legal y popular?

A fin de conciliar el pensamiento y las cuestiones que en él se suscitaban, Madero en consideraciones palpitantes, dio planta y redacción a una obra política. No era un escritor; ignoraba las palabras adecuadas para expresar sus ideas: no era más que un miembro de la familia rural mexicana; no alcanzaba a columbrar todos los problemas nacionales. Así y todo, arriaba tan fervorosamente a su patria; amaba tan fervorosamente las libertades, que se dispuso a escribir tratando de convencer. Dio un título significativo y llamó a su obra: *La sucesión presidencial de 1910*. Y empezó a escribir.

Cada una de las palabras del libro contiene una consideración práctica. El autor no pretende un futuro prometedor ni un pretérito condenable. *La sucesión* deberá ser un presente activo, apremiante y realizable. Y entendamos, al través de las páginas del libro, que Madero no escribe con el propósito de hacer pensar, sino como un medio para excitar lo generoso, de las ambiciones y la racionalidad de los principio, sobre la mutabilidad de los hombres y sistemas. Tampoco intenta ganar el alma de las multitudes, pero sí formar el espíritu heroico. No lidia con los problemas de la pobreza y si con los de la opresión.

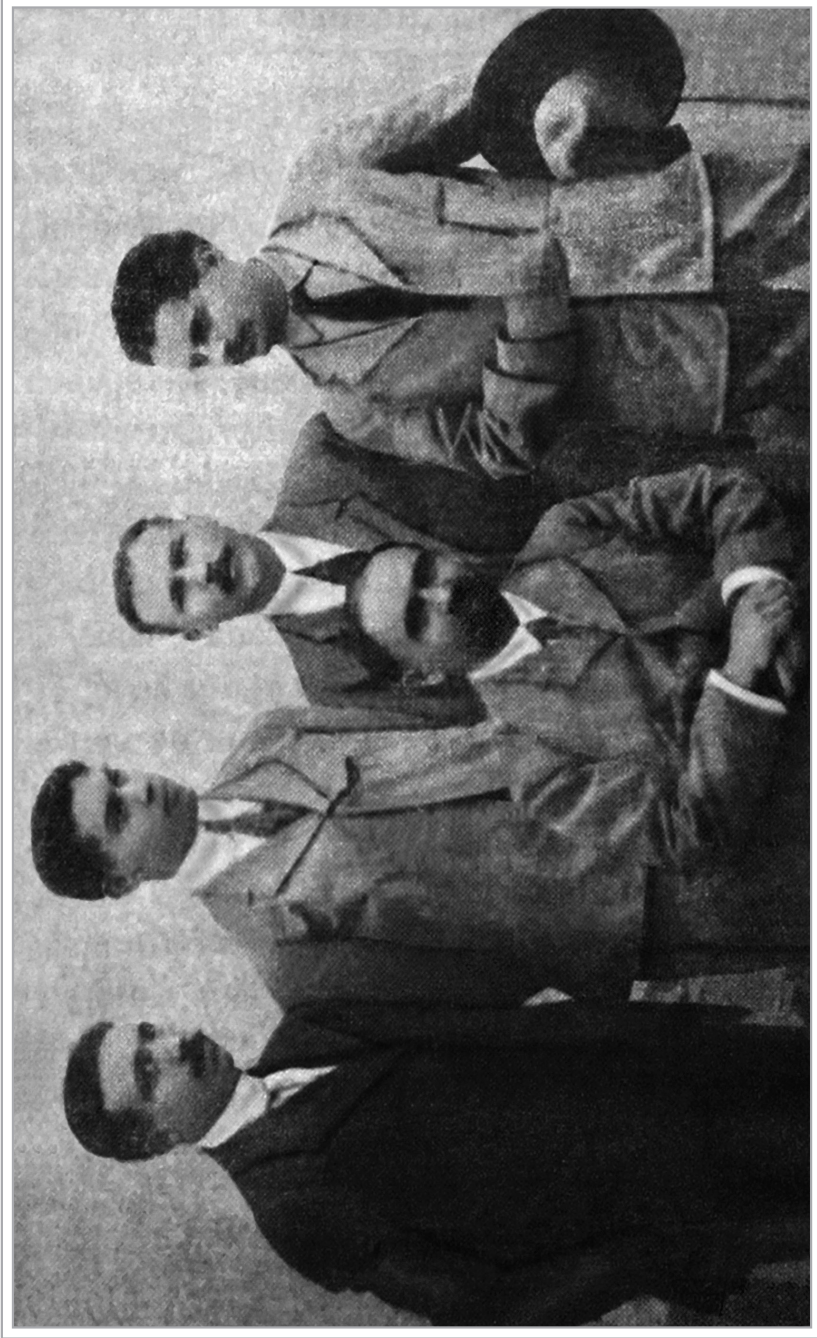
El libro está dedicado a los héroes de la patria, a los periodistas independientes y a los buenos mexicanos.

Después de la dedicatoria, las páginas de *La sucesión*, parecen ser las de un inspirado. Empieza admitiendo que su vida era estéril, ya que estaba caracterizada por la resignación y el egoísmo. Luego confiesa, que no obstante haber advertido desde su juventud, los males que padecía la República, alguna, veces pretendió borrarlos de su mente, para lo cual se aturdía sí mismo entregándose “febrilmente a los negocios y a la satisfacción de todos los goces” propios a una “refinada civilización”.

En seguida de eso, es fácil encontrar a través de *La sucesión*, las expresiones del temor que abrigaban todos los mexicanos, de que los sistemas autoritarios del régimen porfirista fuesen cada día más amenazantes para los soplos democráticos, que deberían ser pasta y ánimo del México de 1910.

Reunió, pues, Madero en el libro dos propósitos. Uno, ofrecer un camino eficaz y pacífico para evitar el regreso a las violentaciones del Estado, que fueron tan comunes en el país a las postrimerías del siglo XIX y a los comienzos del siguiente. Este camino consistía en suprimir la reelección. Otro, exponer una política franca, abierta y definida que llevara al país hacia un régimen de partidos.

Para Madero, lo esencial era determinar en las páginas de su libro, si el pueblo mexicano estaba o no “apto para la democracia”; y al efecto, escribió: “...no es tan difícil como se quiere hacer aparecer, el que un pueblo haga uso pacíficamente de sus derechos electorales ... La primera dificultad para que se implanten esas prácticas en nuestro suelo, la han querido encontrar algunos publicistas en la ignorancia del 84 por ciento de nuestra población que es enteramente analfabeta... [pero] el pueblo ignorante no tomará parte directa en determinar quiénes han de ser los candidatos para los puestos públicos, pero indirectamente favorecerá a las personas de quienes reciba mayores beneficios y cada partido atraerá a sus filas una par-



Madero con algunos de sus colaboradores

te proporcional del pueblo... Generalmente, los pueblos democráticos son dirigidos por los jefes de partido que se reducen a un pequeño número de intelectuales... Aquí en México... no sería la masa analfabeta la que dirigiría al país, sino el elemento intelectual”.

No era, pues, Madero un político ilusivo. Pensaba, no en el poder de una masa amorfa, sino de una minoría selecta; ahora que olvidaba o ignoraba que una democracia electoral no era compatible con un pueblo rural como México. Así, en medio de afirmaciones democráticas, *La sucesión* fija que es indispensable volver a constitucionalizar la no reelección presidencial, como era necesario establecer la efectividad del sufragio. Sin embargo, tratándose del problema presidencial de 1910, Madero no se opone a que por esa sola vez, sea tolerada la reelección del general Díaz a cambio de la libertad que se dé a México para elegir vicepresidente de la República, así como para votar a los diputados, senadores y gobernadores.

#### EL PARTIDO ANTIRREELECCIONISTA

La obra de Madero, no obstante estar escrita con señalado fervor patriótico, no era de los libros llamados a conmover al país. Correspondía, eso sí, a ese género de trabajos que por la bondad y excelcitud de sus propósitos y la gallardía de sus razonamientos, hacen escuela y atraen discípulos. Tenía, la virtud de alentar en el lector, la esperanza de que un pueblo se pudiese transformar adaptándose a los principios y acciones de las repúblicas del orbe, puesto que del concepto de masa rústica pasaba al concepto del hombre. Estaba, por último, dirigido no a los lectores porfiristas, sino a otros: a aquellos que vivían al margen del mundo oficial.

Así, los discípulos de la escuela de Madero no pertenecerían a las clases superiores de México que exornaban sus vidas con los sobranes del porfirismo. La catequización maderista sería entre los lugareños, quienes, apartados de la vida y preocupación del centro, empezaban

a considerar la necesidad de hacer sensible la idea de vivir dentro de todos los órdenes que dan crédito a las repúblicas.

Una cualidad más se hallaba a través, de las páginas del libro de Madero: aquella por la cual se encendía el campo de las ambiciones humanas; campo que había estado cerrado a la individualidad debido al imperio moral y civil del porfirismo. Un aliento, pues, a la ambición creadora del hombre y de la comunidad sería, en los días que recorreremos, como la preparación de un estado de cosas propias a la gente que si no es víctima de la sojuzgación, sí sufre las consecuencias del abandono y el aislamiento.

Aunque sin poderlo expresar puesto que no era hombre de letras, Madero debió sentir todo eso con tanta profundidad y generosidad, que no obstante el desasosiego producido a su abuelo, el rico hacendado Evaristo Madero y demás familiares, con la publicación del libro, no hizo alto en la empresa que se había propuesto.

El interés público que despertó *La sucesión presidencial*, fue evidente. El proyecto para la organización de un partido político, la reunión de una convención política popular, la presentación de, candidatos a la presidencia y vicepresidencia de la República, para oponerlos en las elecciones de 1910 al general Porfirio Díaz y a Ramón Corral, inquietó fuertemente a la clase medio ilustrada; y Madero, gracias a su intuición política se aprovechó del acontecimiento para poner en práctica sus planes, tan audaces como sinceros.

*La sucesión* salió de las prensas sampedranas a los últimos días de 1908; y al tiempo que envió ejemplares a amigos y funcionarios públicos, incluyendo al presidente, Madero resolvió trasladarse a la Ciudad de México e iniciar la organización del Partido Antirreeleccionista el 5 de febrero, de manera de solemnizar el aniversario de la Constitución de 1857 y realzar, con lo mismo, la constitucionalidad de Benito Juárez, de quien era devoto.

Previamente, Madero organizó un conjunto cívico en la Ciudad de México, del cual, los licenciados Emilio Vázquez y Toribio Esquivel



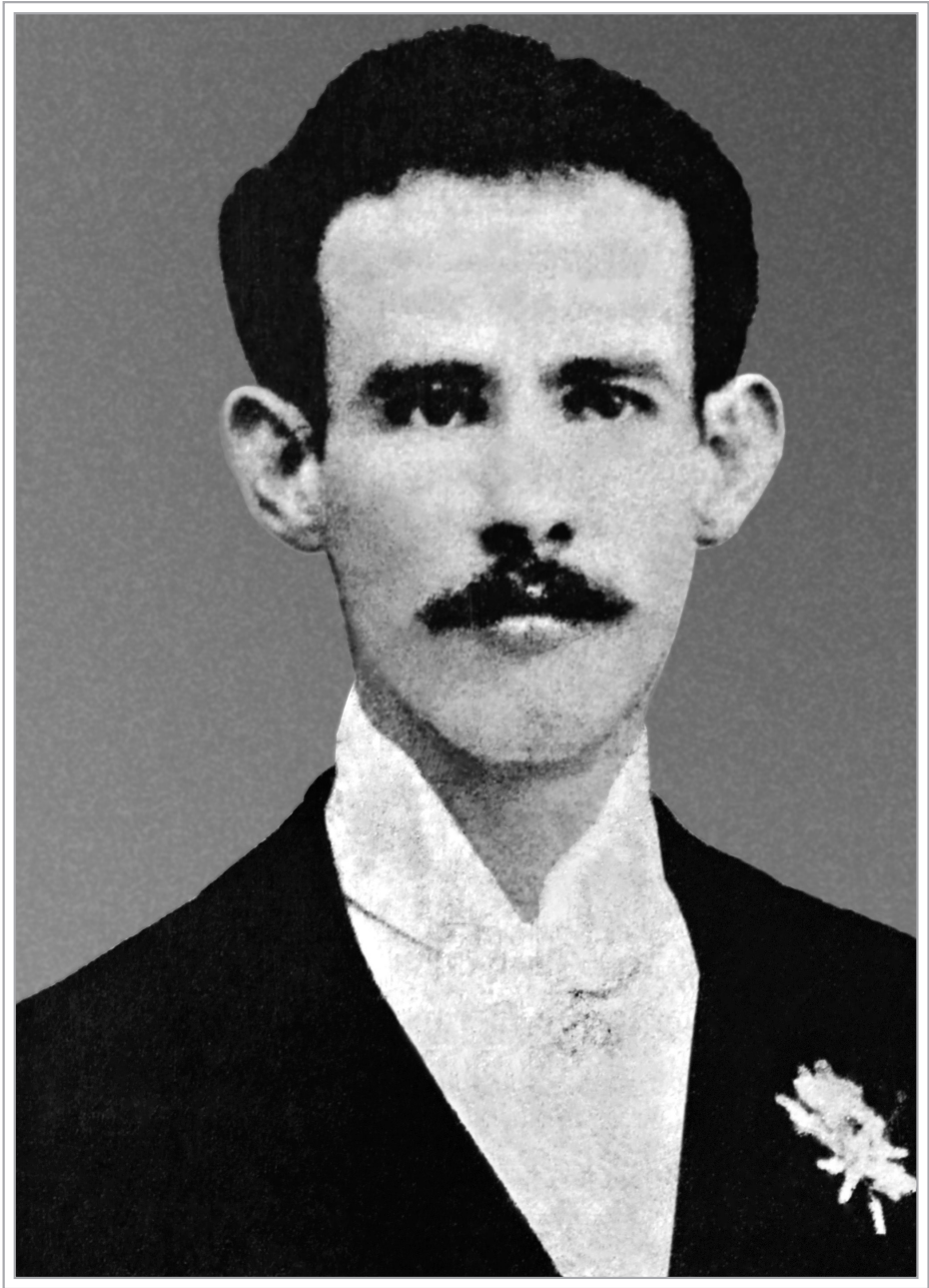
Móviles que me guiaron al escribir  
este libro - ~~Consejos que me determinaron a~~

~~Porque se escribiera~~

---

Antes de dar principio al trabajo  
que ~~ha~~ tengo la satisfacción de  
presentar al público, pienso que digno  
unas cuantas palabras sobre los  
móviles que me han guiado al  
publicarlo ~~sobre el libro -~~  
~~Proyecto de~~ <sup>Empresario</sup> por ex parte - la  
evolución que ~~han sido~~ suprimiendo  
mis ideas o métodos que se han  
~~ido~~ desarrollado los acontecimientos  
derivados del actual régimen político  
de la República - y en seguida, tratándose  
con el mayor detenimiento posible,  
~~los resultados~~ de estudiar las consecuencias  
de este régimen, han servido para  
mis propias situaciones

Con la inmensa mayoría de mis  
compatriotas que no han parado de ir  
al frente del 2



El líder democrático de Sinaloa, Francisco Valadés

Obregón, eran las personas sobresalientes. Seguían a éstas, los batalladores periodistas Filomeno Mata y Paulino Martínez. Entre los jóvenes agrupados por el líder estaban José Vasconcelos, autor de una tesis profesional laberíntica e inconexa, Félix F. Palavicini, quien había aglutinado noticias extranjeras en una obra de carácter didáctico y Luis Cabrera, individuo de ancho y elevado talento, pero muy distante al conocimiento y convencimiento políticos. Figuraban también entre aquella pléyade José Domingo Garrido, impetuoso tabasqueño, Roque Estrada, joven de muchos arrestos oratorios y sembrador de ideas socialistas, Félix Xóchihua, modesto, aunque sensato articulista y un invariable amigo de Madero: Manuel Urquidí.

Con esa planta de líderes, Madero invitó a los mexicanos a fundar el Partido Antirreeleccionista, para la noche del 22 de mayo (1909). Reuniéronse 89 personas. Gran número, para tales días; superior al que esperaba Madero; pues a la mañana de ese día, cuando Alfredo Robles Domínguez le mostró la sala que era de su propiedad, y en la cual se efectuaría la junta, Madero exclamó: “¡Demasiado local para tan pocos políticos como somos!”.

Los reunidos a la noche ya dicha, en la casa número 78 de la calle Tacuba, en la capital de la República, mientras llegaba el momento de la sesión, no podían esconder el deseo de conocer a Madero; pues muy contadas personas le habían tratado. Así, Madero fue recibido con “respeto y con gusto”; y aunque éste era “pequeño de cuerpo, sabía erguirse de manera que sobresalía”. Caminaba muy de prisa, y parecía “ver a través de sus espesas cejas”. Miraba no en entrega y sí en observación; a veces a la manera “de los desconfiados”.

Fundado así el Partido Antirreeleccionista, los nuevos políticos aceptaron la idea de Madero; éste, en compañía del ingeniero Palavicini anunció un viaje por la República, propagando la nueva idea política; animando al pueblo a concursar en la lucha electoral de 1910.

Madero marchó a cumplir su misión. Visitó Veracruz (20 de junio), Progreso, Mérida y Campeche. Aquí sólo le recibieron cinco personas; mas esto no le desanimó. Vio de cerca la vida de los peones en las haciendas henequeneras, y escribió: "Presiento la injusticia que hay en las fincas".

Dejó la península yucatanense; dejó en ésta a un nuevo amigo que ha de llegar con él a la muerte: al licenciado José María Pino Suárez, poeta exquisito, orador elocuente, hombre eucrático; y de Yucatán se dirigió a Tamaulipas; después a Nuevo León.

No todo fue triunfo. El aplauso al político es el más demorado de los aplausos, puesto que no fácilmente se llega al corazón de la gente ni al entendimiento de los individuos. Sin embargo, Madero siente que la República no tiembla frente a la posibilidad de asistir al fin del gobierno de 30 años.

#### LA CONVENCION DEL TIVOLI

El tiempo devora los meses de 1909, y a gran prisa se acerca el año de 1910, a mediados del cual, se supone que el pueblo de México ha de elegir, democrática y efectivamente, al presidente de la República. Y sólo hay un candidato: el general Porfirio Díaz. Será su sexta reelección.

Sin embargo, como quien viaja sobre la nube de los ensueños, todo hace creer que los antirreeleccionistas se opondrán a la candidatura de Díaz. Y así es, en efecto; pues si el partido no aumenta en socios dentro de la Ciudad de México, en los estados empieza a hervir la idea de la democracia; el derecho de elegir libremente al sucesor de don Porfirio.

Madero vuelve a dejar la metrópoli. Diríjese en esta ocasión hacia el occidente de México; y va a Querétaro, a Jalisco y Colima. Embarca en Manzanillo y llega a Mazatlán. Aquí el sentimiento popular es otro. Francisco Valadés ha organizado una contienda polí-

tica y electoral contra el candidato oficial al gobierno del estado; y aunque los independientes, apoyando al licenciado José Ferrel fracasaron, no por eso deja de mantenerse altivo el espíritu popular y antigobiernista.

De esta manera, Madero halla otro ambiente, que todavía le es más favorable conforme marcha hacia el norte de Sinaloa; porque luego, en Sonora, ha de recibir un fuerte impacto. Los antirreeleccionistas sonorenses, en efecto, ya no creen en la paz, y Madero siente dentro de él una nueva luz que parece indicarle el mejor camino para llegar a la democracia.

Es en Sonora también donde las autoridades usan de la violencia contra el líder y los partidarios del antirreeleccionismo. Pero esto es ya secundario. Madero empieza a sentirse en el alma del pueblo; y como después de Sonora visita el estado de Chihuahua, y aquí se encuentra con un hombre de muchas singladuras, empieza a creer en el triunfo de su causa.

Ese hombre a quien Madero conoce y trata en Chihuahua es Abraham González. Éste ha estudiado economía y filosofía, y en sus consideraciones personales le parece que el ser absoluto es entendimiento, poder y universo. Sin embargo, González es el tipo clásico de la clase rural mexicana. Ha sido estudiante en una universidad norteamericana, pero el apego a lo rusticano le une a los negocios del campo.

Embarnecido con todo esto, Madero prosigue su viaje y visita los estados del interior. Su figura política se ha acrecentado. A su paso por las poblaciones se reúne la gente de las rancherías y villas, de manera que ahora tiene la certeza de que la convención del Partido Antirreeleccionista, que se efectuará en la Ciudad de México, será en la realidad la representación genuina “de las ambiciones democráticas del país”.

La Convención es inaugurada en el Tívoli del Elíseo el 15 de abril (1910). Allí se hallan 120 delegados de los clubes establecidos en la

República. Madero está imposibilitado a concurrir: le amenaza la prisión. Acúsanle de haber cometido un robo de ganado a la compañía La Merced, de la cual ha sido gerente en 1908. Asegúrase que al pretender “adueñarse de lo ajeno... cometió violencia”, y en consecuencia, se le sigue una causa que el juez llama criminal. Trátase de un ardid inventado por el ministro de Gobernación, Ramón Corral.

El suceso enardece a los delegados. La personalidad del líder se acrecienta; y como llega la hora de elegir candidato antirreeleccionista a la Presidencia de la República, los delegados votan a Francisco I. Madero. Después, hacen candidato vicepresidencial al doctor Francisco Vázquez y, finalmente aprueban un programa de ocho capítulos: el restablecimiento del gobierno constitucional, el principio de la no reelección y efectividad del sufragio universal, la reglamentación del artículo séptimo constitucional para hacer precisa la libertad de escribir, el desarrollo y modernización de la instrucción pública, la expedición de leyes favorables a la clase obrera, la mexicanización del personal de los ferrocarriles y el respeto a la “raza indígena”, el fomento a las obras de irrigación y el desenvolvimiento de la pequeña agricultura, la mejoría en las condiciones del Ejército unida a la obligatoriedad del servicio militar.

Don Porfirio tendría, como consecuencia de la convención del Tívoli, un opositor que haría cambiar la rutina apellidada electoral dentro de la cual era costumbre que sólo figurara el general Díaz. Ahora, con la presencia de Madero en las elecciones, se dilataba un horizonte político que a primera vista semejaba ser el atrevimiento lírico de una nueva e ilusiva generación mexicana.

#### EL TEATRO ELECTORAL PORFIRISTA

Eran tan precisa la organización política del porfirismo, que el Partido Antirreeleccionista no parecía constituir una amenaza para la observancia del régimen de 30 años. Este, al efecto, y a excepción de la

vigilante actitud del secretario de Gobernación, Ramón Corral, siguió imperturbable, no obstante la candidatura presidencial de Madero, su rutina de mando y gobierno.

No dejaba, sin embargo, de tener el porfirismo incertidumbres interiores, aunque no de difícil salida; porque después de dominado el amenazador reyismo, no se hallaba, cuando menos a la vista, otro grupo político disidente. Los conflictos domésticos, pues, se reducían a la distribución y acomodamiento de empleos y funciones individuales. Además, como no siempre los gobernadores de estado eran aptos u honorables, el general Díaz se servía de los más sutiles argumentos y resoluciones, para mover a sus subordinados sin provocar controversias o secretos que pudieran alterar lo práctico del orden. No faltaban, en ese teatro tan complicado, dentro del cual la jerarquía era oficio dominante y ejecutante, escenas grotescas o humillantes; pero bajo la batuta disciplinaria e inteligente de Corral, si no todo llevaba justicia, sí hacía conformidad.

El capítulo más fatigoso de aquel régimen político, concernía al movimiento del aparato electoral; pues si es verdad que el disponente era don Porfirio, ¡qué de partes había necesidad de medir y pesar a fin de no alterar el concierto político! Dábase con esto, a pesar de que el sufragio establecido, por la Constitución vigente, estaba públicamente humillado por el desprecio oficial, la idea de que, sin necesidad de la aprobación popular, los empleos de elección local o nacional correspondían a un supuesto consenso universal, computado, expurgado y dictaminado por el presidente.

Para las reelecciones del general Díaz se procuraba presentar un teatro especial —dentro del cual la figura decorativa de don Porfirio era lo principal— a fin de que tales acontecimientos parecieran emanados de la voluntad popular nacional. Al efecto, en las capitales de estado, las autoridades civiles, como ya se ha dicho, organizaban procesiones y asambleas de artesanos y oficinistas, así como de personas, ya de nacionalidad mexicana, ya extranjera, correspon-



dientes a las partes más distinguidas de la sociedad; y como nadie rehusaba su concurso para tales manifestaciones “en apoyo a” la candidatura del general Díaz, aquellas representaciones públicas daban la apariencia de que el consentimiento para la reelección de don Porfirio era general en la República.

Las procesiones y asambleas se realizaban con mucho comediamento; pues el general Díaz no sólo usaba de su omnipotencia para castigar, aunque con visos de amistad, a los gobernadores que solían enseñar su inclinación o desafecto a quienes podían o suponían ser sucesores de don Porfirio, sino que asimismo no desaprovechaba la oportunidad para poner fuera del redil oficial a quienes se excedían a las órdenes del centro.

Con todos estos procedimientos, el general Díaz había suavizado o detenido una y muchas veces, los proyectos de franca oposición localista, como sucedió en Jalisco con Manuel Cuesta Gallardo, en Yucatán a propósito de la candidatura de Delio Moreno Cantón, en Guerrero con Enrique Gudiño y en Sinaloa en torno a la de José Ferrel.

Así y todo, como el genio previsor de Díaz, al cual se unía con severo tino el de Ramón Corral, advirtiera que el sistema de designación personal que substituía, anticonstitucionalmente, desde hacía tres décadas al sufragio universal, no podía ser eterno, creyó conveniente abrir una válvula de escape, y pensó en la posibilidad de establecer una leal oposición al régimen; oposición que, sin alterar el orden, fuese un organismo político colateral y contentadizo, que sirviera eficazmente a los hombres y brazos del porfirismo.

No para otra cosa, sino para dar base a esa leal oposición que sustrajera de todos los malos pensamientos y acciones a un partido capaz de impugnar formal y deliberadamente al régimen, y que con los mismos llevara a los ánimos la idea de un cambio de cosas, fueron las declaraciones (1908) del general Díaz al periodista norteamericano James Creelman. “He esperado con paciencia (dijo Díaz), el día en que la República esté preparada para escoger y cambiar sus

gobernantes sin peligro de guerras ni daños al crédito y programas nacionales; y creo que ha llegado ese día ... Si en la República llegara a constituirse un partido de oposición ... lo vería como el comienzo de una era democrática ... La nación está preparada para entrar definitivamente en la vida democrática”.

Tales palabras, dichas por un autócrata, discordaban grande y profundamente del sistema político de México; y publicadas en Estados Unidos y reproducidas en la prensa nacional, produjeron numerosas conjeturas. Sin embargo, ¡cuán claros eran los propósitos de don Porfirio!; porque hecha la declaración a fin de dar fundamento a esa disposición comprensiva, el general Díaz quiso que, al mismo tiempo de animar a una *élite* porfirista que no cabía ya dentro del presupuesto oficial ni podía lucir su ingenio perdido en la rutina del régimen, sus palabras no llegaran al pueblo, sino que se tuvieran como un circunloquio enigmático a par de espectacular, de manera que tal declaración a Creelman pasó como acontecimiento ininteligible para los profanos.

#### IDEA REVOLUCIONARIA DE MADERO

¿Cómo y cuándo sintió Madero las primeras advertencias de la Revolución? Y, ¿qué era para aquel hombre lo revolucionario? ¿Acaso comprendía su responsabilidad como caudillo de una causa que pretendía renovar los hombres y sistemas del régimen político existente en la República?

Sin otro carácter que el de propagandista de una idea conforme a la cual ningún régimen político era viable para México, si ese régimen no significaba la voluntad popular expresada a través del sufragio universal, Madero había realizado la excursión política a los estados de Veracruz, Yucatán, Campeche y Nuevo León, primero; después a Querétaro, Jalisco y la costa occidental de México. Por último, al centro del país.

Para estos días (primer semestre de 1910), mucho habían crecido los recelos autoritarios del ministro Corral, de manera que la vigilancia sobre Madero fue mayor. Corral sentía, gracias a lo perspicaz de su carácter, que aquellas actividades de Madero sobresalían a todo cuanto, en el orden político, registraba la historia del régimen porfirista; y aunque Madero no tenía el nombre, ni el poder, ni la experiencia de los colaboradores de don Porfirio, sí estaba poniendo a la luz del día su capacidad de caudillo perseverante, luminoso y osado.

Y, ciertamente, otra era el alma que ahora movía las actividades de Madero; pues así como había colocado a segundo término lo desabrido de las manifestaciones en algunos lugares de la República, ponía al frente de su confianza lo ocurrido con sus partidarios en el estado de Sonora.

Al efecto, los partidarios de la democracia en tal estado, con la entereza y resolución provocadas por los abusos que política y electoralmente cometía el corralismo, produjeron no pocas alteraciones en el alma de Madero; pues éste empezó a considerar que sus proyectos políticos originales, que incluían la aceptación de un nuevo periodo presidencial del general Díaz, no correspondían a la decisión de los sonorenses, quienes hechos en los rigores del desierto y la montaña; conocedores y admiradores de los sistemas democráticos de Estados Unidos, cuya eficiencia popular no podía ser puesta en dudas, dueños de una voluntad de independencia, y vecinos de un país donde las fábricas de armas y municiones podían abastecer los requerimientos bélicos para una guerra civil, no parecieron dispuestos, en sus conferencias con Madero a prolongar una situación nacional que, de acuerdo con sus opiniones, no tenía compostura pacífica.

Sobre estas alas que le dieron los antirreeleccionistas de Sonora, Madero llegó a Ciudad Juárez, donde, como queda dicho, halló la amistad y partidismo de Abraham González; y de todo eso empezó a hacer un cambio dentro del programa pacífico hecho público en *La sucesión presidencial*. A partir, pues, de tal encuentro, el líder sintió los vientos

de la guerra, y con lo mismo tuvo otra concepción acerca de la lucha política emprendida.

Además, a propósito de sus conversaciones con González, vino a Madero la idea de ser candidato a la Presidencia de la República del Partido Antirreeleccionista; y aunque tal idea no era absolutamente nueva dentro de él, mucho cuidado había tenido de no exteriorizarla.

Dos motivos políticos más, pues, bullían en Madero a partir de aquella hora, y aunque no los hizo públicos a fin de no interferir en los preceptos democráticos que constituían el meollo de su empresa, la forma conducente de su viaje desde el norte del país a la Ciudad de México, en víspera de la convención antirreeleccionista, denotaban cuánto se acrecentaba en él un caudillo de responsabilidad política.

Había una responsabilidad más producida por los viajes de Madero: la responsabilidad popular. Nació en México, al efecto, el espíritu público; la gente empezaba a pensar; el individuo a crecer. Hablábese ahora de idealismo e idealistas; también del sufragio universal como cosa dable al pueblo de México. Las palabras y decisiones de Madero fueron, a partir de esos días, las palabras y decisiones de muchos mexicanos; y las dudas de que el país concurriera a un cambio de cosas políticas, empezaron a desvanecerse. El valimiento de la autoridad porfirista sufrió un decrecimiento. El temor al jefe político se convirtió en burla; las amenazas del fusil del Ejército Federal se hizo idea general de violencia. La República no estaba en guerra, pero negros eran los presentimientos nacionales, principalmente en las regiones costaneras y en el norte del país, donde las prédicas subversivas de Flores Magón, seguían aconsejando el uso de la dinamita contra los cuarteles de las fuerzas del gobierno.

Con tales antecedentes Madero es ahora candidato a la Presidencia de la República; y se dispone a contender democráticamente con el general Porfirio Díaz. La semejanza entre Díaz y Madero no

tiene medición. Los dos poseían un clarísimo talento; pero si el presidente lo empleaba reflexiva, prudente y autoritariamente, el candidato lo derrochaba en osadías y genialidades. Madero, por otra parte, no era más que una hoja de la historia; Díaz, la historia misma. La historia de don Porfirio era de medio siglo y se adelantaba para dejar las bases históricas del futuro político de México; ahora que Madero con la magia de sus atrevimientos, de sus ilusiones y de sus empresas iba a llenar una centuria nacional.

En un solo ángulo de las cosas concordaban Madero y Díaz: en el patriotismo; en el elevado deseo de llenar de glorias y prosperidades a México. Para esto, el primero ambicionaba la renovación de los sistemas y los hombres; el segundo, la conservación de los hombres y sistemas.

Madero, poco después de la Convención antirreeleccionista, anunció: "Me dirigiré al actual presidente de la República y candidato del Partido Reeleccionista para el mismo puesto... Le diré que por mi parte estoy dispuesto a acatar la voluntad nacional libremente expresada en los comicios; le haré ver, igualmente, cuán peligroso será llevar a otro terreno que no sea el de la democracia, la solución de la actual contienda política haciéndole comprender que el pueblo está resuelto a hacer respetar su soberanía y que será peligroso cualquier atentado contra él... y si el general Díaz, deseando burlar el voto popular, permite el fraude y quiere apoyar ese fraude con la fuerza... estoy convencido de que la fuerza será repelida con la fuerza". La idea revolucionaria de Madero era ya pública.

Frente a esa decidida lucha que emprendía Madero, el gobierno no halló otro camino a seguir que el de ir de las libertades comedidas al engaño reglamentado. Sin un procedimiento práctico ante el cuerpo que adquiriría el maderismo, la política electoral del régimen porfirista tuvo variaciones. Tampoco se observaron cambios en la conducta del partido oficialista a pesar de tener a la vista un candidato amenazante por la popularidad que ganaba.

Tan desdeñosa era la actitud del régimen hacia Madero, que el gobierno no advertía el desarrollo de una mentalidad nacional favorable a un movimiento armado del maderismo ni pretendía inquirir cuáles eran las verdaderas cualidades personales de Madero; pero ni siquiera intuía que un hombre que dejaba su alta posición social para acaudillar al pueblo, no era un hombre vulgar.

#### EL LEVANTAMIENTO EN VALLADOLID

El gobierno tenía encargado el orden en las haciendas, aldeas y pueblos de la República a los cuerpos rurales, organización militar con apariencia de policía; y como la acción de los rurales unida a la que realizaban los jefes y prefectos políticos había producido en la nación una casi inalterable tranquilidad a través de los 30 años, el gobierno central daba por cierta la eficacia de la autoridad armada ejercida sobre poblados y caminos, sin advertir, puesto que los rurales solamente observaban y perseguían los signos superficiales de la paz, que existían males en el campo que se desarrollaban silenciosamente y por lo mismo no exteriorizaban las amenazas para lo futuro.

Entre los procedimientos primitivos que empleaban los rurales y la autoridad implacable que ejercían los jefes políticos, no pocas eran las angustias que padecían los pequeños centros de población en el interior y costas de la República, de manera que mientras de una parte nacía dentro del mundo rústico el deseo de su progreso, de otra parte se acrecentaba el enojo hacia el gobierno nacional por el desdén con que éste consideraba los problemas de la vida local. Y este localismo, que nunca tuvo adalides ni palabras adecuadas para expresarse y manifestarse, sintió un gran estímulo con las ideas de libertad —entendidas éstas como contradictorias al imperio del centro— pregonadas por Madero.

Parecía —y en el fondo sustancial era lo cierto— como si aquel principio político del maderismo, que establecía la renovación de hombres y sistemas, hubiese sido la interpretación precisa de los

anhelos del lugareño. Por esto, si en las ciudades la voz de Madero conducía a los hombres a numerosos y elevados ensueños que llamaban ideales, para la población rústica, tal voz era una excitación a la lucha de exterminio de la policía rural y de las jefaturas políticas.

En la realidad, para aquella gente que nunca tenía las satisfacciones que proporcionan la laboriosidad y el apaciguamiento, más que la caída del general Porfirio Díaz, su ambición consistía en incorporarse en todas las formas que mandaban las libertades constitucionales, al cuerpo de la nación. Bastó así a la población rural de México, un solo vocablo —el vocablo *libertad*—, para sentirse y verse arrastrada a donde tanpreciado don natural y humano era prometido. No había llegado todavía a la colectividad del campo, tan ingenua como afectiva, ninguno de los apetitos que generalmente despiertan los movimientos políticos; sobre todo cuando éstos ofrecen novedades, y la novedad de los días que estudiamos era el antirreeleccionismo, que equivalía a decir antiporfirismo.

Ajenos así a cuanto de intereses y conveniencias pudieran significar los partidos políticos, vivían los habitantes de Valladolid, pueblo del estado de Yucatán, cuando llegó a Mérida Francisco I. Madero; y si con anterioridad a las actividades de Madero, los vallisoletanos habían simpatizado con la causa política local representada por Delio Moreno Cantón, y por lo mismo correspondieron a las actividades del Centro Libertario que Tomás Pérez Ponce dirigía en el estado, y siguieron con simpatía los trabajos que en favor de la democracia llevaba a cabo el periodista Carlos R. Menéndez, lo cierto es que los propósitos ya formales del antirreeleccionismo, debieron proporcionar a los vallisoletanos la confianza que se requiere para las empresas en las cuales se arriesga la vida.

Mas no era eso todo lo que se necesitaba en Valladolid, para dar corporeidad y vigor a un movimiento popular, ora pacífico, ora violento. Necesitábase también un adalid; y éste fue Maximiliano R. Bonilla, quien reunido que hubo un grupo de hombres resuelto a



exigir las libertades políticas locales, por ser numerosos los atropellos que cometía la autoridad civil, se dedicó a la conspiración.

El propósito primero de los conspiradores era derrocar al gobernador de Yucatán, Enrique Muñoz Arístegui, y al efecto, todo fue guiado por los partidarios de Bonilla a tal fin; pero sin llegar al término señalado para iniciar la revuelta, un acontecimiento fortuito motivado por el carácter violento y autoritario del jefe político, Luis Felipe de Regil, les obligó a anticipar el acontecimiento, sin la completa organización y orden debidos al caso. Además, sin poseer las armas necesarias para la aventura.

Esto no obstante, a la madrugada del 4 de junio (1910), los descontentos se apoderaron súbita y fácilmente de Valladolid; pero como todo lo realizaron sin concierto ni previsión, y ya dueños de la plaza no sabían qué hacer, dieron tiempo para que las autoridades de Mérida, primero; el gobierno federal, después, movilizaran violentamente 600 soldados a las órdenes del coronel Gonzalo Luque.

Este no tuvo que hacer muchos esfuerzos para recuperar la plaza. El día 9 (junio) dispuso el ataque a Valladolid, pero los insurrectos, careciendo de armas y municiones, ofrecieron tan débil resistencia que los soldados de Luque entraron y tomaron la población, haciendo numerosos prisioneros, y entre éstos a los jefes del movimiento.

Fueron tales Maximiliano R. Bonilla, Milano Albertos y José Kantún, a quienes, en un consejo de guerra se les condenó a muerte. El fusilamiento se efectuó el 24 de junio (1910) en el patio del abandonado templo de San Roque.

#### LA APREHENSIÓN DE MADERO

El episodio revolucionario de Valladolid produjo honda preocupación al régimen porfirista, que tanta seguridad y confianza había externado siempre respecto a su fortaleza autoritaria y a la paz en la

República. Tanta así fue la preocupación, que lo visto desdeñosamente, empezó a considerarlo como una amenaza, si no a la base del régimen, sí al orden nacional.

Mayor fue la preocupación oficial al tener noticias de que la campaña cívica y electoral que Madero llevaba a cabo como candidato presidencial, cobraba importancia e ímpetus; y tratando de impedir nuevos progresos del maderismo, el ministro de Gobernación mandó que el candidato fuese acusado por incitaciones a la violencia y por lo mismo, aprehendido. Al caso, el gobierno esperó a que Madero llegase a Monterrey.

En San Luis Potosí, Madero había dicho (4 de junio); “y que lo entiendan bien nuestros opresores; ahora el pueblo mexicano está dispuesto hasta morir por defender sus derechos; y no es que piense incendiar el territorio patrio con una revolución; es que no le arredra el sacrificio”. Y estas palabras serían el pie para la acusación del gobierno.

Así, al llegar el candidato antirreeleccionista a Monterrey, ya todo estaba dispuesto para hacerlo preso; y como Madero pareció advertir los propósitos oficiales, exigió a sus partidarios que le aclamaban, obrar con prudencia. Con esto, sin embargo, sólo detuvo momentáneamente los propósitos de las autoridades de Monterrey que tenían muy precisas instrucciones del centro.

Dispuesto, pues, el teatro oficial para aprehender a Madero, las autoridades locales esperan la hora para cumplir las órdenes; y tal hora llegó cuando el candidato, la noche del 7 de junio, subió a un vagón dormitorio en la estación del ferrocarril en Monterrey, para viajar a San Pedro. Al efecto, un oficial de la policía, seguido de gente armada se acercó a Madero y le pidió que se diese por preso, a lo cual éste repuso que sólo se entregaría si un juez daba la orden de aprehensión por escrito.

Con esto, ¡iqué de apuros para la policía! Aquella autoridad tan expedita y eficiente durante 30 años, no sabía ahora qué hacer. El

propio gobernador del estado, general José María Mier, ante lo inesperado, tampoco se atrevía a tornar una resolución. Tenía a la vista un telegrama cifrado del vicepresidente de la República, en el que éste le comunicaba, no sin alarma, lo ocurrido en Valladolid, lo que decidió al gobernador a reiterar la orden de aprehensión. Madero, pues fue conducido a la penitenciaría del estado, desde donde, días más tarde, escribió (15 de junio) al general Díaz: “está [La nación] cansada del continuismo, y desea un cambio de gobierno ... No obstante la desigualdad de la lucha ... nosotros aceptamos y deseamos la lucha en los comicios ... [Pero] si desgraciadamente se trastorna la paz, será usted el único responsable ante la nación, ante el mundo civilizado y ante la historia”.

Tales palabras serían estériles. El gobierno había tornado una resolución; y ésta era irrevocable. Para hacerla más detenidamente, mandó que el candidato fuese trasladado a la penitenciaría de San Luis Potosí, puesto que allí, en esa ciudad, había dicho el primer discurso ofensivo a la paz.

El gobierno porfirista estaba dispuesto, después de los sucesos de Valladolid y de la aprehensión de Madero, a apagar, a un soplo de su poderosa autoridad, todo el fuego sedicioso que pudiera existir en la República; fuego que si en junio de 1910 sólo era yesca, ésta no dejaba de ser materia pronta a abrasar ánimos y cuerpos.

La brújula oficial, que siempre pareciera bien imantada, había perdido el norte magnético en virtud de los desequilibrios fortuitos. La gente que dirigía el régimen empezó a andar errante y los métodos del orden civilizado quedaron excluidos de la vida política del país. La paz quedó sustituida por la alarma; la alarma por la violencia.

Esta perturbación angustiosa de los ánimos oficiales se acrecentó en los pueblos donde, ciertamente, las amenazas de la gente eran mayores. De aquí, que las autoridades pueblerinas comenzaran a buscar y fichar a enemigos y supuestos enemigos del gobierno.



Gabriel Leyva Solano, principal impulsor de la causa maderista en Sinaloa

En Sinaloa, conocidas las actividades maderistas que llevaba a cabo Gabriel Leyva, quien, en efecto, calladamente tenía resuelto empuñar las armas en favor de las libertades públicas, mandó el gobernador que tal líder fuese aprehendido. Así se hizo, y Leyva fue llevado a la cárcel de la villa de Sinaloa; pero después, con un pretexto, le sacaron de la prisión; le condujeron por el camino de la celaduría de Cabrera de Inzunza, y en un alto mandado por el jefe de la escolta, Leyva fue fusilado. Esto aconteció el 13 de junio de 1910.

Motivos había, pues, para considerar que el régimen porfirista tenía perdido el brazo de la normalidad nacional.

PORFIRIO DÍAZ, OCTOGENARIO

Fueron tantos los preparativos y ambiciones oficiales para celebrar el primer Centenario de la Independencia mexicana, que pareció como si el 16 de septiembre de 1910, estuviese llamado a orlar, para siempre, el retrato de un México que se creía castillo imponderable de una paz eterna, faro altísimo de un progreso excepcional y suelo maravilloso de un bienestar imperecedero.

Lo que aquel autócrata invencible y admirado que era Porfirio Díaz había hecho a su voluntad y capricho, pero siempre en los más altos vuelos del pacifismo patriótico, tuvo magnificencia con los festejos septembrinos.

Llevaba don Porfirio, con cierto aire de majestad, la edad de 80 años; y aunque sin las facultades que, ya en la milicia, ya en la política, poseyera hacia los días de la instauración de su régimen de mando y gobierno, como sabía ocultar sus decaimientos físicos, todavía daba la idea del hombre que tenía atado el porvenir a su persona. Con todo esto, su círculo político, su leal e invencible círculo político, continuaba inalterable en su forma y fondo, y por lo mismo, el poeta podía cantar al presidente.



Etiquetas para la industria cervecera, 1909

¡Porfirio Díaz! Heroico caudillo del oriente que fuiste, en otros tiempos, el rayo de la guerra, y hoy de la patria enciendes la aurora refulgente, jamás ha de olvidarte la mexicana tierra y orgullo de la patria serás eternamente.

Para dar brillo a aquel teatro que era el régimen porfirista no bastaba la gallarda figura de don Porfirio. Tal teatro requería los puestos destinados al ingenio, al disimulo y a la maña. A ese fin, estaba, ciertamente, el enjambre político; pero como éste no pareció suficiente a la representación mayúscula que preparó el gobierno para el mes de septiembre de 1910, vino al punto el proyecto de hacer saber al mundo que el apellido de *Científico*, que se daba al partido del general Díaz, estaba acorde al desarrollo que en México habían alcanzado los instrumentos objetivos de la ciencia; y en competencia, más de compromiso que de realidad, el personal específico empezó un camino bien amargo; porque ¡qué de esfuerzos y de buena

voluntad denotan los trabajos escritos y publicados en tales días acerca de arqueología y astronomía, arte popular y geografía, ingeniería y salubridad, meteorología y química!

Todos estos estudios resultaron tan superficiales y rutinarios, que sólo podían corresponder a la ciencia de la repetición y al hábito de la oficina. Podrá exceptuarse de tal clasificación un opúsculo sobre la Plasmogenia, una “ciencia nueva” que creyó descubrir con ingenuidad sublime el profesor Alfonso L. Herrera, y quien, al efecto, escribió: “la Plasmogenia representa la ciencia libre, experimental; el estudio del protoplasma, su origen y su vida, que será el objeto supremo de todas las ciencias”.

Tanto adorno luminoso quiso poner el régimen porfirista a las letras y ciencias de México en el año que precedió a la caída del general Díaz, que en vez de acrecentar los valores nacionales, éstos adquirirían el tinte de lo pueblerino; y más pueblerina aparecía aquella improvisada cultura —ahora reflejada en una pieza universitaria— cuando el ministro de Instrucción Pública Justo Sierra dijo un inconexo discurso al través del cual llamó en auxilio de la “democracia en formación” a Abraham Lincoln y Karl Marx, a Benito Juárez y León XIII, a William Gladstone y José Garibaldi, para luego a manera de elegancia literaria declamar:

¡Oh Celeste beauté

Blanche filie du ciel, flambeau d’etemité!

A la vera de Justo Sierra había un grupo que, con arrestos intelectuales exornaba o trataba de exornar al régimen porfirista. Faltaban a los miembros de tal grupo, ideas propias. Así y todo, la tertulia en la que figuraban Jorge Vera Estañol y Federico Gamboa, Victoria-no Salado Álvarez y Carlos Pereyra, Ezequiel A. Chávez y Emilio Rabasa, Luis G. Urbina y Carlos Díaz Duffoo, tenía fama y parecía ser la parcialidad llamada a gobernar al país en un futuro no lejano.





José Vasconcelos, miembro del Ateneo de la Juventud Mexicana o Ateneo de México, 1909

Aunque apartados del régimen porfirista, representaban la nueva vida literaria de México los jóvenes del círculo llamado Ateneo en el cual sobresalían Alfonso Reyes y Antonio Caso, José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán.

Esta juventud y aquellos consagrados, eran suficientes para servir, en nombre de las letras nacionales, al gran aparato del régimen porfirista, puesto que la ciencia y literatura oficiales, a pesar de ser pobres, de todas maneras colocaban al porfirismo dentro de un escenario imponente.

## Capítulo III

---

# El mundo

### LA POBLACIÓN NACIONAL

Hacia los días que advierten la cercanía de la caída del régimen porfirista, México tiene 14,770 habitantes, de los cuales, 5'400,000 están catalogados como "improductivos" y 4'673,000 corresponden a personas dedicadas a las labores domésticas.

Los peones de hacienda suman 3'570,000, en tanto las industrias manufactureras, los talleres menores, las artesanías, el trabajo a domicilio y los "oficios varios" dan trabajo a 723 mil individuos.

Hay en la República 275 mil comerciantes y 95 mil hombres dedicados a la minería y anexos; y como escasean los brazos para las faenas agrícolas, el sistema de enganche o el endoso o traspaso de delincuentes entregados por las cárceles a las fincas de campo, es considerado como normal.

Las grandes masas de la población nacional ignoran lo que acontece más allá de sus habitaciones ordinarias. La prensa periódica representa una débil corriente de la opinión que se externa y de la opinión que se escucha.

De los instrumentos de cultura, el libro es una elegancia de la ciudad, puesto que se le ignora en la vida rural. La escuela, aunque en progreso más particular que oficial, es una esperanza generalmente idealizada. El debate público, no obstante estar dentro de las normas constitucionales, se halla proscrito del país.

Pocos son los escritores esenciales, y muy contados los populares. Débase esto, a la reducida circulación que tiene el libro y al hecho de que no existen opiniones políticas ni literarias. Las crónicas históricas, ante tales faltas, constituyen un desahogo para la clase media ilustrada. La gente se conforma con el goce que proporcionan los errores del pasado, que suelen ser los errores de lo futuro.

No hay en la República, hacia los días que recorreremos, ideas sociales fundamentalmente consideradas y manifestadas. Las ideas sociales —y las llaman así no tanto por lidiar con los problemas de la sociedad, cuanto por ser representaciones del socialismo— corresponden generalmente al andamiaje político de los próceres del porfirismo. Hablar, pues, de doctrinas sociales o citar a los teóricos del socialismo europeo era un lujo en tales días.

Tampoco existe en el México de 1910, no obstante los 30 años de régimen porfirista, un ideario político que haga juego o dé base de principios a aquel alto oficio de mando y gobierno que se ejerce en el país. Esto no obstante, México posee un verdadero carácter antropológico. Quizás a lo mismo se deba la fuerza que, intuitivamente, adquiere el principio de nacionalidad. De tal principio sólo hay expositores modestos; modestos, debido principalmente a las pocas palabras adecuadas que usan para expresar la solidez, o compensación, o efectividad de la idea nacional.

Para conocer esos días que precedieron a la Revolución, más que buscar y perseguir a los ideólogos, hay que penetrar en la mentalidad popular que, como se verá en el desarrollo de los acontecimientos, sólo esperaba el encendido de las voluntades para dar raíz, tronco, brazos y fronda a un sinnúmero de sujetos e ideas, que más se caracterizaron en heroicos e inconfundibles grupos personales que en aparatosas y por lo mismo engañosas parcialidades políticas. En esto, precisamente en esto, hallarán las singularidades que ofrecen los sucesos políticos y guerreros de 1910: singularidades muy

desemejantes al panorama que, con mucha y grandiosa elocuencia, prometían otros países.

#### VISTA HACIA EL EXTERIOR

Si no a una transformación del individuo y de la sociedad —transformación que equivaldría a una burla de las leyes naturales—, sí a una concepción de optimismo humano, ha llegado el mundo al entrar el siglo xx.

Signo inequívoco que de la elevada estatura racional de las cosas ha adquirido el universo del pensamiento, no obstante que en sus excesivas afirmaciones producirá uno de los más violentos encuentros entre hombres y naciones, es el desarrollo que en Europa y Estados Unidos ha alcanzado la idea de la constitucionalidad. Y ésta, como se concibe y practica en Inglaterra, no sólo es jurídica y política. Comprende también a la legislación armónica de todas las partes de la sociedad y nacionalidad. Por lo mismo, las leyes y ordenanzas inglesas, llegan, o cuando menos tratan de llegar, a la unanimidad de los filamentos sociales.

Es por todo esto, que las naciones quieren huir de las violencias internas; y los hombres que piensan, adelantándose, como notables previsores a acontecimientos que pueden ser funestos para la humanidad, pretenden la existencia de una paz de entendimiento racional.

Colateral a la constitucionalidad que asoma a todos los rincones de Europa, es el desenvolvimiento que adquieren los nuevos partidos y agrupamientos políticos orientados con ideas sociales; pues, al efecto, logran una portentosa penetración entre las muchedumbres, cuyos adalides creen posible extraer de ellas numerosas y capaces individualidades.

Hay una verdadera internacional de partidos socialistas. En Inglaterra, el Laborista ha ganado 53 bancas en el parlamento. Jean Jaurés, con su Partido Socialista francés, obtiene un millón de votos

hacia los días en que Madero inicia los trabajos de organización del Partido Antirreeleccionista. En España, el Partido Socialista acaudillado por Pablo Iglesias penetra a las cortes, en tanto los social demócratas alemanes se acercan a los triunfos políticos y electorales.

Por otro lado, el movimiento obrero es cuerpo amenazante para la tranquilidad patronal europea; también para los gobiernos. La idea de que la huelga general es el instrumento más eficaz para obtener una legislación favorable a la clase trabajadora, o para evitar la guerra, o a fin de llevar al poder a los partidos socialistas y obreros, tiene mucho arraigo y partidarios en Francia, Italia y Bélgica; ahora que el sindicalismo independiente, apoyado, dirigido e idealizado por los anarquistas, posee características propias y amenazantes para el Estado en España. De este sindicalismo vigoroso y desafiante hay fuertes ramas en el continente americano; ramas que no sólo dan sombra e inspiración al movimiento obrero de esta parte del mundo, sino que también, como acontece en México influyen sobre los agrupamientos políticos liberales, principalmente después del fusilamiento (octubre de 1909) en Barcelona de Francisco Ferrer Guardia, librepensador, educador y revolucionario español; suceso que en el país elevó los valores del liberalismo y por lo mismo alentó para fustigar a las dictaduras.

Pero no es todo eso lo único que ocurre en el orbe. En Estados Unidos hay un mundo empresario, dueño de tantas y osadas aventuras que a veces es amenazante, no sólo para los pueblos de la tierra, antes también para su propio país; pues parece dispuesto a abrazarlo todo con supremos egoísmo, monopolio y usura, como si desconociera la vida y el derecho del débil a fin de pretender, de esa manera, ser útil únicamente a los intereses del fuerte.

Las empresas del acero, de los ferrocarriles, de la química, del petróleo, de los minerales; y los hombres de la especulación bursátil, de los bancos, de las compañías de seguros, todos esos portentosos instrumentos de la que llaman era industrial, llevan a cabo las

luchas mercantiles e industriales y bancarias, más prácticas imperiales que antes haya ideado el individuo.

Hay con esto, en Estados Unidos, una potencia más allá de los millones y de los *trusts* y de los dólares. Trátase de una potencia dentro de la cual se conjugan las dos mayores fuentes de la conciencia humana: la ambición y la imaginación.

Pues bien: a esa potencia, que suele presentarse magnífica, maravillosa e irrefragable, se han entregado los norteamericanos, con el anhelo de obtener todas las victorias supremas que al hombre le sea dable proyectar; y con todo esto, el poder de los poderes, que no es el ciudadano sencillo y probo, sino el empresario singularmente osado, burla las leyes de Sherman contra los monopolios y la de Elkin con la que se ha pretendido proteger al comercio libre. Ruedan también, ante el avance de esos empresarios audaces e inescrupulosos, las medidas de equilibrio financiero pretendidas por Pierpont Morgan.

Y mientras tal ocurre en torno al poder de los poderes, en el mundo académico norteamericano, William Jennings Bryan, es el defensor de la paz, del platismo, del entendimiento social; y lucha también para anular las leyes de California que prohíben a los extranjeros la adquisición de bienes raíces y mandan la expulsión de los japoneses.

Al ritmo de aquel brillante orador que era Bryan, el profesor Woodrow Wilson no sólo realiza la primera parte de su idea de alta constitucionalidad, sino que quiere dar ser y acción a una nueva forma política democrática para el Poder Legislativo de la Unión norteamericana. Wilson pretende, si se hace una suma de sus ideales, humanizar la política doméstica de Estados Unidos.

Tanto o más interesante que esos mundos académico e industrial, pero de todas maneras al igual de decisivos que éstos en la vida norteamericana, es el mundo popular.

Ocho millones de individuos llegados a Estados Unidos de todas las naciones de la Tierra, durante la primera década del siglo xx,



han conmovido los cimientos de aquel pueblo septentrional; de aquel pueblo, que al final de la centuria XIX, parecía marchar, como resultado de sus riquezas primeras, al absolutismo político y económico.

Mas no sería así. Los inmigrantes desembarcaron en suelo norteamericano no solamente nuevas personas, sino también nuevas ideas, y a semejanza de los primitivos pobladores europeos establecidos en las colonias del norte, los inmigrantes no sólo buscaban bienestar económico, sino también libertades. Así, con lo uno y lo otro, influyen para el cambio del panorama interior y exterior del conquistador adusto, turbulento e intolerante que fue el norteamericano de la centuria anterior; y como Estados Unidos se halla en la metamorfosis de la edad rural a la edad industrial, puede decirse que en la década que estudiamos se está produciendo una nueva mentalidad en el pueblo de tal nación.

Con esa proyección de nueva vida, muchos vuelos, aunque momentáneos, adquiere el desarrollo del Socialismo y de las organizaciones específicas de la clase trabajadora. La American Federation of Labor, tiene 2 millones de socios, y los Industrial Workers of the World agrupan, en grandes masas, a los obreros radicales.

Tanto es el influjo de los socialistas en Estados Unidos que, mientras Daniel de León gana fama como el teorizante más atrevido del socialismo, Eugene Debs no sólo es caudillo, sino asimismo, candidato presidencial del Partido Socialista norteamericano en la campaña electoral de 1908.

Todo ese mundo popular que vive y crece en Estados Unidos, no se basta con pretender liberalizar a tal país. Lleva sus miras, aunque idealizadas, más allá de las fronteras de su patria, y en consecuencia, apostrofa a los gobernantes extranjeros que, como el general Porfirio Díaz, han anonadado las libertades públicas y se han apartado de la constitucionalidad; porque, para ese sentir norteamericano en el que tanto han influido los inmigrantes y los socialistas, en Estados

Unidos hay un “nuevo amanecer”; quizás un “nuevo mundo”, que únicamente, puede tener y dar una luz: la luz de la libertad.

Dentro de ese estremecimiento popular norteamericano, en el que van aparejadas las ideas lo mismo de Karl Marx que de Henry George; de Carlos Kautsky hacia todo lo que en México sea o pueda ser antiporfirista; pues para esa gente, el nombre del general Porfirio Díaz sólo es comparable, en el seno de la maldad que se atribuye al gobernante, al del zar Nicolás II.

#### LAS IDEAS UNIVERSALES

¡Qué de doctrinas; qué de enseñanzas; qué de advertencias se hallan al través del primer decenio de nuestro siglo!

Las naciones parecen envueltas en el manto estelar del optimismo. Los hombres creen haber alcanzado las supremacías de todos los fenómenos. Por esto, tal vez, se habla con desenvoltura —y como si se tratara de un divertimento— de la guerra. ¿Qué es la guerra para la mentalidad europea de 1910, sino uno de los tantos y tantos juegos de la pirotécnica humana y política?

El periodista Norman Ángel, en buenas letras, contestando a esa misma y grave cuestión, advirtiendo sentenciosamente los horrores que sufriría la humanidad con una conflagración, señala, en cambio, los bienes de la paz; de una paz hermosa y esplendente.

Sin embargo, la gente de Europa que sólo habla de optimismo, de juventud, de lucha, de honras y honores no se detiene para escuchar las nobles, aunque ingenuas palabras de Ángel. Tampoco atiende las de la Iglesia y sociedades científicas contra las violencias. El hombre y las sociedades cuanto más trabajan y adelantan, más se acercan al siglo guerrero, y la paz es un ideal que todo el mundo quisiera, pero que nadie práctica. Por esto, Europa, en lo más profundo de su ser no calcula los males que en vidas e intereses, en

almas y doctrinas pueda causar una guerra, de la que huye durante una hora, pero a la cual se acerca otras 23. Los europeos, en el fondo, quieren experimentar la sensación de los inventos bélicos: los *dread-nought*, los submarinos, las ametralladoras, los aviones, los Bertha. La emoción, pues, de una *grande guerra*, invade, los espíritus de las naciones que proclaman los adelantos de la civilización.

Pero el europeo no sólo desea probar en aquel mundo de fantasía y ambición, los efectos de sus instrumentos bélicos. El hombre que a los comienzos del siglo se llama *civilizado*, en los desvaríos a los cuales conduce la imaginación febricitante, cree tanto en sus poderes que le parece fácil vencer todos los dolores físicos que aquejan a los seres humanos. Para esto, ¿no con los rayos Roentgen, el médico podrá penetrar a todos los secretos del cuerpo humano? Después, los progresos en las investigaciones iniciadas por Pasteur y Koch; más adelante los trabajos de los Curie, de Mason y el nuevo campo que ofrece la cirugía, hacen creer a aquellos europeos llenos con la vanidad, que el hombre, al fin, ha triunfado sobre la naturaleza.

La palabra *ciencia* es la voz suprema de una supuesta salvación universal. Marconi ha comenzado una era en las comunicaciones. Albert Einstein pretende una revolución de conceptos fisico-matemáticos. Ernesto Haeckel afirma que la doctrina de la evolución significa evolución de la filosofía, de la religión, de las artes de la política; y reflejo de esa época es también Henri Bergson llevando el espiritualismo, en medio de presiones luminosas y atrevidas, al sentido de la popularidad.

Acompasados en el movimiento de las ideas marchaban Guillermo Wundt, con sus estudios sobre psicología experimental, y Sigmundo Freud, quien conmovía a Europa y al Congreso Internacional de Psicoanálisis, con su obra casi científica.

Y, ¿no entre todo aquello, que parecía el procinto de los estados populares, brillaba la luz de un individualismo magnífico idealiza-

do en Federico Nietzsche, y de un socialismo aristocratizado por León Tolstoi? Y, en seguida, ¿no en Italia nació un nacionalismo liberal y democrático, connatural a la soberanía adoctrinada en el viejo jacobinismo?

Los hombres de esos días que recorreremos, consideraban que si el individuo era libre —y el individuo quería ser libre— libre también debería ser la nación; y si el individuo tenía derecho a sus creencias, la patria se desarrollaría a su semejanza. Quizás, dentro de esos pensamientos políticos de tal época, que a veces —aunque más tarde— se experimentarán en México, aunque no con tanta claridad y profundidad, por ser nuestro pueblo tan rural; quizás, se dice, dentro de esos pensamientos se siente la idea de la nacionalidad humanitaria de Mazzini.

Junto a esa universalidad de las ideas, documentalmente se asoma la internacionalización de los precios. El industrialismo clasifica en esos días que remiramos, como primeras materias, al algodón, al henequén, a las maderas preciosas, de hierro y hulla crecen vertiginosas en Europa y Estados Unidos; y se otorga la categoría de elementos superiores para la riqueza de las naciones al acero y al cemento.

#### LOS PAÍSES DE HABLA ESPAÑOLA

Existe un conjunto humano constituido por las repúblicas americanas de habla lusoespañola, que si no produce alta ciencia ni corresponde a la edad de la riqueza física y de la inventiva; del acero y del cemento, sí es espíritu de la naturaleza. Pues bien: en tal conjunto —y llámanlo unos, por craso engaño, *iberoamericano*; otros le dicen, por rivalidad internacional, *latinoamericano*— se ensayan los principios democráticos, no siempre con fortuna, y esto no por otra cosa, sino debido a que tales pueblos son eminentemente rurales.

Sin embargo, en Uruguay, José Batlle Ordóñez presenta un singular programa de reformas políticas y sociales: jornada de ocho horas, seguro social, intervención estatal en los monopolios, divorcio, gobierno colectivo; y en Argentina se lleva a cabo una gran experiencia sobre el sufragio universal y el voto secreto.

Chile vive, políticamente, los días de la tolerancia de partidos y de los presidentes nominales, mientras en Perú, aunque con mucha moderación, Augusto B. Leguía considera la condición de las clases rurales, y censura a los poderosos terratenientes dueños del poder público.

Las repúblicas de Colombia y Venezuela caminan en medio de numerosas penalidades, causadas a aquélla por las rivalidades de liberales y conservadores; a ésta, por las zozobras que produce el gobierno personal de Cipriano Castro. Brasil, en cambio, ve florecer las esperanzas de un gobierno civil y de una democracia política y electoral con la candidatura del eminente jurista Ruy Barbosa.

Después de esa vista hacia los países sudamericanos, se observa una situación amarga y angustiosa en las repúblicas de centroamérica. Aquí, con la propensión a favorecer los intereses de Guatemala, se proyecta una asociación de dichas repúblicas; pero como tal unionismo tiene la característica de lo opresivo y no de lo voluntario, la república de El Salvador pide el apoyo moral y diplomático de México, para salvarse de una amenazante sojuzgación; y con esto, en la realidad, termina la empresa unionista; ahora que no por eso se salvan las naciones centroamericanas de hondos resentimientos.

Acrescentada la infidelidad de esa parte del continente, el gobierno guatemalteco, justo en defender su soberanía; pero escaso de razón haciendo responsable a México de sus desdichas o supuestas desdichas, no parecía tener otro designio que reunir vapores contra el gobierno mexicano, culpándole de violaciones a la neutralidad y de otros atentados menos importantes, mas siempre alarmistas y ajenos a la verdad.

Esa situación entre México y Guatemala hubo de ser más difícil como consecuencia del asesinato del general guatemalteco Lisandro Barillas, ocurrido en la capital mexicana; porque habiendo pedido el gobierno nacional al de Guatemala, la extradición del individuo a quien se creyó responsable de ese crimen de naturaleza política, y negada tal petición por las autoridades guatemaltecas, estuvo a punto de estallar un conflicto armado entre los dos países fronteros.

Todo esto, sin embargo, conducido cuidadosamente por el presidente Díaz, halló solución a la sombra de un buen entendimiento entre México, las repúblicas de América Central y Estados Unidos; ahora que el gobierno de la Casa Blanca parecía alentar a México hacia una política activa y determinante en los negocios centroamericanos, ya con el objeto de comprometer el crédito amistoso del gobierno mexicano, ya con el designio de llevar a México a una acción intervencionista.

México, por su lado, dejando a su parte la cautelosa diplomacia dirigida por don Porfirio, procedía con el espíritu que siempre anima a los países entregados a los gobiernos personales, puesto que en las relaciones con las repúblicas centroamericanas reinaba una vanidosa política que consistía en señalar las ventajas del pacifismo doméstico y de la gobernación de un hombre con las cualidades de mando poseídas por el general Díaz.

Examinados los negocios diplomáticos mexicanos durante los 10 primeros años del siglo actual, no es atrevido establecer que el régimen porfirista trató de servirse de un supuesto influjo en la política centroamericana, para dar mayor fortaleza y desarrollo a sus relaciones con Estados Unidos y obtener, de esta manera, más ventajas en los asuntos que tenía pendientes en Washington y que estaban empolvándose debido a la política de larga espera que, con maña y paciencia, seguía el gobierno norteamericano en sus relaciones con los pueblos continentales de habla española.

La cancillería mexicana a su vez, como si quisiera dejar al tiempo la extinción de la aristocracia política norteamericana que tantos males había causado al continente con sus ímpetus de dominación y conquistista, y atenta asimismo a la diplomacia de larga espera que llevaba el gobierno de Estados Unidos, seguía una línea de inquebrantable prudencia y de muchas aparentes condescendencias. Así, empezoando con el permiso otorgado por México, para que los barcos de guerra de Estados Unidos hicieran ejercicios, y maniobras dentro de la Bahía de Magdalena y establecieran una estación carbonífera en Pichilingue, y siguiendo con las reclamaciones mexicanas sobre la distribución equitativa de las aguas de los ríos Colorado y Bravo, todo lo presentaba al gobierno nacional de modo ordenado, y con la mira de llevar cada negocio a un feliz y digno final.

Y tan medidas y correspondidas superficialmente, de una y otra parte, eran aquellas relaciones mexicanoamericanas de la primera década de nuestro siglo, que la visita del secretario de Estado Elihu Root a México, primero; la conferencia de los presidentes Porfirio Díaz y William H. Taft, después fueron caracterizaciones de la existencia de momentos propicios para resolver todos los negocios pendientes entre ambos países.

De esta situación quiso obtener ventajas el gobierno de México y, al efecto, puso entre los asuntos a tratar con Estados Unidos, el concerniente a los derechos físicos sobre la zona del Chamizal —que si de naturaleza no podía pertenecer a otro país que no fuese México, por ocupación dependía de Estados Unidos— logrando, el embajador de México en Washington, Francisco León de la Barra, la firma de una convención conforme a la cual se sometía el derecho de uno y otro país sobre el Chamizal al arbitramento; y aunque esta convención estaba acompañada de no pocas dudas y peligros, y más que todo parecía ser un acontecimiento para iluminar el espíritu patriótico de México, la diplomacia del régimen porfirista, aunque sin lograr un fallo que pusiese al país en posesión de la zona en controversia,



ganó un puesto decoroso y, con lo mismo, el país lució como nación dispuesta a someter todas sus dificultades con el exterior a los sistemas del entendimiento pacífico.

#### DÍAZ Y EL PUEBLO DE ESTADOS UNIDOS

Aunque el régimen porfirista trata de hacer creer por todos los medios posibles, que sus sistemas de gobernación y administración son contemplados admirativamente en Europa y Estados Unidos y que sobre todo en este último país, hay una simpatía creciente por la figura del general Díaz, lo cierto es que eso no es así, ni en la esfera oficial de la Casa Blanca, ni dentro del alma popular norteamericana.

El presidente Taft, desde la conferencia con el presidente Díaz, no parece estar totalmente convencido de la solidez del régimen porfirista, y se propone observarlo con interés decoroso, y al efecto, nombra embajador en México a Henry Lane Wilson; pero como éste es muy agresivo y fanático de todo lo absoluto, si no destruye las buenas razones entre los dos pueblos vecinos, sí estimula a quienes combaten al régimen de 30 años.

A pesar de esa actitud del embajador, el gobierno del general Díaz se siente seguro y tranquilo, porque habiendo pedido al de Estados Unidos una mayor vigilancia fronteriza a fin de evitar los contrabandos de armas y municiones, y solicitado asimismo la cooperación norteamericana para perseguir a los conspiradores mexicanos en Texas, California y Arizona, a vuelta de las primeras gestiones diplomáticas sobre la materia, halló el firme y efectivo apoyo de la Casa Blanca.

Y, al efecto, las persecuciones dentro de territorio norteamericano, principalmente las enderezadas a los afiliados al Partido Liberal acaudillado por Ricardo Flores Magón, se desarrollaron violentamente, quebrándose con eso los principios del derecho de asilo que

el gobierno de Estados Unidos había otorgado a los liberales y revolucionarios mexicanos.

Ahora bien: de la opinión reservada que el gobierno de Washington tiene respecto al régimen porfirista, no es parte el pueblo de Estados Unidos. La voz general norteamericana habla con señalado desdén de una *dictadura porfirista* y del despotismo de don Porfirio. Un pueblo, remozado con la sangre de 8 millones de inmigrantes —aunque éstos hablaban rudimentariamente de la constitucionalidad y de las libertades públicas que eran temas divulgados por la prensa periódica europea— sólo puede ver con horror el sistema de gobierno personal, que no obstante todas sus tolerancias, más se acerca a los métodos autoritarios que a los principios de la razón humana. Así, mientras en Estados Unidos quedan atrás, o cuando menos están neutralizadas la política mercantil del dólar y la política aristocrática de los gobernantes y legisladores, el general Díaz y su régimen pierden el prestigio que dentro del pueblo norteamericano habían ganado con una era de paz que, para el vulgo de la república del norte, significó, hacia el final del siglo XIX, una prueba de la civilidad y progreso de México.

De esta suerte, si no se hallan signos de que el gobierno de Estados Unidos pretendiera hacer cambiar la vida política o económica de México y que por lo mismo desarrollara alguna función en tal sentido, en cambio abundan las pruebas evidenciales de que el gran mundo popular norteamericano, no sólo se mostraba adverso al gobierno de Díaz, sino que estaba dispuesto a favorecer todo aquello que sirviera para hacer cambiar la situación política mexicana.

La prensa periódica, ya liberal, ya socialista, de Estados Unidos; los adalides del movimiento obrero; las grandes asociaciones del libre pensamiento y los partidos progresistas, hablaban de México como de un país que debería ser emancipado de “la tiranía” o de “la dictadura”; porque —se preguntaban—, ¿cómo era posible, que al

lado de una nación democrática existiera la “esclavitud del peón”, descrita y divulgada en letras emocionantes por John Kenneth Turner, o como era representada en violentas notas editoriales por el *Appeal to Reason*, de Eugene Debs? ¿Quién, pues, en Estados Unidos, no vería con simpatía toda tentativa para derrocar a un gobierno calificado de despótico? Los aires de la democracia y de la libertad soplaban con tanta fuerza, que el mundo civilizado estaba empeñado en que también llegaran a México.

No se correspondía dentro del suelo mexicano a aquella corriente popular del pueblo de Estados Unidos. El permiso sobre Bahía Magdalena y Pichilingue; los privilegios de que gozaba el inversionismo extranjero dentro del país; las barreras, aduanales establecidas por el gobierno de Washington a los productos mexicanos; la ostentación del poder técnico que hacían los empleados norteamericanos en los ferrocarriles de México; las discriminaciones de mexicanos palmarias en las habitaciones y alimentación que tenían establecidas las empresas mineras; los supuestos secretos diplomáticos de la reunión Díaz-Taft, y, por fin, el linchamiento del mexicano Antonio Rodríguez en Rock Springs, servían al objeto de apilar leña seca para la hoguera antiyanqui dentro de México.

La masa popular mexicana, a excepción de la norteña y de los jornaleros que iban y venían a la nación vecina, no correspondía a las sinceras y gratas inquietudes y deseos del pueblo de Estados Unidos. En cambio, bajo la inspiración de los medio ilustrados, grande era la admiración que se propagaba entre los mexicanos hacia Japón. Ignorábase qué era este país; cómo pensaban sus habitantes. Así y todo, el vulgo lo había idealizado. Creíale una primera potencia mundial, capaz de declarar la guerra a Estados Unidos, con la certeza de que los japoneses tendrían un triunfo pronto y fácil. No se consideraban las desemejanzas tan grandes de México y de tal país oriental, ni se medían las distancias, ni se advertía la falsa potencia industrial de Japón, ni se comprendía lo absurdo e

imposible de una alianza México-japonesa, que empezaba a contar con adeptos resueltos entre los medios ilustrados. Lo japonés, en efecto, había invadido los círculos literarios, y quién más, quién menos, soñaba en lo que llamaban japonerías, olvidándose que las noticias baratas acerca de tal nación eran el producto de una singular propaganda que inundó al mundo después de los sucesos de Puerto Arturo.

Lejos, incuestionablemente, de las realidades exteriores vivía el país en los días de septiembre de 1910, cuando, apenas concluidas las Fiestas del Centenario, empezaron a sentirse los verdaderos síntomas de una descomposición nacional.

La desobediencia a extramuros de la Ciudad de México, las rivalidades en el seno de la familia porfirista y la tenacidad del antirreeleccionismo eran pruebas palmarias de que la corona de encina que embellecía la testa del general Porfirio Díaz, ya no estaba sobre la macidez política que tuviera fama y valimiento al terminar el siglo XIX.

## La guerra

### LAS ELECCIONES DE 1910

No obstante el contento oficial durante las fiestas septembrinas de 1910, iqué de presagios, todos contrarios a la paz doméstica y a la posición del general Porfirio Díaz, traen los amaneceres de México!

Ignórase, puesto que no hay una competencia de partidos políticos, ni una oposición popular debidamente organizada, ni se tiene a Francisco I. Madero con aptitudes de caudillo, ni se ha empañado la autoridad porfirista, ni se ha oscurecido el brillo personal de don Porfirio; ignórase, se dice, cuál pueda ser el suceso de mañana, y esto, porque el conjunto de circunstancias, hechos e ideas, ya no tiene trabazón perfecta; trabazón que constituía el punto sustantivo del régimen porfirista.

Madero está preso en San Luis Potosí, acusado de incitar a la violencia y de ofender al presidente de la República; y entre tanto, se han efectuado (26 de junio, 1910) las elecciones nacionales.

Éstas, iqué de sorpresas para todos! El presidente, para medir la posibilidad de una democracia electoral, mandó que fuese construido un escenario abierto. Los partidarios del antirreeleccionismo al solo tintineo de la libertad acuden a los comicios. Ganan la mayoría de las casillas electorales en el Distrito Federal. No ejercitan ninguna violencia ni el gobierno comete atropellos. Los ciudadanos en santa paz e inoculta alegría están de pie en el concurso. El sufragio es libre. Unos votan al general Díaz; otros a Madero. Aquél

lleva en la cédula de votación a Ramón Corral como candidato vicepresidente.

Don Porfirio va personalmente a una casilla. Es la primera vez que se le ha visto en la fila de la responsabilidad democrática. ¿Habrá cambiado de rumbo? ¿Se acercan nuevos días para la patria mexicana? Los ciudadanos, ya porfiristas, ya partidarios de Madero, están perplejos; pero asimismo gozan de aquel inesperado concierto, que repara muchas faltas; que augura grandes bienes.

También, entre la multitud de votantes están el arzobispo de México y los clérigos. Es el día cumbre de la democracia. ¡El pueblo mexicano sí “está apto para votar”! El general Díaz, Limantour, Corral y los teóricos del Partido Científico han vivido en el error. ¿Cómo lo reconsiderarán?

Es tarde para retroceder. Las leyes del Estado, pueden ser mutables; las órdenes del gobierno, no se modifican, sino a riesgo de ser causa del derrumbamiento oficial.

Pudo don Porfirio percatarse de que la República podía tentar y practicar un nuevo vivir político. Logró verificar lo que había dicho a James Creelman, en 1908. Pero, ¿estaba en aptitud de inaugurar una temporada a la que él no correspondía? Un presidente no puede hacer todo lo que quiere; pero tiene la ventaja de esperar la coyuntura para tender los puentes que desee a fin de preparar la retirada.

Por de pronto, aunque con la seguridad de que el pueblo de México quería una renovación de sistemas políticos y que para iniciar esa renovación votaba a Madero, don Porfirio reaccionó, y sin pérdida de tiempo, la voz oficial declaró que el general Porfirio Díaz y Ramón Corral habían sido reelectos a la presidencia y vicepresidencia. Los votos al candidato antirreeleccionista Francisco I. Madero quedaron anulados, unos; contados en minoría, otros. Triunfante, pues, el oficialismo, el gobierno dio por terminado el periodo electoral y demandó al pueblo la vuelta al orden preciso e indiscu-



James Creelman, 1908



tible, a par de advertir el castigo que aplicaría a quien o quienes pretendiesen prolongar las inquietudes propias a las funciones eleccionarias.

Ante esto, los instructivos legales del Partido Antirreeleccionista para la competencia electoral y las pruebas documentales que el maderismo reunió con el propósito de probar el triunfo numérico de su candidato, resultaron inútiles. Los comicios no cambiaban de forma ni de fondo. El sufragio universal no interesó al gobierno. Era negativo, reiteróse, para un pueblo que no tenía la costumbre de votar; que no sabía votar a partido alguno, insistir en el sufragio. Las elecciones correspondían, debido a lo anterior, a una fórmula administrativa, meramente administrativa, que se hacía pública en lo que respecta a sus resultados, para darla todos los visos de la constitucionalidad.

A pesar de todo eso, con espera y laboriosidad inigualables, el licenciado Federico González Garza, en funciones de presidente del Partido Antirreeleccionista, juntó los documentos necesarios para probar, legalmente, que no hubo elecciones y mostrar que en dónde se efectuaron, la autoridad burló a quienes ejercían o trataban de ejercer el derecho del ciudadano.

Provisto ya González Garza de importantes documentos, dirigió un memorial a la junta preparatoria de la Cámara de Diputados, y pidió la nulidad de la elección presidencial y vicepresidencial; pero para un gobierno engreído con la idea de que después de 30 años de paz era imposible una nueva guerra civil, el memorial de González Garza no produjo preocupación.

Sin embargo, dejando a su parte las expresiones violentas del documento, era notorio que el presidente del antirreeleccionismo suscribía una prejustificación legal de una subversión antiporfirista; y, al efecto, en seguida de demostrar que no se habían efectuado las elecciones conforme a los preceptos de la ley, y que los procedimientos seguidos por el gobierno para hacer aparecer victoriosos a

# COMITE EJECUTIVO ELECTORAL

---

## A los Antirreeleccionistas de toda la -:- REPUBLICA -:-

---

Estamos recorriendo ya la última etapa de nuestra gloriosa campaña en pró del restablecimiento de nuestras veneradas instituciones; nuestros adversarios, impotentes para triunfar en el terreno de la legalidad, están extremando su política de persecuciones y privando de su libertad á numerosos partidarios y miembros conspicuos de nuestro gran Partido independiente.

Pero ¿puede ésto impedir que las elecciones se lleven á cabo en el próximo 26 de Junio actual? ¿La prisión de uno ó varios centenares de nuestros correligionarios puede ser óbice para que los millones de antirreeleccionistas restantes que con ardimiento han abrazado nuestra causa redentora, vayan a depositar sus votos en favor de las candidaturas populares?

El Comité Ejecutivo Electoral, en representación de los Partidos Antirreeleccionista y Nacionalista Democrático, en estos momentos solemnes, declara que el Partido está en pié y como nunca vigoroso; que no está ni puede estar acéfalo por el simple encarcelamiento de su heroico candidato el Señor Francisco I. Madero, á favor de quien deben sufragar sin vacilación todos nuestros electores, ni estará tampoco si las pasiones de nuestros enemigos privan de su libertad al integérrimo candidato á la Vicepresidencia de la República Dr. Don Francisco Vázquez Gómez y los miembros de este Comité.

Todos nuestros hermanos deberán continuar imperturbables sus pacíficas labores electorales en cumplimiento de un deber y en ejercicio de un derecho que nuestra Carta Magna prescribe. Si así lo hicieris, que la Nación os lo premie, y si no, os lo demande.

### SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCION.

El 2º Vocal en funciones de Presidente.

El Secretario.

**FEDERICO GONZALEZ GARZA. FORTINO B. SERRANO ORTIZ.**

**México 21 de Junio de 1910.**

Díaz y Corral estaban plagados de errores, vicios y prevaricaciones, González Garza estableció que ni el general Díaz ni Corral eran autoridades constitucionales. La constitucionalidad mexicana, de acuerdo con las probaciones del *líder* antirreeleccionista, estaba desaparecida, y los poderes públicos quedarían concluidos el 30 de noviembre (1910), esto es, al finalizar el presidenciado de don Porfirio.

Aparentemente, el memorial de Federico González Garza correspondía a una política idealizada y no a la realidad mexicana. Sin embargo, tal política sería un hecho práctico.

Madero, en seguida de obtener su libertad caucional y con lo mismo tener a la ciudad de San Luis por cárcel, empezó a llamar a sus amigos, partidarios y parientes, comunicándoles, con mucho secreto, su decisión de acaudillar un movimiento armado contra el general Porfirio Díaz.

Tomada tal decisión, Madero, sin medir los riesgos y venturas de su propósito, determinó comprometer sus bienes personales a par de que convenció a su hermano Gustavo, para que éste, unido a la causa antirreeleccionista y revolucionaria, procediera al remate de sus intereses y acudiera con su peculio a la compra de armas y demás pertrechos de guerra.

Así, para iniciar la empresa bélica, sólo faltaba que Madero se libertara a sí mismo huyendo de San Luis Potosí, a fin de establecerse en algún punto desde el cual estuviera en condiciones de dirigir los preparativos del levantamiento.

Sin embargo, como la vigilancia de las autoridades civiles de San Luis no cesaba, antes se acrecentaba, Madero resolvió hacer un escenario de engaño para poder burlarla, y con mucho valor, audacia y habilidad pudo huir (6 de octubre de 1910) de la ciudad que tenía por cárcel, abordar el ferrocarril y llegar, felizmente, a Nuevo Laredo.

Fuera del alcance de sus custodios, Madero cruzó con ligereza y gallardía el puente internacional de los Laredos y llegó a San Antonio (Texas), para establecer allí su cuartel general.

La ciudad texana, adonde previamente había citado a sus partidarios, era un entrar y salir de maderistas. Entre los principales, están Roque Estrada y Federico González Garza, Paulino Martínez y Aquiles Serdán, Juan Sánchez Azcona y Roque González Garza.

Los maderistas no preguntan qué se va a hacer, y sí cómo se va a hacer, puesto que no hay más guía que las órdenes de Madero ni más luz que se proyecte, si no es la de una guerra civil. Pero, ¿comprenden los mexicanos reunidos en San Antonio su responsabilidad por la sangre que se va a verter en los campos de batalla hacia los cuales llevan sus intenciones subversivas? ¿Está justificado el movimiento armado por el cual los padres abandonarán a sus hijos, o los hermanos pelearán en campos opuestos, o los hacendados dejarán de cultivar las tierras labrantías, o los políticos tendrán que huir ante el temor de las venganzas? ¿Recibirá la patria, al golpe de las convulsiones que la esperan, los beneficios vastos y considerados, de manera que la posteridad no maldiga la hora de aquellos impulsos?

Mucho había meditado Madero sobre lo que iba a suceder; pero, ¿no los males que afligían hondamente a la República estaban a la vista? ¿No él, Madero, anterior a su determinación revolucionaria, había tratado de evitar las violentaciones y propuesto al gobierno un entendimiento desinteresado y prudente, como el que Díaz continuara en la presidencia a cambio de hacer efectivo el sufragio universal?

A la sordera del régimen porfirista sólo había dos caminos a seguir: o aceptar la continuación de las pestes nacionales o vencer las repugnancias que siempre causan las guerras, y poner así a la República sobre el camino de la Constitución, de la voluntad popular y de la libertad.

La libertad: he aquí lo que quería del país. Así lo sentía Madero; así lo sentían todos. Por esta causa, por esta sola causa, las razones de la guerra quedaban bien probadas. La revolución sería, pues, la

aceptación y conformidad de lo justo. Y tal hizo público el caudillo de la proyectada insurrección en un documento, cuya esencia aspiró durante la prisión en San Luis Potosí, y cuyo contexto redactó, con el cuidado y celo que manda la obligación patriótica, en San Antonio. Ese documento fue el Plan de San Luis.

## EL PLAN DE SAN LUIS

Para dar a conocer el Plan, Madero invita a sus lugartenientes, con quienes anteriormente había discutido el asunto; y aunque al principio hay objeciones, luego todos lo aceptan.

En el documento, las ideas políticas parecen indeterminadas; mas esto no por falta de doctrina, sino porque el Plan es una determinación de guerra. Al efecto, después del llamamiento para que los mexicanos tomen las armas a las seis de la tarde del 20 de noviembre de 1910, a fin de “arrojar del poder a las autoridades” que gobernaban al país, el Plan pone en vigor las leyes que prohíben el uso de las balas expansivas y el fusilamiento de los prisioneros de guerra. En seguida manda que se investiguen y castiguen los abusos de las autoridades porfiristas; que para sustituir a éstas se organice un gobierno (presidido provisionalmente por Madero), de acuerdo con los preceptos constitucionales y, finalmente autoriza a los jefes revolucionarios para incautar los fondos de las oficinas públicas e imponer préstamos a los particulares destinando todo eso al desarrollo de la Revolución.

Dentro del Plan, hay un aparte que advierte el conocimiento que tiene Madero acerca de uno de los problemas capitales de México: el relacionado con la condición de la clase rural y de los medios para vivir, y de la necesidad de su progreso.

Mas, sobre todas las cosas, en el Plan, Madero busca la justificación legal y moral de la sublevación. “Desde que me lancé a la lucha (dice el caudillo) sabía muy bien que el general Díaz no acataría la

voluntad de la nación, y el noble pueblo mexicano, al seguirme a los comicios sabía perfectamente el ultraje que le esperaba; pero a pesar de ello, el pueblo dio para la causa de la libertad un numeroso contingente de mártires... y con, admirable estoicismo concurrió a las casillas a recibir toda clase de vejaciones... En tal virtud, y haciéndome eco de la voluntad nacional, declaro ilegales las pasadas elecciones y quedando por tal motivo la República sin gobernantes legítimos, asumo provisionalmente la Presidencia de la República, mientras el pueblo designa, conforme a la ley, sus gobernantes. Para lograr este objeto, es preciso arrojar del poder a las autoridades usurpadoras que por todo título de legalidad ostentan un fraude escandaloso e inmoral”.

Firmado el Plan, el documento circuló clandestinamente por la República desde los primeros días de noviembre (1910); los antirreeleccionistas se prepararon.

También en las cercanías de San Antonio los maderistas se organizaban para la guerra. Los jóvenes hacían prácticas de tiro al blanco y estudiaban las tácticas del ejército. Un grupo de señoritas aprendían servicios sanitarios.

Y si los maderistas podían hacer todo eso dentro del territorio norteamericano, no es por que gozasen de la simpatía o apoyo del gobierno de Estados Unidos. Fue que siendo muy numerosa la población mexicana residente en San Antonio, resultaba fácil que hallasen hospitalidad y protección de sus compatriotas; y esto, a pesar de la vigilancia de los agentes judiciales de Estados Unidos, como correspondencia a las acusaciones y peticiones del embajador mexicano en Washington.

Además era tanta y tan vigorosa la animosidad popular texana hacia el gobierno del general Díaz; animosidad, que mucho habían provocado los periódicos liberales editados en Texas, así como la prensa periódica texana, que si las autoridades de San Antonio no ignoraban del todo las actividades de los antiporfiristas, tampoco se atrevían







a evitarlas, puesto que sabían cuán poderoso era el ambiente popular que se respiraba en las poblaciones fronterizas a favor de los enemigos del “despotismo porfirista”.

Influía asimismo en la neutralización de las autoridades de Texas, el hecho de que San Antonio se había convertido en el centro de los abastecimientos bélicos para los revolucionarios, con lo cual los negocios mercantiles sanantonianos estaban siendo muy favorecidos.

San Antonio era, en efecto, un gran centro de operaciones para los vendedores de pertrechos de guerra, de manera que la ciudad obtenía ganancias como consecuencia de las transacciones bélicas, así como con el nuevo comercio que se abría con los revolucionarios.

Jóvenes y viejos mexicanos, seducidos por la palabra *libertad*, llegaban diariamente a la ciudad extranjera, de todos los rumbos de México, deseosos de saber cómo se iba a desenvolver la anunciada guerra y cuál era el puesto que a cada quien correspondería, pues ninguno de los comprometidos en la insurrección quería quedar atrás, y por lo mismo, todos pedían armas, municiones e instructivos.

Sin embargo, hacer la guerra no era tan fácil como hablar de la, guerra. Madero, con extremas previsiones, tejía sus proyectos bélicos. Confiaba en el alzamiento popular espontáneo en toda la República; pero sobre todo confiaba en el pueblo de Chihuahua, a donde, tenía la certeza, Abraham González, acaudillaría la insurrección.

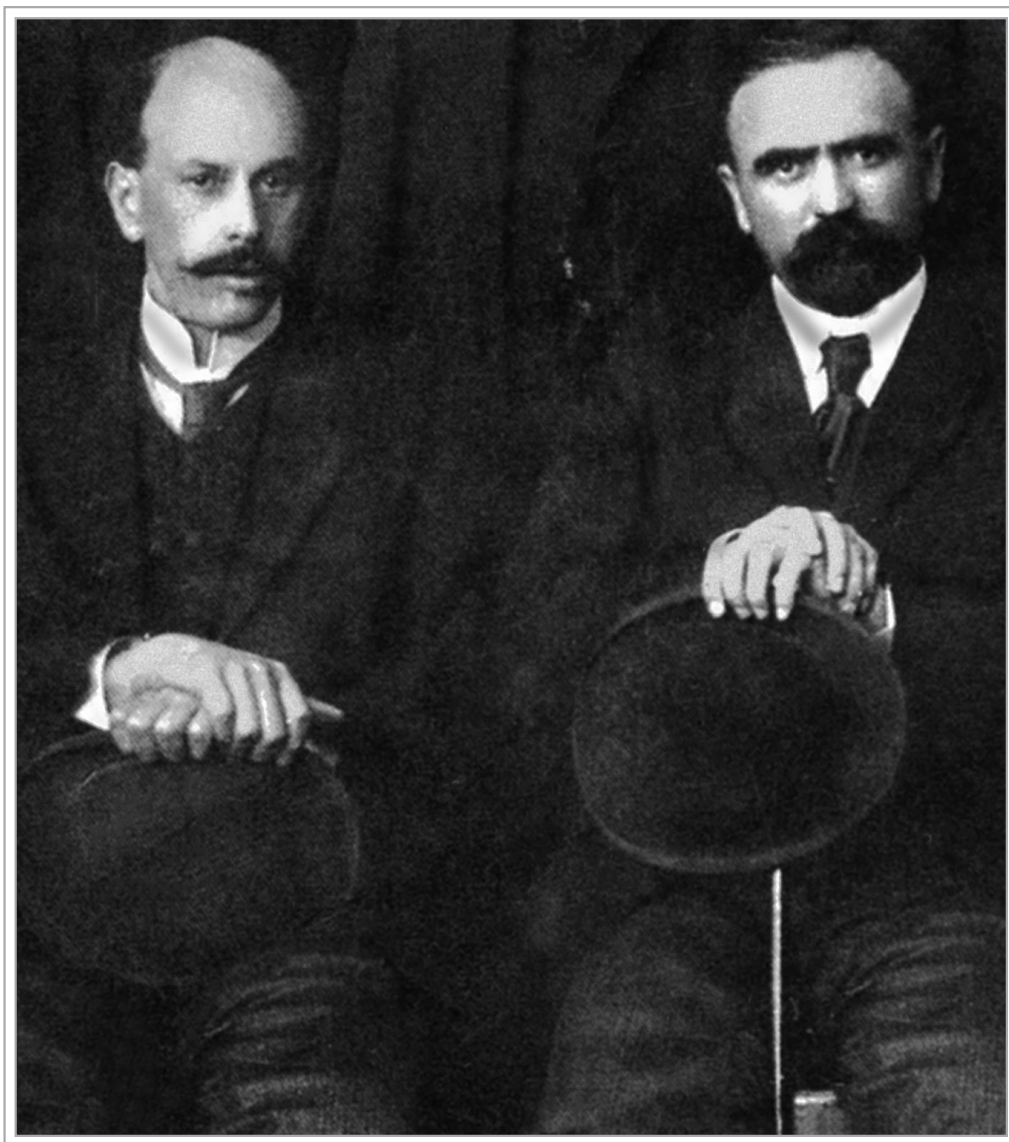
Chihuahua, sería, pues, el cuartel general de la Revolución. Ahora lo que faltaba elegir era el punto del territorio nacional del cual se deberían apoderar primero los insurgentes a fin de establecer allí la capital provisional de la República. El punto elegido fue Ciudad Porfirio Díaz. Aquí, empezaría a surtir efectos el Plan de San Luis.

Aunque sin perder de vista a Francisco I. Madero, el gobierno porfirista sigue creyendo en la solidez de sus cimientos y en la perennidad de su poder. Esto no es obstáculo para que, con la cooperación del gobierno de Washington, se vigilen los pasos de los conspiradores asilados en Estados Unidos.

Preferentemente se velan las actividades de Madero y Flores Magón; pero también en Arizona trabajan infatigablemente haciendo prosélitos para la causa de la libertad Práxedes G. Guerrero y Antonio I. Villarreal. Aquél escribe con elegante violencia, como si presintiendo su prematura muerte, quisiera llevar en el alma la seguridad de haber atraído a sus ideas y propósitos a numerosos, muy numerosos individuos. Villarreal, con su presencia y talento va de casa en casa de sus connacionales, haciendo soldados para la Revolución, Juan G. Gabral, *líder* de los mineros ha organizado en los pueblos de Arizona grupos que se proponen entrar a México a la primera manifestación de guerra, mientras el folletinista Lázaro Gutiérrez de Laxa escribe y publica proclamas incendiarias anunciando que el nuevo gobierno de México será socialista. En El Paso, Braulio Hernández, profesor y periodista liberal, ya sin recato, es de los que dan seguridad de que la guerra estará a las puertas de la capital de Chihuahua a la madrugada del 20 de noviembre.

*También en el interior de la República hay manifestaciones casi bélicas. Las hay en Tlaxcala y Puebla, en Hidalgo y el Distrito Federal. En el estado de Veracruz, las actividades de los liberales tienen carácter subversivo. Santana Rodríguez, incitando a la rebelión es el tipo del insurgente floresmagonista.*

*Y no eran esos sucesos que se desarrollaban desde los primeros días de noviembre de los que tenían visos de casuales. Eran sucesos que se iban enlazando los unos a los otros, y con esto, la voz de “Ahí viene la Revolución”, se había hecho general.*



Madero encomendó a Aquiles Serdán encabezar la lucha en el estado de Puebla

*Todos la escuchaban, menos el gobierno; y es que éste no creía en un movimiento de tal naturaleza, sin ver un caudillo arriesgado, enhiesto con experiencia en las cosas de la guerra. Los hombres del porfirismo, acostumbrados a hacer los núcleos o individuos de la autoridad al través de los años, despreciaban las improvisaciones; y aunque entre quienes el gobierno consideraba más atrevido estaba Madero, a éste no se le concedían méritos ni factibilidades para entrar al ruedo de la fortuna revolucionaria. Por esto, el régimen no hizo apresto alguno para evitar el anunciado levantamiento del 20 de noviembre.*

Tanta era la seguridad acerca de la ineptitud y romanticismo de Madero, no obstante que éste había puesto de manifiesto su perseverancia y la raíz de su valor personal, que las plazas fronterizas del norte no fueron reforzadas ni la tropa recibió órdenes de alerta. Tampoco hubo medidas militares en las poblaciones a donde estaban los antirreeleccionistas más emprendedores, incansables y vehementes.

Sólo en la capital de la República habían sido aprehendidos algunos jóvenes oradores con motivo de una procesión antiporfirista, organizada por Alfredo Robles Domínguez, Francisco Cosío Robello, Enrique García de la Cadena y Enrique Estrada; ahora que la autoridad judicial, hace buarla de lo sucedido, porque entre los presos está un orador adolescente: Adolfo León Ossorio, quien sólo tiene la edad de 15 años.

Así y todo, el gobierno porfirista parecía querer ser benévolo con sus enemigos; y es que continuaba creyendo en la excelsitud de sus virtudes, y en la idea de que la paz sería inquebrantable mientras el general Díaz tuviera vida y con el manto de su saber y glorias cobijara paternalmente a los mexicanos, como si en la realidad les hubiese dado abrigo y protección humanos.

A pesar de esa creencia del gobierno, la guerra civil estaba a las puertas de la República, e iba a comenzar con un suceso sangriento en la ciudad de Puebla, donde el caudillo antirreeleccionista Aquiles

Serdán, después de recibir instrucciones y recursos económicos de Madero estaba comprometido para levantarse en armas.

Al efecto, Serdán había hecho de su casa, en el número 14 de la Portería de Santa Clara, no sólo el centro de sus actividades subversivas, sino también el depósito del material bélico que debería usarse, de acuerdo con el Plan de San Luis, el 20 de noviembre; pero como el gobernador del estado, Mucio Martínez, tuvo noticias de los preparativos que hacía Serdán, mandó que las autoridades de policía procedieran a catear la casa del antirreeleccionista.

Sabido esto por Serdán, y considerando que al hallazgo que hicieran los agentes de Martínez, los conspiradores estarían perdidos, resolvió anticipar el movimiento proyectado, y sin medir las posibilidades del triunfo o del fracaso, ignorante del arte de la guerra y fiado en la popularidad de su causa, resolvió ofrecer resistencia a las autoridades y pelear desde su casa con las fuerzas del gobierno.

Creía Serdán contar, para el caso, con 300 maderistas armados y municionados y dispuestos a ofrendar sus vidas; y a la noche del 17 de noviembre (1910), mandó propios a Cholula, San Martín, Huejotzingo y Tlaxcala, para que invitaran a los comprometidos a reunirse desde luego a fin de que, marchando sobre Puebla, pudiesen llegar a tiempo de auxiliar a los sublevados en la casa de la Portería de Santa Clara; porque Serdán tenía dispuesta la resistencia desde su vivienda.

Todo, hasta esa noche del día 17, parecía corresponder a los designios de Serdán. Sin embargo, a la mañana del 18, y cuando de un momento a otro era esperada la policía comisionada para el cateo, sólo 13 hombres habían acudido al llamado de Serdán. Estaba también entre los rebeldes Carmen Serdán, valerosa y abnegada hermana del *líder*; y poco después se unirían al grupo, cuatro individuos más, dos de ellos niños: Manuel Paz y Rosendo Contreras, quienes sólo tenían las edades de 12 y 14 años.

Dispuestos a la guerra, y mientras unos fabricaban bombas de mano y otros hacían vigilancia estaban los maderistas, cuando se presentó en el zaguán de la casa de Serdán el jefe de la policía poblana Miguel Cabrera, a quien acompañaban otros sujetos.

Serdán, al ver a la policía dentro de su casa, coge un Winchester, y dispara. Caen Cabrera y uno de sus acompañantes, los demás huyen. Los maderistas escarnecen el cadáver de Cabrera, quien llevaba a sus espaldas grandes odios populares.

Todo aquello fue la señal para la lucha armada, Serdán proyecta posesionarse de las alturas que circundan su casa; pero desiste por ser muy pocos sus acompañantes. Cree, en cambio, que es posible que la gente del pueblo se una a la rebelión, y empieza a hacer llamamientos a gritos, ofreciera armas y municiones. Fracasa. No hay quien responda. Tampoco llegan los maderistas de las poblaciones circunvecinas a quienes ha mandado llamar desde la noche del 17.

Mientras tanto, las fuerzas del gobierno, puestas prontamente sobre las armas, se apoderan de las alturas. La casa de Serdán está sitiada y dominada. El *líder* todavía hace esfuerzos por atraer al pueblo; pero nadie le responde, y los gobiernistas han comenzado el ataque.

Carmen está bien apostada y dispara sobre el enemigo. Máximo, otro hermano del caudillo, ha caído muerto. La lucha es violenta; pero los gobiernistas se mueven expeditamente y avanzan. Los revolucionarios están siendo mermados. Los atacantes reciben refuerzos. Toda la policía de la ciudad ha sido provista de arma larga. El gobierno toma la casa de Serdán. Los sobrevivientes se dan por presos a excepción de Aquiles, quien tenía preparado un escondite, de manera que esperaba burlar la vigilancia e irse a unir a sus compañeros en las cercanías de Puebla; mas como a la madrugada del 19 es encontrado, uno de los vigilantes dispara sobre él y le da muerte. Horas después, el cadáver del antirreeleccionista era exhibido a las puertas de un cuartel.

Puebla volvió al silencio. El suceso alarmó al gobierno. Quizás el régimen porfirista advirtió que Madero sí podía constituir una amenaza para la paz nacional, pero tal reparo llegó con mucha demora. El general Díaz había olvidado la práctica de la agilidad mental pronta y decisiva, que fue tan de suyo en otros tiempos. La confianza en el movimiento acompasado y solemne dada a su régimen en el transcurso de los años, iba a ser una de las causas de su caída.

#### EL FRACASO EN CIUDAD PORFIRIO DÍAZ

Acercábase la fecha para que Madero, capitaneando a sus primeros soldados, atacara Ciudad Porfirio Díaz (Piedras Negras), donde proyectaba establecer y presidir el gobierno provisional de la República, y todo parecía dispuesto por el caudillo de la mejor manera posible.

Un grupo de 20 hombres, con conocimientos en el manejo de los rifles Winchester, al frente de los cuales iban los ex oficiales del Ejército Federal, Rafael Aguilar, Onésimo Espinosa y Manuel García Vigil, se había adelantado de San Antonio hacia el rumbo de Eagle Pass. Otros tantos maderistas iban a la misma dirección, llevando impresos del Plan de San Luis y de manifiestos firmados por Madero, dirigidos al Ejército nacional. En este manifiesto invitaba a los soldados porfiristas a unirse a la Revolución.

Madero salió sigilosamente de San Antonio la noche del 17 de noviembre, sin que lo advirtiera la policía federal norteamericana encargada de cuidar todos sus pasos; y burlado que hubo a los vigilantes llegó al rancho llamado El Indio, donde había cabalgaduras y un pequeño almacén de armas y municiones; y allí mismo reunió, a la caída de la tarde del día 19, a los jefes de los grupos armados que iban a tomar parte en el ataque a Ciudad Porfirio Díaz.

Entre todos los hombres armados no sumaban 45, contando con quince al mando del periodista Paulino Martínez. Esto no obstante, el caudillo estaba confiado. Tenía la certeza de que su tío Catarino



Benavides estaría a la orilla del río Bravo con 300 más; ahora que hasta el momento de aquella junta no había recibido noticias de Benavides, quien estaba citado en un punto llamado Las Islas, donde era fácil vadear el río.

*Así y todo, Madero monta a bordo de un carruaje y se pone en el camino que le conduce hacia el suelo mexicano; mas como al poco andar advierte que le siguen los rangers texanos, abandona el vehículo y se oculta en un molino abandonado; y desde el escondite escucha cómo los rangers interrogan a los acompañantes del propio Madero, puesto que buscan a éste.*

*Cuando los rangers abandonan el punto, Madero reanuda su viaje, y a la medianoche está en la margen del Bravo. Allí todo es quietud ¿A dónde está Benavides? ¿A dónde la Revolución? Ciudad Porfirio Díaz no está lejos de aquel lugar.*

*Fiando en Benavides y en los 300 fronterizos montados y armados ofrecidos por el tío, con pasmosa tranquilidad se deja caer al suelo y duerme. Es ya el 20 de noviembre. A las 6 de la tarde ha de comenzar la Revolución. Madero sigue esperando, pero a la hora mencionada vadea el río. Otea el horizonte en busca de Benavides, quien al fin llega, pero sólo le acompañan 10 hombres y confiesa su fracaso. Los comprometidos no habían acudido al llamado final.*

*Todavía así, Madero cree factible el ataque a la plaza, a donde jefes y oficiales del Ejército Federal duermen ajenos a la amenaza revolucionaria; pero Federico González Garza y otros lugartenientes le disuaden del proyecto. Madero vuelve a territorio de Estados Unidos, no sin antes dar órdenes a los capitanes de guerrilla, para que inicien las actividades revolucionarias en otros puntas del estado de Coahuila.*

*Otra vez el caudillo se dirige a El Indio. De paso, descansa en el viejo y abandonado molino que le ha servido de escondite.*

Sólo continuarán a su lado Federico y Roque González Garza y Paulino Martínez. Los jefes de grupo deberán dirigirse con todo sigilo a San Antonio.

En El Indio, Madero se dispone a meditar y resolver. Tiene la seguridad de que el pueblo mexicano responderá al Plan de San Luis. Mas, ¿cómo se desarrollarán los levantamientos? ¿Qué hará el gobierno? El mismo, ¿cómo debe proceder en lo futuro?

Resuelve, al fin, regresar a San Antonio. Lo hace en compañía de Roque González Garza y Paulino Martínez porque manda a Federico González Garza para que en Eagle Pass (Texas) tome informes precisos sobre el desarrollo de la guerra en el país.

San Antonio vuelve a ser un hervidero de maderistas. Allí están los principales comprometidos en la Revolución: Gildardo Magaña y José María Maytorena, Francisco J. Múgica y César López de Lara, Juan G. Cabral y Juan Andreu Almazán.

Madero, semioculto, no daba luces acerca de sus futuros proyectos. Había sentido, seguramente, el desengaño por el fracaso de Ciudad Porfirio Díaz; mas no por ello piensa abandonar la guerra, y al efecto, nombra agente confidencial de la Revolución cerca del gobierno de la Casa Blanca al doctor Francisco Vázquez Gómez, y da facultades, como jefe de la junta revolucionaria de San Antonio, a Emilio Vázquez.

Dentro de aquella inquebrantable voluntad de hombre y guía, las perplejidades y vacilaciones pasaron muy pronto. Madero, al caso, comienza a decir en voz alta lo que no piensa interiormente; porque si empieza a correr la versión de que ya no habrá armamento norteamericano, porque los traficantes han desaparecido de San Antonio, la gente se desanimará.

Madero, sabe que existe otro mercado para la adquisición del material que necesita: La Habana; otro punto de entrada a México: la costa de Veracruz.

Por esto, muy calladamente sale de San Antonio. Viaja de incógnito a Dallas. Sigue a Nueva Orleans. Acompañanle su hermano Raúl y Roque González Garza. Estos, don Gustavo Madero y Federico González Garza, son las únicas personas que saben de los nuevos

planes. El gobierno del general Díaz y los propios maderistas creen que el líder va luyendo, arrepentido de sus actividades insurrectas.

Antes de salir de San Antonio, Madero nombra, para el caso de que él llegue a faltar, vicepresidente de la República a Abraham González, el líder antirreeleccionista de Chihuahua, y ordena a Roque González Garza que de Nieva Orleáns, prosiga a Veracruz con el objeto de buscar un lugar, sobre la zona costanera, propio para desembarcar una pequeña columna expedicionaria e iniciar la guerra en el oriente de México.

Mas en esos días, Madero recibe noticias favorables sobre los levantamientos en el país; desiste del viaje a La Habana y se dirige a El Paso, con el propósito de volver a entrar a suelo nacional y ponerse al frente de los revolucionarios.

#### EL LEVANTAMIENTO EN EL PAÍS

Años hace —y muchos— que los mexicanos no escuchan el triqui-traque de la fusilería, ni los gritos del entusiasmo y desafío guerreros, ni el estruendo de los cañones, ni las manifestaciones violentas de la autoridad, ni las exclamaciones de “¡Abajo el mal gobierno!” o de “¡Viva la libertad!”.

Tan ajeno vivía el país a todo eso que trae consigo la guerra, que no obstante el anuncio de la Revolución, esto parecía increíble; porque ¿adónde estaban los hombres resueltos a jugarse la vida, si toda la población mexicana era pacífica y se sentía atemorizada por la imperiosa autoridad de los policías rurales, jefes políticos y gobernadores? ¿Quién, en días anteriores a la fecha señalada para dar comienzo a la insurrección, podía creer que los hombres entregados a los goces de la paz, el orden y la salud iban a convertirse en soldados de aventura y riesgo?

Nada indicaba, cuando menos en la superficie, hacia el final de octubre (1910), que aquel pueblo de México, aparentemente vencido

y sujeto a la dominación política del partido porfirista que privaba a la sociedad nacional de su autodeterminación, llevase en el alma un volcán de ímpetus e ideas, y que a la sola voz de libertad —y como si esta misma voz tuviese a la mano la llave paradisiaca— fuese capaz de empuñar las armas y presentar el pecho a las balas. Porque eso era lo que ahora, atónita, contemplaba la República; pues la Revolución anunciada por la voz callejera, pero increíble como suceso nacional, estaba en marcha. ¿A dónde? En Chihuahua y Coahuila, en Durango y Sinaloa; también en Sonora.

Mas el centro revolucionario se hallaba en las llanuras y montañas de Chihuahua; y esto se debía a la obra incansable y persuasiva de Abraham González. Éste, con alma apostólica, había viajado por sierras y valles, primero tratando de llevar a los ciudadanos a los actos, comiciosos; luego, dejando la tranquilidad personal que le proporcionaban sus bienes, para invitar a los valientes y convencidos maderistas a la guerra.

Ya para esos días, en Chihuahua, como en todo el norte de la República, a donde el influjo de las ideas democráticas del pueblo norteamericano llegaban como una esperanza de dicha; para esos días, los chihuahuenses estaban divididos en dos grupos que se decían, uno de convicción, y otro, sin convicción. ¡Dichosa fue esa época en la que se hacía tal clasificación, pues denotaba cuánto más se querían las ideas que los intereses materiales; aunque, ciertamente, cortos eran los intereses materiales de los mexicanos!.

Entre los catequizados por González, no tanto para votar a Madero, cuanto a fin de empuñar las armas, estaba Pascual Orozco. Era un arriero. Poseía un carácter resuelto, aunque como todos los individuos de su oficio, había en él mucho de huraño y desconfiado; y como estaba acostumbrado a guiarse por sí propio, tenía un espíritu de mucha independencia y por lo mismo fácil a convertirse en, veleidoso. Orozco ya sabía de armas y refriegas; pues habla peleado, en



Pascual Orozco en Ciudad Juárez

buena lid a balazos, con los hijos de los caciques de San Isidro (Chihuahua), su pueblo natal. Además, como hombre acostumbrado a transitar incesante e incansablemente por caminos y veredas sabía desafiar todos los peligros con que solían asaltar a los caminantes, la naturaleza y los hombres.

Conquistados también por González habían sido los mineros Agustín Estrada y José de la Luz Soto, y el comerciante José de la Luz Blanco. El primero, más que el segundo, individuo de mucha entereza y con fama de valiente entre la gente que transportaba metales o comerciaba en los minerales. Blanco, menos osado que Estrada, pero más sagaz que éste y que Soto, tenía probada su lealtad y discreción; pues durante los meses de octubre y noviembre había recorrido los estados de Sinaloa y Sonora llevando la nueva de los preparativos para la rebelión.

En Parral, también enlazados al maderismo por medio de González, estaban Guillermo Baca y Madovio Herrera, ambos dispuestos a levantarse en armas a la primera señal de Madero. Baca se llamaba a sí mismo “maderista de hueso colorado”.

Había un individuo, entre aquellos que González seleccionó y preparó a fin de que sirviera a la guerra, que tenía fama por sus correrías, generalmente exageradas, debido a sus carácter agraz y aventurero a par de misterioso. Éste se nombraba a sí propio Francisco Villa. Era analfabeto, pero poseía, con todo el vigor de su naturaleza salvaje, un criterio de las cosas. Su fama no podía ser catalogada entre las gloriosas y honorables; aunque ¿quién, de los sujetos que habían hecho su vida entre las montañas y llanuras chihuahuenses, podía, dejando a su parte a los jefes políticos y rurales, corresponder a la lista oficial de la gente honrada y de buenas costumbres? ¿Quién, de todos aquellos fronterizos que, unidos o no a las filas del antirreeleccionismo, se hallaba limpio de las manchas del contrabando, del abigeato y del tráfico gambusino? Asociado al régimen orgánico del porfirismo estaba, incuestionablemente, ese





General Francisco Villa, quien caracterizaba a una nueva clase rural mexicana



género de tipos de innaturalidad social que llevaban a sus espaldas un rosario de cuentas ilegales. Sin embargo, la existencia de tales tipos explicaba por sí sola, una de las causas revolucionarias.

Por otra parte, Francisco Villa, caracterizaba de manera excepcional, si no por sus malas artes, sí por su mentalidad vigorosa y osada a una nueva clase rural mexicana —a la clase rural que, en medio de su rusticidad deseaba una vida más acorde a las necesidades del progreso; de un progreso que no era precisamente el del dinero, sino el del mando.

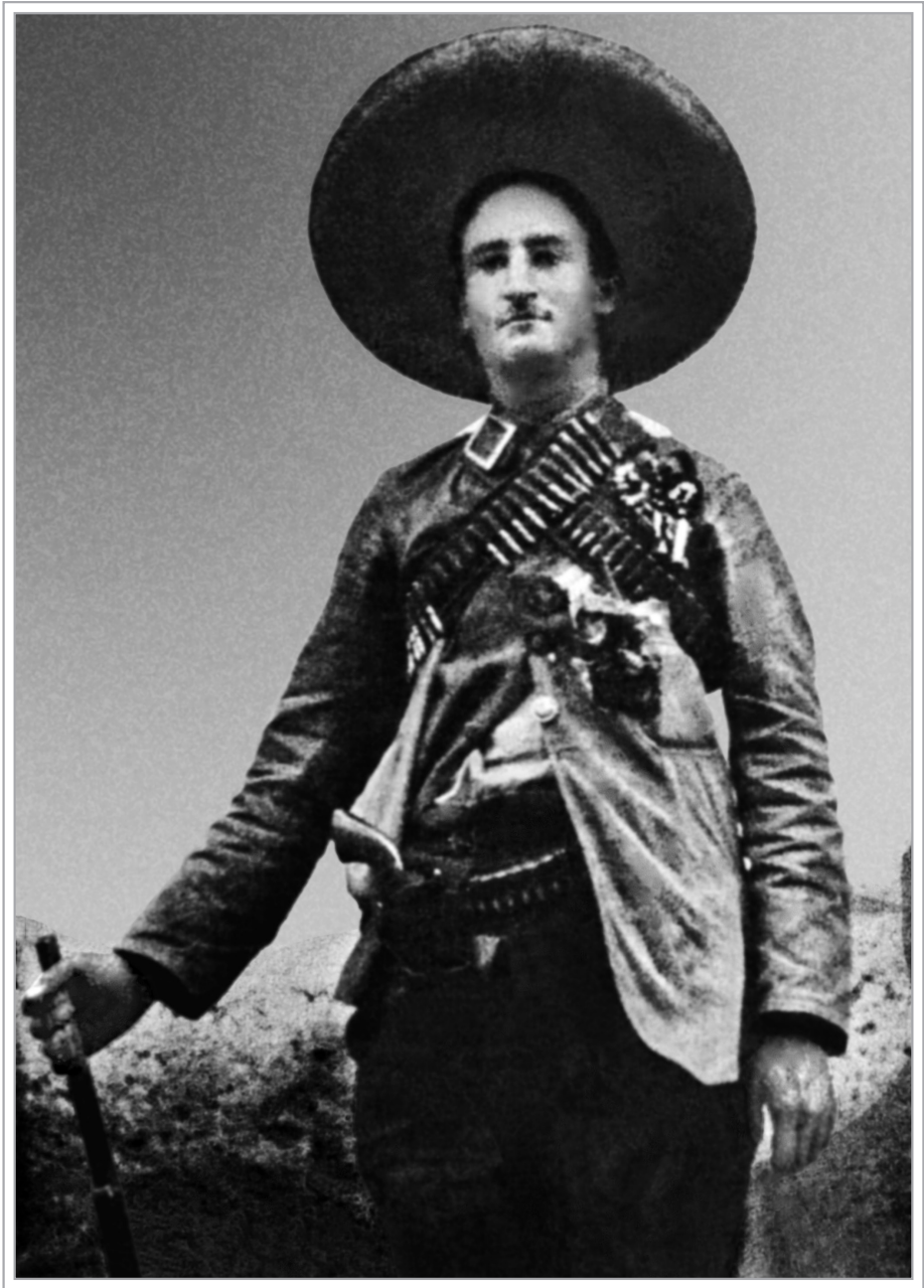
Muchos y muchos fronterizos de esa misma laya, enterados del maderismo y del Plan de San Luis, aunque sin saber a ciencia cierta qué era el maderismo o el Plan de San Luis, pero que se sentían iluminados por la esperanza de vengarse de los atropellos de los jefes políticos y caciques y de proclamar que eran libres; muchos y muchos fronterizos, bajo el estímulo y dirección de Abraham González esperaban en los pueblos y aldeas de Chihuahua, la hora de dar el grito de rebelión. González, previamente, les había abastecido, aunque en poquedad, de armas y municiones.

Así, con el 20 de noviembre llegaba para aquella gente la hora y día del levantamiento; la hora y día del desquite; la hora y día del progreso del pueblo rural.

#### EL EJÉRCITO FEDERAL

El estado de Chihuahua correspondía, en 1910, a la segunda zona militar de México; y los efectivos castrenses de la zona consistían en dos generales, 13 jefes, 69 oficiales y 1,340 soldados. El comandante del acantonamiento era el general Manuel M. Plata, veterano de guerras civiles, pero soldado en quien escaseaban las cualidades del hombre de iniciativa.

Muy corto resultaba el número de federales, para guarnecer y defender eficazmente las poblaciones chihuahuenses en el caso de



Francisco Portilla, jefe maderista

que se llevaran adelante los planes subversivos de Madero, de los cuales ya tenían noticias las autoridades militares de Chihuahua. Sobre todo, menos aptitudes ofrecerían las federales si, ante un levantamiento general en el estado, el gobierno del centro no enviaba a la zona oportunos refuerzos. Además, el acantonamiento estaba desprovisto de los servicios auxiliares, de manera que a cada paso que el ejército gobiernista diera, tendría necesidad de hacer alto y esperar los recursos convenientes para continuar la campaña.

Esos auxilios, por otra parte, deberían estar condicionados a un cambio en las órdenes oficiales; porque como el gobierno nacional no daba importancia a las denuncias que recibían en la zona militar de Chihuahua a propósito de los preparativos insurreccionales de los maderistas, y creía que cualquiera tentativa sediciosa sería pronto y fácilmente reducida, la comandancia del general Plata no tenía ni podía tener un plan coordinado de campaña que "hiciera eficaces los movimientos de las tropas".

Aquella centralización política y administrativa, judicial y militar que constituyó el meollo del régimen porfirista, y que los porfiristas consideraban como prueba evidente de la perfección oficial; aquella centralización a la que se atribuía la virtud de la paz nacional y que hacía descollar al general Porfirio Díaz como caudillo y presidente insustituibles; aquella centralización, se dice, enseñó, apenas iniciada la guerra civil, el grande y grave error del régimen, que consistía en creer que un sistema político personal era el único capaz de poseer la eficiencia y perdurabilidad correspondientes a un gobierno de verdaderas responsabilidades.

Tantos daños había causado en la mentalidad de los funcionarios públicos el sistema de someter todos los mandos de la República a una sola persona, que la iniciativa individual había quedado sumida en la oscuridad y el silencio, de manera que cuando aparecieron, dentro de la segunda zona militar, los primeros brotes rebeldes, los generales del Ejército, no obstante sus cualidades de soldados pundo-



El Ejército Federal, 1910

norosos, se sintieron faltos de autoridad para emprender una acción bélica pronta y decisiva; y como, se repite, el centro no creía en la importancia del alzamiento, mientras de un lado decrecían la moral y la acción del Ejército Federal, de otro lado, los revolucionarios tomaban vuelos y atraían a sus filas a quienes, antes del 20 de noviembre, no se habían querido comprometer en el levantamiento, todavía temerosos de las historias que, acerca del autoritarismo violento de don Porfirio, corrían de boca en boca, para significar cuán poderoso y vengativo era el régimen presidido por el caudillo.

Así, unidos el malestar e inquietud populares que existían en el país a los titubeos políticos y militares del régimen porfirista, si no en número de combatientes, sí en calidad de partidarios, el maderismo hizo progresos muy importantes. De esta suerte, el Ejército Federal, en sus movimientos, además de las indecisiones de la autoridad central militar, esto es, de la Secretaría de Guerra, tuvo la hostilidad manifiesta de la población civil, que callada, pero eficazmente, reunía todos los elementos posibles para entorpecer o desviar la acción de los soldados gobiernistas. Con esto, mientras que los particulares servían de vehículo de información a los rebeldes, los federales hallaban cerradas las fuentes de advertencias y previsiones. Debido a lo mismo, la Revolución se hacía más y más popular; pues todo individuo ajeno al concierto oficial se convertía voluntaria y felizmente en un pilar revolucionario.

Sin mando apto y supremo, carentes de actividad ofensiva, vistos con desafección por la gran mayoría de la población rural y condenados, debido a la "falta de información oportuna y abundante", a sorpresas lamentables, los soldados del Ejército Federal que guarnecía el estado de Chihuahua, perdían el ánimo a poco andar del mes de diciembre (1910), en tanto los revolucionarios se hacían más audaces; y aunque las desgracias que caían sobre los soldados del gobierno han sido atribuidas a rivalidades y deslealtades entre los colaboradores más cercanos del general Porfirio Díaz, tal versión no

tiene fundamento en documentos civiles o militares, de los numerosos que se conocen por los coetáneos. En cambio, la probación de todos esos males y errores que padeció el Ejército Federal desde los comienzos de la campaña de 1910, se halla en el examen de los elementos que constituían la forma del vivir oficial durante los días que recorreremos. Un gobierno personal y centralizado, casi siempre más favorable a las funciones del mando, fue, sin embargo, contrario a los intereses del régimen porfirista.

No escaseaban en el Ejército Federal jefes y oficiales preparados en las tácticas militares, valientes en la guerra y dueños de un alto espíritu de organización y mando. Lo que sí faltaba a aquel Ejército era el soldado raso voluntario y digno; porque la tropa federal estaba reclutada en la violencia de la leva, en la ignominia de las cárceles públicas, en los abusos y venganzas de los jefes y prefectos políticos y en todos los sistemas reprobables que se ofrecían a la inventiva de las autoridades.

#### LOS REVOLUCIONARIOS CHIHUAHUENSES

Pascual Orozco tiene a la mano un ejemplar impreso del Plan de San Luis. Acompañan a Orozco, en la casa que los padres de éste poseen en San Isidro (Chihuahua), unos 25 hombres. Sábese que ocho eran arrieros y otros tantos comerciantes. Entre los restantes posiblemente había mineros, contrabandistas y abigeos; pues San Isidro era punto de embarque para el Ferrocarril del Noroeste; esto es, una especie de espolón útil a la gente que bajaba de la sierra.

Los hombres reunidos la noche del 20 de noviembre en la casa de Orozco, están armados con rifles Wíncester y llevan, cruzadas al pecho, un par de cananas bien pertrechadas. Todos tienen el aspecto de la gente gustosa de jugarse la vida. Todos son maderistas revolucionarios. Pascual Orozco, el hijo del viejo Pascual Orozco a quien acompañaba la fama de levantisco, es el jefe de la partida,

y es quien, por lo mismo, señala la hora de emprender la marcha hacia Guerrero.

Guerrero, que está a 10 kilómetros del pueblo natal de Orozco, es plaza guarnicionada por 60 hombres montados y debidamente armados, quienes ya están advertidos de lo que ocurre en San Isidro y por lo tanto, esperan a los rebeldes.

Estos, en efecto, se presentan a las puertas de villa Guerrero a las primeras horas del 21; pero ya no son los veintitantos que salieron de la casa de Orozco. Ahora ascienden, en número, a 200, pues conforme fueron avanzando los primeros, salían a su paso los hombres de las rancherías que jubilosamente se unían al alzamiento. De esos doscientos y tantos soldados de la Revolución, sólo una cuarta parte va amada; pero los restantes se complacían en lanzar imprecaciones al enemigo o estimular con sus gritos a los compañeros le aventura.

Así llegó Orozco a las puertas de Guerrero y mientras los gobiernistas se encierran en el cuartel, Orozco manda a su gente que ataque la posición del enemigo; pero como al tercer día de combatir, las huestes maderistas no hacen progresos y se tienen noticias de que una columna federal avanza por la vía férrea en auxilio de Guerrero, Orozco, el propio Orozco, sale con la mitad de sus fuerzas en busca de los gobiernistas a fin de caerles por sorpresa; pero al llegar a Bustillos es avisado de que otro grupo maderista se le ha adelantado y, atacando a la columna federal, la debilita. Esa partida, que inesperadamente auxilia a Orozco, era la que dos días antes, al grito de "¡Viva Madero!", se había levantado en San Andrés. El jefe de tales alzados era Francisco Villa.

Éste, audaz y temerario, después de recibir instrucciones de Abraham González, proyectó asaltar la capital de Chihuahua. Sólo ascendía a poco más de 30, el número de sus soldados; pero tanto fiaba en su arrebatada inteligencia, en la práctica de sus aventuras como merodeador y en su extraordinario atrevimiento, que tenía la



certeza de que a su sola presencia los rancheros y vaqueros, los abigeos y jornaleros iban a darse de alta en su improvisado Ejército. Y Ejército, porque apenas entrado que hubo, de manera audaz e inesperada a San Andrés, bastaron unas horas para que se le presentaran más de 200 voluntarios; y aunque éstos carecían de armas, pronto constituirían el pie inconfundible de la Revolución rural de México.

Estando, pues, en San Andrés, Villa recibió noticias de que a bordo de un convoy de pasajeros procedente de Chihuahua, viajaban fuerzas federales destinadas a combatir a los rebeldes de Orozco, y sin querer sabe más, salió en busca del enemigo, asaltando el convoy con mucha pujanza; y aunque no pudo completar una hazaña debido a la escasez de municiones, la refriega sirvió para que Orozco, advertido del acontecimiento, se preparara para dar una segunda sorpresa a los federales ya atolondrados.

Al efecto, con extremada precaución y silencio Orozco se movilizó de la hacienda de Bustillos a Pedernales. En este punto pernoctó la columna expedicionaria de los federales que había peleado con Villa; y como el jefe gobiernista era confiado, no sintió la presencia de los revolucionarios. Así, cuando a la madrugada del día 25 (noviembre) se dispuso a continuar la marcha hacia Guerrero, inesperadamente se vio atacado. Orozco, ahora al frente de 300 hombres, pues sus fuerzas se acrecentaban día a día, dirigió el asalto que fue adverso a los federales, quienes perdieron hombres, armamento y vituallas.

Alentado por el triunfo y aprovechando las armas quitadas al enemigo, Orozco se vuelve violentamente a Guerrero, donde una parte de su gente sigue sitiando al cuartel gobiernista y con muchos ímpetus lanza a sus soldados sobre el reducto; mas como los federales no ceden, ordena que sean utilizadas las bombas de dinamita que han, preparado los mineros que le acompañan. No es necesario emplear el arma revolucionaria. Los defensores de la plaza, se rinden.

EL NUEVO MUNDO MEXICO, S. A. Examen y de Fabela y Capuchinas. Se encuentra en las oficinas de la calle de la Paz, número 10. PUEBLO NUEVO, MEXICO, D. F.

# EL IMPARCIAL



DIARIO INDEPENDIENTE

Tomo XXXII - Num. 4547

México, D. F., - Martes 5 de Marzo de 1912.

México, D. F., - Martes 5 de Marzo de 1912.

Por sus suscripciones: Por un año \$10.00 Por seis meses \$6.00 Por tres meses \$3.50

8 PAGINAS. VALER 2 CTOS.

## PASCUAL OROZCO SE REBELDIA CONTRA EL GOBIERNO

### EL DISTRITO FED. ESTA VIGILADO MUY BIEN

LOS VECINOS PUEDEN DORMIR TRANQUILOS

El Sr. Gobernador del Distrito se sirve indicarnos las medidas de seguridad que se han tomado. Quea cuando se creyó en esta ciudad, sucesos por la noche, cuando se levantaban de las calles, cuando se veían los edificios oscuros, cuando se veían los edificios oscuros, cuando se veían los edificios oscuros...

### UN BELLO RASGO DEL SR. GRAL. DIAZ

CEDE SU PENSION DE GENERAL RETIRADO

Quiere que se explique a primum a los alumnos de la Escuela de Aspirantes y Colegio Militar. Al respecto el señor General Díaz de los señores que el Gobierno de la República ha otorgado en el mes de febrero...

### PROCESARAN AL INSP. GENERAL DE POLICIA

PUSO EN LIBERTAD A UN PRESO POLITICO

Había encerrado en aprehensión al Jefe de Distrito y lo puso en libertad el Sr. Tor. Alessio Reboles. El señor Director General de Policía, Sr. Tor. Alessio Reboles, mandó poner en libertad a un preso político...

### COMENTARIOS A LA PROCLAMA DE TAIT

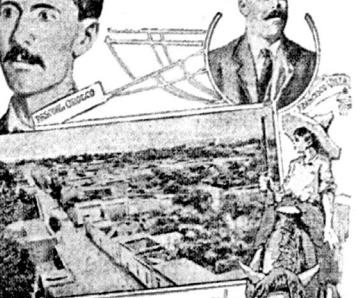
EL SR. LUC. STARR HUNT SE MUESTRA OPTIMISTA

En cambio, un miembro prominente del Partido Católico juzga delicado el asunto. Por algunas palabras de los señores. Desembarcadas fueron recibidas por el Sr. Tor. Alessio Reboles...

### LA MULTITUD PIDIO QUE RENUNCIARA EL SR. GO BERNADOR CONZALEZ Y EL FUNCIONARIO SALIO DE CHIHUAHUA PONIENDOSE BAJO LA SALVAGUARDIA DE VILLA

EN EL ATAQUE A LA PLAZA RESULTARON VENCEDORES LOS REBELDES

Añaden que se sabe que algunos soldados de Villa se han pasado a la fuerza de Orozco



El Sr. Pascual Orozco en un momento de su vida.

### SE ASEGURA QUE EL GOBIERNO HA ENTABLADO NEGOCIACIONES CON EL REBELDE J. SALGADO

### ITALIA PROTEGE LA LEGACION DE MEXICO

LOS DESORDENES EN LA CAPITAL CHINA



LAS CONDICIONES SON QUE FIGUEROA SALGA DE QUERETARO POR LO QUE TENDRA QUE VOLVER A MORELOS DONDE NO LE QUIERE EL ATILA SUIJANO

GABRIEL GAYRA ASALTO EL CUARTEL DE HESARTILLA Y FUE REBAJAZO

EL SR. GRAL. ROBLES ABANDONARA LA CAMPAÑA EN MORELOS PARA MARCHAR VIOLENTAMENTE A TORREON CON SUS FUERZAS

Corresponsal report. GUERRA CIVIL. Mexico 5. Se sabe que el Gobierno de la República se ha comprometido con el Sr. General Tor. Alessio Reboles...

### RENUNCIO EL SR. MINISTRO DE LA GUERRA

PIDE QUE LO MANDEN A CHIHUAHUA



Ha sido despedido, se asegura que las condiciones eran mejores de lo que se esperaba...

### UN ESCANDALOSO ASALTO EN COCHERAS

AMORDEZAN A LA SRA.

Señalan la ciudad de Chihuahua, como la de origen de los hechos...

### SIGUEN LOS HALLAZGOS EN LAS MISTERIOSAS CUEVAS DEL "TEXCAL"

De los techos de las iglesias de Santa Catarina, incendiadas por la artillería, hervieron rifles, clavos de pesos

El Imparcial anuncia la sublevación de Pascual Orozco, movimiento que propició el Pacto de la Empacadora suscrito en 1912

Tomada la villa, Orozco, a quien en seguida del triunfo sus hombres llaman, ya coronel, ya general, decreta que se establezca el gobierno municipal —quizás el primer gobierno municipal de la Revolución— y en seguida organiza dos columnas. Una, con el objeto de posesionarse del ramal del ferrocarril de Kansas y México desde Miñaca a Creel; otra, al frente de la cual se puso él mismo, a fin de avanzar hacia Estación Madera, y dominar la entrada a la Sierra Madre Occidental, lo cual logró el propio Orozco después de una refriega (28 de noviembre) con los federales.

Coincidente con el levantamiento en San Isidro fue el efectuado en Santo Tomás (Chihuahua) por José de la Luz Blanco, quien acompañado por 20 hombres armados, y de acuerdo con las instrucciones de Abraham González avanzó sobre Matachic y Temosáchic, con la intención de acercarse a Casas Grandes, para desde allí continuar a Sonora, donde por ser numerosos los comprometidos con el maderismo, proyectaba llevar la guerra.

No en todos los lugares se veían los antirreeleccionistas protegidos por los favores de la suerte y audacia. En Panal, la noche del 20 de noviembre, Guillermo Baca y Maclovio Herrera reunieron a los partidarios de Madero. Estos eran 40, pero sólo tenían 10 rifles 30-30 y cinco carabinas 44, viejas. Los soldados enemigos, bien acuartelados, armados y municionados sumaban cuarenta. ¿Qué hacer? Para no faltar a lo estipulado en el Plan de San Luis, Baca mandó que los maderistas atacaran violentamente a los gobiernistas y que en seguida del ataque se retiraran en el mejor orden posible hacia el norte de Parral, donde esperarían los pertrechos de guerra que les tenía prometido Abraham González.

Las órdenes de Baca fueron cumplidas con precisión; pero como los revolucionarios carecían de experiencia, no previeron que serían objeto de la persecución del enemigo. Éste, al efecto, como consecuencia del alzamiento, y auxiliados con las partidas de soldados federales que guarnecían la comarca, salió tras de las huellas de la

gente de Baca, quien con mucha rapidez, pues a su disposición de mando unía el conocimiento de la región, marchó a San Pablo Balleza, con la intención de ganar el camino de Batopilas, donde, aparte de los numerosos partidarios de Madero que también allí se aprestaban al levantamiento, le favorecía el terreno y con lo mismo tenía ventajas sobre sus perseguidores.

Desafortunado como el asalto a Parral fue el levantamiento en Gómez Palacio (Durango), pues habiéndose reunido la noche del 19 de noviembre, los comprometidos a alzarse, en un punto llamado Santa Rosa, cuando llegó la hora de hacerse el recuento de armas, se halló que sólo 40 maderistas poseían fusiles. Los restantes se presentaron a la junta llevando a la mano machetes y puñales.

Capitaneaban a esta gente: Jesús Agustín Castro, joven inspector de la línea de tranvías eléctricos que corría de Torreón a Gómez Palacio, quien era individuo de mucha convicción y denuedo; Orestes Pereyra, propietario de un taller de hojalatería, hombre de una pieza; Arturo Barrera, empleado bancario y fervoroso admirador de Madero; y eran también principales en la conspiración Aurelio Hernández, Gregorio García, Mariano López y Enrique Mame, artesanos y empleados de comercio en Gómez Palacio y Ciudad Lerdo.

Días antes del levantamiento, tales líderes del maderismo se habían reunido a fin de preparar el plan de asalto a Gómez Palacio, y entre sus resoluciones, tomaron el acuerdo de que Calixto Contreras, persona muy diligente y estimada en la región, por estar dedicado al comercio en pequeño, se acercara a los labriegos del distrito de Cuencamé, quienes, despojados de sus tierras por los hacendados y autoridades de la región, eran materia fácilmente inflamable. Contreras debería, pues, atraerlos a la Revolución, organizándolos prontamente y abasteciéndolos de armas y municiones, de manera que estuvieran aptos para concurrir a la primera acción de guerra contra el gobierno porfirista. Grande era el compromiso de Contreras,



Niño Felipe Valle con su traje de guerrillero, 1910

puesto que debería estar al frente de los labriegos la noche del 20 en Santa Rosa.

Todo, pues, gracias al orden que con su experiencia de organizar daba Orestes Pereyra a la conspiración, parecía estar en marcha al minuto. Y como a esto se agregó la exacta puntualidad de todos los comprometidos al lugar de la cita, grande fue la perplejidad entre aquella gente, cuando, llegada la hora del alzamiento, no se presentó Contreras con los campesinos de Cuencamé. De tal falta, sin embargo, no era responsable Contreras, porque de los 100 o más hombres comprometidos a tomar las armas en la comarca dicha, al momento convenido sólo se presentó una veintena.

La ausencia de Contreras y de la gente de Cuencamé perjudicó momentáneamente los planes de Castro y Pereyra; ahora que, ya resueltos a la lucha, procedieron a llevar adelante sus planes la madrugada del 21.

Dispuestas así las cosas y montados los rebeldes a caballo, avanzaron en dos grupos sobre la comandancia de Gómez Palacio a la que atacaron tan súbitamente que produjeron, primero, el atolondramiento, y en seguida 114, fuga de las, fuerzas gobiernistas, gracias a lo cual pudieron entrar a saquear las oficinas públicas.

Esto, sin embargo, no pudo ser total, porque avisada la comandancia militar de Torreón acerca de; sucedido, mandó refuerzos a toda prisa, mientras que Ismael Zúñiga, jefe político y hombre con fama de cacique agresivo y valiente, se adelantaba a batir a los sublevados, quienes al verse contraatacados, optaron por desistir de sus planes original en los que habían incluido un ataque sorpresivo a Torreón y se retiraron de Gómez Palacio.

No serían esos los únicos levantamientos. También en Durango, en Mesa de Guadalupe del municipio de Canelas, cinco hermanos: Domingo, Eduardo, Mariano, Andrés y José Arrieta empuñaban las armas la tarde del 20 de noviembre. Uniéronseles, en el acto, veintitantos individuos que se dedicaban, al igual de los Arrieta, a la minería.



El 20 de noviembre, tendría que ser fecha indeleble. Los “hombres de ideales”, como se decían los maderistas, no podían abjurar de sus nacientes principios de libertad ni de sus grandes decisiones. Así, si la conspiración maderista fracasaba en Culiacán, no por eso Ramón F. Iturbe, empleado de comercio y Juan M. Banderas, minero y vendedor de ganado, partes primeras de las actividades revolucionarias, abandonaban, con otros de sus compañeros, la capital del estado, no sin que previamente el gobierno encontrara un pequeño depósito de armas, hecho con el propósito de dar un golpe de audacia en Culiacán; y abandonaban la capital sinaloense, para encaminarse a la sierra de Durango, donde consideraron que era más factible el levantamiento.

También en Río Blanco (Veracruz), fracasaba el líder maderista Rafael Tapia, quien después de haber tramado el levantamiento de acuerdo con un numeroso grupo de obreros de las fábricas de textiles, a última hora tuvo la necesidad de salir de la ciudad acompañado por unos cuantos antirreeleccionistas, debido a que los trabajadores comprometidos no concurren al lugar de la cita. E Igual sucedió a Cándido Aguilar, joven repartidor de leche, y a Rosendo Garnica, quienes de los 100 hombres que esperaban juntar, solamente lograron 24 soldados, al levantarse en armas cerca de Paso del Macho (Veracruz). Sin embargo, reunidos unos días después Tapia y Aguilar en las cercanías de Córdoba (Veracruz), el maderismo tenía una batalladora guerrilla que empezó a amenazar los poblados.

De los comprometidos a tomar las armas en el estado de Puebla, solamente Juan Cuamantzín, pudo cumplir. En efecto, la tarde del 20 de noviembre, Cuamantzín, con una cincuentena de hombres, en su mayoría jornaleros de Tlaxcala, se alzó en la Malinche, tratando desde luego de irse a reunir con los rebeldes de Veracruz, en la creencia de que por lo menos Orizaba o Córdoba estaba ya en poder de los maderistas.



En Zacatecas, Luis Moya, sin más acompañantes que dos jóvenes, uno de los cuales era Joaquín Amaro, dependiente de una empresa minera, estaba el 20 de noviembre sobre las armas, con el Plan de San Luis como bandera. El grupo de Moya, que horas después del levantamiento sumaba 40 hombres, sólo poseía cinco carabinas Springfield; pero ¡cuánta decisión de tal gente! Moya pertenecía a los antiguos grupos liberales, y aunque era hombre de modesta posición gozaba de muchas consideraciones entre los zacatecanos. Había abrazado la causa del antirreeleccionismo desde que tuvo en sus manos *La sucesión presidencial*.

También sin armas, puesto que sólo tenía un par de pistolas. Cesáreo Castro salió de Cuatro Ciénegas (Coahuila), acompañado de media docena de antirreeleccionistas, mientras que el minero Francisco Murguía, seguido de una docena de trabajadores del mismo ramo, se alzaba en un punto cercano a Saltillo. Y ese mismo día, Rafael Cepeda, málico y liberal potosino, expedía una ardorosa proclama (San Luis, 20 de noviembre) llamando al pueblo potosino a la lucha armada, y junto con 14 amigos, empleados de comercio en su mayoría, se internaba en la Sierra de Galeana, para establecer ahí su cuartel general. Cada uno de aquellos hombres llevaba una carabina 30-30 al hombro, y entre todos reunían 120 cartuchos. Esto no obstante, el manifiesto de Cepeda sólo daba un plazo de tres meses para derrocar al gobierno de don Porfirio. Y al igual de Cepeda, Juan G. Cabral, en un manifiesto expedido en Tucson (Arizona) en la fecha indicada por Madero, anunciaba que ese mismo día pasaría a suelo nacional al frente de “200 valientes”, con la seguridad de que en 30 días haría “morder el polvo” a los federales que guarnecían el estado de Sonora.

¡Qué de ensueños: qué de alientos; qué de hazañas: qué de sencilleces rurales! ¿No Francisco Cos, al frente de 14 maderistas mandaba un emisario a Parras pidiendo la rendición de la Plaza donde estaban cuarenta y tantos soldados federales? Y, ¿no José Inés Salazar y

Braulio Hernández aseguraban en El Paso que de tener armas, con 50 hombres estaban resueltos a tomar Ciudad Juárez? Y, ¿no Antonio I. Villarreal, con una demora de tres días de la fecha fijada por el Plan de San Luis, seguido por 20 liberales y maderistas empezaba a torear a los federales de Ojinaga, y luego expedía un manifiesto diciendo que estaba organizando la vanguardia del ejército revolucionario al frente del cual llegaría a la Ciudad de México para “¿derrocar al tirano?”.

Todo aquel cuadro de improvisados guerrilleros tenía semejanza a una escena romántica, cuyos personajes parecían ser infantes o jinetes atrevidos y soñadores. Hermoso día, no obstante su grande responsabilidad patriótica y humana, fue el 20 de noviembre de 1910! Siéntese como si en tal fecha hubiese nacido en el mundo mexicano una generación incitada por lo heroico y lo ideal.

#### LOS DÍAS DE LA GUERRA

A pesar de la espontaneidad en los levantamientos registrados el 20 de noviembre, el gobierno del general Porfirio Díaz parecía incommovible; porque ¿qué podría hacer aquella gente rústica, desorganizada y mal armada? Los altos funcionarios del régimen fiaban en que, pasado el entusiasmo de los alzados y castigados una sola vez por las fuerzas federales, los rebeldes no tendrían otro camino que el de rendirse.

Esta idea oficial repercutía no sólo en las publicaciones periódicas nacionales, casi todas oficialistas, sino también en las extranjeras. Los periódicos de Estados Unidos habían dejado de referirse a la Revolución Mexicana con el entusiasmo e interés que le dieran anteriormente. A la mitad de diciembre (1910), se acrecentaba el optimismo oficial; y los maderistas se mostraban inciertos, puesto que habían creído en un alzamiento popular y unánime en el país.

El gobierno de Estados Unidos hacía manifiesta su hostilidad hacia los revolucionarios mexicanos. En Washington, Juan Sánchez Azcona, secretario de la agencia confidencial revolucionaria, estaba preso, acusado de violar las leyes de neutralidad. En El Paso y San Antonio, una inedia docena de agentes vendedores de material bélico norteamericano se vieron obligados a abandonar su negocio; pues ahora, no eran únicamente los agentes de las policías privadas quienes vigilaban día y noche las actividades maderistas en Texas. Era también el procurador texano, quien daba órdenes para que dentro de su jurisdicción fuesen cumplidas las leyes de neutralidad.

Otros hechos más parecían llevados con el fin de dar al traste la Revolución: el rompimiento de Ricardo Flores Magón y la Junta del Partido Liberal con el maderismo, las intrigas y rivalidades entre los revolucionarios residentes en San Antonio, las pocas esperanzas de Gustavo A. Madero para conseguir armas y municiones en Estados Unidos debido a la vigilancia del gobierno norteamericano y la falta de nuevos levantamientos en la República.

Sin embargo, si la Revolución no se acrecentaba en número de combatientes, ni en abastecimientos bélicos, ni en acciones de guerra, en cambio qué de individuos, con alma de capitanes surgían entre los revolucionarios! Y, ¡qué de nuevos jefes al frente de improvisadas guerrillas urdían planes casi novelescos!

En Sinaloa estaba alzado Justo Tirado, liberal veterano, tenía la edad de 75 años. Le acompañaba Juan Carrasco, un rústico sagaz y valiente. De la frontera de Sinaloa y Durango, bajó hacia la zona costanera Herculano de la Rocha, otro viejo liberal, quien traía como su lugarteniente a su propia hija; y del norte de Sinaloa salió un grupo que se dirigió a Chihuahua, primero; a Durango, después, capitaneado por el ferrocarrilero Rodolfo Fierro. En suelo duranguense, un amigo y compañero de correrías de Francisco Villa, un hombre que fácilmente se exponía a todos los peligros, Tomás

Urbina, con una partida de abigeos buscaba a los maderistas de Orozco o del propio Villa. En el estado de Morelos se levantaron Pablo Torres Burgos y Juan Placencia. Los adalides magonistas Práxedes G. Guerrero y Prisciliano G. Silva, han entrado a territorio chihuahuense, procedentes de Estados Unidos, al frente de una partida de 15 hombres. La revuelta en Sonora, dirigida por Severiano Talamante, Juan G. Cabral y Benjamín Hill, ya no es la broma con la que pretendieron jugar las autoridades porfiristas. En Puebla se, pregunta si el estudiante Juan A. Almazán será el mismo Juan Almazán, a quienes unos hacen sublevado en Morelos, otros en Guerrero y los terceros en suelo poblano. Un joven minero, Gabriel Hernández, anda al frente de una partida de 10 hombres en las cercanías de Pachuca.

El gobierno, que sólo ha conocido el triunfo en una escaramuza con los rebeldes registrada en las cercanías de San Andrés, cree necesario relevar del mando de la segunda zona militar a Manuel M. Plata, a quien sustituye el general Juan A. Hernández, veterano de la siempre condenable y cruenta guerra en la región del Yaqui.

Hernández era un militar emprendedor. Esto no obstante, no adelantará mucho al tratar de desarrollar sus primeros planes para ahogar la rebelión; pues si es cierto que ésta ha decrecido en acciones y movimientos, en cambio se ha acrecentado en el número de sus simpatizadores.

Los pueblerinos, que ven en el régimen porfirista un nido de caciquismo despótico, de los hombres perpetuados en el poder, de los jefes políticos que disponen todos los negocios públicos sin la consulta popular, de los privilegios igual, la llegada del día conveniente para exterminar todos los males de que padecen, miran al maderismo como la tabla salvadora de todos sus infortunios, y creen que ha llegado la hora de los muchos remedios que el vulgo encuentra siempre a la mano, para alcanzar la dicha que justamente merece el pueblo.



Domingo Arrieta, jefe revolucionario duranguense

Así, quienes el 20 de noviembre titubearon para levantarse en armas, a los últimos días de 1910 eran hombres de muchos arrestos que, o bien hacían público su desafecto al régimen porfirista, o bien se unían abierta y francamente a las filas revolucionarias.

Y esto último aconteció, de manera importante, con los labriegos del distrito de Cuencamé, quienes habiendo faltado a la cita del Plan de San Luis, ahora, a mediados de diciembre, después de tratar de recuperar las tierras que la hacienda de Sombrerillos les había quitado años atrás, se alzaron en armas, pidiendo justicia social, y con mucha decisión atacaron y tomaron el cuartel de Villa Ocampo (Durango).

Este suceso, así como los informes que avisaban al gobierno cómo de los minerales y pueblos serranos bajaban más y más hombres para darse de alta en las filas de Pascual Orozco, Francisco Villa, Guillermo Baca, Tomás Urbina y los hermanos Arrieta, obligaron a la Secretaría de Guerra a dictar nuevas disposiciones, y al objeto se ordenó una movilización militar hacia el estado de Chihuahua.

En diciembre (1910), había dentro de la segunda zona, 2 mil soldados bien armados y municionados, con los cuales el general Hernández organizó varias columnas expedicionarias, pero, ¿de qué servía todo ese aparato militar, si el comandante de la zona no podía dar órdenes de marcha para perseguir o castigar a los rebeldes sin instrucciones previas de la Secretaría de Guerra? Además, ¿qué hacer sin dinero para llevar adelante los planes que el general Hernández trazaba?

Esto último, era casi increíble, puesto que el secretario de Hacienda había informado que la reserva del tesoro nacional ascendía a 60 millones de pesos. Sin embargo, como el engranaje de las tramitaciones administrativas establecido por el régimen porfirista para evitar los despilfarros y fraudes de los fondos nacionales, era tan lento y severo, tan inexpedito y minucioso, como consecuencia de un oficinismo de 30 años cargados con todas las mañas de la desidia,

que no obstante las prontitudes de dinero que demandaba la guerra y a pesar de las órdenes imperiosas dictadas por el subsecretario del ramo en ausencia del ministro, un papel entorpecía el movimiento de otro papel; una orden demoraba la orden que seguía, y esto que fue notable en tiempo de paz, en tiempo de guerra, era rémora y amenaza para la estabilidad del gobierno y las instituciones.

Como consecuencia de esa excesiva administración, de la que se decía que era exacta como un reloj, las remisiones de pesos para las más urgentes necesidades del Ejército Federal en el norte de la República eran tan lentas, que cuando el dinero llegaba a las cajas pagadoras de las corporaciones militares o del cuartel general, ya no tenía los usos para los cuales había sido requerido. El régimen porfirista era, incuestionablemente, una magna organización política para la paz; pero una deficiente organización para la guerra, de lo cual se desprende que los pueblos no se deben fiar de los periodos de paz a veces tan hermosos, que quebrantan el alma previsora de los estadistas.

Así y todo, pero siempre sin apartarse de las instrucciones del centro, los comandantes del Ejército Federal, con mucha abnegación y bizarría, trataban de llevar adelante una campaña de limpia en el estado de Chihuahua. Mas, la práctica enseñó a tales jefes, que allí donde barrían tres o cinco grupos rebeldes, reaparecían 10 o 15. Ahora, la gente comprometida y la no comprometida tenía que, de fracasar los revolucionarios, el gobierno tomaría venganza no solamente en los responsables de los levantamientos, sino también en los que podía suponer responsables. De esta suerte, frente al peligro ser víctimas de un gobierno victorioso, la gente optaba por errar todo el peso de su simpatía y cooperación en favor del bando rebelde.

Debido a esto, era tanto el optimismo de los revolucionarios, que si a la madrugada de un día se presentaban, capitaneados por Baca, Herrera y Pedro Gómez a las puertas de Indé, poco después,



perdiéndoseles a las fuerzas que les perseguían, reaparecían amenazantes en las calles de La Descubridora. Ese espíritu emprendedor y agresivo —la vocación creadora que produjo la Revolución— de los rebeldes, no lo podían comprender los jefes del Ejército Federal.

Pero no era tanto de estas guerrillas románticas de las cuales se preocupaba el gobierno. La Secretaría de Guerra, mandó en cambio, que fuese perseguido, hasta exterminarlo, el núcleo rebelde acaudillado por Pascual Orozco; y al efecto, ordenó la organización de una columna de las tres armas, para dar una batida formal a las partidas orozquistas que operaban a lo largo, de los ferrocarriles Kansas y Noroeste; y la columna salió de la capital de Chihuahua al mando del general Juan J. Navarro.

Éste, movilizó sus soldados con las debidas precauciones; pero como carecía de servicio de información, ignoraba dónde se hallaba el enemigo, muy ajeno a que Orozco le seguía la marcha, sin ruido, preparando un ataque sorpresivo.

Así, cuando Navarro llegó a un punto llamado Cerro Prieto, en el camino a Cusihuiachi, los maderistas se presentaron inesperadamente. Habían elegido un inmejorable lugar para el combate, pues el terreno era propio para atrincherarse con ventajas.

Desde los comienzos de la acción, se sintió la superioridad impetuosa de los revolucionarios, quienes causaban grandes estragos en las filas gobiernistas; y sin decidirse el triunfo de unos y otros, el general Navarro ordenó la organización de una columna que avanzara rápidamente hacia Pedernales y el Cañón de Malpaso, sobre la vía del Noroeste, a fin de proteger un convoy militar que, conduciendo un batallón a las órdenes del coronel Martín Luis Guzmán, llegaba con tropa de fresco procedente de Querétaro; ahora que toda esa gente, mandada apresuradamente por la Secretaría de Guerra, era de reclutas descalzos, sin abrigo y apenas instruidos en el arte de la guerra.

Navarro, sin considerar que los revolucionarios hubiesen ocupado previamente las alturas de un punto tan importante como Malpaso, estuvo a punto de entregar la columna de auxilio a la muerte; pero la salvó su pronta y personal movilización; pues apartándose de la refriega en Cerro Prieto se presentó con el grueso de la tropa en el Cañón, trabando formal combate en el acto, con lo cual detuvo los ímpetus de los maderistas que ante aquella acometida valerosa y resuelta, empezaron a retirarse; aunque en seguida volvieron a la lucha para ocupar los lugares dominantes del desfiladero, de manera que al entrar en éste el tren de auxilio, y dado que los ferrocarrileros, como acto de simpatía hacia los revolucionarios se negaron a movilizar el convoy, los federales quedaron atrapados bajo los ventajosos fuegos del enemigo que ocupaba las alturas, de manera que las fuerzas del gobierno fueron mermadas en poco tiempo, quedando muerto en la acción el coronel Guzmán, soldado muy bizarro y de mucha prestancia en el Ejército nacional.

Con lo sucedido a la columna de auxilio, el general Navarro quedó en situación difícil. Los revolucionarios, ansiosos de destruirlo, le hostilizaban y asediaban por los cuatro costados. Si no perdido el general Navarro estaba prácticamente inhabilitado para emprender nuevos movimientos con posibilidades de triunfo.

A tales horas, la Secretaría de Guerra alarmada por lo que sucedía a Navarro, ordenó que más tropas a las órdenes del coronel Manuel Gordillo salieran prontamente de Torreón, y que los batallones bajo el mando del general Gonzalo Luque y coronel Antonio Rábago se pusieran en marcha desde las ciudades de México y Guadalajara hacia el estado de Chihuahua.

Gracias a los auxilios, el general Navarro pudo salir, después de tres encuentros en Malpaso, de su embarazo militar, regresando maltrecho a la capital de Chihuahua, en donde, ya reunidos en la zona 5 mil soldados, podía ser organizada una campaña en toda forma.

Dentro de aquel régimen de tanta autoridad como el porfirista, no eran de temerse ni se temían las deslealtades. El porfirismo constituía un régimen cerrado al mundo particular o popular, de manera que sus tolerancias siempre correspondían a la vida interna del propio sistema. La guerra civil significaba, pues, el choque de una fuerza con otra fuerza. Ahora bien: si la fuerza contraria al gobierno no poseía los mismos instrumentos de guerra que éste, sí le sobresalía en iniciativa, audacia, ligereza y popularidad. Mientras que los soldados federales iban a cumplir con su deber, los soldados rebeldes, en alas de un ideal que, como el de la libertad, representaba para ellos un principio casi sagrado, combatían con tanto valor y decisión que todas las tácticas de los facultativos federales, y todo el pundonor de los generales y oficiales del viejo Ejército, quedaban esterilizados. Tal es el poder que alcanza la gente del pueblo, cuando los gobernantes, engolosinados con lo presente, no prevén lo porvenir.

Los sucesos en Malpaso (16 al 28 de diciembre de 1910) alentaron tanto a los maderistas cuyo número se acrecentaba día a día, que dentro del vasto territorio del estado de Chihuahua se movían ya entre 20 y 25 grupos de rebeldes armados y desarmados, aunque todos sus hombres iban a caballo, con lo cual los revolucionarios llevaban una grande ventaja a los federales, en quienes la caballería de rutina era casi nula frente a la estrategia y velocidad de los jinetes maderistas.

Orozco, después de la acción de Malpaso y perdido que hubo, días después, la plaza de Guerrero, llevado por el feliz y generalmente certero espíritu de la arriería, cruzó pueblos y rancherías, situándose una vez más con su gente, al pie de la Sierra Madre Occidental con el objeto de reorganizar sus guerrillas y recomenzar la lucha contra los federales.

Villa, por su parte, al frente de sus jinetes, después de muchas disputas con Orozco que terminaron con la separación de ambos, tomó el camino de Chínipas, mientras le llegaban municiones. José

de la Luz Blanco andaba hacia el rumbo del Cañón del Pulpito, en tanto José de la Luz Soto, rehuía el encuentro con el enemigo, encaminándose hacia la ribera del Bravo. Baca tenía su campamento en las márgenes del río Concho, mientras que Práxedes G. Guerrero, tomando el mando de los liberales y deseoso de una ofensiva revolucionara en Chihuahua atacó Janos la noche del 30 de diciembre (1910). Ahí halló la muerte. Era Guerrero hombre de muchos valimientos. A su gran afición a las letras unía su amor inmensurable al pueblo y a sus ideas anarquistas. Había sido Guerrero, si se le quiere dar un calificativo preciso, un verdadero paladín de la libertad.

No obstante tal estado de cosas, la sublevación nacional no dejaba de ser un poder. La Revolución parecía ahora, a pesar de sus debilidades físicas, un capítulo abierto del derecho moral que la naturaleza llega a otorgar a sus criaturas.

## Capítulo V

---

### El triunfo

#### RELACIONES CON ESTADOS UNIDOS

El general Porfirio Díaz ha jurado, el 4 de diciembre de 1910, desempeñar, como consecuencia de su sexta reelección, las funciones de presidente de la República como manda la Constitución de 1857; y aunque el juramento no tendrá, como no lo ha tenido anteriormente, cumplimiento en las prácticas accesorias, su efecto será preciso en la substancia constitucional: la representación efectiva y honrosa de la patria, la defensa de las instituciones políticas y civiles, la garantía al derecho de propiedad y la seguridad del orden colectivo.

Si no es eso todo lo que manda tal Constitución; y si ésta no era cumplida al pie de la letra, no se debía a la ausencia del ánimo moral o patriótico del cuadro de la autoridad oficial. Díaz, en medio de sus grandezas personales, reconocidas por propios y extraños, no creía en los atrevimientos o ensayos políticos. Por esto, 10 días después de tener las primeras noticias de la insurrección en el norte del país, se sentía tan tranquilo y seguro de su situación, que su presencia en el Congreso de la Unión, para prestar el juramento de ley, podía hacer creer que tan ilustre octogenario, aureoleado por el principio de la autoridad absoluta, alcanzaría a terminar su nuevo presidenciado o que, en el desgraciado caso de su muerte, la República seguiría disfrutando de un régimen de paz y orden.

Todo eso, por supuesto, correspondía a la mente del general Díaz y de sus allegados, mas no del pueblo. Éste, aparentemente

insensible ante los acontecimientos políticos e intuyendo la composición de otros sucesos más conmovedores, no pareció tener interés en el nuevo juramento de Díaz ni en las elecciones municipales (diciembre, 1910) hechas conforme al mecanismo habitual que nadie extrañaba. Dos eran las otras noticias que movían a la opinión pública: la que hacía referencia a la guerra en el norte del país y la que atañía a las relaciones con Estados Unidos. Éstas, ciertamente, no dejaban de ser cordiales, pero como se acercaba la fecha para la renovación de los permisos relacionados con el uso de Bahía Magdalena y Pichilingue, la atención nacional estaba fija en la resolución que el gobierno de México diera a tan escabroso asunto.

Este negocio lo dirigía el Ministerio de Relaciones con señalada prudencia; pues acercándose el plazo para la prórroga del permiso, la cancillería mexicana instruyó al embajador de México en Washington Francisco León de la Barra, a fin de que éste disuadiera al presidente de Estados Unidos de tal renovación, exponiéndole cuán grave error cometería la Casa Blanca de continuar en el continente una política de ganancia en concesiones, puesto que tal política llegaría a ser considerada por los países americanos de habla española como una amenaza, bien definida, de Estados Unidos, ya que en la realidad, muchas y grandes eran las críticas que con motivo del permiso o concesión de Bahía Magdalena se hacían a Estados Unidos, considerando que el gobierno norteamericano abusaba de su poderío y proseguía una política con todos los visos de imperialista.

Tan hábil fue la política del general Díaz cerca de la Casa Blanca, que sin menoscabo en las relaciones de los dos países, el gabinete norteamericano, en seguida de examinar los progresos que el antiyanquismo hacía en América del Sur y el desasosiego patriótico que se experimentaba en México, con todo tino desistió formalmente (11 de enero, 1911), de renovar la petición a México.

Fue este acontecimiento, por lo que respecta a la política interna del país, un poderoso auxilio para el régimen porfirista, puesto que

aparte de exaltar los sentimientos patrióticos del pueblo, consolidó las relaciones mexiconorteamericanas, que si no postradas, seguramente estaban resentidas moralmente después de la entrevista de los presidentes Porfirio Díaz y William H. Taft, cuando éste debió advertir el estado valetudinario del gobernante mexicano y las censuras que la propia prensa de Estados Unidos dirigía a don Porfirio llamándole “dictador sempiterno”.

Tan señalados fueron, en efecto, los temores abrigados por el gobierno norteamericano respecto a la ineptitud física del general Díaz, que el presidente de Estados Unidos mandó a Henry Lane Wilson, individuo conocido por su agresividad, sus disposiciones de mando y su fanatismo democrático, como embajador del gobierno norteamericano en México.

Eran esos días, aquellos en los cuales empezaban a dilatarse continentalmente, ya no los intereses políticos o militares de Estados Unidos, sino los intereses capitalistas e inversionistas que entraban a los pueblos americanos de habla luso española con derechos de favorecidos, toda vez que no existía ninguna legislación protectora contra los grandes intereses de potencia alguna, con lo cual, como era de consecuente razón, se prestaba si no a abusos de intencionalidad, sí a disgustos de las grandes masas populares tan sensibles frente a los poderíos; a disgustos, principalmente, de los medioilustrados, siempre hechos a los excesos emotivos.

Esto no obstante, el gobierno de Washington, si de un lado desistía de cualquier negocio con los países continentales conexivo a cesiones o concesiones territoriales, de otro lado, creyó que el tema central de su diplomacia debería consistir, no en coordinar los bienes humanos de los países centro y sudamericanos, lo cual hubiese producido un bienestar general en el Hemisferio, sino en proteger, sobre cualquier otro negocio, el establecimiento y progreso, a lo largo y ancho del continente, de los intereses económicos de Estados Unidos.



Tan ajena a la diplomacia del dólar, y a las consecuencias que ésta podría producir, estaba la diplomacia mexicana, que en vez de atajar esa política de proteccionismo económico exterior que seguía el gobierno de la Casa Blanca, puso sobre la mesa del Departamento de Estado Norteamericano, junto con los permisos para el uso de las bahías de Magdalena y Pichilingue, el negocio del Chamizal y el concerniente a las aguas del río Colorado.

Así y todo, si esa política hacia Estados Unidos no desmejoró las relaciones entre los dos países, sí dio lugar a desconfianzas mutuas; ahora que el gobierno de Estados Unidos no titubeó para acceder a los deseos del de México, cuando éste pidió ayuda a las autoridades norteamericanas, tanto para perseguir a los revolucionarios mexicanos asilados en Texas, California y Arizona, como para cerrar el paso de la frontera a los abastecimientos de guerra que estaban recibiendo los maderistas de las fábricas de armamentos de Estados Unidos.

#### LA GUERRA DE GUERRILLAS

No es ya en detalle como el gobierno quiere combatir y exterminar a los revolucionarios que operan en el estado de Chihuahua; pues como la segunda zona militar ha sido reforzada con hombres, vituallas y dinero, se manda al general Juan J. Navarro, para que con los mejores soldados cargue nuevamente sobre la gente de Pascual Orozco, y con esto despeje y domine la vía del Ferrocarril del Noroeste.

Navarro inicia la ofensiva ordenando el fusilamiento de sus prisioneros de guerra. Éstos, que sumaban 11, fueron quizás los primeros revolucionarios pasados por las armas, en represalia de lo cual Orozco ordenó la ejecución de Urbano Zea y otros 10 porfiristas; y en seguida concentro su gente en Miñaca, con el aparente propósito de dar allí batalla formal.

Las noticias acerca de los movimientos de Orozco estimularon al general Navarro, quien desde luego organizó varias columnas de ataque, y sin considerar, la posibilidad de un engaño de los alzados, marchó sobre Millaca.

Orozco, satisfecho de haber atraído al enemigo al punto donde deseaba, dejó a Navarro en el engallo de Millaca, salió sigilosamente de esta plaza y con mucha prontitud cruzó y destruyó la vía del noroeste. Después mandó a Rafael Campa y al norteamericano William Harrington, a quien llamaban el *Diablo Dinamitero*, para que volaran los puentes y vías del ferrocarril Central, mientras que él, Orozco, seguido de sus jinetes que sumaban poco más de 900, se dirigió a mataballo hacia Bachina y continuó sin descanso a Namiquipa. Aquí llegó la mañana del 21 de enero (1911). Los habitantes del pueblo le recibieron jubilosamente; tanto así, que allí mismo se le presentaron ciento y tantos hombres pidiéndole armas, y aunque no se las pudo proporcionar, esto no fue obstáculo para que se le incorporasen.

A esas horas, y entusiasmado por el aplauso que recibía en pueblos y rancherías, Orozco cambió de planes. Ahora al advertir que los federales habían concentrado sus fuerzas en la zona del Ferrocarril del Noroeste, comprendió que estaba desguarnecido el norte de Chihuahua y sin mucho vacilar, abandonó súbitamente Namiquipa y emprendió, al frente de su gente, el camino hacia la frontera con Estados Unidos. Le impelía el osado propósito de caer inesperadamente sobre Ciudad Juárez.

El plan, muy audaz, puesto que Ciudad Juárez por ser plaza fronteriza, aparte de su importancia, se prestaba a la defensa, lo proyectó Orozco no sólo con sus movimientos rápidos, sino con la ayuda de Francisco Villa, a quien mandó un propio, pidiéndole dejara a segundo término las diferencias personales, para concurrir a una misma acción guerrera. Contó también el jefe maderista, para realizar tal empresa, con la tarea destructiva encomendada a los dinami-

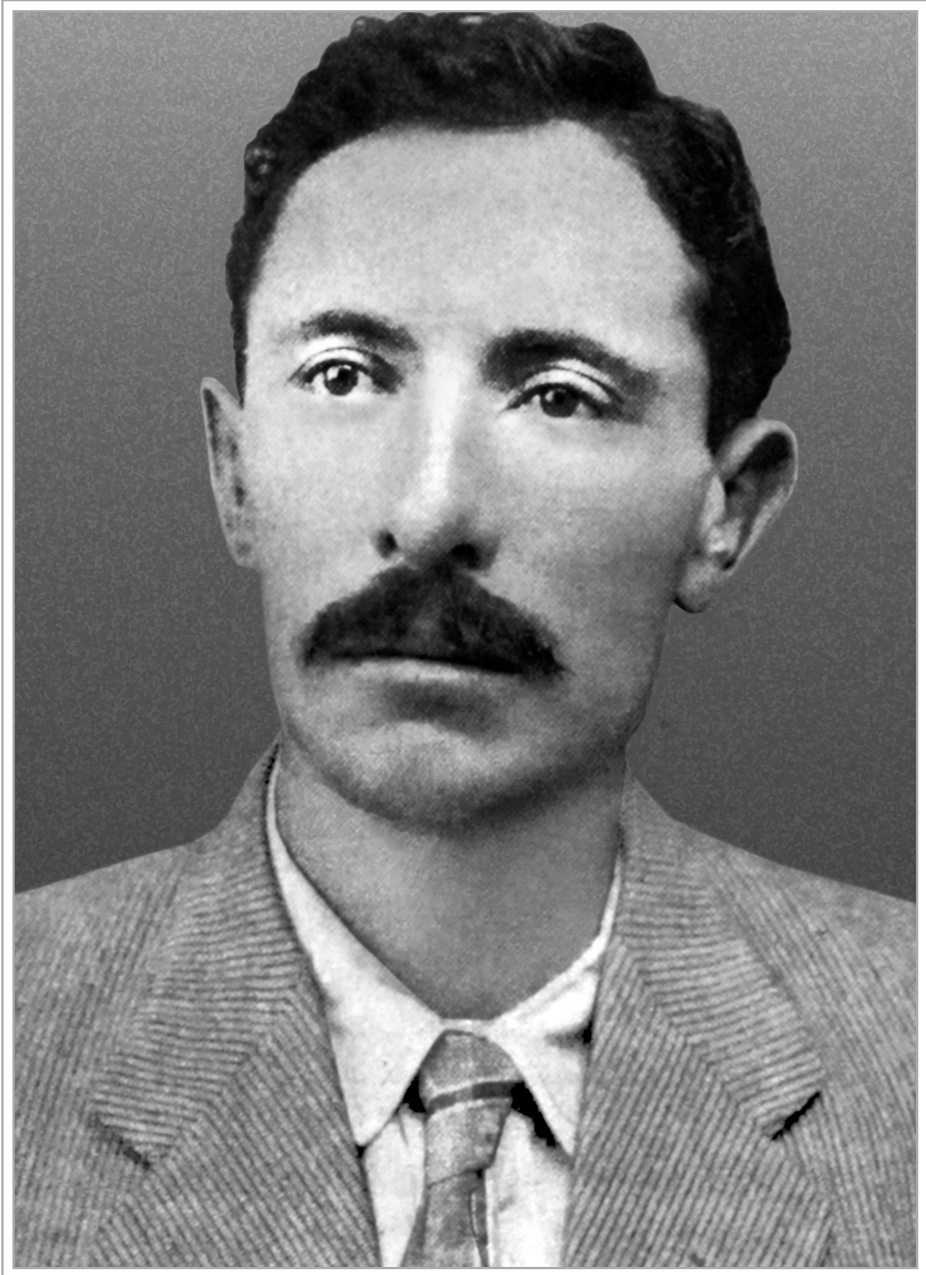
teros Campa y Harrington, en quienes confió la interrupción total de las comunicaciones al norte de la capital chihuahuense, de manera que la fuerza federal de guarnición en Ciudad Juárez no pudiese ser auxiliada oportunamente.

A fin de poder dar cumplimiento a este plan, Orozco avanzó aceleradamente con rumbo a la plaza fronteriza. De paso, su gente cayó sobre las haciendas ganaderas de Luis Terrazas, el principal terrateniente de México; y aunque en algunas de esas fincas, los mayordomos ofrecieron resistencia armada, los revolucionarios las tomaron por la fuerza a fin de abastecerse de víveres y cabalgaduras; pues si la gente de Orozco no estaba bien armada y municionada, en cambio iba bien montada, de modo que con sus ágiles y atrevidos movimientos enseñó cuán ignorante seguía viviendo el mando militar porfirista acerca, de los valimientos del arma de caballería en las llanuras septentrionales de México.

Tratando de que el enemigo ignorara cuáles eran sus propósitos, se hallaba Orozco en la hacienda del Carmen, cuando la mañana del 27 de enero (1914), le comunicaron que una columna gobiernista procedente de San Buenaventura se acercaba a la finca, por lo cual en el acto ordenó que sus lugartenientes Agustín Estrada, Refugio Loya, Gil Herrera y Marcelo Caraveo, al frente de sus respectivos jinetes dividieran sus fuerzas de manera que, simultáneamente atacaran al enemigo por los flancos, mientras que él, Orozco, con la mayor parte de la gente tomaba el mando del centro.

Muchos de los hombres de Orozco, al ver de cerca al enemigo, por carecer de armas de fuego, echaron pie a tierra y como buenos serranos, blandieron sus machetes de campo, se abalanzaron sobre los soldados federales, quienes por haber sido sacados, en su mayoría, de las cárceles del país, no salían de su asombro ante la terrible acometida de los maderistas.

Cerca de seis horas duró el combate, hasta que los gobiernistas empezaron a retroceder. Orozco fue tras ellos hasta San Buenaven-



Pascual Orozco

tura; y allí les volvió a atacar con tantos ímpetus, que pronto cayó la plaza en su poder. La ocupó (28 de enero de 1911) en medio del aplauso y alegría del vecindario, mientras el enemigo la abandonó en desorden; pero Orozco no mandó que se le persiguiese, pues no quiso distraer a su gente del verdadero objetivo de sus movimientos.

Y, al efecto, en seguida de revistar a sus fuerzas, que ascendían a novecientos cincuenta y tantos hombres montados, ordenó la reanudación de la marcha.

Sin dar reposo a sus soldados. Orozco llegó a Potrero; abandonó el camino carretero; cortó hacia la vía del Central en Ojo Caliente; atrapó un convoy de carga y pasajeros que estaba allí inmovilizado como consecuencia de los daños causados a la vía por los dinamiteros; montó a su gentes en el tren; entró a Villa Ahumada. No se detuvo. Ahora avanza aceleradamente por tierra y sólo piensa en llegar a las puertas de Ciudad Juárez.

Y mientras todo eso se produce casi sobre la línea fronteriza, la guerra de guerrillas ha tomado auge en el sur de Chihuahua y en el estado de Durango.

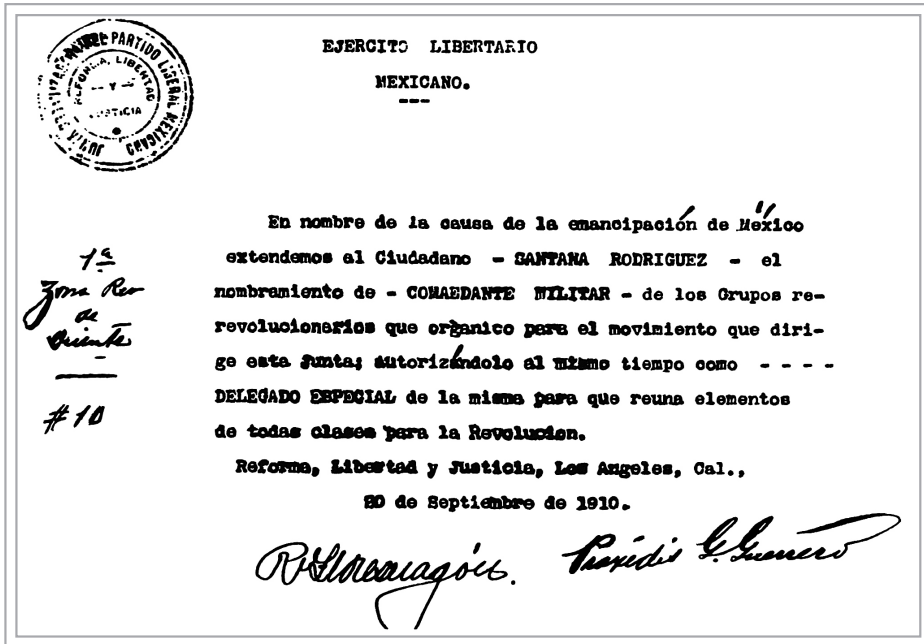
#### ACTIVIDAD DE LOS LIBERALES

Ricardo Flores Magón, Antonio I. Villarreal y Librado Rivera, los adalides del antiporfirismo en Estados Unidos, presos durante tres años en Florence (Arizona), acusados de violar las leyes de neutralidad, han recuperado su libertad, y aureolados por su cautiverio llegan a Los Ángeles (California), en agosto de 1910. Un mes después reaparece *Regeneración*. Es la cuarta época del periódico.

“¡Mexicanos: a la guerra!”, dice Flores Magón en tal periódico. “Mexicano: tu mejor amigo es un fusil. Cómpralo.

Que sea Winchester 30-30”, escribe Antonio I. Villarreal, quien se dispone a la guerra.

Nada en común hay entre los preparativos revolucionarios que en esos días hace Madero en San Luis Potosí y los civil en México,



Credencial del Ejército Libertario expedida por Flores Magón

como de un inevitable acontecer. Así, ajenos a un concierto, se preparan maderistas y magonistas —magonistas porque así llama la gente a los liberales—; y como lo principal es poseer armas y municiones para la guerra, Flores Magón lanza a todos los vientos una proclama pidiendo a los liberales, demócratas, socialistas y anarquistas de Estados Unidos y del mundo que reúnan dinero para que los revolucionarios mexicanos puedan hacer la guerra a Porfirio Díaz.

Y no en balde es el llamamiento de Flores Magón, pues el Partido Socialista de Estados Unidos, la American Federation of Labor, los Industrial Workers of the World y los liberales de John Kenneth Turner, ofrecen su apoyo a los insurgentes de México. Con esto, de un extremo al otro extremo del territorio norteamericano se habla, con entusiasmo, de los revolucionarios mexicanos; y esto da tantas

esperanzas al corazón de un hombre tan emotivo como Flores Magón, que éste, aunque sin unirse a Madero, agranda los sucesos en color y cantidad al través de las páginas de *Regeneración*.

Sin embargo, magonistas dentro de los alzados de noviembre, no hay muchos: el grupo de Prisciliano G. Silva, al oriente de Ciudad Juárez; el de Lázaro Alaniz, Cerca de Bauche; el de Práxedes G. Guerrero, que primero avanza hacia Casas Grandes, y luego se vuelve sobre Janos donde, como se dijo, el propio Guerrero fue muerto.

La situación que la minoría liberal guarda entre los grupos 244 revolucionarios de Chihuahua, hace considerar a la Junta del Partido Liberal la necesidad de elegir su propio campo de operaciones, de manera que los liberales peleen independientemente de los maderistas; y al caso, la Junta resuelve que tal campo sea la península de Baja California, y nombra como jefe de la columna expedicionaria a José María Leyva, y segundo de éste a Simón Bertholdo.

Leyva, hombre de iniciativa y fanático de las libertades, empieza a organizar la expedición en Los Ángeles; y cuando cree haber arreglado todo lo conveniente en lo que respecta a los futuros soldados, Flores Magón le hace saber que sólo puede entregarle un Winchester 30-30, unos centenares de cartuchos y 10 dólares. Esto aconteció el 10 de enero (1914).

Así y todo, Leyva no se desanima y se pone en marcha hacia Holtville (Alta California), donde va a reunir su gente y a esperar los recursos bélicos que le promete Flores Magón; pues la Junta ha resuelto iniciar la guerra en Baja California con un asalto al pueblo de Mexicali.

En Holtville se unen a Leyva los liberales Rodolfo Gallego, Camilo Jiménez y 10 o 12 más. Faltan armas; pero a poco las recibe Leyva. En efecto, Flores Magón le envía 200 rifles Springfield y 15 mil cartuchos. Es la contribución de los norteamericanos que, ya liberales, ya socialistas, ya anarquistas, envían a los revolucionarios mexicanos. Ahora, pues, hay material para la guerra y es indispen-



sable comenzarla. Los magonistas, de los cuales dos son norteamericanos, se ponen en marcha hacia la frontera de México. Los revolucionarios son 15, y llevan las armas en un carro.

La noche del 15 de enero, los liberales están en suelo mexicano, como a 14 kilómetros de Mexicali. Allí debió hallarse otro grupo comprometido a concurrir a la guerra; mas el grupo no aparece, y Leyva opta por permanecer junto a sus compañeros semiculto entre los matorrales, con la esperanza de que llegarían más tarde los otros comprometidos; y como esto no sucedió, y empezaban a escasear los víveres, el día 28 Leyva resolvió marchar sobre Mexicali. La plaza estaba defendida por sólo ocho hombres y fácilmente fue tomada.

Ningún programa, denotante de e ideas específicas, a excepción de la concniente al derrocamiento del gobierno porfirista, pretendió desarrollar Leyva en Mexicali. Lo importante para el jefe de la expedición fue organizar un cuerpo de 200 hombres, ya de aventureros, ya de jornaleros, pero mexicanos todos, con la mira de avanzar hacia Los Picachos, donde Celso Vega, al frente de una columna gobiernista, estaba acampado después de salir de Ensenada al tener noticia de lo acontecido en Mexicali.

Organizada la columna. Leyva se puso en marcha hacia Los Picachos; pero antes de combatir retrocedió precipitadamente a Mexicali, pues tuvo conocimiento de que habiendo llegado a tal población poco más de 50 extranjeros, miembros en su mayoría de grupos socialistas, éstos tenían elegido como comandante de la plaza a William Stanley. Leyva de vuelta en Mexicali, no sólo desconoció la autoridad de Stanley, sino que ordenó que éste fuese aprehendido y conducido a territorio de Estados Unidos.

Con el suceso, Leyva fortaleció su posición como jefe de las fuerzas liberales en la península, dando órdenes para la defensa de la plaza; pues Vega, teniendo noticias de las rivalidades entre los revolucionarios, se acercó hasta las goteras del pueblo; pero sin muchos

deseos de combatir. A la primera resistencia de los magonistas se volvió a Los Picachos.

Animado por la retirada de los gobiernistas, Leyva emprendió una segunda marcha hacia el camino de Ensenada; pero nuevamente la intrusión de los extranjeros quebrantó y dividió a los liberales, ya que en tanto unos consideraban que los socialistas norteamericanos acudían al llamamiento que Flores Magón había hecho al proletariado mundial y que por lo mismo no podían ser tenidos por filibusteros, otros creían que la Revolución estaba obligada a rechazar de sus filas a los soldados de fortuna.

La situación se hizo tan difícil y comprometida para Leyva, que en medio de muchas dificultades entre socialistas mexicanos y socialistas extranjeros, optó por dejar el mando, quedando al frente de los magonistas Francisco Vázquez, primero; Francisco R. Quijada, después.

#### MADERO EN SUELO MEXICANO

Pascual Orozco está (3 de febrero de 1911) en Samalayuca, a las puertas de Ciudad Juárez. Sus hombres, ya acampados y teniendo a la vista la plaza fronteriza, le incitan al combate; pero Abraham González llega al cuartel de Orozco y trata de disuadir a éste del ataque a la población, pues aparte de que los maderistas no tienen suficiente experiencia guerrera ni los abastecimientos necesarios para un encuentro formal con el enemigo o para un sitio a Juárez, González dice a Orozco tener informes ciertos de que una columna federal a las órdenes del general Juan N. Navarro, al tiempo de reparar la vía del Central se acercaba a auxiliar la guarnición de Ciudad Juárez. Y los informes de González eran exactos.

Orozco, no obstante las noticias de González, no quedó muy convencido e insistió en realizar el ataque; mas, como a poco le comunicaron que sus soldados, temerosos de un fracaso, empezaban a desertar huyendo hacia Estados Unidos, y como por otra parte, sus

Participo a Vd. que dentro de las próximas 24 horas iniciará con mis fuerzas el ataque de esa ciudad.

Lo cual tengo el honor de comunicar a Vd. para que se sirva dar el aviso correspondiente a los ciudadanos de la estación que tan dignamente representa, con el objeto de que permanezcan neutralemente a Vd. se sirva transmitir a dichos Señores la noticia que aquí le comunico, para que ellos, a su vez, den el correspondiente aviso a sus representados.

Por la Patria—Sufragio Libre—No-Reelección

Campo de Operación en Camalguaca  
Estado de Chihuahua, México

A 3 de Febrero de 1911  
El General en Jefe:

J. Orozco

lugartenientes le hicieron saber que los soldados revolucionarios estaban escasamente municionados, desistió de la empresa y con mucha habilidad, y sin perder la popularidad que le habían dado las publicaciones periódicas de El Paso, se retiró del punto.

De este osado movimiento de Orozco, que indicaba lo que eran capaces de hacer los alzados, así como de otros levantamientos y progresos de los partidarios del Plan de San Luis en la República, fue informado Madero, quien a instancia de González había llegado a El Paso (3 de febrero de 1911); y resuelto a ponerse al frente de sus partidarios armados, ordenó que se reuniese la Junta revolucionaria establecida en la ciudad texana, para leer (8 de febrero) ante los miembros de la misma, el plan de guerra que él mismo había trazado, y que no pareció a todos los concurrentes.

Sin embargo, sin titubear, Madero ratificó sus decisiones, y empezó a dar órdenes; y por lo mismo, esa misma noche pasaban a suelo mexicano los jóvenes Raúl Madero, Roque González Garza, Rafael Aguilar y Salvador Gómez. Tres días después, haría lo mismo Abraham González, y él, Madero, cruzaría el Bravo a las primeras horas del 13.

El plan de campaña fijó que los grupos revolucionarios, reunidos a la mañana de ese mismo día en el pueblo de Zaragoza, continuarían a Guadalupe, para avanzar, en seguida, hacia la vía férrea del Central, con la mira de cortarles, y luego internarse en dirección a San Buenaventura y desde allí, movilizarse sobre Casa Grandes. Tal marcha significaba poco más de 300 kilómetros, llevando toda la impedimenta y bajo el rigor de los vientos y la nieve.

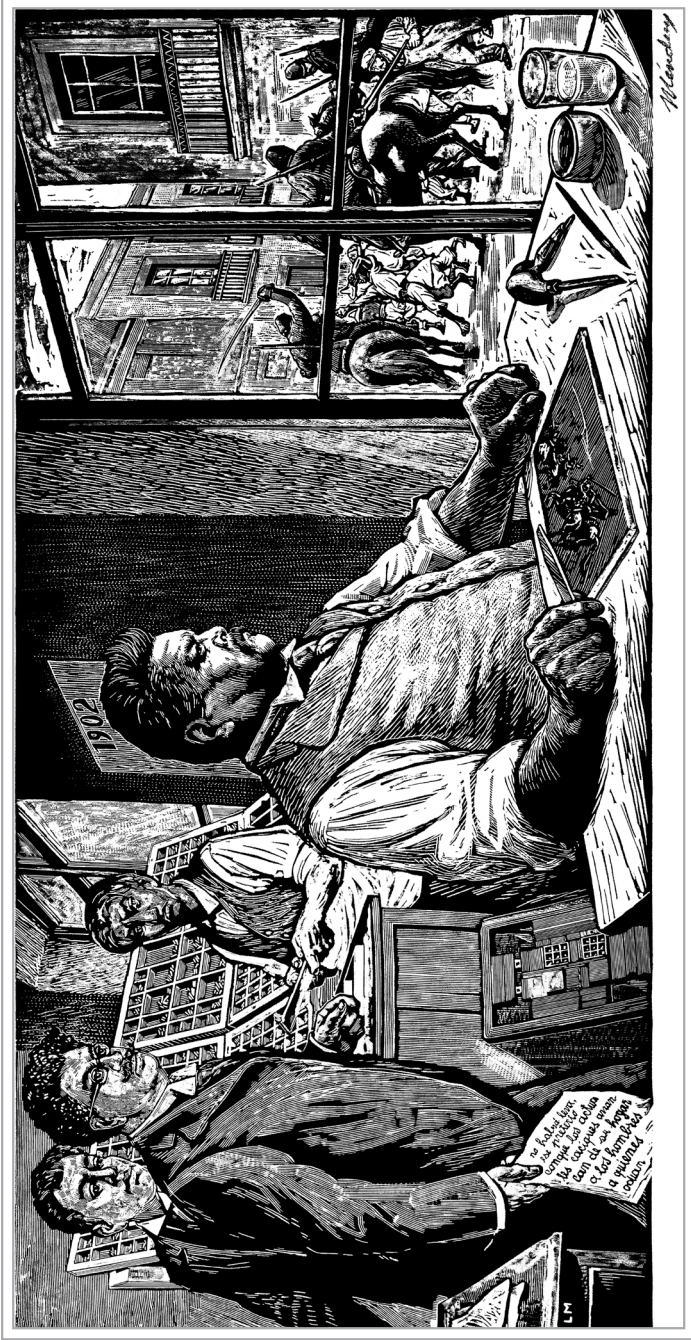
Cumplidas las primeras órdenes, a las tres horas del 13 de febrero, Madero vadeaba el río Bravo. Estaba nuevamente en territorio patrio. Era, de acuerdo con el Plan de San Luis, el presidente provisional de la República. Así lo reconocieron, presentándole armas, los revolucionarios que, al liando de Roque González Garza, acudieron a recibirle. Y esto, en medio de adhesiones fervorosas.

No pasaban los primeros entusiasmos de la recepción, cuando se unieron a Madero los demás insurgentes al mando de don Abraham González. Empezaba a vestirse la tierra con la luz del día. Los hombres iban desfilando para estrechar la mano, uno a uno, del caudillo.

Cuando hubo pasado la alegría, Madero empezó a dar órdenes. Guiseppe Garibaldi, nieto del caudillo guerrerista italiano del siglo XIX, quien estuvo entre los primeros extranjeros que se dieron de alta en las filas del maderismo armado, tomaría la vanguardia con 25 jinetes, mientras él, Madero, expedía los primeros decretos de gobernante: el del nombramiento de comisionado de gobernación a Emilio Vázquez; la confirmación de agente de la Revolución en Washington a Francisco Vázquez Gómez; el que autorizaba la contratación de un empréstito de un millón de pesos oro americano para los gastos de guerra; la orden para que se comunicara oportunamente a los jefes de las misiones diplomáticas acreditados en Estados Unidos las causas de la Revolución, así como que Madero era el presidente provisional.

Poco después, Madero montó a caballo y seguido de González y su estado mayor, emprendió la marcha. Seguíanle 132 hombres, incluyendo un grupo de siete norteamericanos. De todos esos hombres, sólo cincuenta y tantos iban debidamente armados y municionados. ¿Y con esa partida, el jefe de la Revolución proyectaba derrocar al omnipotente gobierno de don Porfirio? El porvenir de México dependía, con tales aprestos, más de la audacia que del razonamiento.

A la mañana siguiente, Madero entró en Guadalupe, en donde ocurrieron desórdenes no sólo por falta de alojamientos para los revolucionarios, sino debido a los desmanes cometidos por los liberales magonistas, aunque la voz del caudillo fue suficiente para calmar a los insurrectos. Sin embargo, con este motivo y la falsa alarma que circuló sobre la cercanía del enemigo, se vio que dentro de los rebeldes estaban dos grupos antagónicos.



En el taller de Guadalupe Posada, los hermanos Flores Magón, 1912. Litografía de Leopoldo Méndez



Lo sucedido no dejó de tener interés; pues habiéndose recibido informes de que el general Juan J. Navarro había salido de Ciudad Juárez en persecución de los rebeldes, Madero ordenó que sus fuerzas, que ya ascendían a 300 hombres, ya que en Guadalupe se le unió el jefe liberal Prisciliano Silva con ciento y tantos insurrectos; ordenó que sus fuerzas se retiraran pronto del punto a fin de buscar otro más conveniente para el combate que parecía inevitable. A esto, se le presentó Silva, haciéndole saber que no estaba dispuesto a obedecerle; y como se le preguntara la causa de su actitud, contestó dirigiéndose al presidente provisional: "porque usted no es el jefe de la Revolución. El jefe es Ricardo Flores Magón. Yo sólo obedezco a la Junta del Partido Liberal".

Como respuesta, Madero ordenó que Silva fuese arrestado; y aunque éste, con un grupo de sus más valientes, tomó las armas en actitud agresiva y denostó a Madero, pronto quedó sometido y repudiado por la mayoría de los suyos, y no tuvo más remedio que retirarse y vadear el río Bravo, para internarse en suelo norteamericano.

Flores Magón había iniciado, en efecto, la batalla contra el maderismo. "Francisco I. Madero (escribió) es un millonario que ha visto aumentar su fabulosa fortuna con el sudor y con las lágrimas de los peones de sus haciendas. Este partido (maderista) lucha por hacer *efectivo* el derecho de votar, y fundar, en suma, una República Burguesa como la de los Estados Unidos". Muy desemejantes, ciertamente, a las de Madero eran las ideas políticas de Flores Magón.

En seguida de esos sucesos, Madero reanudó la marcha, poniéndose a la vanguardia de su gente, y para avivar la ambición de todos, expidió dos nombramientos militares. Concedió el grado de teniente coronel a José Garibaldi; de mayor a Eduardo Hay.

La columna avanza por una llanura semidesértica. Las rancharías son, pobres; no hay alojamientos ni otra alimentación que el tasajo. Los carros con la impedimenta se mueven con lentitud. La



tropa tiene que vivaquear a cielo abierto sufriendo las consecuencias de la temperie. Una noche nevó.

Cuatro días fueron de caminar. Al quinto, los revolucionarios estuvieron a unos cuantos kilómetros de la vía férrea. Madero ordenó un alto. Había mandado al mayor Hay que quemara los puentes al norte de estación Ranchería. Una gruesa columna de humo se alzó a poco. Pareció consumada la orden del presidente. Sin embargo, no había tal. Era un convoy capturado por Hay, que avanzaba en dirección a donde estaban los alzados.

Madero, en medio de la alegría de todos, lo abordó con los suyos, y mandó la marcha hacia el sur. Aquello animó al concurso. No faltó quien propusiera caer inesperadamente sobre Chihuahua; pero Madero, con mucha prudencia disuadió a los impetuosos.

A bordo del tren, los revolucionarios entraron a Villa Ahumada, población abandonada por las autoridades porfiristas; y allí permaneció Madero lo necesario para dar orden a su gente, al frente de la cual continuó por el camino carretero hacia el sur.

Con el frío, la excesiva impedimenta y lo bisoño de los soldados, cinco días de marcha entre Alamo de Peña y San Lorenzo, fueron monótonos; y quizás con esto se suscitaron rivalidades entre los oficiales de la columna, y unos se creyeron más capaces que los otros; luego, todos se consideraron con los mismos derechos; y de lo primero y lo segundo, surgió la creencia de que el responsable de aquellas discrepancias era el teniente coronel José Garibaldi, a quien se consideró que, aparte de ser extranjero, era incompetente y por lo mismo se pidió al presidente provisional que le destituyera del mando. Esto molestó a Madero. “El hecho de ser extranjero (advirtio) no es motivo para privarnos de los servicios del señor Garibaldi, puesto que ninguna ley nacional ni internacional se opone a ello y el hecho está sancionado por la historia... Lafayette luchó para conquistar la independencia de los Estados Unidos; el general venezolano Miranda, militó en el ejército francés en tiempo

de la Revolución del 93; el gran poeta Byron fue de los millares de extranjeros que fueron a ayudar a los griegos en su esfuerzo por sacudir el yugo otomano; en México, uno de los héroes cuya memoria honramos es Mina, súbdito español que luchó en las filas de los insurgentes mexicanos... Por último, el abuelo y aun el padre del señor Garibaldi (Menotti Garibaldi); siempre han puesto su espada al servicio de los oprimidos”.

Tal vivificación histórica, hecha bajo cielo abierto, en el camino hacia donde buscaba al enemigo y dirigida a gente muy rústica, enaltece grandemente a Madero.

Nada vulgar debió ser el hombre que a los 14 días de haberse puesto al frente de los insurrectos hablaba y mandaba con la autoridad de un jefe militar. Así, el 1 de marzo (1911) reanudó la marcha hacia San Buenaventura, que estaba en poder de los revolucionarios.

Aquí, Madero fue recibido con respeto y admiración conmovedores; y en seguida, revista a su tropa. Tiene quinientos setenta y tantos soldados. Los suficientes —cree— para atacar la plaza de Casas Grandes, y al efecto, manda que el mayor Hay se adelante a un punto llamado Puerto de Chocolate desde el cual podría observar al enemigo, mientras él, Madero, organiza los planes. Va a dirigir el combate a pesar de que Abraham González trata de disuadirle. “Los peligros (le dice González) serán muchos, y usted es el presidente provisional de la República”. “Y usted (responde Madero), el vicepresidente en quien, a mi falta, estaría despositada la responsabilidad del triunfo”.

La madrugada del 5 de marzo, Madero da la orden para marchar sobre la plaza. En total lleva 530 soldados y 21 carros con la impedimenta. A la vanguardia va el teniente coronel Garibaldi; y al terminar el día, el caudillo ordena que su gente vivaquee en el rancho de Anchondo, a 4 kilómetros del enemigo.

Al amanecer del día 6, en seguida del reparto de una bebida caliente a la tropa, Madero reúne a sus soldados. “Acordaos (les dice) que habéis prometido seguirme a ven o morir”.

Después de esto, tres formaciones avanzaron denodadamente al combate. Madero, con su escolta, se movió hacia la izquierda de Casas Grandes, con el fin de situarse en las minas de Moctezuma, a tiro de fusil de la plaza.

Casas grandes, la plaza amenazada, por los revolucionarios, estaba ya a la vista de éstos. Guarnecíanla 323 individuos de tropa del 180 batallón, 30 rurales y unos 50 vecinos voluntarios en pie de guerra. Todo el personal, bien armado, provisto de una ametralladora y de 125 mil cartuchos, estaba a las órdenes del coronel Agustín A. Valdés.

Éste, que había tendido varias líneas de alambres con púas, y abierto trincheras en los puntos principales de defensa, observó a las primeras horas de la tarde del 5 de marzo, el avance de los revolucionarios; pero comprendió que éstos, cuyo número lo estimó en 500 o 600, no se comprometerían en una acción de guerra sino a la noche de ese día o a la madrugada del siguiente.

Mucha confianza tenía el coronel Valdés en su posición: y esa confianza aumentó en él cuando, estando ya seguro de que los revolucionarios vivaqueaban, le comunicaron telefónicamente, que una columna federal con quinientos y tantos hombres y dos piezas de artillería, a las órdenes del coronel Samuel García Cuéllar, había llegado a Nueva Casas Grandes, a 6 kilómetros de la plaza amenazada, sin que los maderistas se dieran cuenta de este poderoso socorro para los gobiernistas.

Ignorantes, pues, de que al norte de la plaza estaban los soldados de García Cuéllar, los revolucionarios avanzaron con muchos ímpetus sobre las defensas de Casas Grandes; pero apenas iniciado el combate, García Cuéllar se presentó en el teatro de operaciones con tanto vigor y frescura que quebrantó el valor y osadía de los atacantes, quienes empezaron a retirarse en desorden.

Los primeros síntomas de la derrota de sus fuerzas los tuvo Madero, cuando llegaron al lugar donde tenía establecido su cuartel general, dos voluntarios norteamericanos, comunicándole que los

defensores de la plaza habían recibido el auxilio de una columna federal y que todo estaba perdido.

Y acababa de escuchar a los informantes, cuando advirtió cómo la artillería de García Cuéllar empezaba a cañonear donde estaba el propio Madero, quien abandonó el punto y subió a un carro tirado por mulas; y ya se retiraba del lugar del fracaso, cuando se sintió herido en el brazo derecho.

Madero se replegó a San Diego, donde permaneció hasta el día 12 (marzo), esperando que se reunieran allí los dispersos, y aguardando la llegada de Pascual Orozco, quien se incorporó al cuartel general con mil hombres, de manera que el jefe de la Revolución, tenía ahora bajo sus órdenes directas 1,600 soldados, todos montados y con una dotación promedio de 25 cartuchos por plaza. Tenía también un cañoncito fundido en improvisada herrería de campaña.

#### LIMANTOUR Y LOS MADERISTAS

Aunque la edad es una marca indeleble en el ser físico del general Porfirio Díaz, el espíritu de guerra, mando y gobierno no decae en el presidente y no obstante que un hombre está llamado a sucederle legalmente y a pesar de que éste —Ramón Corral— posee muchos valimientos, y ha probado evidencialmente que es capaz de dirigir con habilidad y pulso el gobierno civil de la República, Díaz no se fía de tal hombre y prefiere, entre un achaque y otro achaque, continuar impertérrito en la jefatura suprema del Estado y la guerra.

Tanta es la calidad autoritaria de Díaz, que no sólo coloca a Ramón Corral al margen de la situación militar y política del país en aquellos azarosos días, sino que ni siquiera se sirve del total consejo de José Yves Limantour, a quien en un régimen tan notoriamente personal como el porfirista se le tiene por válido; aunque ante el desguisamiento que se avecina el general Díaz ya no duda en la necesidad de la consulta con sus capitanes.

Limantour, en efecto, durante los primeros 50 días de la guerra civil en México, continuaba, al parecer imperturbable, en París, adonde había ido en busca de descanso y salud (y como si hubiese previsto el conmovedor y plebiscitario espectáculo que fueron los comicios del propio mes) desde junio de 1910; pero como eran muchos los individuos que soplaban al oído del presidente que la verdadera causa de la Revolución era la impopularidad del vicepresidente Corral, y por lo mismo creían que la exclusión de éste haría cesar el estado de guerra en la República, el general Díaz angustiado y preocupado ante tan grave problema que le presentaban los cortesanos, procuró como tabla de salvación, el regreso de Limantour a México.

Como un hombre con tanta autoridad y experiencia militar y política pudo creer, estando el país encendido por la guerra, más en el talento suario, coordinador y comedido de Limantour, que en el talento práctico y agresivo de Corral, sólo se explica si se considera que en aquella hora habían estallado, violentamente, las envidias que, para no perder los favores del presidente, se mantuvieron recónditas en los pechos de quienes se creían con los mismos derechos y aptitudes determinaron a éste deshacerse, aunque de prudente y atinada manera, como era una costumbre, del vicepresidente Corral, quien a poco marchó a Europa, dejando firmada su renuncia, no sin cierto desdén hacia el general Díaz a quien veía ya hundido por su excesivo engreimiento.

En cambio, llamado por el presidente, Limantour se puso en camino a México; aunque se detuvo en Nueva York para hablar, primero con Venustiano Carranza y Alberto Guajardo, quienes habían sido citados previamente por el general Bernardo Reyes; después, con Gustavo A. Madero, Francisco Vázquez Gómez y Francisco Madero, padre del caudillo revolucionario.

Ajeno a todo intento de paz entre los rebeldes y el gobierno del general Díaz, Limantour procuró durante sus conversaciones con

los partidarios de la Revolución, efectuadas del 9 al 14 de marzo (1911), saber cuáles eran las verdaderas causas de la guerra; saber también que pretendían los revolucionarios.

Consideraba Limantour que su posición, al regresar a México, dado que le habían llamado al caso, le otorgaría el privilegio de opinión cerca del presidente de la República. Así, la tarea del ministro de Hacienda fue difícil, puesto que llevaba aparentes títulos pacifistas, aunque en el fondo sólo estaba movida por el espíritu de observación y el ánimo de servir a don Porfirio y al régimen porfirista.

No la entendieron así aquellos bisoños negociadores, quienes empezaron a considerar, apenas iniciadas las pláticas, ya en supuestas debilidades del gobierno, ya en posibles ambiciones personales de Limantour, ya en amenazas misteriosas y ocultas para los caudillos revolucionarios. Lo cierto es, entre todo aquello, que Limantour, llevando a la mano informes frescos y probables sobre el porqué de la insurrección, el general Díaz accedería a curar, con muy elevadas y dignas intenciones pacíficas, los males que acongojaban al país. En esa empresa llevada a cabo por Limantour en Nueva York, no se hallan las más leves huellas de propósitos satánicos o medios desleales del ministro de Hacienda; ahora que entre los revolucionarios, ofuscados en tales días por su ignorancia y escasa práctica en el manejo de los negocios públicos, quedó sembrada la semilla de la desconfianza, puesto que siendo muy grande la fama de Limantour como supuesto valido de don Porfirio, se creyó que los propios miembros de la familia Madero habían caído en las tentaciones políticas y financieras a las cuales se suponía que pudiera haberles acercado el talento sutil y diplomático de Limantour.

De todo esto, que produjo oscilaciones e incertidumbre temores y apetitos entre los adalides de la Revolución; y que por otro lado, hizo creer a los porfiristas que Limantour, en 12 conferencias de Nueva York había estimulado a los enemigos del general Díaz y quizás comprometido la estabilidad del régimen; de todo esto, se repite,

tuvo noticias Madero después de combatir en Casas Grandes y cuando la guerra civil se dilataba a toda la República; y aunque todavía no era amenazante para la solidez del gobierno y menos para la fuerza militar del Estado, sí se presentaba más y más como acusadora de un sentimiento popular que ahora corría hacia todos los puntos cardinales de México, con la idea de reformar las desgastadas piezas del orden oficial.

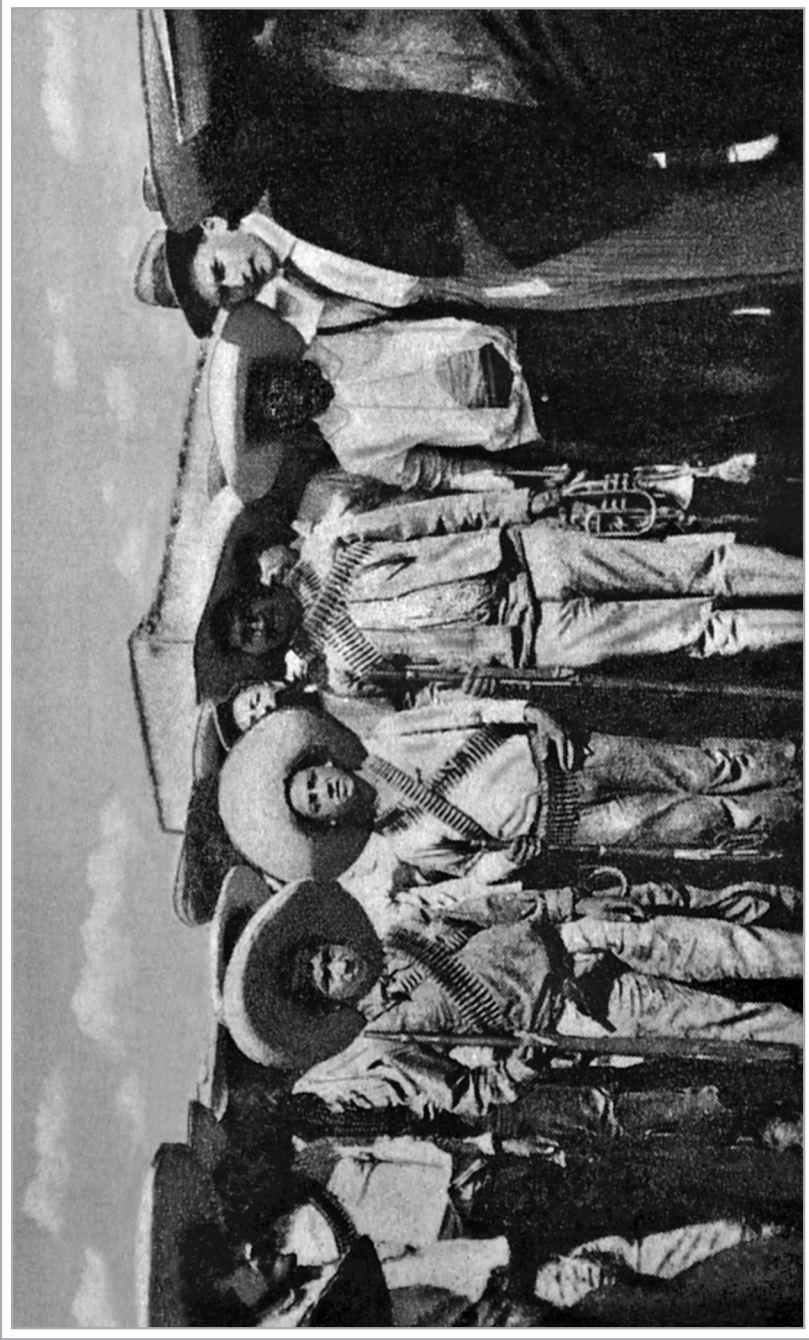
Bien instruido, pues, de esos clarísimos propósitos no sólo de los representantes personales de Madero, sino también del pueblo mexicano, que anteriormente no contaba en opiniones ni realidad, llegó Limantour a la capital de la República. De él, si no todo, sí era mucho lo que se esperaba; y esto no tanto del mundo oficial que quería salvarse en cualquier forma, cuanto de la población metropolitana que temblaba a la sola idea de que su posición y su sucesión quedasen al garete. Muchas y muy profundas eran las raíces del porfirismo no únicamente por su mando de 30 años, sino porque este régimen, en el fondo, era la continuación del gran régimen instaurado por Benito Juárez y que, a pesar de sus modificaciones internas, correspondía a la herencia en estructura, individuos, familias e intereses del juarismo.

#### NUEVAS ACTIVIDADES REVOLUCIONARIAS

Los cuatro mil y tantos soldados federales, con más de 2 mil caballos, 20 piezas de artillería y mandados por cuatro generales que el gobierno nacional concentró en el estado de Chihuahua, no se daban punto de reposo. Les era necesario movilizarse de un lado a otro lado, por la velocidad de las marchas y contramarchas, amenazas y ataques de las partidas de insurrectos que, por otra parte, eran más numerosas, agresivas y con mayor práctica en la guerra.

Además, cada día era mayor el apoyo moral —también material— que la clase rural daba a los alzados. Los ensueños, la ambi-





Jóvenes rurales se unen a la Revolución

ción, la aventura, la guerra, tentaban a la juventud. Los adolescentes se daban de alta en las filas revolucionarias cuando los grupos de alzados rozaban las rancherías o los pueblos. Los jóvenes rústicos a la sola idea de desenvolverse en una nueva vida, que ya no fuese la del aislamiento y oscuridad de los campos labrantíos o de las faenas de la arriería o del pastoreo de ganados, se incorporaban a la Revolución como quien se asocia a otro mundo. Hubo un acontecimiento más dentro de la masa rural: los ensueños, la ambición, la aventura, la guerra, también tentaron a las mujeres.

Por todo esto, la Revolución fue incontenible. Estaba más allá de las fuerzas militares o políticas del gobierno; y no es que se estuviese produciendo un milagro, sino que se desarrollaba un fenómeno característico de un pueblo rural, al cual el Estado no le daba el valor que potencialmente poseía.

Así, dentro de ese gran escenario popular, Francisco Villa, al frente de 500 o 600 jinetes, se posesionó de la cuenca del río Conchos, e inquietó, en el curso de una semana, a los habitantes y soldados federales de Camargo, Zaragoza y Jiménez; y luego trató de unirse a los grupos rebeldes que capitaneaba Martín Triana, José Granados y Guillermo Zapata, con el visible propósito de marchar resueltamente sobre la capital del estado de Chihuahua.

Entre tanto, hacia el noroeste chihuahuense, surge José de la Luz Blanco, con 400 hombres bien montados, aunque mal armados, y en su mayoría sonorenses. Blanco, que trataba derrotado de acercarse a la columna de Madero, fue atacado y por los federales en Ocampo, y por lo mismo obligado a retroceder hacia el Púlpito.

Otra partida rebelde, al mando de Abraham Oros, atacó el mineral de Chínipas. Indé, Meoqui y Villa Hidalgo, cayeron en poder de los revolucionarios, mientras que los mineros de Barranca del Cobre y Lluvia de Oro se levantan, y como no tienen ni conocen más arma que la dinamita, arrojando improvisadas bombas y con valor tan desmedido que asombra a los gobiernistas, asaltan y toman Ba-

topilas. No llevan jefes y son analfabetos. Combaten al grito de “¡Viva la Libertad!”.

Al noroeste de Chihuahua, Jesús Carranza, Emilio Salinas y Cesáreo Castro están sitiando la plaza fronteriza de Ojinaga, en tanto que Severiano Muñoz asalta el cuartel federal en Aldama y Guillermo Baca, después de tomar Indé, reaparece, ora con más de 500 jinetes a las puertas de Parral.

Hay pueblos chihuahuenses, en donde al grito de “¡Viva Madero!” o “¡Abajo el mal gobierno!”, 5 o 10 sujetos aprehenden a la autoridad civil del lugar, se apoderan de armas, bastimentos y caballos y salen de la población en busca de las partidas rebeldes principales; aunque en ocasiones se dedican entrar a saco en las haciendas ganaderas.

Con todo esto, y con la idea de que van a acabarse los caciques, los rurales y las familias que desde hace 30 años usufructúan los derechos oficiales, las simpatías populares hacia la Revolución se acrecientan y, con lo mismo, los federales tienen un enemigo a cada metro. Las líneas telegráficas y telefónicas en casi todo el estado de Chihuahua —también en Durango—, han sido destruidas; los puentes del ferrocarril, volados con dinamita; los carriles de los caminos de hierro, están retorcidos a fuerza de ser arrastrados en todas las direcciones por los jinetes revolucionarios que los lazan y los jalan rasando el suelo.

Si no con la fuerza y dilatación que han alcanzado los maderistas de Chihuahua, los revolucionarios sonorenses, acaudillados por Talamante, Hill, Cabral y Salvador Alvarado se acercan a Ures, luego aparecen en los alrededores de Nacozari y Agua Prieta. Algunos de estos grupos se dirigen al sur del estado, con la intención de unirse a los alzados que operan en el norte de Sinaloa capitaneados por José María Ochoa y Felipe Riveros. Éstos, no obstante la cortedad de sus armamentos, han dislocado la paz sinaloense, perturbada también en el sur por Justo Tirado, quien con mucho valor y seguido de 400 jinetes pobremente armados, ha llevado la guerra a las puertas de Mazatlán.

## COMENTARIOS



—Oye, mano, quién sabe qué tomarían los revoltosos, que evacuaron Agua Prieta.

También en Sinaloa han salido los rebeldes que mandan Ramón E. Iturbe, Conrado Antuna y Juan M. Banderas. Estos jefes revolucionarios, después de escaramucear con los gobiernistas, se unen a los sublevados de Herculano de la Rocha quien opera en los límites de Durango y Sinaloa, y ya bien organizados, en dos columnas se dirigen sobre Tamazulz y Topia.

Este rico mineral, asediado por Iturbe, cae al fin en poder de los maderistas, que ahora suman un poco más de 1,300. Y no es Topia el único lugar en suelo duranguense que cae en poder de los rebeldes o que está amenazado por la insurrección; porque si de un lado José Maciel y Martín Triana levantan gente y toman Rodeo y en seguida marchan sobre Cuencamé; de otro lado, los hermanos Arrieta, con 700 hombres atacan Tepehuanes y Santiago Papasquiaro. Entre tanto, y siempre operando dentro del estado de Durango, Jesús Agustín Castro al frente de 400 hombres, va de un punto a otro punto hostilizando a los gobiernistas y de pronto aparece casi a las puertas de la capital del estado.

En el territorio de Tepic, estaba alzado Martín Espinosa a quien se le uniría el joven literato sinaloense Rafael Buelna. Espinosa, capitaneando una partida de 150 hombres, da mucho que hacer a la tropa del gobierno, mientras en Jalisco, tenía levantado el estandarte del maderismo Julián del Real, a quien se había agregado otro grupo de gente armada al mando de Julián Medina. Y no era todo: en la colindancia de Jalisco y Zacatecas, el joven estudiante de ingeniería, Enrique Estrada, quien junto con Rafael Buelna, había salido espectacularmente de la Ciudad de México, andaba al frente de 50 hombres, desafiando a las autoridades porfiristas de aldeas y villas.

Ahora, la guerra también progresa en el sur de la República. El agricultor Ambrosio Figueroa, seguido de sus hermanos Francisco y Rómulo se apodera de Huitzucó; y a los Figueroa les han de imitar Jesús H. Salgado en Teloloapam, Héctor y Leonel López en Coahuayutla y Julián Blanco en Los Cajones. El despotismo de

la autoridad local con visos de eternidad, y la esperanza de la libertad ofrecida por Madero, son las causas principales de tales sublevaciones.

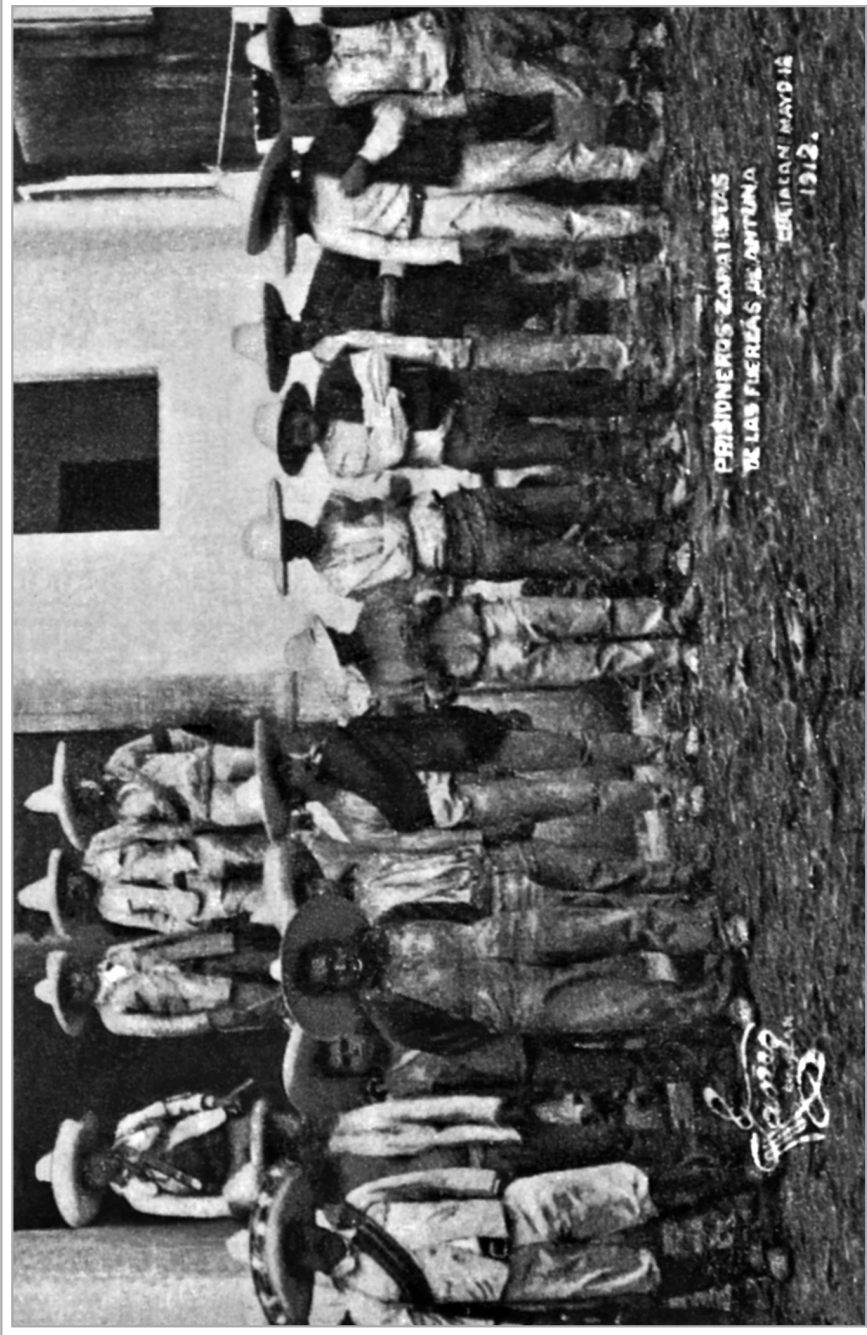
Estos mismos motivos, unidos a los excesos que cometía el gobierno porfirista enviando a los jóvenes de la población rural, mediante levadas periódicas, al servicio de las armas, originan la sublevación acaudillada por Pablo Torres Burgos en el estado de Morelos, y a la cual poco adelante se unirían Emiliano y Eufemio Zapata y el profesor Otilio Montaña; sublevación con aspectos de violencia; porque la gente del campo anidaba tantos odios para los mayordomos españoles de las haciendas, debido a los abusos de autoridad que cometían a la sombra tolerante de jefes políticos, alcaldes y policías rurales, que quiso cobrarse agravios, ya incendiando fincas, ya persiguiendo, ya encarcelando españoles.

Torres Burgos, no obstante que había enarbolado la bandera del maderismo desde la fundación del Partido Antirreeleccionista, fue uno de los más desafortunados jefes revolucionarios de México; porque apenas iniciaba la lucha armada, quedó abandonado por su gente —también por los Zapata— y capturado poco después por los federales, fue fusilado.

Las actividades de los alzados, pues, llegaban prácticamente a las puertas de la Ciudad de México; pero también estaban dentro de la metrópoli. Aquí se conspiraba con el propósito de dar un golpe de audacia y derrocar a don Porfirio. Los capitanes de tal empresa eran Gildardo y Rodolfo Magaña, Francisco Villa, Joaquín Miranda y Dolores Jiménez y Muro.

Sin embargo, descubierta la conspiración, la Ciudad de México se salvó de los males que acarrearán los levantamientos; aunque la sola conspiración denotó que la gente tenía perdido el miedo a la autoridad porfirista y que ésta a su vez, sintiéndose débil, no empleaba la fuerza que en otros tiempos utilizara para aplastar la subversión.





Prisioneros zapatistas de las fuerzas de Antuna, mayo de 1912



Dentro del general Porfirio Díaz hay, a los comienzos de 1911, un momentáneo renacer de actividades. No es, por supuesto, el jefe militar diligente de la Guerra de Intervención ni de los días que precedieron al alto porfirismo; pero es aún hombre de tanta voluntad práctica, que con esto sigue dando mucho realce a sus funciones de mando. Verdad que no puede ponerse al frente de sus soldados; mas sigue dirigiendo en jefe. Al efecto, ordena que se le informe sobre los dispositivos para las plazas que estén o puedan estar amenazadas por los maderistas; y como se ha propuesto acabar con la insurrección y ser temido, el 12 de marzo (1911), pide a la Comisión permanente del Congreso de la Unión, apruebe un decreto suspendiendo las garantías constitucionales en la República durante seis meses.

Antes, como ya se ha dicho, ha llamado a José Yves Limantour, su ministro de Hacienda, y hombre de grandes recursos intelectuales, reflexivos y persuasivos, para que, dejando a un lado el descanso político de que disfrutaba en París, regrese a México.

Si no a salvar al gobierno, puesto que el general Díaz tiene fe en el Ejército, en la estructura de su régimen, en sus colaboradores y en su poder personal el cual todavía le da proporciones de popularidad, no obstante que ésta se halla reducida al mundo de los funcionarios y empleados públicos y a quienes, ya en la capital, ya en las localidades tienen conexiones con los mismos; si no a salvar al gobierno, se repite, sí a colaborar con la lucidez de su ingenio y experiencia a fin de hacer volver la paz al país, es a lo que llega Limantour el 19 de marzo; y es recibido con muchas muestras de simpatía, confianza y respeto por la sociedad metropolitana.

Con esto, si no en la República que está entregada casi en masa al maderismo, aunque sin lograr que su población sea parte en la guerra debido a la escasez de armas; pero si en la capital nacional, sí se siguen uno a uno todos los movimientos de Limantour. Y no es

que se haya dejado de creer en don Porfirio; es que los metropolitanos tienen, a quienes llegan de Europa, como individuos capaces de arreglar o transformar las cosas a meros soplos de un saber superior y casi mágico. Tal era el colonialismo intelectual de la época.

De esta suerte, con la corona de encina propia a su talento y convencionalismo aceptada por la urbe deseosa de seguir en el disfrute de las opulencias que suavemente le había otorgado la paz nacional, Limantour se dispuso a dar dictamen sobre la situación del país, seguro de que su voz sería escuchada y aceptada como el verbo de la verdad vencedora. Y así fue, porque durante el consejo extraordinario de ministros, efectuado el 24 de marzo (1911), después de que Limantour informó sobre sus conversaciones con Carranza, Vázquez Gómez y los Madero, los miembros del gabinete presidencial optaron por presentar sus renunciaciones a fin de que el general Díaz estuviese en aptitud de organizar un nuevo Ministerio en concordancia a las necesidades políticas del día, puesto que tal Ministerio, de acuerdo con los planes de Limantour, debería inspirar confianza a los revolucionarios, empezando a dar la garantía de respetar y hacer efectivo el sufragio universal y la no reelección. Además, el nuevo gabinete estaría obligado a iniciar una serie de reformas políticas coincidentes con las demandas populares, de manera que el gobierno quitaba a los revolucionarios la bandera de su partido, ampliaba un régimen de tolerancia y resemebraba la idea y práctica de la paz nacional.

Anterior a este acontecimiento, Limantour había comunicado al presidente sus preocupaciones sobre lo que él creía la causa principal del levantamiento maderista. Entre las preocupaciones de Limantour estaba la creencia de que era necesario cortar el hilo al continuismo oficial, por lo cual opinó, que como medio de transacción don Porfirio organizara un gabinete de coligación llamando, al efecto, a Madero y Carranza, que para Limantour eran los dos hombres principales de la Revolución.

Sin embargo, esto era tan atrevido, que se dio preferencia a una fórmula de gabinete mediatizado, con lo cual, un nuevo horizonte, cuando menos por de pronto, pareció presentarse a la vista del país el 28 de marzo, cuando el presidente Díaz anunció que tenía nuevos colaboradores: Francisco León de la Barra, en la Secretaría de Relaciones; Demetrio Sodi, para el ramo de Justicia; Jorge Vera Estañol, en Instrucción Pública; Manuel Marroquín, al frente de la Secretaría de Fomento; Norberto Domínguez, para Comunicaciones y Manuel González Cosío, en Guerra y Marina. Continuaba en el gabinete, como secretario de Hacienda, el talento organizador de José Yves Limantour, en tanto el vicepresidente de la República Ramón Corral, sin cartera propia, quedaba en receso.

Y no fue todo lo resuelto por el general Díaz; porque teniendo a Vera Estañol como un distinguido jurisconsulto, consideró que también podría ser un buen político y negociador, con las cualidades convenientes para entrar en tratos directos y eficaces con los revolucionarios. Por esto, el presidente entregó al propio Vera Estañol, la dirección de la Secretaría de Gobernación, entendiéndose que si los maderistas no aceptaban la oportunidad de la tregua que ofrecía el solo cambio del gabinete, el gobierno aumentaría el poder ofensivo del Ejército; y en previsión de que esto fuese necesario, don Porfirio ordenó que el general Reyes, expulso en Europa, regresara al país. Reyes sería en esta vez, el hombre de guerra del régimen porfirista. Tal era lo que, en realidad había entrevisto como idea de salvación para el régimen porfirista, el genio circunspecto y magnífico de Limantour.

No dejaban, pues, los hombres del gobierno, de considerar la necesidad de continuar la guerra si los maderistas no convenían en una tregua encaminada hacia una paz transaccional; pero al mismo tiempo, tampoco dejaban al margen de la realidad, el empleo de todas las violencias oficiales, puesto que de antemano sabía don Porfirio que de dirigir Reyes la campaña militar contra los alzados, la mano de Reyes sería implacable.

Así, los alientos de paz y las creencias en la debilidad oficial que los novatos negociadores del maderismo habían creído hallar en Limantour, al paso de éste por Nueva York, no fueron más que ilusiones propias a la ingenuidad; ahora que Limantour, primero; el general Díaz; después, debieron quedar convencidos, en seguida de sus conversaciones sobre las conferencias de Nueva York, del fuego batallador que abrasaba el alma de los principales partidarios de Francisco I. Madero. De esta manera, los alzamientos no podían seguir desdeñados por el régimen porfirista.

#### MADERO FRENTE A CIUDAD JUÁREZ

Los revolucionarios no proyectan la organización de un solo y grande cuerpo combatiente. No tienen armas, ni estrategia, ni ordenanzas para tal fin. Prefieren, en cambio, los alzamientos amenazantes y las guerrillas impetuosas. Éstas se reproducen y ramifican prontamente en todo el país, a pesar de que mucho escasean los pertrechos de guerra.

Esas proliferaciones guerreras estimulan a la imaginación popular, pues entre la gente rural, quién más quién menos, no para obtener ventajas ni en seguimiento de un ideal, antes a fin de sentir las emociones a las cuales el individuo se entrega fácilmente como preliminar de nuevos e iluminados amaneceres civiles y políticos, se proyectan conspiraciones, asaltos, requisas, para de esta manera abastecerse de armas, municiones y cabalgaduras en las mismas fuentes del gobierno o de los partidarios de éste.

Entre los grupos de alzados no faltan quienes andan deseosos de desafueros y violencias, ora en logro de fortuna, ora en ejercicio de venganza; pero, sobre todo eso, si no la disciplina, que no es posible exigir a los voluntarios de la guerra, hay un orden determinado por el desinterés, la vehemencia política y la ambición de triunfo de los jefes revolucionarios.

Por esto último, sobre todo, las guerrillas se multiplican en el sur del país, hacia el altiplano, o a lo largo de las zonas costaneras, y cada día son más audaces. Luis Moya intenta entrar, al frente de un grupo de revolucionarios, a la capital de Zacatecas, proyecta —y lo cree fácil— secuestrar al gobernador porfirista; ahora que cuando va a poner en práctica su plan advierte lo inocente que es. No se desanima. Une sus fuerzas a las de Calixto Contreras y Orestes Pe-reyra, y toma Nazas; ocupa Ciudad Lerdo y avanza en atrevido movimiento hacia Mapimí, pero regresa al sur y ataca a Sombrerete en donde cae muerto durante el asalto.

En Veracruz, unidas las fuerzas maderistas de Rafael Tapia, Cándido Aguilar y Gabriel Gavira, toman Huatusco y luego se sitúan en las cercanías de las vías férreas, dispuestos a capturar al general Reyes si éste, a su regreso de Europa, viaja por la ruta de Veracruz a México.

En Tabasco, los grupos armados de Ignacio Gutiérrez y Cándido Donato Padua, ocupan Huimanguillo, Comalcalco y Aldama, mientras que Iturbe y Banderas bajan de las estribaciones de la Sierra Madre Occidental y se presentan con 700 hombres a las puertas de la capital de Sinaloa. Mazatlán está sitiado por el jefe rebelde, Justo Tirado. Martín Espinosa y Rafael Buelna, se hallan en las goteras de Tepic, Julián del Real, ha reunido cerca de mil hombres, aunque la mayoría desarmados, en el norte de Jalisco; y si Francisco de P. Marie, amenaza la plaza de Pachuca, Jesús Agustín Castro amaga formalmente a Torreón.

Zapata con sus surianos, sufre dos derrotas consecutivas. Una en Matamoros; otra en Cuautla. Así y todo, reúne más gente. Arma a sus soldados con machetes y escopetas y se acerca a Jojutla, pero se retira y en seguida se pone sitio a Cuautla.

Sólo en Baja California no son afortunados los revolucionarios; pues desde la separación del caudillo liberal José María Leyva, y en seguida de haber sido sustituido éste por Francisco Vázquez Sali-

nas, recomienzan las riñas y rivalidades entre los principales capitanes de la columna expedicionaria. Flores Magón, no obstante las amenazas que presentan en la guerra las escisiones entre los liberales, continúa entregado al optimismo periodístico. Ahora, pide a los alzados en Baja California que impriman a la Revolución “una intensa finalidad social”, para convertirla en el brazo robusto que ha de hacer pedazos “la servidumbre de la gleba”. Después, se dirige a los “trabajadores del mundo”, exhortándoles para que ayuden a los revolucionarios mexicanos.

Y los auxilios, aunque en pequeñas dádivas, de las que Flores Magón da públicas y escrupulosas cuentas, aunque con tales dádivas cobran influjo los socialistas extranjeros que militan en las filas liberales; y como esta actitud de los internacionalistas —quienes día a día aumentan en número dentro de las filas del improvisado ejército revolucionario en Baja California— no puede ser comprendida en un país que, como México, apenas comienza a escuchar la palabra *socialismo*, se juzga que aquellos extraños, no obstante que hacen públicas sus ideas a cada paso, son filibusteros, y por lo mismo, y en medio de todos los choques morales y materiales que el pueblo sufre durante una guerra civil, se hace muy socorrida la especie de que tales socialistas, asociados al magonismo, tratan de organizar en la península, una república independiente, con el propósito de anexarla adelante a Estados Unidos.

Esto último, no obstante ser una superchería propia de la ignorancia y de los más mezquinos políticos, sirve para que los liberales, después de ocupar Mexicali, Tecate y Tijuana, pierdan la batalla contra el porfirismo.

Y mientras todo eso ha ocurrido en diferentes zonas de la República, Madero, quien ha movilizado su cuartel general de San Buenaventura a Namiquipa, resuelve avanzar más al sur; hacia el corazón del estado de Chihuahua. Hánsele unido, como queda dicho, las fuerzas de Pascual Orozco y manda propios con instrucciones de

localizar a José de la Luz Blanco, jefe maderista a quien tiene en grande aprecio, para que procure incorporarse con sus hombres a la columna revolucionaria principal.

Al mismo tiempo, prueba los dos cañoncitos que ahora tiene; uno de dos pulgadas, el otro de tres. En seguida, decreta, como presidente provisional, el haber diario de un peso para los soldados revolucionarios. Decreta también que las familias de quienes mueran en campaña sean pensionadas. Después, junto con Abraham González, Pascual Orozco y José Garibaldi traza un nuevo plan de campaña. Por último, nombra coronel a Orozco, mayores a Francisco Villa y Agustín Estrada, y reorganiza su estado mayor, dando el lugar predilecto a Roque González Garza.

Conforme al plan trazado por Madero, el Ejército que ahora es llamado *Libertador*, se apoderará de los Ferrocarriles del Noroeste de México, desde Estación San Andrés hasta Estación Madera, y del Kansas México y Oriente, entre La Junta y Estación Creel.

Para estos movimientos, Madero, en seguida de reconciliar a Orozco y Villa, quienes estaban enemistados, ordena que el primero avance prontamente hacia San Andrés, corte la vía y se apodere de todo el material ferrocarrilero posible; que el segundo y Agustín Estrada, se sitúen en la hacienda de Bustillos, lugar elegido para establecer el cuartel general, y que el teniente coronel Garibaldi se movilice hacia Temosáchic y Madera; y todo es cumplido al pie de la letra.

Mas lo que interesa a Madero es apoderarse de una plaza importante a fin de lograr beligerancia nacional; y considera que ha llegado el momento de caer inesperadamente sobre Ciudad Juárez. Su Ejército asciende a 2,500 hombres y ha recibido de sus agentes en El Paso 12 mil cartuchos para rifles Mausser. Orozco y Villa le proponen simular un movimiento sobre Chihuahua, a manera de distraer la atención de los federales, mientras la gente, embarcada en Estación Corral, pueda ser llevada por la vía férrea hasta las puertas de la ciudad fronteriza.



Mientras da una forma y otra forma a sus planes, Madero expide el decreto número 2, concediendo “indulto tan amplio como necesario al mayor Francisco Villa”, por la vida de aventuras que éste hubiese llevado antes de unirse a las filas revolucionarias.

Desiste Madero del plan de amagar la plaza de Chihuahua, en el que mucho optimismo tenía Pascual Orozco, y ordena que el avance hacia el norte sea sobre la vía del Noroeste hasta Madera, y de aquí, por tierra, hacia Casas Grandes, para continuar por ferrocarril a Bauche y ponerse así en los aledaños de Ciudad Juárez.

Aprobado el plan, Madero abandona la hacienda de Bustillos el 7 de abril (1911). Va al frente de 1,500 jinetes. Adelante marchan el coronel Orozco y el mayor Villa, llevando cada uno quinientos hombres montados; y cortando al norte de lugares peligrosos como Mal Paso y Pedernales, el presidente provisional, llega a Estación Rosario, en donde le espera un tren a bordo del cual embarca a su gente y sigue a Temo sáchic.

Aquí, el 9 de abril, reciben a Madero con señalado entusiasmo. Los habitantes de la población le piden armas; y aunque no es posible corresponder a la demanda, son muchos los hombres que jubilosamente se unen al Ejército Libertador.

Ahora, como el caudillo tiene informes de que la guarnición de Casas Grandes está mermada, debido a que la Secretaría de Guerra mandó que los federales se concentraran en Ciudad Juárez, hace que Garibaldi se adelante al norte, mientras que él, Madero, avanza por tierra a lo largo de las estribaciones de la Sierra Madre; y todo lo hace con tanto orden y precisión, que el 12 de abril entra a Casas Grandes. Los vecinos de la población, concurren en humillante silencio a la entrada del caudillo que semanas antes había sido derrotado a las puertas de la misma.

El siguiente paso de Madero es Bauche. Raúl Madero y José Garibaldi marchan a atacar la plaza. La toman a sangre y fuego. Madero está en Bauche la noche del 19 de abril. De Bauche a Ciudad Juárez



A El Paso (Texas), y como traídos a galope, han llegado Toribio Esquivel Obregón y Oscar J. Braniff. Ambos se dicen emisarios de paz. Lo son, en efecto, pero oficiosamente. Esto no obstante, se da mucha importancia. Créense capaces de hacer deponer las armas a los revolucionarios. Tal parece como si en ellos radicara lo futuro de México.

Esquivel Obregón, abogado de pueblo e individuo de mucha suficiencia había sido antirreeleccionista. Separóse del partido poco después de la convención del Tívoli. Cuando ocurrieron los levantamientos, se acercó al presidente Díaz ofreciéndole sus oficios para convencer a Madero de los inconvenientes y males que para el país era el alzamiento; y aunque sin autorización precisa de don Porfirio, empezó sus gestiones personales de paz, haciéndose acompañar de Braniff, individuo amante de la notoriedad.

Antes de llegar a El Paso, Esquivel Obregón y Braniff han conversado en Washington con el doctor Francisco Vázquez Gómez. Después y como tienen a menos la personalidad de Francisco I. Madero, y creen que éste se halla supeditado a los lazos de familia, hablan con el padre y los hermanos del caudillo, aunque sin obtener ventaja alguna.

Traen entre manos Esquivel y Braniff, proyectos de pacificación nacional, mediante transacciones que no son capaces de puntualizar; pero que de todas maneras son útiles para que los dos semicomisionados ganen una plaza en la publicidad periodística de aquellos días de sinsabores y emociones.

Sin conocer, pues, la verdadera mentalidad del hombre con quien pretendían convenir, Braniff y Esquivel Obregón llegaron al campamento revolucionario, para lo cual se habían abierto las puertas gracias a la ingenuidad de Vázquez Gómez; y a la primera conferencia de hazañería con Madero, creyeron en la impavidez y desdén de éste un signo de soberbia y de ignorancia, y se retiraron, no sin desconsuelo.

A Madero, al parecer, no le interesa la paz, sino la victoria, por lo cual considera que la empresa de Esquivel y Braniff es tardía. Los días durante los cuales se pudo convenir han quedado atrás.

Sin embargo, los pacificadores hacen un coro de intrigas en El Paso, y siembran la división y desconfianza entre los revolucionarios, y hacen correr la idea de que Madero no sabrá conducir la Revolución a la victoria, por lo cual es necesaria la transacción.

Apoyan también las gestiones de Braniff y Esquivel Obregón, algunos líderes del maderismo. Consideran éstos que es preferible una paz convenida que una guerra de ventura; aunque ninguno de los pacifistas se atreve a hacer una proposición lo bastante considerada para asegurar la instauración de los principios proclamados en el Plan de San Luis. Porque, ¿puede o debe la Revolución exigir la renuncia del general Díaz? Y si esto sucediera, ¿es el Partido Antirreeleccionista el llamado a formar el nuevo gobierno presidido por don Porfirio? ¿Qué hacer para dar fundamento a una transacción extraconstitucional?

Así como hay maderistas que creen conveniente la transacción, hay otros. —y numerosos— que desconfían de un entendimiento momentáneo. Madero, aunque oscilante en un principio, luego es contrario a la paz transada, y por lo mismo, da órdenes para que las fuerzas revolucionarias emprendan el ataque a Ciudad Juárez. Al efecto, Orozco y Villa están acampados en las goteras de la plaza y se disponen a iniciar los fuegos a la mañana del 24 de abril.

Pero, acercándose la hora del combate, Madero vuelve a titubear. Entre sus partidarios hay dos bandos. Uno, que insiste en el ataque a la plaza; otro, que cree conveniente una tregua, con la esperanza de que el general Díaz acepte un cambio total de gobierno.

Madero, al fin, accede a dar la orden posponiendo el ataque; aunque no fue únicamente la idea transaccional la que determinó tal orden. Otras causas más concurrieron a la determinación. La primera fue la escasez de cartuchos en los soldados de Villa y Orozco. Des-

pués, la noticia, obtenida por Garibaldi, de que el general Navarro, defensor de Ciudad Juárez, estaba esperando refuerzos militares de Chihuahua. También, un comunicado del doctor Vázquez Gómez haciendo del conocimiento de Madero que el gobierno del general Díaz estaba dispuesto, oficialmente, a iniciar negociaciones directas, con el jefe de la Revolución. Por último, los informes sobre lo apremios que hacían los soldados norteamericanos acantonados en las cercanías de El Paso, a fin de entrar a territorio mexicano el caso de que las balas de los combatientes causaran daños a los habitantes de la ciudad texana.

Ordenada, pues, la suspensión del ataque a Ciudad Juárez, el 23 de abril (1911) Madero firmó un “breve armisticio”, en el cual sólo comprometía la función de armas. Para el caudillo tal tregua era favorable a los revolucionarios, ya que éstos aprovechando una flaqueza del gobierno cubrían con un velo la pobreza de sus pertrechos de guerra.

Un objetivo más persiguió el presidente provisional de la Revolución al firmar el armisticio. Ese objetivo fue alentar moralmente a los maderistas en toda la República con el reconocimiento que de hecho daba el gobierno a los revolucionarios como beligerantes. Con esto, Madero creyó que se produciría —y en efecto, así fue— un quebranto doméstico dentro de un régimen que tenía como normas lo implacable y lo infalible.

Además, una tregua, daba oportunidad no sólo a que se fortalecieran los grupos alzados, sino también a que se produjeran nuevos levantamientos en el país, puesto que conforme pasaban los días más se dilataba el campo de la guerra civil. Así, ya no era solamente la amenaza que ofrecían los rebeldes de Chihuahua, Durango, Sinaloa y Morelos lo que atolondraba y preocupaba al gobierno. Ahora, la realidad enseñaba que los alzados estaban resueltos a ocupar a sangre y fuego las plazas guarnecidas por fuerzas federales.

Y, al efecto, el jefe revolucionario Pablo González, con mucha decisión se presenta a la vista de Monclova, mientras que Ireneo

Andrade lleva la guerra al estado de Guanajuato, que hasta los comienzos de 1911 parecía ajeno a la Revolución. También en Michoacán estalla la subversión. Salvador Escalante, seguido de Braulio Mercado y Saúl Cano atacan y toman Villa de Ario, para en seguida, apresuradamente, marchar sobre Pátzcuaro, plaza de la que se apoderan, y sin pérdida de tiempo avanzan sobre la capital del estado. Otros grupos maderistas de Michoacán, con extraordinaria actividad y moviendo el alma de los pueblos a los que se acercan o atacan, están amenazando Uruapan y La Piedad. A las puertas de esta última población se halla Pedro Aceves con 300 hombres.

En los alrededores de San Luis Potosí se reúnen las partidas rebeldes que capitanea Miguel Acosta, quien con mucho atrevimiento, puesto que su armamento es casi nulo, manda pedir la plaza, en tanto que el doctor Cepeda, avanza desde el oriente, en apoyo de Acosta, trayendo poco más de 200 revolucionarios potosinos.

La situación en torno a la Ciudad de México no es nada tranquilizadora. Hacia el norte, el jefe maderista Gabriel Hernández, en seguida de atacar Tulancingo, avanza por la línea del ferrocarril de Hidalgo y establece su cuartel a 40 kilómetros de la metrópoli. Por el sur, Manuel Asúnsolo corta la vía férrea de Cuernavaca a México; va de un pueblo a otro pueblo excitando a la gente para que le siga en la aventura; reúne cerca de 500 hombres, la mayoría de los cuales carece de armas; toma Tres Marías y avanza hacia Ajusco, de manera que desde su campamento tiene a la vista el valle de México.

Tanto es ahora el empuje bélico de los rebeldes, que el gobierno guarda, en secreto, la noticia de que grupos maderistas, sin encontrar resistencia, entraron a territorio del Distrito Federal. En efecto, los revolucionarios han pasado y ganado adeptos en Contreras y Milpa Alta.

También por el oriente de la Ciudad de México se presentan los alzados. Los jefes Ireneo Vázquez y Rosario Chaperó, han cortado la

# ¡COMPATRIOTAS!



¡HA CAIDO DEL TRONO EL TIRANO!; los que sufrías el yugo opresor del casiquismo, mas ominoso que el de la esclavitud, pues que se escudaba bajo la egida de la ley, veréis surgir esplendoroso, con radiaciones infinitas, el Sol del Derecho y la Justicia.

No más tiranía: no más casiquismo, el héroe invicto de 1910 á semejanza del venerable caudillo de Dolores, ha abierto para siempre las puertas al reinado de la verdadera paz y del progreso, que no podían existir, siendo un mito nuestras instituciones democráticas, holladas por el tirano de 30 años.

¡SUFRAGIO LIBRE! ¡NO REELECCION! Hé aquí los principios gloriosamente proclamados por el insigne libertador de México,

## -- G. FRANCISCO I. MADERO --

Con su triunfo, ha sido afianzado ese Código sublime que nos legaron los Constituyentes de 1857.

Réstanos ahora cimentar el triunfo y hacer perdurable este reinado con nuestro patriotismo y cívicas virtudes; cualidades de un ciudadano libre. La obediencia á la ley y á las autoridades elegidas por el pueblo; el respeto á la propiedad agena, y el que merece la familia y el hogar, deben ser un hecho para un pueblo que se precie de civilizado.

## -- Guerra sin cuartel al pillage, --

si queremos la tranquilidad, el orden y el bienestar público. A este efecto HAGO SABER que: en vista de los desórdenes y actos delatrocino que han tenido lugar en los pueblos y lugares inmediatos y en esta ciudad, creyendo, acaso, sus autores, que encontrarían la impunidad, bajo la bandera revolucionaria, he dictado las órdenes respectivas para la persecución sin descanso, tregua ni cuartel, contra todo aquel, sin excepción, que de alguna manera haya turbado ó turbe el orden público y atente contra la propiedad y la vida de los ciudadanos y extranjeros. HAGO SABER igualmente que: todo aquel que escudado con el estandarte del plan revolucionario proclamado por el caudillo DON FRANCISCO I. MADERO, se haya levantado en armas y no se afilie al subscripto ú otro jefe maderista reconocido, se le tendrá como bandidero y será perseguido Por las fuerzas revolucionarias y Por las autoridades establecidas Provisionalmente.

**¡CONCIUDADANOS:** sepamos ser libres; no confundamos la Sacrosanta Libertad con el libertinaje, ni la revolución que, encasando las ideas de verdadera democracia, hace de un pueblo esclavo una nación libre, con las revueltas y asonadas que solo sirve para que las pasiones y los malos instintos se desborden, y seremos dignos mexicanos.—Dado en el Cuartel General de Pitzcuaro, á los 18 días del mes de Mayo de 1911.

secretario.  
LIC. D. H. CAÑEDO.

EL JEFE REVOLUCIONARIO DEL GOBIERNO PROVISIONAL.  
SALVADOR ESCALANTE.



vía férrea entre la metrópoli y la ciudad de Puebla. El tránsito del Ferrocarril Interocéánico está suspendido, mientras que Francisco Gracia ocupa la plaza de Atlixco después de una refriega con los federales.

La Revolución, manifiesta en guerrillas, no significaba, ciertamente, en esos días, poder militar. La fuerza principal, al mando de Orozco y Villa, se hallaba frente a Ciudad Juárez esperando las órdenes de Madero. Sin embargo, no teniendo el Ejército Federal verdaderas clases combatientes; aumentada la popularidad del maderismo; sepultado el miedo que, principalmente, la clase rural sentía a la autoridad porfirista; crecidas las ambiciones y audacias de la población del campo y perdida en la República la brújula del orden, ya no se podía dudar que el régimen porfirista estaba obligado a hacer con concesiones a la Revolución, puesto que de lo contrario se acrecentarían las violencias populares, de manera de causar grandes daños al país.

Si en número de hombres y fusiles, el gobierno del general Díaz era superior a los revolucionarios, en cambio éstos tenían la posibilidad de aumentar sus filas y de adelantarse hacia una guerra sin cuartel. Los ánimos de la guerra tentaban ahora el fondo de la vida mexicana.

La probabilidad de un triunfo del gobierno disminuía hora tras hora. El momento de aplicar el pulso militar era ya extemporáneo, a menos de producir en el país una etapa de sanguinaria represión; y el general Díaz, después de 30 años de paz, tenía perdido el camino de la violencia. Además, frente a aquella guerra, don Porfirio no sentía tanto la rebeldía armada, cuanto lo que llamaba “ingratitud popular”. Mucho había trabajado bajo los auspicios de su mentalidad muy personal, por el bien y grandeza de su patria, para que como premio a los dones que él se apreciaba en sí propio, el pueblo de México se hubiese dejado arrastrar por un hombre sin merecimientos militares, ni administrativos, ni políticos, como Francisco I. Madero. La vanidad y triunfos pretéritos hervían en el pecho del caudillo.

Tanta amargura causaba en don Porfirio la sola idea de que él, soldado de la Reforma y de la Intervención, pudiese ser sustituido en la Presidencia de la República por un individuo sin tradición ni gloria nacionales, que hizo omisión de su constitucionalidad, de su Ejército, de sus reservas de oro, de sus amigos y partidarios, de los goces y privilegios que proporcionan el poder y de todo cuanto había realizado siempre su personalidad de gobernante y hombre de Estado, con tal de no asistir al último capítulo de lo que él consideraba ingratitud del pueblo.

Desde el cambio de su gabinete, el general Díaz tenía resuelto abandonar la presidencia y el país, pero como no dejaba de asaltarle el espíritu de responsabilidad que le guió una y 100 veces al través de su carrera de soldado y político, esto le contenía, creyendo que su obligación consistía en soportar aquella dura prueba hasta la última hora. Y así lo hizo; y sólo cuando advirtió que de continuar en el poder, el suelo de su patria se cubriría con la sangre de sus connacionales, pensó en la necesidad de la transacción; también en la idea de que después de él, de Díaz, no habría más que una sucesión: la ley.

Sin embargo, para llegar a este final, el general Díaz buscó la manera más decorosa de proceder, puesto que dentro de su alma no estaba el permitir que pudiese ser menoscabado el espíritu de, autoridad que con tanto celo había conservado al través del autora libro oficial de los 30 años.

Un motivo, pues, un solo motivo esperaba el presidente, para entregar la presidencia pacíficamente, dentro de la propia guerra.

#### LA TOMA DE CIUDAD JUÁREZ

Madero ha establecido la residencia del gobierno de la Revolución que preside de acuerdo con lo estipulado por el Plan de San Luis, en una casa de dos cuartos "inmediata al monumento que marca la línea de separación entre México y los Estados Unidos", a la que

llamaban *Casa Gris* o *Casa de Adobe*. Allí le acompañan su esposa Sara Pérez, el doctor Ignacio Fernández de Lara y su secretario Elías de los Ríos. Allí también se reúnen, los hombres más importantes de la Revolución, quienes llegan de toda la República a recibir órdenes del presidente provisional o a informar a éste de lo que ocurre en el país.

Entre esos hombres principales, están Abraham González y José María Pino Suárez, Venustiano Carranza y Francisco Vázquez Gómez, José Guadalupe González y Alberto Fuentes, Manuel Bonilla y José María Maytorena, Manuel Urquidi y Federico González Garza, Eduardo Hay y Alfonso Madero, José de la Luz Blanco y Roque González Garza, Juan Sánchez Azcona y Raúl Madero, Antonio I. Villarreal y Francisco Villa, Pascual Orozco y Agustín Estrada.

Allí también, en aquella *Casa Gris*, que era el más fiel reflejo de la Revolución rural mexicana, entraban y salían los periodistas norteamericanos que no dominaban su asombro viendo cómo aquel improvisado caudillo se había apoderado del alma de México, para hacer frente a uno de los más poderosos gobiernos del continente. Allí, por último, Madero examinaba los problemas de la guerra y la política, los cuales, y gracias a su deslumbrante talento y sus experiencias de revolucionario, podía tratar y digerir con mucha facilidad y decisión, aunque sin analizar las causas que producían los problemas estudiados, puesto que aún no eran tantas las virtudes de tal hombre.

De todos los problemas, el que más ensombrecía a Madero era el concerniente a los arreglos de paz; porque, pasando por la cima de las tolerancias que la razón dictaba a Madero, el doctor Vázquez Gómez y su hermano Emilio, Esquivel Obregón y Braniff, querían ser negociadores victoriosos, debido a lo cual el campo revolucionario se había convertido en un avispero de envidias e intrigas. Y como ese campo de enredos y embrollos distaba mucho del terreno práctico y recto dentro del cual se desenvolvía la acción vigorosa de

Madero, cada uno de aquellos pretendientes al laurel del triunfo negociado, meteorizando la paz y la guerra, se creía dueño de mágicas facultades de entendimiento y previsión.

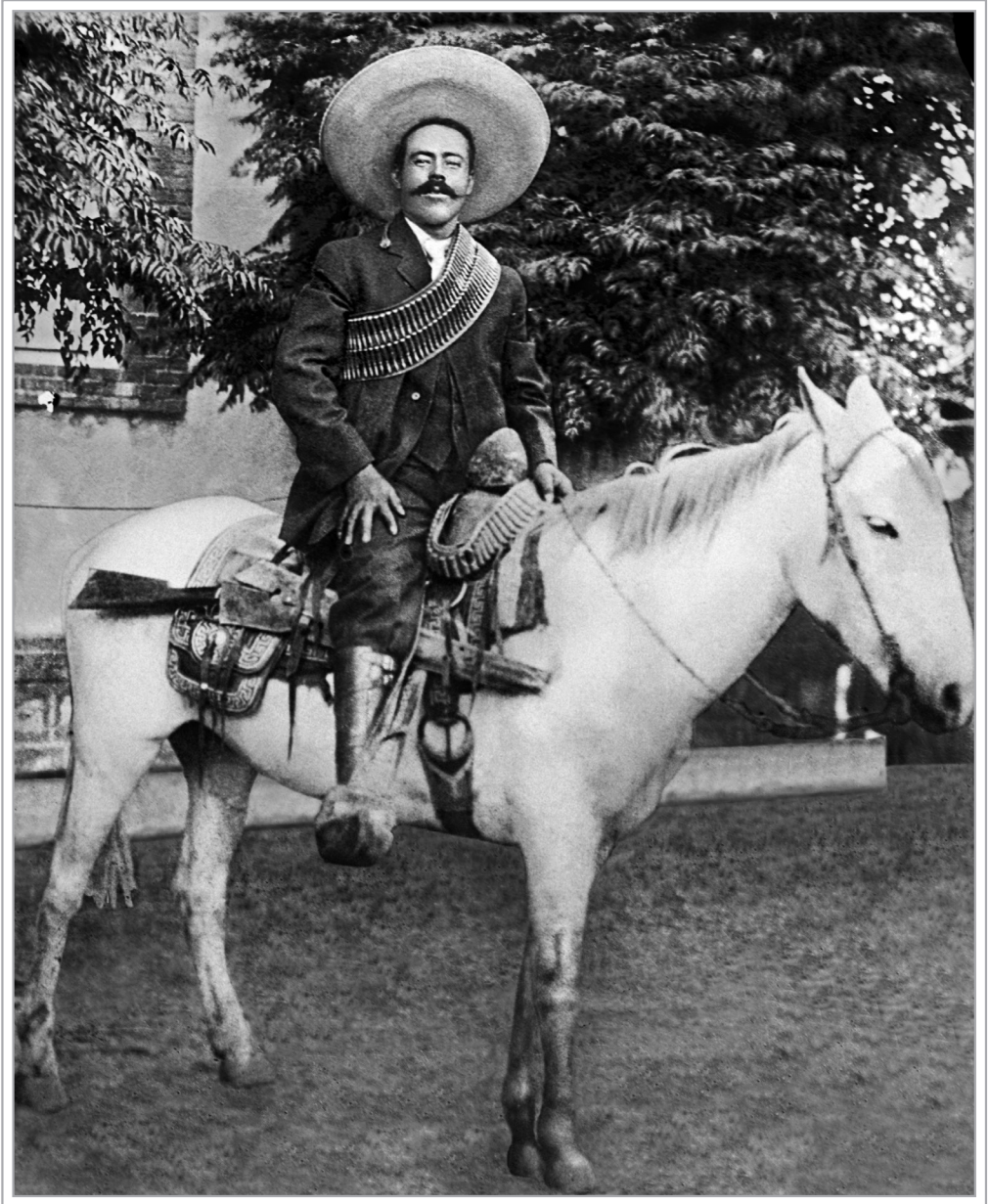
Y todo eso, que quedó escrito en letras de molde por Vázquez Gómez con el falso carácter de idea principal de la Revolución, fue precisamente lo que Madero había temido desde los comienzos de su historia política, y por lo cual, con mucho ahínco, buscó entre partidarios y los hombres de la media ilustración mexicana a quienes tuviesen capacidad para crear una nueva clase gobernadora de México.

Si en aquel momento de suficiencia y secretes entre los adalides revolucionarios, el general Díaz deja a un lado la amargura que le producía la llamada ingratitud del pueblo, y se olvida de su responsabilidad pacifista, y se envuelve en el manto del egoísmo personal y como consecuencia de todo eso da iniciativa moral al Ejército, todo aquel aparato de negociaciones y politiquerías cae por tierra, y quién sabe a qué de luchas y tragedias habría asistido Madero, para hacer triunfar la causa de las libertades públicas y políticas.

De aquel teatro que pudo ser siniestro, fue responsable en grado superlativo el doctor Francisco Vázquez Gómez. Sus actitudes de provocación y engreimiento pertenecen al más detestable de los capítulos revolucionarios. El propio Vázquez Gómez, cuando años más adelante vino a la razón, confesó sus errores a propósito de lo sucedido durante la contienda doméstica en la *Casa Gris*.

A esa actitud de los hombres, principales de la Revolución, que en otro aspecto, formaban un cuadro político pocas veces visto en México por su hombradía y ensueños, se seguían la indisciplina y la deserción de los soldados del Ejército Libertador frente a Ciudad Juárez.

Considérese, pues, la obra de Madero agrupando y dirigiendo a aquellos toscos hombres, originados en las más débiles e inciertas contexturas morales, que llegaban lerdos y desgarrados a un campo



Francisco Villa, ca. 1910

que, como el de la guerra, siempre es propio a los abusos y desmanes. Consideremos a Madero viendo cómo las filas de su ejército aumentaban al acercarse a Ciudad Juárez; cuánto se mermaban conforme los soldados perdían la esperanza del ataque a la plaza y por lo mismo la de ganar botín y gloria.

Y no era esa la única causa de la deserción, sino también la falta de haberes. La pobreza invadía los campamentos de Orozco y Villa establecidos en la margen derecha del río Bravo. Así y todo, Madero expidió un decreto conforme al cual, los desertores serían castigados con una pena de cinco años de prisión.

Tan difícil se hizo la situación de los revolucionarios, que Madero reunió a sus colaboradores (7 de mayo), para comunicarles su decisión de suspender los tratos de paz y por lo mismo de continuar las operaciones de guerra, pero no sobre Ciudad Juárez, sino en otra región. Comunicasela asimismo a los jefes de armas, ordenándoles que levanten sus campamentos y se movilicen hacia el sur, de manera de atacar sorpresivamente otra plaza importante, que podía suponerse era Chihuahua.

Aunque algunos colaboradores del caudillo se opusieron a la retirada, éste confirmó su resolución, al tiempo que instruyó a Venustiano Carranza, para dirigir la Revolución en Coahuila; y nombró a Manuel Bonilla comisionado de gobierno en Sinaloa y a José María Maytorena en Sonora.

El jefe de la Revolución se pone en marcha, pero apenas se aleja de la *Casa Gris*, cuando se entera de los pliegos que le hacen llegar urgentemente Vázquez Gómez y Federico González Garza, haciéndole saber que el general Díaz está dispuesto a dar fin a su gobierno de 30 años. Con esto, Madero regresa al punto de partida.

A la mañana del lunes 8, el contento y el optimismo crecían en torno al campamento del caudillo. Éste esperaba a Villa y Orozco, quienes mucho demoraban no obstante habersele hecho un llamado urgente, “cuando como a las 11 de mañana empezaron a llegar a

la *Casa Gris*, noticias alarmantes". Al efecto, los jefes revolucionarios, sin tener órdenes, había empezado el ataque a Ciudad Juárez.

Madero salió a conferenciar con Orozco; y al encontrarle en el camino a Juárez, le manifestó el temor de que la "caída de balas en El Paso" fuese un pretexto para la intervención norteamericana. Orozco le aseguró que la "plaza sería rendida en pocas horas"; que el combate había comenzado casualmente y que las fuerzas de Villa y Garibaldi estaban situadas entre El Paso y Ciudad Juárez, a fin de causar el menor daño posible a la ciudad texana.

Esto no obstante, y vuelto Orozco al lugar del combate,iqué de titubeos y dislates! Mientras que de un lado el doctor Vázquez Gómez y Carranza atizan la idea de lucha; de otro lado, Madero sigue temeroso de que los acontecimientos sirvan de pretexto a una invasión extranjera; y por lo mismo, habla por teléfono con el general Navarro, tratando de persuadirle para que entregue la plaza. Navarro se niega.

En eso llega al campamento revolucionario el licenciado Francisco S. Carvajal. Éste se queja de que los maderistas han violado el armisticio, y pide a Madero que ordene cese el fuego.

Carvajal se presentó a Madero días antes del ataque a Ciudad Juárez, con una credencial firmada por José Yves Limantour, en la cual éste hacía saber que Carvajal estaba designado por el presidente de la República, de conformidad con las instrucciones que previamente le habían dado, para discutir y convenir con Madero, "jefe de la Revolución, o con los representantes" que éste nombrara, "las bases con arreglo a las cuales" debería cesar "el estado revolucionario" y con lo mismo hacer volver el orden al país.

Mas pareció que ya no había tiempo para detener a los insurgentes. Sin embargo, como varios periodistas norteamericanos llegaron al campamento revolucionario asegurando que la invasión de las fuerzas de Estados Unidos era inminente, Madero, cuyos sentimientos patrióticos se exaltaban fácilmente, volvió a dar instrucciones



# DOS CARTAS INTERESANTES

CAMBIADAS ENTRE EL PRESIDENTE PROVISIONAL

**Francisco I. Madero**  
Y EL GENERAL

**Pascual Orozco h.**

Al margen un sello que dice.—GOBIERNO PROVISIONAL DE LA REPUBLICA MEXICANA—  
Secretaría Particular de la Presidencia.

Ciudad Juárez, 15 de Mayo de 1911.

Sr. General PASCUAL OROZCO h.,

Presente.

Muy apreciable amigo:-

Refiriéndose á los acontecimientos que tuvieron lugar en ésta el día 13 del actual y á los cuales la fantasía popular y nuestros adversarios han dado proporciones que no tienen con objeto de propalar la especie de que estamos destituidos, me es muy grato hacer constar por la presente que el bien es cierto que por cuestiones administrativas tuvimos una discusión relativamente acalorada, muy lejos de servirnos de abrigar la idea de desertar y dejar de dirigir todos nuestros esfuerzos hacia el triunfo de la causa justa por la cual hemos luchado con tan buen éxito hasta ahora.

Quiero asimismo hacer constar que nunca he puesto en duda su lealtad á mi gobierno ni su amistad personal hacia mí, lo cual se demuestra en el estrecho abrazo que nos dimos en público y que aún en el caso de que algo hubiera pasado, no más que suspirios para ~~la patria~~ ~~y~~ ~~hacer~~ ~~que~~ ~~disparemos~~, con lo del corazón de Ud. como del mio, el más ligero resentimiento por tanta Ud. como yo luchamos por ideas y causas seremos covisores de nuestros productos por ningún sentimiento personal, tanto más cuanto que en las actuales circunstancias no lo existe, porque, lo repito, ni por un solo momento dude de su amistad hacia mí y sabe usted que como siempre lo aprecia de veras y lo estima su eterno, amigo y alto. S. S.

**FRANCISCO I. MADERO.**

CONTESTACION.

Ciudad Juárez, Mayo 15 de 1911.

Señor Francisco I. Madero,

Presidente provisional de la República.

Presente.

Muy respetable amigo:-

Me complazco hacer referencia á la estimable de Ud. de esta misma fecha.

Corno Ud. juiciosamente lo indica, nuestros adversarios políticos y la fantasía popular han dado proporciones que no poseen á los acontecimientos que tuvieron lugar el 13 del actual. La fantasía popular exagerándolos y nuestros adversarios políticos falsificándolos, pues metafóricamente han propalado la especie de que nos hemos desunido en la noble empresa de luchar para derribar la tiranía. ¡Nada más inexacto! Nuestra unión es indestructible, porque arriba de la simpatía, del cariño y de la amistad que se pueden tener á un hombre floja el sentimiento heroico que en este momento histórico debe unir á todo mexicano honrado: El amor á nuestra querida Patria.

Señor Presidente:

Cuando conmigo se levantaron en armas los hijos del Distrito de Guerrero el 20 de Noviembre de 1910, secundando el plan expedido por Ud. en San Luis Potosí, lo aceptamos como el menajero luminoso de los constituyentes del 57, presentados en Ud. un vidente de la redención del pueblo mexicano y juremos en aquella época derramar nuestra sangre por el triunfo de tan noble empresa. Este juramento lo recordamos, y hoy palpita y vibra con más vigor en mi corazón y en el de todos mis denodados compañeros de armas: críale Ud. Señor Presidente, y abrigue siempre la seguridad de nuestro respeto, de nuestra lealtad y de nuestra constancia.

De Ud. respetuosamente afmo. alto. y SS.

**P. OROZCO. H.**

para que se suspendiese el fuego y amenazó con ordenar el fusilamiento de quienes le desobedecieran. Pero horas después, el presidente provisional cambió de parecer y ordenó a José de la Luz Blanco que llevase sus soldados al combate. Blanco cumplió la orden; y con este refuerzo a la gente de Orozco y Villa, al mediodía del 10 de mayo, los revolucionarios entraron a las calles de Juárez con incontenibles ímpetus, y el general Navarro se rindió a discreción.

Ahora, el gobierno de la Revolución tiene ciudad y capital. El presidente provisional nombra a los miembros de su gabinete.

Dentro de éste no hay hombres con práctica política. Francisco Vázquez Gómez, designado ministro de Relaciones, es médico, sin más trato en negocios extranjeros que su gestión de agente confidencial en Washington, durante la cual no tuvo oportunidad de relacionarse con las fuentes diplomáticas. Ajeno a la historia y a los asuntos internacionales, Vázquez Gómez sólo era un hombre de buena voluntad, celebrado —inclusive por si mismo— debido a su ingenuidad.

En cambio, personaje de mucho mando, aunque sin brillo ni popularidad era Venustiano Carranza, encargado por Madero de la cartera de Guerra. Carranza había sido senador durante una época porfirista; mas tal cargo no lo disfrutaba como canongía ni por ser admirador del régimen de don Porfirio. Díaz le dio el asiento senatorial, para tenerle alejado de los negocios públicos de Coahuila; pues Carranza disfrutaba de un gran prestigio político entre los coahuilenses, no sólo por su rectitud e independencia, sino por sus cualidades de organizador perseverante. No correspondía, pues, Carranza, al grupo senatorial de la abyección, antes a aquel que estaba castigado, de acuerdo con las disciplinas que empleaba don Porfirio.

Tres hombres figuraban dentro del gabinete maderista en quienes se reflejaba la amistad que les unía al presidente provisional. Eran, José María Pino Suárez, elegido para la cartera de Justicia e Instrucción Pública, quien no obstante se ajeno al desarrollo peda-

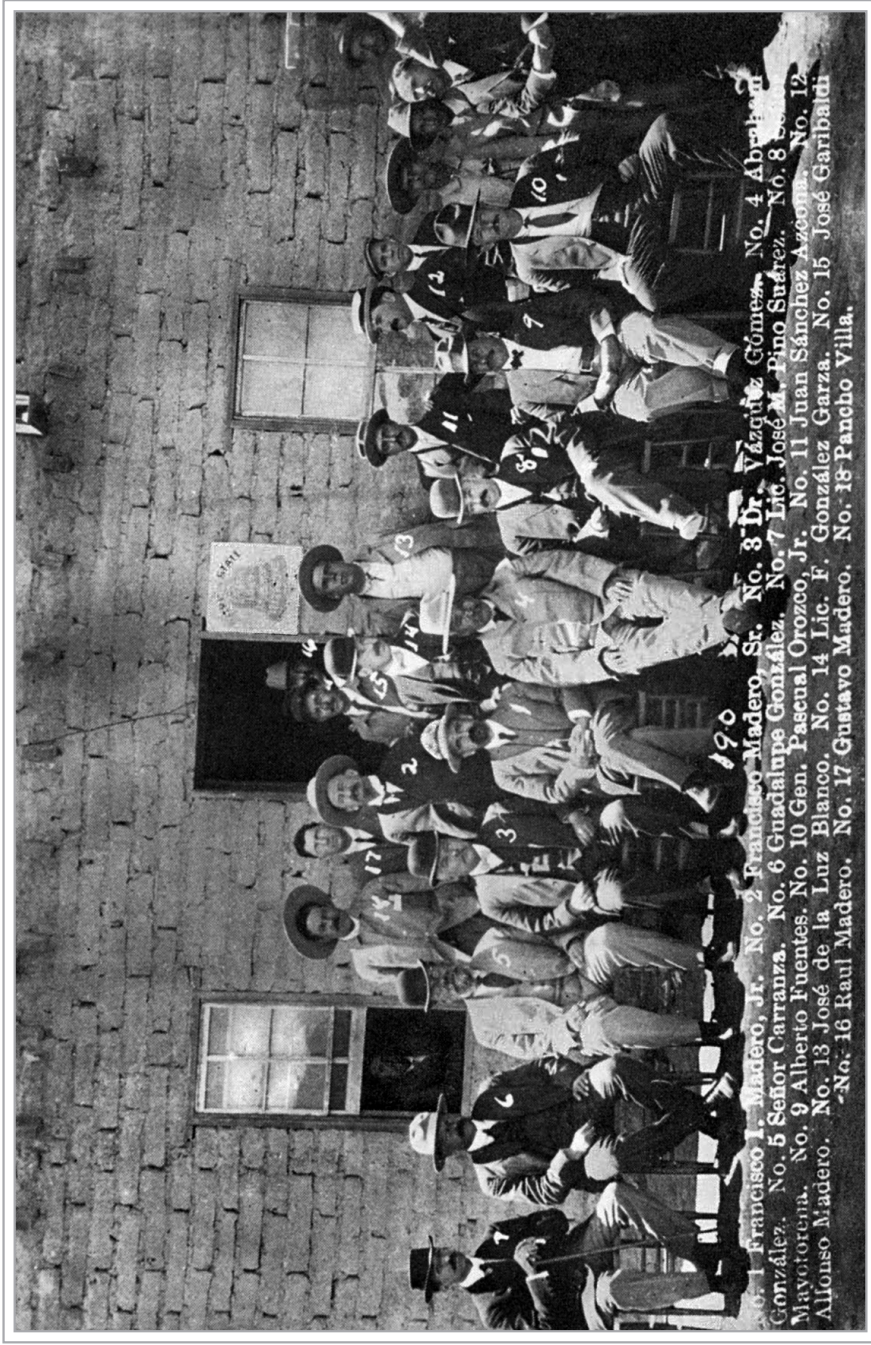
gógico e intelectual de México, poseía en cambio, virtudes literarias de una sensibilidad capaz de acercarle pronto y eficazmente a los negocios de la enseñanza y educación nacionales.

El otro del trío, era Federico González Garza, individuo austero, observador, estudioso y operario político incansable. Además, Madero podía fiar en el juicio medido y cierto de González Garza a quien entregaba el despacho de la Gobernación. El tercero era Juan Sánchez Azcona, persona discretísima, excondiscípulo de Madero y a quien éste encargó los negocios privados de la presidencia. Y cerraba aquel primer gabinete de la Revolución, la figura de Gustavo A. Madero, leal y amantísimo hermano del caudillo, hombre de estuante corazón, entregando a una causa en la que antes de los sucesos de Ciudad Juárez pocos eran quienes en ella creían; pero que ahora todos pretendían dirigir; porque ¡qué de políticos oportunistas en el día del triunfo! También ¡qué de intrigantes y de intrigas!

Para los propios revolucionarios, el triunfo de Ciudad Juárez parecía una fantasía; pues todo aquello que de presto se encendía y de presto se apagaba, daba la idea de estar más allá de la realidad, y por lo mismo, cualesquiera de aquellos hombres que llevaban la victoria tan a la mano, se sentía con el derecho de tomar el mando de la Revolución y de la República.

De esto último, se originó una sublevación momentánea de Pascual Orozco, quien llevado por la soberbia y la ignorancia y sobre todo, por las primeras insidias de una Contrarrevolución que se preparaba mentalmente entre quienes se sentían defraudados por no haber llegado a tiempo de recibirlos bienes de la gloria o del botín, creyó que era capaz de poner condiciones a Madero.

La aventura levantisca de Orozco en Ciudad Juárez fue, sin embargo, tan extemporánea en medio de la popularidad conquistada por Madero, que esa actitud de rebeldía quedó concluida a la mera intervención racional y enérgica del caudillo. El acontecimiento, sin embargo, fue advertencia de que el mundo caído no quedaba conforme con



No. 1 Francisco I. Madero, Jr. No. 2 Francisco Madero, Sr. No. 3 Dr. Vázquez Gómez. No. 4 Alberto  
 González. No. 5 Señor Carranza. No. 6 Guadalupe González. No. 7 Lic. José M. Pino Suárez. No. 8  
 Maytorena. No. 9 Alberto Fuentes. No. 10 Gen. Pascual Orozco, Jr. No. 11 Juan Sánchez Azcona. No. 12  
 Alfonso Madero. No. 13 José de la Luz Blanco. No. 14 Lic. F. González Garza. No. 15 José Garibaldi  
 -No. 16 Raul Madero. No. 17 Gustavo Madero. No. 18 Pancho Villa.

Madero con los principales líderes de la Revolución, 1911



su derrota y que por lo mismo buscaría su restauración, utilizando, de ser necesario, a los hombres y caudillos que le habían derrocado.

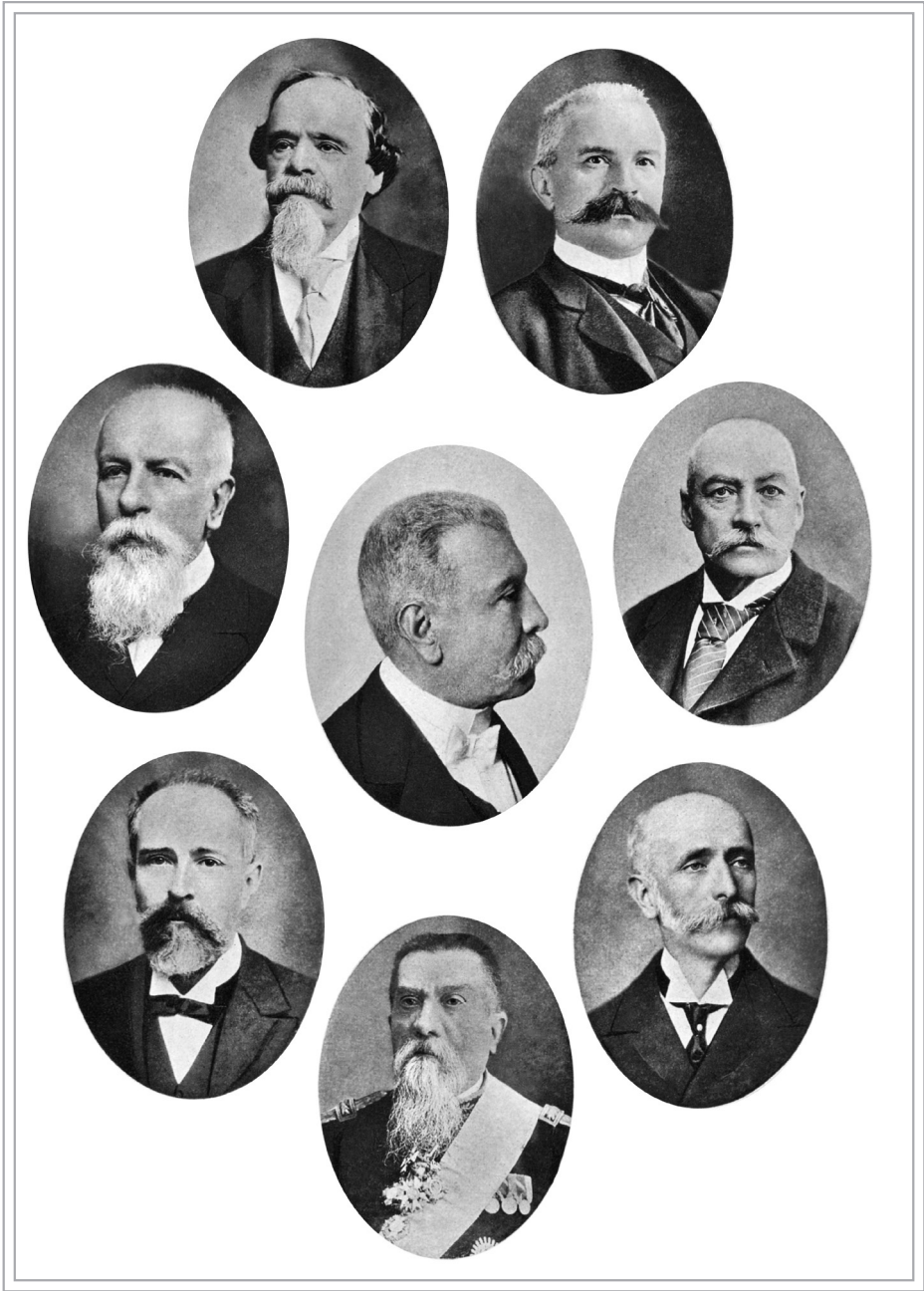
#### LOS TRATOS DE CIUDAD JUÁREZ

Organizado el gabinete presidencial del general Porfirio Díaz, en Marzo (1911), el porfirismo creyó rejuvenecer. El ministro de Relaciones Francisco León de la Barra, llegó a tan elevada función como hombre sin pecados políticos, y por lo mismo ignorante de la gente, el tiempo y las ideas de México. Nada pues, se podía objetar, políticamente, a tan blanco blanco personaje, que por otro lado sí poseía una amplia práctica en negocios diplomáticos.

Albos también era dable considerar a los otros ministros del gabinete de Marzo; ahora que se hacía necesario exceptuar Jorge Vera Estañol, individuo de muchos cascabeles, a pesar de que no conocía los problemas políticos, tan desemejantes a los asuntos de un laboratorio jurídico, dentro del cual se ignoran la rudezas de las lides políticas, generalmente incendiadas por los deseos de mando y poder.

Con aquella nueva indumentaria ministerial, en la que se incluía la muy cercana presencia del general Bernardo Reyes, que en otros días pudo significar un azote militar para la República, y con la coordinación que el bien administrado cerebro de José Yves Limantour daba a las cuestiones públicas, don Porfirio creyó que, si no vencidos, sí podrían ser apaciguados los revolucionarios.

Acompañaban a don Porfirio en tal idea y consideración, los generales y jefes del Ejército Federal, militares de recias y bien puestas fornituras exteriores, de gran pundonor como soldados, pero incapaces de dar a las corporaciones militares una organización apta para defender los intereses del gobierno y del Estado, en una situación como la que Madero había hecho con su osadía y espíritu popular; ahora que el general Díaz, siempre celoso de su mando y creyendo,



Porfirio Díaz y su gabinete en 1910

sin reflexión, que su solo nombre bastaba para hacer perdurable la paz nacional, era el responsable en la reducción de la capacidad y actividad de los jefes y oficiales del Ejército nacional.

Tan lejos de la realidad había llevado don Porfirio a los generales de aquel Ejército que mucho lucía en paradas y cañones, que al ser informado de la caída de Ciudad Juárez, todavía con la idea prosopopéyica de lo invicto, llamó al general Victoriano Huerta, para que éste, considerado como uno de los comandantes más entendidos en el arte de la guerra, diera su opinión sobre los sucesos fronterizos que empezaban a producir explicables tempestades en el pulso de Díaz; y se dice *explicables*, porque tal hombre, hecho en las rudezas del soldado y agilitades de la política, seguía sin comprender cómo un individuo, casi desconocido en la República, pudo convertirse en pocas horas en caudillo y vencedor de Ciudad Juárez.

Huerta, quien veía en sus propias cualidades de gran iniciativa, Mando agresivo y sólida organización, las cualidades que no tenía un Ejército como el Federal, formado con soldados provenientes de los medios del inadaptado o atrasado social, dijo a don Porfirio, refiriéndose a la situación militar en el país, que él, Huerta, con 500 hombres “fácilmente contendría a los inexpertos jefes revolucionarios del sur”, y que con 2 mil jinetes, agregados a las fuerzas gobiernistas en el estado de Chihuahua, habría la fuerza suficiente para obligar a los maderistas a emprender la fuga hacia Estados Unidos o bien para aniquilarles dentro del territorio nacional. ¡Cuánto ciegan los dioses a los hombres, cuando éstos se dan precio a sí propios!

El presidente, “vendado del cráneo a la mandíbula... y visiblemente abatido por... crueles dolores... que aumentaban su sordera”, en seguida de escuchar a Huerta, ordenó que se dieran a éste los recursos para la campaña contra los revolucionarios. Sin embargo, cuando Huerta preparaba la marcha, recibió contraórdenes. El general Díaz se daba por vencido.



# MANIFIESTO

## Del Presidente de la República, Gral. Porfirio Díaz,

### A LA NACIÓN

MEXICANOS:

La rebelión iniciada en Chihuahua en noviembre del año próximo pasado y que paulatinamente ha ido extendiéndose, hizo que el Gobierno que presido acudiese, como era de su estricto deber, a combatir en el orden militar el movimiento armado.

Entretanto, la opinión pública se uniformó demandando determinadas reformas políticas y administrativas, y a fin de satisfacerla, tuve la honra de informar al Congreso de la Unión, el primero del mes próximo anterior, que era mi propósito iniciar o apoyar las medidas que reclamaba la nación. Sobreponiéndome al cargo que se me pueda hacer de no obrar espontáneamente sino bajo la presión de la rebelión armada, es público y notorio que he entrado de lleno en el camino de las reformas prometidas. La iniciativa sobre no reelección del Presidente y Vicepresidente de la República y de los Gobernadores de los Estados, apoyada moralmente por el Ejecutivo de la Unión, ha sido ya aprobada por la Cámara popular y está a punto de serlo por el Senado de la República; el estudio de una nueva ley electoral que haga efectivo el sufragio del pueblo, acomodándose a nuestro medio social y eliminando hasta donde sea posible la intervención de la autoridad política, está ya concluido y en breve se someterá a la deliberación de las Cámaras lo mismo que un proyecto de ley sobre responsabilidad de los funcionarios judiciales y otros sobre fraccionamiento de terrenos.

Al mismo tiempo, los cambios políticos y administrativos de la Federación y de algunos Estados constituyen otra prueba inequívoca de la sinceridad con que el Gobierno de la República procura interpretar las aspiraciones de la gran mayoría de la Nación, y del espíritu de reforma que ha invadido también la administración pública de las Entidades Federativas.

La gran masa de nuestros conciudadanos, de hábitos pacíficos y laboriosos, de tendencias evolutivas y progresistas, sin duda habrá reconocido la buena fe con que procede el Gobierno; y aquellos mexicanos que se hayan lanzado desinteresadamente a la revuelta, en pos de los principios políticos que está realizando la administración actual, deberían ya haber depuesto las armas evitando así a su país los horrores de la guerra civil, ya que los principios inscriptos en su bandera no necesitan de la fuerza para incorporarse en la ley.

Más infortunadamente esto último no ha sido así, y el Gobierno, que se consagra a la doble labor de combatir con las armas la rebelión y de dar garantías para lo porvenir a la opinión pública, ha querido probar una vez más su deseo de restablecer la paz por medios legítimos y decorosos. Algunos ciudadanos patriotas y de buena voluntad ofreciéronse espontáneamente a servir de mediadores con los jefes rebeldes; y aunque el Gobierno creyó no deber iniciar negociación alguna, porque habría sido desconocer los títulos legítimos de su autoridad, dió oídos a las palabras de paz, manifestando que escucharía las proposiciones que se le presentaran.

El resultado de esa iniciativa privada fué, como se sabe, que se concertara una suspensión de hostilidades entre el General Comandante de las fuerzas federales en Ciudad Juárez y los jefes alzados en armas que operan en aquella región, para que durante la tregua conociera el Gobierno las condiciones o bases a que habla de sujetarse el restablecimiento del orden. El Gobierno constituyó su delegado en la persona de un honorable Magistrado de la Corte Suprema de Justicia de la Nación a quien se dieron instrucciones inspiradas en un espíritu de liberalidad y de concordia, hasta donde lo permiten la dignidad de la República y los intereses mismos de la paz que se trataba de negociar.

La buena voluntad del Gobierno y su deseo manifiesto de hacer concesiones amplias y de dar garantías eficaces de la oportuna ejecución de sus propósitos, fueron interpretados, sin duda, por los jefes rebeldes como debilidad o poca fe en la justicia de la causa del mismo Gobierno: ello es que las negociaciones fracasaron por la exorbitancia de la demanda previa formulada por los representantes revolucionarios antes de dar a conocer sus bases de arreglo, y de todo punto incompatible con un régimen legal.

La exigencia de la revolución de que presenten su renuncia el Presidente y el Vicepresidente de la República en estos momentos tan difíciles, si hubiera de aceptarse, dejaría a la Nación abandonada a todos los azares y peligros de unas elecciones que efectuadas desde luego, según lo prescribe nuestra Carta Fundamental, se harían en plena efervescencia de las pasiones y antes de que estuviera restablecido el orden público en todo el país.

Por otra parte, fijar plazo a la renuncia, equivaldría a exponerse a los inconvenientes apuntados, por no ser posible prever cuándo cesará el desorden, y lo que es peor, debilitaría el prestigio y la autoridad del jefe de la Nación, precisamente cuando más necesarias son estas condiciones para vigorizar la situación política, cuyos firmes puntos de apoyo deben ser, principalmente, el buen sentido del pueblo y la actitud del ejército, de cuya conducta bizarra y ejemplar se enorgullece la República. No es, pues, una inspiración de vanidad personal del Presidente, para quien el poder, hoy más que nunca, no tiene ya sino amargos sinsabores e inmensas responsabilidades, lo que le hizo negarse a la exigencia de la rebelión, no; es el deber, el supremo deber que tiene de dejar el país en orden y dentro de la ley o de hacer cualquier sacrificio, aun el de la propia vida, por conseguirlo.

Por último, hacer dependes la Presidencia de la República, es decir, la autoridad soberana de la Nación, de la voluntad o del deseo de un grupo más o menos numeroso de hombres armados, no es, por cierto, restablecer la paz, que siempre debe tener por base el respeto a la ley; sino, por lo contrario, abrir en nuestra historia otro siniestro período de anarquía, cuyo imperio y cuyas consecuencias nadie puede prever.

El Presidente de la República que tiene la honra de dirigirse al pueblo mexicano en estos solemnes momentos, se retirará, sí, del poder, cuando su conciencia le diga que al retirarse, no entrega el país a la anarquía y lo hará en la forma decorosa que conviene a la Nación, y como corresponde a un mandatario que podrá, sin duda, haber cometido muchos errores, pero que también ha sabido defender a su patria y servirla con lealtad.

El fracaso de las negociaciones de paz tal vez traerá consigo la renovación y la recrudescencia en la actividad revolucionaria. Si por desgracia fuere así, el Gobierno, por su parte, redoblará sus esfuerzos contando con la lealtad de nuestro heroico Ejército para someter a la rebelión dentro del orden; mas para conjurar pronta y eficazmente los inminentes peligros que amenazan nuestro régimen social y la autonomía de la Nación, el Gobierno necesita del patriotismo y del esfuerzo generoso del pueblo; cree contar con él, y con él está seguro de salvar a la Patria.

MEXICO, MAYO 7 DE 1911.

PORFIRIO DIAZ

Desde el regreso de Limantour, cuando todavía don Porfirio se sentía animoso, ¡qué de sucesos, todos desfavorables, al gobierno se habían registrado en el país! La Revolución, lejos de decrecer como creyera el general Díaz con las promesas reformas políticas del régimen, se dilataba a todo el país, al mismo tiempo que la enemistad popular hacia el gobierno se presentaba más y más a la vista de México.

Esas promesas y reformas oficiales comenzaron con el cambio del gabinete presidencial, seguido del anuncio hecho por el presidente en su mensaje del 4 de abril (1911) al Congreso de la Unión, sobre la conveniencia de restaurar en la Constitución de 1857, el principio de no reelección. Después, con la salida del país del vicepresidente, Ramón Corral, a quien se señalaba como uno de los culpables de la discordia civil, por ser muy grande su impopularidad; ahora que esto no tenía fundamentos precisos, puesto que Corral no hacía más que poner en práctica las órdenes de don Porfirio, de quien era un leal y eficaz colaborador.

No obstante estas enmiendas al programa del que parecía inmovible régimen político, el mes de mayo de 1911 se presentó más amenazante que el anterior, para el gobierno nacional. La reforma constitucional en favor de la no reelección, en vez de ser útil a la paz, sirvió para confirmar la justicia política de la Revolución, y por lo mismo, estimuló a quienes permanecían al margen de los sucesos revolucionarios, a que tomaran partido.

El régimen porfirista había perdido, pues, su centro de gravedad y con esto llegó el momento del trance. Ya no quedaba a don Porfirio más remedio que buscar la paz con los revolucionarios. Al efecto, en orden de entrar a tratar con Madero, estaba en El Paso el licenciado Carvajal. Este, que era un buen negociador, había conducido los preliminares con cautela e inteligencia; pero con la toma de Ciudad Juárez, el panorama cambió radicalmente. Madero tenía el puerto fronterizo más importante de la República. Esto proporcionaba a la

Revolución una categoría política y militar beligerante. La política de la transacción había terminado.; ahora era necesario ceder; y el gobierno de 30 años, cedió.

Así, el 21 de mayo (1911), quedó firmado en Ciudad Juárez, un convenio conforme al cual, el general Porfirio Díaz se comprometía a renunciar en el curso del mismo mes de mayo; Ramón Corral, por su parte, renunciaría a la vicepresidencia de la República; Francisco León de la Barra, secretario de Relaciones Exteriores, quedaría interinamente encargado del Poder Ejecutivo de la nación; el nuevo gobierno estudiaría la forma de corresponder a los perjuicios causados por la guerra civil a los particulares y, por último, con la firma del documento, cesaban las hostilidades entre las fuerzas del gobierno y de los revolucionarios, para empezar, al mismo tiempo, a la reconstrucción o reparación de las vías telegráficas y ferrocarrileras.

La primera guerra civil, concluía; aunque la administración pública porfirista, aparentemente continuaba intacta. Mas este aspecto sólo correspondía a la idea constitucional; porque en la práctica, el gobierno de la República pertenecía a Madero, a pesar que éste, hecha la paz, ya no era el presidente provisional de la Revolución.

#### LA REVUELTA METROPOLITANA

La capital de la República, que hasta esos días permanecía ajena a la guerra civil y desdeñosa hacia los revolucionarios, creyendo que todo lo que ocurría en torno a los levantamientos correspondía a una mera audacia de pueblerinos, empezó a sentir, aunque sin doblegar su orgullo, los primeros síntomas de una inquieta curiosidad que lesionaba la admiración, antes incondicional, que la ciudad tenía por el general Porfirio Díaz; admiración incondicional de la urbe a la cual contestaban los lugareños con desprecio y rencor hacia los metropolitanos.

Así, para sostener su régimen, no quedaba al general Díaz otro camino que el de una inmisericorde y organizada violencia, sin la cual, no obstante los recursos del gobierno, no podría asegurarse la victoria del porfirismo; pues muy arraigada estaba en el país, la idea de que la época del partido personal estaba en agonía.

De esta manera, para poner en marcha la violencia organizada e inmisericorde, fuera y dentro del mundo porfirista se preguntaba si sería posible el ejercicio del desorden y la venganza después de una prédica de paz y tolerancia hecha sistemáticamente durante tres décadas. Además, se insistía en que el propio Díaz había aprobado con su silencio, el principio de que, después de él, sólo podría continuar la ley. Y la ley era la Constitución, que ahora restablecía el capítulo de la no reelección. La ley era, asimismo, el nuevo sistema electoral conforme al cual el general Díaz ofrecía “garantizar que el sufragio... [se hiciera] efectivo”.

Con tan claros principios de legalidad, el presidente de México no podía volver atrás y emprender el camino de los excesos militares y políticos; y como Díaz trató siempre, dentro de los fundamentos del gobierno personal, hacer concordantes sus actos e ideas, después de 30 años de mando y gobierno, no le habría sido dable romper aquella unidad de hombres y sistemas, que hizo al régimen ganar las consideraciones de su tiempo y la fama universal.

Tampoco podía don Porfirio inclinarse hacia otros medios defensivos u ofensivos, debido a que desde los primeros días de mayo empezó a sentir que estaba a punto de perder su último baluarte —el baluarte de los 30 años—: la Ciudad de México. La metrópoli le abandonaba. Ya no eran los errores del mando militar en la campaña del norte, ni las, ingerencias de Limantour y los científicos, ni las exigencias de los veteranos del porfirismo capitaneados por el hijo del autócrata, ni el temor de que en esos días, el general Reyes, de volver a la comandancia del Ejército se quedara dueño de la situación, ni la amenaza de los surianos a la capital de la República, lo que

desmoralizaba al presidente. Era la pérdida de la urbe —la urbe que, en opulencia y majestad quiso ser a semejanza de aquel régimen político que, después de tres cuartos de siglo de conflicto y amarguras en la República, había instaurado la paz. Y la Ciudad de México tenía, en la realidad, esa característica: la paz.

Díaz puso todo el interés de un jefe de Estado para hacer brillar a México entre las ciudades principales del mundo; y pudo realizarlo, aunque no por ello dejó la metrópoli de tener los visos propios a la capital de un pueblo rural. De aquí, la cursilería que se manifestaba, al menor descuido, ya oficial, ya particular, entre la gente y pensamiento de la metrópoli.

Mas esto no era tan deplorable como la deslealtad de México para el gobernante en torno de cuyo trono republicano había vivido y prosperado. Y deslealtad, porque la multitud, que en septiembre de 1910, aclamaba a don Porfirio, ahora, en mayo de 1911, pedía la renuncia del autócrata. Y para esto, bastó la aparición de dos grandes líderes de multitudes. Mariano Duque y Samuel G. Vázquez. Estos, en efecto, incansables y vehementes, lograron tanta penetración en los barrios populares de la metrópoli que entre ambos, y llevando a la vera la elocuencia oratoria de Adolfo León Ossorio, Rafael Pérez Taylor, Alfonso Zaragoza, Gonzalo G. Travesí y Enrique García de la Cadena, provocaron la revuelta en la Ciudad de México.

Así, de improviso, primero 100; luego 500; y en los días que se siguieron a la noticia de la caída de Ciudad Juárez, miles; miles de individuos recorrían las calles de la Ciudad de México, sacudían las plazas públicas y marchaban hacia la Cámara de Diputados, con el “Abajo el dictador” o “Viva la Revolución”, exigiendo la renuncia de don Porfirio; y como se hiciera público que el general Díaz abandonaba el poder el día 24 (mayo), con este motivo, y siempre bajo la batuta de Duque y Vázquez, de un barrio y de otro barrio, surgió la muchedumbre; y se dirigió a la Cámara, tratando de invadir el recinto legislativo; y como no parece bastar esto, ya encendidos los ánimos y

después de escuchar las levantiscas exhortaciones de oradores made-  
ristas, y en seguida conquistar la adhesión de los estudiantes, la gen-  
te quiso invadir el Jockey Club, el centro de la aristocracia porfirista  
y entrar a saco al comercio; y poco después, pretendió abrirse paso  
hacia la residencia del presidente. Con más bríos a cada minuto, mar-  
chó sobre el Palacio Nacional. La policía disparó. Hubo muertos y  
heridos. La ciudad, ya contraria a su héroe de los 30 años, dio todas  
las señales de la cercanía de una sublevación popular. El presidente  
y el vicepresidente enviaron (25 de mayo) sus renuncias al Congreso.

Con cuánta y profunda amargura, don Porfirio escribió:

El pueblo mexicano, ese pueblo que tan generosamente me ha colmado  
de honores, que me proclamó su caudillo durante la guerra internacio-  
nal, que me secundó patrióticamente en todas las obras emprendidas  
para robustecer la industria y el comercio de la República, fundar su  
crédito, rodearla del respeto internacional y darle puesto decoroso  
entre las naciones amigas; ese pueblo... se ha insurreccionado en ban-  
das milenarias armadas, manifestando que mi presencia en el ejercicio  
Supremo del Poder Ejecutivo es la causa de su insurrección... En tal  
concepto... vengo ante la Suprema Representación de la Nación a  
dimitir sin reserva el encargo de Presidente Constitucional de la Repú-  
blica... Espero... que calmadas las pasiones que acompañan a toda  
revolución, un estudio más concienzudo y comprobado haga surgir en  
la conciencia nacional un juicio correcto que me permita morir llevan-  
do en el fondo de mi alma una justa correspondencia de la estimación  
que en toda mi vida he consagrado y consagraré a mis compatriotas.

Y en seguida de esta renuncia, el Congreso escuchó y aceptó, la  
del vicepresidente Corral, fechada y firmada en París el 4 de mayo  
(1911).

A la noche de tal acontecimiento, don Porfirio abandonó la Ciu-  
dad de México —su Ciudad de México— en donde tanto realce alcan-  
zara el magnífico caudillo; en donde tanto se le amara y respetara y  
se creyera que sólo en luctuosísimos funerales podría terminar el  
gobierno de ese hombre de señaladas virtudes; pero también autor



## RENUNCIA DEL GRAL. PORFIRIO DIAZ

A los CC. Secretarios de la H. Cámara de Diputados.

Presente.

El Pueblo mexicano, ese pueblo que tan generosamente me ha colmado de honores, que me proclamó su caudillo durante la guerra de Intervención, que me secundó patrióticamente en todas las obras emprendidas para impulsar la industria y el comercio de la República, ese pueblo, señores diputados, se ha insurreccionado en bandas milenarias armadas, manifestando que mi presencia en el ejercicio del Supremo Poder Ejecutivo, es causa de su insurrección.

No conozco hecho alguno imputable a mí que motivara ese fenómeno social; pero permitiendo, sin conceder, que pueda ser un culpable inconsciente, esa posibilidad hace de mí persona la menos apropiada para raciocinar y decir sobre mi propia culpabilidad.

En tal concepto, respetando, como siempre he respetado la voluntad del pueblo, y de conformidad con el artículo 82 de la Constitución Federal vengo ante la Suprema Representación de la Nación a dimitir sin reserva el encargo de Presidente Constitucional de la República, con que me honró el pueblo nacional; y lo hago con tanta más razón, cuanto que para retenerlo sería necesario seguir derramando sangre mexicana, abatiendo el crédito de la Nación, derrochando sus riquezas, secando sus fuentes y exponiendo su política a conflictos internacionales.

Espero, señores diputados, que calmas las pasiones que acompañan a toda revolución, un estudio más concienzudo y comprobado haga surgir en la conciencia nacional, un juicio correcto que me permita morir, llevando en el fondo de mi alma una justa correspondencia de la estimación que en toda mi vida he consagrado y consagraré a mis compatriotas. Con todo respeto.

México, Mayo 25 de 1911.





de muchas infelicidades —en su mayoría involuntarias— que causó a México en sus filamentos más débiles y sensitivos.

Don Porfirio, ya sin investidura constitucional, se dirigió al puerto de Veracruz, de donde partió al destierro, el 31 de mayo, a bordo del trasatlántico *Ipiranga*.

Al abandonar el país, con la pesadumbre que en el corazón tendría que llevar quien durante los años que gobernó la República no tuvo un solo día sin sentir las caricias del triunfo, el general Díaz, dejaba una herencia política a la nación mexicana. Y no podía ser de otra manera; porque tan magno, venturoso y prolífico fue el régimen instaurado por tal hombre, que aquél, si no incólume, si quedó recto y recio a la caída del caudillo; y, al igual de los grandes imperios universales —tal fue el poder e influjo de la herencia— hizo que los hijos y los nietos de los conspicuos del porfirismo, continuaran disfrutando del árbol que dio sombra a los años victoriosos de la Revolución.

La obra, pues, de don Porfirio, no quedó sepultada al levar anclas de *Ipiranga* en la bahía de Veracruz. Los principales sistemas políticos del general Díaz, adquirirían los caracteres de la perdurabilidad en el régimen presidencial que sustituyó al régimen porfirista.

#### LA REVOLUCIÓN TRIUNFANTE

La República está dominada por los maderistas desde mediados de mayo. El triunfo de Ciudad Juárez fue el remate de aquellas columnas, ya organizadas, ya agavilladas, pero todas formativas de la Revolución, que durante seis meses habían surgido en donde menos se esperaba.

Hacia esa mitad de mayo, el país, estremecido de uno y otro de sus extremos; estremecido también en su vientre y en sus hombros, no cesaba de conocer nuevas caras. La faz, de quienes llevaban el fusil al hombro era desemejante a la de quienes desempeñaban esa misma función en las Fiestas del Centenario. El soldado de la Revo-

lución, no por su edad, sino por su aspecto, enseñó otra fisonomía. Los hombres del maderismo vestían el traje ordinario de la región que les vio nacer. Había en tal indumentaria una mexicanidad incuestionable; y la mexicanidad de esos días estaba caracterizada por la gente rural.

Mas, la principal caracterización de los triunfadores era el optimismo; la gente lo basaba en la renovación de las cosas y hombres. No tanto por odios, cuanto por cansancio, México deseaba ver otros sujetos en todas las funciones públicas, ya civiles, ya de guerra. El mundo mexicano creía, en medio de ensueños, que con el cambio total de lo “viejo” por lo “nuevo”, podría ser posible consumir la Revolución.

No era eso lo que se quería antes del 20 de noviembre. En esos días, el país se conformaba con “la caída del tirano”. No es así en mayo de 1911. El pueblo progresó o cuando menos, quiso creer que había progresado. La gente rural, antes tímida y aislada, es la que ahora manda o quiere mandar. Cada uno de los triunfadores se siente con madera de gobernante. Y éste, precisamente, es el problema, el gran problema que se presenta a la victoria —el problema que deberá resolver Madero.

Consideremos a Salvador Escalante, quien después de llevar el rifle al hombro durante unos meses puede llamarse a sí mismo Jefe Iniciador del Movimiento michoacano. Consideremos a tal hombre con ese título, y teniendo bajo su mando las partidas de Martín Castrejón, Amado Espinosa y Federico Tena; considerémosle entrando victorioso a la capital de Michoacán. ¿Será posible que se le despoje de la victoria y del mando?

Con Escalante, a quien ahora canta el poeta y aclama el pueblo, los morelianos despiertan, se imantan y se unen al maderismo; y surge en Morelia una nueva pléyade política: Miguel Silva, Pascual Ortiz Rubio, José Ortiz Rodríguez, Alberto Oviedo Mota, Manuel Ibarrola, Felipe Iturbide.

# **MANIFIESTO** que el C. Martín Espinosa, Jefe de las Fuerzas Maderistas en el Territorio, dirige á sus compañeros declarando estar para terminarse su misión, por haberse firmado la Paz è implantado el programa defendido por el heroico ciudadano DON FRANCISCO I. MADERO.

## **COMPAÑEROS:**

El Ejército Libertador, compuesto en su mayor parte del pueblo, de este pueblo tan valiente en la guerra como sumiso y trabajador en la paz, se ha llenado de gloria, al implantar un sistema de gobierno de acuerdo con sus altos ideales de libertad y sobre la base de la más avanzada democracia. El Ejército Libertador, ha cumplido, pues, la misión que lo llevó á tomar las armas, y cada uno de los ciudadanos que integraron esas guerrillas incansables, debe volver á su hogar, llevando en el alma la satisfacción de haber cumplido un deber sagrado para con la Patria, como el premio más valioso que puede ambicionar un buen ciudadano.

Compañeros: La patria agradece vuestros esfuerzos generosos y vuestros heroicos sacrificios, y esa misma Patria exige de nosotros la vuelta al trabajo, al amparo de la Paz que se ha firmado, á fin de que no se entorpezca su marcha hacia el progreso, á fin de que no se cieguen las fuentes de la riqueza hoy estancada, á fin de que no se cumpla el pronóstico fatal de que el hambre habrá de azotarnos y diezmarlos. Por una especial recomendación de nuestro caudillo el señor Don Francisco I. Madero, os felicito por vuestro valiente comportamiento, os doy las gracias más expresivas y os exhorto á volver al trabajo, porque así lo exige el bien de la Nación; y por mi parte ¿qué puedo decir cuando ocupáis en mi corazón un lugar tan preferente? Sabed que en cada uno de vosotros veré siempre á un hermano que no vaciló en seguirme al peligro y á la muerte, y que el recuerdo de nuestra vida de campaña, será el más grande y el más sagrado de mi vida.

Compañeros: El que ha tenido el honor inmerecido de conducirlos á la lucha y de llamarse vuestro Jefe, os abraza y os devuelve á vuestros hogares, con un voto de agradecimiento y de profundo cariño. Id á vuestras heredades, dad á la República vuestras energías en la labor honrada y tranquila, ya que tan bizarramente se las habéis dado en la guerra, arrullad á vuestros hijos con el relato de vuestras hazañas, y enseñadles que el hombre debe sacrificarse siempre por la Patria y por la libertad.

TEPIC, JUNIO 1.º DE 1911.

*Martin Espinosa.*

# Sufragio Libre. No Reelección.

---

---

## Conciudadanos:

Hoy que debido á la abnegación y esfuerzo de nuestro siempre heróico y denodado pueblo, y á la inquebrantable energía y valor de nuestro digno Presidente Provisional, vemos en nuestro horizonte político surgir radiante y magestuosa nuestra soberanía tan vilmente mancillada.

Enviamos un voto de eterna gratitud y eterno reconocimiento al privilegiado patriota, al héroe de nuestra tercera Independencia, **DON FRANCISCO I. MADERO**, y á sus no menos dignos colaboradores, que hace un año, siendo candidato popular á la Presidencia de la República, con habilidad y aplomo supo llevar su numeroso partido dentro del órden mas absoluto y dentro de los límites de la Ley, dando con esto una elocuente prueba de que en lugar de analfabetas y parias, como los detractores de nuestro pueblo se empeñaron en llamarlos, eran ciudadanos conscientes de sus deberes políticos y civiles. Ellos secundaban con entusiasmo sus principios de regeneración política que en tan breve plazo habían de inmortalizar su nombre; y que más tarde, en los campos de batalla, al frente de sus formidables huestes que al primer llamado de libertad surgieron por todos los ámbitos de la República, combatiendo con bisarria y heroísmo, llevando á la cabeza á su invicto libertador, que viendo con igual desprecio á la muerte y á sus enemigos, en su primer embate hizo temblar acobardado vacilar y caer de rodillas ante su soberano, al que durante muchos años se creyó baluarte inmovible, invencible y omnipotente.

Hoy, que por medios ya conocidos hemos entrado en un período de libertad, sin perder tiempo, sin distinción de bandos, reanudemos nuestros trabajos preparativos para que por medio del voto popular elevemos á la Primera Magistratura de la Nación al gran demócrata, símbolo de adelanto, regeneración y progreso.

## Sabinas, Coah. Junio 2 de 1911

### **Francisco Murguía.**

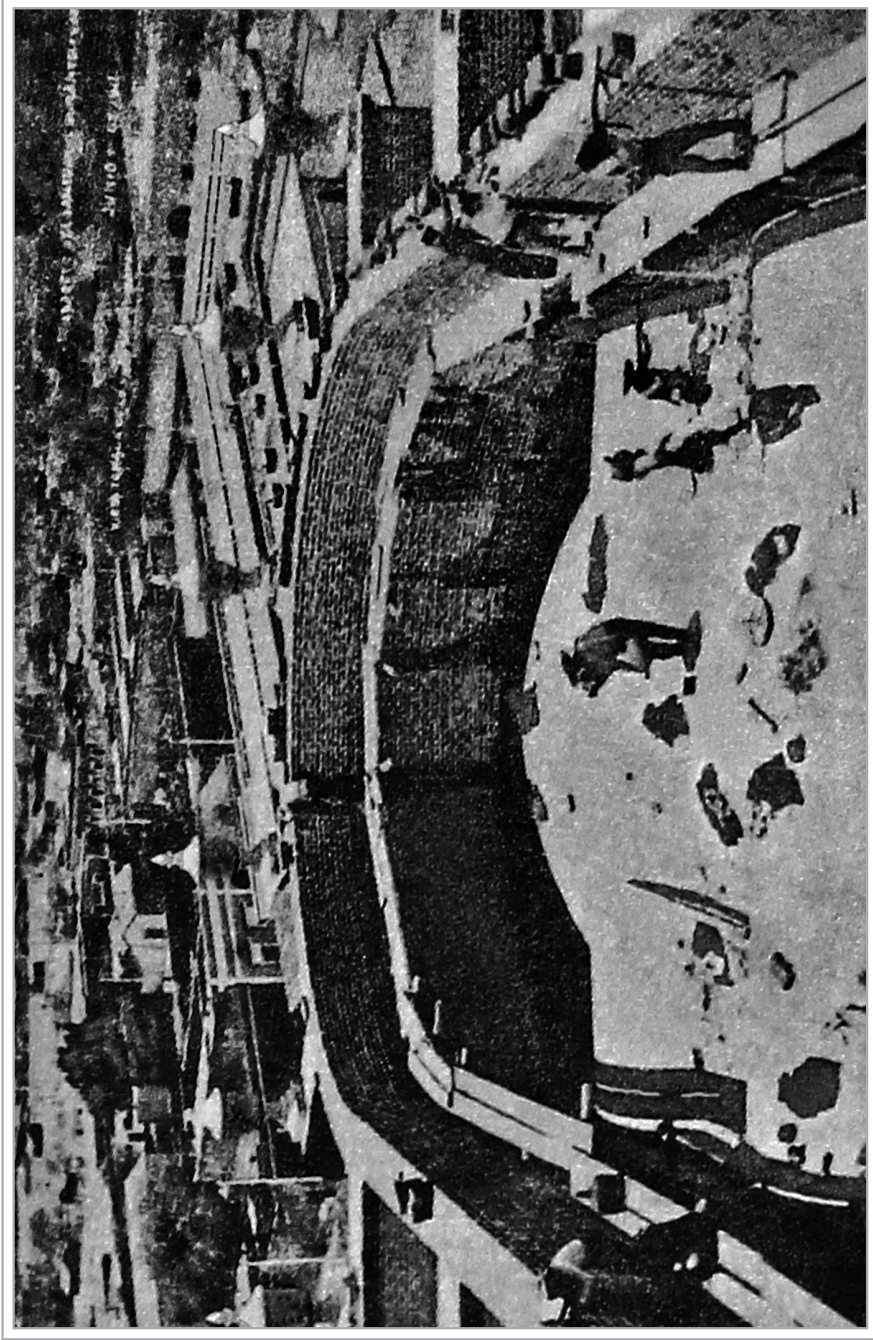
Y no sólo en Michoacán se observa el fenómeno del despertar ambicioso. En Tepic, Martín Espinosa, luego de apoderarse de la plaza trata de convencer a quienes muy bizarramente le acompañaron en la guerra, para que vuelvan a sus hogares. Pero, eso no es tan fácil. El mismo Rafael Buelna, lugarteniente de Espinosa, no permite que aquellos soldados improvisados por las circunstancias, abandonen sus puestos de defensa revolucionaria.

En Sabinas Hidalgo, Francisco Murguía, después de llevar a los hombres armados a la victoria, expide una proclama. México, dice, ha entrado a la época de las libertades; y los mexicanos, "sin perder tiempo, sin distinción de bandos" han de dar comienzo a una era democrática que los maderistas tienen la obligación de vigilar y conservar.

No todos los jefes revolucionarios hablan; pero sí todos están resueltos a permanecer en los lugares conquistados a fuerza de armas. Hacia el sur de la República, los hermanos Figueroa, en seguida de combatir, están posesionado de Iguala, mientras el incansable combatiente Juan Andreu Almazán no se desprende de Tlapa ni Julián Blanco de Chilpancingo, de donde hace huir al gobernador porfirista y rinde a los soldados federales.

Emiliano Zapata sólo entiende la Revolución si los revolucionarios son dueños, política y guerreramente del estado de Morelos. Por esto mismo, con ingenuidad rural, se llama a sí mismo *general en jefe* y no oculta sus ambiciones de gobierno.

Dentro del estado de Sinaloa y en seguida del triunfo de los maderistas capitaneados por Ramón F. Iturbide y Juan M. Banderas, capturar la plaza de Culiacán a de la obstinada y valiente defensa que de ésta hicieron las fuerzas federales; y después de la entrada a Mazatlán de Justo Tirado, quien a la edad de 75 años había tomado las armas para vivificar a su viejo Partido Liberal; dentro del estado de Sinaloa, se dice, las ambiciones políticas de los triunfadores alcanzaban muchas proporciones.



Plaza de Culiacán, junio de 1911



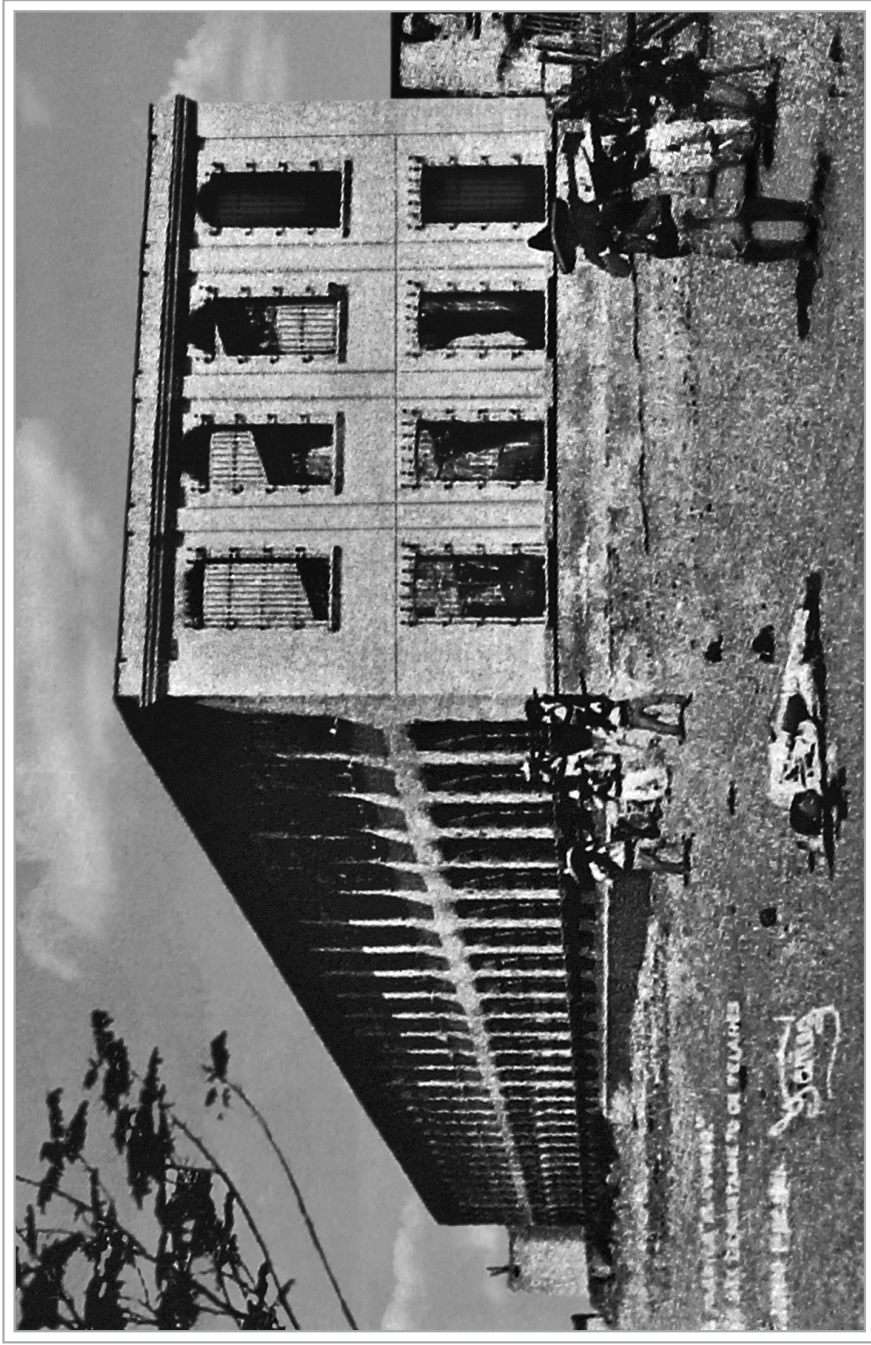
En dirección al oriente de la República, Rafael Tapia, dueño de la plaza de Orizaba y con el apoyo de los obreros de las fábricas de hilados y tejidos, como caudillo local, se dispuso a mantener su posición; y otro tanto consideraban hacer Cándido Aguilar y Gabriel Gavira, en Córdoba.

La satisfacción de la gente que a las órdenes de Calixto Contreras, Orestes Pereyra, Domingo Arrieta y Jesús Agustín súbitamente siente que se ha transformado su vida en el estado de Durango, no tiene comparación a ninguna otra satisfacción popular; y lo mismo acontece en Sonora, sólo que aquí, bajo la dirección de Benjamín Hill, Salvador Alvarado, Juan G. Cabral e Ignacio Bracamontes, los revolucionarios caracterizan, por su organización y disciplina un nuevo Ejército. Estos hombres, la mayoría de los cuales eran trabajadores mexicanos de las minas de Arizona, tenían un claro concepto de la responsabilidad, del orden y de la democracia. El trato con las libertades públicas de Estados Unidos era un dictamen para esta gente, en la cual se despertó la ambiciosa idea de mandar y gobernar. El espíritu cívico de esos mineros originarios, casi en su totalidad, de Sinaloa y Sonora, se mostraba exaltado y vehemente no tanto por lo que había sucedido en el país con la caída del régimen porfirista, sino por lo que es posible que aconteciera, políticamente, en la República.

No encajó dentro de esa misma mentalidad de los mineros del norte, la correspondiente a los del centro del país. En Hidalgo, los que se unieron a Gabriel Hernández, con ser muy valientes, puesto que a mediados de mayo ya tenían dominado la mayor parte del suelo hidalguense, no constituyeron un cuerpo cívico como el que se advirtió en Sonora.

Síntomas semejantes a esos, se observaron en las filas de los revolucionarios que en el norte de Coahuila y Nuevo León comandaban Antonio I. Villarreal, Jesús Carranza y Pablo González. Sin embargo, a estos grupos les faltó el principio de una idea política que, después de Sonora, fue tan palmario entre los maderistas de Chihuahua.





Los revolucionarios durante el ataque a Cuiliacán, después de incendiar la fábrica de hilados El Coloso

Aquí, la creencia de que la Revolución no consistía en el triunfo de Ciudad Juárez ni en la ocupación de plazas guarnecidas por los federales, sino que la Revolución era la victoria de un partido político, fue tan manifiesta —aunque aquellos líderes rurales no lo sabían expresar en letras o palabras adecuadas ni convincentes— que tal creencia no la pudieron hacer compatible con las tolerancia del caudillo de la propia Revolución; y con esto, tales guerrilleros infatigables e inconformes con la permanencia de los federales en suelo chihuahuense, intuitivamente consideraron la necesidad de tomar el poder político para los revolucionarios —para el partido político revolucionario.

En otros lugares de la República, la Revolución no tuya la trascendencia que representaba el desarrollo formativo de un nuevo organismo civil y político de México. Así, en el Estado de México, Alfonso Miranda reunió cerca de 300 hombres y a manera de alegoría entró a Toluca, cuando las propias autoridades porfiristas, temerosas de una mayor descomposición en el estado, estaban ansiosas de salir del trance; y otro tanto aconteció en Colima, donde José Álvarez García, a quien seguía entusiastamente la gente de la costa, se contentó con ocupar el palacio de gobierno y sin disgusto ni reproche lo entregó a quien se lo pidió.

Total, pues, ha sido la victoria guerrera del maderismo en el país; pero como fueran tan fáciles y súbitos los acontecimientos, los caudillos de la victoria no pudieron llevar a la mente de los alzados doctrina política de convertir a los aficionados en política que eran los revolucionarios, en profesionales organizados para el mando y gobierno de la nación mexicana. De esto no era posible culpar a Madero. Tal obra no podía ser obra de un hombre, de un solo hombre ni de un grupo —de un grupo circunstancial, aunque heroico y definido—; tal obra requeriría las tantas fuerzas que son necesarias, no tanto para endurecer el alma de los individuos, cuanto para curtir el poder de las colectividades.

De lo que el país había visto durante la primera guerra civil que examinamos, sólo quedaban, hacia, los últimos días de mayo, los rescollos del incendio de ideas, inquietudes y ensueños provocados con altísima mira humana por la Junta organizadora del Partido Liberal presidida por Ricardo Flores Magón: el incendio del norte de Baja California.

#### INTERMEDIO DE LA REVOLUCIÓN

Por Ministerio de la Ley, el licenciado Francisco León de la Barra, secretario de Relaciones Exteriores, fue presidente interino de la República.

Distinguido como diplomático desde la segunda Conferencia Panamericana a la que concurrió como delegado de México, De la Barra, aunque hombre estudioso, carecía de práctica política, y era el menos indicado para hacer frente al gran intermedio que se abría entre la guerra civil y la Revolución; porque el episodio armado, aunque con el apellido de *Revolución*, no era la Revolución predicada por Francisco I. Madero y aceptada por los mexicanos. No se sabía, con certeza, qué era y hasta dónde llegaría la Revolución; pero la gente, intuitivamente, consideraba que el fenómeno significaba un cambio radical de sistemas y hombres que habían hecho posible el régimen personal del general Porfirio Díaz.

Y esto, que no se sabía cómo podría ocurrir, no era compatible, desde el punto de vista revolucionario, con el gobierno presidido por De la Barra.

Éste, aparatoso en su aspecto físico, complicado en su mentalidad, sin más historia civil que su carrera diplomática, dorada con su gestión como embajador de México en Estados Unidos, hecho presidente de la República significaba un desatino propio a las horas difíciles provocadas por el desarrollo de la insurrección popular que se dilataba en el país.



El presidente interino, Francisco León de la Barra

La idea de que el general Díaz fuese sustituido momentáneamente en la presidencia por un individuo sin historia política era, en el fondo, concordante al principio de la doctrina de la paz pública que, tanto para dar progreso a México como para proteger las inversiones y el crédito extranjeros, se hizo hábito del régimen porfirista.

Acostumbrado como estaba a la casaca diplomática, poco podía servir De la Barra en un gobierno que, consecuente con la aspiración general y central de esos días, debió ser el preliminar de la Revolución. Culpa, sin embargo, no fue de Díaz ni de Madero, sino de las circunstancias, el gobierno de De la Barra, puesto que todo el volumen de sucesos políticos y guerreros se movió tan precipitada e inopinadamente, que se hizo necesario echar mano de quien, como De la Barra, poseía, eso sí, la personalidad conveniente para ganar, en nombre de México, la confianza de la economía mexicana. Y tan poderoso era, como bien lo sabía el general Díaz, el influjo de los créditos e inversiones dentro del país, que una de las manifestaciones, casi colonialista, de los inversionistas y empresarios extranjeros, al estallar la guerra en el norte del país, fue pedir, a través de los canales diplomáticos de sus naciones de origen, el amparo de sus gobiernos; también el derecho de armar a quienes les representaban, ya en empresas mercantiles ya en industrias mineras o petroleras. De esta suerte, las *colonias* extranjeras en México se consideraban parte de un mundo que no era el mundo mexicano.

Para evitar, pues, esa amenaza del exterior, el general Díaz, y con él, Limantour, consideró patriótico encargar el Poder Ejecutivo a una persona que, sin estar reñida con los revolucionarios, fuese al mismo tiempo garantía de la paz y estabilidad para los intereses foráneos avocindados en el país.

Madero, por su parte, temeroso de que su tolerancia política unida al propósito de no discontinuar la vida constitucional de México, fuese pretexto para que el presidente interino, dado su paren-

tesco político con el porfirismo, pusiera incondicionalmente su gobierno al servicio de los pro hombres del gobierno caído, probó, con su singular ventaja, sus habilidades de negociador y líder político, de manera que cuando el nuevo presidente reparó en lo sucedido, ya era tarde para retroceder y por lo mismo estaba obligado a ser obsecuente a los designios del caudillo.

Éste, al efecto, sin hacer de la materia un motivo de extraconvenio, puesto que los arreglos directos con De la Barra, estaban al margen de lo tratado y resuelto en Ciudad Juárez el 24 de mayo, con prontitud y sagacidad, aceptado que hubo que De la Barra asumiera la presidencia, exigió que cinco de los ocho secretarios de Estado correspondieran políticamente al maderismo, y que los tres restantes no se hubiesen significado en la política del régimen porfirista, y que por lo mismo estuviesen exentos de los odios populares.

De esta suerte, el gabinete del presidente De la Barra quedó formado por los colaboradores y partidarios de Madero que eran Francisco y Emilio Vázquez Gómez, Rafael Hernández, Ernesto Madero y Manuel Bonilla. Los otros tres: el general Eugenio Rascón y los licenciados Bartolomé Carvajal y Rosas y Manuel Calero, si no pertenecientes a las filas de la Revolución, tampoco habían sido parte de la militancia política porfirista.

No fue eso todo lo que Madero obtuvo sobre la estructura de lo convenido en Ciudad Juárez: los gobernadores de estado y los jefes políticos iban separándose de su investidura uno tras de otro; aunque algunos abandonaron sus puestos temerosos de las represalias populares que a cada paso anunciaban los jefes revolucionarios.

Los sustitutos de tales autoridades representaban el primer triunfo del ambicionado localismo, que se hallaba entre las causas principales de la Revolución. En esta ocasión, los revolucionarios ni siquiera consultaban al centro sobre quienes deberían ser las autoridades civiles; y por lo tanto, en pocas semanas embarneó el cuerpo político de la Revolución, y muy fácil fue la consideración de



que tales acontecimientos harían indestructible el triunfo de la democracia y del maderismo.

Sin embargo, para evitar que el intermedio político que constituía el interinato de De la Barra, pudiese servir a los intereses del gobierno caído, el maderismo se hallaba con dos grandes obstáculos, que no se originaban en la imprevisión o debilidad de Madero y del partido maderista, sino que eran conexivos a la continuidad constitucional, seguida interesada y patrióticamente tanto por el partido porfirista como por el triunfante.

Uno de esos obstáculos políticos, que por otro lado, daba realce al espíritu cívico y civilizado de México, era la prolongación que durante el interinato delabarrista tendrían dos poderes de la República: el Judicial y el Legislativo. Ambos permanecían intocados, con unas cuantas excepciones, por los hombres y propósitos de la Revolución.

De pura cepa porfirista, aunque de señalada honorabilidad eran los miembros de la Suprema Corte de Justicia. Individuos de la aristocracia política de México, que habían dado adorno y esplendor al gobierno del general Díaz eran los diputados a la XXV Legislatura del Congreso de la Unión. Aquí entre los supuestos legisladores designados privada y convenientemente por don Porfirio, en la última oportunidad de los 30 años, había hombres importantes como Francisco Bulnes y Carlos Pereyra, Luis Pérez Verdía y Antonio Ramos Pedraza, Enrique Rodríguez Miramón y Ricardo García Granados, Guillermo Obregón y Luis Riba.

Verdad que ese elenco porfirista se manifestaba sumiso a la Revolución, después de haber aprobado la reforma constitucional restableciendo la no reelección y la renuncia del presidente y vicepresidente de la República. Así y todo, los rencores del vencido estaban anidados dentro del organismo nacional. Sólo existía, pues, un estado de neutralidad política que no dejaba de ser amenazante para lo futuro de la Revolución; aunque no había un medio posible para dar



fin a esa situación, toda vez que el desconocimiento del Poder Legislativo equivalía a un golpe de Estado.

El segundo obstáculo consistía en el Ejército. Los generales, jefes y oficiales, sobre ser originarios, en su mayoría, de la casta que preparaba el Colegio Militar, eran partes inseparables de las ideas, hombres y sistemas porfiristas, y no era posible exigir un cambio de mentalidad a tales sujetos. Además, ni el Plan de San Luis ni los jefes revolucionarios fueron políticamente hostiles al Ejército. Este, hasta antes de la guerra civil, más tuvo de decorativo que de función bélica. El mantenimiento de la paz, durante los 30 años, debióse más a los cuerpos rurales que a los soldados federales.

El propio Madero había hecho (octubre de 1910), se repite, una exhortación a los miembros del Ejército, para que pugnando por la Constitución a la que debían respeto y obediencia se uniesen al maderismo, puesto que se consideraba que la continuidad del general Díaz en el poder, era ilegal, por haber “burlado y omitido” la “voluntad popular” en la votación a Madero al efectuarse los comicios de 1910.

Sin embargo, dentro del alma de los jefes militares bullían otras ideas desemejantes a las anteriores de la guerra civil. Tales ideas, no lidiaban con los negocios políticos. Correspondían a un alto problema de carácter moral; porque, en efecto, el Ejército se sentía humillado. Sobre todo, para la oficialidad era una pena admitir que la clase rural, siempre apartadiza, tímida, pobre y desorganizada hubiese sido capaz de derrotar a un Ejército que parecía ser uno de los grandes orgullos de la nación mexicana. Así, ese descalabro moral servía de fermento intranquilizador en los cuarteles.

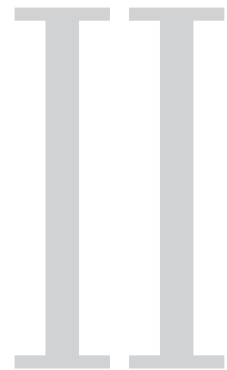
Mas esos dos obstáculos parecieron minorarse con la entrada triunfal (7 de junio) de Francisco I. Madero a la Ciudad de México, que repercutió hondamente en toda la República.

Madero, después de ser aclamado a su paso por las poblaciones del norte y centro del país, llegó a la metrópoli para conmovier a los

habitantes de una ciudad tan profundamente porfirista, que tampoco salía de su asombro, de que un líder pueblerino hubiese derrocado a un gobierno que disponía de los instrumentos y los créditos para cimentar su perdurabilidad.

Tan grande fue el acontecimiento, que los metropolitanos, no acostumbrados a pensar, sino a obedecer, se entregaron a idealizar la democracia y la libertad, de manera que de serviles se convirtieron en puntillosos, de lo cual se habría de valer el despecho del vencido para preparar subrepticamente sucesos que harían llorar desesperanzas al pueblo de México; pero que también serían escenario de un teatro llamado a ser la introducción a la alta historia de un pueblo de dramas y glorias, que venerando su pasado amaba su porvenir.

# Los hombres en armas



## Paz constitucional

LOS HOMBRES DE LA REVOLUCIÓN

La entrada triunfal de Francisco I. Madero y de las fuerzas del Ejército Libertador a la Ciudad de México, así como fue espectáculo, también significó humillación para los metropolitanos. Éstos, ya se ha dicho, acostumbrados a las paradas militares y procesiones cívicas del porfirismo, en las que se hacía alarde de poder, elegancia y solemnidad, consideraron que el aparato del maderismo, aparte de ser ridículo por la indumentaria y sencillez de su gente, era débil debido a la desorganización y pobreza del armamento de sus soldados.

Con esa representación maderista, la población urbana siguió preguntándose cómo era posible que la pompa y el dinero, el saber y la experiencia del régimen porfirista hubiesen sido derrotados. La interrogación, hasta los días que se sucedieron al triunfo de Madero, era respondida con mucho comedimiento. La Ciudad de México todavía estaba aturdida, y en voz baja hacia las más atrevidas deducciones sobre el cómo de la victoria revolucionaria. La prensa periódica del porfirismo, que mediante un barniz de neutralidad, no dejaba de ser portavoz de los intereses de los hombres y grupos del gobierno caído, sin censurar la presencia rústica en la capital de la República, deslizaba locuciones desdeñosas para la democracia y los demócratas, de manera que poco a poco iba incitando al vulgo a menospreciar a los triunfadores. Dueña de sí misma, puesto que no había perdido hombres, ni honra, ni intereses, ni posición como

consecuencia de la guerra civil, la capital estaba cierta de que continuaría su poderío y con esto, la discriminación de lo pueblerino. La soberbia era tanta, principalmente entre la clase media ilustrada de la ciudad, que nadie intuyó la trascendencia de lo acontecido, creyéndose que la gente rural sólo había servido de “carne de cañón”, y por lo mismo era ajena a una idea propia, capaz de cambiar los cimientos de la nación.

Hecha al hábito de escuchar y seguir no sólo al gobernante, sino también a los hombres que con su pluma parecían dirigir la opinión pública, si la Ciudad de México desdeñaba el teatro popular del maderismo, mayor era el desprecio hacia quienes se llamaban *hombres de la Revolución*; y se les apellidaba así, porque se suponía que constituían la clase selecta de los triunfadores.

Caracterizábanse como los primeros hombres de la Revolución, Madero y los cinco ministros que el maderismo había colocado dentro del gabinete del presidente provisional licenciado Francisco León de la Barra. Caracterizábanse como complemento de los hombres de la Revolución quienes, sin sobresalir en los negocios públicos, se hallaban en los palcos segundos del teatro antirreeleccionista y maderista. Entre éstos Luis Cabrera, Jesús Urueta, Juan Sánchez Azcona, José Vasconcelos, Federico González Garza, Gustavo A. Madero, José Ma. Pino Suárez, Abraham González. Los nuevos gobernadores, que en su mayoría correspondían en ligas y principios a las filas revolucionarias, no alcanzaban el honor de estar dentro del marco de los hombres de la Revolución. Esto indicaba la poca estimación que se tenía a la gente y problemas lugareños. Y los gobernadores, no obstante la ignorancia de los individuos medio ilustrados de la metrópoli eran, hacia el otoño de 1911, los principales lugartenientes de Madero.

Éste, bajo el influjo de la prosopopeya porfirista, y de las sociedades de elogios mutuos, que fue organización básica del gobierno caído, creyó difícil que la Revolución, sin desmerecer su doctrina y su

fama, pudiese competir en hombres con los del elenco porfirista. Dentro de éste, los calificativos de *sabio, ilustre, erudito*, que eran aplicados a las medianías investidas artificiosamente por la propaganda interesada, habían hecho creer al país en una verdadera y real existencia de prohombres, cuando lo cierto era que tales individuos estaban adjetivados como meras partes decorativas del gobierno de don Porfirio.

Sin embargo, frente a ese gran escenario admirablemente organizado, resultaba casi imposible que los hombres de la Revolución pudiesen sobresalir, sobre todo continuando el apogeo de la prensa periódica porfirista que, defendiendo a la corte de la falsa sabiduría, se defendía a sí misma, puesto que hacía suponer que sólo dentro de tal periodismo estaban los hombres capaces de escribir y de pensar.

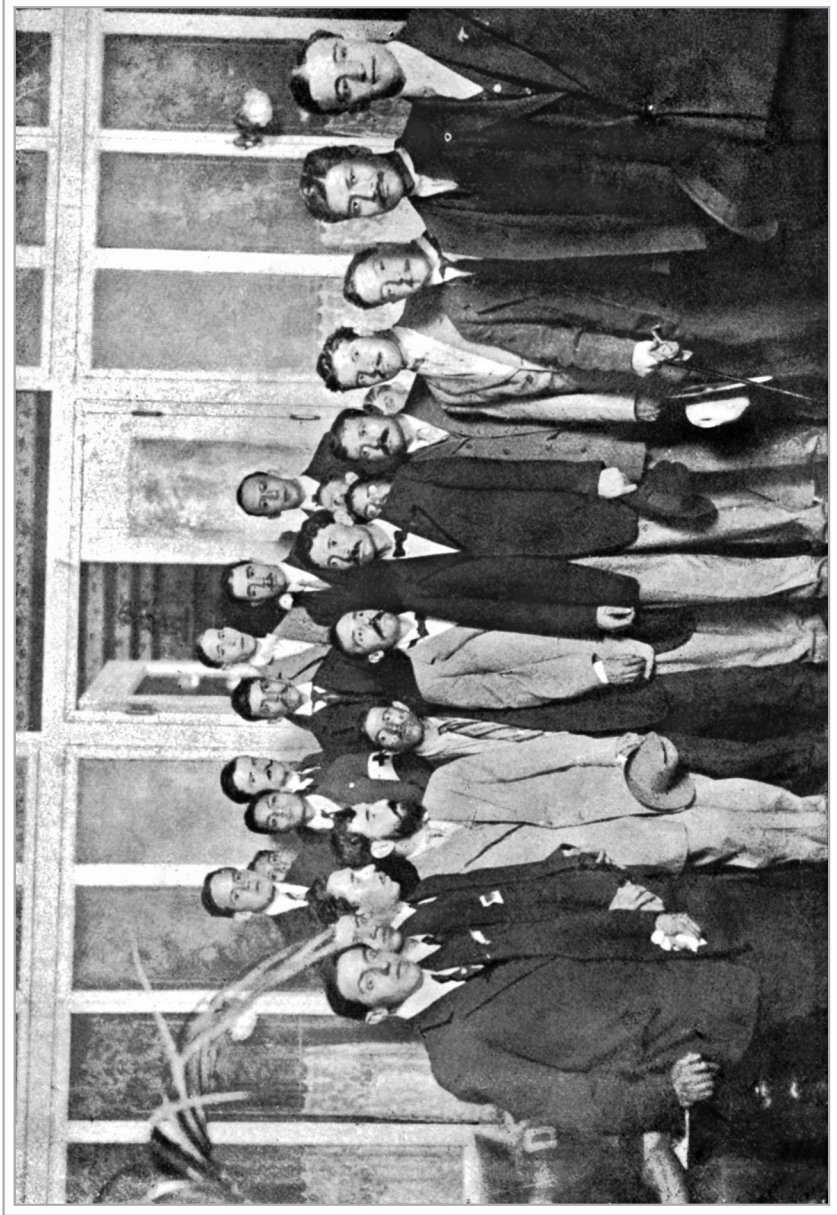
Rebajados, pues, los méritos a que eran acreedores algunos de los adalides de la Revolución, Madero se sentía tan prohibido como sus primeros y eficientes colaboradores. De esta manera, su planta selecta pareció deficiente, y por lo tanto incapaz de poseer los atributos necesarios para desarrollar las reformas políticas y electorales anunciadas como hechos salvadores de la República, por los portavoces de la Revolución.

Esa falta de séquito ilustrado y brillante, colocó a Madero en situación difícil, toda vez que, para cumplimentar al pasado, se vio en la necesidad de aceptar como colaboradores a quienes nacidos y crecidos bajo la idea y práctica del porfirismo, no tenían aptitudes para apartarse de sus principios formativos.

Un oscuro y atormentador porvenir se presentaba a México con esa deficiencia de los triunfadores, que por los días que se siguieron a la organización del gobierno de De la Barra, era incorregible.

#### LOS VOLUNTARIOS DE LA GUERRA

Junto a los improvisados jefes y soldados de la Revolución había surgido una nueva, aunque vacilante y bisoña pléyade de hombres,



Pascual Orozco en el hotel Gillow, la noche de su llegada a la Ciudad de México



jóvenes en su mayoría, entre quienes el primero y mayor de los signos era la ambición —la ambición de mandar. En efecto, el principio de mandar, se convirtió, desde los comienzos de la guerra civil, en un derecho; y aunque éste parecía correlativo al precepto constitucional, aquella gente, salida de las capas iletradas de la población, lo entendía como una facultad debida específicamente a la guerra. En medio del candor de los voluntarios de la guerra se consideraba que ese deseo era una cosa novedosa.

Ningún ofrecimiento había hecho Madero sobre el futuro político de los soldados del Ejército Libertador. Suponíase que los voluntarios de la guerra sólo eran concurrentes a un acto político y democrático llevado a cabo circunstancialmente a fuerza de armas, y que, por lo mismo, llegado el triunfo, los improvisados soldados regresarían a sus anteriores ocupaciones y de esa manera, no constituirían problema para el gobierno. Mas no sería así.

Los hombres que tuvieron la oportunidad de saborear el derecho de mandar, querían seguir mandando; y esto estaba fuera de las previsiones de Madero. Parecíale a éste, que el problema era grosero, indecoroso y antipatriótico. La gente había correspondido a la guerra no en interés de su porvenir privado, sino en el interés del porvenir de México, por lo cual, “salvada la patria de la tiranía y del despotismo”, vuelta la nación al cauce constitucional, favorecidos los revolucionarios por el destino, rehecha la paz en la República, garantizados los derechos individuales, los voluntarios de la guerra, orgullosos de su contribución al bien y prosperidad de México y de las instituciones políticas y democráticas, deberían volver a sus hogares a fin de continuar laborando en lo que determinaba el oficio o profesión personal.

Madero no advertía que la guerra no era causa de dos fenómenos simultáneos. Uno, de la preocupación individual entre los revolucionarios, en cuyo seno se desenvolvía la ambición de mando. Otro, el de la desocupación rural; porque resueltos los peones y

jornaleros a no servir trabajo barato a las haciendas, y abandonadas o destruidas muchas de éstas, innumerables, por de pronto, eran los hombres que quedaban sin empleo, aunque con un rifle a la mano.

Este problema se recalcaba más en el estado de Morelos, donde las labores en las fincas agrícolas estaban casi o totalmente paralizadas, de manera que los maderistas al mando de Emiliano Zapata no sabían ni tenían qué hacer. Vuelta la paz, aquella masa de sublevados, si intuían estar seguros de sus derechos positivos en cambio tenían perdido el derecho del trabajo.

El fenómeno se dilataba, aunque no con tanta intensidad, al norte y centro de la República. Así, lo que se entendía como falta de espíritu democrático y como un mero apetito de los voluntarios de la guerra, era un conflicto que amenazaba la paz constitucional. El mal, sin embargo, no podía atribuirse a Madero ni a la Revolución. El mal tenía todas las características de lo imprevisto; y lo imprevisto, en la época que estudiamos, era la natural consecuencia de la falta en que el hombre había incurrido por no tener la costumbre de pensar. Una superficialidad ilimitada con respecto a los negocios públicos, hacía que los adalides de la Revolución sólo observasen los efectos y no las causas.

De esta manera, a la primera voz dada por el ministro de Gobernación, Emilio Vázquez Gómez, de acuerdo con Madero, para que el nuevo gobierno procediera al licenciamiento de los cuerpos revolucionarios, los amenazados por la desocupación se creyeron víctimas de una traición; de una traición de Madero y de la Revolución; porque ¿a qué menesteres iba a dedicarse esa gente después de entregar su fusil y recibir de 25 a 50 pesos como compensación?

Si el país hubiese tenido las mismas condiciones y recursos económicos y laborales anteriores a la guerra, el reacomodo de los voluntarios no tropieza con dificultad alguna, y la paz, ya constitucionalizada, consagra al maderismo y lo hace política, jurídica y administrativamente imperecedero. Mas, así como se presentaba la situación, la entrega de los voluntarios de la guerra a las infelici-

dades de la desocupación equivalía a atizar la hoguera para una contrarrevolución.

Todo eso, que de ninguna manera se veía con la claridad con que se observan las cusas al través de los documentos destinados al análisis de las situaciones, servía para provocar reyestar y recriminaciones entre los revolucionarios, que a la vez justificaban, cuando menos en la superficie, a quienes, con astucia y doblez empezaban a poner en duda la capacidad directiva de Madero y de los hombres del partido maderista; de todo lo cual, los censores deducían que sólo el general Porfirio Díaz y sus colaboradores poseían las virtudes de gobernantes capaces para dar tranquilidad y prosperidad a la patria mexicana.

#### EL PRESIDENTE DE LA BARRA

Con la firma de la paz de Ciudad Juárez, con el triunfo de su causa, con su radiante y contagiosa popularidad, con los fulgores de su talento, Madero acrecentó la confianza en el pueblo y en sí mismo, de manera que si había vencido al autócrata, tenía la certidumbre de acabar fácilmente con cualquier obstáculo que surgiera para la consolidación de las ideas revolucionaria.

Dentro de esa suficiencia de hombre y caudillo, Madero consideró que estaría en posibilidad de llevar —guiado siempre por la buena estrella— la responsabilidad que desde la expedición del Plan de San Luis había contraído con su patria.

Creía, además, que a una sola voz de alarma, los mexicanos volverían o se reunirían en torno de él.

Con tales seguridades en sí mismo y en el pueblo de México el jefe de la Revolución no quiso averiguar los designios del presidente interino De la Barra. Parecíale que éste, acostumbrado a la vida vana y pomposa de los diplomáticos de su época, y por lo mismo ajeno a

los negocios políticos, se dedicaría a continuar sus modos protocolarios en la Presidencia de la República.

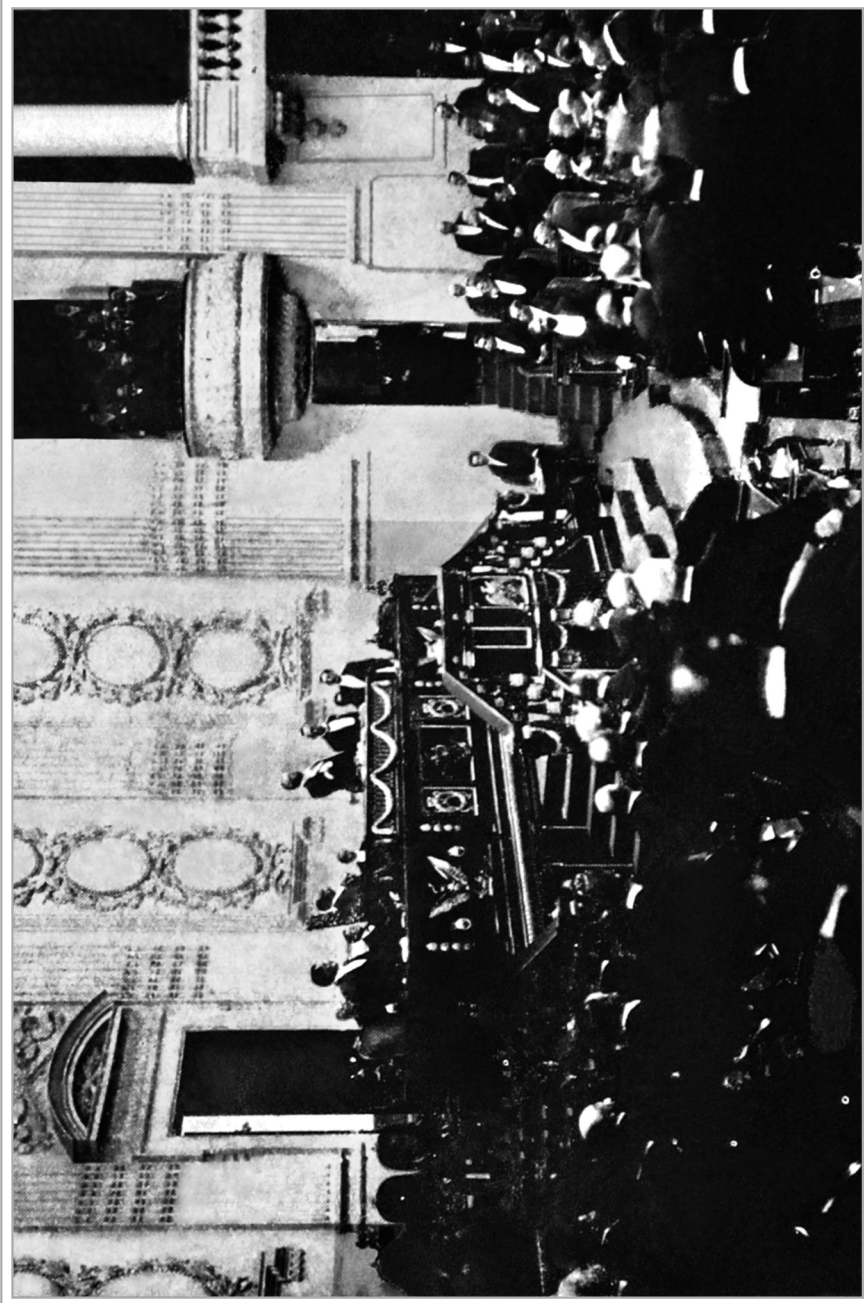
Era expreso, por otra parte, que el interino no tenía más misión que la de servir a la continuidad del Estado, principalmente en los capítulos financiero y administrativo, de manera que, convocada la nación a elecciones generales, y efectuadas éstas, la constitucionalidad estaría representada, en el orden político, por los gobernantes elegidos por el sufragio, puesto que tal era la demanda suprema de los hombres levantados en armas el 20 de noviembre.

Mas, como apenas instalado en la Ciudad de México, Madero advirtiera que De la Barra correspondía a un ideario antagónico al sustentado en *La sucesión presidencial*, como "simple Ciudadano", pero con mucho tino y prontitud empezó a exigir que los gobernadores porfiristas fuesen sustituidos por "Ciudadanos que . . . [gozaran] de popularidad".

Accedió el interino a esta exigencia del jefe de la Revolución, con lo cual estableció un precedente de obediencia al caudillo; precedente de que éste se valió para plantear nuevas exigencias a De la Barra, quien, después de su primera debilidad de autoridad nacional, no tuvo más remedio que continuar en el camino de las transacciones y complacencias.

Tendida así la primera red defensiva de la Revolución, la República pudo considerar que empezaba a recobrase de los males padecidos; aunque olvidando que terminados unos, sobrevendrían otros, puesto que tal es la lógica de los pueblos, siempre empeñados en crear nuevas ambiciones con la esperanza de alcanzar su dicha total.

Si el señor León de la Barra, pues, apreciaba con deleite un acontecimiento tan grato como era el de llegar a la Presidencia de la República sin esfuerzos, y con lo mismo dejaba a Madero el derecho de gobernar tras del telón, no sería así al través de los días del interinato; porque apenas pasadas las primeras semanas, el interino empezó a sentir la comezón de una autoridad que legalmente le correspondía;



Toma de protesta de Francisco León de la Barra, 25 de mayo de 1911

y aunque sin desconocer la jerarquía de Madero, empezó a tener tratos con los enemigos del caudillo revolucionario. Esto, con señalada diplomacia y cautela, de manera de no enemistarse con los vencedores; pero con la esperanza de embarnecer su personalidad en el orden político y prepararse así para lo futuro, que no se veía muy diáfano en su procinto.

Para este logro, la situación del país en la trasguerra, se presentaba favorable a los designios de De la Barra; porque a los problemas anteriores a la caída del general Díaz, se seguían los provocados por la Revolución y los revolucionarios. De esta suerte, era muy difícil que la nación distinguiera dónde estaban los intereses del maderismo y dónde los del presidente interino.

Durante el mes de junio (1911), la República pareció confortada con el triunfo del maderismo; y a pesar de que no faltaban dislates y tropiezos, venganzas y apetitos, la marcha de los negocios oficiales y populares dieron la idea de que, al fin, México había hallado su verdadera vocación y que las puertas de lo porvenir estaban abiertas de par en par.

En el fondo de todo aquel teatro que respiraba optimismo, solían escucharse voces que misteriosamente soplaban, en repetición intencionada, esta única: *contrarrevolución*. Pero, ¿era posible la contrarrevolución, cuando los intereses políticos más encontrados estaban entregados a la reconciliación? ¿Quién podía creer, en certidumbre, en una reacción cuando, de un lado, el pueblo estaba entregado totalmente a los brazos del maderismo; y por otro lado, los caudillos del régimen porfirista, o habían huido del país, o permanecían ajenos a las nuevas lides políticas, o, como los diputados a la XXV Legislatura del Congreso de la Unión, ahora vestían la indumentaria de los revolucionarios?

La única amenaza para la paz nacional que hasta el día de la entrada triunfal de Madero a la Ciudad de México se advertía en el horizonte, era la personalidad del general Bernardo Reyes; pero ésta

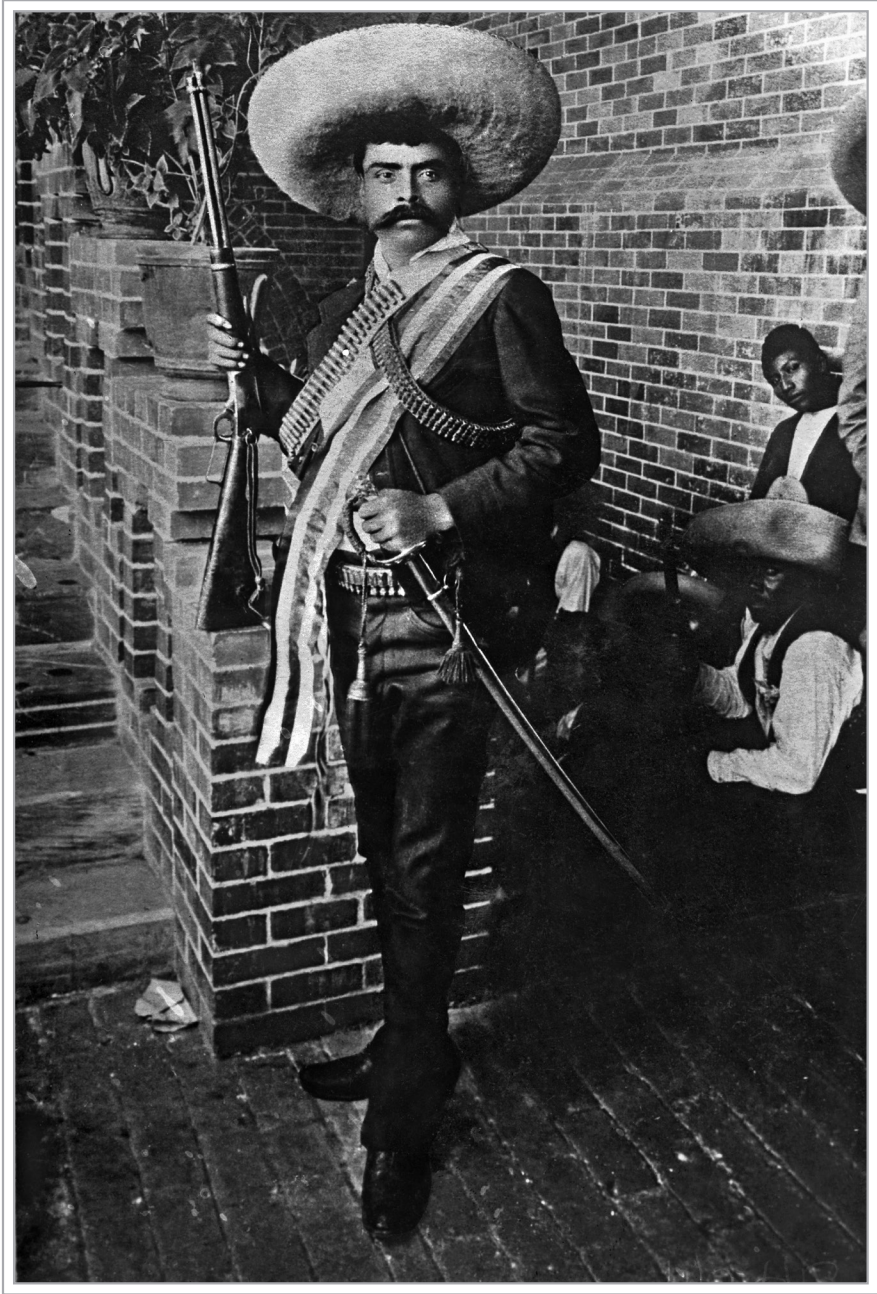
estaba tan desvanecida en medio de los humos del maderismo, que en la realidad ya no era la representación de guerra, pulso y definición de los primeros ocho años del siglo. Reyes se hallaba de regreso en el país; sus principales partidarios le seguían siendo devotos; su prestigio militar se manifestaba enhiesto; su talento no había sido desmentido; sus ambiciones eran latentes. Sin embargo, un año —el año comprendido entre la aprehensión de Madero y la entrada de éste a la capital— bastó para que en México emergiera una considerable generación política a la cual era ajena la personalidad de Reyes. Éste, pues, a su regreso se encontró —aunque sin reconocerlo— con días muy desemejantes a los conocidos hasta la caída de don Porfirio.

Aunque rechazado Reyes por el tiempo, la gente y lo nuevo; y aunque ya no significaba partido ni amenaza, Madero con señalada arte política quiso liquidar formal y definitivamente al reyismo; y al efecto, sin que éste maliciara a donde iba a ser llevado, aceptó un entendimiento con Madero, y reunidos ambos (9 de junio), el jefe de la Revolución le propuso, y el general aceptó, ser parte del gabinete presidencial llegado el día en que el proponente ocupara la primera magistratura de México.

En correspondencia a los públicos designios de Madero, el general Reyes, convocó a sus partidarios para que desistieran de proyectos electorales de carácter reyista y evitaran inconducentes maniobras políticas; y Reyes mismo se declaró partidario de la Revolución y de Madero.

Quebrantando así el reyismo en sus cimientos, Madero acudió a dar solución a otro problema de carácter político que amenazaba, si no la paz nacional, sí la tranquilidad en el sur de la República. Tal problema era el concerniente a los guerrilleros que acaudillaba Emiliano Zapata en el estado de Morelos, y que mantenían, con singular firmeza, una actitud, no tanto de rebeldes, cuanto de cautelosos revolucionarios, puesto que sentían intuitivamente la amenaza de





Emiliano Zapata, 1911

una contrarrevolución, si el maderismo victorioso no tomaba posiciones defensivas. Zapata y sus guerrilleros caracterizaban, en esos días, la pureza de un localismo temeroso de ser aterrado nuevamente a pesar de su triunfo civil y guerrero.

Para tratar este problema, Madero tenía si no la expresa manifestación de De la Barra, sí la tolerante actitud del presidente, quien asistía a estos negocios tratando de capitalizarlos a su favor y sobre todo de aprovechar cualquier error de cálculo que pudiese cometer el caudillo de la Revolución.

#### EL ZAPATISMO

Emiliano Zapata, el jefe revolucionario del estado de Morelos, llevaba en sí dos de las principales peculiaridades de la clase rural mexicana. Una, la perseverancia, que en aquel líder de la gente armada adquiría extraordinarias proporciones, puesto que, no obstante acaudillar a los alzados más humildes y él mismo corresponder a la debilidad y timidez del hombre de campo, sobrepuso su causa a los halagos del triunfo y la promesa. La otra, era su intuición, hecha fibra de sensibilidad, ya que, sin conocer los problemas políticos del país ni de la Revolución y sin tener capacidad para analizarlos, advirtió —aunque sin que en ello escaseara la ambición y virtud del mando— lo que podía suceder en la República de ser rendidas las armas al gobierno de De la Barra y de no continuar en el mando el Ejército Libertador.

Estos temores de Zapata, expresados rudimentariamente, no por ello dejaban de producir un ánimo valeroso y pertinaz dentro de sus hombres; y en el de los hombres que componían los grupos maderistas surianos. Esa mentalidad del sur, desemejante a la norteña de México si tenía un alto porcentaje de testaruda y palurda, era en cambio una vivísima representación del alma indígena. De tal representación se originaban un aprecio y confianza que el mundo rural de Morelos y los estados circunvecinos otorgaban a Zapata.

Además, como consecuencia de la actitud definida de Zapata se daba principio al localismo, y se advertía el problema, siempre creciente, de la desocupación en el campo, de manera que los hombres levantados en armas estaban complacidos de la firmeza de su jefe, puesto que éste procuraba solucionar un problema de tanta demanda como era la escasez de trabajo agrícola que se presentaba a la vista.

No desconoció Madero, desde su entrada triunfal a la Ciudad de México, que Zapata era individuo de voluntad personal y líder de los campesinos que tanto odio habían cobrado a la capital, y que por lo mismo era menester traer al zapatismo a la paz. Así, con modestia democrática y agilidad de caudillo político, Madero fue a Cuernavaca: y aquí después de hallar el apoyo popular y revolucionario y de revistar las tropas zapatistas, trató a Zapata. Este era demasiado tímido y huraño para que Madero le comprendiese, sobre todo, porque de manera titubeante le ofreció el licenciamiento de su gente, así como le hizo saber los pleitos que, por cuestiones de mando en Morelos, tenía con otros jefes revolucionarios surianos.

Madero volvió a la capital convencido de que el orden y la paz reinarían en Morelos; ahora que no fue así. Los zapatistas no estaban dispuestos a rendir sus armas; y como el zapatismo apareciera amenazante como facción rebelde, Madero llamó a Zapata a la Ciudad de México (29 de junio), donde el suriano confirmó sus propósitos de licenciar a su gente, aunque con la promesa hecha por Madero de que el estado de Morelos quedaría guarnecido únicamente por maderistas.

Y así habría sido, de no ser que las altas autoridades militares presentaron al presidente De la Barra un dictamen, en el cual, asegurando que dejar abiertas las puertas al sur de la Ciudad de México, significaba una amenaza tanto a la seguridad y tranquilidad de la capital como a la seguridad y tranquilidad nacional, consideraban necesario mantener la permanencia del Ejército Federal en el estado de Morelos.



El señor Madero abraza a Zapata. N.E. "Lillo", *El hijo de El Ahuizote*, septiembre de 1912

Esto, y otras pequeñeces concernientes al ramo castrense alarmó a los zapatistas, y en vez de retroceder o esperar, tomaron una actitud de rebeldía. El acontecimiento, exagerado por las publicaciones periódicas y denunciado por los ricos hacendados de Morelos hizo considerar a De la Barra, sin tomar el parecer de Madero, que la falta de previsión militar podría llevar a una catástrofe.

Morelos representaba, en los días que estudiamos, el poder mejor organizado y agresivo de los propietarios de hacienda. Eran la propiedad y producción agrícola morelense la más importante caracterización de los hacendados. Uníanse en éstos no sólo su linaje de aristócratas mexicanos o su poder de súbditos españoles favorecidos por el porfirismo, sino también el valer de su industria azucarera. Entre los grandes y ricos hacendados estaban Ignacio

de la Torre y Mier, Manuel Gómez Pezuela, Vicente Aráoz, Luis García Pimentel, Pablo de Palazuelos, Jerónimo de Orendáin, Federico Segovia, Manuel Rubio Siliceo, Casimiro Fernández y Marcos Urrutia. Muchos eran los miles de hectáreas y los millones de pesos oro que tales hombres significaban dentro de la economía agrícola de México. Nunca antes de los sucesos que remiramos, había visto reunido el país tanto poder económico rural dentro de una sola comarca.

Mas, después de aquel señorío de bienes y riquezas, la República asistió al espectáculo del temor y el paro, de manera que de un hecho monopolizador se pasaba, casi súbitamente, a un suceso desolador, del cual, a primera vista —y sólo a primera vista— se desprendía que ese conflicto no tenía más que un solo remedio —y remedio extremo—: volver a las condiciones de la hacienda y del hacendado anteriores al noviembre de 1910. Pero si eso se producía, ¿para qué los hombres habían abandonado su servidumbre y pesimismo? ¿Qué objeto pudo tener el alzamiento popular?

El zapatismo era, pues, la incuestionable necesidad de dar cauce —de ser posible pacífico— al estado de cosas que surgía en la trasguerra. Esto no lo entendía el presidente De la Barra. Comprendíalo Madero, pero sin advertir los problemas accesorios que producían la desconfianza de Zapata y del zapatismo.

De esta manera, De la Barra, en seguida de escuchar a los hacendados, quienes hacían ascender las lesiones a sus bienes y riquezas —tan sutil así era su ingenio— a las proporciones de una verdadera catástrofe nacional, creyó que la ruina de una veintena de propietarios constituía la ruina de México.

Contagiado De la Barra por la mentalidad de los hacendados, consideró que el camino mejor para evitar tan desgraciado desenlace, consistía en el retorno a las prácticas de los comienzos del régimen porfirista; y ya colocado en este orden y dictamen, mandó que las fuerzas Federales se pusiesen en marcha sobre Morelos,

para combatir a quienes, levantados a la esperanza de crear un nuevo modo de vivir, apenas empezaban a saborear y comprender su triunfo.

Vino a complicar la situación del zapatismo, una refriega ocurrida en Puebla (11 de julio) entre las fuerzas maderistas que habían estado al mando de Abrahám Martínez y los Federales a las órdenes de Aureliano Blanquet, seguida de un asalto a la fábrica La Covadonga, en la que fueron muertos varios españoles, en quienes la ignorancia y la violencia creyeron encontrar la causa de los males del proletariado.

Para Zapata, tales hechos fueron un alerta. Consideróles, al efecto, como el comienzo de la contrarrevolución y ordenó que su gente, en previsión de un ataque de los soldados del gobierno, avanzara hasta los linderos del Distrito Federal, lo cual sirvió para que en De la Barra se acrecentara el valor y certeza del dictamen militar, y por lo mismo apresuró el movimiento de las fuerzas armadas de la Federal hacia Morelos, y dio (10 de agosto) el mando de las mismas al general Victoriano Huerta, quien con señalada empresa y un plan de grandes proporciones, presentado a manera de lucir más que de hacer, entró a Cuernavaca y avanzó hacia Yautepec. Y esto; a pesar de que Madero, desairando la desconfianza de Zapata, puesto que éste, guiado por sus suspicacias e ignorancias, no concebía que el presidente de la República pudiese dar órdenes sin el consentimiento del jefe de la Revolución, se hallaba en Cuautla tratando de calmar los ánimos y disposiciones del líder suriano.

La actitud de Huerta, que puso en peligro la vida de Madero, lejos de mejorar la situación, la empeoró. Madero perdió su crédito político, pacífico y moral cerca del zapatismo. Zapata se dispuso a la guerra. Huerta tratando de sobresalir y de servir al decadentismo porfirista, inició una campaña militar devastadora y cruenta. Las aldeas y rancherías empezaron a arder; la población rural a huir; las filas de Zapata a ganar adeptos, porque ante el





El presidente Madero, el general Huerta y D. Manuel Bonilla, el día de la sublevación en los cuarteles



temor de ser víctima de Huerta, la gente prefería unirse a los hombres de Zapata.

En el fondo de su mentalidad, Zapata seguía creyendo en Madero; y esperó, aunque sin entregar las armas ni desistir de sus propósitos, pues dentro de su rusticidad llevaba la virtud de la perseverancia, el presidenciado de Madero, creyendo que la presencia de éste en el poder, bastaría para complacer sus exigencias, No fue así. Madero, ya con la autoridad de presidente constitucional, no podía dictar títulos especiales; estaba obligado a hacer expedita la ley, y por lo mismo, incapacitado para hacer equilibrio entre aquel noble e ingenuo batallar armado de la población de Morelos y el gobierno de la nación mexicana. Así, no tenía más que exigir la sumisión de Zapata y del zapatismo; también podía retirar —y lo retiró— al general Huerta de aquella campaña, que no estaba dirigida a ordenar la impaciencia de la gente de campo, sino a destruir y asaltar a la población rural.

Las disposiciones de Madero, no cabían dentro de la idiosincrasia de Zapata, quien entregado a la desesperanza y al despecho creyó, guiado en esta vez por el rústico talento de un maestro de escuela pueblerino, llamado Otilio Montaña, que no existía otro camino para el futuro revolucionario, que continuar la guerra, en esta vez contra el gobierno maderista.

#### LOS EXCESOS POLÍTICOS

Dentro de las limitaciones de un interinato y dentro de las limitaciones que en los negocios públicos de México tenía, el presidente De la Barra pronto quedó prisionero de una gran urdimbre a la cual se aglutinaban todos los géneros de intereses, ya del pasado, ya de lo presente, ya de lo porvenir, de manera que la situación política del país que tan normal, feliz y legal pareció al triunfo del maderismo, apenas caminado un mes después de tal acontecimiento, empezó a ser sombría.

Atado a un gabinete, cuyos principales miembros trabajaban independientemente, puesto que obedecían al partido victorioso; ajeno a las gobernaturas de los estados; sin tener su propia parcialidad; visto con desconfianza por los maderistas; amante de los equilibrios convencionales; temeroso de ser acusado de desleal al caído porfirismo; con la idea de que la ciencia de gobernar era un equivalente de la diplomacia; acostumbrado, por último, a la vida ceremoniosa de su carrera original, el presidente interino no hallaba una verdadera y justa posición para su gobierno.

Y no eran únicamente las incertidumbres en torno de las cuales se hallaba el presidente, la única peste que había en el país. Los males eran numerosos. Al efecto, parecía como si todas las fuerzas nacionales estuviesen sumergidas o semidestruídas por el poder volcánico que representaba la Revolución. El orden estaba perdido; perdido igualmente se hallaba el principio de autoridad. La ley, siempre menospreciada durante los 30 años, ahora oscilaba en la República. El alma de la subversión se había apoderado de los mexicanos; pero especialmente de los correspondientes a la clase rural.

Para señalar el camino del orden y comprensión, De la Barra era el individuo menos indicado; ahora que tampoco Madero, no obstante su incalculable autoridad moral y política, estaba en posibilidad de restaurar las condiciones que prevalecían en el país anteriores a la caída del porfirismo. El pueblo amaba a Madero; le seguía; le obedecía; pero todo esto en el orden de los ideales renovadores y progresistas, mas no en lo que respecta al sometimiento. La jurisdicción del mando tenía perdidas sus reglas y aptitudes. La gente creía —para no creer en la autoridad— que la República estaba llamada a una transformación, de manera que ésta era esperada, sin saberse por qué, ni cuándo, ni cómo. Y esa esperanza en alcanzar el bienestar, influía para que se desdeñara el principio de gobierno.

Causa también para que el país caminase en el campo de las cavilaciones y apetitos, era la política sincera, pero ajena a la realidad, de

los hermanos Francisco y Emilio Vázquez Gómez; pues si aquél, en la Secretaría de Instrucción Pública esperaba obtener la vicepresidencia de México, el segundo, se consideraba con el derecho de adjudicarse la jefatura de la Revolución. Los Vázquez, en efecto, con noble candor había llevado sus funciones de mando ministerial más allá de De la Barra; más allá también de Madero, por lo cual provocaban un trastorno tras de otro trastorno; un equívoco tras de otro equívoco; una alarma tras de otra alarma; y como el interino les daba mucha cuerda, que a la vez servía para hacer de los negocios que trataban verdaderas complicaciones y marañas, pronto los dos hermanos constituyeron el punto débil a par de violento del maderismo, dentro del cual sembraban la cizaña y hacían los agrupamientos inciertos y levantiscos. Y esto, tanto así, que a veces se tenía la idea que los Vázquez poseían más poderes que el presidente Madero.

Era incuestionable que los dos ministros obraban de buena fe; que ambos amaban la Revolución; que creían en el progreso de su patria y estaban temerosos de un intento de regreso al porfirismo. Así y todo, como carecían de cualidades administrativas, y eran cortos de genio e ignoraban el meollo de los negocios políticos y querían hacer precisamente lo contrario de lo que se acostumbraba en el porfirismo, como si en vez de fortalecer el Estado proyectaran fundar el anti Estado, allí donde ponían la mano, se observaba que faltaba la cabeza y se creaba la confusión.

Debido a que cometían un dislate tras otro dislate y estaban precipitando la muerte prematura del partido maderista, Madero resolvió eliminarles de la escena política; y empezó por pedir al propio Emilio Vázquez que presentara su renuncia. Y éste lo hizo (2 de agosto) con mucha sencillez, sin darse cuenta de que con ello aceptaba el fin de su vida política, puesto que debía sus funciones oficiales no a su carácter ni a su talento, muy medianos, sino a la consideración y disposición de Madero.

A tal renuncia, se siguió la del doctor Francisco; y como los dos hermanos, ya al margen de la autoridad nacional sintieran su aislamiento, se entregaron al más irritable de los despechos, y dentro de su irascibilidad empezaron a perder uno y otro amigos, hasta quedar en condiciones de ser aprovechados por terceros intereses.

De la Barra pareció creerse más expedito con la salida de Vázquez Gómez de la Secretaría de Gobernación, nombrando para sustituirle al ingeniero Alberto García Granados, filósofo de la democracia, persona de alta honorabilidad; pero víctima de muy hondas pasiones personales y ajeno al trato con la gente del pueblo y con mayor razón con los revolucionados, de manera que a pesar de su capacidad de político a la europea, en unas semanas se echó encima la enemistad de los maderistas, que en las maneras sobrias y distinguidas de García Granados creyeron ver un renacimiento porfirista y científico.

García Granados, por otra parte, tuvo en su Ministerio uno de los problemas más delicados de México: la elección de gobernadores de estado. Este capítulo de la democracia, aparte de las complicaciones que siempre traen aparejadas las disputas localistas, se llevaba a cabo sin una debida preparación. No existía una considerada ley electoral, ni estaban fundados los partidos políticos locales, ni había una clase política selecta; y todo esto ocasionaba una serie de sucesos dentro de los cuales no escaseaban la calumnia y la injuria. Así, excluido de la lista electoral de Jalisco, el licenciado Rodolfo Reyes, en medio de sus resentimientos, produjo la catástasis reyista; pues su padre el general Bernardo, luego de renunciar al pacto hecho con Madero se pronunció en favor de su propia candidatura presidencial; pero como pronto advirtió que no tenía partidarios en número ni en calidad para enfrentarse a Madero, no sólo renunció (3 de septiembre) a sus proyectos electorales, sino que salió subrepticamente de la Ciudad de México; marchó (20 de septiembre de 1911) a Estados Unidos e inició una conspiración.

Otro caso electoral con el cual lidió García Granados y que produjo a éste graves consecuencias, puesto que fue el antecedente de su fusilamiento, ocurrió en Chiapas. Aquí, eliminado de la lista electoral el diputado Querido Moheno, éste, sin escrúpulo alguno, y sin advertir los alcances de la difamación, queriendo vengarse de García Granados, a quien creyó responsable de su fracaso comicial en Chiapas, afirmó que el ministro de Gobernación había dicho (23 de septiembre): “la bala que mate a Madero salvará la patria”.

Caído, como se ha dicho, el licenciado Emilio Vázquez, la segunda víctima de esos días borrascosos fue García Granados, quien mientras que de un lado resistía las procesiones cívicas pidiendo su separación del gabinete; de otro lado formulaba un proyecto de reformas a la ley electoral, trataba de neutralizar la acción del Partido Católico que adquiría progresos inesperados, intentaba evitar las manifestaciones públicas contra el clero, convencía a un hombre tan prominente como Teodoro Dehesa, para que no aceptase su candidatura presidencial; y ya en medio de terribles censuras y sin poder dominar a la prensa periódica: —*El Nacional, El Demócrata, El Diario y El País*, que representaban los intereses porfiristas—, renunció al Ministerio.

El país se acercaba, entre tanto, a las elecciones presidenciales, precedidas de dificultades intranquilizadoras en el seno del partido maderista; porque como ni Madero ni sus partidarios podían fiar más en los hermanos Vázquez Gómez, los líderes del Partido Antirreeleccionista, excluyeron a éstos de la Convención (2 de septiembre), comprendiendo que no sería propio ni conveniente que Madero tuviese como vicepresidente a quien, como Vázquez Gómez, le censuraba públicamente, y por lo mismo, en seguida de aprobarse que el partido veterano se llamase en lo sucesivo Partido Constitucional Progresista, el nombre de José María Pino Suárez sustituyó al de Vázquez Gómez en la candidatura vicepresidencial.

Todo eso, acompañado de la exigencia de los Vázquez Gómez para que los comicios fuesen aplazados, unido a la resolución del

Congreso de origen porfirista, que negó tal aplazamiento, complicó la situación política; aunque efectuadas las elecciones (15 de octubre), Madero y Pino Suárez obtuvieron la casi unanimidad de los votos electorales; pero sin que por esto se desconociera la fuerza política que, inesperadamente, alcanzaba el Partido Católico, que había concursado en el sufragio.

De la Barra, pues, llegó al fin de su interinato sin resolver uno solo de los grandes problemas políticos y electorales del país, puesto que si aquéllos presentaban un acrecentamiento de las reyertas locales; los segundos, aunque en el noviazgo del sufragio universal, eran consecuentes con la impreparación de la democracia electoral, sufriendo con ello desprestigio la libertad y efectividad del voto.

Así, los principios de la Revolución no dejaban de sufrir merma; y como la voz pública, estimulada por los adalides del gobierno caído empezaba a hablar de "fracaso revolucionario", al preguntarse qué era la Revolución, José Vasconcelos contestó: "la Revolución es una necesidad en todo Estado donde la renovación de las clases deja de hacerse en forma normal. Por razón de equilibrio moral, los pueblos sienten la necesidad de elevar a las funciones del poder si no a los mejores, sí a quienes representan un término medio".

Pero estas explicaciones no bastaron para calmar a aquel ambiente cargado de presagios; aunque llegado el 5 de noviembre (1911), y en seguida del segundo informe (4 de noviembre) del presidente De la Barra, el país se irguió de nuevo, esperanzado en las prendas personales y civiles de Francisco I. Madero, quien a partir de este día fue el presidente constitucional de la República.

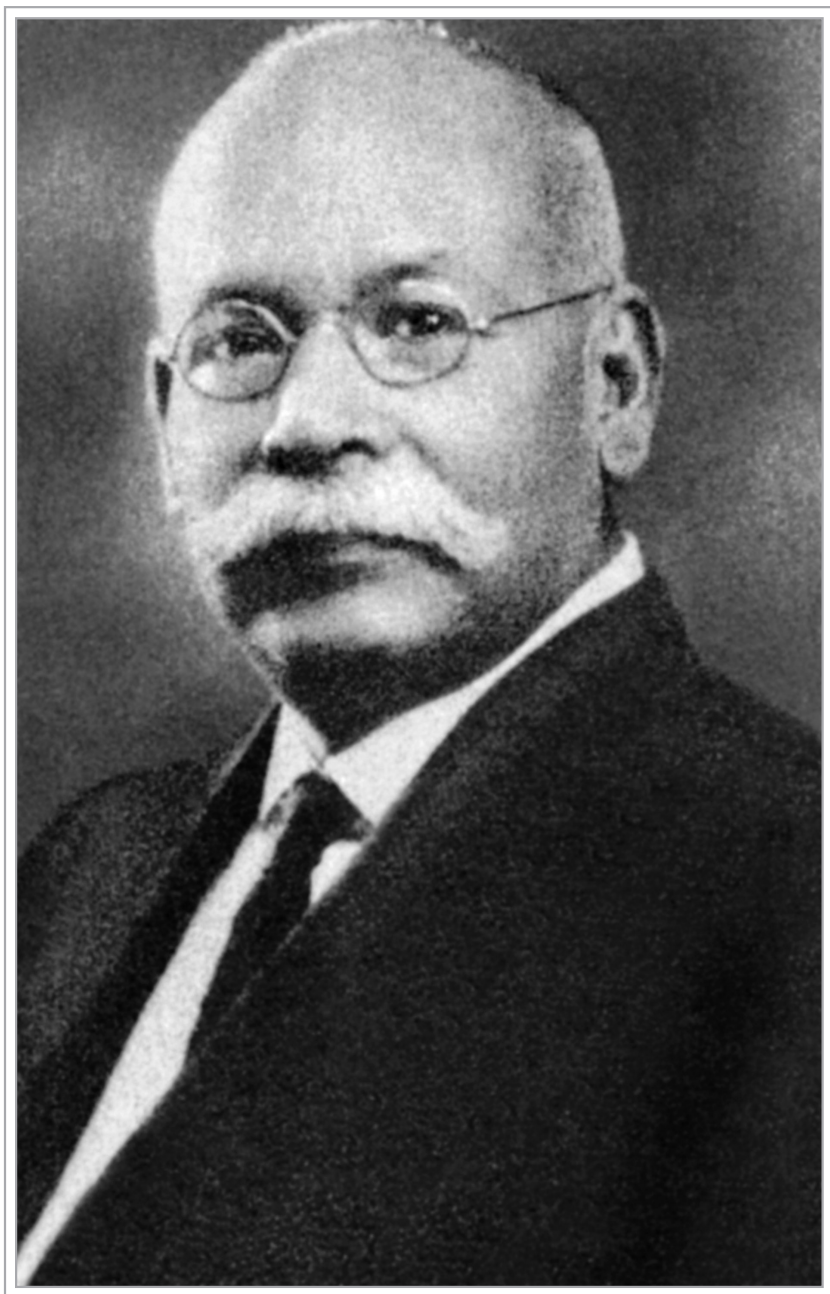
## LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN 1911

A los primeros días de septiembre (1911), acercándose la fecha para la elección del presidente y vicepresidente, cuatro eran las parcialidades políticas que apuntaban hacia la lucha electoral: la revista,



Los candidatos del Partido Constitucional Progresista: Francisco I. Madero y José María Pino Suárez





Francisco Vázquez Gómez

con pequeños agrupamientos, el Partido Constitucional Progresista, el Católico Nacional y el Liberal. De todos, el único que llevó nombre personal fue el que postuló al general Reyes; mas como el candidato parecía titubear, sus partidarios, viendo correr los días, trataron de forzar la situación, con tan pobres e inefectivos resultados, que Reyes desistió de la empresa electoral y desapareció de México, como queda dicho.

El desistimiento de Reyes, atribuido por el vulgo a cobardía, era de otro origen. Reyes tenía comprobada su bizarría de soldado; pero carecía de las cualidades de un líder político capaz de conmover a las masas. Además el partido reyista, si es verdad que no desmerecía por su absoluto personalismo, sí era agrupamiento sin atributos políticos, por ser muy ajeno a las ideas. En efecto, jamás fue conocido el pensamiento político de Reyes ni del reyismo.

Así, sin el poder que las ideas dan lo mismo al individuo que a los partidos, el general Reyes no pudo resistir el primer capítulo de la lucha popular y callejera, a la cual es llevada fácil y casi necesariamente toda rivalidad electoral, por lo cual abandonado que hubo su candidatura, su salida de México anunció que no le quedaba otro camino que el levantisco.

En cambio, el Partido Constitucional Progresista, no tanto por estar acaudillado por Madero, cuanto por haberse originado dentro de un cuadro de hombres e idearios, poseía una fuerza numérica y de calidad, aunque los principales puntos de su programa habían sido idealizados. El establecimiento de un régimen parlamentario en México, como pretendía (10 de septiembre) el partido, era tan deleznable como amenazante para una República que había hallado, en medio de cruentas experiencias, un sistema de vida política: el sistema presidencial.

Esto no pasó inadvertido a Madero, quien a pesar de sus inclinaciones hacia los cuerpos deliberantes, comprendió la necesidad de aplazar tal innovación política. Otro era, en efecto, el pensamiento

de Madero: la positiva garantía a las libertades públicas; la reorganización del Ejército y el establecimiento del servicio militar obligatorio; la renovación de la enseñanza primaria, para hacerla extensiva y popular; el desarrollo de la pequeña propiedad rural; el fomento del inversionismo extranjero; la supresión total de los monopolios; la ratificación de las Leyes de Reforma, pero sin alterar el espíritu oficial de la tolerancia; el firme progreso del espíritu de nacionalidad y la implantación de un servicio de justicia sin privilegios.

Todo ese programa, deducido de la doctrina de libertad, enseñaba, con claridad, los propósitos de Madero; también sus aptitudes políticas que empezaron a descollar desde los días en que llevó el engaño al viejo y astuto general Díaz, haciéndole creer, de un lado, que el antirreeleccionismo era una leal oposición; de otro lado, que aquel movimiento, puesto que el candidato vicepresidencia era el doctor Francisco Vázquez Gómez, quien había sido médico de cabecera del propio don Porfirio.

Cuánto, pues, sazónaba Madero los frutos de su pensamiento, antes de iniciar una empresa; y sobre todo una empresa de carácter político en la cual, junto a la audacia debe estar siempre la reflexión. De esta manera podía explicarse cómo, primero el Antirreeleccionista; después el Progresista, constituyeron partidos ejemplares en la historia política de México.

Sin embargo, para los coetáneos de Madero, éste era una improvisación —hombre casual, aparecido en el momento dentro del cual, anémica e inevitablemente, caía el régimen porfirista. Así, guiados por esa concepción falsa acerca del hombre y de la política mexicana, quién más, quién menos, se creyó en aptitudes para enderezar la proa, ya de sus designios personales, ya de los intereses de partido, hacia sus propias metas. Entre éstos se hallaban los líderes políticos católicos.

Al efecto, quiso el viejo partido, caído desde hacía medio siglo, aprovechar todas las coyunturas que ofrecía la libertad política con

el objeto de reaparecer en el teatro mexicano; y aunque con mucho comedimiento, luego de organizarse bajo la batuta de Gabriel Fernández Somellera, atrajo a su seno a la juventud católica de la que eran adalides políticos Jorge Prieto Laurens, Manuel Herrera Lasso y Julio Jiménez Rueda, quienes llevaban a su frente una publicación periódica, cuya sola cabeza bastaba para hallar la incongruente posición política de aquel agrupamiento. Llamábase el periódico *La Libertad*.

Tan desgarrado andaba, ciertamente, el Partido Católico que si de un lado apoyaba la candidatura presidencial de Madero, de suyo liberal, enemigo del clero y entusiasta adicto al espiritualismo, de otro lado sostenía la vicepresidenciabilidad de Francisco León de la Barra, quien, al final, declinó la postulación entre muchos eufemismos, de lo cual sus partidarios dedujeron que, en el fondo, el interino no desechaba su candidatura y por lo mismo los delabarristas continuaron en los trabajos de propaganda.

El cuarto partido era el Liberal. Acaudillábanlo Juan Sarabia, Antonio Díaz Soto y Gama y Antonio I. Villarreal; y tenía a la vera hombres de alto y reconocido prestigio, ejemplificados en Fernando Iglesias Calderón, campeón de la oposición histórica y constitucionalista al régimen porfirista.

Provenía este agrupamiento de la minoría de la junta organizadora del Partido Liberal que presidía Ricardo Flores Magón; y aunque sin candidato preciso a la Presidencia de la República, su redondísimo programa social, que tenía alcance de un pensamiento popular y nacional, le daba el prestigio suficiente para ocupar una posición digna en la lid política.

#### EL MOVIMIENTO OBRERO

No sólo los partidos políticos encontraron nuevos horizontes como consecuencia del triunfo maderista. A partir de junio (1911), hubo

una nueva organización social que tendría mas perdurabilidad —tal fue su mérito— que tres de los partidos políticos remirados. Adquiriría quizás la misma o muy semejante importancia del Antirreeleccionista, puesto que si éste fue la sólida base de una Revolución, el nuevo tipo de asociación sería batalla casi continua en la historia de los 50 años que se siguen a los aquí estudiados. Tal agrupamiento fue el conocido como *movimiento obrero*; movimiento que en sus comienzos mexicanos estaba inspirado por ideas, ya socialistas, ya sindicalista, ya anarquistas; pero todas con preocupaciones nevadas al objeto de monopolizar la organización de los asalariados. Esas ideas, de otro lado, por ser de origen europeo, no se acoplaban tan fácilmente a la mentalidad mexicana, que sólo entendía lo referente al cuerpo y acción de lo que empezaba a llamarse *sindicatos, federaciones y confederaciones*.

El país advertía, como consecuencia de los sucesos de Cananea (junio de 1906) y Río Blanco (enero de 1907), la sustancia y resultado de la organización obrera; y por lo que respecta a las ideas socialistas, el conocimiento de éstas había estado circunscrito al grupo selecto del porfirismo, que las llevaba como tema de elegancia y erudición política. Sin embargo, los trágicos sucesos de Barcelona, en julio de 1909, primero; después, el fusilamiento en la misma ciudad de Francisco Ferrer Guardia, librepensador heroico, hicieron llegar tales ideas al pueblo de México, de manera que éstas sirvieron para crear un ambiente favorable a la Revolución maderista.

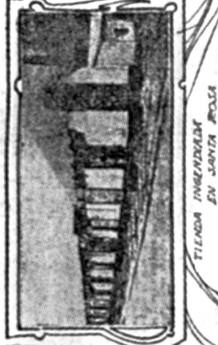
A sí, luego del triunfo revolucionario, empezaron a moverse los intereses obreros nacionales. El 3 de julio (1911), los empleados de la compañía de tranvías, en la capital de la República, que sumaban un poco más de 3 mil, declararon la huelga demandando mejores salarios y menos horas de trabajo, viéndose con esto, que en vez de que la huelga provocara el descontento en la ciudad con motivo de la paralización de las comunicaciones urbanas, los huelguistas ganaban la simpatía general, de manera que no faltó quien ofreciera dinero

EL IMPARCIAL

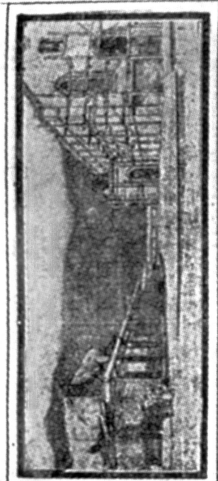
# LA HUELGA DE RÍO BLANCO



TIENDA INCLUIDA EN NOGALES



TIENDA INDEPENDIENTE EN SANTA ROSA



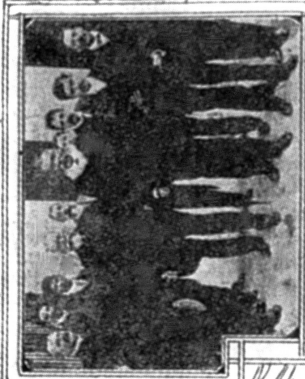
TIENDA DE VISTOR EN SAN J. TORO EN EXPANSION



LEJADA DEL GENERAL PUSILLO MARTINEZ A RIO BLANCO



DESAYUNO DE LA MUJER DE RIO BLANCO



AUTORIDADES PUNOSAS DE RIO BLANCO



Imágenes sobre la huelga de Río Blanco, publicadas en el *El Imparcial*



y crédito a la nueva organización obrera ni gente del pueblo que acompañara a los tranviarios en su lucha contra los empresarios.

Esto, sin embargo, más que acción contra el capitalismo constituye, un signo preciso del goce de las libertades a las que se entregaban, jubilosos, los habitantes de la Ciudad de México.

La huelga de tranviarios, que produjo actos de violencia, fue como el comienzo de una alborada popular; pues a continuación procedieron en igual forma los obreros de la fábrica de papel en San Rafael, y en seguida los panaderos de la capital, quienes con una jornada obligatoria de 14 horas diarias, recibían un salario promedio de un peso 20 centavos.

Y ya no era solamente el mundo masculino del trabajo el único que hacía la huelga. Ahora, las costureras de los principales talleres del ramo, declaraban la huelga exigiendo un salario diario de 90 centavos a cambio de 12 horas de labores; y como tales obreras triunfaron, la huelga se convirtió en instrumento popular, que quisieron aprovechar los empleados postales. Después, huelga de los alijadores, hubo en Tampico; de los ferrocarriles, en el Mexicano; de los mineros en El Oro y Rosita. Aquí, los trabajadores de las minas de carbón, pidieron la separación de 300 extranjeros que entre jefes y empleados monopolizaban el mejor barrio, los mejores salarios, los mejores alimentos y los mejores contratos de trabajo.

Dirigió ese incipiente movimiento obrero Lázaro Gutiérrez de Lara, quien después de haber sido uno de los directores de la huelga de Cananea, organizó una partida armada y se unió al maderismo; pero como confesara no haber dado muerte a un jefe militar porfirista porque se lo prohibía su doctrina social, abandonó la guerra; luego llegó a la Ciudad de México, publicó un libro sobre socialismo, llamó a las puertas de las fábricas invitando a los trabajadores a organizarse y luchar por el mejoramiento de salarios y horas de trabajo y por fin, se significó como hombre de mucha entereza y líder del proletariado.



Pero Gutiérrez de Lara no se precipitó. Creía que llegarían más justos días para la clase trabajadora durante la presidencia de Madero; y así, a los primeros días de diciembre (1911), incitó a la huelga a los obreros de las fábricas del ramo textil en el Distrito Federal, luego a los telefonistas y, por fin, organizó la que posiblemente fue la primera reunión de masas obreras en la Plaza de la Constitución (7 de diciembre) de la Ciudad de México.

A todo esto, respondió el maderismo, primero estableciendo el descanso dominical (21 de agosto); después, decretando la jornada de 10 horas de trabajo y un aumento de 10 por ciento sobre los salarios. Esto último realizado bajo la dirección de los ministros Abraham González y Rafael Hernández.

Tales sucesos eran tan espontáneos y populares, que el país acudió, sin reservas, a saludar ese nuevo sistema de defensa de la sociedad, ganado gracias a las libertades públicas instauradas por la Revolución.

Los acontecimientos remirados, aparentemente aislados, pronto tuvieron coordinación. Así fue fundada la Confederación de Tipógrafos. Después, la Cámara del Trabajo de Veracruz y la Confederación Cívica Mutualista del Trabajo. La segunda, establecida por los trabajadores de las minas de carbón y de La Laguna, tuvo los visos de heredera del antiguo mutualismo mexicano.

Y en tanto ese era el desarrollo del movimiento obrero en el país, que repercutía en una huelga de estudiantes de leyes (28 de junio, 1912), que produciría, como consecuencia, la fundación de una Escuela Libre de Derecho, desde Estados Unidos se trataba de dar impulso a las decisiones de la clase trabajadora de México, ya no con argumentos bélicos, sino con la fuerza de un ideario generoso capaz de penetrar pronto y febrilmente al alma humana. Y, al efecto, el adalid de la Junta organizadora del Partido Liberal, expidió una proclama, fechada en Los Ángeles (California) el 23 de septiembre de 1911, adoptando otras ideas desemejantes a las de 1906. Ahora,

en tal manifiesto, Ricardo Flores Magón y los antiguos liberales, eran anarquistas. "Mientras haya pobres y ricos, gobernantes y gobernados (escribió Flores Magón), no habrá paz ni es de desearse que la haya, porque esa paz estaría fundada en la desigualdad política, económica y social de millones de seres humanos".

Con esto, el floresmagonismo ya no representaba en México una bandera política. Así, los esfuerzos de Madero para atraer a aquellos denodados luchadores de la Junta Liberal, quienes durante siete años habían sostenido una batalla sin igual para derrocar al régimen porfirista, fracasaron. Madero, en la realidad, no pretendió la colaboración política de Flores Magón, sino la coordinación humana de aquel grupo aislado en Los Ángeles.

La falta de entendimiento entre Madero y Flores Magón, siempre sería deplorable para la Revolución, porque más adelante, en los años de mayor desarrollo revolucionario, la junta del Partido Liberal perdería su voz y concierto dentro del país. En efecto, las parcialidades políticas nacionales serían tan poderosas en el transcurso de aquellos días, que en la práctica equivaldrían a años de pensamiento y acción, que Flores Magón, no obstante su claro talento y su dignidad sin par, no sería más el guía popular de México.

## Nuevo gobierno

MADERO EN LA PRESIDENCIA

Después de 30 años de falsificaciones del sufragio universal, el pueblo de México acudió, casi incrédulo, al espectáculo que ofrecieron las elecciones extraordinarias efectuadas el 15 de octubre (1911). Fueron éstas la confirmación del proverbial espíritu cívico de junio del año anterior.

En las de 1911, los votos a Francisco I. Madero fueron casi unánimes. En medio de una libertad electoral sin igual, los Ciudadanos “concurrieron jubilosos” a las casillas. La legalidad perfecta en la elección de Madero, constituyó un acontecimiento incuestionable, y aunque el triunfo del candidato vicepresidencial fue también preciso, los votos a éste quedaron compartidos con las candidaturas de Francisco León de la Barra y Francisco Vázquez Gómez. Así y todo, la victoria del Partido de la Revolución quedó asegurada, y Madero declarado presidente constitucional, para el periodo que debería terminar el 30 de noviembre de 1916.

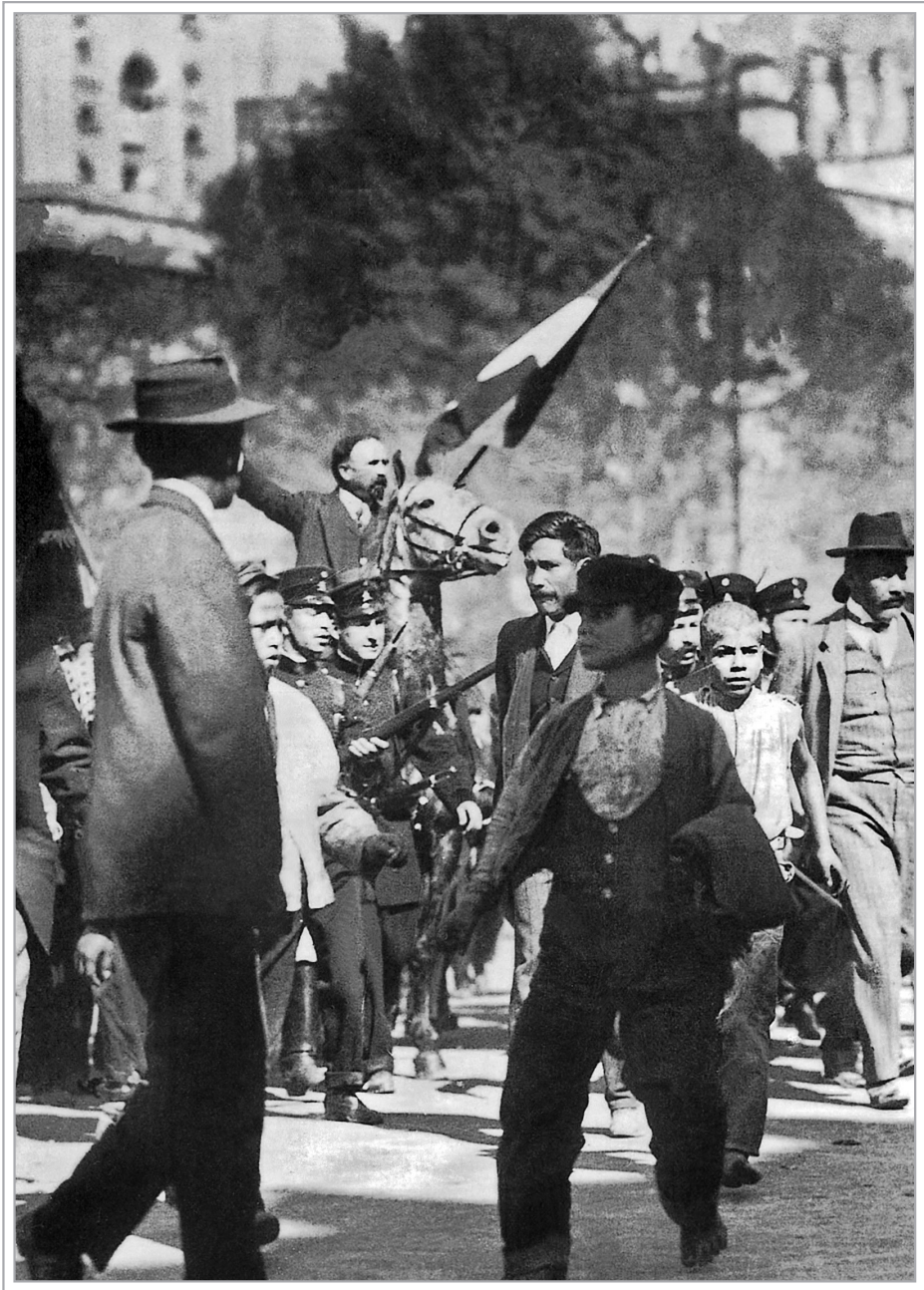
A las 11 horas del 6 de noviembre (1911), Madero llegó a la Cámara de Diputados para juramentarse, escoltado por los jefes revolucionarios Pascual Orozco, Roque González Garza, Francisco Cosío Robelo, Gabriel Hernández, Cándido Aguilar, Agustín O. Aragón y Arturo Laso de la Vega. A su paso por las calles de la metrópoli, engalanadas y colmadas de gente, el caudillo conmovió al pueblo. Su cabeza de autoridad y sus maneras sencillas atraían a propios y extraños.

Madero era, pues, presidente de México. Recibió el mando y gobierno de la República si no en los umbrales del caos ni bajo el despejado cielo de la paz, sí a los comienzos de las pasiones desordenadas; en los días en que la libertad estaba considerada como un utilitarismo basto y grosero o a manera de un privilegio de hacer y deshacer sin considerar los sentimientos humanos y los intereses del Estado.

Además, como para el final de 1911, aquel cuerpo mecanizado que fue el porfirismo y al que vencieron los ideales y la audacia del maderismo empezaba a reverdecer, la libertad ya no fue una finalidad, sino un medio que se ponía casi a la mano de una casi probable contrarrevolución.

De esta suerte, a la atonía de los primeros meses de 1911, se seguía ahora una amenazante dilatación de fuerzas movidas por los viejos porfiristas. Los proyectos de contrarrevolución asomaban con franqueza y decisión. Los diputados a la XXV Legislatura nacional, tan dóciles, sumisos y serviles en septiembre, en sólo dos meses después surgieron rebeldes y antojadizos. Carecían, ciertamente, de una causa; pero la tribuna de la cámara, siempre cuna de todos los dislates de que es capaz la política vulgar del atropello y los apetitos, les proporcionó oportunidad y tema para enramar y enviscar el ambiente. Y éste comenzó a propósito de una supuesta amenaza de las fuerzas zapatistas a la jubilosa, y en ocasiones gimoteante, Ciudad de México; argumento de que se sirvieron la oratoria cursi y liviana de los diputados José María Lozano y la dramática de Francisco M. de Olaguibel, no sólo para llamar a Zapata *bandolero de villa de Ayala* y *Genghis Khan mexicano*, antes también a fin de insinuar la ineptitud del nuevo gobierno para restablecer la paz total en la República.

Sin embargo, no era Zapata el que preocupaba a los diputados porfiristas, quienes habían aceptado continuar en sus muelles cargos, con el fin —dijeron— de que no se rompiera la continuidad



Francisco I. Madero escoltado por cadetes del Colegio Militar, 7 de junio de 1911

constitucional de la República. Lo que movía el ánimo de los diputados era crear un ambiente propicio a la contrarrevolución que preparaba el general Reyes, en San Antonio (Texas).

Ahora bien: dejando a su parte las preocupaciones subversivas de quienes continuaban creyendo en el porfirismo, el ambiente que prevalecía en el país a los primeros días del presidenciado de Madero tomaban sesgos peligrosos, puesto que trazaban caminos idealizados, y por lo mismo amenazantes tanto para el Estado como para la sociedad.

En efecto, el triunfo de Madero despertó el ser ambicioso en México. La juventud y los ideales, las empresas y las instituciones, los hombres y las armas, el trabajo y el dinero, todo, todo eso resplandecía en 1911, al ascender Madero a la presidencia. Aquello fue un cielo mexicano, casi fabuloso. Nunca antes el país imaginó tanta ventura. Debióse a lo mismo que olvidó las lágrimas de la guerra, los odios del pasado, las venganzas del día. Porque, ¿quién, ya estando Madero en la primera magistratura tenía autoridad para hablar de guerra, odios y venganzas? La República se caracterizó a los primeros días de noviembre (1911) como el nacimiento de una sola y magnífica familia. La fraternidad nacional se presentó, momentáneamente, como cosa contemplativa; el amor, tenía las exteriorizaciones de lo excelso. El entendimiento, la justicia y los ensueños adquirieron las proporciones de una potencia.

Todavía hasta tales días, los vencidos porfiristas, aunque empezando a murmurar, sufrían de hemiplejía política. Madero, a pesar de su investidura presidencial, no parecía ser, como era, un gran político, sino un noble guía de hombres que habían vivido extraviados, y a quienes ahora el caudillo de la Revolución daba camino y esperanza, luz y fe. Por eso, a las marchiteces anteriores a 1910, se siguió la idea de perfección; y como ésta sólo podía manifestarse en el ser idealísimo, aquel improvisado exoterismo democrático reaccionó con asco ante las realidades amargas y funestas; pues si





León de la Barra entrega la presidencia a Francisco I. Madero, 6 de noviembre de 1911



Madero, gran observador de la naturaleza y por lo mismo hombre frío y calculador en sus afectos políticos, no ofreció transformaciones para el mundo que esperaba la mutación de todas las cosas, los valores del héroe y del heroísmo empezaron a menguar. Así, bien pronto la verdad perdió carácter, la democracia se convirtió en confusión; y como crecieran la sinrazón y el titubeo, el vencido pasó del aturdimiento a la actividad práctica. De esto no fue culpable Madero. Cúlpanse de ello a la ilusión popular, que no siempre puede contener o encauzar el hombre de gobierno. El vuelo de tal ilusión fue, sin embargo, corto: le faltó, más que alas, velocidad. El pensamiento resultó más pesado que el medio.

Madero, por de pronto, estaba entregado a las satisfacciones del triunfo y del poder; pero entre una y otra satisfacción aparecían, como es natural, los problemas de la Revolución; y no estando el espíritu público preparado para las necesidades y programas que se presentaban como consecuencia del cambio de gobierno, el vulgo se dejaba arrastrar fácilmente por los más absurdos argumentos, siempre que éstos estuviesen enderezados contra el maderismo.

Así, qué de negruras para la patria mexicana levantó la gente a la sola iniciativa del secretario de Hacienda, Ernesto Madero, para que el Congreso autorizara al Ejecutivo a disponer de 8 millones de pesos de la reserva del tesoro nacional, con el objeto de destinar tal suma al licenciamiento final de las fuerzas maderistas y a la organización de los nuevos cuerpos rurales.

En pocas semanas lo que se presentaba como ilusión, empezó a convertirse en recelos y temores, de manera que el optimismo general se resintió cuando en el transcurso de los dos primeros meses de gobierno maderista, no se veía ni se palpaba lo que ilusivamente la mente popular se había trazado. Y dos meses parecía a la ingenuidad del vulgo que eran más que suficientes para sentir un cambio de cosas. La mentalidad humana caminaba tan de prisa que no era posible que la realidad le pudiese dar alcance.

Orgullosa no por lo grande de su saber, ni por la nobleza de su gente, ni por su lealtad o comprensión constitucional, ni por lo pródigo de sus riquezas, la Ciudad de México hacia la primera década de nuestro siglo era orgullosa por sus poderes gubernamental, administrativo y político. Tales poderes los había ganado no sólo como capital de la nación mexicana, antes debido a la idea de fasto, solemnidad e imperio que el general Porfirio Díaz se dio a sí propio como presidente de la República, creyendo que con su pompa y señorío imantaba, al igual de los antiguos príncipes, al pueblo de México.

Inficionada, pues, la Ciudad de México de esas superficialidades que tanto gustan a quienes mandan y gobiernan, su aspecto de superioridad sobre otras ciudades mexicanas era disgustante y desconcertante, aunque confirmaba cuánta desemejanza había entre el oropel urbano y el andrajo rural.

A pesar de lo anterior, la capital nacional era físicamente hermosa. El valle de su asiento, la diafanidad de su cielo, su temperie casi siempre discreta y moderada, el trazo original de sus calles, el respeto que tenía a la tradición, la proporción de sus construcciones civiles y religiosas, la tranquilidad placentera de sus habitantes, la limpieza de los frontis de sus inmuebles, servían al fin de embellecerla y darla personalidad.

Sin embargo, dentro de ese conjunto urbano: gente, ideas, gobierno, arquitectura, calles y plazas había muchas, muchísimas exteriorizaciones pueblerinas. Faltaban el alma y la acción de la urbe.

Poco más de un centenar eran las familias tradicionales, unas extranjeras, otras mexicanas, que vivían en la capital. Los metropolitanos conocían y conjugaban el monto de las rentas, los asuntos domésticos, los carruajes y paseos, los secretos o supuestos secretos así como los amores o supuestos amores de ese centenar de

familias; y tanto había crecido la costumbre de ver y conocer los hábitos, ya normales, ya extravagantes de la gente de grandes posibles, que el vulgo no los envidiaba ni los odiaba: eran a manera de un natural adorno para la Ciudad de México.

Aparte de ese pequeño aparato de costumbres, que si no proporcionaba vida ni espíritu al país, sí daba donaire a la metrópoli, en ésta residía un millar y medio de empleados del gobierno quienes, además de sus tareas burocráticas, siempre rutinarias y generalmente inocuas, poseían mucha influencia en los negocios públicos; pues como estaban en receso las libertades políticas y no se regateaban las civiles, la burocracia hacía corro a todo lo porfirista, a manera de auxiliar de aquel régimen apuntalado no tanto por el destino, cuanto por el genio temerario y organizador de don Porfirio.

Sirvió, pues, para dar realce al porfirismo, la hermosura del casco de la Ciudad de México, el desarrollo de sus barrios arbolados y silenciosos, la eficacia de los servicios públicos, la abundancia en sus mercados populares y el aumento en el valor del precio de la propiedad urbana. Para las personas que hacia el segundo tercio del siglo XIX poseían solar o casa, desvalorizados o entregados a las hipotecas, los altos y nuevos precios de sus propiedades a las postrimerías del porfirismo, fueron tan inexplicables, que atribuyeron el acontecimiento a un milagro realizado por la mano portentosa del presidente Díaz. La bien sabida regla del desenvolvimiento urbano, aplicado en todo el orbe, fue siempre desconocida para los habitantes de la capital mexicana de 1910.

No sería la arrogancia de la Ciudad de México lo único que iban a hallar los revolucionarios al llegar victoriosos a la metrópoli. También encontrarían allí, los todavía sólidos cimientos de un régimen; tan sólidos que no desaparecerían totalmente en sus dinastías familiares, ni 20 ni 50 años más tarde. Tales cimientos eran el Ejército, los bancos, las empresas industriales y mercantiles extranjeras, los profesionales, los diputados y senadores.

El Ejército, si no enemigo, sí se mostraba desdeñoso hacia la Revolución y los revolucionarios. Los oficiales egresados del Colegio Militar, al igual de los jefes del Ejército, tampoco podían comprender cómo aquellos improvisados soldados del maderismo podían lucir insignias ganadas de la noche a la mañana. Las instituciones bancarias, por su parte, estaban temerosas de que el nuevo gobierno les pusiera la mano, porque en la realidad, pocos eran los bancos que operaban legalmente. Las concesiones a los de emisión estaban generalmente excedidas. Los valores, manejados por estos establecimientos, ascendían a 835 millones de pesos, en tanto que las existencias metálicas eran de 220 millones de pesos; y esto a pesar de las limitaciones establecidas por el ministro de Hacienda, José Yves Limantour.

Las empresas industriales extranjeras, como en el caso de 120 fábricas de textiles, gozaban de franquicias para importar tres y medio millones de kilogramos de materias primas; y de las inversiones industriales correspondientes a la primera década de nuestro siglo, sólo el 23.9 por ciento eran de capital mexicano; y estas inversiones, en su mayoría, estaban dedicadas a explotaciones mineras y al trabajo de pequeños ingenios de azúcar, cuya producción, durante 1911, fue de 160 mil toneladas.

En 1911, la producción agrícola en el país aumentó, no obstante la guerra civil, a 31 millones de kilogramos de arroz, 163 de frijol, 60 de garbanzo, 84 de henequén y 35 de café. Sin embargo, el precio del maíz fue de 14, 50 la carga, esto es, 11 pesos más que en 1901.

El presupuesto de egresos del año fiscal que terminó en junio de 1911, no obstante los gastos de guerra, ascendió a 102 millones de pesos. Las recaudaciones, durante los cinco primeros meses del citado año, sumaron 44 millones de pesos, de manera que el país, a pesar de la intranquilidad, continuaba perseverante hacia el progreso. Tanta así era la confianza que los mexicanos tenían en sí mismos. Sólo la reserva nacional había mermado hasta el día anterior



Oficiales egresados del Colegio Militar

del ascenso de Madero a la presidencia, en 12 millones de pesos, de los 60 que la componían al salir de México el general Díaz.

Madero halló, pues, una situación de rutina administrativa. El nuevo gobierno no tenía defensas hacendarias ni financieras, y todo parecía indicar la necesidad de continuar concertando empréstitos extranjeros, para consolidar las deudas exteriores y no perder el crédito en Europa, que constituía el punto central para el desarrollo del inversionismo y el equilibrio de la hacienda pública. Así, el panorama económico de México, en noviembre de 1911, sí no de prosperidad y grandeza, sí parecía tener una tendencia hacia lo normal; aunque esto bajo la amenaza que siempre ofrecen los cambios de gobierno y sobre todo la presencia en los negocios del Estado de individuos que no han tenido vinculaciones maduras con los negocios administrativos.

#### COMIENZOS DEL GOBIERNO MADERISTA

Al quedar posesionado de la Presidencia de la República, Francisco I. Madero representaba una autoridad moral trascendental. Su victoria guerrera y política, lo intachable de sus costumbres privadas, su clarísimo talento, la pureza de sus ideales y el concepto práctico que tenía de la vida, constituían los elementos primeros para poseer una preponderancia en la jurisdicción de la conciencia política nacional. Sin embargo, esto no bastaba para los cimientos de su autoridad civil, tan necesaria en el gobierno y mando de la República. Tampoco era dueño Madero del espíritu de partido o de camaradería política, que si no sustituye a la virtud que da la autoridad civil, sí es útil para dar forma a un cuerpo gobernante. Y Madero era desafecto a tal espíritu, no tanto por engreimiento personal o desdén a sus amigos y partidarios, cuanto por creer en una democracia absoluta, conforme a la cual los más aptos y representativos poseen más derechos que los colegas y confidentes.

Esto, que era un error, perjudicaría gravemente a la Revolución, porque sin negarse el valimiento del concepto de Madero, tal concepto podía ser en tiempo y modo, esto es, que hecho el cuerpo de una autoridad civil, aunque en tal cuerpo figurasen individuos sin personalidad gubernamental o administrativa, era factible la función noble y perfecta del sistema democrático.

Así, los males de tan falso juicio empezarían con la designación del gabinete presidencial, porque en vez de determinar Madero por sí propio, o de resolver con sus partidarios y consejeros, la composición de su gabinete, permitió que intervinieran en esta tarea, no sólo en opiniones, sino en las resoluciones, a quienes el mismo Madero consideró poseedores de una autoridad política. De esta suerte, los colaboradores del nuevo presidente dieron al gobierno una falsa y titubeante situación; pues para un mundo que no esperaba grandes nombres políticos en el gabinete presidencial, sino certidumbre y afinidad política ministerial, el orden gubernamental perdió lozanía, cohesión e ideales.

Manuel Calero, el secretario de Relaciones, si ciertamente era ilustrado y tenía historia política, estaba tan saturado de vanidades y ambiciones, que no podía ser eficaz colaborador de un gobernante del vaporoso talento de Madero ni era un hombre apto para captar y acrecentar las simpatías públicas que es obligación primera que deben tener los gobernantes, cualquiera que sea su responsabilidad oficial. Manuel Vázquez Tagle, en el Ministerio de Justicia, era un figurón calerista y nada más. Rafael Hernández, Manuel Bonilla y Ernesto Madero, continuando en el nuevo gabinete, significaban un compás maderista, de señalada consideración. Miguel Díaz Lombardo, en Instrucción Pública y Abraham González en Gobernación, fueron el comienzo de una nueva *élite* política, no obstante que a González, la hostilidad contrarrevolucionaria le clasificó como nor-teño rústico y negativo; y esto, porque muy grande y tenebrosa aparecía en el horizonte la borrasca de la libertad. El gabinete quedó



complementado con el general José González Salas, quien más que un soldado, poseía aptitudes administrativas.

El cuerpo político que no lució en el gabinete presidencial, lo organizó Madero en los estados, tal vez comprendiendo cuánto más difícil a par de provechosa era la gobernación local que la ministerial. Y en efecto, los meses le darían la razón, porque si la capital estaba llamada a entregarse a la contrarrevolución, en cambio, los gobernantes —unos más, otros menos— serían el apoyo y continuidad de la Revolución y la constitucionalidad.

Fue, en efecto, el cuadro de las primeras autoridades locales, la representación más exacta de la Revolución con Venustiano Carranza, José María Maytorena, Manuel Mestre Ghigliazza, Miguel Silva, Flavio Guillén, Francisco Lagos Cházaro, Rafael Cepeda, Alberto Fuentes y José I. Lugo.

Poseían tales gobernantes más que la práctica administrativa, el entusiasmo, la responsabilidad y la vocación de una República progresista y democrática, de manera que con ellos era inaugurada una época nacional dentro de la cual, el populismo iba a sustituir los sistemas de la autocracia y con lo mismo proporcionaría al país los encantamientos que es muy común que sirvan para iluminar a los hombres, aun cuando éstos sean víctimas de los intensos dramas de la pobreza, como acontecía en México.

Había, además, dentro del mundo oficial, otra clase que sin ser la vasta, considerada y responsable manifiesta en los gobernadores ni la mediatizada en el gabinete presidencial, representaba un neutralismo sospechoso. Esta clase, la constituían los oficinistas secundarios, reclutados, casi en su mayoría, entre los familiares y allegados del caído régimen porfirista; y tenía esta casta, de hecho, en sus manos el encauzamiento y dirección de los negocios administrativos que correspondían a la rutina, pero que no por ello dejaban de ser capitales no sólo para la consolidación del gobierno, sino a la marcha normal de la vida nacional.

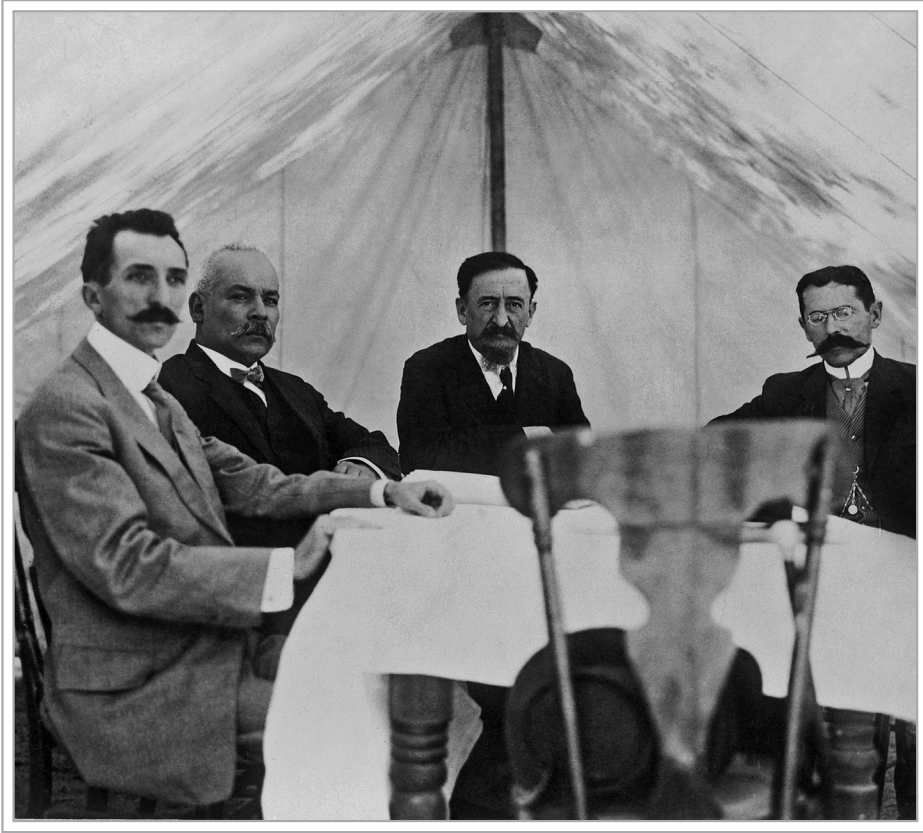
Esta clase, a la cual el general Díaz nunca permitió que penetrasen los individuos de los filamentos sociales inferiores ni aquellos hombres en quienes no fiaba, continuó en el servicio del presidente de Madero; porque si aparentemente era dócil —y sólo aparentemente—, se la creía indispensable para la continuidad de los asuntos administrativos, de manera que el maderismo no estuvo en aptitud de omitirla de sus necesidades y preocupaciones.

No se había exigido a tal oficinismo, casi profesional, que se uniera a la Revolución ni que se identificase con la lealtad al nuevo gobierno, con lo cual, si no en el puente de mando, sí en el trato entre el oficialismo y el mundo popular, ese oficinismo quedaba, de hecho, dueño de su fin moral, con lo cual, en la realidad, significaba una amenaza para el futuro político del orden maderista.

#### PROYECTOS CONTRARREVOLUCIONARIOS

Desde Ciudad Juárez, después del conato de rebelión acaudillado por Pascual Orozco que terminó a la sola presencia de Madero, despacio y cautelosamente surgieron los primeros síntomas de una contrarrevolución. Ni todos los hombres del maderismo quedaron conformes con la paz hecha ni todos los porfiristas admitieron su caída. Los líderes y gobernantes no eran omniscios, de manera que no faltarían los errores involuntarios, los cotejos imperfectos, las resoluciones apresuradas; y con todo esto, las enemistades y discordias. Tampoco quedarían resignados y pacientes en la adversidad sufrida, los jefes del Ejército, pues si se suponía que éste no poseía más bandera que la patria, no por ello dejarían de moverse dentro de su alma e intereses los escrúpulos de la derrota.

Así, en tanto el nuevo presidente podía estar seguro y confiado en el poder político que representaban los gobernadores a quienes, en la práctica, entregaba el futuro político de México, la amenaza de



Comisión encargada de firmar los Acuerdos de Paz en Ciudad Juárez: José María Pino Suárez, Francisco Vázquez Gómez, personaje no identificado y Francisco Carvajal

una contrarrevolución, primero verbal; después de hecho, empezaba a movilizarse en la República.

Todavía no transcurría la primera semana del gobierno de Madero, cuando David de la Fuente, en nombre del reyismo intentaba (10 de noviembre), sublevar a la corta, pero de todas maneras efectiva, guarnición Federal en Chihuahua, así como también minaba el alma rústica y veleidosa de Pascual Orozco.

Anterior a ese atropellado intento sublevatorio, en la Ciudad de México, el joven Juan Andreu Almazán, hecho general por sí y por

la Revolución, no se detuvo para amenazar a Madero; y si no en las palabras candentes y casi incomprensibles de Almazán, puesto que se exigía lo que no era posible realizar apenas el triunfo revolucionario latía la subversión, sí en las del general Cándido Navarro, entregado mentalmente a los excesos radicales de un grupo dirigido por Vicente Ferrer Aldana, quien se apellidaba a sí mismo *robesperiano*, se sentía el pronunciamiento contra el maderismo *puro y conservador*, al que se le atribuían falacias como consecuencia del trato de Ciudad Juárez.

Esos estallidos románticos más que peligrosos, de Almazán y Navarro fueron precedidos de un memorial firmado (22 de julio de 1911) por los jefes revolucionarios Gabriel Hernández, Casimiro Mendoza, Emiliano Zapata, Enrique W. Paniagua, Guillermo García Aragón, Alfonso Miranda, Jesús H. Salgado, Francisco J. Múgica y los citados Almazán y Navarro, pidiendo al presidente De la Barra el cumplimiento del Plan de San Luis, no obstante que el Plan no tenía consideraciones ni resoluciones sobre los problemas que los firmantes argüían.

Sirvió en cambio tal memorial para que el país, asombrado, asistiese a un espectáculo divisionista de la Revolución; espectáculo ocasionado por meras suposiciones y principalmente por la inconsistencia doctrinal de los jefes revolucionarios. Sirvió asimismo un acontecimiento de esa calidad para alentar a los políticos caídos hacia ensueños restauradores, y a fin de hacer más común y corriente al vulgo el vocablo contrarrevolución.

Los revolucionarios, pues, estaban incubando los apetitos que poco a poco se acrecentaban en el gremio militar; ahora que si éste se mostraba reservado, no era tanto por creerse inepto para una nueva lucha contra el maderismo cuanto porque día a día crecía la desertión en las filas del Ejército. Los partes de los jefes de corporaciones eran alarmantes. El antiguo soldado llamado *guacho o pelón*, reclutado, ya en las prisiones, ya tomado de leva, advertía y

quería una nueva vida. Aquella institución, mandada por singulares facultativos, ya no era compatible, dentro de su gran masa de combatientes, con el despertar del progreso, la libertad y la inspiración creadora que conmovía al pueblo de México al través de todos sus filamentos sociales. Los soldados del Ejército sentían que había llegado el día del ejercicio voluntario de las armas. Los forzados terminaban con la llegada de la aurora revolucionaria. Otro México emergía en todos los órdenes de la vida nacional. Al 15 de noviembre (1911), la Secretaría de Guerra tenía noticias de que la desertión de soldados rasos sumaba de cuatro a 4,500 plazas.

Debido a todo eso, los primeros planes (6 de septiembre) de contrarrevolución armada dirigidos en Puebla por los generales federales Mucio Martínez, Higinio Aguilar y Melitón Hurtado, tocaron el límite de lo absurdo y lo necio; tanto así que personas como Joaquín Pita, quien había sido prominente funcionario porfirista, negaba su cooperación a los ilusivos proyectos de los militares conspiradores.

También a consecuencia de aquella desintegración que el Ejército sufría en sus clases, el general Victoriano Huerta, como resultado de los reproches públicos que le hizo Madero por la indecorosa y autoritaria conducta asumida en el estado de Morelos durante la primera persecución al zapatismo, se vio compelido a pedir (28 de octubre) su separación del Ejército.

De la Barra, bajo la inspiración de Madero, trató de halagar a los militares, mas no para aprovechamiento personal, sino a fin de que el país no se viese amenazado por la falta de fuerza, pública. Las medidas dictadas por el interino no tuvieron la definición que Madero les dio apenas en la presidencia.

Al efecto, el presidente empezó su gobierno no sólo aumentando el sueldo a los militares, sino presentándose (3 de diciembre) al acto de distribución de premios a los cadetes del Colegio Militar. Madero era el primer presidente civil que en la historia del Colegio presidía tal ceremonia.

A pesar de esos signos democráticos del presidente, la contrarrevolución insistía en sus proyecto de venganza y sublevación, tratando de humillar a los revolucionarios; y al caso, los jefes del Ejército mandaron abrir proceso al general maderista Alfonso Miranda, acusándole de desertor del Ejército Federal; pues que siendo capitán, a los comienzos de 1911, había abandonado sus “deberes militares”, para unirse a la Revolución.

Pero no sólo en la intriga trabajaba la contrarrevolución. También se atrevía a presentarse con las armas en las manos, dispuesta al combate; y así lo hizo, como se ha dicho, el general Bernardo Reyes. Éste, después de su misteriosa desaparición de la Ciudad de México, viendo su fracaso político personal y el de su hijo Rodolfo en Jalisco, marchó a San Antonio (Texas), y allí, insistiendo en la fórmula de engañarse a sí propio, creyó que a su voz, a su sola voz, el Ejército y el pueblo se alzarían contra el gobierno de Madero; y esto, porque la ingenuidad aguijoneante, había perforado el pecho de Reyes desde 1906.

Encariñado, pues, con su ilusión, el general Reyes quiso probar su poder popular y militar; y regresó a suelo mexicano, expidió una proclama y avanzó enhiesto, convencido de su iluminismo, hacía el estado de Nuevo León; mas pronto se convenció de su error. Bastó poner los pies sobre el suelo de la realidad, para sentirse arrepentido de su travesura, y entregándose a un destacamento de rurales en el distrito de Galeana, envió un mensaje al general Jerónimo Treviño diciéndole que, creyendo en la contrarrevolución, había llamado al pueblo y al Ejército sin que “un solo hombre” correspondiera a tal llamamiento, de manera que viendo fracasados sus designios no le quedaba otro camino que el de la rendición.

Amargado y preso, Reyes fue conducido a la Ciudad de México y encerrado en la prisión de Tlaltelolco, en donde bebió en el cáliz de las desesperanzas que es el mayor castigo que el destino da a las ambiciones y a los ambiciosos.

Si las conspiraciones contrarrevolucionarias terminaban por sí mismas, puesto que el árbol del maderismo era de recio tronco y de espesa y verde fronda, no acontecía lo mismo con los problemas locales que producían un disturbio tras de otro disturbio, de manera que el país no sentía los bienes de la paz ni los provechos del trabajo. La Revolución no había traído únicamente el conflicto y solución de la democracia política y electoral. Había suscitado una y 100 situaciones desgraciadas y de difícil salida. Lo menos previsto se presentaba ahora exigiendo remedio.

El localismo, que en la prerrevolución era como un embrión del sufragio universal, en la trasguerra surgió con un sinnúmero de apéndices que movían pasiones, intereses y esperanzas. En Oaxaca, el antiguo personalismo significado como un agudo porfirismo, ahora era localismo exigente, con visos de separatismo no territorial, pero sí político; porque sobre la sinergia nacional se pretendía una soberanía inexplicable. Esta idea, originada en atrevidas improvisaciones, se debió al oaxaqueño José E. Gómez, individuo de muchas y atrevidas empresas, a quien la Revolución, sin haber sido revolucionario, le condujo a los más sinceros, pero idealizados estallidos de la libertad.

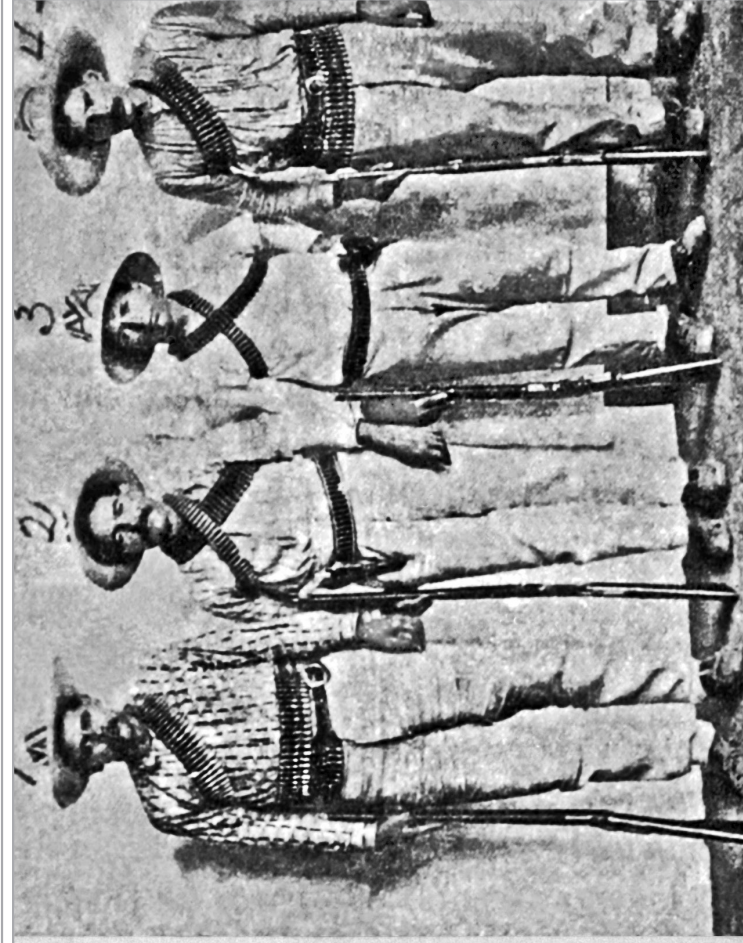
Gómez planteó ese exagerado localismo durante el interinato de De la Barra; pero como éste dejó pasar el problema creyéndole de fácil solución, ahora, al iniciarse el presidenciado de Madero, el propio Gómez tomó las características de un caudillo local; y al objeto, promovió desórdenes de carácter político en la región istmeña, y pronto encontró prosélitos tan aguerridos y osados como él, por lo cual como el sucesor hizo causa, el, gobierno nacional mandó su aprehensión, ya en los brazos de la policía, fue conducido a la Ciudad de México, aunque en el camino la capital, sin saberse cómo ni por qué, fue fusilado.



**JEFES DE LOS  
MADERISTAS  
QUE TIENEN  
TOMADA LA PLAZA  
en Guadalupe de los Re-  
yes, desde el día 2 del  
corriente.**

**MARZO 9 DE 1911**

- 1 Juan Banteras**
- 2 Antonio M. Franco.**
- 3 Ascención Zazueta.**
- 4 Agustín Beltrán.**



Juan Banteras y sus lugartenientes

El acontecimiento no hizo más que servir a otras incitaciones subversivas de mayor profundidad y amenaza; ahora que sin las propiedades necesarias y capaces de provocar el descontento popular.

No sería, sin embargo, Oaxaca el único teatro del localismo levantisco. Tlaxcala y Veracruz estaban amenazadas por la disolución política; mientras en Sinaloa, era aprehendido el ex gobernador maderista Juan Banderas y procesado como responsable del fusilamiento del coronel Morelos, defensor Federal de la plaza de Culiacán y a quien se culpó, con razón de guerra, por la muerte de numerosos revolucionarios. Y todo acontecía en medio de las difamaciones y escándalos que provocaban la prensa periódica y los diputados porfiristas, quienes no se detenían para inventar asaltos y crímenes atribuidos siempre a los revolucionarios. El diputado Manuel R. Uruchurtu, afirmó en la tribuna de la Cámara, que las calles de Hermosillo estaban “regadas” de sangre y cadáveres a consecuencia de una sublevación local. Esto, dicho con énfasis, a pesar de ser falso, sólo produjo la alarma social, lo cual sirvió para alentar a los conspiradores contrarrevolucionarios.

Por otro lado, el presidente Madero detuvo de manera-persuasiva, el aventurado proyecto, hecho público y llevado al Congreso, de exigir responsabilidades al general Porfirio Díaz y a José Yves Limantour, por los males que, de carácter económico, se suponía habían producido a la nación. Para el presidente, una acusación de tal naturaleza, aparte de carecer de fundamento, mermaba la autoridad moral y política del Estado y ponía en duda el honor y patriotismo de los gobernantes mexicanos; y esto, en los días durante los cuales era indispensable rehabilitar los quebrantos sufridos en los créditos nacionales como consecuencia de la guerra civil.

No era oculta, por otro lado, la desconfianza de banqueros e industriales hacia la situación política del país; y como esto dañaba los intereses generales, el presidente procuró, en primer término, neutralizar los negocios mercantiles en las lides políticas, aumentar los

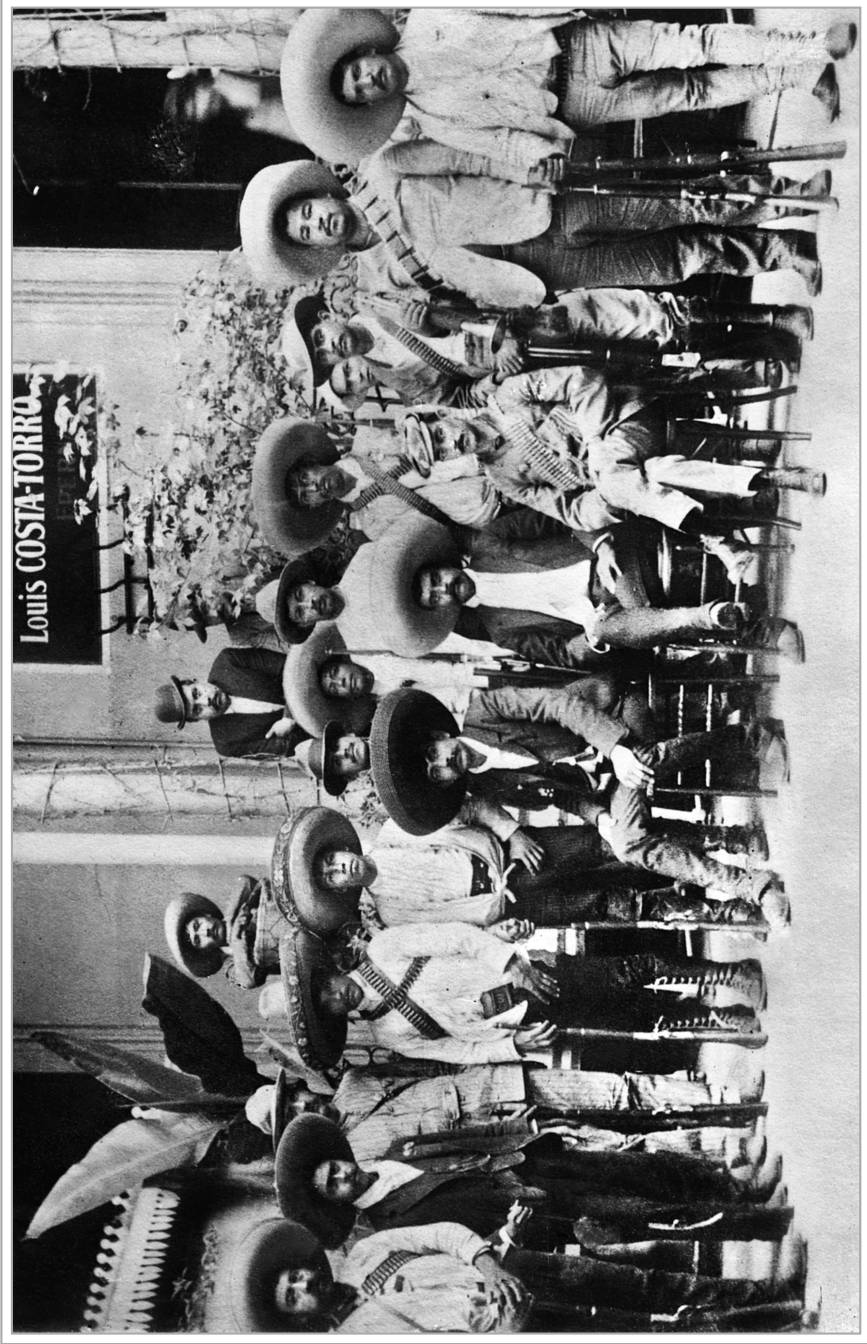
plazos para el estudio y resolución de las indemnizaciones a los extranjeros por daños causados a consecuencia de la Revolución, continuar las negociaciones para el restablecimiento total de la paz, destinar 200 millones de pesos para el fomento de la agricultura y expedir la ley de fraccionamientos de tierras. Después, dirigió todos sus mejores deseos a fin de obtener, si no la lealtad suprema del Ejército Federal, sí el respeto de éste al presidente constitucional de la República.

A pesar de esas tareas indicadas por Madero, cuando apenas transcurrían dos meses del comienzo presidencial, la situación política del país no era enteramente favorable al presidente. Para el pueblo, la Revolución, si admirable por su victoria contra un régimen tan poderoso como el porfirista, no encerraba ni presentaba una idea principal y precisa sobre el futuro nacional. Por esto mismo, no se comprendía al caudillo, y todo parecía ser obra de la improvisación de una meditada acción de los hombres de 1910.

#### EL ALZAMIENTO ZAPATISTA

Tan profundo fue el sopor de la nación mexicana durante el régimen porfirista —sopor originado en los infelices días de interminables contiendas domésticas— que la sociedad perdió toda idea acerca de las necesidades de México. De esta manera, el país creía que después del cambio del gobierno en noviembre de 1911, sólo existía una gran cuestión, como era la de hallar sucesor para el general Díaz; y que, superado este negocio, todo sería venturoso para el progreso nacional.

No era así, por supuesto; porque apenas triunfante el maderismo, un conjunto de hechos y circunstancias empezó a azogar al pueblo y al gobierno. Ahora, toda la gente se atrevía a pensar; pero como esta facultad se presentaba ignorante e improvisada audaz y escasa de jerarquía, las proposiciones tenían más de atropellamiento que de ser fundamentales.



Emiliano Zapata con algunos miembros de su ejército

Ya no era, pues, uno y único, el problema nacional. Éste adquiriría el carácter, dadas las circunstancias, de acrecentarse día a día, haciendo creer que era el gobierno —y sólo el gobierno— el que lo originaba y que, por lo mismo, el presidente de la República estaba obligado a darle pronta y eficaz solución; pero como esto no correspondía a las facultades, disposiciones y posibilidades de la organización política o económica de la nación, el vulgo y la clase medio ilustrada supusieron que el presidente Madero no poseía capacidad de gobernante.

Además, como los principales colaboradores del presidente no podían borrar de sí mismos —ni tenían por qué, puesto que representaban una verdadera “República rural” y “República rural” era México— su mentalidad de campo y pueblo, Madero y el maderismo eran objeto de la burla y grosería de la voz general. Así, lo que había sido aprobación y simpatía universales empezaba a decrecer, mas no en virtud de los errores del gobierno, sino de las condiciones del país.

Tantos y tantos, como ya se ha dicho, eran los problemas existentes y los que surgían uno tras otro, que ¿quién de los mexicanos podía ser capaz para, a una sola voz y a un mismo tiempo, resolver las cuestiones de un pasado y de un futuro?

Envuelto en días de muchas exigencias optimistas, el gobierno maderista sufrió no tanto injustas y arbitrarias reprobaciones, cuanto incalculables e impropias exigencias, que llegaron a términos insidiosos y sediciosos. Entre estas últimas, las proveniente de una facción que se llamaba a sí misma zapatista.

Aunque ya se ha hablado de ésta, es necesario insistir en que a tal facción le daban cuerpo y calor los revolucionarios del estado de Morelos, y representaba su ser y hacer en la jefatura y figura de Emiliano Zapata; y aunque éste no poseía una personalidad de virtudes políticas o militares, de todas maneras era dueño de un elevado sentido de caudillo; y como se hacía seguir de gente muy rústica a par de víctima de un sinnúmero de injusticias, originadas tanto por



la naturaleza física del suelo morelense, como por las exigencias de los amos de tierras y haciendas, Zapata representaba una causa popular —honda y probadamente popular.

Así y todo, Zapata mantuvo una posición decorosa dentro de la Revolución. No representaba un poder de autoridad del maderismo; pero tampoco podía ignorarse el influjo de su populismo, y, ya por lo primero, ya por lo segundo, no podía hallarse el por qué estaba apartado del gobierno de Madero, toda vez que éste, sin proporcionarle un mando directo, personal y jurisdiccional, tampoco le negaba el derecho de coparticipar en los negocios públicos y locales.

Sin embargo, como entre los lugartenientes de Zapata estaba Otilio Montaña, éste, clásico aldeano, quien llenaba su alma con envidias y venganzas y deseaba sobresalir, movió a Zapata hacia las más ilusivas empresas; y como Montaña tenía el barniz de ilustración propia a los maestros de escuela —y maestro de escuela era— que en los pueblos ejercían, después de la autoridad municipal, y del sacerdote católico, el poder del consejo y la promesa de lo futuro, Zapata se dejó guiar por aquel hombre, que en el fondo era la representación menos imperfecta de la gente de campo que quería, aunque sin poseer palabras para expresarlo; su autogobierno.

No cabía —no podía caber— dentro de la mentalidad de un rústico adelantado como era Montaña, la responsabilidad que lleva en sí la provocación de la guerra, la desarticulación de las materias administrativas, la incitación a los odios, el daño de la sangre derramada por discordias civiles. Montaña atisbaba en Zapata, y cerca de Zapata, todas las ideas y signos de que el gobierno maderista era impotente para dar el pan y techo a la clase rural de México. Acusaba también al presidente de no cumplir con la promesa de repartir tierras, promesa que no estaba inscrita en bandera alguna; pero que brotaba en aquellos días, no a manera de hecho casual, sino como consecuencia de la desocupación campesina, a manera también de ser uno de los tantos problemas que la insurrección, las libertades

políticas, el poder de las armas y el despertar de las ambiciones se producían y reproducían en el pueblo de México.

Madero, sin ignorar cómo y cuándo se habían desenvuelto las ambiciones entre los revolucionarios, trató, como ya se ha visto, de conducir las primeras desobediencias e ímpetus personales de Zapata con toda la dignidad política y la cautela, de gobernante, que sin ceder ni negar, sobrepone su autoridad a los intereses de partido. El presidente marcó, tan pronto como se hizo cargo del gobierno nacional, los límites constitucionales tanto para la situación de Zapata como a la consideración y obligación de otros jefes revolucionarios. Así, y todo, Zapata inducido e instado por sus tenientes, y en las alas del optimismo, y sin siquiera medir las necesidades a las que lleva una guerra, tuvo por creencia cierta y de fácil realización, la victoria de sus huestes; y se propuso la victoria de su ensueño, y olvidándose de las obligaciones que había en cada mexicano para mantener la paz de la nación, y contrariando su maderismo, se inició en el camino de la insurrección.

Al efecto, el 18 de noviembre (1911), el general Zapata, ya en orden de rebeldía, reunido con sus lugartenientes, todos tanto o más rústicos que él, en un punto llamado Ayoxustla y, sin dar oportunidad a las consideraciones, puesto que carecían de capacidad para ello, escuchó la lectura de un Plan redactado por Montaño, y aprobándolo y firmándolo todos los circunstantes, le dieron el nombre de *Plan de Ayala*, por estar fechado en la villa de ese nombre.

De acuerdo con tal Plan, Zapata y el zapatismo desconocían al gobierno constitucional de México y nombraban jefe de la Revolución Libertadora al general Pascual Orozco o, “en caso” de que éste no aceptara el “delicado puesto”, le sustituiría el propio Zapata.

Como “parte adicional del Plan”, el zapatismo determinaba, mediante la aplicación de las “leyes de desamortización y nacionalización”, expedidas por Benito Juárez, la entrega de tierras, aguas y montes a los pueblos y Ciudadanos que hubiesen sido despojados durante el gobierno del general Díaz. Mandaba igualmente tal Plan,



# PLAN DE AYALA

Plan Libertador de los hijos del Estado de Morelos, afiliados al Ejército Insurgente que defienden el cumplimiento del Plan de San Luis Potosí, con las reformas que ha creído conveniente aumentar en beneficio de la Patria Mexicana.

Los que suscribimos, constituidos en Junta Revolucionaria para sostener y llevar a cabo las promesas que hizo la Revolución de 29 de Noviembre de 1910, por el pasado, declaramos solemnemente ante la faz del kando civilizado, que nos juzga y ante la Nación a que pertenecemos y a nosotros, los profusos que hemos formulado para acabar con la tiranía que nos oprime y reformar a la Patria de las dictaduras que se nos imponen, las cuales quedan determinadas en el siguiente Plan:

19.—Teniendo en consideración que el Pueblo Mexicano acudido por Don Francisco I. Madero fue a derramar su sangre para reconquistar sus libertades y reivindicar sus derechos conculcados, y no para que un hombre se adueñara del poder violando los sagrados principios que justó defender bajo el tema de "Sufragio Efectivo," "No-Reelección," "estrictado la fe, la causa, la justicia y las libertades del pueblo, teniendo en consideración que los hombres a que nos referimos es Don Francisco I. Madero, el mismo que inició la precitada Revolución, el cual impuso por propia voluntad e influencia al Gobierno Provisional del Ex-Presidente de la República Lic. Don Francisco I. de la Barra, por haberse alzado al pueblo su Libertador, causando con este hecho reiterados derramamientos de sangre, y multiplicadas las desgracias a la Patria de una manera salvajista y ridícula, no teniendo otras miras que satisfacer sus que ambiciones personales, sus inhumanos instintos de tirano y su profundo descaat al cumplimiento de las leyes preexistentes emanadas del inmortat Código de 57 escrito con la sangre de las revoluciones de Ayala: teniendo en consideración que el llamado a la Revolución Libertadora de México Don Francisco I. Madero, no llevó a feliz término la Revolución que gloriosamente inició con el apoyo de Dios y del pueblo, puesto que dejó en pie la mayoría de poderes gubernativos y elementos corruptos de opresión del Gobierno dictador, que no son, ni pueden ser en su manera alguna la legítima representación de la soberanía Nacional, y que por ser acérrimos adversarios nuestros y de los principios que hasta hoy defendamos, están provocando el malstar del País y habiendo nacido al seno de la Patria para darle a beber su propia sangre, teniendo en consideración que el superhido Sr. Francisco I. Madero, actual Presidente de la República, trata de eludir el cumplimiento de las promesas que hizo a la Nación en el Plan de San Luis Potosí, citando las precitadas promesas a los congresos de Ciudad Juárez, ya nulificado, en su oculto, persiguiendo y matando a los elementos revolucionarios que le ayudaron a que ocupara el alto puesto de Presidente de la República por medio de sus falsas promesas y numerosas intrigas a la Nación: teniendo en consideración que las tantas veces repetido Sr. Francisco I. Madero ha tratado de ocultar con el fierro bruto de las bayonetas a los pueblos que los poderes que él preside, solicitan o exigen el cumplimiento de sus promesas en la Revolución, llamándolos bandidos y rebeldes, condesciendo a una guerra de exterminio sin conceder ni otorgar ninguno de las garantías que prescriben la razón, la justicia y la ley; teniendo en consideración que el Presidente de la República Sr. Don Francisco I. Madero, ha hecho del Sufragio Efectivo una sangrienta burla al pueblo, ya imponiendo contra la voluntad del mismo pueblo en la Vice-Presidencia de la República al Lic. José María Pino Suárez, a ya a los Gobernadores de los Estados designados por él como el llamado General Ambrosio Figueroa, verdugo y tirano del pueblo de Morelos, ya entrando en complotes escandalosos con el partido científico, hacendados feudales y caciques opresores enemigos de la Revolución proclamada por él, a fin de forjar nuevas cadenas, y de seguir el modo de una nueva dictadura, más opresora y más terrible que la de Porfirio Díaz; pues ha sido dano y patente que ha alterado la soberanía de los Estados, coludando las leyes sin ningún respeto a las d iusticias, como ha sucedido en el Estado de Morelos y otros, condu-

ciéndolos a la más horrorea anarquía que registra la historia contemporánea: por estas consideraciones declaramos al mundoico Francisco I. Madero, inepto para realizar las promesas de la Revolución de que fue autor, por haber traicionado los principios con los cuales baró la fe de pueblo, a pueblo libre. Todo el pueblo insurge para gobernar, por no tener ningún respeto a la ley y a la justicia de los pueblos, y traído a la Patria por estar a sangre y fuego humillando a los mexicanos que desean libertad, por complacer a los científicos, hacendados y caciques que nos esclavizan, y desde hoy comenzamos a contribuir a la Revolución principiada por él, hasta conseguir el derrocamiento de los poderes dictatoriales que existen.

20.—Se desconoce el Jefe de la Revolución al Sr. Francisco I. Madero y como Presidente de la República por las razones que antes expresan, procurando el derrocamiento de este funestario.

21.—Se reconoce como Jefe de la Revolución Libertadora al ilustre C. General Pascual Orozco, segundo del Caudillo Don Francisco I. Madero, y en caso de que no acepte este delicado puesto, se reconocerá como Jefe de la Revolución al C. General Emiliano Zapata.

22.—La Junta Revolucionaria del Estado de Morelos, manifiesta a la Nación los formal protestas que hace suyo el Plan de San Luis Potosí con las adiciones que a continuación expresan en beneficio de los pueblos oprimidos, y se será defensora de los principios que defiende hasta vencer ó morir.

23.—La Junta Revolucionaria del Estado de Morelos no admitirá transacciones ni componendas políticas hasta conseguir el derrocamiento de los elementos dictatoriales de Porfirio Díaz y Don Francisco I. Madero; pues la Nación está cansada de hombres falaces y traidores que hacen promesas como libertadores, pero que al llegar al poder, se olvidan de ellas y se constituyen en tiranos.

24.—Como parte adicional del Plan que invocamos, hacemos constar que los serenos, montes y aguas que han usurpado los hacendados, científicos ó caciques a la sombra de la tiranía y de la justicia vena, entrarán en posesión de estos bienes inmuebles desde luego, los pueblos ó ciudadanos que tengan su títulos correspondientes de esas propiedades, de las cuales han sido despojados, por la mala fe de nuestros opresores, manteniendo a todo trance con las armas en la mano la mencionada posesión, y los usurpadores que se consideren con derecho a ellos, lo perderán ante tribunales especiales que se establezcan al triunfo de la Revolución.

25.—En virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos, no son más dueños que del terreno que pisan, sufriendo los horrores de la miseria sin poder mejorar en nada su condición social ni poder dedicarse a la agricultura ó a cualquier otro oficio, por estar monopolizados por unas cuantas manos las tierras, montes y aguas, por esta causa, se expropiarán previa indemnización de la tercera parte de esos monopolios, a los poderosos propietarios de ellas, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México, obtengan rígid, colonias, fondos legales para pueblos, a tiempo de sembradura ó de labor, y se mejore en todo y para todo la falta de prosperidad y bienestar de los mexicanos.

26.—Los hacendados, científicos ó caciques que se opongan directa ó indirectamente al presente Plan, se nacionalizarán sus bienes y las dos terceras partes que a ellos les correspondan, se destinarán para indemnizaciones de guerra, prisiones de viudas y huérfanos de las víctimas que sucumban en la lucha del presente plan.

27.—Para ejecutar los procedimientos respecto a los bienes antes mencionados, se aplicarán leyes de desamortización según convenga, pues de norma y ejemplo pueden servir las puestas en vigor por el inmortat Juárez, a los bienes eclesiásticos que aumentaron a los despotas y conservadores, que en todo tiempo han pretendido imponerlos el yugo yugonómico de la opresión y del retroceso

28.—Los Jefes Militares Insurgentes de la República, que se levantaron con las armas en la mano a la voz de Don Francisco I. Madero, para defender el Plan de San Luis Potosí y que ahora se opongan con fuerza armada al presente Plan, se juzgarán traidores a la causa que defendieron, y a la Patria, puesto que en la actualidad de ellos por complacer a los tiranos, por un puñado de maldades, ó por cobhecho ó soborno, están derramando la sangre de sus hermanos que reclaman el cumplimiento de las promesas que hizo a la Nación Don Francisco I. Madero.

29.—Los gastos de guerra serán tomados conforme a lo que prescribe el Art. XI del Plan de San Luis Potosí, y todos los procedimientos empleados en la Revolución que se emprendieron, serán conformes a las instrucciones mínimas que determine el mencionado Plan.

30.—Una vez triunfante la Revolución que hemos llamado a la vida de la realidad, una Junta de los principales Jefes Revolucionarios de los diferentes Estados, modificará ó designará un Presidente Interino de la República, quien convocará a elecciones para la nueva formación del Congreso de la Unión, y esta a la vez convocará a elecciones para la organización de los demás poderes federales.

31.—Los principales Jefes Revolucionarios de cada Estado en Junta designarán el Gobernador provisional del Estado a que correspondan, y este elevará funcionario convocará a elecciones para la debida organización de los poderes públicos, con el objeto de evitar contiendas feudales que labran las desdichas de los pueblos, como la tan censurada consigna de Ambrosio Figueroa en el Estado de Morelos y otras que nos conducen al precipicio de conflictos en las relaciones entre los Estados, y que son el resultado de intereses científicos y hacendados que lo han sugestionado.

32.—Si el Presidente Madero y demás elementos feudales, del actual y antiguo régimen, desean evitar inmensas desgracias que adigén a la Patria, que hagan inmediata renuncia de los puestos que ocupan, y con eso, en algo restarán las grandes heridas que han habido al seno de la Patria; pues que de no hacerlo así, sobre sus cabezas caerá la sangre derramada de nuestros hermanos y de los mexicanos que lo han sugestionado.

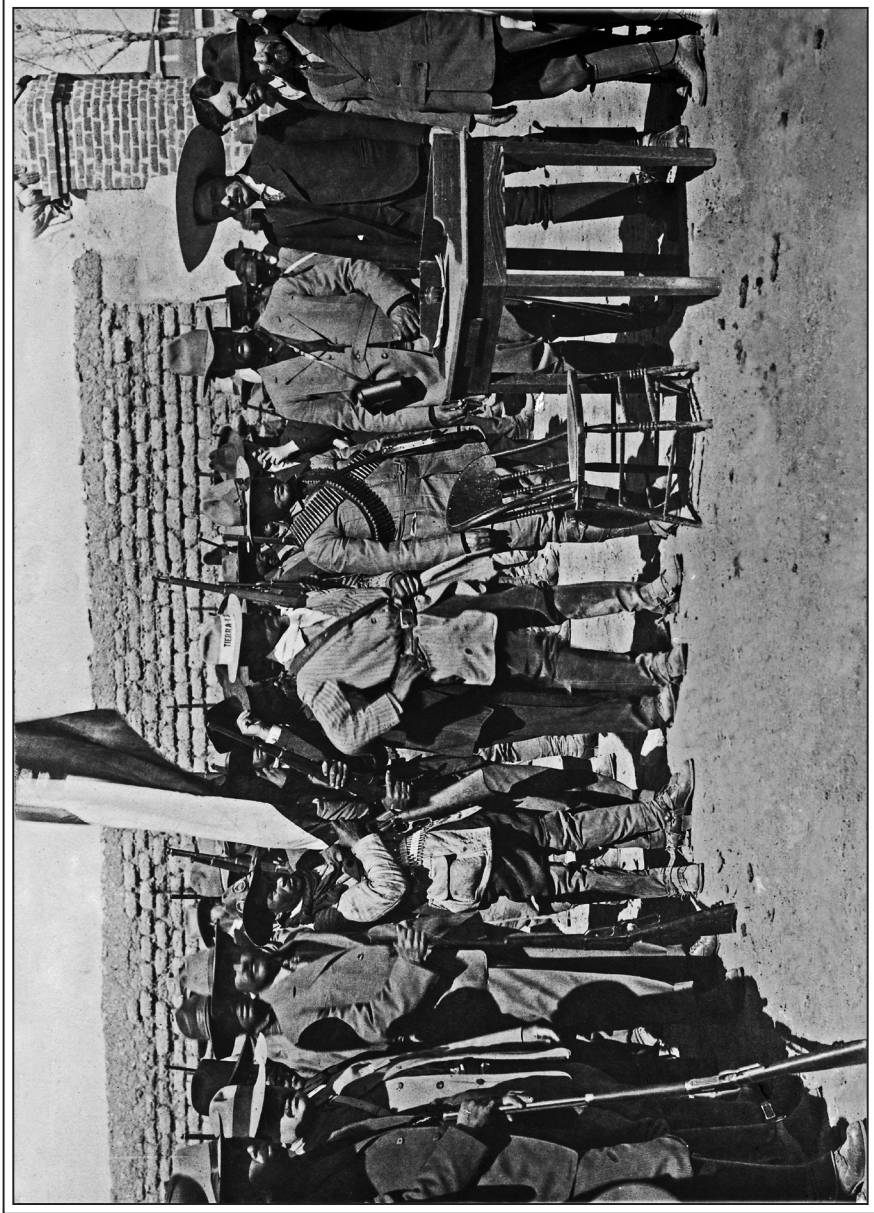
33.—Mexicanos: Considerad que una mancha escandalosa por ser incapaz para gobernar, considerad que su sistema de gobierno está agarrando a la Patria, y bollandó con la fuerza bruta de las bayonetas, nuestras instituciones; y así como nuestras armas las levantamos para elevar al poder, ahora las volvemos contra él por ser falzado a sus compromisos con el pueblo mexicano y haber traicionado la Revolución iniciada por él. No somos personalistas, somos partidarios de los principios y no de los hombres.

Pueblo Mexicano: Apoyad con las armas en la mano este Plan, y haréis la prosperidad y bienestar de la Patria.

JUSTICIA Y LEY.

Ayala, Noviembre 28 de 1911.

General Emiliano Zapata.—General, José T. Ruiz General, O. E. Montañó.—General, Francisco Merceda. General, Jesús Morales.—General, Rufino Zapata.—General, Pío Capiatán.—Coronel, Agustín Cázares.—Coronel, Rafael Sánchez.—Coronel, Cristóbal Domínguez. Coronel, Santiago Aguilar.—Coronel, Feliciano Domínguez.—Coronel, Fermín Uruña.—Coronel, Pedro Salazar. Coronel, Jesús Sánchez.—Coronel, Felipe Vaqueo.—Coronel, Clotilde Soza.—Coronel, José Ortega.—Coronel, Julio Tapia.—Teniente Coronel, Alfonso Morales.—Coronel, Conrado Alape.—Capitán, Manuel Hernández. Capitán, José Puada.—Capitán, Ambrosio López.—Capitán Apolinar Adame.—Capitán, José Villanueva.—Capitán, Porfirio Sánchez.—Capitán, Antonio Gutiérrez.—Capitán, Pedro Balboma Huertero.—Coronel, N. Vezgara. Capitanes: O. Neri, C. Vezgara, A. Pérez, S. Rivera, M. Casachó, T. Galindo, L. Franco, F. Torres, J. M. Carrillo, S. Guevara, A. Ortiz, J. Escamilla, A. Cortés, Estrofilo F. Galarrá, Teniente, Alberto Blumentrie, teniente, S. Aguilar, A. Salazar, L. Sánchez, Q. Gomez, F. Caspea, P. Campes.



Pascual Orozco es nombrado Jefe Supremo de las fuerzas revolucionarias

expropiar “previa indemnización de tercera parte de su valor”, las tierras del país, para que los pueblos y Ciudadanos tuvieran “ejidos, colonias y fundos legales”.

Ninguna novedad ofrecía el Plan de Ayala. Tratábase, en la realidad, de la rutina agraria derivada de las Leyes de Indias. No surgía todavía, dentro de la rudimentaria idea de Montañó, la vocación creadora. No se otorgaba al agrarismo cuerpo ni alma.

La citación de las Leyes de Juárez era negativa frente a la nueva procuración de tierras y comunidades; ahora que no por esta faltaba en el documento el espíritu popular. Nació el Plan en las entrañas de la parte más débil e ignorante de la clase rural mexicana; constituía el documento una manifestación de sufrimientos y anhelos de la pobreza campesina que no sabía qué era, qué hacía y qué quería.

No fijaba el Plan cómo iba a realizarse tal programa engendrado en la desesperación y el ensueño; originario también de los pasos inciertos que da siempre la irresponsabilidad, aunque ésta se halle adornada por los más puros y elevados principios humanos.

Esas oscuridades en el Plan de Ayala, si de un lado advertían la presencia de los más atrasados filamentos sociales dentro del organismo político, administrativo, moral y económico de la nación mexicana, de otro lado ponían en peligro la estabilidad de la Revolución, puesto que la subversión zapatista, hecha a cercana distancia de la capital de la República no haría más que estimular a los conspiradores contrarrevolucionarios. Además, si un grupo de jornaleros y aldeanos ponía el ejemplo en la subversión, ¿qué podía esperarse de los jefes del Ejército Federal humillado por la Revolución?

La guerra civil, pues, se presentaba una vez más a las puertas de la Ciudad de México; y aunque el zapatismo no significaba una amenaza militar, sí correspondía a una forma de descontento dentro de las filas revolucionarias, lo cual, entre los maderistas, hacía dudar acerca del futuro del gobierno de Madero, y con lo mismo, lo que pocos meses antes era unidad aparentemente indestructible, empezaba a producir quebrantos administrativos y políticos.





Tropas zapatistas

Realmente, con la desobediencia, discordia y encono del zapatismo, empezó la época más incierta, cruenta y equívoca para la República y la Revolución, puesto que alentados los bandos del triunfo y de la derrota de 1911 hacia nuevas luchas, el país no ofrecía otras perspectivas que el sacrificio de sus hombres, de sus propiedades, de su moral y de sus principios de cultura y civilización. Las amenazas surgieron a un lado y a otro lado; la seguridad a la cual los mexicanos empezaban a entregarse desde el día de la entrada triunfal de

Francisco I. Madero a la metrópoli, se deshacía sin que aquel gran caudillo que era Madero fuese capaz de evitarlo.

Con la rebelión zapatista, que Zapata y Montaño pudieron detener si la prudencia y la reflexión les llevan a considerar que las cuestiones del mando y gobierno, así como de las tierras, no podían ser resueltas en la violencia, sino en las aptitudes y garantías de los hombres y libertades públicas que no habían sido negadas en un solo momento por Madero; con la rebelión zapatista, se reitera, empezó una cadena de males nacionales que parecían interminables e hicieron perder grandes y profundas esperanzas a la patria mexicana, que llegó a dudar sobre la calidad de sus hombres como gobernantes capaces de dar la paz y encauzar el bienestar de México.

#### LOS MALES DE LA SUBVERSIÓN

Los arrestos y planes levantiscos del general Emiliano Zapata, asociados moralmente a las atropelladas a par de novelescas aventuras del general Bernardo Reyes, distrajeron fuertemente los esfuerzos administrativos del gobierno del presidente Madero. Ni éste ni ningún otro gobernante podría ser apto, en los primeros meses de función oficial, para poner en orden al país, satisfacer todos los programas, rehacer los daños causados por la guerra, reivindicar la Constitución y organizar una nueva pléyade de hombres de gobierno.

Esto no obstante, Madero no perdió la ecuanimidad. Mantuvo admirablemente una posición que en la superficie correspondía a la de un individuo crédulo e inexperto en la ciencia del gobierno; pero que, en el fondo, advertía que era poseedor de la prudencia y la entereza del político. Madero no podía dar vuelo a los temores nacionales, puesto que eso hubiese equivalido a sembrar la alarma y por lo mismo a aceptar un estado de anormalidad.

Esta prudencial táctica de Madero redujo, en la realidad, la acción del zapatismo a asaltos y represalias de gavilleros; y en lo que respecta a Reyes, tanta fue la confianza del presidente en el fracaso del general, y tan manifiesto el error y debilidad de Reyes, que al caer los últimos días de 1911, Madero pudo inaugurar el nuevo año con las esperanzas de iniciar una renovación de los sistemas políticos y jurídicos de la República. El acontecimiento, sin embargo, no halló eco en el seno de los mexicanos, entregados a las peligrosas murmuraciones que siempre siguen a los cambios de política y personalidades.

Los viejos generales porfiristas, que siempre vieron a Reyes con desconfianza y envidia, entraban ahora —en seguida del fracaso del ambicioso caudillo— a otra etapa no tanto de su vida de soldados, cuanto del juego que siempre ofrece el mando de cuartel, cuando a tal juego se une el propósito de obtener el poder político. Esos proyectos de los generales no se manifiestan franca y abiertamente: y esto hacía que el gobierno creyese con excesivo optimismo en la paz determinada.

Madero, en efecto, dominado que hubo a un enemigo de apariencia potencial como el general Reyes; y desdeñando, como desdeñaba las guerrillas del zapatismo, estaba seguro de exterminar cualquier intento contrarrevolucionario. El gobierno no sentía, pues, no por dejadez, ni ignorancia, ni debilidad, sino porque tal era el orden lógico de las cosas, una amenaza de carácter militar. Además, el propio presidente tenía tanta confianza en la fuerza de su palabra y la sinceridad de sus designios, que consideraba las ramificaciones del zapatismo en los estados de Puebla y Guerrero como sucesos que no eran capaces de penetrar al alma del pueblo, al cual no sólo gobernaba, antes bien dirigía como jefe de un poderoso partido, más de masas que de clase selecta.

Otras y más importantes tareas tenía el presidente Madero sobre la mesa de la responsabilidad política, patriótica y revolucionaria.

Entre tales, estaba la de rehabilitación y titulación de predios que, durante el régimen porfirista, habían pasado ilegalmente a poder de empresas colonizadoras o de haciendas; el de una ampliación de fondos y planes de la Caja de Préstamos, que el gobierno proyectaba convertir en banco de crédito rural; el de una ley agrícola llamada a favorecer los fraccionamientos particulares de terrenos, así como el desarrollo de los sistemas de riego en el país. Disponíase también el gobierno a dotar de tierras a aquellos jefes revolucionarios que las exigiesen en calidad de compensación del licenciamiento.

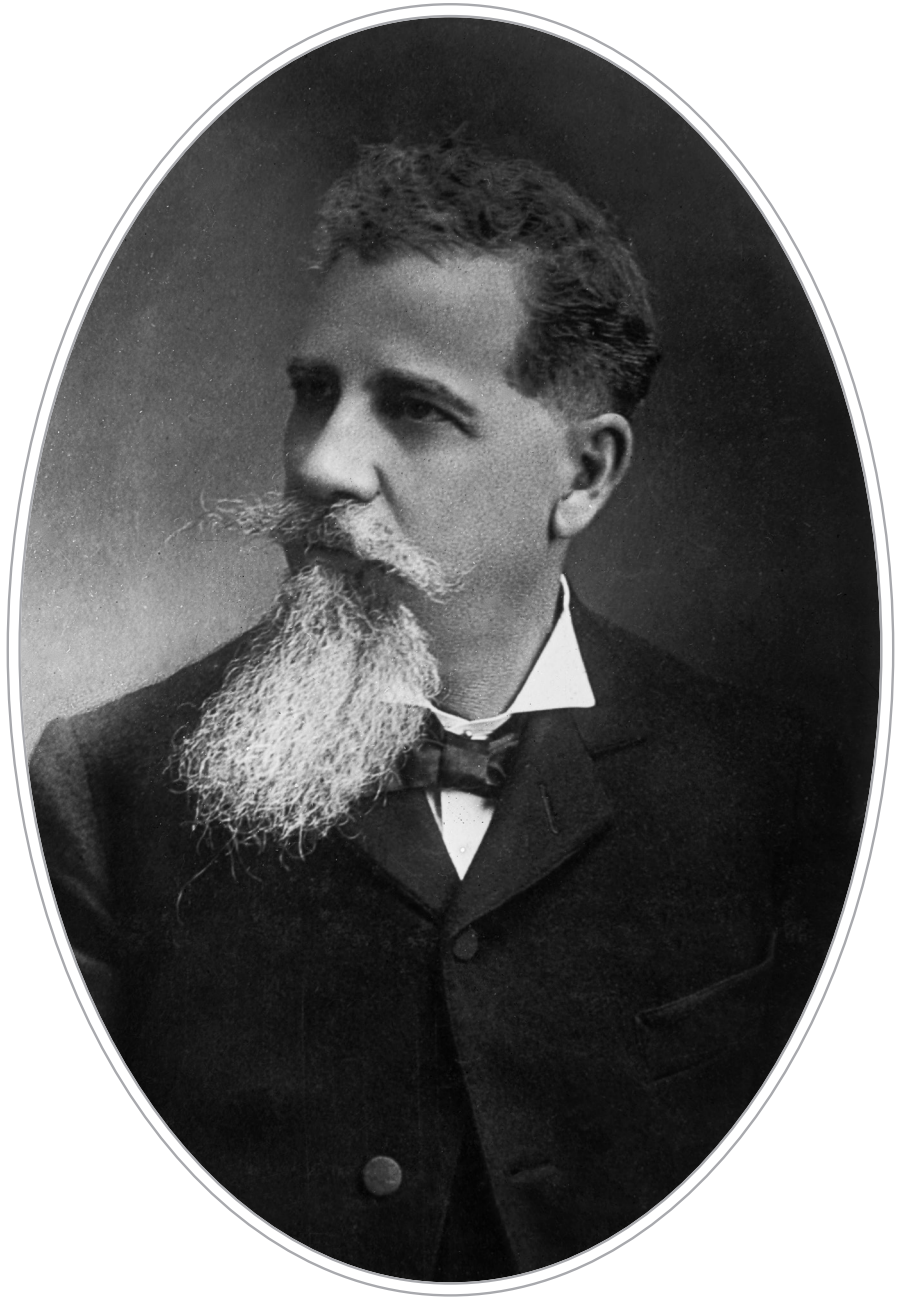
Dentro de este programa, sin embargo, no se columbraba la idea de una transformación económica de la vida rural mexicana; y esto, no tanto porque escaseara la perspicacia dentro de los hombres del nuevo gobierno nacional, cuanto porque en los días anteriores a la Revolución no se manifestaba tal conflicto; aunque es incuestionable que sí existía una enfermedad rural que ofrecía todos los síntomas de un mal específicamente político.

Uno de esos síntomas era el concerniente a una retribución de la tierra. A este problema, y prometiendo medidas eficaces para el reajuste de las grandes propiedades rurales, se había referido el general Porfirio Díaz, en el informe presidencial del 4 de abril (1911); y al mismo, ya con más propiedad y concordancia, aunque sin tratarlo a fondo, ni explicar su origen, ni dar dictamen resolutivo, había aludido el Plan de San Luis.

Así, con el fin de corresponder a los primeros síntomas del mal, el gobierno de De la Barra dispuso la organización de una Comisión Nacional Agraria, llamada a estudiar los conflictos sobre tierras, pero sin facultades para tomar determinaciones fijas y decisivas. Al iniciarse el presidenciado de Madero, éste decretó el establecimiento de una Dirección Agraria, que debería servir a manera de promoción y procuración de tierras y justicia para la clase rural.

A tal respecto, el presidente tenía la idea de conducir el problema agrario —que con la falta de empleos rurales, originada por la guerra





General Bernardo Reyes

civil, empezaba a adquirir interés y a producir preocupación— con mucha cautela, tratando de impedir, en primer lugar, los actos de violencia; y, en segundo, el desenvolvimiento de lo que el propio Madero llamaba el “amorfo socialismo agrario”. De esta suerte, en seguida de fundada, la dirección Agraria ordenó la organización de oficinas de deslindes de los estados de Guerrero, Michoacán, San Luis Potosí y el territorio de Baja California. Después, el gobierno nacional decretó el fraccionamiento de 132 mil hectáreas en Chiapas, San Luis, Tabasco, Veracruz y Baja California.

No se halla, dentro de estas disposiciones agrarias, una política prometedora y menos una política encaminada a crear un nuevo orden rural. Tratábase de una acción oficial con las características de una justicia rural, inspirada y conducida por sistemas administrativos; aunque no por ello dejaba de estimar la condición económica y social de jornaleros, aparceros, peones y labriegos; condición que en la mayor parte del país estaba lejos de ser equitativa, y que si no había sido la causa principal de la Revolución, sí representaba uno de los muchos males producidos en la República bajo la tutela de un gobierno que haciendo omisión de los derechos humanos sólo concurría a la fundación del derecho de autoridad, que no siempre es el propio derecho constitucional.

Administrativamente, pues, el gobierno del presidente Madero advirtió que las autoridades locales estaban obligadas a alertar las demandas concernientes a terrenos ejidales, a tierras baldías u ociosas, a contratos de aparcería y enganches y, finalmente, a aquellos destinados específicamente al deslinde de predios, puesto que muy poco respeto se tenía a los viejos títulos ejidales.

Al efecto de este último propósito, el gobierno empezó por señalar qué era el fundo legal de los pueblos y determinó la manera de efectuar los repartimientos de tierra; porque si éstos no habían sido suspendidos durante el régimen porfirista, llevaban a cabo no con formalidades de ley, sino a capricho o interés de los gobernadores,

quienes de esta forma tenían siempre a la mano un instrumento para ganar la tranquilidad de algunos pueblos levantiscos. El ejidismo, pues, fue durante el régimen porfirista, no tanto una institución extinguida, cuanto un ejercicio fortuito, siempre más favorable a la autoridad que a la población rural.

Con el presidenciado de Madero, el problema agrario entraba a una nueva época, si no de ensueños ni atropellamientos, sí de consideración nacional y de preparación administrativa. Al efecto, el decreto presidencial del 24 de febrero (1912), ordenó que, además del deslinde de 10 millones de hectáreas —hecho que afectaba a los grandes terratenientes de México— se fijara como principio, la limitación de la propiedad rural a 200 hectáreas en terrenos de cultivo, y en 5 mil hectáreas, si las tierras eran destinadas al pastoreo.

Adelantábase igualmente tal decreto a la mera fórmula ejidal, en la cual, los ímpetus del progreso que dominaban sobre el ambiente creado por la Revolución no creía, por considerarla proveniente de tiempos atrasados. De aquí, que el decreto estableciera que a los individuos carentes de parcelas ejidales, se les proporcionaran tierras provenientes de grandes propietarios, y que a los labradores más pobres se les concedieran, en propiedad, “hasta 50 hectáreas”, siempre que admitiese la obligación de cultivar tales tierras durante cinco años consecutivos.

Estas tareas sociales del gobierno quedarían, sin embargo, sumergidas en el golfo de la intriga, la insidia y la conspiración. La Revolución no poseía los instrumentos suficientes en hombres y técnica, para desenvolver sus proyectos con la lucidez y prontitud con las que muy a menudo se manifiestan los problemas populares.

Para aquel mundo revuelto que presentaba el porfirismo en los primeros aspectos de su derrota, no era tan fácil levantar la estructura de una economía que, como la rural de México, correspondía a

una rutina secular, inexpresiva y quieta. Además, el propio pueblo rural mexicano, cuya condición de vida constituía la causa principal de la Revolución, no sabía, a pesar de su triunfo, qué hacer ni cómo hacer; y esto no únicamente por las proporciones que tomaban los negocios políticos y sociales, antes también debido a la dilatación práctica que poco a poco reaquiría, no tanto el porfirismo, cuanto la contrarrevolución.

De tal suerte, temerosos como estaban, después de asistir al fracaso de la aventura del general Reyes, quienes consideraban la necesidad de la restauración de un régimen centralista y autoritario, habían hallado un camino más amplio y efectivo para sus proyectos que las reuniones y programas secretos. Tal camino lo daban las publicaciones periódicas. Éstas, en efecto, no tanto para el disfrute de las libertades ofrecidas y cumplidas por el gobierno de la Revolución, sino con el fin de procurarse un mayor número de lectores y con lo mismo el acrecentamiento de sus ingresos, entregaron las páginas de sus periódicos a las noticias que, por ser escandalosas, atraían a tu público lector que se sentía ávido de la libre información a par de creer que la libertad de prensa consistía en la inserción de noticias de todos los géneros, sin respetar la vida privada de los hombres. Los periódicos, pues, gozaban de una situación de privilegio, que sin dar frutos humanos ni frutos oficiales, sólo era útil a la falsedad y la calumnia.

Tales sucesos, sin embargo, sólo correspondían al despertar de las pasiones y ambiciones producido por la Revolución, de manera que el propio Madero estaba inhibido de intervenir en aquel problema que desataba todos los lazos del orden y el sentido común. Lo único que pudo hacer, tratando de detener el azote de engaños y subversiones, fue ordenar la expulsión del país de los periodistas españoles, quienes abusando de los derechos nacionales osaban denigrar a la autoridad mexicana e incitaban al pueblo a la rebelión.

Detrás de los escarceos periodísticos y literarios en los cuales más que razones había una voluptuosidad de letras y frases, y explicables ambiciones económicas de los editores, también se movían propósitos contrarrevolucionarios. Ahora, ya no era la contrarrevolución zapatista ni la reyista: era la acaudillada por Pascual Orozco en el norte de México; y de la cual fue posible hablar como de un acontecimiento cercano e inevitable para el país, después de una carta epistolar, llena con resentimientos reservados y consejos inconducentes, escrita por Orozco y dirigida al presidente de la República.

En la realidad, tal carta no correspondía a una literatura política de la Revolución, sino que anunciaba los preparativos de Orozco para sublevarse; porque el caudillo norteño, encariñado con el mando, circundado por el espíritu ambicioso de sus días y de sus hombres, y entregado a los proyectos y maniobras que llevaba a cabo un grupo político que dirigía en Chihuahua el profesor Braulio Hernández, estaba en la creencia de que bien y fácilmente podía ascender a la Presidencia de la República si lograba la ayuda y voluntad de los jefes revolucionarios.

De esta suerte, bisoño como era en el arte de la política, Orozco se dejó envolver en una red de intrigas y apetitos, de manera que poco a poco permitió que se le diese el título de caudillo a la vez que reunía en sus manos toda la autoridad del estado de Chihuahua.

Sin más bandera que la de una proyectada subversión, Orozco era la segunda manifestación, después de Zapata, que se presentaba al país de lo que era uno de los móviles principales de la Revolución: la transformación de la vida rural mexicana en la cual se incluía, como hecho principal, la exigencia de la clase del campo a ser parte en los negocios políticos, administrativos, económicos y constitucionales de la República.

Esto, que no se declaraba públicamente, pero que era característica del destino rural, hacía ininteligible la Revolución; ininteligible

para los propios revolucionarios y con mayor razón para los contrarrevolucionarios. Así, exigiendo para sí mismo la autoridad suprema de Chihuahua, Orozco era detestable; también incomprensible, puesto que desechaba todas las proposiciones de entendimiento pacífico del ministro de Gobernación Abraham González.

Tal género de desavenencias a cuyo interior no era posible llegar durante las horas siguientes al triunfo revolucionario, no sólo surgían en Morelos y Chihuahua, como queda dicho, sino también en Veracruz y Sinaloa. En aquel estado no faltaron las excitaciones para que el pueblo tomara las armas en “defensa de los derechos contraídos por la Revolución”. En Sinaloa, ocurrieron aparatosos actos sediciosos, ya por causa del gobernador José Rentería, ya por apetitos del jefe revolucionario Juan Banderas.

A ese sentir y exigencia de los capitanes de la guerra, no escaparon los hermanos Francisco y Emilio Vázquez Gómez, quienes ya sin poder detener a sus partidarios que se creían defraudados por Madero, permitieron que Benjamín Argumedo organizara una expedición armada, que en nombre de los propios Vázquez Gómez atacó audazmente la plaza de Ciudad Lerdo (12 de febrero de 1912), aunque sin resultado favorable, pues la gente de Argumedo se retiró derrotada, en desorden y con fuertes pérdidas.

Los hermanos Vázquez Gómez, desde ese momento, habían optado por acudir a la violencia, considerando que tenían las aptitudes necesarias y consideradas para acaudillar una nueva guerra civil.

Al efecto, los Vázquez Gómez no sólo excitaron los ánimos de jefes veteranos del maderismo como Marcelo Caraveo, Emilio Campa, José Inés Salazar y Benjamín Argumedo, sino que el propio Emilio Vázquez se dirigió a Madero, pidiéndole, en nombre de los “verdaderos revolucionarios” y de un Plan llamado de Tacubaya, la renuncia a la presidencia.

México, pues, estaba sufriendo con tales acontecimientos, los infortunios con que el alma de la subversión daña a las naciones.

El general Pascual Orozco, aunque correspondiente a la gente del común, poseía signos muy particulares de su individualidad, en la que notoriamente sobresalían los arrestos personales.

Por interno, Orozco podía ser clasificado como individuo que, no obstante la honestidad y ánimo de su vida, estaba excluido, hasta los días del régimen porfirista, de la vida práctica de iniciativa y provecho que, principalmente en los centros mineros del norte de México, sólo pertenecía a los empresarios y aventureros extranjeros. De aquí los celos y resentimientos en las acciones de Orozco. De aquí, igualmente, sus vaivenes personales y con los mismos, sus inconsistencias política, administrativa y guerrera.

Exento, pues, de las cualidades formativas del hombre de partido y originario como era de la clase rural, Pascual Orozco no comprendía ni le era dable comprender, la disciplina y orden partidista que Madero pretendía dar a los revolucionarios; disciplina y orden que la gente de la Revolución consideraba como el abandono de las preocupaciones revolucionarias; y como a esos designios de Madero se unían el carácter particular del presidente, quien hacía a un lado las leyes de la amistad, para de esa manera juzgar las cualidades de sus compañeros y partidarios, fácilmente se comprenderá cómo el presidente, en un país no habituado a los deberes y reglas de partido, pronto acrecentó el número de sus enemistades.

Fuera de eso, que tanto contribuyó a los preparativos sediciosos de Orozco, había que agregar la inclinación al halago anidada dentro del tipo insosegado, veleidoso y lleno con ensueños de grandeza y aplauso que era el propio Orozco.

Así, éste cayó sin mucha demora y sin necesidad de excesivos requerimientos, en brazos de los adversarios del maderismo. Orozco, de esta manera, pronto se vio rodeado no sólo de sus antiguos compañeros de guerrilla, sino también de la gente rica de Chihuahua



# EN CHIHUAHUA



Pax  
—¿Cual?  
—¡Orozo!

que, ya directamente, ya indirectamente, debía su fortuna al régimen porfirista.

Sin secretos, ni titubeos, pues, Orozco, luciendo, como consecuencia de sus acciones de jefe revolucionario armado, el grado de general, empezó a prepararse para la guerra.

Causas fundamentales para tales preparativos, que desde las primeras semanas de 1912 alarmaron al país y dañaron el crédito político de la Revolución, no existían en los conceptos orozquistas, puesto que los partidarios de Orozco señalaban como causa primera de su rebelión, la “mala administración del señor Madero”, y como segunda la ausencia de una “efectiva libertad política y electoral”, acusaciones que no podían apoyar con motivos y razones eficaces.

Esto no obstante, desoyendo los consejos de los líderes maderistas, el general Orozco, reunido (6 de marzo de 1912) con sus tenientes y amigos en la finca El Vergel (Chihuahua) aceptó acaudillar la rebelión con la categoría de generalísimo en jefe del Ejército revolucionario, y en seguida mandó que sus huestes, que sumaban 5 mil hombres montados y pertrechados, avanzaran hacia el sur de la Ciudad de Chihuahua, mientras que él, Orozco, establecía su cuartel general en Jiménez.

No ignoró el gobierno los preparativos de Orozco, y como preliminar defensivo, el presidente se dirigió al Congreso pidiéndole aprobara un decreto suspendiendo las garantías en la República. Después, por los conductos diplomáticos trató de que el gobierno de Estados Unidos prohibiera la exportación de armas y municiones a los rebeldes. En seguida, dirigió (5 de marzo) un manifiesto a la nación, advirtiendo y condenando los perjuicios que iba a sufrir la patria mexicana como consecuencia de la “ligereza”, política de Pascual Orozco y de los jefes revolucionarios que le apoyaban y a quienes el vulgo llamaba *Colorados*.

Mas el problema del presidente Madero, no era tanto de palabras, cuanto de Ejército; porque disminuido el número de soldados

federales debido a la deserción de las clases; minorado el poder moral de los viejos generales y facultativos militares nacidos bajo el régimen de don Porfirio; destroncada la fuerza armada de la Federación tanto por la primera guerra civil, como por las necesidades de atajar los avances y movimientos de las guerrillas zapatistas en varios estados de la República, y escaso el armamento de que se disponía en tales días, todo, todo eso, daba lugar a la creencia de que el general Orozco podía convertirse en una seria amenaza para el gobierno de Madero.

Esas faltas, sin embargo, fueron cubiertas bien pronto con el espíritu de empresa del presidente. Era necesario improvisar soldados y corporaciones, tomando como base las del casi extinguido Ejército Federal y aprovechando aquellos oficiales y generales quienes, en la consideración de la nueva, época democrática— y constitucional, no se debían a los gustos, caprichos u órdenes del general Díaz, sino a las obligaciones que el militar contrae con la patria y las instituciones constitucionales.

Gracias a las disposiciones de Madero, a la primera noticia del alzamiento de Orozco, y sin mermar las fuerzas que operaban en Morelos, Puebla y Guerrero, el gobierno movilizó (6 de marzo) una columna de 4 mil hombres a las órdenes del general José González Salas, hacia el norte de México.

Mientras esto sucedía, los orozquistas con mucha decisión y prontitud se situaron a 120 kilómetros al norte de Torreón, destruyendo todas las comunicaciones que pudieran ser útiles a las fuerzas del gobierno, en tanto que por otra parte, mandaban reclutar gente en Coahuila y Durango, con lo cual para el 20 de marzo, Orozco firmó una ampulosa proclama asegurando ser comandante en jefe de seis columnas que se disponían a avanzar hacia Torreón y cuyos soldados sumaban poco más de 15 mil hombres.

González Salas, conducido más por su espíritu de responsabilidad, que por sus conocimientos en el arte de la guerra, sin enterarse

de las condiciones en que se hallaban las fuerzas oroquistas, con señalada precipitación se estableció a 90 kilómetros al norte de Torreón y se dispuso a cruzar con sus tropas, en su mayoría de bisoños, las abrasadoras llanuras del Bolsón de Mapimí.

Ningunas medidas de previsión dictó González Salas; y subestimando la capacidad guerrera de Orozco ordenó muchas imprudentes, que desde el primer momento fueron dañadas por la actividad de las guerrillas oroquistas. Además, la falta de agua y el exceso de impedimenta produjeron fatiga y desconcierto en las filas del Ejército gobiernista.

Aunque sin dotes para un alto mando, el general Orozco espiaba los movimientos de González Salas, dispuesto a dar batalla en un terreno propio a la victoria de su gente. Trataba Orozco también de aprovechar todo el ingenio que se despierta dentro del soldado improvisado a la hora de la acción; y así dejó que González Salas avanzara a las llanuras de Rellano, en donde mientras que por los flancos aparecía la caballería de los *Colorados*, por el frente, Orozco despachaba una locomotora *loca* cargada con dinamita, que al chocar con los convoyes de los federales produjo el comienzo de un desastre militar (24 de marzo) para el gobierno; desastre que aparentemente daba un triunfo formal a Orozco, y ante el cual, el general González Salas no halló otro remedio que el de suicidarse.

Las pérdidas del gobierno en hombres y pertrechos fueron tan grandes, que por de pronto, el gobierno pareció desarmado; ahora que tanta seguridad en el país y en sí mismo poseía Madero, que sin pérdida de tiempo ordenó la organización de una segunda columna, en esta vez, apoyada por las fuerzas irregulares de los viejos maderistas y los cuerpos auxiliares que el gobierno mandó organizar en el norte de la República.

Mayores eran ahora los arrestos de Orozco. Alentaba también a éste la facilidad con la que había obtenido, burlando la vigilancia del gobierno norteamericano, un cargamento de armas y municiones

procedente de Estados Unidos, así como el estímulo que a la rebelión daban los hermanos Vázquez Gómez, quienes disminuyendo sus ambiciones e inclinaciones políticas, hicieron pública renuncia de una jefatura revolucionaria que según ellos les correspondía, para de esa manera reconocer la autoridad del general Orozco a quien facultaron para expedir decretos, contratar empréstitos, nombrar gobernadores y hacer convenios con otros grupos de sublevados, pero especialmente con los zapatistas.

Orozco, quien no necesitaba autorización alguna de los Vázquez Gómez, ya había comenzado a poner en práctica su jerarquía guerrera y política. Al efecto, tenía decretado el fusilamiento del presidente Madero, la incautación de bienes de los maderistas o de los simpatizadores del maderismo, la ocupación de fondos del Banco Nacional, la organización de cuerpos voluntarios, la exclusión de la vida política de México de quienes hubiesen servido en altos empleos al gobierno del general Díaz y la obligación de todos los particulares a contribuir con fondos, para el sostenimiento del gobierno presidido por el propio Orozco. Por último, el general Orozco reconocía a Emilio Vázquez como presidente constitucional de México a partir del día en que triunfara la “Revolución Libertadora”.

No menor era la actividad del gobierno resuelto a sofocar la rebelión con el uso de toda su fuerza; y para esto, Madero no sólo esperaba organizar un nuevo Ejército con las fuerzas irregulares, sino que con señalado interés —e inducido a ello por su ministro Manuel Calero—, empezó a halagar a los generales y oficiales del Ejército Federal, de manera que en el informe al Congreso (1 de abril), el presidente aparentemente se ponía en manos de los antiguos soldados que habían servido al porfirismo, tratando de evitar que éstos recelasen del proyecto oficial, conforme al cual serían organizados batallones y regimientos de voluntarios, en los que se podrían dar de alta, ora los revolucionarios veteranos, ora los civiles interesados en la seguridad y paz del país.

Esto último, aparte de ser una medida de orden, constituyó, a su solo anuncio un acontecimiento de mucha significación; porque sería el embrión de un Ejército revolucionario. Sería asimismo, aunque sin la propiedad debida, el principio de la Gran Revolución; porque esa disposición del maderismo que se marchitaba, no por escasez de savia, sino debido a la ausencia de verdaderos caudillos de la guerra y del Estado, iba a convertirse en gobierno, puesto que de los nacientes cuerpos llamados, ora *rurales*, ora *auxiliares*, saldrían hombres de muchas elevadas estaturas.

Al unísono de tal suceso, aparecería otro fenómeno que en el discurso de pocos meses constituiría el instrumento para conducir al país a una segunda y cruenta guerra civil. Tal sería el de una unidad de armas y mando dada fortuitamente a los antiguos jefes del Ejército Federal. En efecto, después de los halagos y promesas a los soldados que habían servido a Díaz, un general de formación y tradición porfirista, iba a convertirse en el caudillo de las fuerzas enviadas a combatir a los contrarrevolucionarios acaudillados por Pascual Orozco.

La derrota del general Salas en el estado de Chihuahua había sido un fuerte impacto al cuerpo de la Revolución, sentido principalmente por el presidente Madero; pero como todavía estaba muy fresca la hazaña de 1910, el gobierno pronto se repuso del golpe, gracias también a que la opinión de los revolucionarios le fue favorable en todos los órdenes. Así, los veteranos y los nuevos maderistas acudieron presurosos al servicio del propio gobierno; ahora que, como no era posible improvisar soldados, Madero ordenó, como se ha dicho, la organización de una nueva columna Federal; y no sin consultas y consideraciones de Estado, hechas en el seno del gabinete presidencial, resolvió dar el mando de las operaciones militares al general Victoriano Huerta.

Éste, como consecuencia de su dudoso comportamiento en la campaña contra el zapatismo —comportamiento que Madero había

censurado públicamente—, había pedido su separación del Ejército; mas vuelto a su conveniencia personal y aprovechándose de las necesidades del gobierno, en ocasión a la revuelta de Orozco, solicitó y obtuvo su reingreso al servicio de las armas, aceptándolo el presidente como prueba de la confianza que tenía no tanto a Huerta, cuanto al Ejército, con lo cual calmaba los apetitos del gremio castrense, mientras organizaba a los soldados de la Revolución.

Huerta, individuo de conocimientos facultativos, poseía un notorio y bien hecho trato militar. A lo uno y a lo otro, unía su audacia inescrupulosa y su deseo ardiente de conseguir poder y fama. El general Díaz, quien poseía un catálogo preciso sobre los hombres y funcionarios públicos, pero principalmente de los generales, había tenido siempre de imaginaria al general Huerta, por lo cual, dentro de éste bullía la idea de vengarse de su condición de postergado; ahora que tal estado de ánimo, lo llevaba con cierto aire de resignación.

Además, en torno del general Huerta existían muchas rivalidades y temores. Los compañeros de armas sabían de cierto, cuáles eran sus ambiciones y preocupaciones. Esto no obstante, le reconocían como el jefe militar de más aptitudes en el ramo; pues a su carácter emprendedor asociaba un despejado talento, así como la teoría y práctica de las artes militares. La hoja de servicios de Huerta, si no anotaba victorias en los campos de batalla, sí le señalaba como instructor competente, como soldado de disciplinas y como jefe de imaginación, iniciativa y osadía.

Nombrado, pues, jefe de la División del Norte y recibidas las órdenes y recursos para salir a combatir a las huestes de Orozco, Huerta mandó la organización de dos brigadas. Una, a las órdenes del general Fernando Trucy Aubert y la segunda bajo la jefatura del general Antonio Rábago.

En seguida, para iniciar las operaciones militares, Huerta estableció (16 de abril de 1912) su cuartel general en Torreón; y como advirtió cuán mermadas estaban las clases dentro del Ejército,



pues se calculaba que los soldados desertores ascendían ya a 6 mil, con mucho imperio dispuso que se hiciera leva en Zacatecas, Durango y Guanajuato; y esto, a pesar de que estaba prohibido tal procedimiento.

Pero así como tenía prisa para llenar los huecos en sus filas, en cambio procedió cautelosamente en sus planes militares. Poseía noticias de que Orozco estaba bien atrincherado, poniendo el desierto entre sus fuerzas y las del gobierno. Asimismo, estaba informado de que la moral de la gente de Orozco era de alta calidad; pero que los *Colorados* estaban mal pertrechados, carecían de haberes y no poseían reservas, de manera que Orozco, no podría contar con fuerzas de refresco en caso de apuro.

Para poner a prueba a sus hombres y verificar la consistencia del orozquismo, Huerta adelantó dos columnas expedicionarias. Una, hacia Cuatro Ciénegas; otra con rumbo a Tlahualilo. Ambas llegaron a su punto de destino, después de combatir y derrotar a los rebeldes, con lo cual el comandante de la División del Norte, no sólo advirtió el débil y poco material bélico de Orozco, sino también la desorganización en las filas de éste.

A pesar de que conoció la superioridad de sus fuerzas y de sus almas, el general Huerta fue cauteloso. No temía, pero le preocupaba el desierto que se dilata poco más al norte de Torreón. No olvidaba la lección trágica dada por la aventura del general González Salas. Recordó —y así lo escribió— los males que produjo al gobierno porfirista, desde el punto de vista militar, el apresuramiento en los movimientos de tropa, por una parte; la demora en los suministros del centro, por otra parte. Prefirió, pues, prepararse debidamente. No puso atención a las críticas, en ocasiones llevadas en términos calumniosos, que hizo la prensa de oposición a Madero y al Ejército. Él, Huerta, estaba en lo suyo. La idea de triunfo no se apartó de él un solo momento. Así, por lo menos, lo comunicó a sus familiares.

Preparado con los hombres, armas y municiones que el presidente no titubeó en poner a sus órdenes; teniendo a la mano todos los suministros pedidos a la Secretarías de Guerra y Marina, el general Huerta, después de poner en marcha a lo más escogido de sus fuerzas y de halagar a la joven oficialidad del Colegio Militar que se incorporó a la División del Norte, ordenó el avance de una columna hacia Conejos; y la columna, con muchas precauciones, marchó a lo largo de la vía férrea del Central.

Dos mil orozquistas, bien atrincherados y seguros de que los soldados gobiernistas no vencerían el desierto, esperaban en el punto dicho. El general Orozco movilizó (8 de mayo) su cuartel general a Escalón; pero sin firmeza en sus determinaciones, puesto que cambió, dos y más veces sus planes.

En efecto, mandó retroceder a sus hombres a Rellano. Pocos días después, los regresó a las posiciones de Conejos.

Al avanzar hacia el norte, los soldados del gobierno fueron hostilizados por las guerrillas de Orozco, que incitaban a las fuerzas Federales a la persecución; mas Huerta se desentendió de los propósitos del enemigo y ordenó que el avance continuara; y el 12 de mayo (1912) ocurrió el primer encuentro frontal con los orozquistas, en Conejos.

La acción se desarrolló con rapidez. La resistencia de la gente de Orozco no tuvo importancia. Los rebeldes retrocedieron y Huerta proclamó una victoria que no estaba medida con la realidad. El poeta que cantó la marcha y combate de Huerta, dio al acontecimiento los caracteres de una gloria militar.

Pero si el triunfo fue intrascendente en el terreno de las armas, en cambio sí lo fue en lo que respecta a la victoria sobre el desierto.

Vencido éste, Huerta pudo movilizar fácilmente su impedimenta, precedido por la artillería con los facultativos del arma, que tenían renombre en la República. Junto con la artillería iban los oficiales del estado mayor que trataban de dar lustre a los egresados del Colegio Militar.

Siguieron a la artillería, los cuerpos auxiliares adiestrados con señalada prontitud y eficacia. Huerta, en este renglón, se significó por la oportunidad de sus órdenes, así como por su incansable actividad. La División del Norte estaba compuesta por 5 mil hombres debidamente armados y pertrechados, y en aptitud de marchar hacia las abrasadas tierras al norte de Torreón.

Orozco, días antes del encuentro de Conejos hizo público el número de sus soldados, que ascendía a 13 mil, la mayoría montados, aunque pobremente armados. Estas fuerzas, las situó el jefe rebelde a lo largo de la vía férrea, a manera de poderlas movilizar hacia cualquier punto amenazando por el Ejército Federal; ahora que por los tantos titubeos que acompañaron a su mando, Orozco no hizo acudir a su gente en auxilios de Conejos.

La derrota sufrida en este lugar, obligó a Orozco para determinar un segundo plan defensivo, y con buen tino eligió las llanuras protegidas por grandes lomeríos, para presentar batalla. En su opinión, Huerta no se atrevería a atacarlo, puesto que era temerario dejar a las espaldas de los gobiernistas un suelo inhóspito, falta de alimentos, abrigo y agua.

Ignoraba Orozco el carácter taimado a par de audaz del general Huerta. Éste, por su parte, sabía que Orozco no sería capaz de resistir el aparato militar de los soldados del gobierno, y con mucha decisión ordenó el avance de Rábago y Trucy Aubert sobre Rellano.

Los orozquistas ocupaban las alturas cuando los soldados de Huerta se presentaron a la vista. Era la mañana del 22 de mayo. Huerta, por su parte, advirtió la presencia del enemigo en ventajosas alturas, protegiendo la vía férrea. Además, posesionado de la estación del ferrocarril y con su principal apoyo, en el grueso de sus fuerzas acampadas en el arroyo y rancho El Sauz.

Orozco, en sus dispositivos de defensa, olvidó el valor de la artillería de Huerta, de manera que dejó una parte de su fuerza expuesta a la metralla de las bocas de fuego de los atacantes. Así, Huerta

tuvo la oportunidad de fijar sus baterías y cañonear, sin peligro alguno, las posiciones de Orozco; pero especialmente a la columna central que aguardaba órdenes en El Sauz.

Mientras que la artillería Federal hacía blancos en las líneas orozquistas, el jefe de los rebeldes, creyendo en la acción audaz de la guerra, mandó una columna con 1,500 caballos, con el propósito de flanquear a la columna de Huerta. Éste, a su vez, sin temor a los jinetes del enemigo, y observados los efectos de sus cañones en las filas contrarias, ordenó un avance general.

Tan espectacular fue el movimiento de Huerta, que el general Orozco aturdido y temeroso retrocedió. No hubo necesidad de una batalla formal. La decisión de Huerta se alzó sobre el valimiento de las balas. El poeta, por este suceso, ensalzó desmesuradamente al jefe de la División del Norte, atribuyéndole capacidad napoleónica. No era así, ni en la menor proporción, la calidad militar de Huerta. Había en éste, eso sí, eficacia en el mando y atrevimiento en sus resoluciones; pero nada más que eso. De ser un gran soldado, persigue a los orozquistas que se retiraron en desorden y allí mismo termina aquella insidiosa e injustificada rebelión. Y no fue así.

Al efecto, y mientras que el general Rábago pretendía iniciar la persecución, Huerta mandó que sus fuerzas permanecieran en Rellano, preparándose para llevar a sus soldados hasta la parte final de la zona desértica, a pesar de que ésta estaba vencida. Pequeño error de cálculo que frustraría más adelante su empresa, por lo cual, en vez de exponerse a la aventura, optó por seguir el camino de la cautela; y esto a pesar de las órdenes del presidente, que a través de la Secretaría de Guerra urgía a Huerta para que terminara la campaña.

Un mes dejó transcurrir Huerta antes de emprender nuevos avances. Con ello, Orozco pudo rehacer sus cuadros de combate; lograr una nueva y fuerte introducción de armas a suelo nacional y construir atrincheramientos en Bachimba. De esta suerte, a mediados de junio (1912), Orozco fue capaz de reunir por segunda

vez 13 mil hombres, tendiendo una línea de fuego de poco más de 4 kilómetros.

Huerta, entre tanto, aparte de recibir refuerzos, supo que el oroquismo estaba amenazado en el oriente y poniente de Chihuahua, puesto que fuerzas irregulares maderistas avanzaban desde Sonora y Coahuila, de manera que para los últimos días de junio Orozco tenía tres frentes. El principal, sin embargo, era el de Huerta, quien el 1 de julio, y después de una tediosa espera, durante la cual perdió gente a consecuencia de las altas temperaturas del desierto, a la falta de alimentación completa y a las enfermedades que empezaban a minar su tropa, ordenó que se procediera al avance sobre los atrincheramientos oroquistas en Bachimba.

Aquí, la acción principal (3 de julio), se desarrolló después de muchos preliminares de guerra. Al efecto, la caballería de Orozco atacó a derecha e izquierda; y si no hizo daños de consideración, sí detuvo el avance central de Huerta; aunque al fin, en medio de una y 20 escaramuzas, puso en movimiento tres columnas a la mañana del 3 de julio, y sin grandes esfuerzos desalojó a los oroquistas de sus atrincheramientos, y advirtiendo que el enemigo retrocedía en desorden, mandó al general Rábago que lo persiguiera.

En esta ocasión, Huerta puso en acción 1,500 hombres de caballería, que había organizado cuidadosamente, advirtiendo la importancia de esta arma en las guerras del desierto.

La rebelión oroquista pudo darse por terminada. Orozco y sus lugartenientes huyeron hacia el norte; la Ciudad de Chihuahua fue evacuada y ocupada por las fuerzas de Huerta; la plaza de Ciudad Juárez se rindió. El gobierno de Madero consolidó su posición política.

En su retirada al norte, Orozco quemó puentes y estaciones; destruyó líneas telegráficas y telefónicas; impuso préstamos a los particulares y entró a saco las oficinas públicas. Después, intentó invadir el estado de Sonora, pero le salieron al paso las fuerzas auxiliares.

Éstas, no sólo detuvieron los ímpetus finales de Orozco, sino que también se presentaron como una amenaza al futuro del Ejército Federal; y así lo advirtió el general Huerta, quien después de querer castigar en la persona del jefe guerrero Francisco Villa el valor de los auxiliares, desdeñó la colaboración de los antiguos maderistas, desconoció a las autoridades civiles en Chihuahua y mandó el establecimiento de prefecturas militares.

Tanta fue la autoridad que Huerta pretendió para sí mismo, que el presidente de la República, sin circunloquio alguno, le quitó el mando de la División del Norte, marcó un alto a los ímpetus de los jóvenes militares de la columna de Huerta, restableció el gobierno civil en Chihuahua, dictó disposiciones llevadas al fin de crear un ambiente de paz, ofreció la amnistía a los restos de los sublevados, fijó las normas constitucionales para las comarcas que estuvieron sometidas a los caprichos y fuerza del orozquismo e hizo regresar a Chihuahua, con su categoría de gobernador constitucional a Abraham González.

#### LA DEMOCRACIA ACTIVA

A las numerosas idealizaciones de la democracia, que surgieron al triunfo del maderismo, seguirían, como consecuencia de las sediciones contrarrevolucionarias, las realidades democráticas. El país, notoriamente, deseaba no sólo una "democracia popular", sino también una democracia práctica. En el ánimo de la gente estaba el deseo de probar que el pueblo de México se hallaba apto para ejercer sus derechos políticos y civiles; mas para esto se exigía que las empresas del gobierno fuesen de tanta calidad y probación que se destacasen por sí solas sobre las del régimen porfirista.

El vulgo, en apoyo de estas exigencias no consideraba los males que había acarreado la guerra, ni los trastornos ocasionados por la discontinuidad de la vida administrativa, ni las fuerzas que sigilosa-

mente se oponían al desenvolvimiento de la Revolución. Para los ensueños de los hombres del 1910, todas las empresas eran fáciles y factibles, de manera que no había motivo por el cual no se hicieran sentir, en la cortedad de seis meses, los beneficios de un gobierno democrático como el de Madero.

Madero creía, al igual del vulgo, en la necesidad de una democracia práctica; y al caso, y como medida primera, el gobierno procedió a dictar las órdenes conducentes a fin de estabilizar, en primer término, la hacienda pública.

Esta, se hallaba quebrantada y débil como resultado directo de la guerra civil; y tal, sin necesidad de culpar a la guerra, puesto que la causa y sus consecuencias estaban a la vista del mundo y el gobierno no tenía por qué hacer ocultaciones; pero tampoco ilusiones.

En el último presupuesto del régimen porfirista, esto es, el correspondiente al año fiscal 1911-1912, figuró como cifra de ingresos la de 100'793,000 pesos, y la de 100'306,267 pesos como cantidad destinada a los egresos; pero sin incluir en esta última suma los gastos correspondientes a las operaciones militares en el norte de la República; gastos que en el primer trimestre de 1911 estaban representados por erogaciones de 9.5 millones de pesos. Tampoco se consideraban en el presupuesto los pagos correspondientes a las obras para el abastecimiento de aguas potables a la Ciudad de México, los hechos en la construcción de un Palacio Legislativo y de un teatro nacional, ni las destinadas al mejoramiento y construcción de planteles escolares. No se incluía asimismo, en tal presupuesto, el pago de la deuda pública, cuyo monto no estaba especificado en los informes de la tesorería de la nación.

Al iniciar su presidenciado, Madero aumentó los gastos nacionales a 105 millones de pesos; y aunque esta suma estaba nivelada a los ingresos, el hecho era sólo aparente; pues de los egresos se destinaban 25 millones de pesos para el pago de la deuda pública, 21 a los estipendios del Ejército y 16 a la aplicación de obras públicas.



No se incluían en tales egresos, las partidas concernientes a los pagos por los empréstitos adicionales ni las subvenciones a los ferrocarriles; tampoco los requerimientos para la continuación de obras importantes iniciadas por el régimen porfirista, como las portuarias de Salina Cruz y Frontera; las de construcción del Palacio Legislativo; las de canalización en Tamiahua y las destinadas a la adquisición de los Ferrocarriles Nacionales.

Durante el gobierno interino de De la Barra, quedó concertado un empréstito de 10 millones de dólares con la casa Speyer Company, de Nueva York, que debería ser pagado en semestres; y un segundo empréstito a corto plazo, destinado a gastos de pacificación, compra de armamentos y pertrechos de guerra y a fortalecer la moneda nacional fue hecho con la propia casa en mayo de 1912, al mismo tiempo que se autorizaba a la Comisión de Cambios para expedir certificados de pesos oro y pesos plata, que tendrían la garantía metálica del Banco Nacional, a fin de que tales certificados fuesen colocados entre particulares. Sin embargo, mostrándose el público reservado para adquirir tales certificados, éstos fueron absorbidos por los bancos, de manera que en lugar de mejorar la situación, la operación con las instituciones de crédito redujo la reserva para sostener las operaciones de cambio.

De la reserva monetaria hecha por el secretario de Hacienda, José Yves Limantour, quedaban en septiembre (1912) 44 millones de pesos, de los 60 que en total constituían dicha reserva. La merma era consecuencia de los gastos de pacificación autorizados por el Congreso de la Unión, así como a la continuación de las obras dejadas inconclusas por el régimen porfirista.

El manejo, pues, de la hacienda pública, puesto a la vista del país se efectuaba sin mancha ni tacha y sin disfraz alguno; ahora que como en el procedimiento seguido por el régimen porfirista por lo que respecta a las cuentas fiscales, no se incluían en los presupuestos los gastos concernientes a la deuda nacional y a las subvencio-

nes y deficientes en las vías férreas, el hecho de que Madero hiciera figurar tales partidas, daba la idea de que el gobierno de la nación despilfarraba o malversaba los fondos públicos.

Por otra parte, como al éxodo de capitales porfiristas y extranjeros iniciado con el comienzo de la guerra civil, se unía el descenso en los ingresos aduanales, la merma se atribuía a la administración del maderismo y a la falta de garantías en el país. Las importaciones, por otro lado, acusaban un descenso, en 1912, a 182 millones de pesos; y el acontecimiento, así como señalaba una merma anual en las percepciones de la hacienda pública, indicaba una disminución en el poder adquisitivo de los mexicanos. La pobreza de compra advertía —y esto era objeto de las censuras de la prensa periódica opositora— decaimiento en la economía nacional, puesto que el comercio en la República dependía, en un 80 por ciento, de la manufactura extranjera. Poco se aliviaba, en efecto, el país con el aumento (en el erario fiscal 1911-1912) a 297 millones de pesos en sus exportaciones, máxime que estas ventas al exterior eran de metales preciosos.

A este acrecentamiento en las exportaciones y merma en las importaciones llamábasele “crisis fiscal”, porque no estando gravadas las exportaciones, la disminución de los derechos de importación significaba una condición azarosa para la Tesorería de la Federación.

Esto no obstante, el gobierno en alas de la vocación creadora, y como una prueba de que la democracia era un acontecimiento práctico y no una ilusión política, proyectaba concluir las obras de los ferrocarriles de México a Zihuatanejo, de Álamos a Guadalajara, de Chihuahua a Topolobampo, de Santa Lucrecia a Campeche, de Tlaxiaco a Huajuapán. Asimismo, había aumentado los hilos telegráficos en 2,117 kilómetros, favoreciendo la comunicación entre las poblaciones rurales e inaugurando las transmisiones radiotelegráficas con las embarcaciones en el mar. Los proyectos oficiales, en lo que respecta a obras portuarias en los dos litorales mexicanos, ad-

vertían una inversión de 12 millones de pesos para los años de 1912 y 1913. Además, se proponía el gobierno subsidiar a las compañías navieras con el propósito de proteger y desarrollar la marina mercante.

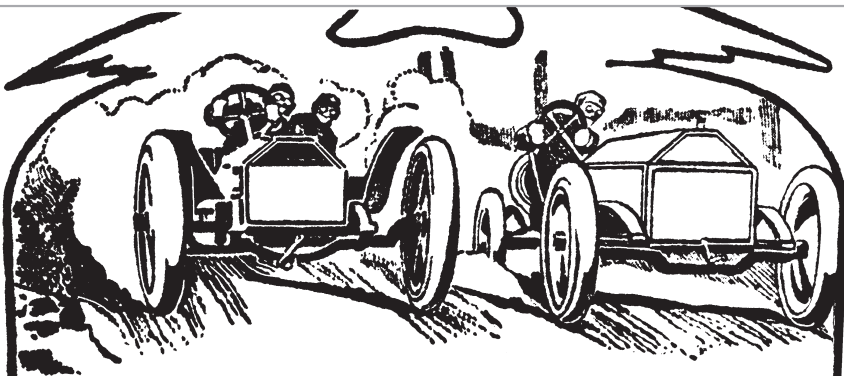
La minería, apenas vuelto el país a la paz, adquiría, un extraordinario desarrollo. Las viejas empresas extranjeras y 72 nacionales fundadas durante el primer semestre de 1912, aumentaron su producción de metales preciosos al través del 1912 en 7'800,000 pesos más que la del año de 1910, que fue considerado como el floreciente de tal industria.

En medio de los ensueños que siempre ha dado el subsuelo de los pueblos a los hombres de empresa, el país sonreía feliz con las noticias sobre los adelantos de la naciente industria del petróleo 1910 a 16 millones de barriles, en 1912.

Pero no era todo lo que satisfacía a la República. La satisfacción mayor la dio el gobierno de Madero al ordenar la inspección fiscal nacional en los campos de explotación de la Huasteca Petroleum Company y de El Águila, entre los cuales, los de Juan Casiano, Cerro Azul y Potrero del Llano, empezaban a asombrar al mundo por el caudal de su producción de aceite. Ahora, el gobierno se disponía a intervenir a fin de que el erario público gozara de los beneficios del aumento de la producción, que en esos días sólo favorecía a las empresas extranjeras.

Una tarea más dentro de la democracia activa que Madero dirigía estimulando las iniciativas de sus ministros y de la gente común, fue la concerniente a la fundación de la escuela llamada *rudimentaria*, puesto que trataba de llevar la enseñanza a las regiones más incultas y apartadas de la República, para transformar —se comunicaba oficialmente— la mentalidad del pueblo rural.

La idea de este tipo de plantel escolar era del ministro de Instrucción Pública, José María Pino Suárez, quien al dar a conocer su proyecto fue objeto de las censuras del bando opositor, que por



**LA MEJOR  
GASOLINA**

**NAFTOLINA**

**EN** EL AIRE,  
LA TIERRA,  
EL AGUA.

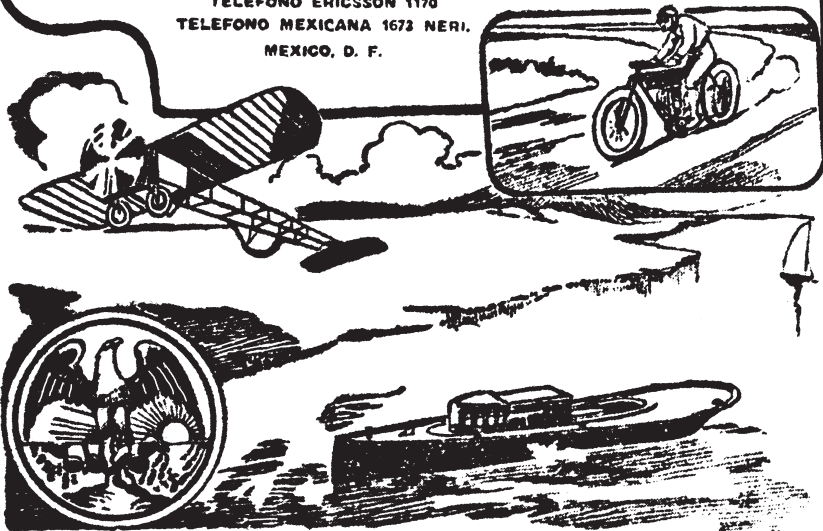
**SIEMPRE SUPREMA**  
UNA SOLA PRUEBA LE CONVENCERA.

**CIA. MEXICANA DE PETROLEO "EL AGUILA," S. A.**

AVENIDA JUAREZ. M.

APARTADO POSTAL 113. 815

TELEFONO ERICSSON 1170  
TELEFONO MEXICANA 1672 NERI.  
MEXICO, D. F.



La compañía de petróleo El Águila pretendió conquistar los mercados de toda América Latina

sistema combatía las preocupaciones y hechos prácticos del gobierno nacional.

Muy desentonada, violenta y criminal era tal oposición, movida por los diputados contrarrevolucionarios, quienes llevados por un espíritu antipatriótico y satánico, y pretendiendo causar destrozos en el alma maderista, dijeron, en la voz vibrante, pero falta de autoridad moral como la del licenciado José María Lozano, que deberían ser suprimidas las partidas destinadas al sostenimiento de la Universidad Nacional, porque ésta había sido fundada con el objeto único de “llenar un número del Centenario”.

Tanta era la violencia que movía al vocabulario político de esos días, que la libertad estaba ahogando las libertades públicas. Todo lo que hacía o pretendía hacer el gobierno, ya en el orden económico, ya en el renglón de la enseñanza, ya en las disposiciones y dictados de paz, era contrariado por los diputados opositores, quienes de esa manera alentaban tanto a la procacidad popular como a los restos del régimen porfirista, que sin saber con precisión qué es lo que querían, sólo deseaban el derrocamiento del presidente Madero.

De otro lado, también los hombres probos de la Revolución andaban desgarrados. Luis Cabrera pretendía un agrarismo político y una política violenta, de manera que sin causa de estadista, insinuaba la necesidad de un cambio total de las cosas, no obstante el sentido de paz que anhelaba la mayoría nacional.

Alfredo Robles Domínguez, quería una política sin caudillo, a pesar de que histórica y realmente se debía al caudillo el triunfo de la Revolución. Andrés Molina Enríquez, pedía como consecuencia de una teoría política muy particular, la exclusión de los criollos y el gobierno de los mestizos. Manuel Calero se inclinaba hacia la supuesta necesidad de una oligarquía mexicana, de manera que ésta sustituyera el aparato político y administrativo que dejara como herencia a la República el régimen porfirista. Alberto García Granados, Toribio Esquivel Obregón, Carlos Pereyra, Aquiles Elorduy, Eduardo Tama-

riz y otros individuos de la política dorada, reunidos en una Liga de Defensa, en medio de muchos eufemismos, parecían decir que no existían en el país orden ni garantías.

El clero, por otra parte, no ocultaba su propósito de tomar posiciones dentro de la política nacional; aunque esto sin incitar a la violencia y con señalado respeto hacia la personalidad y categoría del presidente, mientras que desde Alta California, Ricardo Flores Magón, ahora empleando como principio de la junta organizadora del Partido Liberal el lema de *Tierra y Libertad*, atacaba al gobierno de Madero y confirmaba tanto en hermosas como vehementes expresiones sus ideas anarquistas; y esto a pesar de que los ácratas franceses R. Friment y Jean Grave no creían en la sinceridad del adalid mexicano, a quien de otro lado defendía con calor y justicia en *Les Temps Nouveaux*, Pedro Kropotkin, el escritor del gran espíritu humano.

De esta manera no eran pocos los infortunios de los anarquistas de la junta del Partido Liberal; porque además de los sacrificios que hacían por su causa, Flores Magón, acusado de violaciones a la ley de neutralidad de Estados Unidos, fue aprehendido una vez más, y entregado a jueces norteamericanos que le sentenciaron, en California, a 23 meses de prisión.

Todo, pues, a excepción de la rectitud política de Madero, se presentaba incierto en la República hacia la mitad de 1912. En medio de tal incertidumbre, se perdía lo que el gobierno encaminaba hacia la efectividad de una democracia práctica. Influía asimismo al entorpecimiento de los planes oficiales, la rapidez con que ahora se desarrollaba la vida nacional; pues del abandono de los sistemas de rutina en los cuales había vivido la nación durante tres décadas a la entrada del camino de las actividades individuales y colectivas hubo tanta disparidad, que los mexicanos no sabían ya cómo juzgarse a sí mismos. En el alma de los individuos nacían y crecían todas las voluptuosidades de la ambición, mientras que en

el alma de la multitud popular se desarrollaban los más ardientes ímpetus de lucha.

No era el de 1912, el año de un nuevo México, pero sí de un renaciente espíritu mexicano que no estaba dispuesto a hacer altos en los umbrales del movimiento de las cosas. Ahora no sería posible detener aquel despertar, en el que cada quien creía encontrar el espejo de su personalidad y de su futuro, dentro de los sucesos cotidianos. Y esto todo significaba, más que las luchas por las tierras o por la mejoría de los filamentos sociales, el meollo de la Revolución; también el disfrute de una verdadera paz constitucional.



## La anticonstitución

LA XXVI LEGISLATURA

Aunque sin un partido político contrario, con la fuerza necesaria y considerada para disputarle el poder público y nacional que había ganado, primero por medio de las armas; después, como consecuencia de una de las más altas y voluntarias expresiones populares, el maderismo, al entrar el segundo semestre de 1912, estaba cierto de que la juventud porfirista, asociada a los viejos amigos del general Díaz, esperaba una oportunidad, una sola oportunidad, para intentar rescatar el gobierno de la República del que se creía heredero; porque, en la realidad, para llegado ese caso, la había querido preparar don Porfirio.

Esa juventud, no estaba —por lo menos en la apariencia— organizada ni poseía caudillos visibles. Esto no obstante, no engañaba a las autoridades de la República ni a sus apetitos vivía ajeno el presidente Madero; y si éste no hacía espiar todos los movimientos de tal gente, no por ello descuidaba la importancia de esa juventud que sin mucho recato hablaba mal del gobierno o se dedicaba a la conspiración.

Ahora bien: si Madero no se servía de la persecución o de la represalia, para tener a los jóvenes conspiradores o desafectos a raya, no era por debilidad ni por descuido, sino por considerar las inconveniencias de proceder a manera de que el país se sintiera bajo los efectos que siempre producen los estados de alarma. Además, el

presidente temía que cualquier acto persecutorio diese lugar a los abusos que generalmente comete la policía cuando los gobernantes quieren acudir o acuden al terrorismo de Estado.

Por otro lado, los rumores de que los viejos y jóvenes porfiristas o admiradores del gobierno de “mano dura” andaban en los primeros pasos a fin de preparar un golpe de Estado, no sólo eran del dominio oficial y popular, antes también de diplomáticos extranjeros que, como el embajador de Estados Unidos, se mostraban osados al hacer comentario y juicio sobre la situación política y militar del país.

Y tanta era la intrusión que los diplomáticos extranjeros acreditados ante el gobierno de México pretendían en los negocios mexicanos, que el embajador norteamericano Henry Lane Wilson, con audacia insólita y abusando de todos los derechos que las reglas diplomáticas conceden a los plenipotenciarios, pretendió que el ministro de Relaciones Exteriores, Pedro Lascuráin, quien sustituía a Manuel Calero nombrado embajador en Washington, le dijera si el gobierno de México estaba o no en condiciones de dominar la situación del país o de lo contrario admitiera que era incapaz de hacerlo.

A ese ambiente pesimista y contrario a los intereses, tranquilidad y estabilidad del gobierno y de la sociedad, contribuía, como ya se ha dicho, la pronta descomposición política observada en el seno del Congreso de la Unión; pues apenas instalada la XXVI Legislatura nacional y organizado que fue un agrupamiento parlamentario llamado Liberal Renovador, constituido por diputados maderistas, empezó, de un lado, la desorientación de los partidarios de Madero; de otro lado, la aglutinación de todos los descontentos capitaneados por el bando portirista quienes, si no se atrevían a tomar el nombre, de porfiristas, no por ello dejaban de poner como ejemplo las ventajas de una paz “acreditada y ennoblecida por don Porfirio Díaz”.



Las elecciones nacionales de diputados y senadores al Congreso de la Unión, se efectuaron pacifista y libremente el 30 de junio (1912). El suceso sería indeleble, no sólo porque el maderismo se presentaba unido a pesar de las disensiones internas provocadas por los Vázquez Gómez, sino debido al ejercicio público que realizó el pueblo de México mediante el sufragio universal. La prueba, si era la segunda después de la elección de Madero, tenía todos los visos de ser la definitiva. Después de tales comicios, ya nadie podría negar que los Ciudadanos mexicanos estaban aptos para hacer cumplir con la Democracia electoral.

No era todo lo que anunciaba la elección de junio. Anunciaba, asimismo, el surgimiento de una nueva pléyade política. Unos meses habían bastado, en efecto, para que en cada distrito electoral se presentaran los más numerosos a par de disímbolos candidatos. El país no estaba acostumbrado a ver tal espectáculo. Individuos que anteriormente ni siquiera tenían inclinaciones hacia los empleos administrativos del régimen porfirista, ahora eran candidatos a la Cámara de Diputados y al Senado. Hombres contrarios a Madero y al maderismo, de un momento a otro se convirtieron a la democracia. Y todos estos sujetos, correspondían a bandos organizados inesperada y súbitamente.

Fuera del maderismo no existía partido alguno. Los grupos electorales eran obra de las circunstancias, de las ambiciones y de las decisiones momentáneas. Así, porfiristas y católicos, revolucionarios y reaccionarios, se presentaban a los comicios haciendo omisión de sus ideologías. Los Ciudadanos iban a disputarse los sufragios y no las posiciones políticas o administrativas. La libertad llenaba todos los ámbitos. No existían prohibiciones ni limitaciones a los contendientes del civismo. La más sana e ingenua de las alegrías políticas y electorales animaba a la República. El lema de Madero: "Sufragio Efectivo, No Reelección", llegaba al más importante y práctico de sus capítulos.



Francisco I. Madero ejerce el sufragio, 1912

Madero, al igual de sus ministros y de los adalides de su partido, concurrían a aquella escena que parecía augurar venturosos días para México. La gente se aprestaba a depositar su voto en las urnas electorales, no a manera de escena novedosa, sino con la mente de la responsabilidad patriótica.

El acontecimiento tenía semejanza a una sinfonía política en la cual no podían darse notas discordantes. La voz de Benito Juárez; el pensamiento de Benito Juárez: "El respeto al derecho ajeno es la paz", era el santo y seña de esos días de entusiasmo electoral. Por fin, se decía, llegaba la hora en que el pueblo eligiera a los legisladores. Mayor bonanza humana y política no podía exigirse al país. El suceso, por otra parte, realzaba la figura y las ideas de Madero. La Revolución cumplía sus ofrecimientos, por lo cual, aun los candidatos más antagónicos a la Revolución no se atrevieron, durante la campaña electoral, a expresar sentimientos contrarios al maderismo, aunque en verdad fuesen antimaderistas. Teníase así todo aquello, como una glorificación de las libertades públicas; como una probación del engaño político dentro del cual había vivido la República durante los 30 años.

A la composición, pues, del Congreso de la Unión concurren todos los Ciudadanos, que, ya correspondientes al de estar cívico, ya miembros del partido derrotado, ya ajenos a todas las contiendas anteriores, ya ilusionados con el porvenir político de la nación, creía en la organización y respeto de un verdadero cuerpo de legisladores.

Tuvieron asiento en el Senado el ex presidente León de la Barra, así como escritores, catedráticos e individuos adinerados de la época porfirista. Lograron escaños en la Cámara de Diputados, a veces como resultado de verdaderas contiendas electorales, hombres importantes del pasado; individuos desconocidos en aquel presente; pero dispuestos ambos a iniciar una nueva era política.

Así, la XXVI Legislatura nacional, era la primera electa sin la intervención del gobierno. Ni la mano del presidente, ni del ministro de

Gobernación, ni de los gobernadores apareció señalando a los grupos o individuos favoritos para la elección.

Sin embargo, al iniciarse el 4 de septiembre, los trabajos formales de la nueva asamblea, pudo advertirse que en el seno de la Cámara de Diputados existían dos corrientes adversas. Una, la del grupo Renovador inspirada por el maderismo y la Revolución. Otra, la de aquellos diputados que, aparentemente de criterio independiente y resueltos a sólo medir los problemas patrios, llegaban al Congreso aprovechándose de las libertades instauradas por la Revolución, para combatir a la Revolución y al maderismo.

Esto último, no movía a preocupación formal alguna. Estaba prevista la necesidad de una oposición que siguiera los vientos de una libertad borrascosa. Y en la realidad, sucedió lo previsto; porque apenas iniciados los trabajos legislativos, los opositores, sin ocultar sus designios, empezaron por utilizar la tribuna de la Cámara no sólo para atacar a los gobernantes de la Revolución, antes bien para alentar cualquiera intentona subversiva.

Pero no era esto último, el único problema que se presentaba a la vista de Madero y del partido maderista. Lo grave consistía en que dentro de los partidarios de Madero surgía la primera deserción formal, acaudillada en el Congreso por el diputado Querido Moheno.

Una batalla política, pues, no estaba muy distante como tampoco el país se hallaba lejos de considerar que los diputados y senadores opositores iban a convertirse en el primer instrumento de la subversión.

Electos constitucionalmente, tanto la Cámara de Diputados como el Senado se convertirían en el foco de la anticonstitucionalidad, y con esto, de la contrarrevolución. Tal era el destino de México y era necesario aceptarlo, aunque tratando de enmendarlo como lo pretendió el presidente Madero hasta el último de sus días.





Licenciado Querido Moheno

Iniciada dentro del Congreso una oposición, en ocasiones vergonzante, en ocasiones altanera y agresiva, en ocasiones conciliadora, pero siempre dispuesta a perforar la paz nacional y de ser posible derrocar al presidente, todo hacía creer que la tarea más importante del gobierno consistía en exterminar las gavillas de levantados en armas, pero principalmente las que respondían al zapatismo.

Éste, en efecto, como consecuencia del retiro de las tropas que habían marchado al norte para tomar parte en la campaña contra las huestes del general Orozco, cobraba bríos y hacía partidarios lo mismo en Sinaloa, a donde Pilar Quinteros acaudillaba una partida de sublevados, para atacar (28 de mayo) la plaza de Culiacán, que en Guerrero a donde Jesús H. Salgado derrotaba (16 de junio) a las fuerzas del gobierno en un punto cercano a Chilpancingo.

Zapata se mostraba ahora incansable en sus hazañerías, pues si no podía organizar una columna formal, en cambio sus guerrillas causaban estragos principalmente en las vías férreas, de manera que al tiempo que sembraban el terror, daban pábulo para que en la Ciudad de México se creyera que estaba muy cerca el fin del gobierno de Madero.

Y este temor se acrecentó en la capital de la República apenas conocidas las noticias del asalto (11 de agosto) a un tren de pasajeros cometido por los zapatistas en Ticumán. Aquí, usando todos los instrumentos de la violencia los zapatistas no sólo volaron el convoy, sino que con denuedo y osadía cargaron sobre los defensores del gobierno, produciendo con lo mismo numerosas víctimas.

Para el propio presidente Madero, la atropellada acción de los zapatistas no parecía tener explicación. El presidente, en un enésimo intento de pacificación de Morelos y del sur de la República, retiro (15 de junio) del mando de las fuerzas federales que combatían al zapatismo al general Juvencio Robles, a quien se acusaba, y con

certeza, como uno de los más activos partidarios de la contrarrevolución, dando el mando al general Felipe Ángeles, en quien Madero confiaba no sólo por sus cualidades de militar, antes bien debido a que muy conocido era el espíritu conciliador de tal jefe.

Ángeles, en efecto, penetró hasta el corazón del estado de Morelos, ahora que excesivamente confiado en sus planes, dejó el desarrollo de las guerrillas a su retaguardia, de manera que el zapatismo, aunque sin fuerza militar alguna, se convirtió en manifestación aparatosa, que servía para sembrar el espíritu de antiautoridad y animar a los contrarrevolucionarios, que espiaban la mejor hora para hablar en nombre de la paz nacional y censurar con lo mismo a lo que llamaban “debilidad” o “incapacidad oficial”, para someter a los grupos rebeldes.

Así, el foco de la contrarrevolución no estaba en el estado de Morelos ni en el alma zapatista que sólo se prestaba, dada su rusticidad, a solventar los proyectos restauradores. El centro de la contrarrevolución se hallaba en la Ciudad de México: en la Cámara de Diputados, en el Senado, en la escuela de derecho, en los cuarteles, en la colonia española; pero sobre todo, en Veracruz.

Allí, en tal plaza, residía, aparentemente ajeno a los negocios políticos y militares, el general Félix Díaz, sobrino carnal de don Porfirio Díaz, y era el brigadier Díaz, quien preparaba un golpe de audacia apoyado por los viejos soldados, partidarios y parientes del caído presidente.

Félix Díaz era hombre de cierta independencia política, honorable, perseverante, pero ilusivo. Llenaba su vida con la idea de ser miembro de una dinastía a la cual deseaba prolongación y suerte. Tenía una desventaja: era individuo irreflexivo y ajeno a la responsabilidad constitucional. Para él, la Carta Nacional no era más que un símbolo que podía ser aplicado en todas las formas propias al capricho e interés humano. Ignoraba el concepto preciso de los principios jurídicos que norman una nación. Creía en la factibilidad de poner



General Félix Díaz

sobre las normas de la vida pública las exigencias del Ejército; de un Ejército que, como ya se ha dicho, sólo existía quiméricamente, puesto que había sido vencido por la gente rural desorganizada e impreparada.

Con tal criterio tan fuera de la realidad del país y meramente convencional para los fines de partido, el general Félix Díaz no tenía ni tomaba escrúpulos para seducir a los miembros del Ejército Federal y comprometerlos en una acción que desdoraba, desde todos los puntos de vista, el decoro, la dignidad y la rectitud que un soldado debe a la patria, a las leyes y a su propia profesión.

Para la tarea subversiva emprendida, el brigadier contaba con el apoyo decidido y valiente de otro sobrino de don Porfirio: el coronel José Díaz Ordaz, quien se sentía en la obligación —según él mismo lo proclamaba— de restaurar el régimen de su ascendiente; y aunque Díaz Ordaz no era figura prominente dentro del Ejército Federal, su nombre y su parentesco con don Porfirio, y el hecho de tener 400 soldados bajo su mando, así como la esperanza de corromper la virtud militar de los ciento cincuenta y tantos hombres más que guarnecían la plaza de Veracruz, le hacían eje principal en la aventura que Félix Díaz preparaba, de acuerdo con otros jefes militares de la Ciudad de México y gracias al apoyo que, con recursos económicos, le otorgaban algunos de los ricos hombres del porfirismo.

Díaz realizaba su empresa conspirativa con extremada cautela, aunque con elogiada decisión, y daba prisa a sus planes debido a que allí, en Veracruz, se hallaban almacenados, mientras eran transportados a la Ciudad de México, 30 mil fusiles nuevos y poco más de 2 millones de cartuchos. La captura y aprovechamiento oportuno de tales suministros destinados al Ejército Federal, proporcionaba a Díaz la fortuna para dar un golpe victorioso y a continuación marchar sobre la capital de la República donde además de la corta guarnición militar, se carecía de los pertrechos de guerra necesarios para una defensa efectiva de la plaza.

El gobierno no ignoraba los planes de Díaz, por lo cual vigilaba todos sus pasos y trataba de frustrar el levantamiento con toda oportunidad; mas el servicio de vigilancia sobre Díaz y sus secuaces, fue a los últimos días de septiembre tan ineficaz, que el caudillo de la conspiración pudo burlado y continuar así en libertad en el ejercicio de sus designios.

El movimiento subversivo que Díaz preparaba no tenía explicación alguna. Después de 10 meses de gobierno no era racional acusar al gobierno de Madero; y si la paz no reinaba en la República, que era la tacha principal que se hacía a las tareas oficiales del maderismo, no se debía a la ineptitud o debilidad de la autoridad nacional, sino a las fuerzas circunstanciales que concurrían para promover y mantener el desorden, hecho del cual no podía escapar el país después de una guerra civil, y cuando una parte de la población rural estaba en posesión de armas, ya repartidas por los revolucionarios, ya abandonadas o quitadas a los soldados porfiristas.

Como no eran las razones, ora jurídicas, ora patrióticas las que normaban la conducta de Félix Díaz, éste, sin escrúpulos dispuso la trama sediciosa, y seguro de contar con los soldados del 240 batallón del coronel Díaz, hizo planes para capturar la plaza.

Con la censurable defección de Díaz Ordaz, quien movilizó hábil y prontamente su tropa, el general Díaz quedó dueño de Veracruz, aunque sin lograr arrastrar a su aventura a la escuadrilla de guerra surta en la bahía; y conquistada la plaza, el brigadier explicó cuál era la causa de su rebeldía y qué quería.

Al efecto, Díaz atribuyó su levantamiento a “la necesidad” de “imponer” la paz nacional no con la violencia, sino por medio de la “justicia”. El jefe rebelde, rebelándose quería acabar con las rebeliones; pero no halló apoyo popular nacional; tampoco lo encontró en el alto mando del Ejército.

Sin embargo, los civiles salvados del naufragio porfirista, vieron en la rebelión de Félix Díaz la grande y efectiva reivindicación de

una causa que había perdido dirección y derecho. Con esto, la Ciudad de México, dominada aún, tanto en las publicaciones periódicas, como en la tribuna del Congreso, al igual que en el seno de la Suprema Corte de Justicia, así como por el intelectualismo sombrío, oficinesco y abyecto, se convirtió en bastión de argumentos, rumores, beneplácitos, verbalismos y ditirambos felicistas, pareciendo que el nuevo caudillo, con su solo nombre, haría acudir a todos los mexicanos en su auxilio.

El gobierno no perdió tiempo para sofocar la subversión; y al efecto, mandó que el general Joaquín Beltrán con 2 mil hombres marchara sobre la plaza en poder de los rebeldes, con orden de recuperarla lo más pronto posible.

Beltrán, con señalada diligencia se puso pronto a extramuros de Veracruz; pero como era individuo suelto de lengua y corazón, y faltaban en él las cualidades de un verdadero soldado, y se sentía ligado moralmente si no a la causa, sí a la personalidad de la dinastía Díaz, en vez de establecer la distancia entre un rebelde como era Díaz y un jefe militar leal como era él, de acuerdo con lo que mandan los códigos castrenses, antes de resolver a una acción valiente y gallarda a lo que estaba obligado empezó con coqueteos imperdonables hacia Díaz, poniendo a sus oficiales y soldados en la cercanía de una claudicación, justificada en la camaradería de cuartel.

El peligro que debió advertir Beltrán sobre su falsa y titubeante posición al saber que el gobierno movilizaba más fuerzas hacia Veracruz; que le hubiesen puesto en predicamento si no emprende una acción rápida y efectiva sobre las posiciones de los rebeldes, salvó al propio Beltrán de quedar ante la espada y la pared.

Por otra parte comprendió Beltrán que el brigadier estaría perdido con sólo evitarse la introducción de víveres a la plaza, pues faltando a Díaz el auxilio de la marina, de hecho quedaba aislado a todas las fuentes que le pudieran proporcionar hombres y abastecimientos. Así, para no dar tiempo a que otras tropas emprendieran el ata-



que que él, Beltrán, posponía hora a hora. Se resolvió, al fin, a llevarlo a cabo.

La empresa militar, efectuada el 23 de octubre (1912), no tuvo importancia ni lucimiento. El brigadier Díaz casi cómicamente se rindió a Beltrán, quedando prisioneros tanto el jefe sublevado como los oficiales que habían secundado la subversión.

Al tener informes precisos sobre la aprehensión de Díaz, el presidente Madero, en medio de la indignación que debió producirle —como se produjo también en el país— el levantamiento, mandó que Díaz fuese juzgado militarmente; pues si gozaba de baja, el hecho de que hubiese dirigido la subversión, seducido a los soldados y comprometido a jefes y oficiales de las guarniciones de Orizaba, Córdoba y Veracruz, bastaba para que como responsable de la rebelión quedase a los jueces militares.

Esta consignación, sin embargo, fue causa de la alarma del gremio porfirista; porque temeroso éste de perder al valiente, aunque fracasado adalid de la intentona, frente a un cuadro de ejecución, acudió con mucho apremio al derecho de amparo, a la intervención de las damas de la alta sociedad metropolitana y a cuantos medios tuvo a su alcance para salvar la vida del brigadier, invocando para ello todos los preceptos legales, a pesar de que Díaz, sus lugartenientes y consejeros habían desconocido todas las normas jurídicas y constitucionales para justificar su sedición. Ahora, pues, la Constitución se tornaba en caballo de batalla, de quienes siempre abjurarán de ella, y la violarán con el atropellado plan de Félix Díaz.

Así, también la Cámara de Diputados se convirtió en tribuna para la defensa de un trastornador del orden público; y no sólo en tribuna favorable a Díaz, sino también en balcón desde el cual se sembraron las inquietudes, se soliviantaron los ánimos y se menoscabó el principio de la autoridad nacional.

Para emprender esta obra que eclipsaba el verdadero fin de las libertades públicas y políticas, sirvió un tímido voto de confianza al

presidente Madero pedido al Congreso por la mayoría de los diputados organizados dentro del “Bloque” Renovador. Tal voto, que equivalía a condenar la rebelión del brigadier Díaz, produjo una explosión en el seno de la Cámara; explosión que puso de manifiesto cómo la contrarrevolución se preparaba franca y abiertamente, para una lucha violenta contra los poderes constitucionales de la nación.

De esta suerte, aunque los opositores al voto de confianza quedaron derrotados, ello no fue obstáculo para que la oposición, acaudillada por el diputado Querido Moheno iniciara una temporada de insolencias. Moheno y sus secuaces pretendían, al efecto, que el gobierno admitiera públicamente su impotencia para restablecer la paz, cosa tan contraria a la razón y al deber que sólo ponía de manifiesto el alma criminal de los políticos que, obligados a ser correspondientes al reino de la paz nacional, eran los principales perturbadores de la tranquilidad, puesto que no hablaban en nombre de un ideal o partido político, sino en representación de sus apetitos personales y de los apetitos de los viejos porfiristas.

Moheno, quien como los principales tribunos de los días que recorremos, sólo servía a lo dramático, vivía con el alma ennegrecida por sus ambiciones, que a su vez eran estimuladas por su palabra fácil, agresiva, tumultuosa y falta de *sindéresis*. Y con Moheno a la cabeza, el opositorismo se hacía irreflexivo e irresponsable y por lo mismo no consideraba los males a los que llevaría al país, insinuando a cada palabra que la República requería un regreso a los tiempos pasados.

Mientras tanto, los opositoristas se aprovechaban de los sucesos en Veracruz para hostilizar al gobierno y dar vuelos a la imaginación de la oficialidad del Ejército nacional, el general Félix Díaz salvado del fusilamiento sólo por el respeto que el presidente Madero tenía del Poder Judicial, que a petición de las damas y caballeros del partido caído le había amparado, fue trasladado de Veracruz a la capital de la República, donde quedó preso en la penitenciaría del Dis-

trito Federal. La consideración al sobrino de don Porfirio no podía ser más generosa.

Y generosa también fue la sentencia del Tribunal Supremo de Guerra al condenar al general Reyes, como consecuencia de su frustrada rebelión, a dos años de prisión en el establecimiento penal militar de Santiago Tlaltelolco.

Con el encarcelamiento de Díaz y Reyes quedaba aparentemente liquidado el problema de los caudillos contrarrevolucionarios. La República podía fiarse en lo porvenir, aunque en el fondo no acontecía así: el mundo intuitivo seguía esperando la hora de la contrarrevolución. Y ésta, ciertamente, estaba siendo preparada, ya no por las primeras figuras del porfirismo derrotado, sino por la juventud osada e inconforme con la dominación política de la gente rural.

#### LA AUTORIDAD DE MADERO

Sin poseer la cimentación que requiere un gobierno, que no es capaz de idear y construir hombres antes de transcurrir un año, por lo menos, de laboriosa confianza, perseverante mando y persuasión catequizante, Madero cometió el error de medir el poder de su autoridad personal y constitucional dentro del teatro de las tentaciones políticas; pues si es cierto que estaba comprometido con la nación a establecer un sistema político democrático y a respetar el principio de las libertades públicas, no tenía ofrecido poner en función tal sistema ni tal principio, 24 horas después de ser el presidente de la República. Sus dispositivos como caudillo de la Revolución, líder del victorioso partido mayoritario y Jefe de Estado, le facultaban para poner en movimiento pleno las promesas revolucionarias cuando pudiera tener por cierto que estaba fundada la autoridad moral, política, jurídica, militar, administrativa y económica de su gobierno.

A pesar de los poderes que tenía en sus manos y que le daban no solamente los preceptos constitucionales, sino también los triunfos



Francisco I. Madero con familiares y amigos, 1912

y el apoyo de los maderistas y revolucionarios mexicanos; y que le otorgaban tanto por sus aptitudes y virtudes personales, como por la irrestricta esperanza popular que había en él, Madero prefirió entregar al espíritu público —todavía en la infancia nacional— su prestigio y mando, de donde vinieron tantos males que hicieron aparecer a aquel hombre, en quien anidaba un portentoso talento, una voluntad acérica y una audacia sin igual, como un desentendido en la gobernación del pueblo y un timorato o desgaritado en sus procedimientos. Y esta creencia tan errónea como socorrida, produjo inmensos daños al país —a la tranquilidad del país— y al propio presidente de la República.

En efecto, metido dentro del ánimo popular, a veces tan generoso al igual de ser en otras ocasiones muy exigente, esa ingrata versión sobre la mentalidad del presidente, originó en el país un pesimismo trascendental; tan trascendental que pronto quebrantó a hombres e instituciones.

La popularidad de Madero, en la cual éste mismo confiaba sin reserva alguna y no obstante los grandes peligros y amenazas que siempre ofrece para todos los gobernantes, empezaba a disminuir. Y esta merma, no porque estuviesen probadas las acusaciones que se hacían a Madero, sino debido a que siendo la repetición una de las armas más poderosas para obstaculizar la obra de los gobiernos y debilitar la personalidad de los adalides políticos, el hecho de que hora a hora y día a día se dijese que Madero era incapaz de producir, como gobernante, los bienes de la paz y que de la situación levantisca que se observaba en la República se desprendían todos los males que aquejaban al pueblo, y principalmente al pueblo correspondiente a los más pobres filamentos sociales; el fenómeno de la repetición había, al fin, producido un impacto en el alma popular; y la muchedumbre que anteriormente escuchaba la palabra del presidente como voz mágica y creía en la promesa y garantía de las libertades, estaba ahora entregada al más negro de los pesimismos. Todo, pues,

se volvía contra el alma y los pensamientos —reunidos en torno a una democracia activa— de Francisco I. Madero; ahora que tal condición pertenecía más bien al ser de la Ciudad de México que al norte del país, en donde no se podía olvidar ni la proeza de 1910 ni el fanatismo democrático.

Como esta situación, que en ocasiones se presentaba crítica, pero que a continuación se la tenía por disparatada y circunstancial, no era desconocida por el gobierno, quiso el presidente de la República resolver cuatro importantes problemas nacionales, considerando que con ello podía dar instrumentos eficaces para mantener la paz nacional, en lugar de recurrir a las manidas pesquisas y persecuciones de gente tenida por conspiradora o desafecta al gobierno.

Uno de los propósitos del gobierno, fue el de reformar las ordenanzas del Ejército, modernizarse el armamento del mismo y organizar una pequeña fuerza aérea, pues Madero intuía el poder futuro de esta arma en el arte de las guerras.

Unido a tal proyecto estaba el de ampliar la capacidad guerrera de los cuerpos auxiliares, sin que esto significara la disolución del Ejército Federal, como lo proyectara al comienzo de su gobierno. El nuevo punto de vista del presidente Madero era consecuencia de la voz pesimista a par de obstinada del gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza. Éste, en efecto, veía con mucha claridad cómo el descenso de la popularidad de Madero, asociado a los tantos accidentes políticos y bélicos que padecía la nación, tendría que ocasionar una nueva guerra civil, e instaba a Madero, para que el gobierno Federal proveyera de fondos a las tesorerías locales, de manera que los gobernadores y no el centro organizaran un mayor número de cuerpos auxiliares, para lo cual sobraban voluntarios, pero faltaban dinero y pertrechos de guerra.

Esa pertinacia de Carranza, que a veces parecía enojosa y contraria a los planes del gobierno, sirvió para que más adelante se

hiciera juicio ligero y falso sobre una supuesta actitud desleal del gobernador Carranza hacia el presidente de la República.

De otro problema más tomaría razón y acción el gobierno nacional. Éste fue, como ya se ha dicho, el referente a la cuestión de tierras; pues si es verdad que oficialmente no faltaba interés en el asunto, un discurso del diputado Luis Cabrera, fundamentando el derecho de la reconstrucción de ejidos, un proyecto de ley agraria presentado en Aguascalientes por Félix Villalobos, una serie de proposiciones de Juan Sarabia a fin de adicionar a la Constitución tres capítulos dedicados específicamente a una nueva distribución de las tierras y un estudio del ministro Manuel Bonilla sobre la necesidad de hacer modificaciones en la propiedad rural, con el fin primero de favorecer a las clases campesinas más pobres, llevaron al gobierno a nuevas y más aplicables consideraciones sobre el agro, por lo cual el ministro de Fomento Rafael Hernández, anunció (10 de junio) la organización de una procuraduría popular agraria, de manera que tal procuraduría no sólo escuchara las quejas y requerimientos de los labriegos y peones, sino también sirviera al cumplimiento de las leyes y reglamentos que se expidieran sobre los sistemas de parcelamientos ejidales.

Además de esos negocios domésticos, el gobierno se dispuso arreglar los *conexivos* a las relaciones con otros países, pero principalmente con Estados Unidos. Antes, el Ejecutivo nacional ratificó la aceptación del arbitramento del rey de Italia, para resolver la posesión de la Isla de Clipperton a la cual se consideraban con derecho de ocupación México y Francia. Después, mucha atención puso el presidente en el arreglo de los asuntos con la nación vecina.

Las relaciones tanto con Estados Unidos como con los pueblos europeos estaban quebrantadas desde el triunfo de la Revolución, primero, por las maneras insolentes que habían adoptado algunos agentes diplomáticos en sus tratos con la cancillería mexicana; después, por las numerosas reclamaciones que por daños o supuestos



daños causados por la guerra intestina a los intereses extranjeros radicados en México, tenían presentadas los plenipotenciarios de Europa y Estados Unidos.

El país —tantas así eran las exigencias de los extranjeros— no ocultaba sus manifestaciones de disgusto por los abusos que trataban de cometer o cometían los agentes de las naciones que cultivaban relaciones con México. De esta suerte, los síntomas de nacionalismo que acompañaron a la Revolución desde los comienzos de la guerra civil, se acrecentaron en 1912, aunque ahora de manera violenta. Los proyectos de desquite y nacionalidad, asociados a la expresión popular de dar oportunidad a todos los mexicanos para gozar de créditos y franquicias que sólo se concedían a empresas o particulares forasteras; los síntomas de ese nacionalismo, se dice, crecieron en medio de caracteres violentos.

A aumentar tales sentimientos, llegó la imprudente actitud del embajador de Estados Unidos, Henry Lane Wilson, quien abusando de su categoría y representación, se inmiscuía abiertamente en los negocios políticos del país ante el cual estaba acreditado. Wilson no ocultaba, en efecto, que había tomado partido en México, puesto que no sólo censuraba al presidente Madero a quien se atrevió a calificar de *loco*, sino que era notoria su complicidad con los cabecillas de la oposición.

Wilson se guiaba, no tanto por sus propios y siempre inoportunos ímpetus, cuanto por las insensatas instrucciones de su gobierno. El embajador creía, como el Departamento de Estado norteamericano, que México y las naciones al sur de México, podían vivir conforme a los cánones políticos, sociales y constitucionales de Estados Unidos, por lo cual consideraba que tenía el deber de servir a los mexicanos a manera de un guía; y como esta actitud era rechazada patrióticamente por el gobierno de Madero, el embajador buscó negocios capaces de mortificar a la cancillería mexicana; y al efecto, resucitó el del Fondo Piadoso de California, e hizo de la distribución

de las aguas internacionales del río Colorado y de la jurisdicción y dominio de la zona del Chamizal, casos de nuevas e infundadas controversias.

Tanto daño causaron a las relaciones entre México y Estados Unidos las interferencias, actividades belicosas, y maneras temerarias del embajador Wilson, que los gobiernos de los dos países empezaron a verse con desconfianza y a crear por lo mismo enemistades tan peligrosas —y en ocasiones amenazantes—, que el senado norteamericano llegó a creer que el gobierno de México provocaba dificultades a Wilson y al Departamento de Estado a fin de cubrir con ello un entendimiento secreto con una tercera potencia. Y esa potencia —suponían los senadores de Estados Unidos— era Japón.

La creencia —tan falsa como injustificada— del Departamento de Estado como del senado norteamericano, de que el gobierno de México negociaba con Japón la cesión de una base naval en la península de Baja California, fue motivo en esos días, de una situación de manifiesta hostilidad hacia Madero que, con reflejos a los problemas internos de México, sólo servía para alimentar los proyectos subversivos de la contrarrevolución.

Por todo esto, y cuando las relaciones entre los dos pueblos vecinos habían alcanzado un estado crítico, el gobierno de México se vio obligado a pedir a la Casa Blanca el retiro del embajador Wilson. La diplomacia, en este caso, en lugar de producir bienes al entendimiento de los países, sólo servía, bajo la dirección descabellada de Wilson, para abrir un abismo entre México y Estados Unidos.

La resolución del gobierno nacional, no dejaba de ser audaz, puesto que muchas eran las amenazas que se cernían sobre la sociedad y el Estado. Sin embargo, los días obligaban a fijar la profundidad y superficie de la autoridad del presidente Madero. Ahora, acudiendo a medidas extremas, ya no se podría dudar del carácter de gobernante que había dentro de Madero ni de la resolución del maderismo de luchar por el poder político ganado por la Revolución.

Madero conducía el gobierno de la República con una serenidad y seguridad que caían a plomo. Nada parecía mortificarle ni intranquilizarle. No ignoraba los preparativos de sus enemigos; pero dejando a su parte la confianza en sí mismo y en el apoyo popular, las enseñanzas tenidas en los primeros 12 meses de mando y gobierno le hacían saber que a los medios violentos que emplearan los enemigos de la paz, él, Madero, no tendría más que contestar con la propia violencia.

Al llegar a la presidencia, Madero había encontrado un cuadro desolador para la autoridad y sobre todo para la consolidación de la autoridad. Ahora, dentro de los muros oficiales, podía saber el porqué de la caída, casi sin resistencia, del general Porfirio Díaz. Ahora estaba en la posibilidad de comprender que un gobierno sin armas y soldados no podía ser garantía de una paz nacional.

Y, en efecto, era comprobable el hecho de que el Ejército Federal, durante la última década del régimen porfirista sólo había sido un adorno de Estado. El general Díaz, temeroso de las cuarteladas, poco a poco había disuelto el Ejército, a fin de organizar una policía rural competente, emprendedora y pesquisidora, bajo las órdenes del ministro de Gobernación. Con esto, pues, don Porfirio acababa, conforme a su entender, con las amenazas de generales y oficiales ambiciosos.

Pero al tiempo de minorar el poder del Ejército, el general Díaz minó su poder, porque llegado el día de la subversión —de una subversión que después de 30 años de paz, parecía imposible— no tuvo los instrumentos defensivos y ofensivos capaces de reducir al orden a los rústicos levantados en armas.

Pues bien: esta lección objetiva, la aprendió fácil y prontamente Madero, porque apenas llegado a la presidencia, mandó que de los gastos de guerra se apartaran 12 millones de pesos que deberían ser aplicados a la adquisición de armas y municiones en las fábricas



-Queda un poco grande... pero así es la moda. Caricatura elaborada por Ernesto García Cabral, publicada en *Multicolor*, noviembre de 1911

europas. Madero había verificado previamente la pobreza de los armamentos del Ejército; y sin llevar el problema a la discusión pública, ya que la adquisición de pertrechos de guerra podría ser considerada como antítesis de los principios proclamados por la Revolución, mandó que secretamente se llevasen a cabo las compras de fusiles y cartuchos.

Así, después de los sucesos orozquistas en el norte de la República y de la frustrada aventura de Félix Díaz, el presidente, aunque sin ignorar los nuevos preparativos sediciosos que se llevaban a cabo en la Ciudad de México, permanecía impávido en la superficie, seguro de que con los nuevos abastecimientos militares, la situación del gobierno y del país, cualesquier. Que fuesen los proyectos contrarrevolucionarios, estaba consolidada.

Los primeros suministros de procedencia belga llegaron a Veracruz al final de septiembre (1912), y ya se ha visto cómo y cuánto engolosinaron al brigadier Díaz. Los segundos y más fuertes abastecimientos, consistentes en su mayoría en ametralladoras y fusiles Mausser, fueron desembarcados en Veracruz a los últimos días de diciembre, de manera que unidos los primeros a los segundos, a mediados de enero (1913), el gobierno tuvo pertrechos de guerra suficientes para organizar un Ejército de 60 mil hombres. Y con un Ejército de tal magnitud Madero consideraba tener asegurada la tranquilidad nacional.

Fiado, pues, en el futuro de una fuerza armada, el presidente sonreía frente a las denuncias constantes y vehementes, conexas a los preparativos contrarrevolucionarios. El presidente no tomaba el camino de la violencia hacia los enemigos de la paz, no por falta de decisión o abulia o indiferencia, sino porque no creía oportuno suscitar una condición de fuerza y persecuciones, cuando todavía no estaba debidamente organizada la defensa de la paz y la seguridad del Estado. Madero tenía la esperanza de que, jugando a la desidia, no precipitaría al enemigo emboscado y por lo mismo éste, demo-

rando sus proyectos, permitiría al gobierno dar organización y armamento a los cuerpos auxiliares y al propio Ejército nacional.

La suerte era muy peligrosa, puesto que con los mismos propósitos con que jugaba el gobierno, podía jugar la contrarrevolución. Los cálculos, para que cada parte se preparara y se lanzara a la lucha en el minuto oportuno, dependían más de la audacia que de las matemáticas.

Demorando su decisión, para esperar la efectividad de sus empresas, el gobierno se exponía a más peligros que los contrarrevolucionarios; porque, en efecto, mientras que a los conspiradores se les elogiaba por su tardanza en la acción, Madero era objeto de censuras por la dilación en sus movimientos, de manera que hasta los propios maderistas se veían acongojados y criticaban la supuesta carencia de ímpetus del presidente.

El gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza, estaba entre los primeros —no obstante el respeto que tenía para Madero— de quienes creían que era necesario tomar el camino de las represiones, para castigar sin misericordia a quienes conspiraban o se daba por sentado que eran conspiradores. También el gobernador de Sonora, José María Maytorena, con mucha alarma, pedía al presidente que procediera contra los contrarrevolucionarios; pero Madero continuaba aparentemente impávido; y es que, si de un lado no quería crear el estado de alarma, de otro lado estaba propuesto a no dar un sobreaviso a los enemigos de la Revolución, de manera de poderles coger en el momento más conveniente para el gobierno.

La confianza, pues, de Madero en lo porvenir, ya no se basaba sobre idealizaciones o cálculos de principiante. Aquel hombre que, dado su gran talento, asimilaba los negocios públicos, era guiado por las composiciones que hacen los gobernantes cuando mueven una a una las piezas de su tablero político y militar. Y tal era lo que hacía el presidente durante esos días amenazantes, en los cuales, el gobierno era el primero en estar obligado a no significar más exteriorizaciones que las concernientes a la seguridad de la sociedad y del Estado.

Al entrar el año de 1913, un balance a la obra administrativa del gobierno de Madero daba un resultado favorable al oficialismo. El manejo de los presupuestos había sido objeto de los más escrupulosos sistemas. Frente a una oposición vigorosa y agresiva, cualquiera malversación de fondos, de exacción fiscal, de aprovechamiento personal no queda en el silencio. Los opositores, al efecto, buscaban los más pequeños y accesorios errores oficiales, para utilizarlos en el debilitamiento que ansiosamente procuraban para la personalidad de Madero y de los adalides del maderismo.

Los contratos de obras públicas, las partidas del presupuesto, los gastos de oficio y secretos antes de ser aplicados fueron presentados, para su examen y discusión a la Cámara de Diputados. De los negocios de orden administrativo nada permaneció oculto. La modestia de los ministros y altos funcionarios de la federación, sin que por ello mermaran su jerarquía, constituyó el espejo de una verdadera democracia.

Las precisiones administrativas no sólo eran continuación de las precesiones establecidas por el régimen porfirista, sino que ahora se unían a la supresión del boato oficial. El nuevo gobierno respetó en sus cargos a los empleados honorables del porfirismo, y entregó las funciones de responsabilidad a líderes maderistas de capacidad y honradez.

Con esto, el país no sufrió los males administrativos a los que con facilidad se llega cuando hay cambios de gobierno; y esa intachable obra administrativa de Madero sirvió de asiento y guía no sólo para la formación de una pléyade de nuevos oficinistas, antes bien a fin de fijar las normas del desinterés en el alma de los empleados públicos.

Entre las grandes preocupaciones hacendarias del gobierno no quedó incluida la consolidación de la reserva de oro. Ésta, hemos de



repetir, que durante el último año del régimen porfirista ascendió a 60 millones de pesos oro, era en diciembre de 1912, de 42 millones de pesos, considerando la merma —explicó el gobierno— por los gastos de guerra, así como la adquisición de armas y municiones para mejorar el poder de fuego del Ejército.

Respecto al orden económico, si no era de oropeles y bonanzas, sí mejoró sustanciosamente. La industria petrolera aumentó su producción desde la paz de mayo (1911) al final de diciembre (1912) en un 18 por ciento. El desarrollo de los cultivos de algodón, iniciado formalmente en 1910, ascendió, conforme a los informes de enero de 1913, un 30 por ciento, al tiempo de que el algodón mexicano en rama, entraba al mercado mundial con un precio promedio de 17 centavos de dólar por libra.

Los cultivos agrícolas en el valle de Mexicali, comenzados por laboriosos trabajadores chinos —y a manera de adelanto a los futuros progresos y transformaciones que tendría la vida rural mexicana— señaló una producción anual (1912) de 12 millones de pesos; ahora que el suceso no constituía, dentro de ese periodo que recorremos, un signo de riqueza nacional en el campo; porque mientras tal era lo que ocurría en el norte de Baja California, en cambio, la guerra o la sequía causaban pobreza y hambre en los estados de Aguascalientes y Oaxaca, de Hidalgo y Zacatecas. En Aguascalientes, la falta de cultivos agrícolas ocasionó un aumento hasta de 14 por ciento en el precio de los alimentos. El mercado de la Ciudad de México escuchaba las primeras quejas de los consumidores por la escasez de comestibles. Además, en la metrópoli y en los talleres de los ferrocarriles en Aguascalientes, los trabajadores pedían nuevos aumentos de sueldos.

Ahora bien: no tanto para aliviar esas situaciones que parecían más fortuitas que consecuencias de un cambio de cosas, la Secretaría de Fomento dio órdenes para que la Caja de Préstamos abreviara los trámites a fin de poner a disposición de los agricultores el nuevo sistema de crédito rural con el refinanciamiento de 200 millones de pesos.



El influjo de Díaz y Limantour llegaba hasta 1912

Mas no en todos los renglones de la vida nacional el saldo de la balanza era favorable al gobierno. En el orden político, si en Yucatán no faltaron dislates y maniobras para entorpecer la efectividad del sufragio en ocasión a las elecciones para gobernador, en Oaxaca, el gobierno mantuvo una excepcional neutralidad a pesar de que el gobernador elegido Miguel Bolaños Cacho, no sólo pertenecía a la estirpe porfirista, sino que pública y abiertamente se había manifestado enemigo de Madero y de la Revolución y figuraba entre los conspiradores contra la paz y la Constitución.

Esta tolerancia, que de un lado perjudicaba la unidad de los revolucionarios y de otro lado daba vuelos a los osados trabajos de desquite que llevaban a cabo los porfiristas, se aplicaba por igual a los problemas de orden social. De esta manera, el gobierno tuvo que tolerar el dictamen de la Suprema Corte de Justicia amparando al rico terrateniente español Iñigo Noriega, a quien se habían expropiado 200 hectáreas a fin de aparcerarlas y entregarlas a los labriegos. Asimismo, hubo de llevar con paciencia el disimulo de las autoridades judiciales amparando al doctor Aureliano Urrutia contra los habitantes del pueblo de Astahuacán, quienes reclamaban la devolución de las tierras de que les había despojado el propio Urrutia. Fue necesario también hacer omisión de las quejas, justificadas en todos sus aspectos, de los peones que trabajan en las monterías de Chiapas.

Todavía no estaba el gobierno de Madero, después de un año de vida, en condiciones de hacer frente a todos esos problemas. La Revolución era un fenómeno que no podía hincarse en tan breve plazo. Los hombres, los tiempos, los medios no poseían ni la elasticidad preliminar ni la decisión final que se requieren para confrontar y realizar los grandes progresos que siempre, y con razón, esperan los pueblos, en seguida de un acontecimiento revolucionario. Todavía, los medios, los tiempos y los hombres del pasado tenían en sus manos, si no el poder político, sí el poder social. No con facilidad iban a deshacerse los instrumentos de los 30 años. La mentalidad dominan-

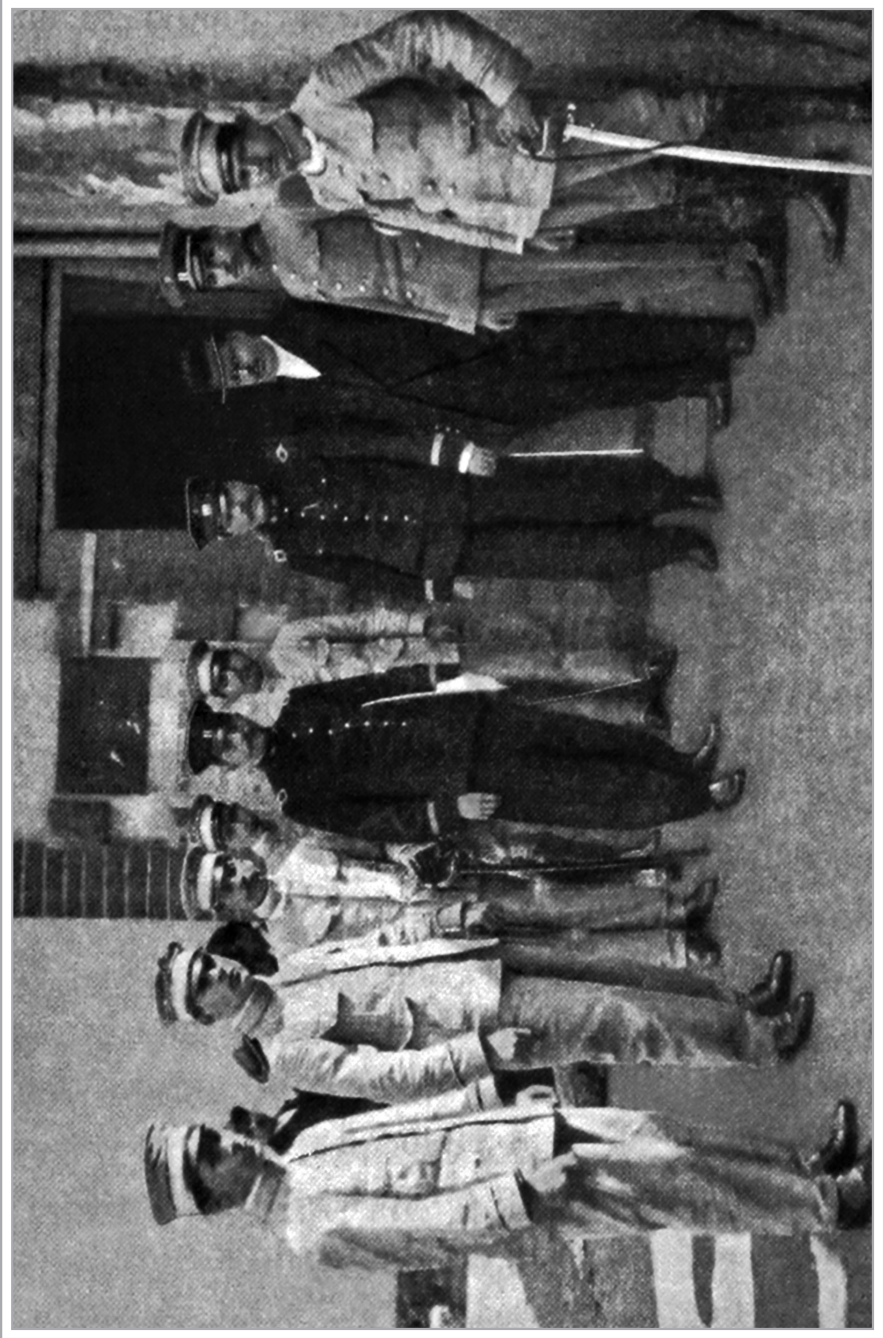
te del metropolitano estaba en vigor. La soberanía y el engrimiento del pretérito, la caracterizó en aquellos días el acaudalado joven Salvador Creel, al golpear, públicamente, en la calle Plateros de la Ciudad de México a un gendarme, por el gusto y superioridad de la vieja clase selecta mexicana.

Si no más tolerante que en el orden social, sí más discreto en lo que respecta a los asuntos militares, fue el gobierno de Madero. La autoridad del presidente no tuvo blanduras ni disimulos en las filas del Ejército. Tampoco le faltó espíritu de iniciativa y de organización. Ya se ha dicho que el Ejército carecía de armamento moderno, de servicios convenientes y de soldados voluntarios, y esto, y sólo esto entorpecía los movimientos de tropa necesarios para exterminar a los grupos alzados.

Para remediar los males que afligían al Ejército, Madero aumentó los haberes a oficiales y soldados, compró armas en el extranjero, reorganizó los cuerpos rurales y estableció un nuevo sistema de reclutamiento. Por otra parte, entre los meses de agosto y diciembre de 1912, comenzó a sustituir los viejos comandantes de cuerpos y zonas militares, entregando los mandos a generales y jefes que le merecían confianza. A las primeras sospechas de franca enemistad hacia el gobierno, Madero retiró del mando al coronel Manuel Rubio Navarrete, mandó procesar al general Reynaldo Díaz, destituyó al general Juvencio Robles, ordenó que anulasen las comisiones en el extranjero a siete de los generales porfiristas más amenazantes, y entregó el mando de la fuerzas en Morelos (2 de agosto), como ya se ha dicho, al general Ángeles.

Los sucesos de Veracruz habían vuelto al presidente más cauteloso y medido; y si éste no externaba sus preocupaciones se debía a que de acuerdo con los planes de la Secretaría de Guerra, para el final de 1913, el Ejército estaría expurgado y además debidamente armado y pertrechado.

El proyectado plazo, sin embargo, era muy dilatado para los acontecimientos que se precipitaban. Éralo, también para que los oficiales



Oficiales del ejército de Félix Díaz

en los cuarteles de la Ciudad de México pudieran resistir las tentaciones de una sublevación ventajosa para sus fines personales, que les ofrecía la perspectiva de un golpe de Estado.

#### PRELIMINARES DEL GOLPE DE ESTADO

Hacia la primera quincena de enero de 1913, los abastecimientos militares del gobierno constitucional habían sido puestos en la boca del lobo. Una falta imperdonable cometió la Secretaría de Guerra y Marina, ya por impericia militar, ya por complicidad con el estado de ánimo contrario a Madero, al ordenar que el material bélico desembarcado en Veracruz, procedente de Europa, fuese conducido a la Ciudad de México. Colocados todos los nuevos y poderosos instrumentos de guerra en un solo nido, la codicia, unida a las ventajas de apoderarse de esos recursos mediante un golpe de violencia, tenía que despertarse hasta en los menos conocedores de las artes militares.

Y no fue ese el único error cometido por las altas autoridades militares, sino que almacenado todo aquel material en la Ciudadela de la Ciudad de México, no se proveyó el punto, de la guarnición conveniente al caso. Así, aparte de que el edificio destinado a tal almacén, situado en el corazón de la capital, no ofrecía ventajas para una defensa efectiva, tampoco fue entregado a la vigilancia que tan preciado armamento requería. El descuido sería fatal para el presidente de la República.

Cualquier grupo de audaces, sin necesidad de pertenecer al Ejército, quedaba en la posibilidad de apoderarse de aquel arsenal y con ello poner en difícil situación al gobierno de la República. Con el suceso, pues, se jugaba la tranquilidad del país y la estabilidad del gobierno. No lo vieron o no lo quisieron ver así los individuos a quienes el presidente confió el mando de las armas.

El poder militar que representaba la Ciudadela al finalizar el mes de enero (1913), tampoco lo daban por advertido los dos caudi-



llos contrarrevolucionarios, que a pesar de estar presos, dirigían en silencio los preparativos para una cuartelada en la capital de la República. Y en efecto, ni el general Bernardo Reyes, encarcelado en Santiago Tlaltelolco, ni el brigadier Félix Díaz, prisionero en la penitenciaría del Distrito Federal, tenían calculada la fuerza y poder de fuego que se hallaba tras los débiles muros de la Ciudadela. Al conocimiento del hecho, sin embargo, no era ajena la nueva oficialidad del Ejército Federal que correspondía a los designios de la anti-constitucionalidad.

Reyes y Díaz, a quienes el destino nunca había iluminado, pensaban, para realización de sus planes, en la mera cuartelada; después en el clásico asalto del Palacio Nacional, cuya era la ocupación que creían suficiente para asegurar el triunfo de sus proyectos sublevatorios y políticos.

Más importante que la Ciudadela era para los dos generales presos, la conquista de la oficialidad de los cuarteles del Distrito Federal; y más importante que tal conquista, el ganar ambos la libertad perdida por sus errores guerreros. Así, la preocupación de sus agentes consistía en reunir dinero y hombres a manera de marchar sobre las prisiones donde se hallaban los caudillos y poner a éstos libres, con la seguridad de que con su sola presencia y el apoyo de los tres principales cuarteles de la capital, derrocarían a Madero.

De entre los agentes de los generales presos sobresalían Rodolfo Reyes, hijo del general; el general Gregorio Ruiz, individuo valiente y resuelto; el general Manuel Mondragón, hombre tenebroso y militar fatuo y el doctor Samuel Espinosa de los Monteros, ingenuo odontólogo dedicado a la política conspirativa, pero admirable por su cariño y lealtad hacia el general Reyes. De todos ellos, sin duda, el sobresaliente era el general Ruiz, pues si el hijo de Reyes era emprendedor e ilustrado, su irresponsabilidad, unida a un carácter vehemente, no tenía metro, de manera que no medía los males que iba a ocasionar a la nación una segunda guerra civil. Y la irresponsabilidad de Reyes



se acrecentaba, después de haber concurrido con admirable amor filial, a todas las desgraciadas aventuras de su delincuente padre.

Los conspiradores, no obstante corresponder todos a una misma causa, trabajaban separados, de manera que debilitaban sus proyectos, aunque el gobierno parecía indiferente hacia la conspiración, lo cual salvaba a los comprometidos de manera casual y efectiva. Ayudaba también a éstos su valiente decisión de llevar a cabo el levantamiento aun en el campo de la adversidad. Representaban tales sujetos, el alma y cuerpo de la desesperación. Trataban de resolver impelidos por la alteración del ánimo que vive en quien derrotado no se siente vencido, su futuro.

Tanta así era la exaltación pasional de esos cabecillas de la contrarrevolución, que no veían los daños que podían ocasionar, ni la vida trágica de la sociedad que iban a suscitar, ni el desgarramiento constitucional que se produciría en la República, ni el desafío a la civilización y a los sentimientos humanos. Los comprometidos en la sublevación, tenían perdida la brújula, si no de una realidad privada, sí de una responsabilidad mexicana.

Individuos de la más alta categoría social, económica y política estaban inmiscuidos en la empresa de derrocar al presidente Madero. El dinero que servía para alimentar las necesidades de los conspiradores salía de las cajas de la gente rica del porfirismo; también del comercio, que en su mayor parte era español; e incitaban a los revoltosos, los viejos y privilegiados extranjeros que hicieran fortuna y derecho bajo el régimen de don Porfirio. Así, tantos eran los actores en aquella composición de revuelta y conspiración, que los agentes del gobierno, comisionados para localizar a los principales instigadores, no sabían ya a quién vigilar.

La población civil de la Ciudad de México, aparentemente ajena a lo que se proyectaba, en el fondo daba auxilio y protección a los conspiradores. La idea de extirpar al maderismo, era casi general entre los metropolitanos, en quienes pronto se habían borrado las

ilusiones que produjo la triunfal entrada de Madero a la Ciudad de México, en junio de 1911. La victoria maderista era vista ahora como un acontecimiento efímero, llamado a ser un acto teatral.

Los caudillos principales de la proyectada subversión: los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz, seguían el hilo de los acontecimientos, en medio de muchas desconfianzas. Reyes, viendo como pasaban los días sin que los conspiradores pudieran significar un progreso en sus proyectos, estaba desmarrado, haciéndose los más pesimistas cálculos sobre su futuro de prisionero, puesto que bien convencido se hallaba de que Madero le tendría en la prisión por largo tiempo. Con desesperación, pues, advertía Reyes lo porvenir.

Más lento y flemático que Reyes, el general Díaz, aunque también prisionero y comprometido en la trazada rebelión, concurría a los trabajos de los conspiradores con menos ánimo. Creía demasiado en el destino y esperaba que estallaran los sucesos con tranquilidad extraordinaria. Consideraba el brigadier que las cosas tendrían que volver al punto de partida; esto es, que la caída de Madero era una cuestión inminente y catastrófica.

De esta suerte, los movimientos y compromisos de los conspiradores se acercaban a su capítulo final. La señal de aletear la dio el general Ruiz, el 31 de enero (1913). Ante la perspicacia y conocimiento de viejo y aguerrido soldado estaba informado de la debilidad en las guardias del Palacio Nacional y de la supuesta despreocupación del gobierno, para vigilar la seguridad de los abastecimientos de guerra concentrados en la Ciudadela; y guiando la parte principal de la conspiración, tenía advertido al general, Reyes que la sublevación sería llevada a cabo entre el 2 y 5 de febrero. Reyes, tras de la reja de Santiago, esperaba nerviosa y ansiosamente la hora de su libertad y de su venganza.

Sin embargo, el general Ruiz tuvo necesidad de cambiar la fecha: no estaba seguro de la gente encargada de la custodia de Palacio. El comandante de la plaza general Lauro Villar, quien hasta los últimos

días de enero se mostraba complacido de las actividades sediciosas, aunque sin comprometerse, vuelto al camino de la lealtad después de una conversación con el presidente, con mucha habilidad y prontitud había hecho un cambio parcial en el personal de vigilancia de la residencia del Poder Ejecutivo, con lo cual obstruyó los planes del general Ruiz. Además, el general Villar, con mucha diligencia, seguía las huellas de los trabajos sediciosos de Ruiz y del general Mondragón y, ya con instrucciones precisas del presidente Madero, tenía dictadas las órdenes para que fuesen buscados y aprehendidos Mondragón y Ruiz.

No faltó quien pusiera a estos últimos sobre aviso de lo que preparaba el comandante de la plaza; y aunque Ruiz no creyó en las noticias, pues seguía fiando en que Villar estaría entre los primeros de unirse a los revoltosos y desleales al gobierno, se ocultó, durante varios días, pero vuelto a la confianza, se dejó llevar por la voz de unos oficiales de la guarnición de la plaza, quienes le aseguraron que Villar se uniría a los levantados apenas éstos iniciaran el movimiento sedicioso, y avisó a Reyes y a Díaz que todo estaba preparado para el levantamiento que debería iniciarse a la madrugada del domingo 9 de febrero. Y al efecto, desde las primeras horas del día 8, todo estaba dispuesto para la sedición que debería empezar en los cuarteles de Tacubaya y San Ildefonso; mas como de esto estaba también enterada la comandancia de la plaza, Ruiz y Mondragón tuvieron que ocultarse, y por horas creyeron que su proyectado movimiento estaba perdido. Y quizás hubieran fracasado en su cuna, si las órdenes del general Villar, a quien el presidente Madero tenía bien instruido sobre el particular, son cumplidas al pie de la letra; pues la policía comisionada para capturar a los generales Mondragón y Ruiz, demasiado lenta en sus operaciones dejó que éstos se pusieran a salvo, lo cual les sirvió para no perder el contacto militar con la oficialidad de los cuarteles dichos, que esperaba ansiosamente la anunciada revuelta, y con los alum-

nos de la Escuela de Aspirantes, cuyos jefes estaban igualmente comprometidos.

Aunque sin saber con precisión qué era lo cercano a suceder, la Ciudad de México vivía en medio de muchos rumores, que si no interrumpían la cotidianidad, sí despertaban la inquietud del vecindario y movía los apetitos de la gente que, sin ganancia en los tiempos pasados y sin beneficio por la Revolución, esperaba días de provecho, sin imaginar los sufrimientos que iba a pasar; porque ningún lugar de la República sería tan castigado por la guerra a partir de aquel febrero de 1913, como la vieja capital.

## La cuartelada

### DISPOSITIVOS PARA EL PRONUNCIAMIENTO

Preso, como ya se ha dicho, en Santiago Tlatelolco por el fracaso de su pobre y desaliñada aventura guerrera, en diciembre de 1914, el general Bernardo Reyes espía, desde su prisión la pasos de sus amigos y allegados que llevaban a cabo las maniobras externas con el fin de sublevar a la guarnición militar de la Ciudad de México.

Reyes no tenía en sus manos los medios más propios y convenientes, para derrocar al gobierno de Madero; pero ¿cuándo el general Reyes a lo largo de su carrera de ambiciones había vivido la realidad política y civil de México?

Si exento en esta vez, como en las anteriores, de instrumentos prontos y eficaces para el género de sublevación que tenía en mente y que atizaba desde su encierro, el general Reyes disponía, en cambio, de dos fuertes columnas en los generales Mondragón y Ruiz; pues si bien cierto es que ambos no correspondían totalmente al bando reyista, como militares conspiradores tenían afinidades con todos los inconformes del maderismo. Además a esa hora, estaban perdidos los linderos de las personalidades, y en la superficie todo parecía seguir un único fin con la negociación de cualquier bandería política o de cuartel.

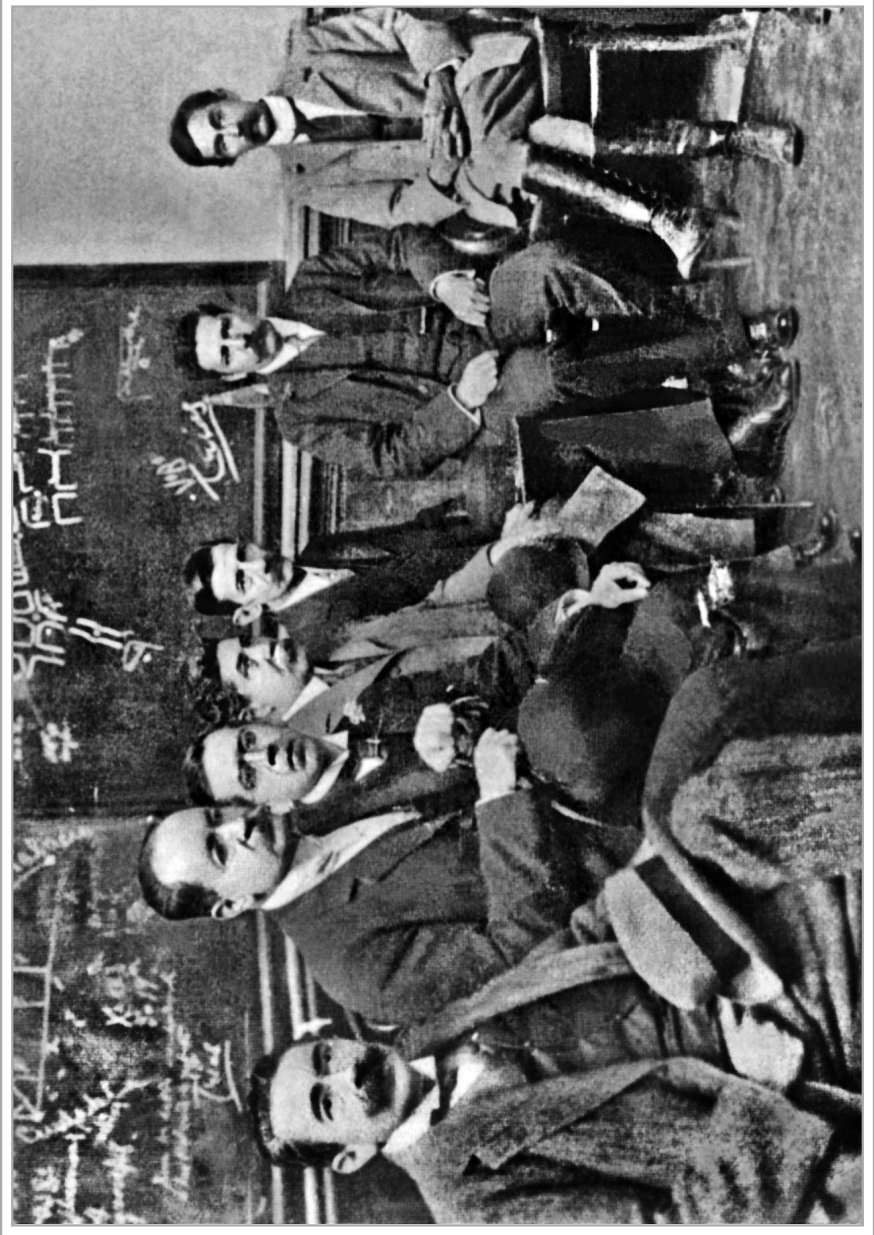
De los dos jefes militares que dirigían la conspiración, Mondragón poseía más impulsos de agresión que Ruiz; ahora que no tenía la rectitud y el desinterés de éste. Mondragón, por otra parte, si no

era la contextura moral de Ruiz, en cambio gozaba de la simpatía dentro del Ejército; pues acreditado como buen táctico y también como supuesto perfeccionador de las armas francesas y alemanas, pero principalmente de los cañones fabricados en Francia, esto le daba mucho vuelo, pompa y suficiencia. Carecía, por otro lado, de escrúpulos y sus apetitos de mando y poder eran invencibles y manifiestos; aunque su carácter no le permitía hacer partido ni ser líder de partido, con lo cual estaba siempre destinado a servir como instrumento de los mayores, sin poseer palabra capaz de hacer dirección o escuela.

Más personaje, no sólo por su edad y experiencia, sino por sus actitudes reflexivas, sus disposiciones de mando y la responsabilidad que daba a los compromisos que contraía, era el general Ruiz. Sin embargo, mucho pesaba en éste la idea de que él, y únicamente él, podía ser el vengador de la derrota del Ejército Federal en 1914; y como suele acontecer con quienes pretenden ser los héroes ineludibles del desquite, confiaba tanto en su hazañería que no medía sus palabras, ni sus órdenes, ni sus decisiones.

Ruiz había aguardado con tranquilidad los resultados del levantamiento del general Félix Díaz en Veracruz. Había aguardado, asimismo, la reacción que la oposición política a Madero, hecha desde la tribuna de la Cámara de Diputados y en las columnas de la prensa periódica, pudiera producir en el ánimo popular. Había aguardado, en fin, a la retonificación del porfirismo, atolondrado como consecuencia de la victoria maderista. Ruiz era de los individuos que sabían esperar; pues no ignoraba que en el orden político hay días que representan la crisis y que por lo mismo pueden ser aprovechados, para los fines de la subversión.

Después del fracaso del brigadier Díaz en Veracruz, el desaliento se había apoderado de los contrarrevolucionarios. El general Reyes creyó que todo estaba perdido. Mondragón se retiró cautelosamente de la empresa conspirativa. Los cuarteles en el Distrito Federal, a



José López Portillo y Rojas, Félix Díaz, Manuel Mondragón y Emilio Rabasa, entre otros, 1913



donde se tenía a broma la idea de que el gobierno estuviera en aptitud de hacer resistencia en caso de un levantamiento, ahora, con lo sucedido en Veracruz, volvían al silencio. Los líderes de la antigua juventud dorada del régimen porfirista que incitaban a la rebelión de la oficialidad del Ejército, suspendieron sus actividades. Sólo el general Ruiz continuó en el círculo estrecho, pero definido, de la esperanza. Sabía, porque era uno de los generales más conocedores de la idiosincrasia del cuartel, que el Ejército estaba muy dilatado en lo que respecta a las ideas de la lealtad y pundonor militares. No ignoraba, como viejo jefe, que extinguido el principio de la obediencia y disciplina en los cuarteles, los soldados carecen de ser y manera de ser, y que si no entregados a la causa de Reyes o Félix Díaz estarían a la mano de cualquier otro caudillo, pero menos de un caudillo oficial. En la mente del Ejército se había inficionado con la idea de que el gobierno era una peste, que debida o indebidamente, era indispensable exterminar. Recomponer o recomenzar el principio de la ordenanza militar estaba fuera de todos los órdenes de la vida mexicana, y tampoco entendía el Ejército los conceptos de la Constitución, ni de la legalidad de los poderes públicos, ni del deber del soldado. Los publicistas y los oradores habían corrompido los regímenes que anteriormente constituían la norma y el honor militares.

Para que la nación, la sociedad y el Ejército llegaran a tan deplorable condición dentro de la cual el Estado perdía respetabilidad y el gobierno sentía debilitar poco a poco sus cimientos, y para que la nación se hallara en la brecha de tales angustias, contribuyeron los novatos diputados del grupo Renovador, quienes en lugar de ser pasta unida en fuerza de representación y talento al gobierno, pretendieron, mediante un ridículo memorial (5 de enero) polemizar con el presidente de la República, con lo cual justificaron los atropellados designios de los opositores, dando lugar a que el presidente quedase abandonado de sus propios y principales pilares.

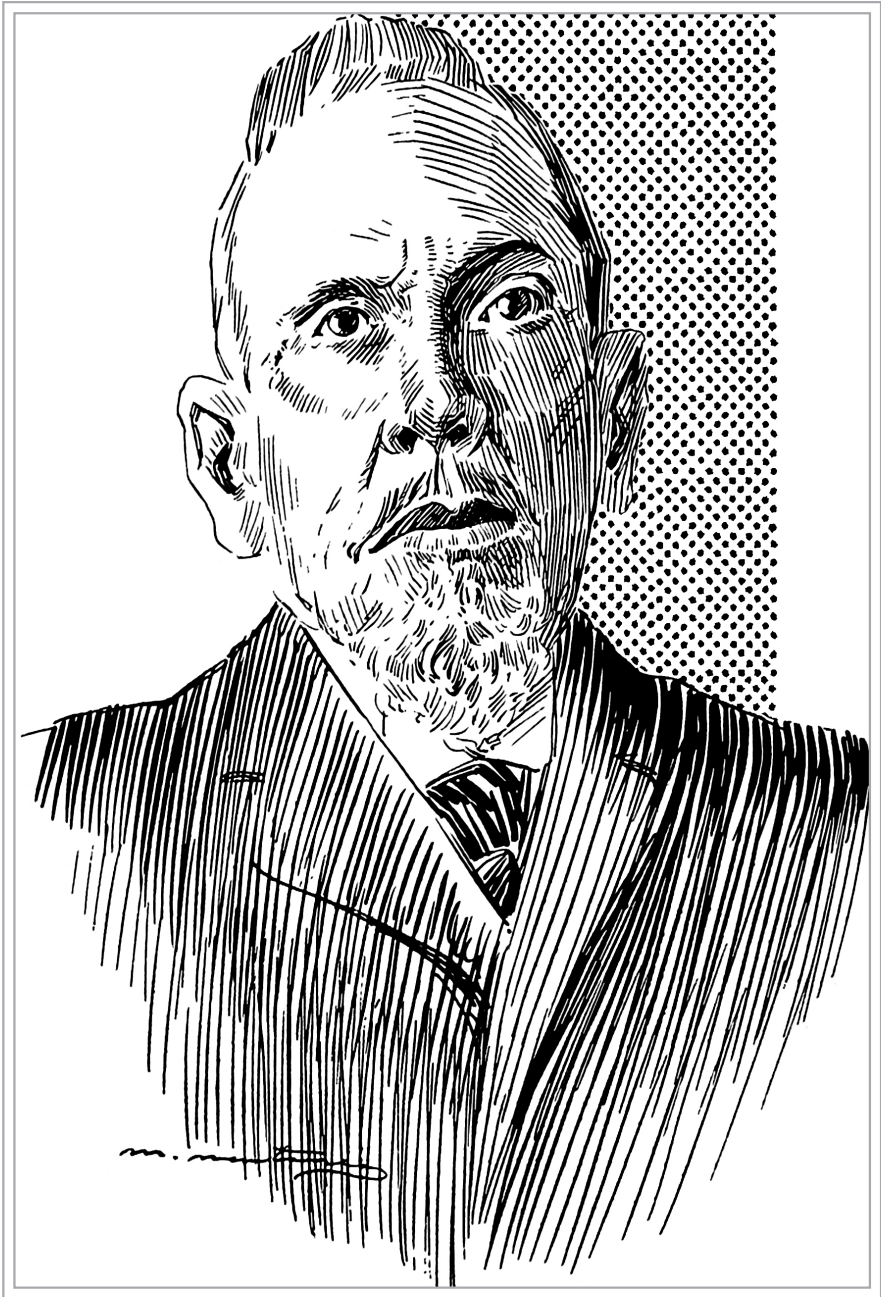
En esa actitud de los diputados renovadores, había más ignorancia que maldad. En el fondo no dudaban de Madero. Creyeron inocentemente, eso sí, que complaciendo de un lado a la oposición y siendo maderistas, de otro lado, pues, que era llegado el momento de la transacción, olvidando el carácter definido y valiente de Madero y olvidando asimismo que un paso en falso constituiría complicidad con los contrarrevolucionarios.

Así y todo, el presidente en seguida de enterarse del memorial, en el que no faltaban las críticas al gobierno ni una postura vanidosa de los firmantes, invitó a los diputados a una conferencia (20 de enero), durante la cual, Madero corrigió los conceptos aquellos. Les hizo saber los preparativos de la contrarrevolución y les advirtió que no estaba dispuesto a dar contento a la oposición polemizando con los líderes de la Revolución, pidiéndoles que se abstuvieran de ser, en esos días, instrumentos indirectos, aunque eficaces para soliviantar los ánimos populares, ya excitados a resultas de la insidia de los enemigos políticos del gobierno.

Los diputados, en seguida de su conferencia con Madero, retrocedieron del peligroso camino que pretendían seguir pero ya era tarde para servir más efectivamente al gobierno. Los intereses aglutinados en torno a la aventura que se preparaba crecían minuto a minuto.

El general Reyes, siempre en alas de la angustia y la desesperación, al tener noticias de que las fechas para el pronunciamiento seguían siendo pospuestas, pidió al general Ruiz que se señalara la hora final, pues temía que el gobierno tomara dispositivos de emergencia e hiciera abortar la conspiración. Ruiz, en efecto, luego de señalar el 9 de febrero como el día para el levantamiento, lo cambió al 11, con la esperanza de que el general Victoriano Huerta diera su última palabra de compromiso para el movimiento preparado.

Huerta, ciertamente, había sido invitado por Rafael Zayas, en nombre de Reyes para que se uniera a los conspiradores; pero el



General Gerónimo Treviño

general Huerta, sin desechar ni aceptar la invitación se dio asimismo la esperanza de ser, llegado el momento, el caudillo y no el lugarteniente de los caudillos; ahora que aparentando una neutralidad, indicó que mientras él no hiciera cabeza vería la situación con cautela.

Huerta no olvidaba su postergación militar durante el régimen porfirista, como tampoco podía perdonar el retiro obligado al que estaba sentenciado por Madero. Posiblemente espiaba el momento de vengarse de quienes no creían en sus aptitudes militares o le temían y por lo mismo le perjudicaban en su carrera profesional.

Desabrida e incierta para el general Reyes fue también la respuesta del general Jerónimo Treviño, el viejo caudillo militar del norte quien a pesar de carecer de criterio y voluntad, tenía ambiciones desmedidas para su corta, endeble y envejecida personalidad. Treviño, invitado para figurar entre los jefes de la contrarrevolución, contestó con aprobaciones mezcladas con evasivas, de manera que no se podía fijar cuáles eran sus aspiraciones.

Dos comisionados más envió el general Reyes buscando apoyo fuera de la Ciudad de México. Uno de tales comisionados se dirigió al sur, para conferenciar con el general Emiliano Zapata. El segundo, marchó al norte en busca del general Pascual Orozco aunque a poco regresó el primero, Miguel O. de Mendizábal, comunicando a Reyes que Zapata no sólo se había rehusado a recibirle, sino que mandó que se le diera un plazo de 24 horas, para salir de los campamentos zapatistas.

Echados, pues, todos los tentáculos, sólo era cuestión de esperar la hora en la cual el general Ruiz indicara como la conveniente para iniciar el alzamiento. El calendario, sin embargo, seguía siendo objeto de una tras de otra modificación, hasta el 8 de febrero, pues a la mañana de este día, el general Ruiz dio el toque de alarma: el gobierno estaba en posesión de los planes para el pronunciamiento; los oficiales de las corporaciones acuarteladas en el Distrito Federal, serían cambiados de ubicación; la guardia de la Ciudadela sería refor-

zada; la policía seguía muy de cerca los pasos de Mondragón y Ruiz; la fecha señalada, la del 11 de febrero, debería ser anticipada; una mayor demora sembraría la desmoralización entre los civiles comprometidos a empuñar las armas.

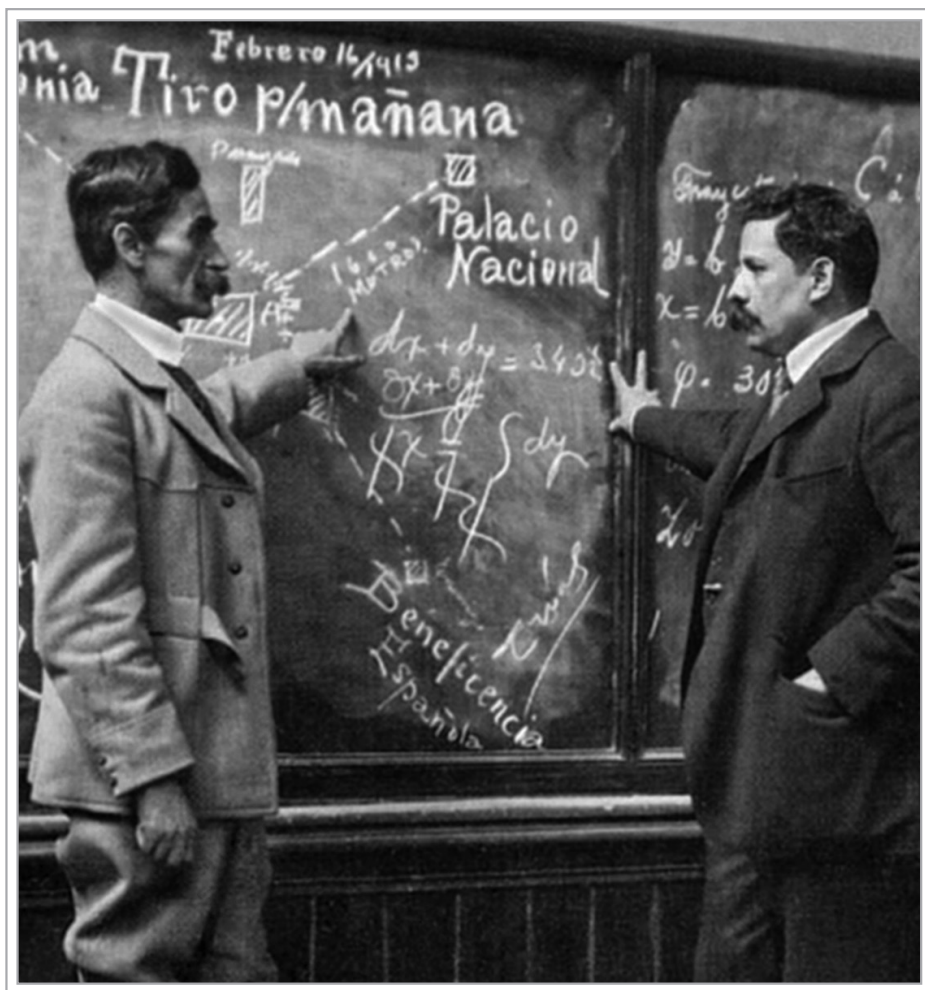
A la tarde del día 8, pudo reunirse el general Ruiz con Mondragón en Tacubaya. Allí fraguaron los últimos planes conforme a los cuales, el pronunciamiento se llevaría a cabo la madrugada del 9, debiendo empezar el general Mondragón el alzamiento con los soldados del cuartel de Tacubaya, Ruiz, con los alumnos de la Escuela de Aspirantes, una fracción de la tropa comprometida dentro del Palacio Nacional y un grupo de oficiales de su confianza, entraría a la residencia del Ejecutivo, con la certeza de catequizar a la guardia y al propio comandante de la plaza, general Villar.

Éste, quien hasta los primeros días de enero estuviera comprometido con los contrarrevolucionarios, ahora, abandonando su lecho de enfermo se hallaba al frente de la defensa de Palacio; pues tenía noticias precisas de que el general Gregorio Ruiz asaltaría la residencia presidencial a la madrugada del domingo 9.

Villar, con mucha iniciativa y actividad, en seguida de poner al corriente al presidente Madero de lo que se preparaba, aunque sin conocerse con precisión la hora elegida por los sediciosos para realizar sus fines, con mucha actividad e iniciativa, mandó reforzar la guarnición de Palacio, cambió de la vigilancia a algunos oficiales a quienes desconfiaba, dio órdenes para que cualquier acto subversivo fuese severamente castigado y se dispuso a esperar al enemigo.

#### EL PRONUNCIAMIENTO DEL 9 DE FEBRERO

A la madrugada del domingo 9 de febrero, el general Manuel Mondragón se presentó en el cuartel de Tacubaya donde estaba alojado el primer regimiento de artillería. Esperábanle los oficiales comprometidos. La tropa fue puesta sobre las armas. Los soldados no



Manuel Mondragón y Félix Díaz planeando el ataque a la Ciudadela

preguntaban, obedecían. La oficialidad no había tenido mucho trabajo en horas anteriores para convencer a cabos y sargentos del pronunciamiento. La maniobra, pues, se presentó fácil. El levantamiento era un hecho; aunque seguía inexplicable, puesto que carecía de plan político. Los líderes no habían tenido ni pública ni privadamente una expresión de ideas, ni puesto en juego una ca-

beza de partido, ni tratado de dar razón constitucional al suceso. Todo parecía ser obra del capricho, del atropello y de los apetitos personales.

Entre los levantados faltaba el entusiasmo. Un silencio, acusador de una cercana tragedia, reinaba en torno del ir y venir de armas y soldados. Mondragón quería avanzar lo más pronto posible no sobre el Palacio Nacional ni sobre Chapultepec, donde habitaba el presidente de la República, sino a poner en libertad a los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz, con la certeza de que mientras él realizaba esta hazaña el general Ruiz ya estaría en posesión del Palacio Nacional. Mondragón fiaba en la audacia de Ruiz.

En tanto Mondragón se encaminaba hacia Santiago, los amigos civiles del general Reyes, reunían grupos de voluntarios en torno a la prisión de Santiago. Estos paisanos habían sido armados de pistolas y rifles de todos los calibres, gracias a la ayuda financiera de viejos porfiristas. Ascendían a poco más de 200 los voluntarios que se movían en la oscuridad cerca de la prisión.

Reyes, en vela, espiaba. Había renacido en él la confianza. Conocía, en todos sus detalles, el plan trazado por el general Ruiz. Estaba deseoso de salir a la calle, montar a caballo, ponerse al frente de sus partidarios, ir en busca de las fuerzas del gobierno y obligarlas a rendición.

La operación se realizaba, si no al pie de la letra, cuando menos con cierto orden. Y no al pie de la letra, porque el general Mondragón demoró su marcha de Tacubaya a Santiago, y el general Ruiz en lugar de avanzar hacia Palacio prefirió unirse a Reyes, marchar junto a éste y recibir órdenes directas de los caudillos cuando ya éstos, libres, tomaran la jefatura de la sedición.

Ruiz llegó a las puertas de Santiago al frente de una fracción del cuerpo de artillería, y sin dificultad alguna, hizo que se pusiera en libertad al general Reyes, quien al aparecer a la puerta de la prisión fue saludado con los *vivas* de sus amigos y partidarios. El general



vestía traje de paño negro, sombrero color gris, botas militares de charol, y se cubría con un capote de capitán general español, obsequio del rey de España Alfonso XIII.

Reyes dio órdenes para emprender la marcha, al tiempo de que se le unían dos compañías del regimiento de caballería que se hallaban custodiando el edificio contiguo a la prisión, un grupo de jóvenes jinetes de la Escuela de Aspirantes y una columna de poco menos de mil hombres, al frente de la cual llegó el general Mondragón.

Entre voluntarios y soldados los pronunciados sumaban 4,800 hombres. El general Reyes, con la esperanza de acrecentar sus fuerzas conforme avanzara hacia el centro de la ciudad, puso en movimiento a aquella gente; luego montó en su caballo *Lucero* y saludando con el sombrero a los soldados partió al frente de la columna hacia la penitenciaría del Distrito, con el propósito de exigir la libertad del general Díaz.

Al ponerse en movimiento la columna, lo que había sido frialdad en el alma de la tropa sublevada, se transformó en optimismo. El propio Reyes, yendo y viniendo a caballo como en sus buenos tiempos de soldado, y quizás como un presentimiento de que aquella jornada de lucimiento y audacia sería la última de su vida, era otra persona distinta a la que salió de la prisión. De la gravedad en el semblante, Reyes pasaba ahora el contento; también a la demasiada confianza. Pareció volver a los primeros años del siglo, cuando con grandes ímpetus queriendo conquistar la gloria personal y tal vez la gloria del poder, organizó la segunda reserva del Ejército, expidió las ordenanzas militares y modernizó los cuarteles.

En medio, pues, del contento y de una aparente seguridad, el general Reyes comprendió que no había tiempo que perder, y dio prisa a la columna para dirigirse a la penitenciaría.

La vanguardia fue entregada al mando del general Ruiz con fuerzas del primer regimiento de caballería. Seguía la escolta personal del caudillo con alumnos de la Escuela de Aspirantes. Después,

iba el general Reyes escoltado por el doctor Samuel Espinosa de los Monteros y los capitanes Manuel Romero López y Jesús Zozaya. Tras de éstos, marchaban los civiles armados, entre quienes se veía a los líderes contrarrevolucionarios Cecilio Ocón, José Bonales Sandoval y Rafael Zayas. Cerraban la columna soldados de varias corporaciones desleales al gobierno, al mando del general Manuel Mondragón.

Los pronunciados, en el camino a la penitenciaría, como observarían al pasar frente al cuartel de Teresitas, que los soldados allí acuartelados ni se unían ni atacaban a los pronunciados, Reyes mandó que se les invitase a la rebelión y así se hizo, con resultados favorables, pues oficiales y clases del 20o. batallón, en número de 200, salieron a la calle en son de guerra. Con esto, quedaron fortalecidos el ánimo y la condición militar de la sublevación.

A esa hora, la luz del sol iluminaba la escena; y como la columna avanzaba en medio del estrépito de tambores y cornetas, la gente salía a balcones y puertas, y al columbrar la figura de Reyes aplaudía, sin saber cuál era el suceso principal; antojándosele —dice la crónica— “que volvían los días” de las grandes paradas militares del porfirismo.

Sin contratiempo, y con el aumento de voluntarios que al paso de la columna se unían a ésta, ilusionados por un género de aventura que hacía varias décadas no veía la capital, llegó Reyes frente a las puertas de la penitenciaría, y en el acto mandó que incondicionalmente fuese puesto en libertad el general Félix Díaz; y como el director del establecimiento se rehusara a hacerlo, advirtiéndole que iba a pedir instrucciones al gobernador del Distrito, Federico González Garza, Reyes ordenó que fuese emplazada la artillería dispuesta a bombardear los muros penitenciarios. Ante esto, el director, mandó, abrir la reja para que Díaz quedase libre.

Ahora, ya eran dos los caudillos de la cuartelada; aunque no sabían a ciencia cierta qué camino elegir; pues los planes primeros

parecían inconvenientes, ya que tanto Reyes como Díaz creían que el alzamiento sería total, de manera que no esperaban hallar la resistencia del gobierno.

Mientras que los dos generales discutían y esperaban los informes de los oficiales destacados hacia el Palacio Nacional, entre los sublevados todo era alegría y entusiasmo; y unos gritaban y otros disparaban sus armas al aire, y los terceros tiraban de los cañones con los cuales llegaron al campo rebelde dos compañías del regimiento de artillería de la Escuela de Tiro.

Un par de horas permanecieron allí los pronunciados, hasta que informados Reyes y Díaz de que la situación en el interior del Palacio Nacional era otra de la que esperaban, puesto que el general Villar había cambiado totalmente la guardia que se suponía iba a unirse a los rebeldes, y por lo mismo a franquear la entrada de éstos a la residencia del Ejecutivo, los dos caudillos optaron por nuevos planes; y al efecto, comisionaron al coronel Salvador Anaya para que al frente de un pelotón de caballería avanzara hasta Palacio y se cerciorara de lo acontecido, debiendo volver al encuentro del grueso de la columna que quedaría apostada al costado norte del propio Palacio.

Partido que hubo el coronel Anaya, el general Reyes, quien en aquellos momentos tomaba el mando formal de los sediciosos, mandó que la columna fuese reorganizada en la misma forma como llegara a la penitenciaría, y en seguida se puso en marcha, yendo siempre a la vanguardia el general Gregorio Ruiz.

Los rebeldes llegaron a la altura de la puerta del Ministerio de Guerra y Marina, en la calle Moneda, y Reyes mandó hacer alto, en los momentos en que era informado sobre la verdadera situación dentro de Palacio; pero sin creer en tales noticias, ordenó al general Ruiz que avanzara con un pelotón de caballería y un grupo de aspirantes hacia la puerta central de Palacio, tratando de comunicarse con el general Villar, para hacer un esfuerzo y convencerle de que se uniera a la cuartelada. Reyes insistía en que Villar, su antiguo

subordinado y amigo, no sería capaz de hacer fuego contra los rebeldes. Y en eso estaban también seguros los generales Díaz y Mondragón.

Sin embargo, como se demorase el regreso de Ruiz y no se tuvieron noticias sobre el paradero del coronel Anaya, Reyes llamó a su lado a Mondragón y Díaz, comunicándoles la decisión de ir él, Reyes, personalmente, al frente de los soldados del primer regimiento de caballería hasta las puertas de Palacio para comunicarse verbalmente con Villar; y esto, a pesar de que minutos antes, había sido advertido que los defensores de Palacio estaban tendidos en línea de combate y que, por lo mismo, no parecían dispuestos a unirse a los pronunciados. Así y todo, Reyes reiteró la orden de marcha y en el acto se encaminó hacia la Plaza de la Constitución, mientras que Díaz y Mondragón quedaban con el grueso de la columna sobre la misma calle Moneda esperando el orden de los acontecimientos.

Reyes, en quien, por los sucesos anteriores a la caída del régimen porfirista y por los que se siguieron durante los comienzos del presidenciado maderista, ya no se creía, pues se le tenía por pusilánime y titubeante, iba a tratar de reivindicarse, porque muchos eran los defectos del caudillo rebelde, pero de ninguna manera el del soldado —del soldado, se reitera—cobarde en la adversidad.

Creuyendo, pues, exageradamente en sí mismo y en el poder que su persona ejercía sobre los soldados, Reyes se adelantó hacia la Plaza de la Constitución, con la idea de avanzar sin tropiezo al interior de Palacio.

Con certidumbre, como se ha dicho, no sabía Reyes lo sucedido a Anaya y a Ruiz. Este, con la seguridad de que el general Villar aplaudiría su audacia, había llegado a la puerta central de Palacio y sin tropiezo alguno, aunque en medio de un sospechoso silencio, halló la entrada franca, y al ver al general Villar en medio de un grupo de oficiales intentó dirigirse a éste, mas en ese momento los generales Manuel

García Hidalgo y Eduardo Caos, invitándole a echar pie a tierra, rápidamente le desarmaron y haciéndole preso, con mucha brusquedad le condujeron al garitón izquierdo de Palacio. Ruiz pretendió que Caos le libertara, porque todavía hasta el 8 de febrero estaba comprometido a sublevarse, aunque horas después —y sin que esto lo supiese Ruiz— envió un recado al general Reyes, comunicándole que retiraba su palabra de comprometido y por lo mismo continuaría fiel al gobierno.

Y no fue Ruiz el Único detenido. También fueron desarmados y presos los aspirantes que le acompañaban, para ser conducidos en medio de amenazas y acusaciones a las caballerizas de la residencia presidencial.

A los minutos que se siguieron a la detención de Ruiz y sus hombres, se escucharon las primeras descargas, primero de fusilería; luego de ametralladoras en el exterior de Palacio. La tragedia comenzaba, no de aquel día, sino de muchos años, se anunciaba con la muerte del general Reyes; pues éste, resuelto, se repite, a probar su valor de hombre y soldado se adelantó, como queda dicho, hacia la puerta central de Palacio, y a pesar de que todavía pudo hacer oído a la súplica de su hijo Rodolfo para que retrocediera, sin detenerse avanzó enhiesto hasta que una primera descarga de los soldados apostados en la acera de Palacio, le fue fatal. Caído para siempre, frente al lugar donde soñó durante una década, casi exacta, hacer esplender un gobierno sucesor de don Porfirio, el general Reyes hizo imperecedero el signo de la ambición política.

Era el general Reyes hombre de extraordinaria empresa. Poseía un verdadero don de mando, del que abusaba sobre los débiles y ocultaba, cauteloso, frente al superior. Por haber servido con lealtad al general Díaz, éste le premió. El premio, sin embargo, Reyes lo atribuyó a méritos personales y no a la técnica y sabiduría política de don Porfirio. De aquí —de creer que el general Díaz le admiraba y no que premiaba en él al servilismo— se formó un Reyes ilusivo, descentrado y engreído. Y todo eso, en tan grande proporción, que nunca advirtió su verdadera posición en la mentalidad de don Porfirio. Los

ardides y artificios de que se valía el general Díaz, ya para apaciguar, ya para guiar a propios y extraños, fueron siempre ignorados por el general Reyes de manera que esta ignorancia le hizo vivir fuera de la realidad política y jurídica de la República.

Esto no obstante, Reyes, en el tablado de un pueblo que al través del régimen porfirista llegó a perder la brújula de sus aspiraciones, fue hombre que sembró y fomentó la popularidad.

Quizás fue el líder más popular de los días anteriores a la grandeza del porfirismo, y de los que precedieron a la victoria revolucionaria de Madero. Pero así como fue admirado por el pueblo, así también tuvo una época de odios porque icon qué mano tan dura mandó castigar a los primeros opositores a don Porfirio! ¡Qué surco de denuncia, persecución y sangre dejó en el norte del país para ganar la confianza del autócrata!

Sin embargo, el cuerpo de aquel hombre, envuelto por la sangre y la tierra de la Plaza de la Constitución, producía conmiseración, también lágrimas, porque ya no había, para esas horas, mexicano alguno que no sintiera en su corazón el soplo de la desgracia. Y era, en efecto, una desgracia no tanto la muerte de aquel hombre digno de otro género de empresas, cuanto el aullido de los apetitos que por desear poder y gloria olvidaban los deberes patrios.

## HACIA LA CIUDADELA

Los generales Félix Díaz y Manuel Mondragón, a poco más de un centenar de metros del lugar donde cayó el general Reyes, no hicieron el menor movimiento militar de auxilio ni de lucha. Las entradas laterales del Palacio Nacional se prestaban, máxime que ni siquiera estaban resguardadas, para amenazar a las fuerzas del general Villar. Así y todo, Díaz y Mondragón permanecieron lelos, sin saber qué partido tomar, ni qué camino seguir. El cielo, generalmente enemigo de las ambiciones puras o razonadas, no les quiso dar

consejo alguno. La patria, atolondrada y angustiada, hizo del silencio un grande y grave paréntesis: que esperaba conocer el amor de sus hijos.

Así, mientras que los minutos apremiaban a una resolución de Díaz y Mondragón, y en tanto los aspirantes jugaban a la contrarrevolución y numerosos pacíficos vecinos de la metrópoli eran víctimas inocentes de las balas, alguien de las filas sediciosas, recordó el plan original de marchar, sobre la Ciudadela para apoderarse allí del material de guerra; y con esto, Díaz y Mondragón llegaron a la conclusión —pues así lo había recomendado también Reyes— de que, en efecto, era la Ciudadela el punto débil de las defensas del gobierno y resolvieron ponerse en marcha hacia tal objetivo.

En realidad, este movimiento de los pronunciados acusaba una retirada poco honrosa, puesto que abandonaban el puesto de combate sin haber disparado un solo tiro. La artillería y la fusilería, quedaron mudas en un momento en que, por decoro y bizarría, debieron probar que el gobierno tenía enemigo al frente.

Tampoco fue ejemplar la conducta de los defensores de Palacio; porque si es verdad que acababan de ahogar los ímpetus y los apetitos de los contrarrevolucionarios, el hecho de no haber salido del reducto, para atacar y destruir a aquellos rebeldes que tenían perdida la moral y designio militares, constituía un desconocimiento del arte de la guerra; también una actitud negativa para la paz y tranquilidad de la República. Ciertamente que dentro de Palacio no había fuerzas suficientes para una persecución efectiva a la desmoralizada columna de Díaz y Mondragón, pero el solo hecho de hostilizarla desde la ventajosa posición que ofrecían los muros del Palacio Nacional habría proporcionado superioridad al gobierno.

Pudieron, pues, los pronunciados retirarse sin quien les amenazara; aunque con desorden, hasta la calle de San Ildefonso a donde medio reorganizaron la columna; y poniéndose al frente de ésta el general Díaz, se reemprendió la marcha al norte de la calle del Reloj,



para luego cruzar la ciudad de oriente a poniente y entroncar a las calles de Guerrero y seguir por Rosales y Bucareli.

Para la hora en que los sediciosos se acercaban a la Ciudadela, la guardia de la misma estaba sobreaviso y esperaba un refuerzo prometido por la comandancia de la Plaza. Éste no había llegado al tiempo de avistarse a su enemigo, por lo cual los vigilantes se dispusieron a la defensa del recinto, pero todos sus aprestos fueron inútiles. El enemigo era muy superior en número, por lo que se vieron obligados a rendirse.

Al tomar la Ciudadela, Félix Díaz, después de apoderarse del material bélico, quiso retirarse a Tacubaya debido a que aquel recinto no ofrecía ninguna ventaja, ora para la defensa, ora para recibir víveres, pues podía ser asediado por las fuerzas del gobierno; pero en imposibilidad de cargar con todas las armas que allí estaban almacenadas y comprendiendo que de dejarlas las aprovecharía el gobierno, luego de una discusión con el general Mondragón, quien le prometió tener a raya al enemigo, gracias al despliegue de las baterías de artillería y a las cantidades de ametralladoras que allí había, optó por quedarse en la Ciudadela, con la certeza que las bocas de fuego tendrían a los soldados federales a distancia, de manera que quedase un camino para la introducción de comestibles.

En Félix Díaz obró en aquel momento, más la confianza inocente que la confianza en la bizarría y táctica militares. Aquellos hombres, en efecto, estaban lejos de una acción heroica como enseñaba el hecho de encerrarse en aquel lugar.

La Ciudadela, no obstante su pomposo nombre, que parecía indicar que se trataba de un recinto fortificado colocado en el centro de la Ciudad de México con el propósito de hacerlo refugio de la guarnición militar de la plaza, era una finca endeble, conservada no para servir a la guerra, sino para almacenar o reparar en ella material bélico secundario.

Esto, si lo observó Mondragón fue para considerar que si el lugar era impropio para la defensa de los pronunciados, en cambio presentaba la posibilidad de provocar desde allí un levantamiento popular; pues los habitantes de la metrópoli no resistirían la tentación de verse súbitamente armados. 85 mil rifles, en efecto, estaban allí esperando el momento de ser distribuidos, ya entre los soldados del Ejército regular ya entre los paisanos alborotados por las perspectivas de muerte o ganancia que ofrecen los alzamientos en el corazón de las ciudades.

Más que el recinto, más que el valor de los sublevados, más que la esperanza de rechazar a las fuerzas atacantes, el estímulo para quienes estaban apoderados de la Ciudadela era el material de guerra allí concentrado. Allí, aparte de los 85 mil rifles, estaban 100 ametralladoras, 27 cañones, 100 mil granadas y 20 millones de cartuchos. Los pertrechos almacenados en la posición capturada, equivalían al doble, por lo menos, del poder del fuego que tenían las fuerzas del gobierno de todo el país. La pronta y fácil conquista del punto, equivalía a un porcentaje de triunfo superior de que se presentaba a las fuerzas que permanecían leales al presidente Madero.

De esta suerte, el número de acompañantes de los generales Mondragón y Díaz, pasaba a ser secundario. El número, ciertamente, apenas —descontando las bajas en heridos, dispersos y muertos en la Plaza de la Constitución y las calles de la metrópoli— pasaba de los 2 mil; pero éstos, aparte de tener una ametralladora para cada 20 combatientes, podían armar a otros muchos miles más y poner en acción todas las piezas de artillería. Los cálculos de Mondragón, experto en el arma, indicaban que con tales cañones y las granadas de que disponían, era posible hacer llover fuego sobre la Ciudad de México durante las 24 horas de tres días consecutivos. El poder de fuego, pues, de los pronunciados, les daba muchos privilegios. Tantos así, que el poder de fuego del gobierno quedaba empequeñecido y



Soldados en el ataque a la Ciudadela durante la Decena Trágica

ofrecía muy pocas ventajas para augurar un triunfo militar sobre los sediciosos.

Además, como era notorio el apoyo de la mayoría de los habitantes de la metrópoli para los sublevados, estos estaban confiados en que no les faltarían víveres, ni atenciones médicas, ni estímulos del vecindario, ni noticias de los soldados del gobierno. Más favorable posición no podía presentarse para el futuro de los posesionados de la Ciudadela. La elección del punto, para defenderse del gobierno, había sido fortuita, pero efectiva.

El combate iba a empezar, puesto que, sin pérdida de tiempo, Madero organizó el ataque a la Ciudadela.

#### LA DIGNIDAD PRESIDENCIAL

Caído el general Bernardo Reyes hacia el oriente de la Plaza de la Constitución y a no muchos metros de la puerta central del Palacio Nacional, y huyendo en desbandada y terror los soldados desleales al gobierno que escoltaban al caudillo del pronunciamiento, el poder moral y material de los defensores de la residencia del Ejecutivo de la nación se acrecentó considerablemente. Los soldados de Villar cobraron bríos y sin respetar a los paisanos que, ya siguiendo a Reyes, ya movidos por la curiosidad se hallaban en la plaza, dirigieron el fuego de la ametralladora plantada a la puertas de Palacio sobre la multitud, causando numerosas víctimas, lo mismo entre inocentes que entre periodos; y caían los aspirantes; caían los mirones; caían los voluntarios, mientras que una muchedumbre, aumentada con la gente que a esa hora salían de la iglesia Catedral, corría en todas direcciones tratando de salvarse de la muerte.

El fuego que hacían los defensores de Palacio no cesaba, a pesar de que los asaltantes estaban exterminados. Los soldados del Ejército reparaban así la falta al honor y a la lealtad cometida por los comprometidos en la cuartelada; y tanto así, que en esos momentos pareció renacer el alma decorosa y pundonorosa del soldado; del soldado que tiene como principal misión defender a las instituciones establecidas por la Constitución.

La sublevación, como se ha dicho, habría terminado allí mismo, si el general Lauro Villar, tiene a sus órdenes un mayor número de soldados; pero la situación de Villar no era tan sólida para salir de Palacio y emprender la persecución de los sediciosos.

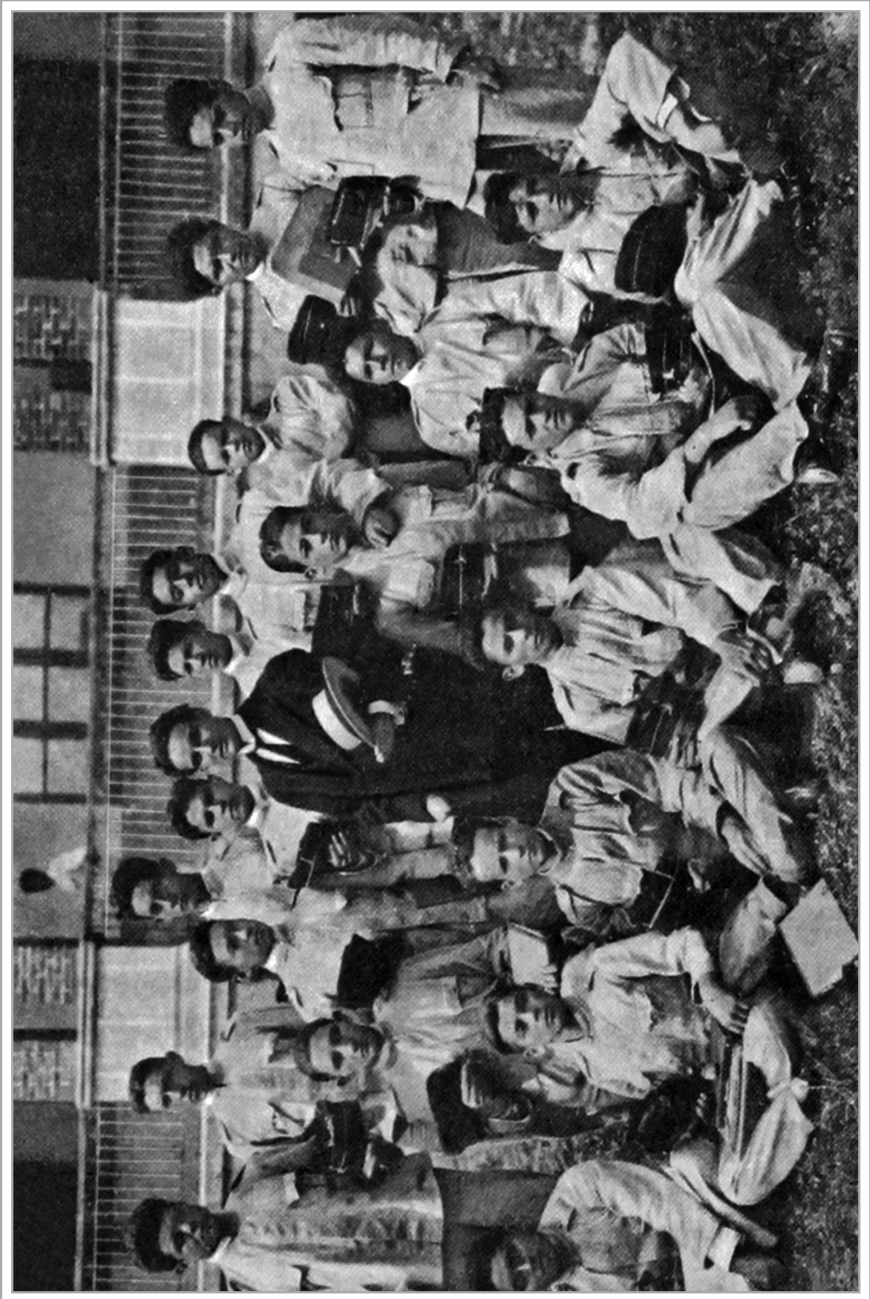
De todo esto, tenía noticias directas y constantes el presidente de la República, quien desde las primeras horas de ese domingo 9 de fe-

brero no había cesado de dar órdenes; ahora que estas no podían ser cumplidas al pie de la letra, debido a que la mayoría de las fuerzas correspondientes a la guarnición de la plaza estaban al lado de los levantados.

Ordenó el presidente a esas horas decisivas para la suerte del gobierno de la Revolución, entre otras cosas, que los secretarios de Estado fueran informados de todo lo que acontecía, advirtiéndoles que él, el presidente, se dirigía al Palacio Nacional, en donde estaba el asiento de la legalidad y del orden. En esos minutos, Madero —y así se lo dijo al ministro Manuel Bonilla— sintió el hábito del valor, la decisión y la Constitución hecha ejemplo en Benito Juárez, quien en pensamiento, regresaba en aquellas dramáticas horas al mando y gobierno de la República. Las enseñanzas de Juárez, quien había hecho tan respetable e inquebrantable el principio de autoridad, serían, a partir de esos momentos, el precepto mayor de la Revolución; también de los revolucionarios —aun de los revolucionarios más legos.

Dispuesto así a defender su jerarquía constitucional, Madero, quien a la sazón se alojaba en el Castillo de Chapultepec, resolvió marchar al Palacio Nacional; pero como no tenía más fuerza armada que le escoltase que los alumnos del Colegio Militar, ordenó que éstos se dispusiesen al cumplimiento del deber, para lo cual dio instrucciones al subdirector del plantel.

Madero estaba excitado; aunque la lucha era parte principal de su mentalidad osada y responsable; y aunque los primeros informes recibidos eran adversos a los intereses oficiales, el presidente confiaba en rehacer su posición militar. No era, en efecto, Madero, de aquellos hombres que fácilmente se confían de las primeras impresiones. Cuando se dice que uno de sus principales errores de presidente —que de no cometerlo, aseguran los impugnadores del maderismo, no se produce la cuartelada que remiramos— consistió en no haberse rodeado exclusivamente de maderistas, es que se



Cadetes del Colegio Militar



ignora el meollo de lo sucedido en 1913. Al punto, es necesario no olvidar que la Revolución la hicieron dos docenas de semicaudillos; y que de éstos, sólo seis tenían experiencia respecto a la gobernación; tampoco la tenían en la organización formal de las corporaciones militares. Así, ¿a quién de los jefes del maderismo pudo el presidente confiar el ataque a los posesionados de la Ciudadela? Todavía, durante esos días que recorreremos, no surgía la pléyade de guerreros y políticos que hiciera el tronco y la fronda de la Revolución Mexicana.

Así y todo, guiado por la estrella de su audacia casi sin par, el presidente de la República, descendió del Castillo de Chapultepec, y entre los fusiles, con bayoneta calada, de los alumnos del Colegio Militar, empezó a avanzar por el Paseo de la Reforma. A su lado iban el ministro de Comunicaciones Manuel Bonilla y otros allegados a Madero y al maderismo.

La marcha fue lenta y con algunas precauciones, aunque no con las que requería un presidente constitucional de México. Los cadetes del Colegio estaban dispuestos a entregar sus vidas por el presidente, pues a esas horas las definiciones valientes llenaban el alma de propios y extraños.

Aquellos jóvenes defendían, en efecto, no solo el honor del soldado y la Constitución. Defendían también el decoro y nombre de México, la vida y jerarquía del presidente constitucional. Y se dice esto, porque no ha faltado quien afirme que Madero cometió “la torpeza de comprometer la vida de los cadetes en una aventura política”.

Veamos, pues, a Francisco I. Madero, montado a caballo y avanzando por el Paseo de la Reforma. Su figura se ha transformado. Una vez más es el Madero que en las primeras elecciones municipales en San Pedro (Coahuila), 10 años antes de los acontecimientos que se revisan, también montando a caballo, hizo que el alcalde porfirista respetara el voto de los Ciudadanos. Asimismo, es la figura de aquel Madero que, en seguida de cruzar la frontera para acaudillar la guerra



contra el porfirismo, se puso al frente de los primeros partidarios de las libertades políticas de México.

Y mientras que el presidente avanzaba hacia la Plaza de la Constitución, los tiroteos continuaban en la ciudad. Los sediciosos, en su movimiento hacia la Ciudadela, habían abandonado a grupos de aspirantes y voluntarios que, sin saber qué hacer, disparaban desde las alturas de las cuales se posesionaran, en el centro de la capital, desde el momento del fracaso del general Reyes.

Así, el presidente llegó frente a las obras en construcción del teatro Nacional. Ahora, ya no sólo le acompañaban los alumnos del Colegio. Seguíanle también 400 o 500 paisanos, todos desarmados, pero dispuestos a la defensa del caudillo.

Sin embargo, la hora no era la más propia para expresar simpatías. Los contrarrevolucionarios tenían al presidente casi a tiro de fusil, por lo cual, con sentido de defensa, Madero resolvió suspender su marcha hacia Palacio y mientras que la tropa hacía limpia de tiradores optó por refugiarse en la fotografía Daguerre. Allí le acompañaban el ministro Manuel Bonilla, el jefe revolucionario Pedro Antonio de los Santos y el capitán de navío Hilario Rodríguez Malpica; y a poco de estar en tal lugar, se le presentó el general Victoriano Huerta.

Éste, después de su comportamiento de glorificación personal y por lo mismo de desafío a la autoridad suprema de la República que le había valido ser destituido, con habilidad política, del mando de las fuerzas del gobierno en el norte, era un resentido, y su presencia, en aquellos momentos, podía llevar a no pocas conjeturas, pero a esa hora su conducta era recta. Posiblemente, no dejaba de pensar en la ambicionada perspectiva de alcanzar el mando y gobierno supremos de México pero ¿qué general del Ejército Federal, a partir de la caída de Porfirio Díaz, no soñó con la presidencia? ¿Escapó a esto, el general Aureliano Blanquet, no obstante lo ignorante y torpe que era? ¿Acaso no quiso también ser presidente el general Manuel

Mondragón, quien no tenía más aptitudes que las de un sargento, aunque precedido de la fama que la publicidad le había dado, para enaltecer de alguna manera al régimen del general Díaz?

No hay pruebas, una sola prueba, para reprochar a Huerta aquella actitud de subordinación y respeto hacia el presidente de la República. Manuel Bonilla, quien observó a un metro de distancia la escena durante la cual Madero conversó con Huerta en la fotografía Daguerre, refiere como el presidente ordenó a Huerta, con señalada autoridad, que se hiciera cargo de la comandancia de la plaza, en sustitución del general Villar, quien había sido herido en la refriega frente al Palacio Nacional. Huerta no tenía otro aspecto que el de un verdadero soldado.

No ignoraba el presidente que Huerta tenía hondos resentimientos hacia Félix Díaz, y esto serviría para estimular al nuevo comandante en su lucha contra un viejo adversario. Además, era incuestionable —y estaba comprobado por la campaña de Chihuahua— que el general Huerta poseía muchas prendas de soldado audaz, valiente y organizador.

Fiaba Madero a Huerta la defensa de la legalidad por una razón más, quizás la más poderosa: Huerta, destituido del mando militar en dos ocasiones por el propio Madero, había aceptado la orden presidencial con inigualable disciplina. La prueba de la lealtad de Huerta hacia el gobierno nacional no pudo ser más dura y efectiva en 1911 y en 1912; y eso, pues, constituía un mérito de soldado y de hombre. Aquel comportamiento de Huerta, significaba, hasta ese mediodía de febrero de 1913, que era general de fiar y que a cualquier actitud contraria a los intereses del gobierno y de la nación podía ser destituido, sin problemas para el presidente ni para el país, del mando que se le daba con todos los caracteres de la responsabilidad y bien de la patria.

Hasta ese momento de la designación, no se observaba en Huerta el menor asomo de maldad. Estaba visiblemente emocionado por

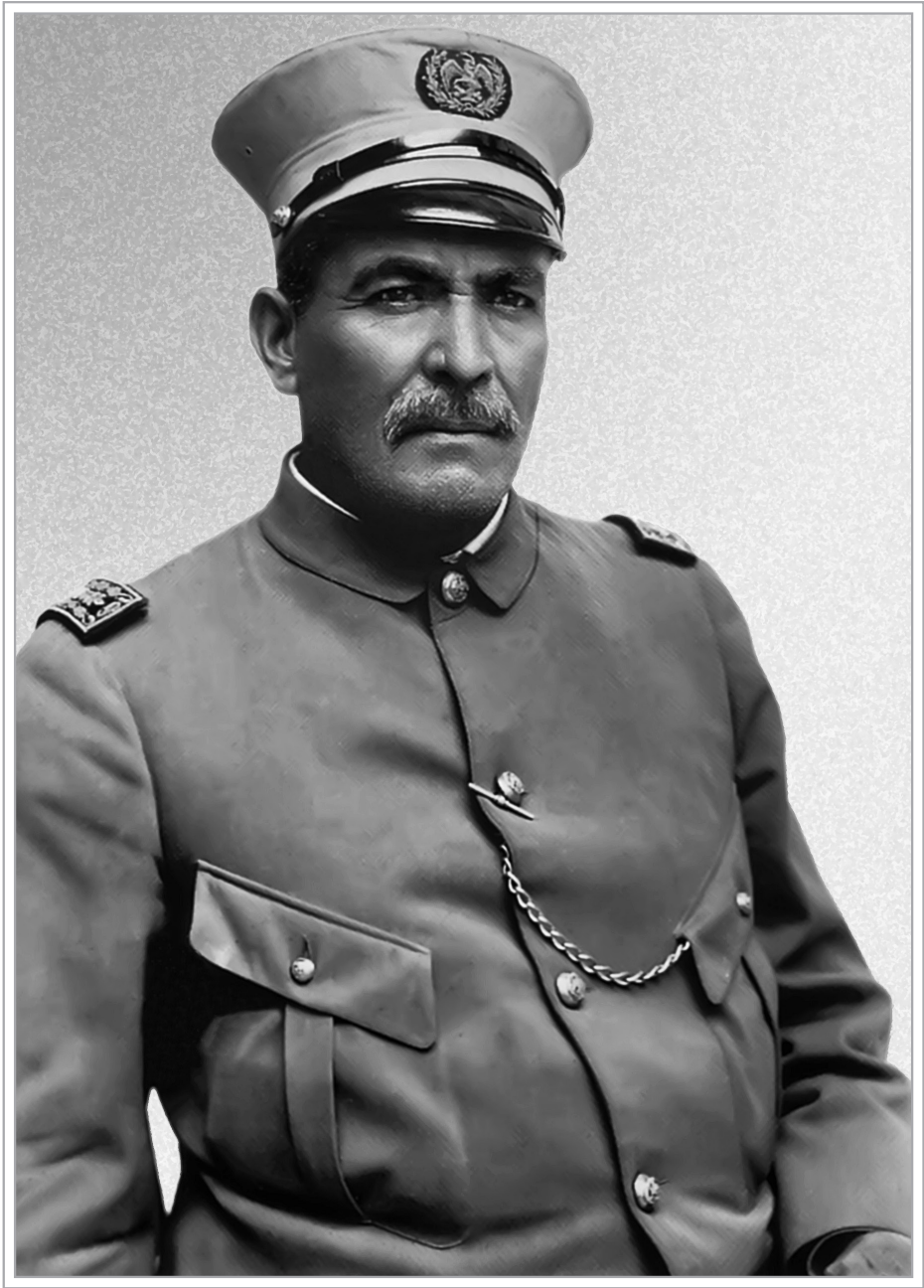
la prueba de confianza que le daba Madero. La maldad tocaría al hombre pocos días después, cuando en medio de los trances a los que lleva la guerra, considera que en lugar de ascenso y de la gloria ambicionada, podía ser destituido por tercera vez. Quizás la memoria, siempre rencorosa, que se ocultaba en el alma humana, salpicó con sus pronunciamientos vengativos, la mentalidad de aquel general que callada y resignadamente, había aceptado el destino que le daba el mando oficial; quizás las tentaciones que incitan a los sujetos exentos de principios morales —y Huerta estaba comprendido en esta clasificación— provocarían, a la hora de verse de nuevo dueño de una alta fuerza militar, un cambio dentro del ser de Huerta.

Madero, pues, tenía como gobernante práctico, bases sobre que apoyar la designación de Huerta. No entregaba la defensa del gobierno constituido en manos de quien no sólo poseía pasta de soldado calificado, sino también de Ciudadano respetuoso de la jerarquía civil.

Como el presidente conocía de sobra los recursos que en material bélico tenía el general Félix Díaz dentro de la Ciudadela, consideró que, para atacar el reducto de los pronunciados, no sólo se requerían conocimientos militares, antes también mucha audacia. Y reconocía que Huerta era osado, muy osado.

Éste, estaba enterado de la situación en la Ciudadela. Sabía el número de hombres a las órdenes de Mondragón y Díaz, así como la cantidad y calidad de los pertrechos allí almacenados; y de todo informó al presidente, y en seguida, con marcado respeto escuchó las instrucciones de Madero, quien le ordenó que aprovechara desde luego a las fuerzas rurales que estaban en el Distrito Federal, porque “tenían una gran experiencia en el asalto a los cuarteles”.

Todo eso lo hacía el presidente con prestancia, conocimiento y decisión; y es que a tales horas estaba de por medio tanto la tranquilidad de la República como la dignidad presidencial, la tranquilidad y dignidad de la nación mexicana.



General Victoriano Huerta

Los líderes políticos y literarios —los líderes políticos y literarios y no los caudillos de la guerra— faccionales, sin recato, consideración o prueba, siempre acusaron a Madero de debilidad, contempORIZACIÓN y otros defectos deprimentes al ejercicio de la autoridad nacional. Hiciéronle responsable, de haberse “entregado en brazos de Huerta”, y tantas así fueron las fobias de esa época, que todavía hasta nuestros días, el nombre de Venustiano Carranza, aunque muy respetable, es colocado sobre el de Madero. Incomparable, sin embargo, fue Madero en aquellas horas de angustia para el gobernante y la nación.

Ahora bien: si el general Huerta cometió un pecado al aceptar la comandancia militar de la Plaza, tal pecado no fue el del dolo y premeditación engendrados en una pretraición. Consistió en no haber tenido la entereza de advertir al presidente —y tenía la obligación de hacerlo por sus aptitudes de soldado— que la Ciudadela no podía ser tomada con las almas y las fuerzas que el gobierno poseía en esos momentos.

En efecto, frente a 2 mil soldados y rurales del gobierno, los dos mil y tantos defensores de la Ciudadela tenían un poder de fuego equivalente a 20 mil soldados. La sola artillería de aquel recinto era suficiente para convertir en ruinas a la Ciudad de México. Félix Díaz, con el número de cañones y metrallas a su alcance, estaba en condiciones de destruir el Palacio Nacional y el Castillo de Chapultepec a la hora que quisiera. No lo hizo por sentimientos humanos. Además, porque conocía su superioridad en armamentos, y esperaba. En sus manos, se repite, estaban 100 ametralladoras, es decir, 40 veces más de las que disparaban los soldados del gobierno; y podía hacer uso de tales instrumentos, con la seguridad de que sus proyectiles le alcanzarían para resistir, con todas las posibilidades de triunfo, un asalto de 10 a 15 mil hombres durante 48 horas.

Por otra parte, no siendo numerosos los defensores de la Ciudadela, éstos no tenían apremio de víveres de la metrópoli franca y abiertamente en favor de la sedición; la gente de Díaz estaba segura de obtener los abastecimientos de boca necesarios. Todo, pues, menos la moralidad y la constitucionalidad, se hallaba de parte del general Díaz.

La grave falta cometida por Huerta al no comunicar al presidente la verdadera posición de las fuerzas leales frente a los pronunciados, fue causa de que Madero, después del alto en la fotografía Daguerre continuara confiadamente hacia el Palacio Nacional a donde a poco se reunían a él, los miembros del gabinete presidencial y los más connotados hombres del maderismo, incluyendo al diputado Gustavo A. Madero, hermano del presidente y en quien éste tenía extremada y justa confianza.

Allí llegó Huerta acompañado de sus ayudantes. Madero había ya puesto en conocimiento de los secretarios de Estado la designación en favor de aquel general, a lo cual nadie hizo objeción, pues al instante vinieron a mientes las cualidades militares de Huerta.

Éste —ahora más sincero que en el momento de ser nombrado comandante de la plaza—, comunicó al presidente sus observaciones sobre la situación de los defensores de la Ciudadela, indicando a Madero las pocas posibilidades que existían para garantizar el triunfo de las tropas del gobierno, ya que además del corto número de soldados en el Distrito Federal, los pertrechos de guerra necesarios para pelear estaban dentro de la Ciudadela. Huerta, sin embargo, sugirió al presidente la conveniencia de concentrar en la Ciudad de México las fuerzas Federales que guarnecían los estados de Morelos, Oaxaca, Veracruz, Puebla, México e Hidalgo, a lo cual objetó Madero lo impropio de abandonar Puebla e Hidalgo a la policía, puesto que tenía noticias de que en estos dos últimos estados conspiraban militares y civiles. En cambio, el presidente consideró que, en efecto, precisaba la presencia de los soldados de Oaxaca, Veracruz y Toluca y dio órdenes para que fuesen llamados desde luego los de

esta última plaza mientras que Madero, se dirigía a Morelos, a fin de hacer consulta con el general Felipe Ángeles, que allí tenía su cuartel general de operaciones contra el zapatismo, sobre la factibilidad de trasladar a la capital la artillería destinada a tal campaña.

A esa hora, y antes de salir para Cuernavaca, fue penoso para el presidente advertir que la Secretaría de Guerra no tenía informes precisos sobre el número de ametralladoras y cañones en poder de las fuerzas Federales acantonadas en Oaxaca, Puebla, Tlaxcala e Hidalgo. Así y todo, y con la prisa de proporcionar al general Huerta los soldados y la artillería que éste pedía, Madero salió en automóvil hacia el estado de Morelos, en un acto de valor osado, puesto que el viaje lo hizo sin escolta alguna y en medio del cielo tenebroso de la guerra, que empezaba a opacar la tranquilidad y bienestar metropolitanos.

Con bien llegó el presidente a Cuernavaca, y en seguida de poner al corriente de lo acontecido en la Ciudad de México al general Felipe Ángeles, en quien tenía grande confianza y a quien, con razón, consideraba uno de los mejores soldados de México, Madero quedó perplejo al saber que el cuartel de operaciones en Morelos sólo podía disponer de una ametralladora, y que los cañones no estaban en condiciones de servir, y que las municiones en la plaza correspondían a la tercera parte de la dotación normal del soldado, y que de éstos, sumando 800, sólo era posible enviar la mitad a la Ciudad de México.

De esta manera, hecho el recuento de la situación, el gobierno podría aumentar sus fuerzas para atacar la Ciudadela con un general de la calidad de Ángeles y con 400 soldados bien fogueados en la campaña zapatista, pero carentes de los recursos bélicos necesarios para el asalto al reducto de Díaz y Mondragón.

Pero si ese corto número de soldados poco aliviaría la situación militar en la Ciudad de México, en cambio, para el presidente, la presencia de Ángeles revitalizaba al Ejército. De esta opinión no era



parte el propio Ángeles; pues cuando el presidente le hizo saber que tenía resuelto nombrarle jefe del estado mayor de la Secretaría de Guerra, el general, con lealtad y sinceridad admirables, le rogó que desistiese de tal propósito, porque él, Ángeles, no desconocía que dentro del Ejército tenía muchos enemigos y que por lo tanto, su presencia en tan elevada función podía ser causa de murmuraciones y divisiones entre los jefes militares que a esa hora deberían estar agrupados incondicional y certeramente en torno al presidente de la República.

Regresó Madero a México acompañado de Ángeles, mientras que los soldados de éste eran embarcados con destino a la metrópoli, y en seguida mandó llamar al general Huerta, quien esa noche —la noche del 9 de febrero— se mostró menos pesimista que al mediodía. Huerta confiaba ahora no sólo en el apoyo de la gente de Ángeles, sino también en la del 29o. batallón, que a las órdenes del general Aureliano Blanquet, sería concentrado en Azcapotzalco.

Esa misma noche también, en la comandancia de la plaza establecida en el Palacio Nacional, Huerta trazó el plan de ataque a la Ciudadela, que debería iniciarse a la llegada de las fuerzas de Blanquet, de los rurales de Hidalgo y México y de los soldados de Ángeles. Con un acontecimiento más iba a terminar la primera jornada de la que sería Decena Trágica de la Ciudad de México: con el rechazo de Huerta a las insinuaciones de los enviados de Félix Díaz, para que se uniera a la subversión.

El día 10, Huerta mandó que los soldados leales empezaran a tomar posiciones en las alturas dominantes, mientras que establecía vigilancia en los puntos desde los cuales creía factible iniciar el cerco de la Ciudadela.

A estos primeros movimientos de Huerta, contestó la Ciudadela con numerosas andanadas de metralla. Los cañones y las ametralladoras de los sediciosos hacían gala de la abundancia de su nutrición de pólvora y plomo, de manera que trataban de sembrar el terror

entre los habitantes de la capital, para que éstos a su vez llevaran la voz de alarma y tragedia a los soldados Federales. Los caudillos de la Ciudadela, por otra parte, pusieron la puntería de sus cañones sobre los edificios públicos que podían castigar, de forma que el suceso constituyera un alerta para el gobierno. Y el hecho, en realidad, causó tanto efecto sobre la población civil, que entre ésta, pero principalmente en los residentes extranjeros, se creyó en la cercanía de una catástrofe general, dando lugar a que los agentes diplomáticos europeos se sirvieran de la oportunidad, para llegar al atrevimiento de exigir, con gran desconocimiento del derecho americano, garantías para sus connacionales.

Huerta, después de un primer intento para adelantar a sus soldados hacia la Ciudadela encontró mayores escollos de los que había calculado; pues los revoltosos habían tenido suficiente tiempo para ensanchar sus defensas, y esto, unido al terror sembrado por la artillería entre los no combatientes minoró, para las perspicacias y sutilezas de Huerta, la posibilidad de abrir brecha hacia la Ciudadela a menos de que el presidente Madero autorizara la destrucción de los inmuebles contiguos al reducto rebelde.

Con esto, hubo de cambiarse de planes; pero a la tarde del día 10, y cuando el general Ángeles estaba ya al frente de sus soldados, y el general Blanquet llegó a las puertas de la Ciudad con el 29o. batallón, y cuatro cuerpos rurales se hallaban concentrados en la Tlaxpana, el general Huerta dio órdenes para que comenzara el fuego de la artillería; pero Ángeles, encargado de la principal sección de cañones, encontró que sólo disponía de granadas balines y por lo mismo inútiles a los fines que se perseguían. E igual aconteció al coronel Manuel Rubio Navarrete, reputado como uno de los mejores artilleros mexicanos de la época, quien sólo pudo obtener dotaciones de proyectiles Shrapnel, con los cuales no era posible abrir brecha en la Ciudadela ni en los muros de las fincas circundantes a tal reducto.

Sin el preliminar de los cañones, no era posible el asalto general. Sin embargo, como Huerta, con mucho imperio quería probar sus aptitudes militares, dejó, a un lado, la importancia de la artillería y ordenó a la mañana del día 11, que los rurales, ya a caballo, ya a pie, avanzaran a pecho descubierto, aunque protegidos por los puntos salientes de las fincas, sobre la Ciudadela. Cinco fueron las columnas de avance, con lo cual Huerta creyó factible distraer al enemigo. Así y todo, los pronunciados, sirviéndose de las ametralladoras, procuraron que los atacantes se acercaran a sus defensas, para barrer con ellos hasta casi exterminarlos.

El acontecimiento, señalado por la maldad como hecho intencional de Huerta, produjo amargura, desolación y desesperanza en las filas gobiernistas, mientras que en la Ciudadela era festejado jubilosamente, creyéndose que el suceso se debía no al poder de sus fuegos, sino a una magna hazaña del valor y osadía de la defensa.

Madero recibió impávidamente el informe de Huerta sobre el saldo del asalto, y reiterando al general la autoridad militar que le había otorgado, admitió la necesidad de que, por razones de guerra, se procediera a la horadación o destrucción de las fincas cercanas a la zona de la Ciudadela, de manera que se pudiera realizar un asalto casi a bocajarro; y aunque luego surgió el problema de la falta de ingenieros militares, cuando menos, el problema lo suscitó el general Huerta.

Mientras tanto, llegaban a la Ciudad de México fuerzas irregulares de los estados de Querétaro y Michoacán; y el día 14, después de un segundo asalto a la Ciudadela, también desastroso para los defensores de la legalidad, el comandante de la Plaza, en su informe al presidente, hizo constar que las fuerzas bajo sus órdenes ascendían a poco más de 3 mil hombres; aunque la crisis militar —“la impotencia militar del gobierno”, decían los opositores a Madero— no consistía en la escasez de soldados, sino en la exigüidad del material

bélico. Y tanta, en la realidad, era la escasez de armas y municiones que no fue posible dar de alta a los voluntarios que se presentaban en los cuarteles.

Así, al terminar la semana de la sublevación, el general Huerta no había logrado obtener un progreso efectivo en los ataques a la Ciudadela.

#### LA SUPREMA DECISIÓN DE MADERO

Desde su entrada al Palacio Nacional la mañana del domingo 9 de febrero, después de cruzar la Ciudad de México de poniente a oriente; de haberse refugiado en la fotografía Daguerre y de escuchar el aplauso y los vítores —aplausos que fueron los últimos de su carrera política, en la que había encontrado su verdadera vocación— el presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, Francisco I. Madero, a pesar de que su vida peligraba minuto a minuto bajo el fuego que podía ser certero de los cañones de la Ciudadela, así como por estar al alcance de cualquiera deslealtad, no abandonó un minuto su responsabilidad dentro del despacho presidencial del Palacio Nacional.

La figura de Benito Juárez, el pensamiento de Benito Juárez, el heroísmo de Benito Juárez, la respetabilidad de Benito Juárez, la constitucionalidad de Benito Juárez, guiaban la mano y la cabeza de Madero. Éste, en efecto, no veía en los sucesos de la Ciudadela más que una repetición militar y política de la cuartelada antijuarista. Madero, pues, al igual de Juárez, confiaba en los soldados, confiaba en su autoridad y confiaba en la Constitución. La impavidez de Juárez era la impavidez de Madero.

Faltaba, sin embargo, para la defensa de la legalidad, la pólvora que tenían los sediciosos —la pólvora de la que nunca se apartó Juárez— admitiendo que la investidura de la autoridad no valía por sí sola, y que por lo mismo requería el acompañamiento de la fuerza.

Autoridad personal y valor personal, pues, no escasearon en el presidente Madero ni un minuto. Allí, en su despacho de Palacio estaba a pesar de las amenazas de los cañones sustraídos al gobierno, reunido con los miembros de su gabinete, escuchando los informes militares, recibiendo las adhesiones de los gobernadores y comandantes militares, dictando acuerdos administrativos, dando órdenes para el mejor abastecimiento de abrigos, alimentos, dinero y pertrechos a los combatientes; también a fin de conocer las actividades subversivas que desarrollaban los senadores y los diputados, pero principalmente aquéllos. Asimismo, para castigar a quienes, ya militares, ya civiles, trataban de agravar la perturbación del orden. Allí, en el despacho presidencial, Madero aceptó que el general Gregorio Ruiz fuese pasado por las armas; que el coronel Anaya quedase consignado a un consejo de guerra extraordinario; y los aspirantes revoltosos puestos a disposición del general Huerta.

De todas las noticias que le daban, ya verbalmente, ya por escrito, sobre la situación en la capital y en los estados, la única que conturbó al presidente fue la referente a la actitud asumida por los senadores. Éstos, apartándose de las funciones específicas del Alto Cuerpo, no sólo eran manifestación hostil al Ejecutivo —lo cual cabía dentro de sus derechos y fueros— sino que estaban convertidos en agentes subrepticios y activos de la sedición; pues si no se atrevían a hacer público el deseo de que el presidente Madero fuese derrocado, convertidos en rebeldes vergonzantes —y no de otra manera podían proceder por ser parte de la función constitucional de la República— estimulaban la subversión, y de muchas maneras hacían llegar al presidente, la idea de que éste presentara su renuncia; y al caso llamaban *inepto* a Madero.

Entre los senadores insidiosos que si no incitaban a la rebelión, sí la estimulaban, ora con el aparato de una oposición parlamentaria, ora con una neutralidad que debilitaba al Poder Ejecutivo, ora con la amistad, que públicamente mantenían con Félix Díaz; esta-

ban, en primera fila, el ex presidente Francisco León de la Barra, el novelista jurisconsulto Emilio Rabasa y el distinguido personaje de la época porfiriana Gumersindo Enríquez.

El tercero tenía méritos personales, ya en el orden de la cultura nacional, ya en la vida política de la nación, ya en su acción representativa; más estas cualidades quedaban sepultadas ante la actitud de negación constitucional de tales senadores; porque si éstos no se entendían abiertamente con los rebeldes de la Ciudadela, su oposición franca y desmedida al gobierno de Madero, en aquellas horas de sublevación, era un agravio a la legalidad y un delito contra el bienestar y tranquilidad de la patria.

La posición de aquellos senadores no sólo sirvió para que el general Félix Díaz tratara de justificar la cuartelada, sino que pocos días adelante, sería el instrumento utilizado por el general Huerta tratando de dar sentido constitucional al derrocamiento del presidente de la República.

De esta manera, la merma de la autoridad legal producía el caos en la metrópoli. Y tanto era ese caos, que también los diplomáticos extranjeros pretendieron inmiscuirse en los negocios mexicanos, no sin proyectar el auxilio armado de sus respectivos Estados a fin —dijeron con énfasis— “de dar garantías a las vidas e intereses” de sus connacionales, de manera que si a la acusación de impotencia política que hacían los senadores al presidente se unía la misma afirmación de los plenipotenciarios europeos y americanos, todo se presentaba adverso al gobierno de Madero.

Nada, pues, iba a destruir la suprema decisión de Madero de hacer respetable la jerarquía y constitucionalidad de un presidente elegido libremente por el pueblo mexicano; pues al contrario: cuanto más sabía Madero de las intenciones senatoriales o militares o políticas de deponerle, mayor era su decisión de defender la integridad del Poder Ejecutivo de la nación. No serían, ciertamente, las amenazas, las que arredraran al presidente en aquellos momentos dramáticos.

Sin embargo, a la mañana del 17 de febrero, después de haber advertido, no sin disgusto, que el último intento del general Huerta para acercar las fuerzas federales a la Ciudadela había fracasado, y que el mismo general Huerta ya no se mostraba optimista, indicó al ministro de Comunicaciones, Manuel Bonilla, la conveniencia de que llevara a cabo un viaje a la Ciudad de San Luis Potosí con el objeto de preparar, para un, caso de emergencia, un asiento provisional a los poderes Federales.

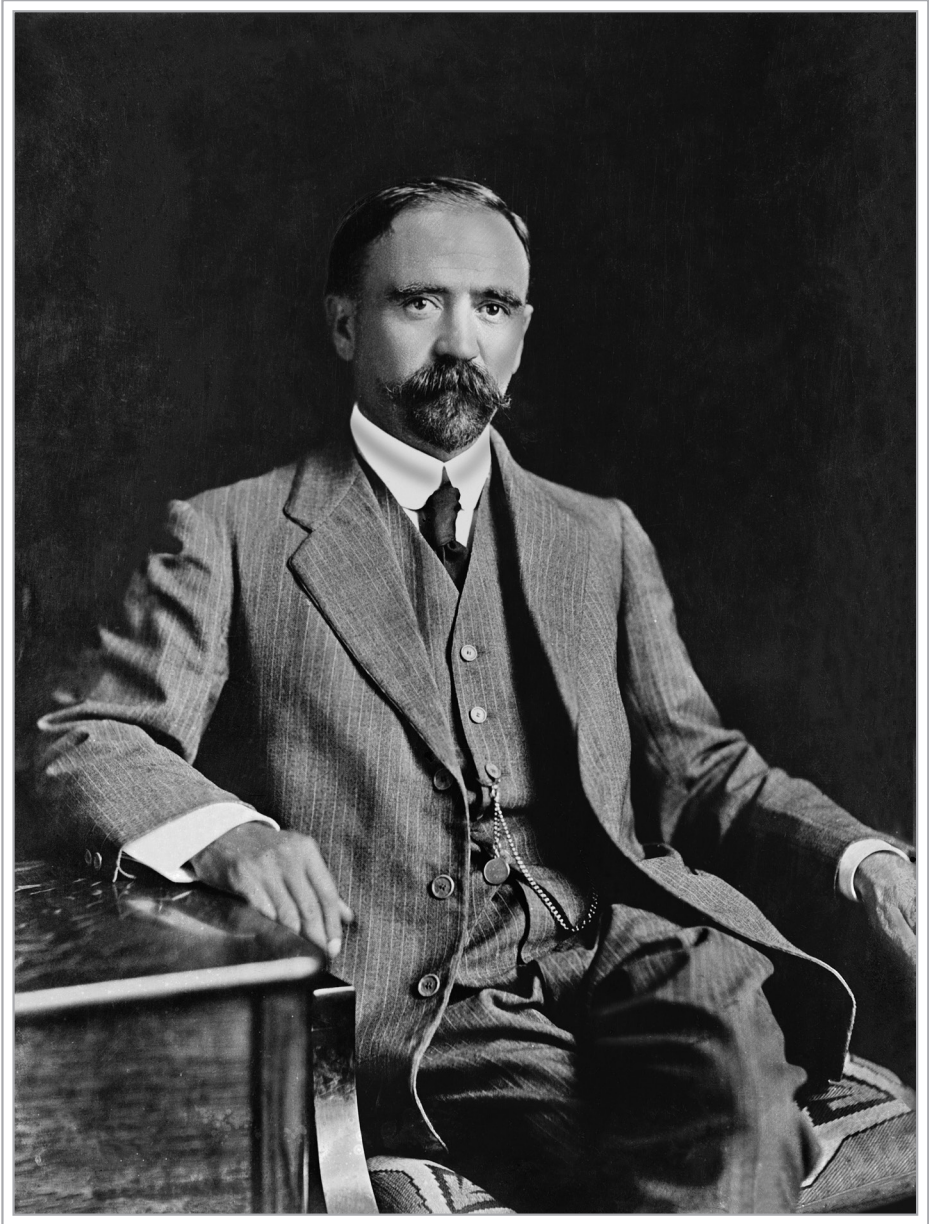
Disgusto también causaron al presidente, los informes de que en los estados del interior y norte de la República, las fuerzas federales e irregulares estaban tan escasas de material de guerra como las que combatían en el Distrito Federal.

Por último, esa mañana del 17 de febrero, el presidente fue informado, primero por el ministro Rafael Hernández; después por su hermano Gustavo A. Madero, que en la noche del 16 el general Victoriano Huerta había tenido una conferencia, sin autorización presidencial, con el general Félix Díaz. Así también supo, de labios del ministro de Hacienda, de la imprudente y subversiva posición de los senadores insistiendo en la renuncia del presidente constitucional.

No obstante que todos los informes recibidos a la mañana de ese día 17 eran, como queda dicho, adversos al gobierno, el presidente, con mucha calma ordenó al general Aureliano Blanquet, quien con su 29o. batallón cubría la vigilancia y defensa del Palacio Nacional, que mandara buscar a los generales Huerta y Ángeles; pues que él, Madero, tenía importantes órdenes que comunicarles.

En ese momento que advertía el conocimiento intuitivo de Madero sobre los preparativos de una traición, Huerta y Blanquet tomarían el camino de los impulsos y apetitos personales. La patria y la Constitución serían segundas partes en el alma y mentalidad de aquellos dos hombres.





Presidente Francisco I. Madero

Se ha visto a Francisco I. Madero al través de los capítulos que señalan el ascenso del hombre hasta el más alto estrado de la República. Ahora, es indispensable remirar la personalidad de tal hombre en las horas que precedieron a su súbita caída.

Para llegar al poder supremo de México, Madero tuvo una autopreparación asistemática, pero doctrinaria. Con lo anterior quiere decirse, que si no concurrió a las disciplinas políticas que se hacen dentro de la administración y jurisprudencia de los Estados, en cambio vivió en la teoría de la democracia, de manera que hizo de esta materia, no una mera lección provechosa a la política, sino una verdadera doctrina. Fue así Madero un doctrinario democrático. Creyó, al efecto, en todo lo relacionado con la intervención del pueblo en el gobierno de la nación; y su creencia alcanzó los vuelos de la ortodoxia.

Esto no obstante, y sin rectificar la razón pura de su credo, Madero se adaptó a las exigencias de la democracia práctica e hizo factible, con lo mismo, la realidad política de su patria.

Tal fue posible, porque Madero era un hombre de talento casi deslumbrante. Tan deslumbrante así, que para sus coetáneos, torpes o ignorantes, tenía características de locura. Y es que aquel grupo o grupos que circundaban al general Porfirio Díaz estaban acostumbrados tanto y tanto a la rutina de las cosas, de los pensamientos y de los hombres, que no creían en los aconteceres extraordinarios. Parecíales que eran imposibles los nuevos albores, y con éstos, otro tipo político de hombres. Estaban ciertos, o cuando menos consideraban estar ciertos, de que más allá del mundo oficial nada podía florecer en la República. Así, cuando al general Díaz le advertían del surgimiento de algún individuo con prendas, o de talento, o de administración, contestaba don Porfirio que ya les conocería cuando, necesitando del gobierno, se acercaran al gobierno.

Mucho batalló Teodoro Dehesa, gobernador ilustre del estado de Veracruz, para que el general Díaz aceptara recibir a Madero, en los días en que éste estaba resuelto a ser candidato a la Presidencia de la República del Partido Nacional Antirreleccionista; y cuando la entrevista se llevó a cabo, Díaz trató a Madero desdeñosamente. Parecióle, y así se lo comunicó al ministro de Hacienda, José Yves Limantour, que Madero era un hombre vulgar; tan vulgar que no sabía él, el presidente de la República, cómo tenía el atrevimiento de decirse candidato presidencial. El propio Limantour, de suyo muy observador, y quien además fue el político más ilustrado de México hasta 1911, no creyó en las cualidades de Madero.

Para el ministro Limantour, Madero no era más que un *libelista*. Escribía Madero, en la opinión de los adalides del porfirismo, "por despecho". El gobierno, pues, era demasiado fuerte, para ponerle atención y precio. Don Porfirio estaba tan confiado en la suerte de la nación mexicana, bajo la mano severa del porfirismo, que cuando resolvió poner en prisión a Madero creyó que ese castigo sería suficiente para hacer volver al *líder* democrático al redil de la rutina y del silencio.

Don Porfirio no poseía los atributos personales para ser hombre de pensamiento considerado y previsor. Era, en cambio, un hombre excepcional en lo que respecta a las virtudes en el mando y gobierno de los pueblos; pero como esto no siempre basta para mantener el orden y la paz, y no quiso tomarse el trabajo de reflexionar en tomo a la actitud valiente y definida de Madero y de los maderistas, ya sabemos lo que aconteció en la República. De esto no fue culpable Madero. Fue culpable el desprecio que el general Díaz sentía hacia quienes por estar al margen del oficialismo, no le merecían categoría política ni social. La autoridad personal de don Porfirio se había hecho, en el correr de los años, tan absorbente e imperiosa, que el presidente perdió discernimiento propio y necesario en un gobernante, para observar y diferir los problemas, ya teóricos, ya aplicados de la nación.

Pero si el general Díaz no entendió, no por falta de inteligencia y astucia políticas, no por escasez de la sensibilidad que requieren los Jefes de Estado, sino por la mezcla de soberbia y dejadez que se desarrolló en él después de la victoria pacífica de los 30 años, los valores intrínsecos y extrínsecos de Madero, no aconteció lo mismo dentro del pueblo de México.

Sin embargo, al hablarse del pueblo mexicano no se hace referencia exclusiva a la población de la capital de la República. Menciona-se como pueblo de México a lo que no estaba contaminado de los males que siempre siembran los gobiernos autoritarios o personales; y a la parte del país que no se hallaba inficionada ni viciada en los procedimientos y disignios de cómo era la gente de los estados. Ésta, en efecto, dentro de su pobreza, su abandono y su rusticidad poseía su propio, aunque ingenuo, almacén de principios políticos.

De aquí, precisamente de aquí, la creencia de que si Madero tenía perdida su popularidad en la Ciudad de México, también la popularidad le había abandonado en toda la República. Y no era así. A los mayores tropiezos que encontró el presidente en sus tareas oficiales, mayor fue la simpatía y apoyo que alcanzó en el centro, norte y zonas costaneras de la República

A los comienzos de 1913, cuando en la metrópoli todo parecía ser adverso o era realmente adverso a Madero, en los estados del oriente y poniente del país, el nombre y personalidad de Madero se acrecentaban como la del caudillo que sin entregarse a la cobardía en medio de los tantos obstáculos que salían al paso de tareas democráticas, desafiaba a los infortunios, y sin variar el rumbo de la nave política, continuaba imperturbablemente el cumplimiento del programa que se había trazado y que era del dominio público.

Y esto último, que era notorio y que por lo mismo estaba al alcance de cualquier cabeza más o menos observadora y ajena a las vehemencias partidistas, no lo sabían —y si lo sabían no lo comprendían— los adalides de la contrarrevolución, quienes creyeron que un

triunfo de cuartel en la Ciudad de México sería bastante para que la nación entera aceptase como suceso irreparable el derrocamiento del presidente.

Madero, pues, encerraba una doble y por lo mismo maciza personalidad: la personalidad constitucional que era la exaltación de la voluntad del pueblo de México y la personalidad humana que significaba el calor vivo y directo de quienes, como sujetos, daban carne y sangre a la nación.

#### EL GENERAL HUERTA, SEDICIOSO

Al iniciarse el séptimo día de los ataques a la Ciudadela, el general Huerta acudió a una invitación del general Blanquet a fin de que, de manera secreta, pero sin compromiso, escuchara a los comisionados del general Félix Díaz, quien estaba interesado en una tregua, con el objeto de que se facilitara la evacuación de la población civil y de los extranjeros, de una zona de la Ciudad de México, que estaban dañando grande y gravemente los proyectiles de uno y otro lado, y que podía producir complicaciones internacionales. Además, los comisionados de Díaz, pretendían tratar con el comandante de la plaza, sobre la posibilidad de un alto al fuego mientras la Ciudadela hacía entrega de sus heridos a la Cruz Roja.

Huerta aceptó blandamente, y sin conocimiento del presidente de la República, la reunión propuesta por la gente de la Ciudadela; y ya en tal junta, comenzaron sus primeros tratos políticos con Félix Díaz. Aquél no puso obstáculo a la posibilidad de una tregua o suspensión de fuegos; los comisionados de éste, aunque sin franqueza, exploraron los designios verdaderos del general Huerta, y como no hallaran obstáculos para continuar en los tratos, hicieron las primeras exploraciones sobre la posibilidad de reunir a los miembros del antiguo Ejército Federal en un solo cuerpo y en un solo propósito: y esto, sobre el presidente de la República y sobre el Partido de la Revolución.

Esto último para mover el alma de Huerta hacia un teatro impensado, pero siniestro. En efecto, en esa mañana del 15 de febrero, nació en Huerta la idea de derrocar a Madero. En ello, influyó la adulación inescrupulosa del general Blanquet, quien iluminó, para alimentar los sobresalientes apetitos de Huerta, el camino de la deslealtad e irresponsabilidad. El plan de tan siniestro ejercicio comenzó a desarrollarse entre los dos generales; pues al efecto, uno iba a contribuir con su mando; el otro, con sus soldados. Éstos, los del 29o. batallón, serían el puntal de cualquier proyecto o acción futuros.

Al caso, el 29o. batallón se haría cargo a partir de ese día, de la custodia del Palacio Nacional. Con este hecho, la persona del presidente quedaba dentro del pulso de ese cuerpo militar y de su comandante el general Blanquet.

El cambio de la guardia de Palacio se llevó a cabo, sin que Madero ni sus colaboradores maliciaran los propósitos de los generales. Tratábase aparentemente de un movimiento de mera rutina y seguridad. Ninguna sospecha, pues, acudió a la mente del gobernante.

Hecho tal movimiento, la segunda parte, el entendimiento compromisorio con Félix Díaz y Mondragón pasó a constituir el capítulo principal de los acontecimientos que se preparaban. Y no era fácil tal entendimiento, porque el brigadier Díaz, siempre ingenuo y ajeno a las realidades, creía tener méritos indiscutibles y prioridad incontrovertible, para que Huerta le reconociese como jefe. Huerta, por su parte, sin poseer las cualidades de hombre honorable, discreto y candoroso que adornaban a Díaz, era en cambio dueño de la clave capaz de resolver la crisis: era el dueño de la libertad y vida del presidente de la República. A su sola voz, Madero podía quedar preso; y preso Madero estaba vencido el gobierno y por lo mismo la victoria de los sediciosos, asegurada. De esta suerte, si Félix Díaz no aceptaba la superioridad de Huerta, éste no tenía más que continuar la guerra; derrocar a lo largo a la gente de la Ciudadela y disponer si así se lo proponía, del futuro de la República. Huerta, pues, tenía los instru-

mentos principales tanto para dominar a Madero, como para la función del chantaje cerca de Díaz.

Éste, sencillo, pero lerdo como era, creyendo que su nombre sería bastante para que en la fase final de los sucesos que se acercaban, las tropas y el pueblo le siguiesen y abandonasen a Huerta, aceptó la autoridad momentánea del comandante de la plaza; ahora que, para no perder jerarquía, el general Díaz movilizó a los civiles, pero principalmente a los senadores, ministros de la Corte y diplomáticos, de manera que toda esta gente sembrara en Madero y en torno a Madero un campo de pesimismo, alarma y derrota. Y esta tarea de carácter político, en la que Díaz no era un lego, dio pronto resultado, aunque no en el alma acérrica del presidente.

Así, a partir del 15, y ya seguro de que la caída del presidente era cuestión de horas, el general Díaz puso a trabajar a la intriga nacional manifiesta en los senadores De la Barra, Enríquez, Rebase y Sebastián Camacho, y la intrusión extranjera representada por los plenipotenciarios de Estados Unidos, Alemania y Gran Bretaña. En esos momentos dentro de los cuales se jugaba el porvenir de los líderes de la Ciudadela, perdido como estaba el signo del honor, con un palo más caería por tierra la brújula del patriotismo; y con lo mismo, los ministros y embajadores europeos y americanos se sentirían autorizados para penetrar al sagrado recinto de la independencia mexicana, y ¡quién sabe cual hubiera sido el final de aquel intento de intervención, si el presidente no detiene los pasos de los intrusos! Y los detuvo momentáneamente con estas palabras: “los pueblos tienen el derecho a resolver sus asuntos por sí mismos. En esto seré invariable”.

La frase, sin embargo, si constituía la medula patriótica y nacional de México, sirvió, ya en el terreno de la intriga internacional, para que algunos diplomáticos extranjeros comunicaran a su gobierno un supuesto desdén del presidente de la República hacia los intentos



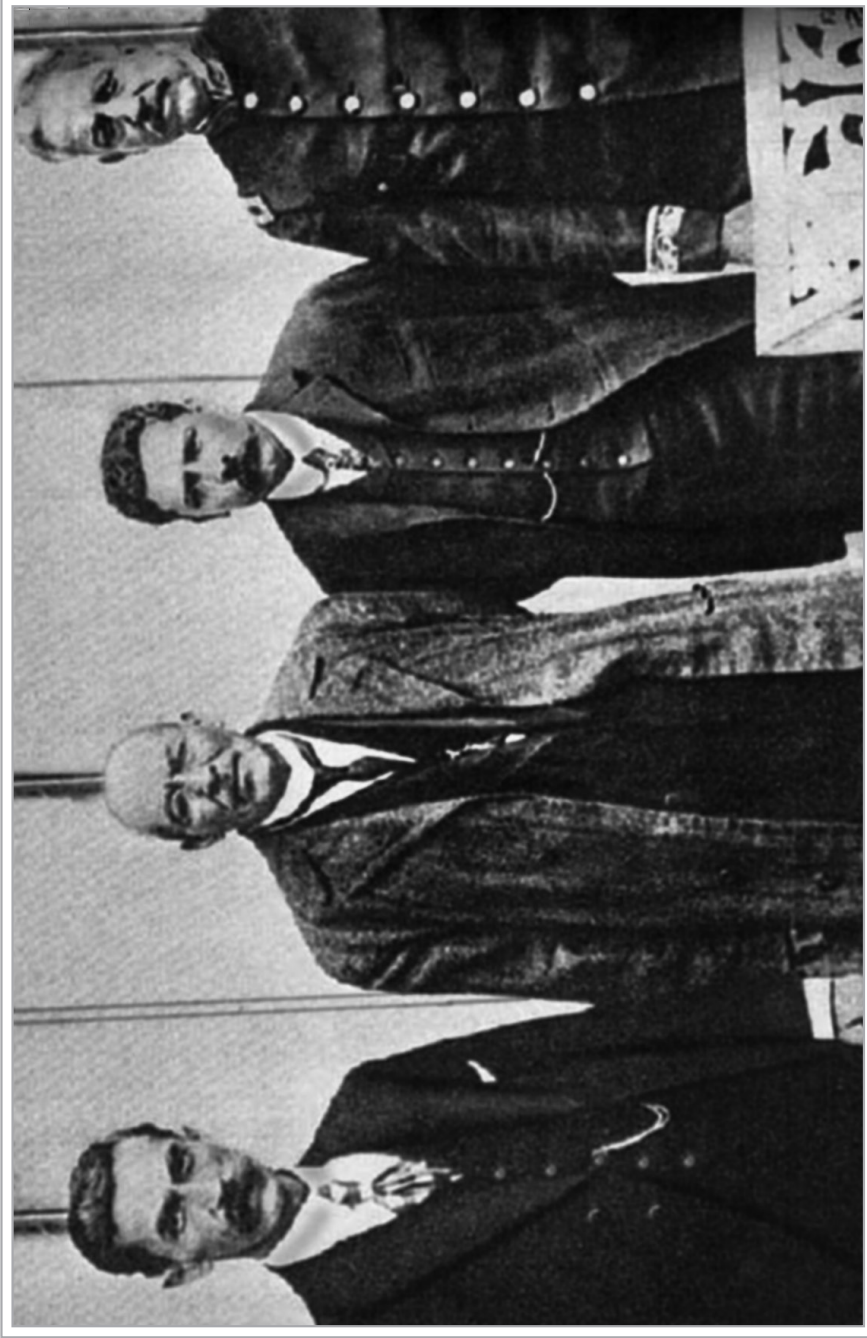
de paz. Madero era, de esa suerte, declarado contrario a los sentimientos universales y humanos.

Esa intromisión forastera, acompañada de la conspiración que sin recato se reunía en el Senado donde los senadores de la oposición, que constituían la mayoría, bajo la batuta de De la Barra, Rabasa y Enríquez resolvieron presentar a Madero consideraciones de tipo político, militar y diplomático, para apoyar la petición de que entregara su renuncia, sirvió para dar más alientos a la alianza de los rebeldes de la Ciudadela con los soldados de Huerta y Blanquet.

En medio, pues, de aquellas convulsiones que aumentaban mientras la población civil culpaba del desorden y desgracia al presidente de la República y no a los facciosos de la Ciudadela; y en tanto los senadores llevaban el alma y justificación de la defección a los jefes y oficiales del Ejército, quienes ahora no querían continuar el ataque a los rebeldes, el general Huerta consideró, ya seguro, que el triunfo pertenecía a la audacia, y de acuerdo con Blanquet y en tratos —sólo en tratos— con Félix Díaz y Mondragón, buscó la manera de dar forma política y legal a lo que se proyectaba.

Díaz, con aparente prudencia estaba de acuerdo en desistir de sus derechos dinásticos dentro de una República Federal y representativa. Huerta hacía gala de su desinterés y propósito de dar fin a aquel estado de cosas, no tanto para no ver sufrir a la población civil, cuando a fin de no poner en peligro a los intereses extranjeros. Blanquet, que representaba la fuerza militar, sin sentirse con capacidad para luchar por el mando supremo de la nación o del Ejército, sólo servía de instrumento brutal en manos de Huerta.

Blanquet, en efecto, era un tipo malvado y rencoroso. No olvidaba un reproche que le había hecho el presidente Madero. Tampoco podía perdonar que aquel presidente escaso de cuerpo y a quien tenía por hombre sin autoridad, le hubiese hablado con más autoridad y jerarquía que el general Díaz. Y nunca, ni muerto Madero, olvidó Blanquet la escena en la cual Madero le echó en cara su con-



Manuel Mondragón, Victoriano Huerta, Félix Díaz y Aureliano Blanquet

ducta de soldado, por todos conceptos reprobable. El presidente, en efecto, nueve meses antes de la Decena Trágica mandó llamar a Blanquet al Castillo de Chapultepec, en donde el presidente le exhortó a que se condujera como buen soldado en una comisión que le daba en el estado de Guerrero, para combatir a los rebeldes acaudillados por Jesús H. Salgado, recomendándole que ahorrara “la efusión de sangre”. “Me han dicho (manifestó el presidente a Blanquet) que usted es muy sanguinario, y que en Matamoros por diversión, se entretuvo usted en fusilar muchachos por su propia mano”.

La reconvencción, pues, no la olvidaba Blanquet y ahora, jefe del 29o. batallón, y dueño de la guardia de Palacio, y cómplice de Huerta y Félix Díaz, estaba pronto a vengarla.

Realizada, como queda dicho, la primera parte del trato con los líderes de la Ciudadela; llevada a cabo toda la maniobra militar para deshacer la red anticonstitucional; llegado el momento de proceder, puesto que Huerta intuía que de no obrar pronta y violentamente, el presidente le haría detener y sustituir, máxime que se acercaban a la capital 2 mil soldados de Veracruz y Oaxaca, se preparó para el segundo capítulo de una historia que se pormenoriza en esta obra, por sus caracteres tan memorables.

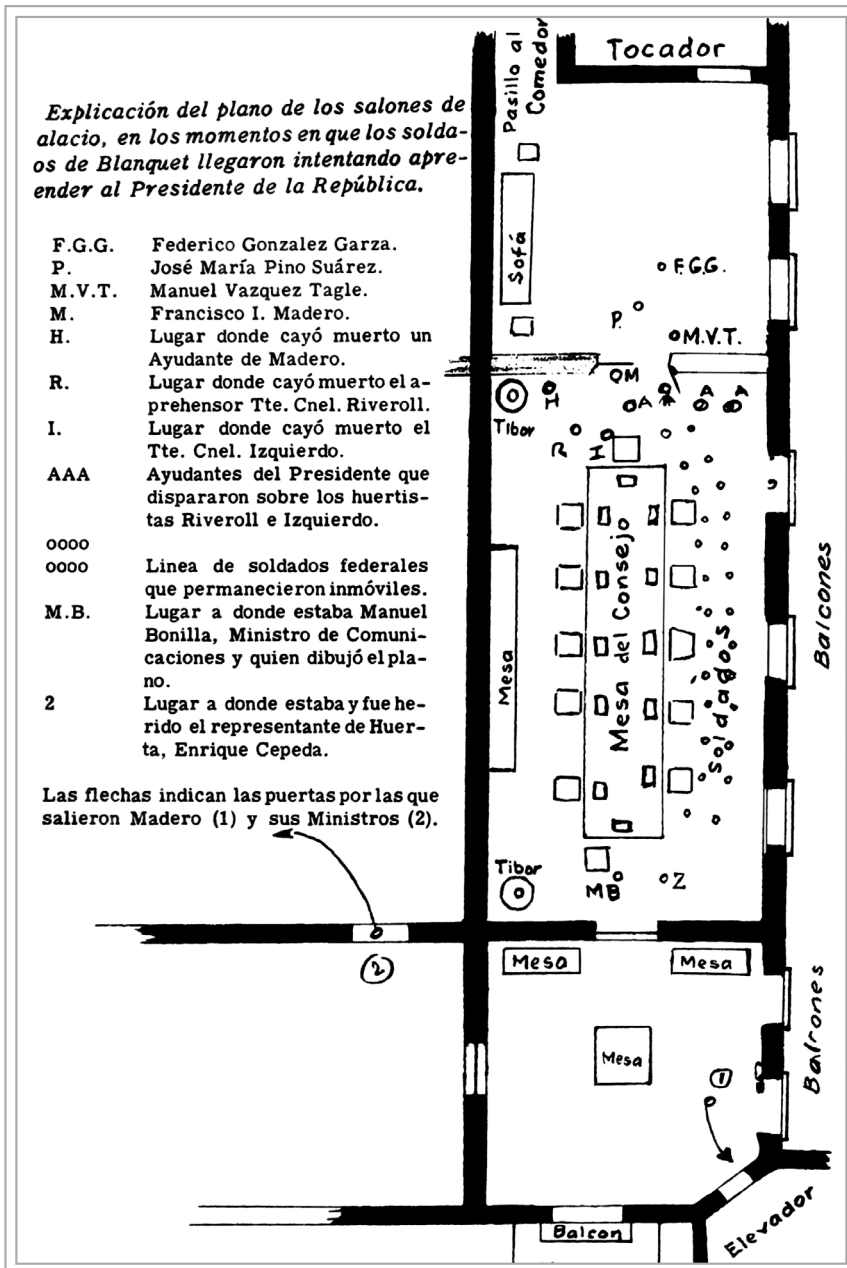
#### LA APREHENSIÓN DE MADERO

Todo está, pues, ordenado para la aprehensión del presidente de la República. ¿La causa? Los apetitos políticos; el desquite del Ejército Federal. Porque, ¿podían vivir tranquilos los viejos generales del porfirismo, después de haber sido derrotados por las turbas pueblerinas y los jefes lugareños?

Para explicar cómo fueron engendrados, en apenas 14 meses del gobierno del presidente Madero, esos sentimientos de tornar desquites y ejercer venganzas contra la clase rural mexicana, simbolizada en las columnas de la prensa periódica con las insensatas



Abraham González, secretario de Gobernación de noviembre de 1911 a febrero de 1912



Croquis dibujado por el ministro Bonilla, que señala la posición de Madero cuando llegan a aprehenderlo

críticas a los secretarios de Estado Manuel Bonilla y Abraham González, es necesario recordar que el Ejército Federal sólo constituía un organismo burocrático. La tradición de la Reforma y la Intervención estaba perdida en medio de las cuentas de ingresos y egresos. El gobierno del general Díaz llegó a creer que solamente dentro de ese mismo gobierno se hallaba la potencia moral, económica, humana, geográfica y jurídica de la nación mexicana. Esta idea tan pobre e inexacta acerca de la República, más que la llamada *tiranía* porfirista, fue la que perdió al régimen político fundado por don Porfirio; pues cuando los gobernantes son engreídos y olvidan el deber de la consulta, no son ellos quienes pagan el error: son los pueblos. Y el pueblo de México iba a pagar la última herencia del absolutismo oficial de los 30 años con la aprehensión de su presidente constitucional; porque ¿qué delito había cometido Francisco I. Madero, para que Huerta y Blanquet estuviesen espionando el momento de aprehenderle y con ello llevar al cabo un chantaje a la gente de la Ciudadela?

Los días 16 y 17 de febrero transcurrieron en la Ciudad de México entre los negros presagios que siempre ofrecen las dudas y las demoras. Dudas, porque Félix Díaz y Huerta vacilaban entre ambos no sólo en el poder de sus respectivas fuerzas, sino en la sinceridad y efectividad de sus propósitos. Demoras, porque mientras Huerta retardaba la acción contra el presidente, tratando de obtener más ventajas de la gente de la Ciudadela, el presidente, por su parte dispuesto a relevar a Huerta del mando de la tropa atacante, quería prolongar las horas a fin de que pudieran ser concentrados en la capital los soldados de Veracruz y Oaxaca, así como las partidas de cuerpos irregulares de México, Michoacán, Querétaro y Guanajuato, para proceder a destituir del mando a Huerta; mando que proyectaba dar al general J. Refugio Velasco, soldado de muchos quilates.

De esta suerte, el programa del presidente y las intenciones de Huerta, vinieron al encuentro precisa y unísonamente el 18 de febrero.







A la mañana de este día, mientras que la presidencia recibía noticias de la llegada a Puebla de las fuerzas de Oaxaca, Huerta mandó un grupo de oficiales vestidos de paisanos, bajo las órdenes del civil Enrique Cepeda, viejo amigo e individuo de las confianzas del propio Huerta, para que se apostara en el patio de honor del Palacio, con instrucciones de vigilar todos los movimientos del presidente de la República.

Éste llegó a la residencia del Ejecutivo a temprana hora, y en seguida de los honores de reglamento, llamó al general Blanquet, a quien ordenó que mandara buscar al general Huerta, pues tenía que darle instrucciones. Blanquet, quien como se ha dicho, estaba comprometido en todos sentidos con Huerta, y sólo esperaba que éste le comunicara el momento de proceder, simuló ignorar el paradero del comandante de la plaza.

Resuelto a quitar el mando a Huerta y creyendo que el acontecimiento no tendría mayor importancia, puesto que recordaba la docilidad de Huerta en las dos ocasiones anteriores que había sido destituido, Madero no dudó de que el 29o. batallón a las órdenes de Blanquet, permanecería en su puesto y sin alterarse por el cambio del comandante de la plaza.

Pocas horas transcurrieron desde la llegada del presidente a Palacio hasta la presencia en el patio de honor del general Huerta; pues éste entró a las oficinas de la comandancia cerca del mediodía acompañado de Gustavo A. Madero, hermano del Jefe de Estado, quien invitó a Huerta, haciendo extensiva a la invitación al general Blanquet, para ir a almorzar a un céntrico restaurante, lo cual aceptó el primero, mientras que Blanquet pidió disculpas, pues que no podía dejar abandonada la custodia de Palacio.

Admitió Madero la excusa de Blanquet, y tanto él como las personas que le acompañaban, salieron por indicaciones de Huerta a tomar un automóvil. Huerta se quedó unos minutos a solas con Blanquet, para decirle que procediera a la aprehensión del presidente,

debiendo esperar que el general Ángeles se presentara en Palacio, de manera que quedase también prisionero.

El presidente pasó las horas de la mañana conferenciando con los secretarios de Estado, y en espera del general Huerta. Con el presidente estaban el ministro de Relaciones, Pedro Lascuráin; el de Hacienda, M. Vázquez Tagle; el de Comunicaciones, Manuel Bonilla; el de Fomento, Rafael L. Hernández; el gobernador del Distrito, Federico González Garza y el vicepresidente José Ma. Pino Suárez. También estaban allí cinco oficiales del estado mayor presidencial.

Sin exteriorizaciones de pesimismo, el presidente y sus acompañantes, no dejaban de manifestar un estado de ánimo ansioso. Madero tenía ordenado que también fuese llamado a su presencia el general Felipe Ángeles. Así, los ministros sabían de antemano que el presidente iba a relevar de la comandancia de la plaza al general Huerta, de quien se tenían sospechas por sus tratos con los líderes de la Ciudadela, para entregar tal mando al general Ángeles o en su defecto, al general Velasco.

Y no era ese, el único gran problema que tenía en cartera el presidente; pues había hecho confidencia al ministro Bonilla, sobre la delicada situación que prevalecía y la amenaza que se cernía sobre la constitucionalidad de la República y por lo mismo le indicó que se trasladara a San Luis Potosí, con la idea de que en esa ciudad se estableciera el vicepresidente Pino Suárez.

Éste a su vez, con angustia confió a Bonilla la idea de que a esas horas, el presidente no debería estar en el mismo lugar, puesto que permaneciendo en igual punto la cabeza del gobierno de la República podía ser destroncada a un solo golpe perdiéndose así el hilo de la constitucionalidad; y, con el propósito de empezar a desarrollar el plan presidencial, Bonilla se había retirado del despacho presidencial, cuando se produjo la catástrofe que sería el preliminar de la segunda guerra civil.

En efecto, recibidas las órdenes precisas de Huerta para llevar a cabo la aprehensión del presidente de la República, el general

Blanquet, siempre bajo la mirada de Enrique Cepeda, poco después de la una de la tarde, llamó al teniente coronel Teodoro Riveroll, individuo de toda su confianza, y le mandó que subiera, con una fuerza de 50 hombres a los salones de la presidencia, que conminara al presidente y a sus ministros para que se diesen por presos y que en seguida, hiciera bajar al presidente, debidamente escoltado al patio de honor.

Riveroll pidió permiso para hacerse acompañar por el mayor Pedro Izquierdo, a lo que accedió Blanquet desde luego; y a continuación se dispuso Riveroll a cumplir la orden; pero al recordar que no sabía la situación de los salones de Palacio, e ignoraba cual era el lugar preciso a dónde podría hallar al presidente, Cepeda, el lugarteniente de Huerta, se prestó a guiar al teniente coronel.

Sin pérdida de tiempo, Riveroll, Izquierdo y Cepeda con la fuerza antes dicha, se encaminaron hacia la planta alta de Palacio a donde estaba reunido Madero con el vicepresidente y los ministros citados anteriormente; y luego de trasponer la sala de acuerdos, llamaron a la puerta del despacho presidencial, que les fue abierta por uno de los ayudantes de Madero; y olvidando las instrucciones de Blanquet, quien les había recomendado las precauciones del caso, puesto que tanto el presidente como sus colaboradores estaban armados y podían ofrecer resistencia, los dos oficiales y Cepeda entraron violenta y aturdidamente al despacho presidencial, dejando la fuerza en el salón de acuerdos.

Madero, al ver entrar a tales sujetos, les preguntó qué querían y como Riveroll le pidió que se diese por preso, el presidente desenfundó un revólver y disparó sobre el grupo. Lo propio hicieron los ayudantes Federico Montes, Gustavo Garmendia y Marcos Hernández, cayendo muertos Riveroll e Izquierdo, y pudiendo huir en medio de la confusión Cepeda, quien aunque herido, logró escapar por el ascensor presidencial, en tanto que los soldados, en desorden, presentaban armas.

Mientras tales sucesos ocurrían en el piso presidencial, en el patio de honor, donde el general Blanquet espiaba el resultado de la misión de Riveroll, era preso el general Felipe Ángeles.

Blanquet, al enviar a Riveroll, tomó previamente todas las disposiciones militares, para el exacto cumplimiento del acuerdo con Huerta. De esta suerte, mandó formar, desde la puerta de honor hasta el fondo del mismo patio, a sus soldados, y a fin de que Madero y sus colaboradores no pudieran escapar, ordenó que todas las salidas quedaran cubiertas con guardia de 50 soldados.

Así, la tropa en alerta, preso Ángeles y escuchados los disparos en la parte alta del Palacio, Blanquet esperaba ansioso el resultado, cuando se le presentó Cepeda, herido, para informarle lo acontecido; y en eso Blanquet vio avanzar hacia él al presidente. Éste caminaba con mucha entereza, seguido del vicepresidente Pino Suárez.

Los soldados del 29o. batallón estaban desconcertados. Unos vitoreaban al presidente; otros, los más, esperaban órdenes, dispuestos a obedecer a Blanquet. Éste, pistola en mano, se adelantó hacia el presidente. "Aquí me tiene usted, ¡asesíneme!", le dijo Madero. "Yo no soy asesino, pero usted es mi prisionero", contestó Blanquet; y cogiendo al presidente por un brazo, le condujo a la Sala de Bandera, en donde quedó preso con centinela de vista, y la vigilancia de un oficial del 29o. batallón a quien Blanquet hizo responsable por la seguridad del prisionero.

Y ahora, ya están presos el presidente y el vicepresidente de la República. Todo el programa de Huerta se ha realizado felizmente hasta ese momento. Primero, el traslado del general Blanquet y el 29o. batallón, para la custodia de Palacio; después, los tratos formales con el general Félix Díaz; finalmente, la aprehensión de Madero y Pino Suárez.

El plan, ideado y desarrollado totalmente por Huerta, ha tenido sus instructores intelectuales. Huerta era, en la realidad, la maldad; pero otros habían sido el soplo de la maldad. Estos otros, correspon-

dían al grupo de los senadores acaudillados por De la Barra, Rabasa y Enríquez, cuya responsabilidad moral y política, si no podía ser deslindada en todos sus detalles, puesto que no eran cómplices materiales, no por ello perdía la categoría de primera en la esencia, en los propósitos y en la acción. Sin el apoyo moral e intelectual que Huerta sintió entre aquellos hombres del Senado, de quienes se hablaba como de los individuos más ilustres por su saber y su linaje de los 30 años; sin ese apoyo, Huerta se entrega dócilmente al presidente, como se había entregado en 1911 y 1912. Madero conocía lo bastante el alma humana, para no equivocarse en la pequeñez de Huerta; en la subordinación de Huerta; en la debilidad de Huerta frente al imperio del mando presidencial. En lo que se equivocó Madero fue en no considerar que el diablo podía soplar a Huerta y estimularle hasta realizar acto cometido al mediodía del 18 de febrero.

#### EL PRIMER CRIMEN

El hombre que apareció como el alma de la victoria revolucionaria de 1911, fue Gustavo A. Madero. Éste, sin ser caudillo de la pléyade armada, constituyó la caracterización completa del espíritu revolucionario.

No era Gustavo Madero un genio político; representaba y concreece, la intuición popular. La intuición popular que ni un solo día tuvo acceso, durante tres décadas, a las funciones políticas y administrativas de la República.

Pero, no únicamente lo intuitivo reinaba dentro de aquel hombre. Dentro de él estaba también la generosidad, el valor, la definición y el patriotismo; porque por todas esas cualidades que le adornaban excelsamente, fue por lo cual, sin titubeos, puso su riqueza económica a las órdenes de la Revolución. Y si esto no es supremo, será necesario encontrar otro rico mexicano que haya entregado sus bienes de fortuna para servir a la patria frente a un poder tan dilatado y profundo como el del general Díaz.



Gustavo Madero

Precisamente, porque los lobos y lobeznos del régimen porfirista sabían lo que representaba el hermano del caudillo para la Revolución, fue por lo cual, apenas triunfantes los revolucionarios, no vacilaron en injuriarle y difamarle. Reprochándole, entre otras cosas, el que hubiese cobrado a la nación lo que tuvo necesidad de invertir, para la compra de material de guerra.

El hermano del jefe de la Revolución había quedado en difícil situación económica con la merma de sus bienes, y todo advertía su honorabilidad al pedir la devolución de su patrimonio personal. Así

y todo, los ataques fueron tan violentos, que el mundo profano a las contingencias y conveniencias políticas, creyó que Gustavo A. Madero era un vulgar político ambicioso.

Las exigencias, pues, que los antiguos porfiristas hicieron al hermano del presidente de la República, ascendieron a la categoría de actos propios a la demencia política, porque aquellos líderes del caído porfirismo no se conformaban con su derrota. Estaba muy lejos de ellos, la actitud digna, inmensurablemente digna del general Porfirio Díaz y de los grandes del porfirismo; aunque siempre ha de suceder que la menudencia se signifique no sólo, por su ignorancia, antes también por su procacidad. Y no sólo, en el caso de Gustavo Madero, por su procacidad, sino por sentimientos criminales; porque preso Gustavo, sin esperar más horas que las necesarias para que cayera el día y la obscuridad cubriese el crimen, aquella alma de la Revolución Mexicana fue llevada al martirio.

Nada debía Gustavo Madero. De ningún mal a la patria se le podía acusar. Lo más que fue posible señalar en él, políticamente, como un acto que contraría a la democracia —y sólo en apariencia— fue haber organizado un grupo político, agresivo y violento que, sin faltar a las leyes ni a los preceptos de la libertad, representase el grupo defensor del gobierno y de la Revolución. Un grupo muy a menudo dejado a los ímpetus, en ocasiones temerarios, del joven Adolfo León Ossorio; grupo al cual la maledicencia política apellidó despectivamente *La Porra*.

Pues bien: porque a tal agrupamiento le daba energía y dirección Gustavo Madero, éste fue considerado como el responsable, de la catástrofe política hecha armas y sangre que comenzó el 9 de febrero y que estamos terminando de remirar.

La manera como Gustavo Madero fue preso y asesinado llenó de horror y pena a los sentimientos humanos más flacos y desgarrados; porque, en seguida de haberse visto a Madero en la comandancia militar de la plaza, invitando a los generales Huerta y Blanquet a



fin de que le acompañaran a almorzar, ahora le veremos presidiendo una mesa en el restaurante Gambrinus, en donde Huerta y otros militares prometieron que ese mismo día quedaría vencida la resistencia de la Ciudadela.

Sin embargo, poco después de tales promesas, Huerta, con un pretexto cualquiera, salió del establecimiento, para que minutos más tarde entrara al mismo Gambrinus un grupo de guardias del Bosque de Chapultepec, al mando del capitán Federico Revilla Brockman, y dirigiéndose éste a la mesa donde estaba Madero, le pidió que se diese por preso.

En el acto comprendió Gustavo cuál era su situación; cuál la del gobierno, y se dejó conducir al Palacio Nacional; y aquí le encerraron en una de las oficinas de la comandancia militar, donde el prisionero pudo darse cuenta de todo lo sucedido.

Allí, atadas las manos, con centinela de vista y amenazado de muerte, permaneció impávido, sin pedir gracia alguna, sin quejarse de su condición. Sin embargo, el capitán José Posada, encargado de la custodia del prisionero no dejó, durante las horas de la tarde (18 de febrero), de escarnecer al hermano del presidente. El informe que Posada rindió al general Blanquet, es uno de los documentos más cínicos y vituperables de esa nada limpia y vergonzosa jornada. Posada, para hacer méritos, llamó a tan distinguido mexicano con los peores apellidos.

A la caída de la tarde, el hermano del presidente fue sacado de la prisión, y en el patio central del Palacio Nacional le hicieron abordar un automóvil a poca distancia de otro vehículo en el cual también prisionero, estaba Adolfo Bassó, intendente de la residencia presidencial y por quien el Jefe del Estado nacional tenía grande afecto.

Pronto, puestos en movimiento los dos automóviles, Madero fue vendado de los ojos. En el vehículo iban custodiando al prisionero los capitanes Federico Revilla, Luis Fuentes y Agustín Figueras, quie-

nes antes de recibir al prisionero, escucharon estas palabras del general Blanquet: “el Ciudadano presidente de la República, me ordena, por conducto del teniente coronel Maas, que bajo severa responsabilidad conduzcan a Gustavo Madero y a Adolfo Bassó a la Ciudadela; que allí los entreguen al oficial de guardia, a quien comunicarán que estos dos sujetos deben ser fusilados inmediatamente, en presencia de ustedes y de toda la gente que se reúna en las afueras del recinto. El teniente coronel Maas tendrá que informar al Ciudadano presidente de la República que la orden ha sido cumplida”.

Uno de los oficiales pretendió que la orden le fuese dada por escrito, a lo cual el general Blanquet repuso que los oficiales se deberían limitar a cumplir las disposiciones del presidente Huerta.

Así, los automóviles emprendieron el viaje a la Ciudadela, en cuyo trayecto, el capitán Revilla se divirtió diciendo a Madero que le conducían ya al panteón del Tepeyac. El prisionero sabía, pues, cómo se acercaba el fin de su vida, máxime que al salir del lugar donde había estado preso, pidió hablar con el general Blanquet y como resultado, sólo fue objeto de la mofa de sus custodios.

Al llegar a la Ciudadela, los oficiales desvendaron a Madero, y Revilla, dirigiéndose al capitán Rafael Romero López, jefe de la guardia, le comunicó tener órdenes para poner bajo su custodia a Gustavo A. Madero, a quién dio el apodo de *Ojo Parado*, para que desde luego se le formara cuadro y fuese ejecutado.

Pero ya no hubo tiempo para que Romero contestara a Revilla; pues don Gustavo empezó a gritar que aquello era una infamia; que él no debía delito alguno y que le iban a asesinar; y mientras que lanzaba tan angustiosas exclamaciones, quiso deshacerse de un individuo que le sujetaba, para poder correr, pero en ese minuto apareció el teniente coronel Maas, quien en medio de imprecaciones hizo un disparo sobre Madero, cuya era la figura física que apenas se veía, ya que poca luz había en la plaza de la Ciudadela donde se desarrollaban estos acontecimientos.

Al disparo de Maas, siguieron otros. 5, 8, 10, hechos por Revilla, Figueras y Fuentes. Figueras lo remato. Luego fue sacrificado Bassó.

A las detonaciones, salieron a la plaza varios personajes de la primera y segunda fila de la subversión, que a esa hora conversaban con Félix Díaz, quien estaba enfermo. Para tal concurrencia, lo sucedido tuvo los caracteres de un mero circo.

Terminada la vida de Gustavo A. Madero, ante 40 o 50 individuos congregados en la Plaza de la ciudadela, y que fueron testigos del crimen ejecutado a los gritos de "¡Muera Madero!", "¡Adiós *Ojo Parado!*" y otros, no menos majaderos; terminada la vida de aquel hombre, el cadáver fue golpeado. Hubo un sujeto que pidió fuese cercenada la cabeza del hermano del presidente, para pasearla por las calles de la Ciudad de México.

Nadie intervino para evitar que el cadáver siguiese siendo vejado. E insistimos: Ningún mal a la patria, ni a los ciudadanos mexicanos, ni a sus propios enemigos, ni a los enemigos de su hermano, había hecho el asesinado. En aquel hombre muerto de tan mala manera, se quiso vengar el alma de la Revolución.

Tan vergonzoso, tan trágico como desgraciado fue aquel suceso, que se acusaron los unos a los otros, refiriendo el episodio sangriento a su manera, disculpa y conveniencia, sin que por ello hubiesen podido lavar la mancha que será indeleble en el cuerpo de los apetitos y en la mente de los criminales políticos de muchas épocas.

## La responsabilidad

LA AUTORIDAD DE HUERTA

El general Victoriano Huerta fue desde el mediodía del 18 de febrero dueño de la situación militar de la Ciudad de México; pero su propiedad, no era total ni nacional; y como tenía en su poder al presidente de la República pone precio a la investidura —también a la vida— del Jefe de Estado. Para esto no tiene escrúpulos. Sobre la responsabilidad política y patriótica, como sobre las fronteras morales y jurídicas, estaban los apetitos. Tampoco había un principio de posesión que, por menos, le atormentase o le sirviese de guía. En los momentos culminantes de aquel drama sólo anidaba un propósito: hacer triunfar sus designios personales.

Dueño, pues, de la investidura y vida del presidente, Huerta se dispuso a tratar con los líderes aunque éstos no tenían otro camino que el de negociar con quien poseía el cetro a muy pocos centímetros de distancia. Una voz de Huerta, a esas horas era superior a todo el poder de fuego de la Ciudadela. Además, Huerta se hallaba en la posibilidad de dar a sus designios personales —a los designios de un naciente huertismo, también— todos los visos de la constitucionalidad. De antemano, Huerta sabía que, ya por medios pacíficos, ya por instrumentos violentos, podía disponer de la renuncia de Madero a la Presidencia de la República; y esto le bastaba para tener la certidumbre de que con tal documento, él, Huerta, era el único mexicano capaz de resolver el futuro presidencial, el futuro jerárquico y

el futuro de Madero. De esa suerte, si la gente de la Ciudadela se le sometía sería condicionalmente. Si no era así, estaba en aptitud de destruirla, y la destruiría en nombre de la paz, del Ejército y del gobierno de “mano dura”.

Después de la aprehensión del presidente, Huerta no encontró otro obstáculo, para vencer, que la presencia a las puertas del Distrito Federal de 1,200 soldados, oaxaqueños en su mayoría, que a las órdenes del general Manuel Rivera llegaban de Oaxaca correspondiendo al llamado de Madero. Y Rivera era un jefe leal, que no se entendía ni fácilmente se entendería con Huerta. Así, ése es el único impedimento que vio Huerta a su frente. Los hombres de la Ciudadela, que no eran militares de primera fila ni políticos superiores, podían ser vencidos. No así Rivera, quien tenía metido entre ceja y ceja el principio de la constitucionalidad.

Huerta no sabía cómo tratarle; tampoco Blanquet. Quienes sí lo sabían eran los líderes del Senado. Estos hablaron a Rivera no en nombre de Huerta, sino de la paz, del orden, del bienestar patrio. Y Rivera, les escuchó y rindió sus armas. No reconocía a Huerta, pero tampoco se rebeló. Aceptaría la situación si el Congreso la admitía. Con lo último, Huerta estuvo en el vestíbulo de la victoria; porque aparte de que conocía el camino para dominar a los hombres de la Ciudadela, ahora, con los soldados de Rivera tenía bajo su mando poco más de 4 mil individuos armados.

Preparado, pues, para ejercer el dominio sobre las tropas desleales y civiles sediciosos. Huerta hizo conocer a Félix Díaz y Manuel Mondragón sus condiciones de paz. Estos comprendieron cuán difícil era vencer, advirtiendo que, además de la gente de Rivera, Huerta estaba en posibilidad de unificar al Ejército en torno a él. No tomaron en cuenta la condición de Madero, ni el escarnio, ni el chantaje que Huerta podía hacer con la vida del presidente. Sintieron sobre ellos, el poder de las armas y la capacidad táctica de Huerta. Por todo esto aceptaron transar.

Hubo una sola condición: no concurrirán a hablar de paz a un lugar ocupado por Huerta; y como éste, a su vez, advirtió que no pisaría suelo rebelde, la una y la otra parte acudió una vez más a los civiles; y el viejo senador Sebastián Camacho propuso que las partes se reuniesen en la sede de algún plenipotenciario extranjero.

Éstos, desde el domingo 9 de febrero, habían convertido sus legaciones y embajadas en áreas extraterritoriales desde donde hablaban, ora en *ex cátedra*, ora en amenaza; pero todo el tono de intervencionismo. Ellos, los diplomáticos, y al igual el alemán que el norteamericano, el brasilense que el español creían tener la llave mágica para restablecer la paz entre los mexicanos, y como si sus países respectivos estuviesen históricamente exentos de guerras civiles; y como si sobre sus pueblos no pesaron los delitos que ahora sólo atribuían a México, a pesar de que México era libre y soberano para disponer de la sangre de sus nacionales.

Pero entre tanto, los agentes de Huerta y Félix Díaz —también, aunque en menor escala, los de Rodolfo Reyes, quien se consideraba, y con razón, heredero legítimo de los derechos públicos y políticos de su padre, el general Bernardo Reyes—. Buscaban, de acuerdo primero entre sí; de acuerdo pocas horas adelante, con los diplomáticos extranjeros, el lugar neutral para juntarse, discutir y repartirse las ganancias de la sedición y de la deslealtad; entretanto, se dice, eso acontecía, Huerta, adelantándose a los caudillos de la Ciudadela proclamó que él salvaba a la capital de la República —no a la República Mexicana sino a la capital— “casi de la anarquía”, y que asumía el Poder Ejecutivo de la nación.

No basaba su autoridad o supuesta autoridad sobre precepto alguno. Hablaba en nombre de la fuerza y hacía omisión de la jerarquía de Madero, de los Poderes Legislativo y Judicial y de todas leyes que daban cuerpo y espíritu a los Estados Unidos Mexicanos.

Sin embargo, Huerta demoró la publicación de la proclama. Los senadores volvieron a aparecer en escena, para sugerirle la nece-

sidad de que previamente se entendiera con Félix Díaz y demás caudillos, y en seguida procurara, por todos los medios pacíficos posibles, la renuncia de Madero y Pino Suárez, de manera de dar a los acontecimientos el carácter de una sucesión constitucional.

Huerta, pues, seguro de haber consolidado su situación militar y ganada la confianza de los diplomáticos extranjeros, quienes informaban a sus gobiernos de que, al fin, había aparecido el hombre capaz de restablecer la paz y dar garantías a los intereses europeos y norteamericanos en México, accedió a concurrir a un terreno neutral que, ora por insinuación de los extranjeros, ora debido al influjo de los viejos intelectuales políticos del porfirismo, ora porque tal hubiese sido su propia iniciativa, aceptó que fuese la embajada de Estados Unidos.

Aquí, el locuaz y por lo mismo irreflexivo embajador Henry Lane Wilson, tenía todo preparado al caso, de manera de servir no a México, sino a su patria y a su propia personalidad; pues realizada la victoria democrática, en los comicios de Estados Unidos, del profesor Woodrow Wilson, el plenipotenciario norteamericano repetía las frases de Wilson, conforme a las cuales, la política futura de la Casa Blanca respecto a México y los países al sur de éste, debería consistir no tanto en intervenir en los Estados, sino en apoyar benévola-mente a los gobiernos establecidos “a semejanza del gobierno democrático de Estados Unidos”.

Llevando, pues, a las partes de la política mexicana en conflicto a la sede norteamericana, Henry Lane Wilson no intervenía en los asuntos de México, sino que procedía democrática y generosamente tratando de que su ejemplo sirviese para hacer un México “a semejanza de Estados Unidos”. Y conforme a la realidad documentada, en los proyectos del embajador Wilson no había maldad. El plenipotenciario norteamericano era demasiado candoroso y glorificaba excesivamente a su pueblo natal, para que su actuación alcanzara la preeminencia de lo satánico. No era posible —y exigir lo contrario

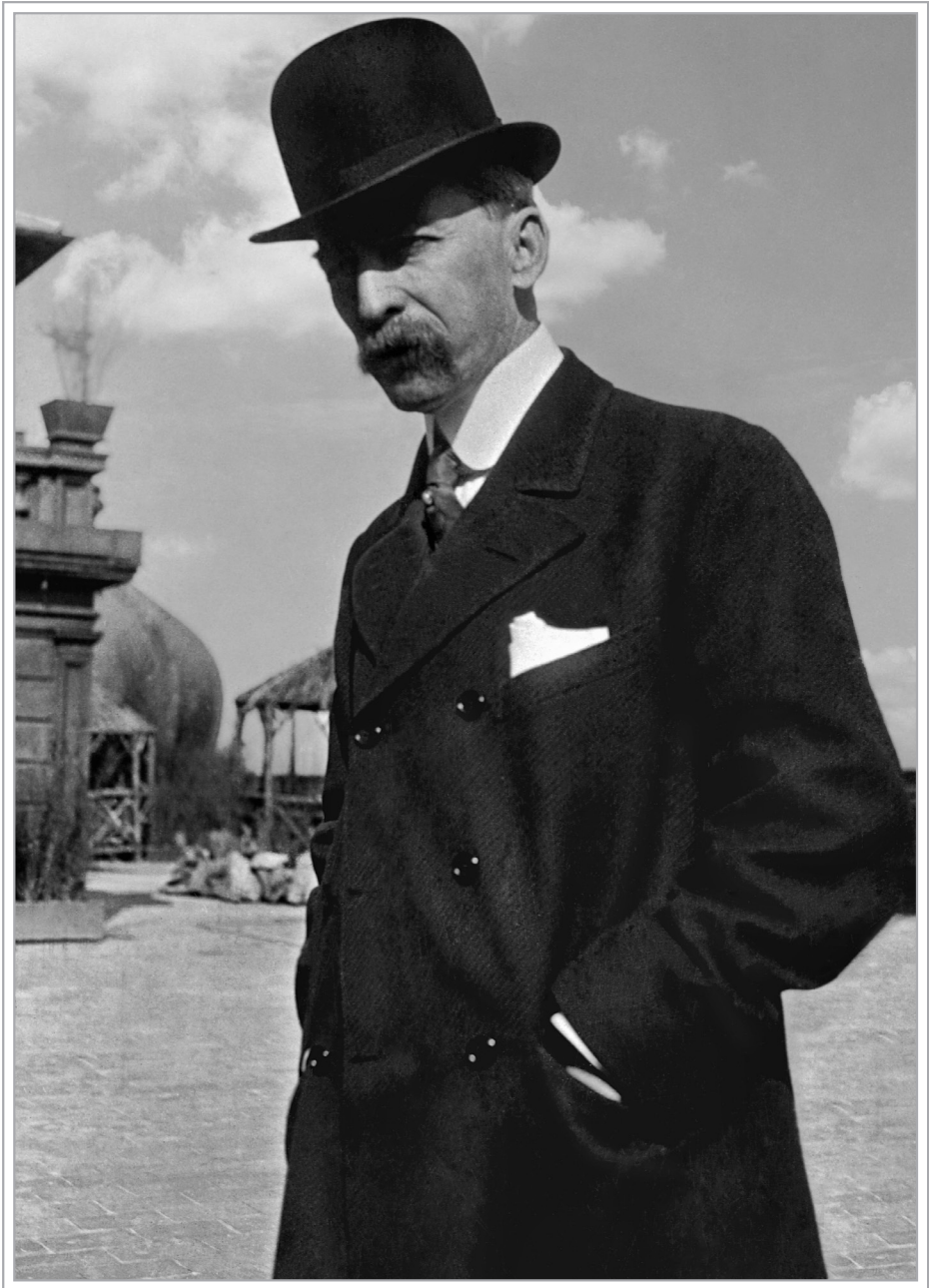


sería absurdo— que Wilson y el Departamento de Estado tuviesen capacidad para comprender la mentalidad de un pueblo rural, siendo Wilson y el Departamento de Estado el espíritu clásico de una nación de desenvolvimiento industrial y urbano.

Por otra parte, el embajador Wilson carecía de disposiciones personales para dirigir una intervención de su país en México. Fuera de la intriga y del secreteo tan habituales a la diplomacia de la primera década de nuestro siglo, el plenipotenciario norteamericano no poseía ninguna virtud sobresaliente. Era un hombre vulgar con la categoría de embajador; pero sin el sentido de la diplomacia ni la cultura que debe preceder al diplomático. Huerta, en medio de todos sus defectos, era más sagaz, avisado, emprendedor y audaz que Wilson, de manera que éste no inspiró en Huerta ni una idea, ni tuvo aptitudes para dirigir un minuto la política mexicana, ni fue coautor en el derrocamiento del presidente constitucional. Su actuación no podía ser superior a la de cualquier individuo atrevido en su lenguaje y con las cualidades de un embustero sistemático. Además, era tan fatuo y engreído que queriéndose servir a sí propio, desdoró la política exterior del gobierno de Washington, y dejó las huellas de una locura intervencionista que no fue del dominio en la mentalidad de los gobernantes de Estados Unidos del primer cuarto del siglo xx.

Huerta y Félix Díaz, contrariando a lo que se supuso respecto a la intervención del embajador Wilson, fueron quienes apátridamente dieron lugar a que se murmurara sobre la política y diplomática intervención de la Casa Blanca al través de Wilson; más esto lo hicieron con el objeto de ganar reputación de fuertes y poderosos, ya que creyeron hacer pensar al pueblo de México en que sus actos tenían el apoyo de Estados Unidos, lo que para el vulgo significaba solidez de la cuartelada —aceptación universal de una nueva autoridad mexicana, aunque ésta representara la anticonstitucionalidad.

Para Huerta, pues, a esas horas —y el precedente sería la guía para el futuro de tal general— lo principal consistía en ganar la auto-



Embajador Henry Lane Wilson

ridad; y ganar la autoridad suprema de la República. Así, Huerta sentía la necesidad no sólo de estar sobre el presidente constitucional, sino también sobre los hombres de la Ciudadela; y como tenía las presas en su poder, la tarea de realce y triunfos personales no halló grandes obstáculos.

Hecha una paz que no requería firma, sino violencia, atropello y osadía —una paz llamada de la Ciudadela o de la embajada de Estados Unidos— el general Huerta quedó dueño, sin esfuerzo ni contradicción, de la autoridad del Distrito Federal; también de la conexiva al Ejército Federal. No sería igual en lo que respecta a su autoridad nacional —al reconocimiento de su autoridad nacional.

Al efecto, no bastaba poseer la autoridad para ser el Jefe del Estado. Para esto, era indispensable constitucionalizar la situación; ahora que hecha la autoridad de Huerta a fuerza de armas, tal suceso resultaba incompatible con la ley moral y civil, democrática y jurídica.

#### LA RENUNCIA DE MADERO

Para consolidar su posición política, el general Huerta halló, en seguida del pacto con los generales Félix Díaz y Manuel Mondragón, un grande escollo que parecía invencible. Tal escollo era Madero; porque éste, depuesto y encarcelado continuaba siendo el presidente.

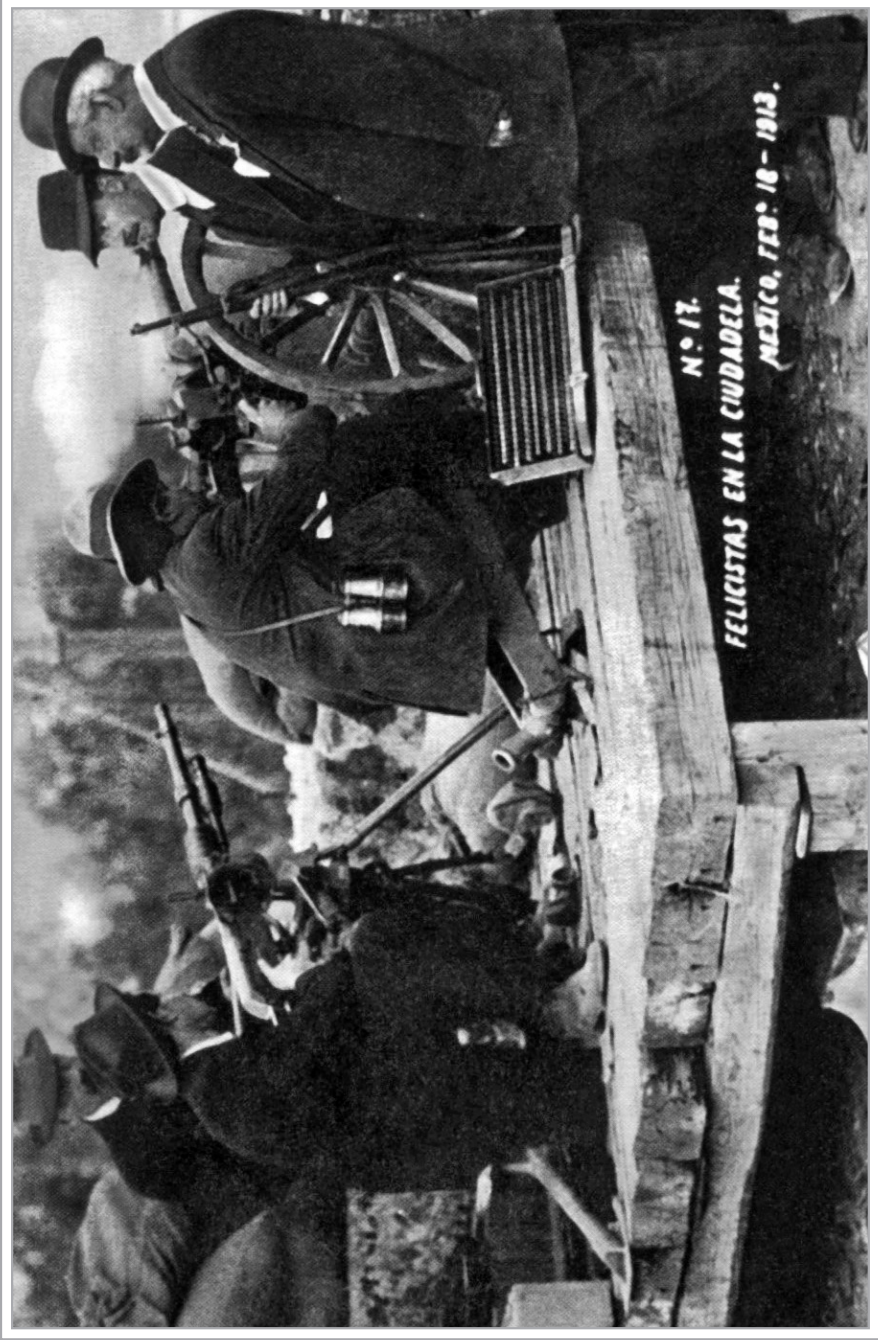
Dentro de la idiosincrasia de Huerta, no existía otro camino que el de desconocer la autoridad de Madero, aunque éste tuviese el carácter de constitucional, y asumir él toda la autoridad nacional y con lo mismo la responsabilidad del mando y gobierno de la nación mexicana. Y lo hubiese hecho si no es que se interponen los adalides vergonzantes, pero consejeros *de facto* de la nueva política. Y, al efecto, Francisco León de la Barra, Toribio Esquivel Obregón, Rodolfo Reyes y Jorge Vera Estañol, quienes sobresalían en el foro mexicano, no sólo se asociaron a las flagrantes violaciones cometidas por

Huerta a las leyes magnas de la República de México, sino que, a pesar de sus oropeles de jurisconsultos, aceptaron ser partes de un poder usurpado y por lo mismo espurio.

Esa parte que aceptaron hombres tan prominentes dentro de la sociedad porfiriana, consistió en dictaminar en el sentido de que Huerta debería pedir las renunciaciones al presidente Madero y al vicepresidente Pino Suárez; mas a los primeros intentos, a fin de que Madero aceptara lo exigido por la gente de la cuartelada, como el presidente enseñara una vez más su férreo carácter, Huerta urdió una trama, no sólo para hacer convenir a Madero en la renuncia mediante la promesa de darle salva conducto para que marchara al extranjero —lo cual equivalía a alentarle para que ya libre, reclamara su constitucionalidad—, sino también a fin de hacer creer, principalmente a los diplomáticos extranjeros, que era individuo respetuoso de la ley.

Tal estímulo, que Madero sintió aprovechable, y quizás —creyó— resultado de la inexperiencia de Huerta, sirvió para que el presidente, quien además se hallaba circuido por la fuerza armada y por otro lado se sentía abandonado momentáneamente por el pueblo, se resolviera a firmar la renuncia, así como pedirla a su compañero de prisión, el licenciado Pino Suárez, a fin de que éste a su vez hiciera otro tanto.

La renuncia de los dos gobernantes fue lacónica. Dirigiéronla al Congreso de la Unión, dentro del cual la mayoría de los diputados, miembros del grupo Renovador, era de pura cepa maderista. Los renovadores, pues, iban a confirmar y aprobar la determinación del presidente. El hecho, extrínsecamente constituía la presencia de la ley. Legalmente, con la aprobación del Congreso, Madero dejaba de ser presidente. El procedimiento era recto e incontrovertible. Sin embargo, tal aparato, intrínsecamente era indigno y amoral. Había sido fraguado no por la vivaz inteligencia de Huerta, sino por el covachuelismo de los —viejos y jóvenes que sargenteaban a



Felicistas en la Ciudadela, 18 de febrero de 1913

Huerta, Díaz y Mondragón y a otros generales de su parvada militar desleal.

Sin embargo, los preliminares y el desarrollo del acontecimiento, no dejaba lugar a duda de que tanto las renunciaciones como la aprobación política y constitucional de las renunciaciones, eran hechas a fuerza de armas; porque, al efecto, mientras que Madero y Pino Suárez firmaban el documento respectivo, el poder militar de las tropas de Huerta y Félix Díaz se estableció en torno a la Cámara de Diputados, a donde, convocado el Congreso General, deberían ser discutidas, dictaminadas y aceptadas o rechazadas las renunciaciones de los magistrados.

Bajo el imperio de las armas, era de esperarse que cualquiera situación tenía que ser favorable a los intereses de los sediciosos, puesto que todo estaba preparado al caso, ya que no se ignoraba que la mayoría del Congreso era partidaria de Madero y de la Constitución, y por lo mismo los coautores intelectuales tenían preparados los medios para que, de rehusarse tal mayoría a aceptar las renunciaciones, se procediera a llamar a los diputados suplentes, con la seguridad de que éstos, bajo amenazas, harían lo que ordenaran los generales. A tales horas, en la realidad, no existía otra voz de orden que la de los caudillos militares.

Organizado así el teatro legislativo, el Congreso aceptó las renunciaciones del presidente y del vicepresidente. Amedrentados, los diputados del grupo Renovador, a excepción de quienes furtiva o premeditadamente se ausentaron de la sala de sesiones, dieron su voto aprobatorio a aquellas renunciaciones de notoria invalidez constitucional y humana; y como de acuerdo con los preceptos constitucionales, el secretario de Relaciones Exteriores era el llamado a suceder en la Presidencia de la República a Francisco I. Madero, se procedió a llamar a tal ministro, que era el licenciado Pedro Lascuráin.

Este correspondía a los más distinguidos miembros del foro mexicano. Era individuo de posición social, asociado a negocios de la clase media —también a instituciones bancarias—, y aunque no



poseía talento ni cultura que le dieran realce personal, sí, era discreto. Había sido profesor de derecho internacional y estaba ligado en calidad de consejero a algunos aspectos de la política internacional de México, sobre todo a la conexiva a Estados Unidos.

Lascuráin, los pocos meses que dirigió los asuntos exteriores de la República, aparte de sus luces, hizo saber su adhesión al presidente Madero. No era maderista, pero llevaba en sí el sentido de la responsabilidad administrativa y del patriotismo acendrado, de manera que Madero pudo confiar en él negocios tan delicados como el de pedir al gobierno de Estados Unidos el retiro del embajador Henry Lane Wilson.

Faltaba en Lascuráin, el carácter y la personalidad del hombre de Estado, por lo cual, en medio de aquellas tormentosas horas que se siguieron a la aprehensión de Madero, sin abandonar su apego a las leyes no hizo ninguna demostración de firmeza constitucional, porque sin ignorar que al aprobar el Congreso las renunciaciones de los magistrados, él, Lascuráin, quedaría investido constitucionalmente como presidente de la República, pudo quedar fuera del alcance de Huerta, llevando a la mano el poder que le otorgaba la Constitución como secretario de Relaciones Exteriores.

Pero no sólo no tomó Lascuráin el lugar que mandaban las leyes y la conciencia civil, sino que se prestó a nombrar —previamente al acuerdo del Congreso— secretario de Relaciones al general Victoriano Huerta, de manera que éste quedase en el procinto, aparentemente constitucional, de la presidencia.

Influyeron también sobre el licenciado Lascuráin, para prestar a las maniobras ilegales y antipatrióticas de los generales Huerta y Díaz, así como de los senadores y juriconsultos que continuaban ejerciendo la función de consejeros aúlicos de los jefes militares, los antiguos hombres del porfirismo que a través de los sectores del senador Sebastián Camacho, movían individuos y empleos, creyendo que muy cercanos estaban los días del retorno porfiriano.



De esta suerte, aprobada, como queda dicho, la renuncia de Madero y Pino Suárez, el Congreso llamó al licenciado Lascuráin para que rindiera la protesta de ley, lo que hizo con extraordinaria naturalidad, a pesar de que, ya de antemano, estaba dispuesto a presentar su renuncia. Para esto, sin embargo, hizo pública la designación de Victoriano Huerta como secretario de Relaciones Exteriores, y en seguida —45 minutos después de haberse juramentado— Lascuráin presentó su renuncia como presidente sustituto constitucional y el Congreso llamó al general Huerta a fin de que prestase la protesta de ley como presidente interino.

Las partes, pues, de aquel aparato militar y político, habían estado debidamente acopladas, y en el ambiente de esos momentos nada parecía faltar para impugnar la constitucionalidad de Huerta; ahora que existiendo en México, como en todos los pueblos del orbe, una moral política, una probidad legal, una justicia humana y un espíritu jurídico, todos aquellos acontecimientos, de mera mecánica en la superficie, pronto pusieron de manifiesto la ruindad en los sucesos. El vientre constitucional de la República estaba desgarrado. Huerta no podía llevar, ni un solo segundo, el título de presidente constitucional sustituto de los Estados Unidos Mexicanos. El país no podía aceptar tal título de Huerta a menos de querer abandonar el camino de la civilización. El reconocimiento popular de la legalidad de Huerta habría sido el reconocimiento de un estado de gacileros, contrario a la naturaleza de una nación, y de una nación que voluntariamente tenía fijadas las relaciones entre los individuos y el Estado; entre los preceptos individuales y las normas de las leyes; entre los dictámenes, naturales y las reglas positivas. El reconocimiento, pues, de aquellos sucesos hubiese destruido los generosos y tradicionales principios que constituían la nacionalidad mexicana.

Huerta, en la realidad, era una autoridad mexicana, puesto que ejercía el mando supremo de las armas; pero no por ello era el presidente de la República. La gobernación y mando de la nación conti-

nuaba en el Millo que adornaba el pecho del presidente prisionero. Y tan cierto y claro era esto último, que el propio Huerta, en seguida de creerse presidente, empezó a calcular qué hacer con Madero, de manera que éste dejase de ser la representación inequívoca de la constitucionalidad.

## EL DESTINO DE MADERO

Creyéndose dentro de la verdad y realidad constitucionales presidente de la República, el general Victoriano Huerta, con la anuencia y justificación plena de los sediciosos de la Ciudadela, de los jefes y oficiales del Ejército en el Distrito Federal y estados circunvecinos y de los sujetos del foro mexicano, nombró secretario de Estado y comunicó su situación personal y el origen de su encubramiento tanto a los gobernadores de estado como a los jefes de las misiones extranjeras. Tomó su acomodo con tanta prosopopeya política y militar, que se consideró el hombre llamado a dar paz y orden a la República.

Sin embargo, no eran los problemas de la pacificación del país la preocupación principal de Huerta. La gran preocupación estaba en lo que debería hacer con las personas de Madero y Pino Suárez, puesto que sin poder negarse moral y jurídicamente que habían sido despojados de sus funciones mediante la violencia, estaban aptos y justificados para continuar como los efectivos mandatarios de México.

De esta situación no sólo debió hacer juicio Huerta, puesto que atañía a todo el grupo desquiciador de la constitucionalidad nacional, porque si ese mismo grupo había acusado a Madero para derrocarlo, lo propio era que esos cargos y las pruebas de los mismos sirviesen para un proceso legal y necesario.

Mas, de seguirse el camino señalado por las leyes civiles, la autoridad de Huerta quedaría debilitada, por lo cual se requirió abandonar esa preocupación legal para buscar otro medio más pronto, eficaz y definitivo, gracias al cual se pudiese extirpar la amenaza que



Francisco I. Madero y José María Pino Suárez

representaba la presencia de los dos prisioneros dentro del Palacio Nacional.

Sin atreverse a una decisión personal, el general Huerta fue de una consulta a otra consulta; pero como todas eran abiertas y siempre con caracteres legales, ya porque lo discudiese por sí mismo, ya porque así se lo hubiesen sugerido, el hecho es que Huerta creyó hallar la explicación más factible y definitiva para enjuiciar a Madero, si se le declaraba y comprobaba que sufría de enajenación mental; y, al caso, mandó que oficiales del Ejército vigilaran y observaran todos los movimientos del presidente, de manera que de tales observaciones se desprendiera la acusación formal con la cual se inhabilitaría a Madero, quizás para siempre, de cualquier intento de reclamar su investidura presidencial.

Por lo que correspondía al licenciado Pino Suárez, el general Huerta, así como los líderes de la cuartelada, le tenía a tanto menosprecio que ni siquiera le tomaron en consideración dentro de aquella trama que se preparaba para la justificación moral del derrocamiento, de la prisión y del proceso legal.

Madero, preso como se ha dicho, en las oficinas de la intendencia del Palacio, pasaba las horas estrechamente vigilado, con centinelas de vista, sin consideración alguna a su personalidad política. Permitírsele recibir las visitas determinadas por Huerta, y al mismo tiempo, se daba lugar para que el público curioso le viese desde el exterior a manera, no de que se le compadeciera, sino de que se le viese como un tipo excéntrico y por lo mismo dentro del círculo de la demencia.

Así, mientras que el plan sobre la locura de Madero estaba en vías requeridas al fin, el general Huerta hacía aparentes negociaciones con quienes imploraban la libertad del presidente, ya dentro del suelo mexicano, ya en suelo extranjero. Entre tales sujetos se hallaban algunos diplomáticos, pero principalmente los jefes de misión de Japón y Cuba. Este último había amparado a la familia

del presidente, mientras el primero hacía gestiones muy personales, pero de una sublime ingenuidad, pues pretendía persuadir a Huerta para que permitiera al prisionero salir del país, lo cual, como es natural, sólo hacía clavar en el alma del general el peligro de una nueva aventura revolucionaria de Madero; aventura más violenta que la de 1910 y por lo mismo cargada con todos los vapores de la venganza.

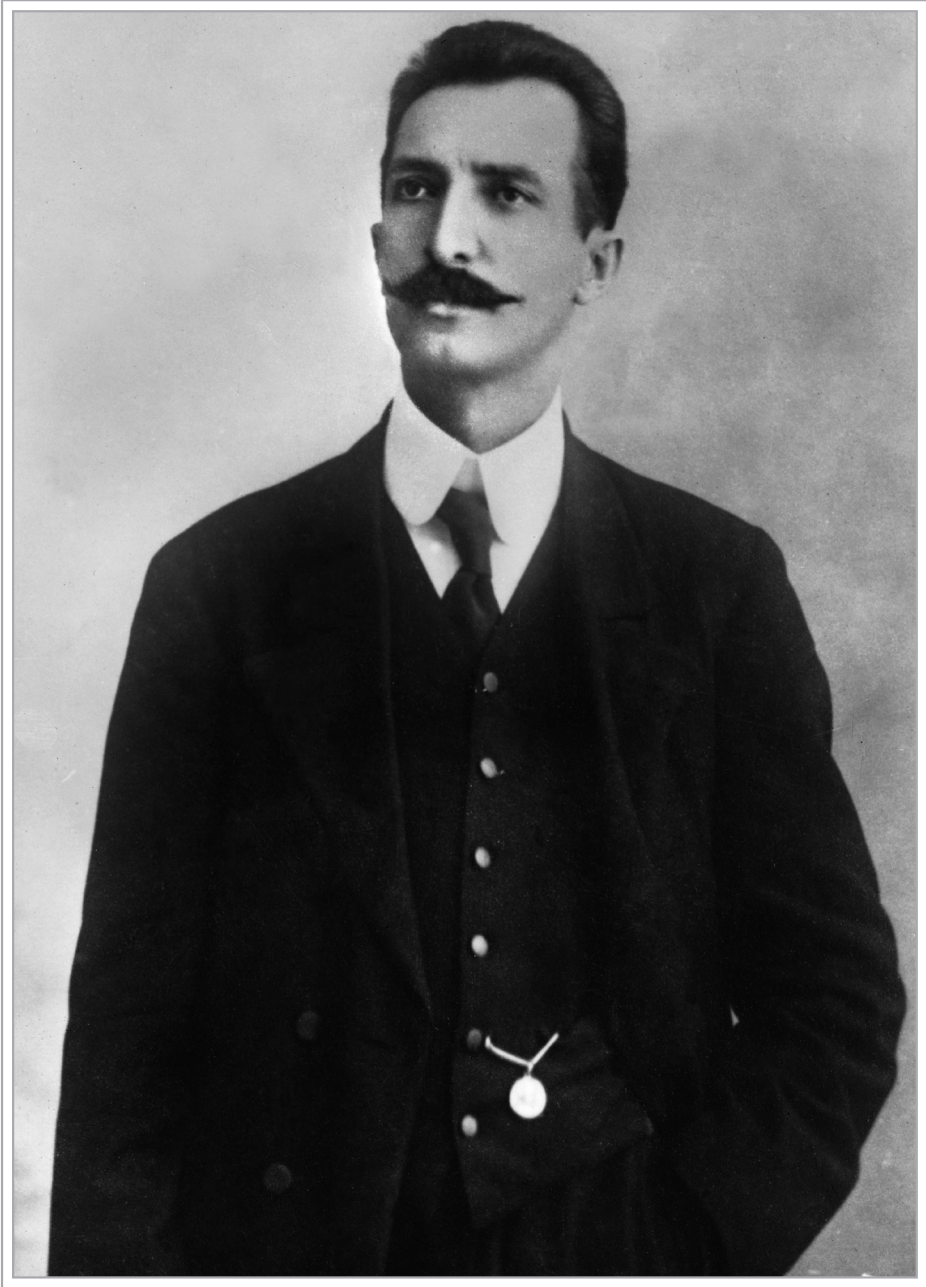
No era, pues, el camino señalado por el plenipotenciario japonés el más factible. En la realidad, para Huerta no existía más que un camino certero y seguro: asesinar a Madero y a Pino Suárez. Asesinarlos, ya en fusilamiento ordinario con barniz de práctica legal, ya en un acto aparentemente fortuito y el cual, aunque no tuviese explicación, sería irreparable.

A esto último, sin embargo, el general Huerta no sólo trató de darle todos los visos de una tragedia casual, sino que también quiso organizar una verdadera tramoya, de manera que todos sus colaboradores no podrían quedar excluidos de la responsabilidad, no sólo del destino de Madero y Pino Suárez, sino principalmente de la cuartelada, prisión y renuncia de Madero y Pino Suárez.

En medio de la tranquilidad que para los sediciosos era la prisión de Madero, puesto que empezaban a correr rumores de una sublevación popular para libertar al caudillo de la democracia, el general Huerta vivió aquellas horas esperando los instrumentos que iban a servir al doctor Aureliano Urrutia a fin de declarar que Madero estaba loco.

Y posiblemente Huerta hubiera esperado todo el tiempo necesario para el dictamen de Urrutia, de no ser que un mensaje del general José Refugio Velasco, unido a los rumores de una posible insurrección popular en la Ciudad de México, le hicieran cambiar de plan y dictar resolución formal sobre el destino de Madero y Pino Suárez.

Huerta, en efecto, para esas horas tenía tomada la resolución de asesinar a los dos prisioneros; ahora que le faltaban los apoyos



José María Pino Suárez

con el debido disfraz legal, para cometer el crimen. Quería asimismo, como queda dicho, comprometer a sus colaboradores. No era Huerta un asesino vulgar; carecía de experiencia para el crimen político. En su misma carrera militar no se encontraban manchas de sangre. La idea de matar a Madero fue circunstancial: la única que halló factible y efectiva en el trato con una realidad; la primera que le asaltó en medio del noviazgo con el mando y gobierno del país. Huerta tenía miedo a matar y al mismo tiempo quería deshacerse de Madero.

Sin desear, pues, cargar él solo con la responsabilidad de lo que proyectaba, sin comunicar sus planes a los colaboradores, Huerta dispuso las cosas de manera que a la hora de un juicio, los ministros resultaran tan responsables como él; y éstos, con el ansia de hacer sobrevivir a un gobierno facticioso y faccioso, se dejaron envolver por Huerta y aunque sin participar directamente en los planes del general, no por ello dejaron ni dejarán de ver sus nombres unidos a un crimen político.

Resuelto, pues, el general Huerta a poner fin a las vidas de Madero y Pino Suárez, y fracasado el propósito de declarar loco al prisionero, luego de comprometer a los secretarios de Estado al aceptar que el licenciado Rodolfo Reyes rindiera dictamen sobre la suerte de Madero, a pesar de que no correspondía a los ministros, sino al Congreso procesar al presidente, sólo restaba buscar el procedimiento. También faltaba encontrar al hombre o los hombres que ejecutaran la orden.

Al efecto, Huerta, se asesoró, primero del general Blanquet y de Enrique Cepeda; después del general Juvencio Robles. Este último, sin embargo, aunque enemigo mayor del presidente, hacia quien guardaba hondo resentimiento por haberle quitado el mando de las fuerzas que operaban a principios de 1912 contra los zapatistas, tenía para Huerta el mérito de haber pedido, en nombre de los sediciosos, la renuncia a Madero; ahora que como éste, al primer intento de



Robles, había rechazado indignado la pluma que el propio Robles le ofreciera para que firmara el contexto del documento de dimisión, había dejado incrustado en el alma, nada limpia de Robles, los tentáculos del odio y del desquite.

Robles, sin embargo, en seguida de opinar, como opinaban los generales amigos de Huerta, que Madero fuese procesado y condenado a muerte, pidió retirarse de aquel teatro trágico que preparaba Huerta; pero no hicieron lo mismo Blanquet y Cepeda. Éstos, asociados a Huerta, estarían asimismo asociados al crimen que se preparaba.

#### PRELIMINARES DE UN CRIMEN

Desde la mañana del 21 de febrero (1913), los colaboradores cercanos al general Victoriano Huerta no desconocían cuál sería el destino de Madero y Pino Suárez, Huerta no les había comunicado ni interiorizado de sus planes secretos; pero el ambiente todo, dentro del círculo de los triunfantes sediciosos, señalaban la muerte del presidente y del vicepresidente como suceso necesario y fatal.

Estaban, si no en el entendimiento de lo que iba a pasar, sí en la idea general de que mientras vivieran Madero y Pino Suárez peligraban los hombres de la cuartelada, además de Huerta, Blanquet, Mondragón, Cepeda y Robles, el brigadier Félix Díaz y el licenciado Rodolfo Reyes; pues si entre ellos, se insiste, no existió un acuerdo previo, en el fondo combinaban sus ideas sobre la manera menos burda de quitar la vida a los gobernantes presos. Y prueba de lo anterior es que los cuatro últimos, unidos a los otros, aceptarían horas más adelante, la mentira, casi fabulosa, acerca de la muerte de Madero y Pino Suárez. Esa sola mentira, urdida en el menor de los covachuelismos, empañará para siempre la memoria de personas tan distinguidas como Reyes y Díaz, en quienes, infortunadamente, se había metido el diablo de la venganza.

La sentencia contra Madero y Pino Suárez, fue dictada en la defensiva y silenciosa reciprocidad de aquellos hombres. Es difícil que de uno al otro —si de esto se exceptúan a Huerta, Cepeda y Blanquet— haya salido la frase: “hay que matar a Madero”. Otra es la manera como se entienden quienes tienen miedo de perder la victoria fácilmente obtenida; otra la forma como se proyectan y realizan los crímenes políticos. Para el ejercicio de éstos hay sondeos individuales y no discusiones colectivas. Esto equivaldría a dejar huellas imborrables. Un político criminal se cuida más que un vulgar criminal, aunque éste pretenda el crimen perfecto.

Así, en medio de una borrachera, el general Huerta llamó al general Blanquet la madrugada del 22 de febrero, diciéndole que dispusiera todo lo conveniente para hacer desaparecer ese mismo día a Madero y Pino Suárez; y que, para el caso, el propio Blanquet eligiera el personal que debería ejecutar la orden antes de que amaneciera el 23 de febrero.

El general Félix Díaz no ignoró que la orden para el crimen había sido dictada por el general Huerta en la madrugada del día 22, y cuando Huerta se hallaba en estado de ebriedad; pero Díaz dudó, dado el estado de Huerta, en que Blanquet la cumpliera o que aquél le reiterara. Sin embargo, la orden era un hecho, y Blanquet procedió a ponerla en práctica; ahora que la trama, de manera que saliera de acuerdo con los designios futuros de Huerta, fue fraguada en su parte principal, por Enrique Cepeda y el coronel Luis G. Ballesteros.

Esa parte principal de la confabulación consistió en simular un traslado de Madero y Pino Suárez del Palacio Nacional a la penitenciaría del Distrito Federal, con el objeto de que, llevados los prisioneros a un lugar aislado y protegidos por la obscuridad, fuesen muertos, a manera de poderse decir, oficialmente, que la tragedia había ocurrido, en el camino a la penitenciaría, al intentar, un grupo de maderistas, libertar a los prisioneros.

Mas, para llevar al cabo tal artificio, sin que recayera sospecha sobre la intervención de Huerta y Blanquet en el crimen, fue necesario hacer una ingeniosa urdimbre de personas e instrumentos; y al caso, desde la mañana del 21 de febrero, Cecilio L. Ocón, lugarteniente del general Félix Díaz, y Enrique Cepeda, representante de Huerta, anduvieron en procuración de un automóvil, para “un eminente servicio de Palacio”. Y no era, ciertamente, tan fácil, la tarea de hallar el vehículo; pues no había tantos así en la Ciudad de México como para que los propietarios se desprendieran de ellos, ni aun para el “servicio de Palacio”, a pesar de que Palacio significaba respeto y amenaza.

Pero como Ocón estaba obligado a satisfacer la demanda de la autoridad de Palacio, no descansó hasta que Alberto Murphy, rico de la época porfirista, ofreció prestarle su Protos, coche cerrado de cinco plazas, que el chofer Ricardo Romero condujo al patio central del Palacio Nacional, donde lo entregó a dos oficiales del 29o. batallón. El chofer del vehículo iba advertido por Murphy, de que no se “asustase, pasara lo que pasara”.

Faltaba el segundo automóvil, y como Ignacio de la Torre y Mier, rico hacendado y yerno del general Porfirio Díaz poseía dos, Enrique Cepeda le pidió uno en préstamo; pero de la Torre, no obstante sus nexos con los contrarrevolucionarios, sabiendo lo que significaba la frase “servicio de Palacio”, sin negarse a facilitar un vehículo mandó a su mayordomo para que alquilase un automóvil en el sitio de la Alameda, del cual era propietario el inglés Frank H. Doughty.

El inglés, ajeno a lo que se avecinaba arrendó un auto Packard, encargándole el manubrio a Ricardo Hernández, quien llevando como ayudante a Genaro Rodríguez, se dirigió al patio central del Palacio, donde fue recibido por Enrique Cepeda, quien mandó al chofer que se pusiera a las órdenes del comandante Francisco Cárdenas, correspondiente al primer cuerpo de rurales.

Y, en efecto, éste al cabo de dos o dos horas y media, se presentó al chofer Hernández, preguntándole entre broma y broma, si era “lo



Félix Díaz y Aureliano Blanquet (al centro) en Oaxaca

suficiente hombre para no asustarse con los balazos”, con lo cual Rodríguez empezó a entrar en temores; mas como vio que tanto Cárdenas como los dos cabos de rurales que acompañaban a éste seguían de chanza en chanza, hizo a un lado sus primeras aprensiones y empezó a ganarse la confianza de Cárdenas.

Para esto, a unos cuantos metros de distancia del Packard estaba el automóvil prestado por Murphy a Ocón; ahora que tanto Cárdenas como sus compañeros tuvieron el cuidado de no confiar a los choferes que ambos estarían a la noche de ese día en la misma misión.

Al efecto, desde la hora en que los dos automóviles quedaron estacionados en el segundo de los patios, todo estaba listo para la ejecución de los planes del general Huerta.

Previamente, para cumplir tales órdenes, el general Blanquet había llamado al mayor Cárdenas, y comunicándole que por acuerdo —del presidente, en el curso del día le entregaría “a los reos Francisco I. Madero y José María Pino Suárez”, para que los ejecutara de manera que su muerte pudiera ser atribuida a la ley de fuga o bien a los maderistas, como resultado de un asalto con el objeto de libertar a sus caudillos.

Mandó también Blanquet que Cárdenas designara a dos —solamente a dos— cabos de rurales de su absoluta confianza, a fin de que le sirvieran para “llevar a cabo el fusilamiento”.

Cárdenas se dispuso a cumplir lo ordenado por Blanquet, sin que exista prueba —como Cárdenas dijo en Guatemala, donde el presidente de la República Manuel Estrada Cabrera, en un acto que mucho le ennoblece lo tuvo preso— capaz de resistir un cotejo, a propósito de una supuesta entrevista de Huerta y Cárdenas en las horas anteriores al crimen.

La elección hecha en tal sujeto se debió a que Huerta le conocía su decisión. Cárdenas, desde el 9 de febrero, había sido compañero inseparable de Enrique Cepeda. Ambos se llamaban a sí mismos la “sombra de mi general” —la sombra de Huerta.

Esto no obstante, y mientras que Cárdenas iba en busca de sus cómplices. el general Aureliano Blanquet llamó a la comandancia al capitán Agustín Figueroa (*sic*), quien se había distinguido por su sangre fría dando muerte a Gustavo A. Madero, y comunicó que estaba comisionado para acompañar en la noche del 22 de febrero al mayor Francisco Cárdenas, quien recibirá órdenes para fusilar a Madero y Pino Suárez; y que como Cárdenas no tenía "materia gris", Figueras debería ponerse de acuerdo con el coronel Luis G. Ballesteros, director de la penitenciaría del Distrito Federal, para él hacer desaparecer a Madero y Pino Suárez sin que se comprometiera al gobierno.

Figueras aseguraba que había oído decir a Ocón, a raíz de la aprehensión de Madero, que a éste "sería bueno matarlo" simulando un asalto al Palacio o al lugar donde los prisioneros fuesen trasladados. Y esta ocurrencia de Ocón, vino luego a la cabeza del capitán Figueras, a quien le pareció que era el mejor plan.

Asimismo, Figueras estaba instruido en el sentido de que su nombre no debería figurar en ninguna actuación, de manera de no comprometer al Ejército, por lo cual, los individuos llamados a matar al presidente y vicepresidente tenían que ser rurales. Así, Figueras, soldado de los pies a la cabeza, pero en quien mandaban los impulsos y las violencias, sabiendo que de lo que aconteciera la noche que se acercaba dependía su suerte, mucho cuidado tuvo de que su presencia no fuese advertida en torno al crimen que estaba en elaboración.

Pero sobre Figueras estaba un superior. Este era el coronel Luis G. Ballesteros, individuo al servicio de Huerta. Y quien a la mañana del día 22 el propio Huerta había nombrado director de la penitenciaría.

Con Ballesteros, de quien en el examen de los testimonios sobre el crimen, no se mencionan antecedentes, debería ponerse de acuerdo con Figueras. Ballesteros tenía aptitudes como hombre de iniciativa. Él, pues, nadie más que él, diría qué hacer, con precisión, del pre-





General Aureliano Blanquet



sidente y del vicepresidente de la República; y a Ballesteros fue a quien se le ocurrió que la muerte de Madero y Pino Suárez pudiera ser atribuida a un asalto; mas como era indispensable achacar toda la trama del supuesto asalto a un individuo ajeno al Ejército, Ballesteros fue quien atribuyó indirecta e insidiosamente a Ocón, la preparación de los criminales planes. Con esto, no sólo se quitaba a los jefes militares la responsabilidad en los acontecimientos, sino que también se degradaba a uno de los amigos personales de Félix Díaz; sobre todo a un amigo de Díaz en quien, como Ocón, tenían los huertistas un enemigo formal y aguerrido. Además el nombre de Ocón como coautor del crimen hacía recaer sospechas sobre una complicidad del general Díaz, que no existía, de ninguna manera, en el orden material de el magnicidio.

Ocón era originario de Mazatlán (Sinaloa). Hombre de gran empresa y de talento despejado, hizo buena fortuna; pero habiendo obtenido el monopolio de la carga y descarga de mercadería en el muelle del puerto durante las postrimerías del porfirismo, se hizo odioso para el pueblo y huyó al triunfo del maderismo a la Ciudad de México, donde entregó su vehemente y sincera amistad, como buen costeño, al general Félix Díaz a quien acompañó en peligrosas aventuras, sin dejar de servir a sus paisanos, salvando la vida a los mazatlecos sentenciados a muerte por el general Huerta.

#### MUERTE DE MADERO Y PINO SUÁREZ

Hecho el plan para el asesinato, correspondió a Figueras comunicar a Cárdenas lo que convenía, inclusive decirle, para que de esa manera se propalase la versión, que Ocón, al frente de una veintena de gendarmes “disfrazados de paisanos”, simularía un asalto en el trayecto de los prisioneros a la penitenciaría.

Ballesteros y Figueras, pues, eran los directores materiales de la trama. Cárdenas sólo sería el verdugo. La hoja de servicios de éste

no estaba exenta de sangre, pues a muy temprana edad había iniciado correrías en la región de Sahuayo (Michoacán).

Cárdenas, sería asimismo, quien designase a otros dos verdugos de manera que, al efecto, en la tarde del 22, comunicó al general Blanquet que había comisionado, para que le acompañaran, a los cabos de rurales Francisco Ugalde y Rafael T. Pimienta, pues que habiendo sido estos dos maderistas, podían servir “para el despiste”.

Así, a las 7 de la noche del sábado 22, Figueras informó a Blanquet que todo estaba “listo para cumplir con el servicio”, y que ya había recibido “órdenes del coronel Ballesteros”, para ejecutar a los reos.

Blanquet, le recomendó que tuviera mucho cuidado; que el plan debería ser cumplido reservadamente y sin comprometer la “serenidad del gobierno y del señor general Huerta” y que, terminada la misión, el capitán Figueras se presentara en la comandancia de la plaza, dejando que Cárdenas se entendiera con el acto final.

Ahora bien: si el contento mundo de la contrarrevolución no ignoraba cuál sería la suerte de Madero y Pino Suárez, en el secreto de que a la media noche de ese sábado, iban a ser asesinados el presidente y el vicepresidente, sólo estaban el general Victoriano Huerta, el general Aureliano Blanquet, el coronel Luis Ballesteros, el capitán Agustín Figueras y el mayor Francisco Cárdenas. Los cabos Pimienta y Ugalde sólo sabían que iban a concurrir al traslado de los señores Madero y Pino Suárez; y de esto tuvieron conocimiento hasta el momento en que se presentaron en el patio de honor del Palacio Nacional, portando cada uno de ellos un fusil Mausser y una dotación de 100 cartuchos.

Las primeras horas de la noche del 22, debieran transcurrir muy lentamente para el mayor Cárdenas y los dos cabos de rurales que le acompañaban y quienes llegaron al Palacio entre 7 y 8 de la noche, armados ya con los fusiles. Ugalde y Pimienta, al igual que Cárdenas, vestían el uniforme de charro de los rurales.

Para “matar el tiempo”, el trío fue a una cantina cercana a Palacio, libando, pero “con moderación”. No debían “perder la cabeza”. Era necesario andar con las piernas fuertes, porque no sabían qué podía ocurrirles durante el traslado de los prisioneros. Cárdenas advirtió a sus acompañantes que tenían que ir prevenidos, dado que los maderistas eran muy agresivos.

En la comandancia, el capitán Figueras, acompañado del coronel Joaquín Chicharro, esperaba que el general Blanquet diera la orden de salida. Éste, ausente de su oficina, se comunicaba telefónicamente con Chicharro, pidiéndole las novedades, “hasta cerca de las 10 de la noche”, en que dio orden de que se formaran las guardias en la puerta de honor y frente a la intendencia de Palacio en donde estaban los prisioneros.

Recibida la última palabra de Blanquet, Chicharro preguntó a Figueras si todo estaba listo. En ese momento el coronel Ballesteros llamó por teléfono desde la penitenciaría muy alterado. Chicharro comunicó a Figueras que Ballesteros estaba impaciente, pues que “la orden” debería ser cumplida antes de las once y media, porque “el presidente (Huerta) llegaría a Palacio” a esa hora.

Chicharro salió de la comandancia para disponer las guardias, como lo había mandado Blanquet, mientras que Figueras y Cárdenas se preguntaban —el primero pretendiendo ignorar los verdaderos planes— qué hacer al recibir a los prisioneros.

El coronel Chicharro, aunque sin conocer el secreto, comprendía que algo trágico estaba por suceder, y no ocultaba la alteración de sus nervios; pues no menos de tres veces preguntó a Figueras por qué no “portaba el uniforme” militar; de acuerdo con las instrucciones de Blanquet, vestía de paisano.

Resuelta la situación, Chicharro, Figueras y Cárdenas se dirigieron a la intendencia. Madero, Pino Suárez y Ángeles estaban entregados al sueño. Eran las 10:40 de la noche.

Chicharro prendió las luces de la improvisada habitación y exigió a los prisioneros que se pusieran de pie. El presidente fue el primero en

incorporarse preguntando qué sucedía, y advirtiéndolo que les iban a sacar del lugar interrogando así, adónde les llevarían; pero como Chicharro no respondiera, el general Ángeles exigió la contestación, diciendo Chicharro que conducirían a Madero y Pino Suárez a la penitenciaría, mientras que Ángeles debería permanecer preso en el mismo lugar.

Madero se despidió, muy conmovido del general Ángeles. Pino Suárez hizo lo mismo volviéndose a Ángeles cuando ya avanzaba hacia el patio. Pronto el presidente y el vicepresidente estuvieron sentados en los automóviles, que sus custodios les señalaron.

En el primero de los vehículos, el Protos, tomaron asiento el cabo Ugalde; a la izquierda; el presidente, al centro; y a la derecha, el comandante Cárdenas.

Al segundo automóvil subió Pino Suárez, sentándose a la izquierda de éste el cabo Pimienta; pero al llegar el coche al patio central, Figueras, que allí esperaba, subió rápido al vehículo, ocupando la plaza a la derecha del vicepresidente, de manera que, como oficial del Ejército, y de acuerdo con las instrucciones de Blanquet, no le vieron entre los miembros de la partida. En el asiento anterior del vehículo iba el ayudante de chofer Genaro Rodríguez.

Al salir del Palacio, tomaron hacia la derecha, para volver, en la esquina norte del edificio, hacia la calle Moneda, la que siguieron hasta la estación de San Lázaro, continuando por la calle del Ferrocarril de Cintura y luego enfilando hacia el frente de la Escuela de Tiro, y de aquí a la penitenciaría del Distrito Federal.

La ruta había sido ordenada con precisión por Cárdenas al chofer Ricardo Romero, de manera que desde la puerta de Palacio hasta estacionarse frente a la puerta de la penitenciaría, el conductor del vehículo no tuvo que hablar ni titubear. Tampoco Madero ni sus custodios despegaron los labios. Todo advertía la solemnidad que precede a la tragedia.

Figueras y Ballesteros exigieron aquel camino por ser el menos transitado sobre todo cerca de la medianoche; también a fin de

servir a la versión de un supuesto asalto que sería atribuido a los maderistas.

Pino Suárez tampoco dirigió la palabra a sus custodios durante el trayecto, pero al detenerse el vehículo en la penitenciaría, preguntó a Pimienta a qué cuerpo de rurales pertenecía; y ya no hubo lugar a continuar hablando, porque frente al establecimiento, Figueras y Cárdenas descendieron de los coches dirigiéndose a donde estaba Ballesteros, quien avisado de la condición de los presos esperaba impaciente a la puerta del penal.

Figueras y Cárdenas estuvieron hablando en voz baja con Ballesteros como cinco o siete minutos. Ballesteros pretendía que allí mismo le hicieran entrega del presidente y vicepresidente, pues ya tenía dispuesto el lugar donde serían fusilados, opinando el propio Ballesteros que lo del asalto le parecía inútil y “nadie lo iba a creer”, pero Figueras reiteró que la orden del general Blanquet era precisa; que todo estaba ya preparado para “lo del engaño” y que no se trataba únicamente de “hacer , desaparecer a los reos”, sino también “de dar oportunidad para que el público no culpara al supremo gobierno”.

Además, Cárdenas advirtió que tenía un plan para no ocasionar sufrimientos a los presos, añadiendo que él “no podía hacer más que cumplir con las órdenes recibidas”. Aceptó Ballesteros lo dicho por Cárdenas y Figueras, aunque todavía explicó que no tenía prevenidos a los vigilantes en los garitones, y que por lo mismo tales vigilantes podían ser capaces de hacer disparos sobre los automóviles.

Figueras, dirigiéndose a Cárdenas, observó que “aunque le ape-naba ser un criminal”, no había más remedio que cumplir; y al efecto, cada quien se dispuso a la función de matar y para que los prisioneros continuaran confiados, Ballesteros, levantando la voz a manera que pudiera escucharle Madero, indicó a los conductores de los automóviles cuál era el camino que deberían seguir para entregar a los reos por una supuesta puerta posterior del establecimiento. Además, Ballesteros llamó al celador Ramón Rojas para

que indicara el camino a seguir, para lo cual Rojas montó sobre el estribo del Protos.

Llegaron los vehículos a la esquina nordeste de la penitenciaría, y Cárdenas ordenó al presidente que descendiera del vehículo, lo que hizo Madero, mientras Cárdenas le cogía el brazo y ambos empezaron a caminar.

Las luces de la parte alta del penal, útiles a la vigilancia de los penitenciarios, alumbraban la escena.

Al ruido que hicieron los automóviles al detenerse en el sitio dicho, asomó por el garitón el vigilante Moisés R. Díaz, quien vio la figura de varios rurales; pues ya para ese momento descendía Figueras teniendo del brazo a Pino Suárez.

Cárdenas, entre tanto, haciendo como que buscaba la puerta que no existía, retrocedió unos pasos, sacó súbitamente una pistola, y poniéndola a la altura del cuello de Madero, sin que éste advirtiera el movimiento, hizo dos disparos seguidos. El presidente cayó exánime.

Pino Suárez, al darse cuenta de lo sucedido, se desprendió del brazo del Figueras y lanzó una exclamación. El capitán, "con mucha lástima", le hizo seis disparos. Pino Suárez trastabilló; todavía dijo algo y cayó pesadamente. Figueras ordenó a Pimentel que disparara. Éste hizo tres o cuatro disparos. Cárdenas se acercó a Pino Suárez, y como se quejaba hondamente, cargó la carabina de Ugalde y le remató. Los cuerpos de los dos gobernantes de México quedaron como a cinco metros uno del otro.

El vigilante Díaz, mientras tanto, y a las primeras detonaciones que fueron las balas destinadas al señor Madero, habló por teléfono al coronel Ballesteros comunicándole que a su parecer algunos grupos reñían a balazos al pie del muro norte de la penitenciaría, a lo cual Ballesteros contestó callando al guardia.

La orden de Blanquet estaba cumplida. Cárdenas y Figueras, tomando los fusiles de los cabos, balacearon los dos coches; y en seguida

Figueras abordó el Packard juntamente con Pimienta, alejándose del lugar del crimen. Iba a rendir el parte a Blanquet.

Al tiempo que Figueras se marchaba, Cárdenas mandó a Ugalde y Rojas que levantaran los cadáveres y los “echaran al asiento” posterior del Protos; y aunque el celador y el cabo trataron de arrastrar el cuerpo de Pino Suárez, tal debió ser su estado de ánimo que no pudieron hacerlo debidamente, por lo cual Cárdenas, no sin blasfemar, intentó llevarlo a cabo él mismo; mas luego dejó a sus víctimas, para meter las manos en los bolsillos del traje de Pino Suárez; y como se diera cuenta que de cargar los cadáveres se llenaría las manos con la sangre de sus víctimas, sintió escrúpulos y ordenó a Rojas que trajera cuatro celadores más para realizar tal empresa.

Poco después, cuando el reloj de la penitenciaría marcaba las 11:30 de la noche, el Protos se detuvo nuevamente a la puerta del establecimiento penal. Del coche baja Cárdenas, y sin esperar a los celadores que venían a pie, tomó el cuerpo de Madero de las piernas que salían por la ventanilla del vehículo y tirando con fuerza, hizo que el cuerpo del presidente cayera pesadamente sobre el pavimento. Después los celadores procedieron en igual forma con el cadáver de Pino Suárez, que golpeando bocabajo se dañó el rostro.

Ballesteros estaba allí, observando la tarea, y mandó que los cuerpos fuesen envueltos en sarapes y llevados al interior del establecimiento, en donde a toda prisa había sido cavada una fosa; y sin esperar más, mandó que allí sepultaran a Madero y Pino Suárez.

Si el general Huerta, “en cosa de borrachera”, ordenó el asesinato de Madero y Pino Suárez, esto no justificará que quienes figuraban en la nómina de la inteligencia, de la diplomacia y la política de la autoridad huertista, quedasen exentos de la culpa de omisión y silencio en la perpetración del crimen que, para México, por los siglos venideros, seguirá enlutando la noche del 22 de febrero de 1913.



La vida de Francisco I. Madero había terminado. Sobre una mesa estaba el cuerpo del presidente —luego de haber sido desenterrado y lavado—, envuelto en una humilde jerga como símbolo de la modestia generosa de una historia humana. Allí también, a pocos metros de distancia, se veía rígido, pero sin perder la fisonomía de bienaventurado, a José María Pino Suárez.

No circundaban al cadáver de Madero las imploraciones. La cabeza del presidente, que era lo único que sobresalía del sudario, parecía, como nunca, aureolada por la libertad. La figura de aquel hombre, como sus hechos, estaban allí, para ser transportados al mármol y perpetrar la hazaña inmarcesible de los mexicanos de 1910.

Ninguna invocación fue necesaria a los pies de aquel cuerpo yerto. Bastó el beso de Sara Pérez, la viuda —dama tan gloriosa como su esposo, puesto que son pocas las mujeres que acompañan a los caudillos en la conquista de la libertad—, posado sobre la alta y luminosa frente de Madero, para que el hombre recibiese, de todos los mexicanos, la recompensa de su sacrificio.

#### LA MENTIRA DE HUERTA

Si para determinar qué hacer con los prisioneros Francisco I. Madero y José María Pino Suárez hubo demoras y titubeos, engaños y maniobras, en cambio, para justificar el crimen cometido en las personas del presidente y vicepresidente, sólo se registró una noticia: una noticia oficial.

Huerta, seguro de que Madero y Pino Suárez estaban muertos, se presentó en Palacio Nacional poco después de las 11 de la noche. A esa hora, todavía no llegaba el capitán Figueras para rendir el parte de los sucesos al general Blanquet; pero Ballesteros se había comunicado telefónicamente con el coronel Chicharro, comunicándole que la orden superior estaba cumplida.

Ahora, pues, era indispensable darle forma a la noticia, y si no para esto oficial sí con el objeto de explicar lo sucedido a su manera y conveniencia. Huerta mandó que los miembros de su gabinete fuesen llamados a la oficina presidencial; y ya reunidos los secretarios de Estado, Huerta les hizo saber que Madero y Pino Suárez habían muerto durante una refriega entre un grupo de maderistas y los rurales que conducían a los prisioneros a la penitenciaría.

Mas como ya se presumía que para Huerta y la gente de la Ciudadela no quedaba otro camino que el de mandar matar a Madero y Pino Suárez, los ministros permanecieron impávidos, colaborando algunos de ellos a la redacción de la información que debería darse a la prensa periódica; y así el país, supo a la mañana del 23 de febrero, que los gobernantes legítimos de México estaban muertos.

La versión huertista, sin embargo, fue tenida por burda falsa, y con esto, al poco crédito que tenían los individuos de ascendencia porfirista se agregó el todavía más escaso crédito que se otorgaba a Huerta, en quien sólo se veía la función de un soldado ajeno a la vida civil de la República y por lo mismo exento de responsabilidad política y constitucional.

La mentira huertista fue acompañada de un parte (22 de febrero) del comandante Francisco Cárdenas; documento que es reflejo de esas horas en las cuales la autoridad de Huerta no tenía escrúpulos para hacer afirmaciones; tan alejadas de la verdad y tan cerca del golfo de la infamia. "Tengo la honra de poner en conocimiento (dice el documento) que con esta fecha a las 11 p.m., al trasladar a la penitenciaría del Distrito Federal a los reos políticos Francisco I. Madero y José Ma. Pino Suárez, acompañado de los cabos rurales Rafael Pimienta y Francisco Ugalde, al pasar el puente que está próximo a dicha penitenciaría, un grupo de hombres que se encontraban parapetados tras el terraplén de la vía de los Ferrocarriles Nacionales, hicieron fuego sobre los automóviles en que eran conducidos los reos pretendiendo detenerlos. Para evitar este

ataque ordené que los autos caminaran con mayor velocidad en dirección a la puerta de entrada de la penitenciaría, pero antes de llegar a ella otro grupo de hombres, que se hallaban ocultos entre las piedras de cantería que se encuentran en un solar que existe frente al edificio, hicieron también nutrido fuego sobre los autos, por lo que para proteger a los reos y rechazar el ataque hice que siguieran los automóviles hasta la esquina del edificio, donde hice bajar a los citados reos, y en tanto yo como los cabos que formaban la escolta contestarnos el fuego que se nos hacía. En este momento, los reos, protegidos por el fuego de los asaltantes, echaron a correr en dirección del Peñón; para evitar la fuga tanto yo como los cabos de la escolta echamos a correr trás de ellos y al llegar frente a la parada de los trenes eléctricos se nos hizo de nuevo fuego por otro grupo de hombres que estaban allí; contestando ese fuego y corriendo siempre trás de los prófugos llegamos hasta la esquina de la penitenciaría, en donde los reos dieron la vuelta para atrás de dicha penitenciaría.

“El grupo de hombres que estaba en la parada de los trenes eléctricos continuó haciendo fuego sobre nosotros, el cual contestamos. También, por la otra esquina de la penitenciaría que daba al sur se hicieron repetidas descargas, que tuvimos que contestar. Como nos encontrábamos entre dos fuegos, los reos cayeron heridos y tan pronto como fue posible levanté los cuerpos, remitiéndolos al establecimiento ayudado por un celador, y salí inmediatamente a continuar la persecución de los asaltantes, no encontrándolos ya porque se habían dispersado por el rumbo de las bodegas de Bocker, sólo hallé un muerto y dos heridos que remití al Hospital Militar, regresándome a rendir parte para lo que tenga a bien disponer esa superioridad”.

El crimen cometido por Huerta no alteró el pulso de la Ciudad de México; y esto, no porque aprobase el delito; tampoco por condenarlo. El latir de la vida metropolitana vio lo sucedido con fría natu-

ralidad. Un ambiente favorable a cualquier acto que significara quebrantamiento de la ley, ya moral, ya constitucional, había sido preparado por la contrarrevolución durante quince meses de oposición violenta y difamatoria. Durante ese periodo, el principio de autoridad fue mermado hasta su más bajo nivel. Para el vulgo, tan fácil de ser arrastrado a cualquier lugar por los vientos de borrasca, el presidente carecía de jurisdicción civil y política. Su investidura tenía los caracteres de lo casual; porque desde junio de 1911, la contrarrevolución repitió el tema de que Madero no había hecho la Revolución, sino que era el producto de la Revolución; y lo repitió con tanta vehemencia que, anticipándose a la universal temporada de la demagogia, pudo hacerlo efectivo.

Así, la capital de la República consideraba a Madero hacia los días que remiramos, como un sujeto nacido y crecido al azar; como al azar mismo, debió el título de presidente.

La muerte, pues, del presidente fue considerada como un acontecimiento esperado e inevitable; aunque entre la gente de los barrios más pobres del Distrito Federal, se reunían grupos para acudir, no tanto por curiosidad, cuanto por devoción, al lugar señalado como el del crimen, puesto que ni el mundo oficial ni el mundo popular daba crédito a la versión de Cárdenas.

Y si la gente del vulgo en sencillo razonamiento sobre los hechos hacía la versión oficial objeto de burlas, debe considerarse que los lugartenientes y colaboradores del general Huerta, debieron tener esa misma opinión; quizás conocían, en todos los aspectos, el fondo y las manifestaciones de la tragedia, de suerte que no podían dudar que había sido cometido un crimen, un verdadero crimen y que el único criminal era el general Victoriano Huerta.

A pesar de ese conocimiento, si no exacto, pero de todas maneras capaz de dar la certeza de que Madero y Pino Suárez habían sido asesinados, los colaboradores de Huerta permanecieron impertérritos en sus empleos. Individuos que correspondían a estudios y ejer-

cicios de humanismo, no sólo callaron la voz de su conciencia sino que aplaudieron a un asesino tan vulgar como Huerta.

Nada, en efecto, atenuaba la responsabilidad directa si es que no única del general. Todo concurría, dado el poder personal y militar que adquirió desde el momento de firmar el pacto de la Ciudadela, a acusar a Huerta como el responsable número uno del crimen. E igualmente todo concurría a clasificar a los colaboradores de Huerta como encubridores del mismo crimen.

Además, tal crimen ya no era solamente el que se originaba en la muerte de Madero y Pino Suárez, sino que representaba el crimen de la patria; porque aquel atentado contra la vida y espíritu de las instituciones públicas atañía más a la existencia normal de México que a la historia de dos hombres que eran la representación de una jerarquía incuestionable. Atañía, pues, a la manera de vivir de la República de México. Y esto, porque a partir del 22 de febrero, los mexicanos serían conducidos a la idea y práctica de hacerse justicia con su propia mano. Del alma de la ambición despierta por la Revolución, ahora el péndulo de la nación se movía hacia el alma de la venganza, que es el estado más sombrío de las almas, puesto que dentro de él se pierden todas las nociones del Bien y del Mal, y el individuo, la sociedad y el Estado se entregan a los más grandes y amenazantes azogamientos. Los sujetos y la colectividad olvidan su estabilidad, que es régimen universal de la civilización, de la cultura y la humanidad, para entregarse a los peores apetitos: aunque también a las más heroicas hazañas.

A partir, pues, de la hora en la cual el pueblo de México despierta con la noticia de que el presidente y el vicepresidente han sido muertos, la República pierde su vieja fisonomía, así como la afinidad social tradicional, y por momentos parece que los mexicanos están a punto de naufragar. El pueblo empieza a dudar de sí propio. Los hombres, antes amigos y colegas, se convierten en enemigo de los unos y de los otros. Los vínculos de familia se transfor-

man en vínculos de partido; y lo que es peor; en vínculos de partido armado.

Ahora, ya no es la guerra de ideales que se anunciaba, en 1910, como sacrosanta. Ahora es la guerra del desquite político; de la satisfacción personal; de la restauración constitucional. Ahora se pretenderá, por medio de las armas, cobrar los agravios de todos los géneros: públicos o domésticos; individuales o comunales; de abuso de autoridad civil o de imperio religioso.

En medio del caos, sembrado por el caos huertista, la era de los impulsos sustituye a la era de la razón. Por momentos, parece como si el pueblo de México hubiese retrocedido. Mas no es así: "el pueblo de México quiere avanzar". La sola voz contrarrevolución o reacción le parece abominable: cree que significa retroceso en el alma ambiciosa despierta con la Revolución.

Huerta no consideró los alcances que iba a tener el crimen de la lealtad y el crimen anticonstitucional. Tampoco los lugartenientes de Félix Díaz hicieron cálculos sobre su responsabilidad. Las horas de contento que generalmente traen consigo los triunfos, aunque éstos no tengan sustento generoso ni necesario, son envueltos fácilmente con los vientos.

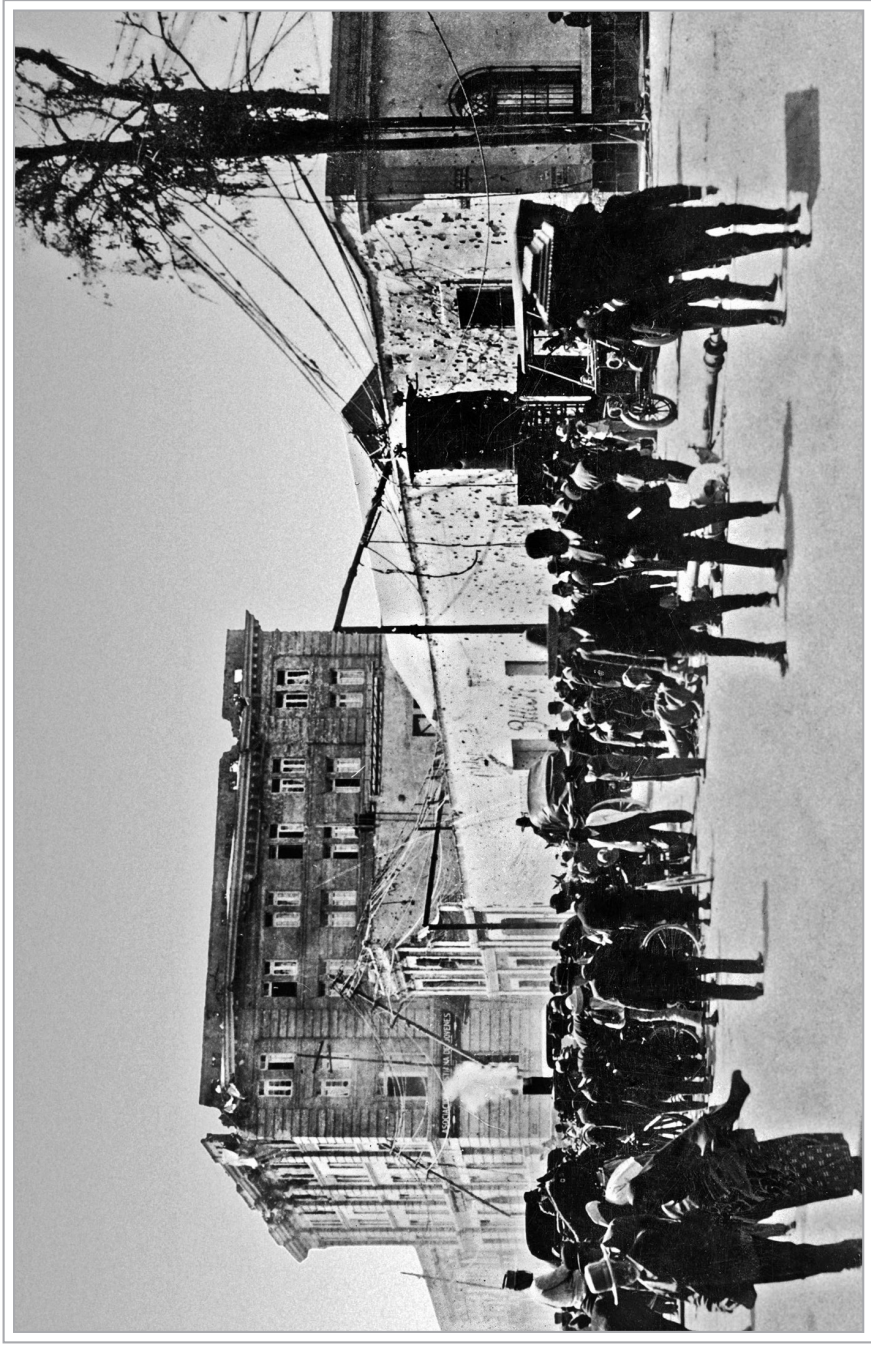
Infortunadamente, esas frustraciones del huertismo, fueron también frustraciones nacionales; aunque Huerta no las entendió así, ni al comienzo de su autoridad ni en los días del desastre de su autoridad.

Para Huerta, en seguida del asesinato de Madero y Pino Suárez, parecía quedar abierto un anchuroso camino; pues dominada la Ciudad de México no fue difícil dominar el país. Sin embargo, tal dominio fue de carácter militar. Cierto que no existía un verdadero cuerpo militar. El Ejército como se ha dicho, era un mero armazón, dentro del cual existía la idea de la disciplina, de la jerarquía y del valor; pero en el cual faltaba la vocación. Todo ese aparato de almas era, pues, falso y no daba más que un provecho momentáneo al general Huerta.

Fiar en la fuerza de las armas a donde las armas no tenían personal capaz de hacerlas función eficaz, era engañarse a sí mismo. Y Huerta y sus allegados se estaban engañando desde el primer día del triunfo de la Ciudadela. Y lo anterior sería bien pronto probado por el huertismo.

De esta suerte, el contento que proporcionó a los huertistas la adhesión incondicional de los generales y jefes del Ejército a la autoridad de Huerta, pronto se convertiría en una historia de amargura, dolor, desesperanza y sangre para el pueblo mexicano.





La Ciudadela durante la Decena Trágica

---

## Fuentes para los capítulos

### I. PAZ DE UN RÉGIMEN

#### El Centenario de la Independencia

J. López Portillo y Rojas, *Elevación y caída*, México, 1921; R. Prida, *De la dictadura a la anarquía*, El Paso, 1914; *El Diario del Hogar*, México, agosto y ss., 1910; Varios, *Álbum Conmemorativo*, México, 1911; E. O'Shaughnessy, *Intimate Papers*, Nueva York, 1920; *El Imperial*, México, septiembre y octubre de 1910; Anónimo, *Viaje a México*, Barcelona, 1911.

#### Orígenes del régimen porfirista

López Portillo y Rojas, *op. cit.*, C. Pereyra, *Historia de América*, Madrid, 1924, tomo III; J. C. Valadés, *El porfirismo, historia de un régimen*, México, 1941-1947; E. Rabasa, *La Constitución y la dictadura*, México, 1912; f. Bulnes, *El verdadero Díaz*, México, 1920; *Regeneración*, México, a partir 7 agosto de 1900; J. Pérez de León, Sentencia, s. f. Ms. incompleto, Colec. J. C. V.; J. C. Valadés, "El hombre que derrumbó un régimen", en *Todo*, México, 24 de marzo de 1942; *Excelsior*, México, 12 de octubre de 1901; J. B. Gutiérrez de M., Apuntes. Ms. Colec. J. C. V.; J. Flores Magón a L. Rivera, México, 14 de enero de 1924. Ms. J. C. V.

#### El Partido Liberal

*El Estandarte*, San Luis, octubre de 1907; L. F. Bustamante Recuerdos. Ms. J. C. V.; Club P. Arriaga, *Manifestó*, S. Luis P., febrero de

1903; C. Arriaga a F. I. Madero, San Antonio, 12 de marzo de 1905. MS. Colec. Álvarez; L. Rivera, Noticias personales. Ms. J.C.V.; R. García, *El antiporfirismo*, México, 1936; L. Rivera, *Apéndice Rayos de Luz*, México, 1924, P. M. Anaya, *Precursores*, México, 1955; Ethel Duffy Turner, *Ricardo Flores Magón*, Morelia, 1960.

#### Idea de la autoridad porfirista

López Portillo y Rojas, *op. cit.*; A. I. Villarreal, *Mis Recuerdos*. Ms. J.C.V.; R. Pineda a J. Y. Limantour, México, 20 de diciembre de 1899. Ms. J.C.V.; J. R. del Castillo, *Historia de la Revolución*, México, 1915; Ramón Corral, Correspondencia con Luis Torres 1904-1908.

#### El imperio del centro

F. I. Madero, *La sucesión presidencial*, San Pedro, 1909; *apud* Prida; *apud* del Castillo; A. Molina Enríquez, *Esbozo de la historia*, tomo IV, México, 1934; J. C. Valadés, *Imaginación y realidad de Francisco I. Madero*, México, 1960, F. I. Madero, "Mis Memorias", en *Pro Madero*, México (1920); F. I. Madero a Presidente Municipal, San Pedro, 20 de octubre de 1904. MS. Álvarez; F. I. Madero a F. I. Calderón, San Pedro, 26 de diciembre de 1904. MS. Álvarez; *El Demócrata*, San Pedro, a partir de octubre de 1904.

#### La lucha del localismo

*Apud* Molina Enríquez; Hernández, *La Guerra del Yaqui*, México, 1913; "Los Ocho Pueblos del Yaqui al general L.E. Torres", en M. R. Uruchurtu, *Ramón Corral*, México, 1910; J.K. Turner, *Barbarous Mexico*, Chicago, 1910; J. Díaz de León, *Concepto del Indianismo*, México, 1911; *Boletín Preparatorio de la Sociedad*, México, a partir 24 de septiembre de 1908; A. Cubillas a R. Corral, Hermosillo, Cartas de mayo de 1908. Ms. J. C. V.; R. Corral, Cartas a varios, 1907-1910. Ms. V.

J. Y. Limantour, *Las instituciones de crédito*, México, 1907; J. Y. Limantour, *Iniciativa de Ley*, México, 1906; C. Díaz Dufoo, *Limantour*, México, 1910; Department of Commerce, *Mexican West Coast*, Washington, 1923; E. D. Trowbridge, *México To-day and to-morrow*, Nueva York, 1919; J. Gurza, *La política ferrocarrilera*, México, 1911; C. W. Barron, *The Mexican Problem*, Boston, 1917; E. Gorostieta, Bases de Subvenciones de los ferrocarriles, agosto de 1913. MS. J. C. V.; *apud* Department of Commerce; A. Barlow, Informe, en E. Baz, *Refutación*, México, 1921; W. Thompson, *Trading with Mexico*, Nueva York, 1921; *Boletín Oficial de la Bolsa*, México, 1909; A. de Lima, Empréstitos municipales y de los Estados, s.f. Ms. J.C.V.; F. I. Madero a J. Y. Limantour, Tehuacán, 3 de agosto de 1911. MS. Álvarez; Convenio firmado por el secretario de Hacienda ... y los Bancos, México, 29 de julio de 1901. Ms. J. C. V.; Anónimo, *Los negocios de ángel Echeverrieta*, México, 1908; J. Hays Hammond, *The Autobiography*, Nueva York, 1935; José Alva Amparo, México, 1918.

#### Responsabilidad del general Díaz

Anónimo, *The Mexican Situation*, Nueva York, 1918; L. Cabrera (Blas Urrea), *La herencia de Carranza*, México, 1920; R. Bruce Brinsmade, *El latifundismo mexicano*, México, 1916; H. C. Salas, *A la nación*, septiembre de 1906 s.p.i.; M. Gamio, *Forjando patria*, México, 1916; J. Vasconcelos, *Teoría dinámica del derecho*, México, 1907; B. Reyes, *Porfirio Díaz*, México, 1910; F. Bulnes, *El verdadero Juárez*, México, 1906, L. Mendoza López Schwertieger, *Tratado de economía social*, México, 1922; J. B. Gutiérrez de Mendoza, *citomo supra*; F. J. Zavala, *El socialismo y la Iglesia*, Guadalajara, 1907.

#### El culto a la libertad

A. López Aparicio, *El movimiento obrero en México*, México, 1958; J. Rubén Romero, *Apuntes de un lugareño*, Barcelona, 1911; L. Cabrera,

*El balance de la revolución*, México, 1931; M. Valdés, *Impresiones de México*, México, 1918; L. Araquistáin, *La Revolución Mexicana*, Madrid s.f.; Anónimo, *Los masones*, México, 1914; A. Molina Enríquez, *Los grandes problemas*, México, 1908; Q. Moheno, *¿A dónde vamos?*, México, 1908; *Revolución*, Los Ángeles, a partir a junio, 1907.

José Yves Limantour

J.Y. Limantour, *Memoria*, México, 1909; J. Y. Limantour, *Memoria*, México, 1906; Manuel Yáñez Ruiz, *El problema fiscal*, tomo v, México, 1959; J. Y. Limantour, *Discurso*, México, 1901; *apud*, Díaz Dufoo; A. Álvarez, *El limantourismo*, México, 1934; Prida *cit. supra*; J. Urueta, *Obras completas*, México, 1930; J. Ferrel, *A las puertas de la gloria*, México, s.f.; Secretaría de Hacienda, *La Hacienda Pública*, México, 1951; R. Pineda, Correspondencia con J. Y. Limanantour, Copiadores Cartas, 1891-1906. Colec. J. C. V.

Ramón Corral

J. C. Valadés, "El Archivo de R. Corral", en *La Opinión*, Los Ángeles, a partir 12 de septiembre de 1937; Uruchurtu *op. cit. supra* y *Comentario de actualidad*, México, 1904; I. B. del Castillo, *Biografía de D. Ramón Corral*, México, 1910; S. J. Sierra, *Apuntes biográficos*, México, 1910; *apud* Hays; S.M. Espinosa de los Monteros, "Un capítulo de historia", en *Excelsior*, México, 2 de diciembre de 1929.

Los créditos interiores

J. Y. Limantour en *Memorias cit. supra*; *apud* Brinmade; Secretaría de Hacienda, *Presupuesto de egresos*, 1904-1905 y 1905-1906, México, 1905 y 1906; Banco Nacional, *Quincuagésimo Aniversario*, México, 1934; Secretaría de Hacienda, Cuatro de Canseco, Exportación de oro, México, 1922; Ms. J. C. V.; Department of Commerce, *Imports and Exports*,

Washington, 1910; F. González Roa, *El problema ferrocarrilero*, México, 1915; Secretaría de Fomento, *Boletín*, año vi, núm. 3; Anónimo, *The Mineral Development*, México, 1902; C. Reginal Enoch, *México*, Londres, 1910; Secretaría de Fomento, *Colección de Leyes*, México, 1912.

#### Advertencia de nacionalidad

J. Y. Limantour, *Iniciativa sobre la Reforma Monetaria*, México, 1904; Molina Enríquez, *Esbozo cit. supra* y *Grandes problemas supra*; S. Alvarado, *La reconstrucción de México*, México, 1919. T. I; J. M. Callahan, *American Foreign Policy*, Nueva York, 1932; M. Calero, *Cuestiones electorales*, México, 1908 y *Un decenio de política*, Nueva York, 1920; M. Alegre, *¡Aún es tiempo!*, México, 1907; López Portillo, *op. cit.*; Correal, *Archivo supra*; C.O.P. D. (Comité Organizador Democrático), *La evolución política y el pueblo mexicano*, México, 1909; Rafael H. Valle, F. Castillo Nájera *et al.*, *Añoranzas*, México, 1943, R. Corral a R. Izábal, México, 6 de noviembre de 1904; 15 de febrero de 1905; R. Corral a L. Torres, México, 1 de diciembre de 1903; 17 de febrero de 1905, 13 de marzo de 1909. Ms. J. C. V.

## II. LA SUCESIÓN

### Trabajo de Flores Magón

J. C. Valadés, "Flores Magón", en *Todo*, México, 9 de abril de 1942 y ss.; A. I. Villarreal, *Recuerdos de mi vida*. Ms. J.C.V., *Regeneración*, San Luis, junio, julio de 1906; Junta Organizadora, *Programa del Partido Liberal*, San Luis, 1 de julio de 1906; *El Centenario*, Cananea a partir del 12 de mayo de 1906; *Diario Oficial*, "Documentos de Cananea", a partir 28 de junio de 1906; Cnel. Stedman a R. Izábal, Fort Huacucha, 15 de junio de 1906; *apud* J.C.V.; Unión Liberal Humanidad, Docs.



mayo y junio, 1906 Mss. J.C.V.; J. M. Leyva, *Memorias*. Ms. J. C.V.; Anónimo, *Obreros mexicanos*, Cananea, junio 1906; J. A. Tamayo, *Psicología revolucionaria*, Bogotá, 1947; E. B. Calderón, *Génesis de la huelga*, México, 1906; L. Díaz Cárdenas, *Cananea*, México, 1936; G. Gallegos Torres, en *Tres monografías*, México, 1936; J.C. Valadés, "Cómo fue la huelga de Cananea", en *La Opinión*, Los Ángeles, 31 de mayo de 1931.

#### Lo insurreccional en Flores Magón

*La Reforma Social*, El Paso, a partir de 12 de septiembre de 1906; E. Creel a P. Díaz, Chihuahua, 4 de octubre de 1906; P. Díaz a E. Creel, Palacio Nacional, 5 de octubre de 1906; Apogs. J. C. V.; *apud* Villarreal; J. Sarabia a A. I. Villarreal, San Juan de Ulúa, 18 de abril de 1909; MS. Colec. Villarreal; T. Hernández, *Las tinajas de Ulúa*, México, 1943; C. D. Padua, *Movimiento revolucionario*, México, 1936; R. Pridas, *Conferencias*, México, 1935; P. Guerrero, *Artículos literarios*, México, 1924; V. Salado Álvarez, "Los Flores Magón", en *La Opinión*, Los Ángeles 1 de septiembre de 1931; *Resurrección*, San Antonio, Texas, a partir de diciembre de 1907; J. M. Rangel, *Memorias*. Ms. J. C. V.; *St. Louis Dispatch*, San Luis, 31 de junio, 3 y 5 de agosto de 1908; *Reforma, Libertad y Justicia*, Kansas City, 15 de mayo de 1908; P. G. Númenes *Rebeldes*, México, 1922, Germán y Armando *List Arzubide*, *La huelga de Río Blanco*, México, 1935; J. Morales Hesse, *El general Pablo González*, México, 1916; D. A. Santillán, *Ricardo Flores Magón*, México, 1925.

#### El general Bernardo Reyes

Anónimo, *El general B. Reyes y sus detractores*, Monterrey, 1903; Carlo De Fernaro, *México tal cual es*, Nueva York, 1909; R. Reyes, *De mi vida*, Madrid, 1929, tomo I; J. López Portillo *op. cit. supra*; Anónimo, "¡Cuidado señores oficiales!", en *El Imperial*, México, 3 de junio de 1909; *La Voz de Nuevo León*, Monterrey, 4 y 12 de junio de 1909; B. Re-



yes a R. Corral, Monterrey, 12 de junio de 1909; R. Corral a B. Reyes, México, 15 de junio de 1909; M. Ahuamada a R. Corral, Guadalajara, 1 de junio de 1909; G. Treviño a R. Corral, Monterrey 5 y 12 de noviembre de 1909, Apogs. J. C. V.; E. Rabasa, *La Constitución, supra*; *México Nuevo*, México, junio y septiembre de 1909; *El Debate*, México, 18 a 30 de septiembre de 1909, Varios, *Ante el Gran Jurado*, México, 1909.

#### La empresa política de Madero

F. I. Madero a E. Madero, San Pedro, 1 de octubre y 16 de diciembre de 1906; F. I. Madero, "¿Qué es la Constitución? (San Pablo)", enero de 1907. Ms. Colec. Álvarez; F. I. Madero a F. Iglesias Calderón, San Pedro, 30 de enero, 25 de febrero y 5 de marzo de 1907. Ms. Colec. I. Calderón; F. I. Madero a E. Vázquez, San Pedro, 20 de diciembre de 1908; Ms. Colec. Álvarez; J. Romero Flores, *Anales*, México, 1939, tomo 1; J. Vasconcelos, *Don Evaristo Madero*, México, 1958; F. I. Madero, *La sucesión presidencial*. Cuadernos Mss. En Colec. Álvarez; S. Pedro 1910.

#### El Partido Antirreeleccionista

F. I. Madero a V. Agüeros, San Pedro 25 de septiembre y 26 de diciembre de 1908. Ms. Colec. Álvarez; F. I. Madero, "Mis Memorias", en *Pro Madero*; F. Vázquez Gómez, *Memorias políticas*, México, 1933; F. I. Madero a E. Madero (San Pedro), 5 y 7 de enero de 1909; F. I. Madero, *Reflexiones sobre nuestro partido*. Ms. Colec. Álvarez; *El Demócrata*, San Pedro, a partir de 5 de febrero de 1910; Madero, *El partido*, cit.

#### La Convención del Tívoli

F. I. Madero, *El partido cit.*; Convención Antirreeleccionista, Actas. Ms. Álvarez; J. López Portillo, *op. cit. supra*; Madero, *Programa*, México,

1933; F. de la Colina, *Madero*, México, 1913; E. Vázquez, *El pensamiento*, s. f.; G. Ferrer, *Vida de México*, 1945.

#### El teatro electoral

M. Ahuamada a R. Corral, Guadalajara, 29 de junio de 1909, 18 y 20 de marzo y 17 de abril de 1910; E. Muñoz Arístegui a R. Corral, Mérida, 23 de febrero de 1909, 7 de septiembre de 1909, 16 de noviembre de 1909; J. M. Mier a R. Corral, 4 de julio. 6. Creel al Conal, 17 de enero, 5 de marzo, 7 de marzo, 16 de marzo, 7 de abril de 1909; B. Reyes a R. Corral, 6 de marzo, 19 de junio de 1909; G. Treiño a R. Corral. 21 de marzo de 1909; D. Flores a R. Corral, 20 de junio de 1909. Ms. y Apogs. J. C. V. Círculo Nacional Porfirista, *Convención*, México, 1909; D. Arenas Guzmán, *La consumación del crimen*, México, 1935; M. C. Gallardo, *Plan de Gobierno*, Guadalajara, 1910; M. Calero, *Cuestiones electorales*, México, 1908, C. R. Menéndez, *La primera chispa de la Revolución*, Mérida, 1919; Oswaldo Baqueiro Anduze, *La ciudad heroica*, Mérida, 1943; Anónimo, *La amnistía*, Mérida, 1910; T. Pérez Ponce, Propuesta, Mérida, 30 de junio de 1910; Alfonso E. López, *El verdadero Yucatán*, 1910; E. Muñoz Arístegui a R. Corral, Mérida, 27 de abril, 11 de mayo, 29 de junio y 12 de octubre de 1909. Ms. J. C.V.

#### Idea revolucionaria de Madero

R. Estrada, *La Revolución y F. I. Madero*, Guadalajara, 1912; M. Bonilla Jr., *Diez años de guerra*, Mazatlán, 1922; Rafael Martínez et al., *La Revolución y sus hombres*, México, 1912; T. F. Serrano, *Episodios de la Revolución*, El Paso, 1911; J. C. Valadés, *Imaginación y realidad de F. I. Madero*, México, 1960; M. Ahumada a R. Corral, Guadalajara, 8 de febrero de 1910; F. P. de Zárate a R. Corral, Zacatecas, 24 de marzo de 1910; E. Creel a R. Corral, Chihuahua, 25 de enero de 1910.

F. I. Madero, Peroración, abril (25) 1910. Ms. J. C.C V.; *México Nuevo*, a partir 15 de abril de 1910 (A. Álvarez), *Madero y su obra*, México, 1934; Depto. del Distrito, *Programa de Gobierno*, México, 1933; E. Creel a F. L. de la Barra, México, 14 de junio de 1910; Ms. J. C. V.; "El archivo de Corral", *cit. supra*; F. I. Madero, Discursos Veracruz y Orizaba. Ms. Colec. M. Alemán.

La aprehensión de Madero

R. Corral a J. M. Mier, México, 1 de junio de 1910; R. Corral a I. Zambrano, México, 26 de mayo de 1910. Apogs. J. C. V.; F. González Garza a R. Estrada, México, 3 de junio de 1910. Ms. J. C. V.; J. M. Mier a R. Corral, Monterrey, 10 de junio. Ms. V.; .González Garza, *Instrucciones*, México, junio de 1910; Estrada *op. cit. supra*; G. Leyva a F. I. Madero, Sinaloa, 6 de junio de 1910. Ms. Colec. Leyva; *El Demócrata*, México, 28 de julio de 1911; Varios, *Resonancias de la lucha*, México, 1931; E. Higuera, *Gabriel Leyva Solana*, México, 1954; R. Sánchez Escobar, *El ocaso de los héroes*, México, 1936.

Porfirio Díaz

El licenciado Verdad, *El general Díaz*, México, 1909; Anónimo, *Porfirio Díaz y su obra*, México, 1909; A. Barrera Peniche, *El verdadero Porfirio Díaz*, México, 1911; J. J. Tablada, *La Epopeya Nacional*, México, 1909; M. Elena Sodi de Pallares, *Demetrio Sodi y su tiempo*, México, 1947, F. Bulnes, *El verdadero Díaz*, México, 1922; R. Prida, *iDe la dictadura a la anarquía! cit. supra*; M. Elena Sodi de Pallares, *Teodoro A. Dehesa*, Tacubaya, 1959; I. Rojas, *Progreso de la geografía*, México, 1911; N. Mariscal, *El arte en México*, México, 1911, A. P. Castañares, *Evolución de la química*, México, 1911; I. G. García, *Los progresos de la meteorología*, México, 1911; L. Palacios, *Importancias de la ingeniería*, México,

1911; G. León, *Los progresos de la astronomía*, México, 1911; R. Mena, *Ciencia arqueológica*, México, 1911; A. L. Herrera, *Una ciencia nueva*, México, 1911; E. A. Chávez, *Tres conferencias*, México, 1937; J. Sierra, *Discurso*, México, 1910; M. L. Guzmán, *A. Orillas del Hudson*, México (1920); J. Urueta, *Discurso sobre Justo Sierra*, Morelia, 1948; R. H. Valle, *op. cit. supra*.

### III. EL MUNDO

#### La población nacional

F. I. Madero, *La sucesión presidencial*, San Pedro, 1908; Anónimo, *Las Fiestas del Centenario*, México, 1911; J. López Portillo, *op. cit.*; Secretaría de Gobernación, *El Censo de 1910*, México, 1911; A. Molina Enríquez, *Los grandes problemas de México*, México, 1909.

#### Vista hacia el exterior

W. Bahegot, *The English Constitution*, Londres, 1912; W. Willson, *Constitutional Government*, Nueva York, 1908; A. Esmein, *Elements de droit Constitutionnel*, París, 1911; C. Rama, *Las ideas socialistas en el siglo xix*, Montevideo, 1949; J. Jaurés, *Estudios socialistas*, Valencia 1909; *cf.* Malcolm Keir, *Epic of Industry*, Chicago, 1926; H. Thompson, *Age of Invention*, Nueva York, 1921; W. J. y Mary B. Bryan, *Memoires*, Nueva York, 1925; W. Wilson, *Congresional Government*, Boston, 1925; *History of American Immigration*, Londres, Nueva York, 1926; P. Brinsender, *I. W. W.*, Colombia, 1918; D. Karsner, *Bebs. His authorized life*, Chicago, 1919; Anónimo, *¿Qué es la I. W. W.?*, Chicago, 1914; *cf.* R. Bruce Brinsmade, *El latifundismo mexicano*, México, 1916.

#### Las ideas universales

M. Angill, *The great ilusión*, Londres, 1910; W. S. Churchill, *The World Crisis*, Londres, 1923; H. Bergson, *La evolución creadora*, Madrid, 1907;

E. Haecke, *The Ridlle of the Universe*, Londres, 1900; C. Singer, *Short History of Medicine*, Oxford, 1944; P. Petersen, *Guillermo Wundt y su tiempo*, Madrid, 1932; N. Roselli, *Mazzini e Bakounine*, Turín, 1927.

#### Los países de habla española

A. Acevedo, *Historia del Uruguay*, Montevideo, 1916; E. Ravignoni, *Historia Constitucional*, Buenos Aires, 1916; A. Roldán, *El Desarrollo Constitucional*, Santiago, 1925; C. Pereyra, *Historia de América Española*, Madrid, 1925, tomo VI; Relaciones con Guatemala. Ms. 250 (728.1.72) Sria. Relaciones; *cfr.* A. Vidaurre, *Los Últimos Treinta Años*, La Habana, 1920; J. Romero, *Apuntes sobre extradición*, México, 1907; L. Ricoy, Memorándum, Washington, 23 de agosto de 1910; *apud* J. Morton Callaban.

#### Díaz y el pueblo de Estados Unidos

R. Corral a F. León de la Barra, México, 24 de junio de 1910; E. Creel a De la Barra, México, 11 de junio de 1910; J. D. Casasús a De la Barra, México, 24 de diciembre de 1910; E. Creel a De la Barra, México, 27 de diciembre de 1910; Ms. J. C. V.; Ethel Turner, noticias sobre John K. Turner. Ms. J. C. V.; A. I. Villarreal, Recuerdos. Ms. J. C. V.; J. K. Turner, *Barbarous Mexico*, *cit. supra*; *cfr.* *Hearing on H. J. Res. 201*, Washington, 1910; Kasner, *op. cit.*

## IV. LA GUERRA

### Las elecciones de 1910

Centro Antirreeleccionista, *Manifiesto a la Nación*, México, 1910; V. Ferrer Aldana, *Guía del ciudadano*, México, 1910; F. González Garza, *Instructivo para las elecciones*. Ms. J. C. V.; F. González Garza, *Memorial*, México, 1910; F. I. Madero, *Al Pueblo*, México, 1910; F. I. Madero, *Carta abierta*, junio de 1910; *El Estandarte*, San Luis, 30 de junio de

1910; J. C. Valadés, *Imaginación y realidad de F. I. Madero*, México, 1960; *Varias Cartas a De la Barra*. Ms. J. C. V.

#### El Plan de San Luis

J. Sánchez Azcona, "El Plan de San Luis", en *La Opinión*, Los Ángeles, 13 de junio de 1930; Departamento del Distrito Federal, *Plan de San Luis*, México, 1932; F. I. Madero, *Manifiesto a la Nación*, San Luis, 5 de octubre de 1910 (Imp. En San Antonio); F. I. Madero, *Al Ejército Mexicano* (San Antonio, octubre de 1910); *México Nuevo*, San Antonio 18 de octubre y ss.; T. F. Serrano, *Episodios de la Revolución en México*, El Paso, 1914.

#### Empieza la guerra

Furlonges Agency, Informes a R. Corral, Los Ángeles Yuma, El Paso, correspondientes a septiembre y octubre de 1910. Ms. J. C. V.; *cfr.* Práxedes G. Guerrero, *Artículos Literarios*, *cit.*; E. Z. López, *El Pasado Revolucionario*. *apud* J. C. V.; H. C. Salas a C. D. Padua, s.l. 3 de octubre de 1910. Ms. Cop. Fotográfica, J. C. V.; C. D. Padua, *Colect. documentos de octubre de 1910*. Ms. Cop. fotostáticas. J. C. V.; C. D. Padua, *Movimiento revolucionario*, México, 1936; D. Arenas Guzmán, *La consumación del crimen*, *cit.*; J. M. Callahan, *op. cit.*; A. I. Villarreal, *Recuerdos*, *cit.*; R. González Garza, *Noticias*, grabación en cinta, R. Aguilar, *Madero sin máscara*, México, 1914; P. Martínez, *Memorias*. Ms. Vda. Martínez; A. Lazo de la Vega a F. Sánchez Azcona, México, 28 de junio de 1920. Ms. papeles Sánchez Azcona; Anónimo, *... de las Fuerzas Libertadoras. Servicio voluntario* (San Antonio); 20 de noviembre de 1910; F. I. Madero, *Plan y Manifiesto* *cits. supra*; J. Herrerías, *Sucesos sangrientos de Puebla*, México, 1914; R. Velasco Ceballos, *Aquiles Serdán*, México, 1930.

#### El fracaso de C. Porfirio Díaz

R. González Garza, grabación *supra*; *apud* P. Martínez; Aguilar, *op. cit.*; E. Vázquez, *Informe a la Junta*, San Antonio, 30 de enero de 1914;

Ms. Álvarez; Fuzlong's Agency a R. Corral, 8, 9, 14 de diciembre y El Paso, 8, 10, 18 de diciembre de 1910; Mss. Colec. Garza; R. Estrada, *op. cit.*; E. Vázquez, *Manifiesto de la Junta* (San Antonio —¿30?— diciembre de 1910). Ms. Álvarez; F. I. Madero a F. Vázquez Gómez, San Antonio 28 de enero de 1911. Ms. Álvarez; E. Creel a F. L. de la Barra, México, 6, 7, 27 de diciembre de 1910; Mss. J. C. V.; *San Antonio Daily Express*, San Antonio, 3 de enero de 1911; *Tribune*, Nueva York, 1 de diciembre de 1910 y ss.; *The Post*, Houston, 25 de noviembre, 10, 23 de diciembre de 1910; *Regeneración*, Los Ángeles, 1 de octubre de 1910; *La Voz de Juárez*, San Antonio, 3 de enero de 1911; Vázquez Gómez, *Memorias, cit.*; A. González a F. I. Madero, El Paso, 31 de diciembre de 1911.

#### Levantamiento en el país

Serrano, *op. cit.*; F. I. Madero, Noticias sobre los jefes revolucionarios de Chihuahua. Ms. s. f. Colec. Álvarez; R. Puente, *Villa*, México, 1937; M. I. Guzmán, *Memorias*, México, 1945; J. de la Luz Blanco, *cit. supra*; Colección de Actas de levantamiento. Ms. J. C. V.

#### El Ejército Federal

Secretaría de Guerra, *Campaña de 1910 a 1911*, México, 1913; M. Sánchez Lamego, *Historia militar*, México, 1958; Bulnes, *El verdadero Díaz, cit. supra*; J. López Portillo Rojas, *op. cit. supra*; *cf.* E. Rabasa, *La Constitución*.

#### Los revolucionarios chihuahuenses

J. de la Luz Blanco, "Recuerdos", en *La Opinión, cit.*; P. Orozco, Parte que rinde, Guerrero, diciembre (5) 1910. Ms. Álvarez; Secretaría de Guerra, *op. cit.*; *El Grito del Pueblo*, El Paso, 12 de diciembre de 1910; I. Grimaldo, *Apuntes para la Historia*, San Luis Potosí, 1916; M. Muñoz Lumbier, *Acontecimientos prerrevolucionarios*. Ms. J. C. V.; Rouaix, *La Revolución maderista*, México, 1913; L. Parra Durán, *Cómo empe-*



zó *la Revolución*, Mérida, 1930; J. Fernández Rojas, *Hombres y hechos*, México, 1916; J. M. Márquez, *El veintiuno* (Oaxaca, 1917); R. Reyes Nájera, "General Ramón F. Inturbe", en *Letras*, Culiacán, 15 de noviembre de 1954; C. Vizcarra, *Tríptico* (Culiacán, 1958); R. Martínez *et al.*, *La Revolución*, México, 1912.

#### Los días de la Revolución

R. González Garza, grabación *cit.*; F. I. Madero a (A. González), Dallas, 2 de enero de 1911; T. Furlong a E. Creel, San Antonio, 30 de enero de 1911; Ms. J. C. V.; Secretaría de Guerra, *op. cit.*; *vide* Sánchez Lamego, *op. cit.*; Guillermo Baca y Maclovio Herrera. Ms. J. C. V.; A. D. Melgarejo, *Los crímenes del zapatismo*, México, 1913; M. Rangel, *Memorias*. Ms. J. C. V.; *vide* T. F. Serrano, *op. cit.*; *Times*, El Paso, 16 de diciembre de 1910, y ss.; *San Antonio Dally Express*, San Antonio, 20 de diciembre de 1910, y ss.; P. Enríquez, Informe. 1911. Ms. J. C. V.; *El Imparcial*, México, 4 al 15 de enero de 1911; L. Rivera, *Apuntes para la Historia*. Ms. J. C. V.

#### V. EL TRIUNFO

##### Relaciones con Estados Unidos

*El Imparcial*, México, 2 y 5 de diciembre de 1910; F. L. de la Barra, "Las memorias de", en *Hoy*, México, 10 de septiembre de 1938; *vide* J. López Portillo y Rojas, *La doctrina Monroe*, México, 1912; J. D. Casasús a F. L. de la Barra, México, 9 y 14 de enero de 1911; Callahan, *op. cit.*; *cf.* M. Ugarte, *El porvenir de América Latina*, Valencia, 1911; H. L. Wilson, *op. cit.*; Th. Foster a Secretaría de Relaciones, San Antonio, 29 de enero de 1911. Ms. J. C. V.

##### La guerra de guerrillas

Secretaría de Guerra, *Campaña*, *cit.*; P. Orozco, Parte a A. González, San Buenaventura, 1 de enero de 1911. Ms. Colec. Álvarez; Acta, Namiquipa, 20 de diciembre de 1910. Ms. J. C. V.; T. F. Serrano, *op. cit.*

*Regeneración*, Los Ángeles, septiembre de 1920; J. K. Turner, "Díaz, Stateman?", en *The Pacific Monthly*, San Francisco, diciembre de 1910; *The People's Paper*, Los Ángeles, a partir 20 de diciembre de 1910; J. M. Leyva, *Memorias*. Ms. J. C. V.; Velasco Ceballos, *¿Se apoderarán Estados Unidos de América de Baja California?* México, 1920; A. Cué Cánovas, *Ricardo Flores Magón*, México, 1957; J. C. Valadés, *Apuntes sobre la expedición*, México, 1957; *The Annual Register*, Londres, 1911; *Papers Relating to Foreign relations*, Washington, 1918; P. Gerhard, "The Socialist Invasion", *The Pacific Historical*, 1946.

Madero en suelo mexicano

A. González a F. I. Madero, El Paso, 2 de febrero de 1911. Ms. Álvarez; P. Orozco a Cónsul de Alemania, Campo de Operaciones, 3 de febrero de 1911. Ms. J. C. V.; *Times*, El Paso, a partir 1 de febrero de 1911; F. I. Madero a A. González (Dallas), 1 de febrero de 1911. Ms. Álvarez; Acta de la Junta Revolucionaria, El Paso, 8 de febrero de 1911. Ms. Álvarez; F. I. Madero, Plan de Campaña, s. f. El Paso, 8 de febrero. Ms.; A. González a F. I. Madero, Zaragoza, 13 de febrero de 1911. Ms. Álvarez; F. I. Madero. Notas de Campaña. En las márgenes del Bravo, 14 de febrero de 1911; Ms. Álvarez; F. I. Madero. Nombramientos. Ms. Biblioteca Nacional; R. Aguilar, *Madero sin máscara*, *cit. supra*.

Limantour y los maderistas

T. A. Dehesa a J. Y. Limantour, México, 14 de noviembre de 1911. Ms. Dehesa; J. Y. Limantour a T. A. Dehesa, París, 7 de diciembre de 1911, en M. E. Sodi de Pallares, *Teodoro A. Dehesa*, México, 1959; F. Vázquez Gómez, *Memorias*, *cit.*; F. Vázquez Gómez A F. I. Madero, Washington, 20 de marzo de 1911. Ms. Biblioteca Nal.; Aguilar, *op. cit.*; F. I. Madero a Mercedes (Madero) (Galeana, 5 de enero). Ms. Álvarez; P. Orozco a F. I. Madero, Teseáchic, 4 de marzo de 1911. Ms.

Biblioteca Nal.; M. Ruelas, "Para la historia de la Revolución", en *La Opinión*, Los Ángeles, 28 de junio y 28 de julio de 1931; Secretaría de Guerra, *op. cit.*; L. L. Alanís, Apuntes. Ms. J. C. V.

#### Nuevas actividades revolucionarias

Secretaría de Guerra, *op. cit.*; M. Bonilla, *Diez años de guerra*, *cit.*; A. I. Villarreal, *Recuerdos*, *cit.*; J. de la Luz Blanco, *Memorias*. Ms. J. C. V.; *Regeneración*, Los Ángeles, 14 de abril de 1911 y ss.; *Times*, El Paso, a partir 23 de marzo de 1911; *La Constitución*, Hermosillo a partir del 8 de febrero de 1911; Parra Durán, *op. cit.*; V. Fuentes Díaz, *La Revolución de 1910 en el estado de Guerrero*, México, 1960; G. Magaña, *Emiliano Zapata*, México, 1934, tomo 1; Plan Político Social, s.p.i. (marzo de 1911).

#### Último plan porfirista

Secretaría de Guerra, *op. cit.*; *Decreto sobre suspensión de garantías*, México, 16 de marzo de 1911; Bonilla, *op. cit.*; R. Prida, *iDe la dictadura a la anarquía!*, *cit.*; J. Romero Flores, *Anales*, *cit.*

#### Madero frente a Ciudad Juárez

Acta, Caborca, 10 de abril de 1910. Ms. Relaciones; Acta, Julimes, 3 de abril de 1910; Desconocimiento, Fresnillo, 20 de abril de 1910. Ms. J. C. V.; Junta Organizadora, *Manifiesto*, Los Ángeles, 3 de abril de 1911; P. L. Martínez, *El magonismo*, México, 1958 y *Sobre el libro*, México, 1960; R. Velasco Ceballos, *¿Se apoderarán Estados Unidos...?* *cit. supra*; J. Amaro, Apuntes. Ms. J. C. V.; J. M. Márquez, *El veintinueve*, *cit. supra*; G. Gavira, *Su actuación político-militar*, México, 1933; C. D. Padua, *op. cit.*; *apud* Magaña; *Regeneración*, Los Ángeles, 14 de enero de 1911 y ss.; F. I. Madero, Plan de Campaña 20 de marzo de 1911. Ms. Colec. Álvarez.

*Herald*, El Paso, a partir 21 de abril de 1911; T. Esquivel Obregón, *Democracia*, México, 1932; F. Vázquez Gómez, *op. cit.*; F. I. Madero, *A los soldados*, 1 de mayo de 1911; E. Obregón y Braniff a F. I. Madero, El Paso, 9 de mayo de 1911. Ms. Biblioteca Nal.; H. Pulido, *¡Abajo los autócratas!*, Mineral de Chico, 1911; R. Sánchez E., *Episodios*, México, 1934, M. Martínez a Secretaría Gobernación, 8 de mayo de 1911; Ms. J. C. V.; J. D. Romero, *op. cit.*; J. Ortiz Rodríguez, *El doctor Miguel Silva*, México, 1934; Melgarejo, *op. cit.*; *Unión*, Pénjamo, 24 de diciembre de 1912; Anónimo, *El maderismo*, La Habana, 1913.

#### La toma de Ciudad Juárez

M. Bonilla, *Memorias*. Ms. J. C. V.; F. González Garza, Resúmenes de información, Campamento, 7 de mayo de 1911. Ms. Álvarez; F. González Garza a F. I. Madero, El Paso, 8, 9 y 10 de mayo de 1911. Ms. Biblioteca Nal.; *Herald*, El Paso, 10 y 11 de mayo; Secretaría de Guerra, *op. cit.*

#### Los tratos de Ciudad Juárez

Esquivel Obregón, *Democracia*, *cit. supra*; *Periódico Oficial*, Cd. Juárez, 21 de mayo de 1911; *apud* Vázquez Gómez; *apud* Serrano; *vide* J. C. Valadés; "Los tratados de Ciudad Juárez", en *La Opinión*, Los Ángeles, a partir de mayo de 1936; Convenio, Ciudad Juárez, 21 de mayo de 1911. Ms. Biblioteca Nal.; P. Díaz, *Manifiesto*, México, mayo de 1911; *Papers relating the Foreign Relations*, Washington, 1911; F. L. de la Barra, *De mis Memorias*, *cit.*; *vide* Anónimo, *E León de la Barra, nuestro candidato*, México, 1911.

#### La revuelta metropolitana

*Apud* Merida; M. E. Sodi de Pallares, *op. cit.*; P. Díaz, *Informe*, México, 1911; R. Corral, "Apuntes", en *Excelsior*, México, a partir 29 de julio de 1958; *vide* M. Uruchurtu; *vide* E. Inturbide, *Mi paso por la vida*, México, 1941; Congreso, *Dictamen proponiendo*, México, 1911; Junta

Central Revolucionaria a P. Díaz, París, abril de 1911. Ms. J. C. V.; Anónimo, *El general Reyes es el Salvador*, México, abril de 1911; vide J. C. Valadés, *El porfirismo. El crecimiento*, México, 1945.

#### La Revolución triunfante

S. Escalante *iCompatriotas!*, Pátzcuaro, 18 de mayo de 1911; S. Escalante, *iConciudadanos!*, Morelia, 28 de mayo de 1911; Gavira, *op. cit.*; F. Rodríguez Serrano, *Brindis*, Morelia, 1911; J. R. Romero, *Apuntes, op. cit.*; M. Espinoza, *Manifiesto*, Tepic, 1 de junio de 1911; Fuentes Díaz, *op. cit.*; Magaña, *op. cit.*, 1; Parra Durán, *op. cit.*; *Douglas Examiner*, Douglas, 24 de mayo y ss., 1911; *Herald*, El Paso a partir 23 de mayo de 1911; Sánchez Escobar *op. cit.*; Miranda, *Manifiesto*, Toluca, 28 de mayo de 1911 y I. A. Carrasco, *Carta Abierta*, Lerma, 29 de junio de 1911; J. Álvarez García, *A los Colimenses*, Colima, 30 de mayo de 1911; vide *Hearings, cit. supra*; W. Temple, *The Mexican Revolution*, San Diego, 1911; *Congreso General*, México, 1911.

#### Intermedio de la Revolución

F. I. Madero, *Manifiesto a la Nación*, C. Juárez, 26 de mayo de 1911. Ms. J. C. V.; F. L. de la Barra a F. I. Madero, México, 26 de mayo de 1911; F. I. Madero a De la Barra, C. Juárez, 26 de mayo de 1911. Ms. Biblioteca Nal.; *El Demócrata*, México, 10 de junio de 1911; *El Imperial*, México, a partir 7 de junio de 1911; vide M. Calero, *Un decenio, cit. supra*; cfr. E. Rabasa, *La Constitución, cit. supra*.

## VI. PAZ CONSTITUCIONAL

### Los hombres de la Revolución

*Diario del Hogar*, México, 18 de junio de 1911; Gildardo Magaña, *op. cit.*; Ramón Prida, *De la dictadura, cit.*; *El Imparcial*, México, agosto de 1911; *Multicolor*, México, enero, 1912; *El Debate*, México, febrero de 1912; F.

I. Madero, *Los jefes revolucionarios*. Ms. Álvarez; Anónimo, *Informes sobre los revolucionarios de Hidalgo*. Ms. Álvarez.

#### Los voluntarios de la guerra

F. I. Madero a De la Barra, Tehuacán, 2 de septiembre de 1911. Ms. Álvarez; De la Barra a Madero, Palacio Nacional, 14 de septiembre de 1911; E. Vázquez a De la Barra, México, 21 de junio de 1911. Ms. Valadés; G. Magaña, *op. cit.*; *apud* Melgarejo; F. I. Madero, Memorandum. s.f. Ms., Álvarez; De los Ríos, Notas sobre la situación de Ms. Valadés.

#### La autoridad de Madero

E. Rabasa, *La Constitución*, México, 1912; *apud* Calero; L. Araquistáin, *La Revolución Mexicana*, México, s. f.; G. Dressel, *A un pueblo errado*, México, 1913; A. Álvarez, *Declaraciones*, México, 1934; *apud* Yáñez; M. Bonilla, *Memorias*. Ms. *cit.*; J. Morton Callahan, *American Ferecing Policy*, Nueva York, 1932; A. C. Fontaura, *Le Mexique et l'actituté*, París, 1912; M. Calero, *La política mejicana*, Madrid, 1916 (C. Villaseñor); *Proyecto de Reforma*, México, 1935; A. Junco Carranza, México, 1935; A. Breceda, *México Revolucionario*, México, 1920.

#### Amigos de la subversión

M. Bonilla J., *op. cit.*; B. Urrea (Luis Cabrera), *La herencia de Carranza*, México, 1920, C. Basove del Castillo N., *Exploraciones*, México, 1934; Juan Sarabia, *Proyecto de Ley*, México, 1912; A. Taracena, *Mi vida en el vértigo*, México, 1936; F. L. de la Barra, *La igualdad jurídica*, México, 1912.

#### Balance del gobierno maderista

Manuel Bonilla, *Memorias*. Ms. *cit.*; W.F. Mc Caleb, *The Public Finances*, Nueva York, 1924; Department of Commerce, *Mexican West Coast*,

México, 1923; Banco Nacional, *Quincuagésimo Aniversario*, México, 1934; F. Urbina, *La cuestión del petróleo*, México, 1915; Cámara de Diputados, *Dictámen que propone*, México, 1912; Noticias sobre la Caja de Préstamos. Ms. Valadés.

#### Preliminares del golpe

*Apud*, *Memorias*, Bonilla; R. L. Hernández a Bonilla, México, 6 de marzo de 1913; J. C. Valadés, "La gestación de los trágicos sucesos de febrero", en *La Prensa*, S. Antonio, 27 de noviembre de 1912 y ss.; R. Reyes, *op. cit.*, Calero, *Un decenio, supra*; F. F. Palavicini, *Mi vida revolucionaria*, México, 1937.

Madero, México, 1911; Partido Católico Nacional, *Manifiesto*, México, 1911; J. Sarabia, "Los liberales", en *Regeneración*, México, 5 de septiembre de 1911; *La libertad*, México, septiembre de 1911; J. Peón del Valle, *Aplazamiento de las elecciones*, México, 1911; A. I. Villarreal, *Recuerdos*. Ms. Valadés; Juan Pagaza, Ramón Corona, Manuel Araoz y otros, a E. Vázquez Gómez, *Carta Abierta*, México, 1911; J. Pagaza *et al.*, *Carta a Francisco I. Madero*, México, 1911; F. Iglesias Calderón, *Programa del Partido Libertad*, México, s.f.

#### El movimiento obrero

R. Salazar, *Las pugnas, cit. supra*; Jesús Flores Magón a F. I. Madero, Los Ángeles y Ocean Park, 11 y 14 de junio de 1911. Ms. Valadés, Junta O. del Partido Liberal, *Manifiesto*, 23 de septiembre de 1911; F. Ferrer Guardia, *La escuela moderna*, Barcelona, 1909; *apud* Fuentes Díaz; Unión de Carpinteros a F. I. Madero, Mérida, 8 de junio de 1911. Ms. Álvarez, P. L. Martínez, *Lecciones de historia*, México, 1958; Comité Central, *Manifiesto*, México, 8 de julio de 1911; L. Gutiérrez de Lara, *El socialismo*, Anónimo, *Los Empleados de la Cía. de Tranvías*, México, 1911; Secretaría de Gobernación, Decreto, 21 de junio de



1911; *Diario Oficial*, septiembre y octubre de 1911; E. López Aparicio, *El movimiento obrero*, México, 1958.

## VII. NUEVO GOBIERNO

### Madero en la presidencia

*El País*, México, 16 al 20 de octubre de 1911, *El Demócrata Mexicano*, México, 7 y 18 de octubre de 1911; Anónimo, *Madero en cueros*, Habana, 1911; F. I. Madero y A. B. Serrano Ortiz, Conversación Versión Taq. de De los Ríos. Ms. Valadés; Cámara de Diputados, *Dictamen*, octubre de 1911; M. Bonilla, *Memorias*, cit.; *Regeneración*, Los Ángeles, 26 de agosto de 1911; J. C. Valadés, "El archivo de Madero", en *La Opinión*, Los Ángeles, 15 de abril de 1934 y ss.; Secretaría de Hacienda, *Iniciativa de Ley*, México, 1911.

### Madero y la Ciudad de México

Vide F. Iturbide, *Mi paso por la vida*, México, 1941; J.J. Tablada, *op. cit.*; W. Thompson, *Trading with Mexico*, Nueva York, 1921; Secretaría de Hacienda, *Memoria*, México, 1910; *Mexican Year Book*, México, 1913; A. Peñafield, *Cuadro sinóptico*, México, 1910; De la Barra, *Informe*, noviembre de 1911; "Balance de los Bancos", en B. Calvo, *En honor*, México, 1912; W. F. Mc Caleb, *The Public Finances*, Nueva York, 1921, Secretaría de Hacienda, *La Hacienda Pública*, México, 1951.

### Comienzos del gobierno maderista

M. Bonilla, *Memorias*, cit.; M. Calero, *Un decenio*, Nueva York, 1920; José C. Valadés, "El rompimiento", en *La Prensa*, San Antonio, 13 de noviembre de 1932; B. Reyes, *Manifiesto*, México, 4 de agosto de 1911; J. Peón del Valle, *Proyecto de Programa*, México, 1911; E. de Kératy, *Proyecto*, México, 1911; D. Arenas Guzmán, *La consumación*, México,

1935; *El Imparcial*, México, 6 al 10 de noviembre de 1911; *Diario de los Debates*, noviembre de 1911; G. Hernández *et al.*, *Memorial*, México, 22 de julio de 1911. Ms. Álvarez; J. Andreu Almazán, Colección de noticias. Ms. Valadés; *F. L. de la Barra*, Informe, septiembre, *cit.*; A. Molina Enríquez, *Plan*, Texcoco, 23 de agosto de 1911; *apud*, Rodolfo Reyes.

#### Problemas del localismo

Bernardo Reyes, *Plan*, La Soledad (Laredo), 18 de noviembre de 1911; José C. Valadés, "La aventura Rebelde", en *La Prensa*, San Antonio, 20 de noviembre de 1932; Rodolfo Reyes, *op. cit.*; Bernardo Reyes, "Defensa", en *Gil Blas*, México 4 de noviembre de 1912; J. Figueroa Demenech, *Veinte meses*, México, 1918; A. E. López, *Fracaso y desastre*, México (1913); gobierno, *Decreto*, México, 18 de diciembre de 1911; Secretaría de Relaciones, Protocolo, México, 16 de diciembre de 1911. Ms. Relaciones, *Álbum histórico gráfico*, México, 1932.

#### El alzamiento zapatista

I. Rivero a F. I. Madero, México 21 de agosto de 1911. Cifra. Ms. Álvarez; F. I. Madero a De la Barra, Cuautla, 21 de agosto de 1911. Ms. Álvarez, De la Barra a Madero, Palacio Nacional, 21 de agosto de 1911. Ms. Álvarez; G. Magaña, *op. cit.*; tomo II; Luis Manuel Rojas, *Épocas de P. Díaz*, México (1931); A. D. Melgarejo, *Los crímenes*, México, 1933; *Plan de Ayala*, Ed. 1912; C. Reyes Avilés, *Cartones zapatistas*, México, 1931; *Comité Pro-Homenaje*, México (1931).

#### Los males de la subversión

F. I. Madero, *Informe*, 1 de abril de 1912; R. L. Hernández, *Circular*, México, 8 de enero de 1912; F. I. Madero, *Decreto*, México, 24 de febrero de 1912; *vide*, Colección de Leyes, México, 1913; *El Impar-*

cial, México, 2 al 8 de enero de 1912; Baltazar Dromundo, *Emiliano Zapata*, México, 1914; P. Díaz, *Informe*, México, 1 de abril de 1911; Dirección Agraria, *Circular*, México, 21 de febrero de 1912; B. Hernández, *La verdad*, El Paso, 1912; F. I. Madero a E. Vázquez, Palacio Nacional, 24 de febrero de 1912. Ms. Álvarez.

#### La rebelión orozquista

F. I. Madero, *Informe*, 1 de septiembre de 1912; P. Orozco, *Carta a Madero*, El Paso, s.f. (final de febrero de 1912); Rafael F. Muñoz, *Se llevaron el cañón*, Buenos Aires, 1942; R. Prida, *op. cit.*; Ramón Puente, *Pascual Orozco*, México 1912; G. Gavira, *Su actuación*, México, 1933; Andrés Magallón a Gabriel Leyva, Culiacán, 16 de abril de 1943. Ms. Valadés; J. M. Márquez, *El veintiuno*, Oaxaca (1917); E. Vázquez a F. I. Madero, San Antonio, 21 de febrero de 1912. Ms. Álvarez; P. Orozco, *Declaración*, El Paso, 18 de agosto de 1912; F.I. Madero, *Manifiesto*, Palacio Nacional, 3 de marzo de 1912; Anónimo, *Bombarda*, El Paso, a partir 17 de febrero de 1912; S.F. Resendi, *La Revolución actual*, El Paso, 1912; Anónimo, Informe al C. presidente Ms. Álvarez; Viuda de Paulino Martínez, *Memorias*. Ms. Valadés; P. Orozco, *Colección de Decretos*, marzo a abril de 1912; J.J. Tablada, *Historia de la campaña*, México, 1912; Secretaría de Guerra, Informe al C. presidente. Ms. Álvarez.

#### La democracia activa

E. Madero a Cámara de Diputados, México, 23 de mayo de 1912; *Iniciativa de Ley*, 27 de mayo de 1912; *A. Cámara de Diputados*, México, 11 de octubre de 1912; *Modificaciones*, México, 11 de octubre de 1912; M. Bonilla, *Noticia de los ferrocarriles*, México, 21 y 26 de noviembre de 1912. Ms. Valadés; Secretaría de Hacienda, *Iniciativa de Presupuesto*. Ms. 1911; *Diario Oficial*, México, junio de 1912; *Ley de Ingresos*, México, 1911; Dow and Co., *Foreign Bondholders, Council of*,

1912; Secretaría de Hacienda, *Memoria*, México, 1949; Dirección General de Estadística *Boletín*, México, 1912; Secretaría de Hacienda, *La Hacienda Pública*, México, 1954; M. Yáñez Ruiz, *El problema fiscal*, México, 1958, tomo III; M. Bonilla, *Proyecto sobre vías*. Ms. Arch. Bonilla, R. Mena, *El petróleo*, México, 1915.

## VIII. LA ANTICONSTITUCIÓN

### La XXVI Legislatura

*Diario de los Debates*, agosto y septiembre de 1912; A. J. Pani, *Apuntes*, tomo I; *Diario de los Debates*, 7 al 11 de mayo de 1912; Secretaría de Gobernación, *Ley Electoral*, México, 1912; E. Chávez, *Tres conferencias*, México, 1937; D. Arenas Guzmán, *El porqué del conflicto*, México, 1912; L. Cabrera, *El balance de la Revolución*, México, 1931; apud Calero; A. García Granados et al., *Manifiesto*, México, 1912; E. Bulnes, *The Whole Turth*, Nueva York, 1916; A. Rius, *De don Porfirio a Plutarco*, México, 1958; E. F. Palavicini, *Los diputados*, México, s.f.; Dromundo, *Emiliano Zapata*, México, 1931.

### La sublevación de Félix Díaz

J. Beltrán, *La toma de la plaza*, México, 1930; F. Díaz, *Manifiesto*, Veracruz, 16 de octubre de 1912 (A. Álvarez), *Madero, su obra*, México, 1934; Luis Liceaga, *Félix Díaz*, México, 1958; E. F. Palavicini, *Mi vida*, México, 1937; J. Domenech, *Veinte meses*, México, 1913; J. Acevedo et al., *Breve estudio*, Oaxaca, 1912; J. Urueta, *Obras*, tomo I, México, 1930; J. Vasconcelos, *Los últimos cincuenta años*, México, 1924; *Diario de los Debates*, a partir del 18 de octubre de 1912.

### Hacia la Ciudadela

B. Mena Brito, *Felipe Ángeles*, México, 1956; F. Cervantes, *Felipe Ángeles*, México, 1942; Bonilla, *Memorias*, cit. supra; Martín Luis Guzmán,

*A orillas del Hudson*, México, s.f.; V. Huerta, *Informe*, México, 1913; S. Hernández Chávez, *La Decena Trágica y la angustia nacional*, México, 1913; E. S. Paniagua, *cit. supra*; L. Liceaga, *op. cit.*; Espinosa de los Monteros, *op. cit.*

#### La dignidad presidencial

J. Acuña, *Memoria*, tomo I, México, 1933; Acta del Senado, 15 de febrero de 1913; Ms. Álvarez; *El Imparcial*, México, del 9 al 19 de febrero de 1913; Diputados, *Manifiesto*, México, 17 de febrero de 1913; *apud* Palavicini; R. Reyes, *De mi vida*, tomo II.

#### El poder de la Ciudadela

Gabriel Gavira, *op. cit.*; *apud* Acuña; Bonilla. Ms. *cit.*; *apud* Márquez Sterling; F. Cervantes, *op. cit.*; E. S. Paniagua, *op. cit.*, *apud* Palavicini; V. Huerta, Parte que rinde, México, 12, 13 y 14 de febrero de 1913. Ms. Álvarez; Félix Díaz, Conversaciones con J. C. Valadés. Ms. Valadés; *La Prensa*, San Antonio, 11 de diciembre de 1932.

#### La suprema decisión de Madero

R. Gayón, "La vida del general Blanquet", en *La Prensa*, San Antonio, 10 de mayo de 1936 y ss.; J. C. Valadés, "Por qué fue fusilado García Granados", en *La Opinión*, Los Ángeles, 24 de junio de 1934, M. Doblado, *El presidente Huerta*, México, 1913; R. Zayas Enríquez, *El caso México*, México, 1914; R. Prida, *op. cit.*, tomo II (J. Piña), *Memorias del general Victoriano Huerta*, San Antonio (1915); *Excelsior*, México, a partir del 25 de febrero de 1926; *El Universal*, México, a partir del 9 de noviembre de 1917.

#### La personalidad de Madero

J. Vasconcelos, *op. cit.*; Dehesa, Apuntes. Ms. Raúl Dehesa; *apud* Liceaga; López Portillo y Rojas, *op. cit.*; M. García Naranjo, *Porfirio Díaz*, San Antonio, 1934.

## IX. LA CUARTELADA

### Dispositivos para el pronunciamiento

Bloque Liberal Revolucionario al C. presidente, México, 9 de enero de 1913. Ms. Álvarez; F. I. Madero, Respuesta del señor Madero a los diputados renovadores, 20 de enero de 1913. Ms. Colec. M. Alemán; Alfonso E. López, *supra*; J. Useta, *Impresiones de guerra*, San José, 1917.

### El pronunciamiento

Víctor J. Velázquez, *Apuntes para la Historia*, México, 1913; E. S. Paniagua, *El combate de la ciudadela*, México, 1913; *El País*, México, del 3 al 8 de febrero de 1913; *El Diario*, México, a partir del 8 de febrero de 1913; *Nueva Era*, México, a partir 1 de febrero de 1913; M. Bonilla, *Memorias*, *cit. supra*; A. López (editor), *op. cit.*; *apud* Reyes; *apud* Velázquez; M. Márquez Sterling, *Los últimos días*, La Habana, 1917; T. Esquivel Obregón, *Mi labor en servicio*, México, 1934; G. Núñez de Prado, *Revolución de México*, Barcelona, 1913; Calero, *Un decenio*, *cit.*; *apud* Bonilla.

Actas de la Convención del Tívoli. Ms. Álvarez; R. Reyes, *op. cit.*; Manuel Calero, *Un decenio*, *cit.*; *apud* *Memorias*, Bonilla; M. Elena S. de Pillares, *Teodoro Dehesa*, *cit.*; F. F. Palavicini, *La estética de la tragedia*, México, 1933.

### Hacia la Ciudadela

B. Mena Brito, *Felipe Ángeles*, México, 1956; F. Cervantes, *Félix Ángeles*, México, 1942, Bonilla, *Memorias*, *cit. supra*; M. Luis Guzmán, *A orillas del Hudson*, México, s.f.; V. Huerta, *Informe*, México, 1913; S. Hernández Chávez, *La Decena Trágica* y *La angustia nacional*, México, 1913, E.S. Paniagua, *cit. supra*; L. Liceaga, *op. cit.*

## La dignidad del presidente

J. Acuña, *Memoria*, tomo I, México, 1932; Acta del Senado, 15 de febrero de 1913. Ms. Álvarez, *El Imparcial*, México, del 9 al 19 de febrero de 1913; Diputados, *Manifiesto*, México, 17 de febrero de 1913; *apud* Palavicini; R. Reyes, *De mi vida*, tomo II.

## El poder de la Ciudadela

Gabriel Gavira, *op. cit.*; *apud* Acuña; M. Bonilla. Ms. *cit.*; *apud* Márquez Sterling; F. Cervantes, *op. cit.*; E. S. Paniagua, *op. cit.*; *apud* Palavicini; V. Díaz, Conversaciones con J. C. Valadés. Ms. Valadés.

## La suprema decisión de Madero

R. Rayón, "La vida del general Blanquet", en *La Prensa*, S. Antonio, 10 de mayo de 1936 y ss.; J. C. Valadés, "Por qué fue fusilado García Granados", en *La Opinión*, Los Ángeles, 24 de junio de 1934; M. Doblado, *El presidente Huerta*, México 1913; R. Zayas Enríquez, *El caso México*, México, 1914; R. Prida, *op. cit.*, tomo II (J. Piña), *Memorias del general Victoriano Huerta*, S. Antonio (1915); *Excélsior*, México, a partir del 25 de febrero de 1926; *El Universal*, México, a partir del 9 de noviembre de 1917.

## La personalidad de Madero

J. Vasconcelos, *op. cit.*; T. Dehesa, *Apuntes*. Ms. Raúl Dehesa; *apud* Liceaga; López Portillo y Rojas, *op. cit.*; N. García Naranjo, *Historia i. Porfirio Díaz*, San Antonio, 1934; Actas de la Convención del Tívoli. Ms. Álvarez; R. Reyes *op. cit.*; Manuel Calero, *Un decenio*, *cit.*; *apud* *Memorias*, Bonilla; M. Elena S. de Pallares, *Teodoro Dehesa*; *cit.*; F. F. Palavicini, *La estética de la tragedia*, México, 1933.



## El general Huerta, sedicioso

V. Huerta, *A la Nación*, Palacio del Poder Ejecutivo, 18 de febrero de 1913; V. Huerta, *Al pueblo mexicano*, México, 18 de febrero de 1913; Acta del Pacto del 18 de febrero de 1913. Ms. Copia J. C. Valadés, *El dictámen*, Veracruz, 8 de junio de 1914; *apud* Sayón; *vide* R. Reyes; B. J. Cologan, *Por la verdad*, México, 1914; M. Bonilla, *Memorias, cit.*; *cfr.* Morton Callahan.

## La aprehensión de Madero

J. C. Valadés, *Imaginación y realidad*, México, 1960; *apud* Bonilla; Gayón, *op. cit.*; Documento sobre la aprehensión y muerte del señor Madero. Ms. Enrique Estrada; Investigaciones sobre el asesinato. Ms. Arch. Pablo González; a. Figueras, *Confesiones*. Ms. E. Estrada; F. Cervantes, *op. cit.*; M. Márquez Sterling, *op. cit.*

## El primer crimen

*Apud* Bonilla; Rodolfo Reyes, *op. cit.*; M. Mondragón, Carta sobre la muerte de Gustavo Madero, *apud* Valadés; *apud* Liciaga, *El Imparcial*, México, 19 y 20 de febrero de 1913; a Figueras, *doc. cit.*; J. Ms. Carta sobre sucesos en Ciudadela, *apud* Valadés; J. Posada, *Declaración*, México, 22 de febrero de 1913.

---

# Índice

## 1910: EL CENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA

### *Capítulo I*

PAZ DE UN RÉGIMEN . . . . .	11
El Centenario de la Independencia . . . . .	11
Orígenes del régimen porfirista . . . . .	17
El Partido Liberal . . . . .	25
Idea de la autoridad porfirista . . . . .	29
El imperio del centro . . . . .	34
La lucha del localismo . . . . .	41
La nacionalidad económica . . . . .	47
Responsabilidad del general Díaz . . . . .	53
El culto a la libertad . . . . .	55
José Yves Limantour . . . . .	58
Ramón Corral . . . . .	61
Los créditos interiores . . . . .	63
Advertencia de nacionalidad . . . . .	66

### *Capítulo II*

LA SUCESIÓN . . . . .	73
Actividades de Flores Magón . . . . .	73
Lo insurreccional en Flores Magón . . . . .	80
El general Bernardo Reyes . . . . .	84
La empresa política de Madero . . . . .	88

El Partido Antirreeleccionista . . . . .	93
La Convención del Tívoli . . . . .	98
El teatro electoral porfirista . . . . .	100
Idea revolucionaria de Madero . . . . .	103
El levantamiento en Valladolid . . . . .	107
La aprehensión de Madero . . . . .	109
Porfirio Díaz, octogenario . . . . .	113
 <i>Capítulo III</i>	
EL MUNDO . . . . .	119
La población nacional . . . . .	119
Vista hacia el exterior . . . . .	121
Las ideas universales . . . . .	125
Los países de habla española . . . . .	127
Díaz y el pueblo de Estados Unidos . . . . .	131
 <i>Capítulo IV</i>	
LA GUERRA . . . . .	135
Las elecciones de 1910 . . . . .	135
El Plan de San Luis . . . . .	142
Empieza la guerra . . . . .	146
El fracaso en Ciudad Porfirio Díaz . . . . .	151
El levantamiento en el país . . . . .	154
El Ejército Federal . . . . .	159
Los revolucionarios chihuahuenses . . . . .	164
Los días de la guerra . . . . .	174
 <i>Capítulo V</i>	
EL TRIUNFO . . . . .	185
Relaciones con Estados Unidos . . . . .	185
La guerra de guerrillas . . . . .	188
Actividad de los liberales . . . . .	192

Madero en suelo mexicano . . . . .	196
Limantour y los maderistas . . . . .	205
Nuevas actividades revolucionarias . . . . .	208
Último plan porfirista . . . . .	216
Madero frente a Ciudad Juárez . . . . .	219
Conferencias de paz . . . . .	225
La toma de Ciudad Juárez . . . . .	231
Los tratos de Ciudad Juárez . . . . .	241
La revuelta metropolitana . . . . .	246
La Revolución triunfante . . . . .	251
Intermedio de la Revolución . . . . .	260

## LOS HOMBRES EN ARMAS

### *Capítulo VI*

PAZ CONSTITUCIONAL . . . . .	269
Los hombres de la Revolución. . . . .	269
Los voluntarios de la guerra . . . . .	271
El presidente De la Barra . . . . .	275
El zapatismo. . . . .	281
Los excesos políticos . . . . .	287
Los partidos políticos en 1911 . . . . .	292
El movimiento obrero . . . . .	297

### *Capítulo VII*

NUEVO GOBIERNO. . . . .	303
Madero en la presidencia . . . . .	303
Madero y la Ciudad de México . . . . .	309
Comienzos del gobierno maderista. . . . .	313
Proyectos contrarrevolucionarios . . . . .	316
Problemas del localismo . . . . .	321

El alzamiento zapatista . . . . .	324
Los males de la subversión . . . . .	333
La rebelión orozquista . . . . .	342
La democracia activa . . . . .	355
 <i>Capítulo VIII</i>	
LA ANTICONSTITUCIÓN . . . . .	365
La XXVI Legislatura . . . . .	365
La sublevación de Félix Díaz . . . . .	373
La autoridad de Madero . . . . .	381
Avisos de la subversión . . . . .	388
Balance del gobierno maderista. . . . .	392
Preliminares del golpe de Estado. . . . .	398
 <i>Capítulo IX</i>	
LA CUARTELADA . . . . .	405
Dispositivos para el pronunciamiento . . . . .	405
El pronunciamiento del 9 de febrero. . . . .	412
Hacia la Ciudadela. . . . .	420
La dignidad presidencial. . . . .	425
El poder de la Ciudadela. . . . .	433
La suprema decisión de Madero . . . . .	439
La personalidad de Madero . . . . .	444
El general Huerta, sedicioso . . . . .	447
La aprehensión de Madero . . . . .	452
El primer crimen . . . . .	461
 <i>Capítulo X</i>	
LA RESPONSABILIDAD. . . . .	467
La autoridad de Huerta. . . . .	467
La renuncia de Madero. . . . .	473
El destino de Madero . . . . .	479

Preliminares de un crimen . . . . .	485
Muerte de Madero y Pino Suárez . . . . .	492
La mentira de Huerta . . . . .	499
FUENTES PARA LOS CAPÍTULOS . . . . .	507
I. Paz de un régimen . . . . .	507
II. La sucesión . . . . .	511
III. El mundo . . . . .	516
IV. La guerra. . . . .	517
V. El triunfo. . . . .	520
VI. Paz constitucional . . . . .	524
VII. Nuevo gobierno . . . . .	527
VIII. La anticonstitución . . . . .	530
IX. La cuartelada . . . . .	532

# de la **Historia general** **Revolución Mexicana**

1910: el Centenario de la Independencia

Los hombres en armas



**I**

se terminó en la Ciudad de México durante el mes de noviembre del año 2013. La edición impresa sobre papel de fabricación ecológica con *bulk* a 80 gramos, estuvo al cuidado de la oficina litotipográfica de la casa editora.

ISBN 978-607-401-763-2 OBRA COMPLETA

ISBN 978-607-401-764-9 VOLUMEN I



## 1910: el Centenario de la Independencia

¿Quién, al recuerdo de una epopeya centenaria, no anhelaba conocer la forma primigenia de la independencia de México y, por lo mismo, participar en el desarrollo de los organismos que a lo largo de 100 años habían dado forma y principio a la República?

Así, emerge una pregunta incluida en uno de los primeros tiempos para los mexicanos: ¿En estos días del Centenario de la Independencia es dichoso el pueblo mexicano?...

Historia general de la Revolución Vol. 1



HISTORIA

## Los hombres en armas

La entrada triunfal de Francisco I. Madero junto con las fuerzas del Ejército Libertador a la Ciudad de México, así como fue un espectáculo para algunos, hubo para quienes significó una gran humillación; la población urbana se preguntaba la causa por la que la pompa y el dinero, el saber y la experiencia del régimen porfirista habían sido derrotados. Hasta los días en que se sucedió el triunfo de Madero, la Ciudad de México, aturdida y en voz baja, hacía las más atrevidas deducciones sobre el cómo de la victoria revolucionaria.

*Imagen de portada:*

Fragmento del grabado de Isidoro Ocampo  
Taller de Gráfica Popular. México, 1947